

A man with a beard and dark hair is sitting on a dark brown leather tufted sofa. He is wearing a white dress shirt and a dark suit jacket. He has a pair of black-rimmed glasses in his mouth and is holding the temples of the glasses with his right hand. The background is a red brick wall. The lighting is dramatic, highlighting the man's face and the texture of the leather and brick.

Razones para
odiar a
Bruno Ballester

ALEX DIVARO · FANNY RAMÍREZ

Razones para odiar a
Bruno Ballester
Alex Divaro · Fanny Ramírez

Sinopsis

Se suponía que sería una noche tranquila para Camila, dejaría la energía fluir, escucharía música y escribiría un rato. En cambio terminó inmiscuyéndose con uno de los escritores más vendidos del país, al criticar las partes eróticas de sus novelas. Sin embargo, es esa ocurrencia la que logra sacar del tedio en el que se encontraba esa noche, a Bruno Ballester, que con alevosía se dispone a fastidiarla por tal osadía.

Camila no está preparada para un tipo tan honesto y tan desvergonzadamente cretino. Si bien no se amilana ante sus frases insinuantes cargadas de doble sentido y discute con pasión sobre el género que ambos escriben, no puede evitar sentir cierta atracción por él. El detalle es que Bruno es de esos hombres que no promete romance, todo lo contrario, por lo que enamorarse de él sería imperdonable. Se prohíbe sentir algo por un tipo tan ególatra, zalamero, perverso, sarcástico, odioso y que escribe cosas tan pornográficas. Se hace una lista con todas las razones que tiene para odiarlo, entonces ¿por qué no puede dejar de pensar en él?

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgadas por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obras en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la obra a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha obra. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Título: Razones para odiar a Bruno Ballester

© 2019 Alex Divaro, Fanny Ramírez.

Todos los derechos reservados.

Portada: Fanny Ramírez.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Fotografía: 96064558 (123RF)

Ilustración interior: Bel Arenas.

Fecha de edición: diciembre 2018.

Copyright Registry: 1901109572391

Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra comunicarse con Alex Divaro por correo electrónico: divaroalex@gmail.com

*A todos los que creyeron que podríamos crear esta historia
con un océano de por medio.*

Índice

INTRODUCCIÓN

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

Agradecimientos

INTRODUCCIÓN

¿Cómo era posible que amase a alguien, mientras buscaba razones para odiarlo con todas mis fuerzas? Dudé que pudiese encontrar respuesta a esa pregunta. Por lógica, el amor no podría ir de la mano con el odio, sin embargo, experimentaba todo lo contrario.

Me senté en el sofá, acurrucada en mi propia tristeza, sintiendo cómo una a una, mis lágrimas se derramaban por mis mejillas. Si cerraba los ojos podía escuchar aquella mesa crujir por mi peso y el suyo. Intuir su respiración justo en mi nuca y notar lo delicioso que se sentía tenerlo dentro de mí... Pero aquello no era más que un recuerdo. Ya no podía escuchar su voz enronquecida que horas antes llenaba una habitación entera, ni el cosquilleo de su aliento tibio antes de besarme o los dibujos que hacía con su lengua en mi cuello. Se había esfumado la presión de sus dedos en mis caderas o en cualquier lugar de mi piel que se le antojara poseer.

La melancolía parecía adueñarse de todo. ¿Cómo podía sentir añoranza por las míseras migajas de cariño que él me daba? Supuse que eso era lo que sucedía cuando se amaba insanamente. Nunca me creí masoquista, pero después de todo, parecía que sí lo era. No había ningún otro motivo viable para explicar lo que me sucedía, para no quedar como una completa loca de remate. Aun sabiendo que lo nuestro no podía acabar bien, me dejé llevar como quien se desliza feliz por un tobogán hacía un acantilado.

Las entrañas se me contraían. El dolor mezclado con la rabia me consumía. Suspiré y eché la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos. Una risa amarga e incrédula se desprendió de mis labios; ¿en qué momento dejé de ser una monja, como a él le gustaba tanto llamarme, para convertirme en alguien que anhelaba por sobre todas las cosas, tenerlo a como diera lugar? Deseando su tacto, las puntas de sus dedos deslizándose por mi piel de la manera precisa, para hacerme enloquecer.

Me sentía tan impotente al no conseguir arrancarlo de mi sistema, resetear mi mente y olvidarlo por completo. El problema era que el mismo tiempo sentía la necesidad de tenerlo de nuevo conmigo.

«¿Pero qué otra cosa podría hacer?» Me pregunté queriendo olvidar esa imagen de él mirándome de aquella manera que me desarmaba por completo. Solo con eso me hacía olvidar todo a mi alrededor, la noción del tiempo y solo quedaban mis ganas de descubrir el mensaje oculto en esa sonrisa canalla que tanto odiaba y amaba a partes iguales.

Tomé una libreta que estaba en la mesa de café frente al sofá. Debía desahogarme de alguna manera y solo se me ocurrió una forma de hacerlo. Escribiendo. Era preciso olvidarme del amor que sentía. Por él solo tenía que albergar un sentimiento...

Razones para odiar a Bruno Ballester

Capítulo 1

Razón 1 | Atrevido

«Ella estaba cansada de tropiezos», pensé tras el regaño que me dio una señora por casi hacerle caer en la acera. Venía tan abstraída pensando en lo que escribiría al llegar a mi piso, que por poco la tiro al suelo. Sin embargo, el incidente me hizo pensar en aquella frase. «Una vida de tropiezos», seguí dándole vueltas a las palabras para adaptarla a mi novela, hasta que doblé en la esquina hacía una calle casi vacía en donde se escuchaba el eco de mis pasos. Llevaba caminando unos escasos veinte minutos, la noche estaba despejada, hacía frío y aún podía oír el suave barullo del tráfico a lo lejos viniendo del centro de la ciudad. Había cenado con mi mejor amiga Alejandra una de sus deliciosas recetas al son de los canticos de su pequeña hija, después de haberla escuchado despotricar a gusto de sus compañeros, pues era una cotilla sin causa.

Después de todos los años que llevábamos siendo amigas, por alguna razón me seguía comparando con ella. Hablaba con una soltura envidiable de todos los temas habidos y por haber, sin siquiera sonrojarse una vez. Sin embargo, yo no podía hablar de lo guapo que se veía un hombre sin que pareciera una de esas bombillas rojas de navidad que pronto colgarían de los balcones.

Miré al cielo y sonreí al ver lo bonita que estaba la luna. Me alegré de haber decidido ir a pie y no en coche. Era agradable ir caminando de vez en cuando. Vivía en una zona tranquila y poco conflictiva, donde lo más escandaloso que podría encontrar, era a un par de gatos dando rienda suelta a su amor. Una brisa fría hizo que me escondiera tras mi chal rosa y apresuré el paso llegando a mi portal. Faltaba poco para que la alegre y esperada navidad llenara las calles de felicidad, dicha y nervios. Me encantaba ver las sonrisas de los niños al mirar los escaparates de las jugueterías; a los padres rodando los ojos y rascándose el bolsillo, para después derretirse cuando su pequeño hablaba con entusiasmo de sus deseos navideños.

Yo, para no hacerlo todo en el último momento y para no olvidarme de nadie, había comprado una pila de regalos para mi familia y amigos, que atesoraba bajo mi cama. Lo bueno era que las cosas estaban más baratas que cuando por fin llegaran las fechas señaladas y lo que había comprado por un ínfimo precio, seguramente estarían al doble entonces.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo en cuanto entré en mi casa. La

estancia estaba cálida, gracias a que olvidé apagar la calefacción antes de irme. Por mucho que me dijera que aquel descuido era irresponsable de mi parte, lo agradecí sobremanera. Que me gustara la navidad, no incluía al frío que hacía que me temblasen hasta las uñas de los pies.

Correteando cual niña pequeña, llegué hasta mi habitación despojándome de mi ropa. Necesitaba una ducha caliente y relajarme. Gracias a las charlas con Alejandra, ya fuera por lo que le pasó con la modelo a la que maquilló, o a las tantas historias que tenía sobre uno de sus compañeros especialmente irritantes, me había formulado un nuevo personaje que me urgía escribir

Oliendo rico caminé hasta la sala, por norma solía escribir en mi escritorio, pero esa noche se me antojó hacerlo en el sofá. Con mi cola-cao calentito, o más bien como solía decir mi abuela paterna cada vez que me quedaba en su casa: ¡achicharrando!, encendí mi portátil. Quien me viera en esa guisa, con mi pijama de franela de *Hello Kitty* y mis pantuflas de elefantes, dudaría de mi sentido estético para combinar prendas.

Conecté los auriculares a mi móvil y reproduciendo mi música especial para escribir —una selección de baladas en español, en especial las de Sergio Dalma, entre otros—, lo dejé entre mis piernas cruzadas y me puse manos a la obra. No llevaba un párrafo cuando, de buenas a primeras, una alerta de notificación cortó la canción y me hizo dar un respingo por culpa del pitido. Yo y mi manía de poner la música tan fuerte casi conseguía que se me perforase el tímpano. Eso... y no pasar la música al portátil.

Con el ceño fruncido, miré la esquinita de mi teléfono, percatándome del color del pequeño led. Era azul por lo que sería una notificación de Facebook. No le di importancia, seguramente sería algún post o comentario de cualquier lectora o simple spam. Así que cogiendo aire y colocando las manos sobre el teclado como las monjitas me enseñaron en mecanografía me...

¡Clin!

Cerré los ojos por unos segundos y dándome por vencida, porque me conocía y no iba a escribir ni una palabra sin que mi metiche interior saliese a flote, dejé el ordenador a un lado y agarré mi móvil, desbloqueándolo. Como predije era un comentario a un post que subí temprano a mi muro de Facebook, con una nueva reseña que me hicieron en mi última novela. Mi ceño se frunció al leer el comentario que puso la organizadora de mi grupo de lectura.

Decía lo siguiente:

«Me encantó esta novela, tanto tú como **Bruno Ballester**, sois lo que me

alegráis la vida con vuestras historias. ¡Gracias!»

Al comentario le seguía otro de afirmación: «Ay sí, también me encanta Bruno». No tenía ni la más remota idea de quién era ese tal Bruno o porqué una de mis lectoras de toda la vida, lo etiquetaba en mi post. No solo le bastó decir su nombre, sino que lo etiquetó directamente. Y como la curiosidad me mataba, pues el nombre me resultó bastante... imponente, por así decirlo, cliqueé en la etiqueta y procedí a revisar su perfil. No había foto de su cara, en cambio, aparecía una portada, supuse, de su libro; el cual se titulaba: Tu piel.

Hice una mueca de desagrado, nunca me gustaron los títulos tan cortos y que dijieran tanto de la trama. Sin haber leído, ya sabía de qué iba pues, salía el torso de una chica en la portada, uno de esos desnudos artísticos en donde se tapan las partes nobles. Deslizándolo el dedo por la pantalla, me dispuse a fisgonear su muro más a fondo. Había miles de fotos con cientos de comentarios, cosa que hizo que me percatase que el tío era un tanto famosillo. Eso o que, en vez de historias, regalaba caramelos o fijándome en comentarios al azar: orgasmos. Por mucho que se me atragantase esa palabra solo de pensarla.

Un detalle de la corta información sobre él que aparecía bajo su foto de perfil era que estaba soltero, tenía treinta años y publicaba con una editorial bastante conocida en el país. En la cual hasta donde sabía, era bastante difícil conseguir que te publicasen; por lo que eso implicaba que algo debieron ver en él los editores.

Mediante bajaba por su muro, fui viendo sus posts, donde frases de sus novelas, fotografías de sus libros en físico y demás, aparecieron como burlándose de mí. Yo debía estar escribiendo y no acosando a un desconocido escritor.

En una de las fotos, con más de trescientos comentarios y tropecientos likes, apareció un enlace directo donde se podía descargar el libro en formato digital. No me paré a pensar que seguramente gastaría la miseria que quedaba ingresada en mi cuenta, una de mis manías era sacar mi sueldo y guardarlo en casa, y lo compré. Viendo impaciente cómo se descargaba, agarré mi mantita de conejitos y me fui a mi habitación; habiendo apagado las luces y cerrado con llave. Que viviera en un sitio tranquilo, no significaba que dejase de ser una miedosa.

Pero la usual llamada de mi madre hizo que pospusiera mi lectura unos largos veinte minutos. La conversación se resumía en algo así: «Camila,

cariño, acuérdate de que en la cena de navidad te espero en casa. Tu prima vendrá de visita y está deseando de contarte su vida de casada con ese guapísimo doctor. A ver si aprendes algo por lo menos viendo lo bien que viste ahora y lo guapa que se ve» también hubo mucho de: «¿A que no sabes a quien me encontré yendo por el pan? A Teresa López. Si no te acuerdas su hijo estuvo contigo en la escuela, me contó que está trabajando de arquitecto y está pensando en sentar cabeza, quedamos en que le dirá que te agregue a una de esas redes sociales en la que te la pasas todo el día» Además de su infaltable y eterna preocupación: «Te llamé hace un rato y no contestaste, ¿dónde fuiste tan tarde?

¿Cómo era que aun teniendo ya veinticinco años tenía que estar aguantando aquella retahíla un día tras otro? La respuesta era que no tenía la suficiente valentía de colgarle el teléfono o de decirle que no era una cría.

Una vez me tomé una tila para apaciguar el estrés que me causaba esa clase de charlas, me acurruqué cómoda en mi cama y me dispuse a leer. No era que tuviera realmente ganas, y menos después de despedirme de mi madre, pero la curiosidad me mataba. Al contrario de lo que pensé, me zambullí de lleno en su historia, pues desde la primera línea me atrapó, haciéndome olvidar todo lo demás. El hombre sabía lo que hacía, sin faltas ortográficas, ni una sola coma mal puesta y la redacción impecable. Sin embargo, cuando ya llevaba seis capítulos donde claramente la cosa se estaba poniendo bastante... intensa, mis mejillas se calentaron, logrando que me quedara boquiabierta por leer semejante escena.

Como si mi padre me fuera a pillar en cualquier momento viendo infraganti una peli de esas guarronas, cerré la app de lectura y solté el teléfono como si me quemase los dedos. Entonces me indigné. Me cabreeé como nunca, incluso noté como mi párpado derecho saltaba con un tic nervioso. No iba a decir que el hombre no sabía escribir, lo hacía muy bien, pero las lectoras, o mejor dicho: Las miles y miles de seguidoras, eran unas calentorras de cuidado.

—¡Por Dios y la virgen santa! —exclamé abanicándome la cara a dos manos.

Y luego decía yo que mis novelas eran lectura adulta... Si a eso era lo que se le llamaba erótica en el siglo en el que estábamos, la mía era sacada de la biblia en comparación. Volví a coger el móvil, y entré en Facebook. Automáticamente le di a enviar solicitud de amistad, —no sé por qué razón hice esa estupidez— abriendo su chat un segundo después. No me lo pensé y

tecleé como una loca.

«Buenas noches señor Ballester, me comunico con usted simplemente para decirle desde mi humilde opinión, que tiene una visión muy diferente a lo que se supone que es la erótica. Sin duda sus escritos, podrían hacerse pasar claramente por un guion pornográfico.

Sin más, pase buena noche».

Silencié el teléfono, como hacía cada noche antes de dormir y colocándolo a cargar, me recosté en la cama con un sabor agridulce en la boca. Miles de preguntas embotaban mi cabeza tales como: ¿Habré sido muy mala con él? ¿Me ignorará? ¿O en cambio me contestará con cualquier línea sobre estudiada que tendrá bajo la manga para ese tipo de críticas? Con eso y con la sensación de alivio por haberme desahogado, logré dormir.

La alarma sonó sobresaltándome por lo que alcé la cabeza de la almohada buscando mi móvil en la mesa de noche. La apagué, al mismo tiempo que gemía en protesta. Quería dormir más, acurrucarme entre las sábanas calentitas y seguir soñando. Pero una vez más me tuve que obligar a hacer a un lado mi complejo de oso y me destapé. Haciendo que el frío torturara mi piel.

Bostecé a la vez que me estiraba, caminando hacia el baño. Lavé mi cuerpo y cabello con calma, tomándome mi tiempo, cantando otra de mis canciones desafinadas, dándole un buen espectáculo a las baldosas de la ducha. Entre vapor y calidez, me sequé, peiné y maquillé para después buscar atuendo.

Una vez vestida con un simple vestido azul marino hasta la rodilla, medias y una bonita rebeca amarilla, fui a mi habitación a ordenar la jauría de leones en la que se convertía mi cama después de haber dormido. Según Alejandra, yo no dormía, yo peleaba como una profesional del *pressing catch*.

Cogí el teléfono y al encender el sonido, me di cuenta de las notificaciones que tenía. Fue ahí cuando mi cerebro recobró conciencia de lo que había hecho la noche anterior. Con miedo y curiosidad a la vez, desbloqueé el móvil, para luego pegar un brinco al ver la burbujita del chat en la pantalla de inicio. Era él, Bruno Ballester me había escrito, no uno, sino dos mensajes.

Temblando como una hoja y sin la valentía causada por la adrenalina momentánea de la noche anterior, pulsé la burbujita y abrí la conversación.

B: «Hola señorita Alcázar. Eso que usted llama guion pornográfico, es meramente una historia de ficción que tiene como propósito entretener y

excitar al lector».

B: «Supongo que nos excitan cosas diferentes, a ver, dígame usted ¿qué es lo que le excita?»

Me puse de tres mil tonos diferentes y ya no sabía dónde tenía las manos porque los dedos ni los sentía. Como pude y sin pensar nada más, notándome bastante acalorada, teclé una respuesta.

C: «Pues sin duda alguna, señor Ballester, NO ser tratada como un pedazo de carne a la cual hincarle el diente cada vez que se le plazca, como el personaje masculino de su novela trata a la chica».

Pero qué se había creído aquel impresentable para tomarse el derecho de hablarme así y mucho menos preguntarme eso con semejante descaro.

Mi sorpresa fue que, a los dos segundos de haberle dado a enviar, el susodicho se conectó entrando a la conversación. Me puse atacada de los nervios y agarré mis llaves queriendo hacer algo para no acabar estrellando el móvil contra la pared. «¿Pero qué rayos me ocurre?» pensé al ver cómo mi indignación iba reapareciendo. Mordisqueé una manzana que cogí del frutero, ya que no me daba tiempo de desayunar por todo lo alto y agarré mi bolso antes de salir.

Cerré la puerta de casa viendo como aún estaba escribiendo. Tenía ganas de morderme cada uña, de cada dedo que había en mi cuerpo y cuando contestó al fin, me paré en mitad de la escalera, como si no fuera capaz de bajarlas y leer al mismo tiempo.

B: «¿Cómo? ¿Dándole orgasmos y follándosela como es debido?»

Entrecerré los ojos sintiendo como las manos me empezaban a sudar. ¿Era una broma? Sí, claramente todo aquello parecía una mala broma.

C: «El protagonista de su novela parece usarla como una muñeca hinchable únicamente para su placer».

Contesté una vez me recuperé del shock. Bajé los peldaños que me quedaban hasta el recibidor y vi cómo me contestó casi al instante.

B: «¿Y qué tiene eso de malo? ¿Acaso usted no ha hecho algo solo por y para su placer? Por cierto, la protagonista femenina lo disfruta muchísimo. Mientras ambas partes adultas disfruten de forma consensual, no veo ningún problema».

Ja, como si aquello le llegase a importar a ese descarado. Pero sin ser verdaderamente consciente de ello me puse a recordar todas y cada una de mis fallidas relaciones en el pasado. Eso hizo que mi enfado aumentase hasta límites insospechados y con una rabia que a poco estaba de atravesar la

pantalla y pegarle un guantazo, le contesté mientras iba hacia mi coche.

C: «Las relaciones sexuales son más que una demostración física de deseo, son para demostrar el amor que siente el uno por el otro al estar en pareja».

Quise sonar convincente, hacerle ver que mi punto era mucho más válido que el suyo, pues el sexo no se podría disfrutar de la misma manera. Se podría practicar sin amor, claro que sí, pero solo sería eso: una acción. El disfrute no era comparable entre una y otra situación, eran cuestiones totalmente distintas.

B: «Bueno señorita, lamento diferir, supongo que a usted nunca nadie le ha dado lo que viene siendo un buen polvo».

Mi mano libre, la que no sujetaba el móvil sino la manzana, se apretó en torno a esta. Clavé mis uñas en la fruta hasta sacar el jugo y salpicar el suelo del descansillo. ¿Qué sabría él de buenos polvos, ni de buen sexo, si seguramente jamás le habían hecho el amor? Un ser vacío, eso era.

B: «Así que déjeme decirle, que todo lo que está en la novela no es nada que no ocurra cuando se tienen ganas de follar duro y si usted está tan sorprendida o escandalizada, le invito a leer otro tipo de literatura. Porque sin lugar a duda mi novela la está pervirtiendo y acabando con su pureza».

Abrí la boca al leer semejante atrevimiento. La indignación invadía cada poro de mi cuerpo y acabé tirando mi espachurrado desayuno al cubo de basura. El muy... Me había llamado mojigata en toda mi cara y se había quedado tan pancho. Pero juré que aquello no se iba a quedar así, no señor, ese iba a saber quién era Camila Alcázar. Aunque la verdad era que no tenía ni idea de qué contestar a algo así.

Metí el móvil en el bolso gruñendo por no saber qué responder a su absurdo mensaje. Una cosa era escribir erótica y otra muy distinta lo que el señoritingo hacía. No me extrañaba que tuviera a todas besándole las manos, eran unas desesperadas que no hacían el amor con sus maridos en veinte años. ¿Dónde quedó eso de enamorarse para luego consumir su amor de una manera carnal y placentera? No, lo que se llevaba en la actualidad eran los mete-saca a diestra y siniestra con un tipo con aires de grandeza o con fetiches de lo más extraños. No había más que ir a una librería y ver la estantería de los más vendidos. Donde solo con las portadas, todas tipo: Lazos de seda, sábanas revueltas, piel y cuerpos sinuosos semidesnudos; se daba a entender qué era lo que los lectores pedían.

Estaba más que harta de ver cómo cientos de niñas empezaban a leer, pero

no para nutrirse y culturizarse con lecturas que realmente merecieran la pena, sino con novelas eróticas, disfrazadas de un romance absurdo donde predominaba el sexo.

Entré en mi coche, encendí el motor para luego salir al tráfico e intenté tranquilizarme. Yo que no era de las que se enfadaban así por así, llevaba un cabreo monumental. Odiaba las disputas, las peleas. Era de naturaleza pacifista que ni a un mosquito, después de acribillarme durante una noche entera, era capaz de insultarlo siquiera. Y encima acababa de discutir con un hombre, cosa rara, ya que se me daba realmente mal entablar conversación con uno con el que no tuviese un mínimo afecto. Cuestión que siempre preocupó a mi madre, que incluso una vez me dijo que, si no me hubiera topado con mi ex en una de esas casualidades de la vida, habría terminado de monja en un convento.

Rodé los ojos ante el recuerdo y me contuve de apretar el volante más de la cuenta. No era que mi vida pasada —más concretamente estando con mis ex—, fuera demasiado mala. Incluso recuerdo que, las relaciones sexuales eran de lo más fogosas, por así decirlo, o tal vez era mi percepción. Nuestros encuentros eran intensos cuando tenían que serlo y calmados cuando la situación lo ameritaba. Pero nunca hice con ninguno de ellos, ni una de las cosas, que el señorito redactaba en sus novelas.

«¿Amarrarme? ¿Amordazarme? Vamos, le cruzaba la cara de un bofetón. ¿Y qué era eso de agarrar del pelo y... y... eso, por detrás?» pensé sintiendo calor de repente, incluso golpeé el termómetro del coche por si los dígitos que marcaban: 10C°, estuviese estropeado.

Me santigué cuando sentí la vergüenza trepar hacia mis mejillas. Solo había tenido tres novios en mi corta vida. Pero sin duda alguna, ninguno fue como él describía a su personaje masculino. Alguien que tomaba con desespero, a lo bestia, agarrando a la mujer como si no fuera más que un saco de placer. Haciendo con ella lo que quería, manejándola a su antojo. Y lo peor: que hacía como que ésta disfrutaba de dichos encuentros. ¿Cómo alguien puede disfrutar de tanta... bestialidad?

Me paré en un semáforo y con angustia vinieron a mi mente, —sin yo querer—, mi experiencia con Carlos, mi último novio y el que pensé iba a ser el padre de mis futuros hijos. Lo echaba de menos y aunque era lo mejor que me había pasado, entendimos que no estábamos destinados a estar juntos.

Éramos la noche y el día, tan diferentes, que nos pasó factura. Yo pasaba horas encerrada en mi habitación escribiendo. Mi entusiasmo con la escritura

no era compartido por Carlos y el pobre demasiado aguantó a mi lado. Él necesitaba de compañía a todas horas, que estuviera a su lado, pero por mucho que me doliese, si mi pareja no le valía con verme feliz aun teniéndome que compartir con mi sueño de ser escritora, no merecía la pena alargar nada más.

Él estaba felizmente casado con una azafata y aunque en su momento cuando me enteré casi me eché a llorar por lo irónico que parecía, —pues supuse que con su trabajo no era que pudieran estar mucho tiempo juntos, cosa que me echaba en cara a mí—, me alegré por él. Seguíamos siendo buenos amigos y aunque llevábamos un tiempo sin poder hablar por nuestros trabajos, teníamos una cita pendiente para cuando nuestras obligaciones nos dieran una tregua. Solo esperaba que volver a verlo no significara nada más que un simple pálpito de añoranza y no de amor. Era de las que pensaban que aunque la distancia separara a dos personas, por mucho tiempo que pasase, aún quedaba el rescoldo de lo que fue un amor sano y bonito. Y aunque no fue sano del todo, pues peleábamos mucho, fue bueno mientras duró.

Aparqué cerca de la clínica y salí sin percatarme siquiera que el hombre que siempre tomaba café en el bar de enfrente estaba allí, repanchingado en la silla de la terraza, aun haciendo un frío que pelaba, mirándome como si fuera algo demasiado apetecible.

—Que no se diga, que los ángeles no existen. ¡Madre mía lo bien que le sienta ese vestido! —dijo el muy atrevido.

Levanté la mano para saludarlo, tímida y dándole una sonrisa estirada, él hizo lo mismo, pero tocando su gorrita a modo de saludo. Era un buen hombre, no tenía ninguna duda ya que jamás había intentado nada más allá de un simple comentario. Pero no me hacía sentir cómoda la manera con la que me miraba y la veracidad de sus piropos o intenciones. ¿Cuándo entenderían los hombres que las mujeres no queríamos que nos dijeran esas cosas en la calle?

Entré por la puerta y saludé al doctor Medina, que, como yo, acababa de llegar. Después de ultimar detalles con él le recité de memoria las citas de la mañana, me dirigí a mi puesto de trabajo, que no era más que una mesa en mitad del recibidor y me dispuse a distraerme de todo. Lejos de recuerdos dolorosos, pero sobre todo de pensamientos donde ese escritorsucho, fuera el protagonista.

Organicé todo lo de los pacientes y entre las citas de estos con el doctor, comencé a leer los comentarios que mis lectoras me dejaban, eso siempre me

alegraba el día.

La mañana se pasó volando entre entregar recibos, agendar citas y charlar de vez en cuando con mi compañero Jordi, que era el secretario del doctor del consultorio contiguo. La hora de irme había llegado, por lo que procedí a recoger mis cosas y apagar el sistema. Anoté un par de pendientes para el día siguiente en mi agenda electrónica, aunque la verdad no me hiciera falta, ya que gracias a Dios contaba con una buena memoria y me levanté de mi silla dispuesta a irme.

Después de saludar a mis compañeros, me pasé por la consulta del doctor, avisándole de mi marcha. Él me sonrió, me deseó buena tarde y me recordó que al día siguiente tenía que llegar antes para abrir.

Una vez en el coche, suspiré de alivio y cansancio. No era que no me gustara mi trabajo, al contrario. Pero sí deseaba mucho poder vivir de lo que más me apasionaba: escribir.

En el trayecto me entretuve cantando a voz en grito una canción de Pablo Alborán, que de tantas veces que la había escuchado me la sabía de memoria. Gracias a Dios no me dio por ser cantante, o si no, a más de uno hubiera perforado el tímpano con mi para nada, melodiosa voz. Aparqué el coche frente a casa y al coger mi bolso, me di cuenta de que mi teléfono se había salido de él con los vaivenes del coche. Una luz azul, alumbraba la esquinita del susodicho.

Mordí mi labio y después de debatir si mirar o no, lo desbloqué y entré en Facebook.

Bruno Ballester aceptó tu solicitud de amistad.

Capítulo 2

Bruno

Tras más de diez minutos de conversación telefónica infructuosa con Clara, decidí hacerle caso. Debía sacudirme el hastío y contestar mis correos pendientes, entre esos, algunas entrevistas. Las odiaba. Me resultaba una actividad soporífera. Parecía que los periodistas no tuviesen la suficiente dedicación como para leerse tu novela y preguntarte cosas en verdad interesantes. En efecto, la mayoría de las preguntas parecían recicladas, por eso prefería responder entrevistas de blogs de lectoras, pues tendían a preguntar cosas más significativas. Con esas incluso hacía la excepción de contestarlas por chat, para agregarle dinamismo. Las que eran para revistas o blogs literarios las respondía por escrito vía mail. Se me hacía más práctico poder copiar y pegar, porque siempre era la misma bazofia.

Mi editora me criticaba mucho el que interactuara tanto con mis lectoras a través de las redes sociales. En lo particular me resultaba de lo más enriquecedor, por lo que cada vez que tenía tiempo libre, lo hacía. Sus opiniones sobre mis historias eran netamente viscerales, no parecían estar revestidas de esas formas preestablecidas de crítica literaria. Cuando ellas decían que les gustaba algo, era porque de verdad lo encontraban agradable. Así como también se daban permiso para odiarme con los giros de tuerca o con la muerte de algún personaje.

«No debes parecer tan disponible» me recordaba siempre Odina. Pero qué podía hacer, me gustaba serlo, además de que era la única manera de interactuar con mis lectoras. Me daba mucho fastidio mantener ante ellas una personalidad estudiada, impostada o irreal. Aunque había cierta información que me reservaba para mí y solo para mí. Una de sus preguntas frecuentes era la razón por la que me dedique al género de romance erótico. Interrogante a la que tenía que responder en ese momento para una entrevista de un blog literario.

Todo comenzó con una apuesta con mi exnovia. Clara se fue en compañía de sus padres de viaje a visitar a sus abuelos y me dijo: «quiero que me escribas todas las cosas que deseas hacerme a mi regreso. Lo leeré, si haces que me provoque tocarme y me corra, te prometo que vamos a hacer eso que tanto me has estado pidiendo hacer. Apuesto que puedes estar a la altura».

Por aquel entonces, cursaba la carrera universitaria y me tomaba muy en serio escribir historias de terror con suspenso. Mi vida era estudiar, follarme a

Clara y escribir. Ella me había pedido un centenar de veces que le escribiera algo erótico, recibiendo una negativa rotunda de mi parte cada vez. Siempre me pareció que esas historias eran estupideces. Ella insistía en que amaba la manera en que describía todo en mis historias, que de seguro se me daría muy bien hacer lo mismo con las curvas femeninas. Sin embargo, había algo en la literatura erótica que yo encontraba vergonzoso. No era por el sexo, no, sino que siempre se me hizo una serie de sandeces mal escritas. Los personajes de esas novelas eran tan plásticos, tan irreales... Me negaba a hacer algo así, aunque no era que yo supiera mucho al respecto, lo que conocía era por fragmentos que la misma Clara había decidido leer en voz alta frente a mí.

No obstante, con semejante motivación me puse manos a la obra. Clara me conocía tanto, que entendió que la única manera de hacerme escribir ese género era retándome; ofreciéndome una jugosa recompensa a cambio. En un primer momento reulé. Me ponía nervioso no estar a la altura, porque ella era asidua lectora de novelas de romance erótico. De hecho, tenía dos libros que había dejado en mi habitación por si estando conmigo le apetecía leerlos, que decidí revisar. Para mí la erótica era algo estúpido, pero también era algo que nunca había escrito. Era innegable que siempre existía cierta ansiedad inherente a lo desconocido

Tras leer un poco ambos ejemplares, —para examinar la competencia—, concluí que había acertado en lo que inferí en primera instancia. Eran bastante malos. Un bodrio literario. No solo las escenas de sexo, sino todo el contenido de la inexistente trama. ¿Cómo podía Clara leer eso? Aquella lectura me dio ímpetu, me subió el ánimo, así que me senté frente al ordenador dispuesto a escribir el relato más estimulante que ella hubiese leído en años. Sin embargo, la sorpresa fue que no conseguí escribir nada medianamente excitante. Probé con ver pornografía para inspirarme, pero nada —obvio error de principiante, porque ¿qué carajo puede inspirar el porno de internet? En mi defensa diré que era joven—, era un desastre.

La frustración me pudo, dejé mi silla haciéndole caso a *Nietzsche* en eso de estar sentado el menor tiempo posible. Opté por salir a caminar en busca de la inspiración que necesitaba. Tras recorrer varias calles sin ningún pensamiento iluminador volví a casa abatido. Me senté en el porche como tantas veces solía hacer y fue ahí que sucedió. ¡Vi a un gato lamerse una de las patas delanteras! Sabía que no era algo grandilocuente, pero para mí fue lo que me despertó de la insensibilidad del momento en donde todo lo escribía de forma mecánica. La manera en que el animal se pasaba la lengua como si

no hubiese nada más importante en el mundo que recorrer esa extensión de su pelaje, me hizo entender que eso era lo que necesitaba hacer. No enfocarme en la prosa, en las palabras, si no en sentir, así como ese gato que parecía lamerse con auténtico esmero y deleite en pro de acicalarse sin que nada lo perturbase.

Entonces fui hasta mi cuarto y decidí que le describiría a Clara con lujo de detalles cómo me la quería follar atada, como había fantaseado y le había pedido tantas veces. Decidí especificarle con mesura todas las formas en que la besaría, la lamería, la manosearía de forma impúdica para mi placer y para el suyo. Así fue como entendí que ese relato tenía que ir sobre mí, sobre mi forma de ver el sexo, no de cómo lo apetecía a Clara. Para mí, lo excitante no era restringirla, per se, era verla retorcerse sin que pudiera hacer nada para dosificar el placer que quería darle. Que era mucho. Comencé a escribir en pro de mostrarle mi cosmovisión, mi estética, acerca de ese acto sexual que se formulaba reiteradas veces en mi mente con ella de protagonista.

Le conté cómo la imaginaba con los ojos entornados por el placer, con las mejillas rubicundas y la boca entreabierta jadeando. Le describí la forma en que quería inmovilizarla. Cómo se vería restringida cuando la cuerda recorriera la pálida superficie cutánea. Cómo se apretaría haciendo resaltar sus pechos, sus glúteos, conglomerándose entre sus piernas, aferrándose a los muslos, con el único propósito de hacerlos permanecer muy abiertos para brindarme entrada a las delicias húmedas de su ser. Expliqué con esmero y mesura, todas las cosas perniciosas que quería hacerle. Cómo me imaginaba su culo en pompa para mí. Cómo le comería el coño para escucharla gemir desahogada hasta que se corriera. Para luego dejarle darme una felación y follármela hasta que no pudiera soportar tanto placer, haciéndola explotar en un clímax superlativo.

A la mañana siguiente con la mente fresca, releí y siendo yo mi peor crítico, me quedé anonadado con la calidad del relato. Tenía casi siete mil palabras. No tenía introducción, no la necesitaba, los dos conocíamos los pormenores de nuestra historia. Era algo puramente dedicado a revolucionarle los sentidos. Por un momento tuve mis dudas, ella era muy desinhibida, pero al mismo tiempo nunca me había dejado atarla, no quería asustarla... Decidí que ya no había vuelta atrás. Le envié el correo con el morboso deseo de escandalizarla. Independientemente de si lograba el propósito inicial, me satisfacía imaginármela ruborizada y estupefacta.

Le envié un mensaje explicándole que la tarea había sido culminada y que

la tenía a su disposición en el correo electrónico. Solo debía leer, para dar el veredicto. Me respondió que estaba en la iglesia con sus abuelos pero que en la noche la leería. Las horas se volvieron pesadas, eternas, hasta que finalmente hacia la media noche me llamó con la voz entrecortada y jadeante. Me contó que no solo se había tocado, sino que se había corrido como nunca. Que tuvo que morder la almohada para evitar que sus padres la escucharan, y que cuando volviera a Madrid me dejaría hacerle lo que me diera la gana.

La sensación de éxito, de victoria absoluta, fue apabullante. Escucharla así de excitada y deseosa, resultó afrodisiaco. Cuando Clara volvió de viaje la sentí muy diferente, incluso besaba distinto. Aunque siempre había sido una chica muy presta para el sexo, todo mutó entre nosotros. La imagen de ella sujeta por las cuerdas por primera vez fue tan extraordinaria, que sin importar los años que pasasen, me seguía pareciendo estimulante. Recuerdo que compré sogas rojas para que combinara con el color de su cabello y resaltara sobre su piel nívea. Qué Hermosa se vio.

Antes de darme cuenta, Clara rogaba por más relatos. Los mensajes de texto que le enviaba iban cargados de oraciones licenciosas. Lograr que permaneciera al borde de la excitación se volvió un juego muy estimulante, uno cuyo resultado fue explorar nuestra sexualidad plenamente. Ella insistía en que debía dedicarme a escribir erótica, pues opinaba que escribía mejor que cualquier autor que hubiese leído. Supongo que en algún punto me dejé suggestionar. Poco a poco mis novelas de terror, suspenso o paranormal comenzaron a tener encuentros sexuales entre los protagonistas. Nada demasiado invasivo, solo besos y caricias en momentos álgidos de la trama. Comencé a percatarme de que la cuestión funcionaba y dejó de parecerme que era absurdo o vergonzoso escribir cosas así, pues mis narraciones distaban mucho de lo que abundaba en el género.

Un día me acerqué a la universidad de Clara a buscarla. Al saludar al grupito de chicas con las que siempre estaba, noté que me miraron de manera extraña. Sentí una rara tensión flotando en el ambiente. Hice caso omiso de la indescifrable situación, dándole dos besos a cada una para saludarlas. Clara se despidió con premura, jalándome del brazo para que nos fuéramos a mi coche.

Formulé la pregunta obvia. A sus amigas les sucedía algo, se notaba que se habían cortado un montón cuando me vieron llegar. Clara se puso muy nerviosa, por lo que yo insistí hasta que le resultó ineludible confesar: «Le he mostrado tu relato, por favor no te enfades», dijo en un hilo de voz. Recuerdo

que me enervé enfurecido. Nuestros relatos eran algo personal, muy nuestro que nadie debía ver, éramos nosotros follando. Me pareció una falta de respeto. Clara me explicó que todo empezó un día que una de ellas le pidió el móvil prestado para enviar un mensaje, y que la muy metiche terminó leyendo lo que no le importaba.

Contra todo raciocinio —a mi parecer—, Clara no pudo evitar querer presumir lo bien que se me daba escribir esas escenas. Quiso alardear de su novio el guarro que le decía cosas que la ponían a mil, con tan mala suerte de verme aparecer justo el día que había decidido dejarlas leer ese primer relato. Debido a semejante casualidad, todas quedaron demudadas. Mi novia me explicó que antes de mi llegada, sus amigas no hicieron más que comentarle la suerte que tenía de tener a un tipo como yo. Que escribía tan bien y le hacía lo que dictaban aquellas narraciones lujuriosas. Mentiría sino admitiese que aquello me dejó perplejo al tiempo que me subía el ánimo, pues Clara era mi novia, era normal que me apoyara en mi escritura, pero más lectoras opinando lo mismo, le hacía el día a cualquier escritor.

Pelemos, ella me apaciguó con sus caricias incendiarias, esas que me hacían perder el control transfigurando mi estado de ánimo al infligirme placer. Con el tiempo no solo era mi novia insistiendo por más relatos, también fueron sus amigas. Me dejé convencer y empecé a escribir una historia corta de unas veinte mil palabras cuya trama ellas orquestaron. Me dieron las ideas de lo que les apetecía que sucediera, mientras que yo coloqué el sexo. Cuando lo terminé, todas se reunieron a leerla. Aún recuerdo esa sensación de pánico, de nervios incontrolables pues era la primera vez que escribía algo que no era para mí o para Clara. No quería decepcionarlas, porque a fin de cuentas terminé distorsionando toda la trama. Le agregué una carga erótica pervertida, bajo una especie de vaga reminiscencia a lo que ellas habían conjugado en un principio.

Mi novia organizó la reunión como si fuese una especie de magno evento. Al darme por enterado de tal situación les hice frente. Fui a casa de Clara, encontrándolas a todas aglomeradas en el patio trasero, lejos de sus padres o de cualquier metiche que pudiera llegar, que para el caso fui yo. Les expliqué que era justo que me dejaran estar presente, a fin de cuentas, ellas habían leído mis relatos personales sin mi consentimiento. Tras asegurarles que hasta se olvidarían de mi presencia pues no haría ningún ruido, me dejaron quedarme. Cada una leería cinco mil palabras del relato en voz alta, al terminar darían sus opiniones al respecto.

Me senté a un par de metros de distancia, asegurándome de tener una buena vista de todas. Las vi llevarse el cabello detrás de la oreja, respirar hondo, o morderse los labios cuando estaban por comenzar a leer, luciendo nerviosas e inquietas. Conforme bebían de sus copas con tinto de verano, sus ánimos parecieron aligerarse adentrándose en la lectura. Presté particular atención a cuando leían las partes álgidas. Justo en ese momento se relamían los labios parsimoniosas, distraídas, mientras sus mejillas se teñían de bermejo. Decían cosas como: «está haciendo mucho calor aquí, ¿no?» abanicándose mientras apresuraban un trago de aquella bebida refrescante.

Siguieron leyendo cada una de las cosas que el protagonista le hacía a la chica del relato con un rictus de concentración extrema, obviando mi presencia. Al final de la noche terminé con cuatro chicas que se habían calentado bastante. La expresión lúbrica en sus rostros fue adictiva, me hizo desear más. Quería ver a más mujeres así, pues todo eso lo había hecho yo, sin siquiera tocarlas. Oírlas decir con mucha vergüenza que se habían excitado fue... Increíble, una cosa indescriptible, incluso para un escritor. Recuerdo que Clara las despachó rápido de su casa, mientras me bajaba los pantalones con celeridad. Yo le decía que sus padres estaban adentro, pero aquello pareció no importarle. Lo hicimos en una de las sillas de jardín del patio, mientras ella trataba de contenerse para no gritar.

Esa noche comprendí que encender a las mujeres no iba de cómo las tocaba, o en qué posición me las follaba. Había algo mejor, algo más valioso. Esa noche descubrí el poder de encender la libido femenina. Una mujer mentalmente estimulada era otra cosa en la cama, otro nivel.

Así fue cómo me convencí por escribir el género. El que los demás autores fueran una franca vergüenza no tenía por qué incidir en mi escritura. Decidí que sobresaldría, que cambiaría el panorama. Entendí que no había nada absurdo en excitar mujeres, que incluso era algo de lo más apetecible. Muy excitante de hecho, porque no negaré que se me puso dura al verlas leer, imaginándome cómo se mojaban justo ahí, enfrente de mí. El coño de Clara me lo confirmó. Me hundí en ella con suma facilidad. Aún la recuerdo, sentada sobre mí tan excitada que me montaba con soltura jalándome el cabello, mientras que yo le tapaba la boca para acallar sus jadeos...

Obvio, esa no era la respuesta que daba en las entrevistas. Tenía algo armado mucho menos personal, con una serie de tonterías que a los editores les encantaba leer. Esa era la respuesta que copiaba y pegaba de un archivo a otro, para después enviarlo con el resto de las preguntas contestadas por

correo electrónico, a ese blog que sabría Dios quién leía.

Me quedaba una hora antes de irme a la cama, por lo que pensé en leer alguno de los libros que tenía esperando en la mesa de noche. Segundos después cambié de opinión, tomándome un par de minutos para entrar a Facebook. Comencé a ojear con rapidez los comentarios de mi página. Antes me tomaba mucho tiempo, pero con la práctica agilicé entrenando a mis ojos para leerlos con rapidez, pues la mayoría solían decir siempre lo mismo.

«Amo tu novela».

«¿Te quieres casar conmigo?»

«Odio a tal personaje, no soporto que hiciera tal o cual cosa».

«Yo lo que quiero saber es cómo de esos personajes follas tú».

«Casi me desmayo cuando leí tal o cual parte».

«¿Bruno, cuando posteas una foto tuya?»

Respondí algunos, los que salían de esa tónica. Después revisé los mensajes privados. Había muchas mujeres tímidas que preferían decirme las cosas por esa vía más personal. Bostecé cansado, decidí seguir al día siguiente abriendo una conversación más: «Camila Alcázar»

«Buenas noches señor Ballester, me comunico con usted simplemente para decirle desde mi humilde opinión, que tiene una visión muy diferente a lo que se supone que es la erótica. Sin duda sus escritos, podrían hacerse pasar claramente por un guion pornográfico.

Sin más, pase buena noche».

Releí el mensaje un par de veces, para finalmente echarme a reír. Pero ¿qué se había creído esa mujer? «Una visión muy diferente a lo que se supone que es la erótica». Pues señorita no sabía que había un tabulador para establecer hasta dónde una novela de romance con narrativa sexual dejaba de ser erótica y pasaba a ser pornografía. ¡Qué franca estupidez! ¿Quién establecía esos límites? Obvio era algo que ponderaba cada lector, dependiendo de sus gustos y experiencias sexuales. Justo cuando estaba por explicarle todo eso, además de que todas las escenas sexuales de la novela transmitían una parte importante de la trama y, de paso aclararle que técnicamente toda obra literaria que contuviera descripciones de actividades sexuales con la finalidad de excitar, era pornografía sin importar cómo lo narrase; Me lo pensé mejor, decidiendo que no lo haría. A fin de cuentas, tenía que darle puntos por escribirme lo que pensaba. No solía recibir críticas adversas, por lo que se me hizo más divertido jugar con ella un rato.

«Hola señorita Alcázar, eso que usted llama guion pornográfico, es

meramente una historia de ficción que tiene como propósito entretener y excitar al lector.»

«Supongo que nos excitan cosas diferentes, a ver, dígame usted ¿qué es lo que le excita?»

Quería ver si se atrevía a explicarme qué era erótica para ella. Pues si hablaba tan resuelta del asunto, entonces era porque sabía mucho al respecto ¿no? En vista de que no estaba en línea, tendría que esperar a que me respondiese después. Por mera curiosidad me fui hasta su perfil de Facebook y me encontré con que... ¡Joder, era preciosa! En la foto del chat no se apreciaba bien, pero al conseguir mirarla de forma resuelta, me quedé sin palabras por un par de segundos. Me sorprendí una vez más al percatarme de que además también escribía. Revisé sus fotos, rubia, ojos verdes, hermosa, aunque lo que más me gustó fue ese semblante de chica que asistió a la escuela de monjas. No me dejé engatusar por su belleza, comencé a revisar el perfil y toda la información que brindaba. «¡Por favor!» Exclamé al ver que se llamaba así misma autora, cuando escribía en un blog y en plataformas de lectura gratuitas.

—A ver, Camila, te explico: eres autor cuando te publica una editorial, una revista, mientras, eres un mero escritor. Obvio eres autora de tus obras, pero para el argot literario hasta que no estés publicada no lo eres. Yo soy autor, tú eres escritora—, pensé hablando en voz alta.

Lo que me faltaba, que una pseudo-escritora de bobadas cursis viniera a decirme a mí qué era erótica. Porque tras analizar sus portadas, pude ver que tenía varias historias de época y a menos que tuviese a una *Madame Bovary*, a la que se la follara de forma explícita el lechero en el granero, eso no era más que una sarta de chorradas.

Entré a la plataforma de auto publicación en la que publicaba. Me descargué la maldita aplicación, me hice una cuenta y por un momento pensé en que todo aquello era demasiado trabajo solo para averiguarle la vida a la rubia. Pero después me figuré que era mejor tener las armas necesarias para darle una lección si se ponía chula. Me hice un perfil falso, no coloqué mi nombre, no podía quedar rastros de mí, así que coloqué el nombre de Clara que fue el primero que se me ocurrió.

Comencé a leer, solía hacerlo muy rápido y en ese caso lo hice con más celeridad. La novela estaba marcada como contenido adulto, ergo, tenía sexo o al menos eso dejaba entrever la sinopsis y eso era lo que yo quería leer. No cómo su *Madame Bovary* se ponía las medias. No pude evitar hacerle

correcciones mentalmente, bueno no era que tuviera demasiadas... Estaba bien, ambientaba de puta madre. Me resultó interesante cómo utilizaba el lenguaje de la época. Me quedé leyendo una parte que se me hizo preciosa, pero conforme avanzaba no pasaba nada. ¿Dónde rayos estaba el sexo? Ya me había leído seis capítulos y nada.

Me ajusté las gafas de lectura, aquello iba a ir para rato. Me entró hambre por estar despierto más de lo normal, así que caminé hasta la nevera, recalenté pizza y tomé una cerveza. Su *Madame Bovary* hablaba, hablaba y hablaba, bueno como todas las mujeres, pero ¿sería posible que terminaran de follar de una buena vez? Tanta tensión sexual me encabronaba, me daba en los huevos. Había que reconocer que trabajaba bien esa parte, solo albergaba la esperanza que tanta espera valiese la pena.

Terminé de comer avanzando hasta el capítulo nueve, en donde comenzó a desesperarme que la protagonista fuese una *Elizabeth Bennet*. No, qué tontería, al menos ella era sarcástica y medio altanera, en cambio la protagonista de Camila era orgullosa pero demasiado pasiva. «¡Que alguien se la folle por el amor de Dios!», pensé. Necesitaba francamente que alguien le subiera la falda.

La novela comenzó a darme sueño, ¿lo peor? Los comentarios de sus lectoras, todas le alentaban. A todas parecía gustarle todo eso... ¿Acaso no se daban por enteradas que los hombres no hablábamos, ni pensábamos así? ¡Por favor! esas mujeres estaban enamoradas de un hombre que no existiría nunca ni de casualidad. Ni yo me inventaba tipos tan falsos. Que al menos a mí me pagaban por hacerlo, pero joder que esa chica se lo debía creer.

Capítulo trece, bla, bla, bla. Se suponía que venía lo bueno, se habían quedado a solas en el establo mientras llovía, por lo que supuse que ahí sucedería el colosal evento. Mis ojos se pasearon por las letras mientras me sentía al borde del hastío. *Me levantó la falda* aja, bla, bla, bla, ¿qué más? *Acarició mi cintura*, le acababa de subir la falda ¿y ya estaba en su cintura? Se saltaba los detalles importantes. *Me besó, rozando mis labios muy despacio...* ¡¿QUÉ?! No pude evitar rodar los ojos, «tío, métele la lengua en la boca, en el coño, en todos lados, ¡haz algo!», pensé.

Hice una pausa, ¿acababa de leer lo que...? Joder no... no pude evitar reírme con desaforo. Me reí tanto, que dejé mi Tablet en el sofá y me levanté porque no aguanté, no aguanté más. Tosí varias veces, creyendo que me iba a dar un ataque de asma de tanto carcajearme.

Ella dijo *partes bajas* en vez de coño o de sexo. No, no, no, ¿qué era eso?

Me reí estruendoso de nuevo. ¿Pero qué carajo eran las partes bajas? Existían muchas partes bajas, todas las que están en los pies son bajas. Las de las piernas también. ¿O sería que de plano se refería a los tobillos? Ah, seguro era que al tío le gustaba follar pies. Sí, sí, seguro fue eso, que le juntó los pies y le metió la polla entre ellos para que lo masturbara, porque si no, yo no me podía explicar qué era eso de: *se hundió en mis partes bajas*. Podía haber dicho «se hundió dentro de mí» y la habría salvado, pero partes bajas... ¡Por favor!

Porque si por músculos bajos se refería al ¡coño! La palabra más gloriosa del idioma castellano y una de mis partes favoritas de la anatomía femenina, entonces la llevábamos mal. Camila era una puritana en toda regla. Justo ahí entendí por qué creía que lo que escribía era pornografía. ¿Qué clase de monja era? Sin contar que el tipo se la follaba en una página. Mis descripciones eran el triple de eso, muy explícitas y detalladas. Oh Dios, pobre ángel, de verdad esperaba que me contestara, sería de lo más divertido pervertirla... muy, muy divertido.

Capítulo 3

Razón 2 | Desquiciante

Me llevé la mano al pecho, intentando impedir que mi corazón saliese disparado como un petardo. No sabía el porqué de mi temblor, como tampoco podía explicar la razón por la que la adrenalina parecía recorrer todo mi cuerpo. Era solo un hombre, por el amor de Dios, un escritor de pacotilla y perverso que no hacía otra cosa que sacarme de mis casillas. Aún me preguntaba por qué no cancelé la petición de amistad cuando me di cuenta de con qué pie cojeaba. Le habría borrado si no fuera porque la curiosidad me atormentaba.

Ya lo decía mi abuela que en paz descansa: «Esta niña se hace la santa y la remilgada, cuando en realidad es una *ligera de cascos y metomentodo*» y no era que fuera realmente tan metiche, sino que el querer saber, podía más que el quedarme callada y morir con la incertidumbre. Lo que nunca supe fue: por qué me decía que era una ligera de cascos, si con el único hombre que me vio fue con mi primer novio y no llegamos a nada más que un par de besos en ese entonces.

Miré mi teléfono, por mera inercia, metiéndome en Facebook y desplazándome hacia abajo vi un post que me llamó la atención. No fue por lo que vi, sino por el significado de este. Aparte de la llamativa y descarada foto que tenía de protagonistas una chica con expresión jadeante, mientras un hombre al que no se le veía el rostro le mordisqueaba el cuello y le apretaba un pecho con los dedos, junto con una frase que decía: «La curiosidad no podrá matar al gato, este estará muy ocupado disfrutando de su tortura», era que la había postado Bruno Ballester.

Solo con esas palabras hizo que mis mejillas volvieran a calentarse junto con mis orejas. ¿Por qué tenía la sensación de que esa frase, iba dirigida a mi persona?

Con dos o tres respiraciones hondas, solté el teléfono en el asiento del copiloto, miré mi portal con recelo, no me apetecía nada estar en casa, así que pensándomelo mejor arranqué el coche. Necesitaba comer algo, amainar los nervios y la tensión que tenía de alguna forma, con una deliciosa comida, por ejemplo: italiana. Llegué a mi restaurante favorito: La pequeña Italia y me dirigí a mi mesa habitual para después ver a Paolo salir de la cocina estirando una sonrisa al verme. Llegó a mi lado y besando mi mejilla colocó el menú en la mesa.

—Buenas tardes, Camila ¿Qué quieres tomar?

—Un refresco de naranja y para comer lo de siempre, para no perder la costumbre —contesté sonriéndole de vuelta.

Mi móvil vibró, —por enésima vez en el día—, encima de la mesa con una llamada entrante; era Alejandra. Paolo se fue, una vez apuntó mi pedido, y contesté.

—Hola, pichoncita —la saludé antes de que ella dijera nada. Alejandra gruñó como cada vez que escuchaba mi cariñoso apodo.

—Deja de llamarme así ¿Dónde estás? Acabo de salir de currar y estoy que me como un caballo. —Solté una risotada al mismo tiempo que Paolo dejaba mi bebida en la mesa.

—Estoy en la “Pequeña Italia” acabo de pedir mis raviolis de espinacas y ricota, acompañados de una deliciosa ensalada. ¡Ah! y un rico pan caliente con mantequilla y pesto.

—¡Perra! Me dices todo eso para torturarme. Espérame y te acompaño.

Colgué riéndome a carcajadas de ese mal humor que le nacía cuando tenía hambre y me puse a jugar con el móvil mientras la esperaba. Rasqué mi nariz cuando mi dedo índice cliquéó abriendo el chat. Su nombre se burlaba de mí, tan potente y excitante que no me creía que fuera el suyo verdadero. ¿Cómo alguien tan ególatra y estúpido podría llamarse así? Me jugaría el brazo a que era un seudónimo solo para provocar los suspiros de sus tantas fans. Como si lo viera...

Rodé los ojos al mismo tiempo que accioné la cámara frontal haciéndome un *Selfie* de lo más sonriente. Le agregué el filtro que me convertía en un gato adorable color rosa, adjuntando lo siguiente: «Depende de la tortura y del alguacil, el gato se dejará cazar o no» le di a publicar en Facebook y con una sonrisa de lo más ladina, bebí de mi refresco con una sensación de excitación por todo el cuerpo. No sabía si lo que empezaba a experimentar me gustaba o en su defecto me aterraba.

Al cabo de un rato y con la comida en la mesa, vi aparecer el coche de Alejandra. Aparcó como solo ella sabía hacer, casi volcando un contenedor y rozando el paragolpes del coche de enfrente. Cualquiera día me llevaría un disgusto con esa mujer. Salió resuelta y como si caminara en una pasarela, entró en el restaurante para luego ojear el lugar hasta dar conmigo. Le sonreí y ella hizo lo mismo, pero a la comida que humeaba frente a mí.

—¡Oh Dios, puedo correrme con solo mirar todo esto!

Abrí la boca escandalizada, no lograba acostumbrarme a esos comentarios

suyos tan desinhibidos. Y para más inri escuché a Paolo atragantarse y mirarla con los ojos muy abiertos. Ella ni se inmutó, simplemente se sentó y empezó a picotear de mi plato para luego gemir sin pudor alguno. Parecía que estaba en pleno orgasmo y yo no podía estar más mortificada.

—Alejandra, córtate un poquito ¿quieres? Creo que solo falta que nos mire el perro que va andando por la calle oliendo las meadas... no, ese acaba de mirar ahora.

Ella gruñó de nuevo soltando el tenedor donde estaba para luego proceder a limpiarse la boca con la servilleta, con la elegancia que solo ella tenía. Sí, mucha elegancia, después de haber hecho el espectáculo. Una vez me prometió comportarse y comer como una persona normal y decente, que ya era mucho decir, le conté, con todo lujo de detalles, lo que tenía enconado en la lengua desde la noche anterior. Le cité cada mensaje que me envió como también lo que leí de su libro. Alejandra me escuchaba atentamente, después de haber pedido su comida. Cuando terminé y ella iba a hablar, mi móvil vibró por una notificación de mensaje.

Me olvidé de respirar por un par de segundos y me empezó a entrar calor. ¿Era que lo había invocado solo hablando de él? Alejandra miró la luz de la pantalla de mi móvil y sonrió como el gato de *Cheshire* o en su defecto como Silvestre cuando se comía a Piolín.

—La luz es verde —murmuró, como si ya no lo supiera—, eso significa que es un mensaje de *Messenger*... —canturreó para luego sonreír bobaliconamente.

Tragué saliva. Estaba atacada de los nervios y me preparé para lo que leería una vez abriera la conversación. Pensé en que quizás estaba siendo tonta y podría no ser él quien me escribía; pero tenía la certeza que sí que lo era. Agarré el teléfono y lo desbloquéé para luego ver la burbuja de la conversación en la pantalla de inicio. Me abstuve de gruñir como una niña enfurruñada, en cambio, suspiré y cliqueé abriendo el chat.

B: «¿No te habré asustado? ¿Ya te olvidaste de mí? Con lo bien que me estabas cayendo... Por cierto, bonito conejo... ¿O era un gato?»

Mis mejillas comenzaron a arder y mis manos a sudar. No sabía qué hacer o decir, más que respirar hondo para calmarme.

C: «¿Asustarme? Menos lobo, Caperucita. Para tu información, era un gato, uno muy bonito, para qué mentir. Y sí, por suerte te olvidé, pero por lo que veo para quien soy difícil de olvidar es para ti».

Casi me sentí orgullosa de mi misma, casi, pero luego me dije que ese

hombre tendría una respuesta preparada para todo embate de mi parte y se me pasó. Eso y que podía acusarme de seguirle el jueguito.

—¿Es él? —preguntó mi amiga haciéndome desviar la mirada de la pantalla, donde los benditos tres puntitos me indicaban que estaba escribiendo.

—Sí... —dije lo más neutral que pude, pero claramente se notaba la tensión en mi voz.

—¡Wao! Te tiene al límite... En los veinte años que tengo conociéndote, nunca dijiste una palabra más alta que la otra, y ese ha conseguido alterarte en un solo día... Cariño, estás perdida.

Entrecerré los ojos en su dirección y para demostrar mi punto, bloqueé el móvil dejándolo encima de la mesa. «¡Ala, ya puede hablar lo que le dé la gana!», pensé justo cuando el aparato vibró y mi mirada voló hacia esa dirección. La sonrisa de Alejandra logró que me dieran ganas de lanzarle el móvil a la cabeza. Me mordí los carrillos, me crucé de brazos y pellizqué mis costados con tal de mantenerme ocupada. La luz no paraba de parpadear. «No te muevas, Camila, por lo que más quieras», me supliqué a mí misma.

—Puedes atender, no tienes porque *no* hacerlo —comentó con una sonrisilla socarrona.

—No me interesa, me es indiferen...

La vibración de un nuevo mensaje me cortó la frase y eso hizo que Alejandra se carcajeara de lo lindo, hasta tal punto que tuvo que agarrarse la barriga. Ella negó con la cabeza y se levantó anunciando que iba al baño. Una vez desapareció, me quedé observando la lucecita verde. Y mirando de un lado a otro como si estuviera a punto de robar algo, cogí el móvil y lo desbloqué en tiempo record. Cuál fue mi sorpresa que no era un simple mensaje.

Una foto de su barbilla cubierta de vello negro, como si llevara unas pocas semanas sin afeitarse se abrió ante mis ojos. Tenía labios gruesos y una de las comisuras se alzaba canalla, burlándose de mí. El mensaje que la adjuntaba decía así:

B: «Para que veas que soy más lobo que caperucita. Quizás deba enseñarte cómo aúllo».

El móvil se me escurrió de las manos, dando un golpe seco en la mesa, que gracias a Dios, pasó desapercibido. El detalle de si se había roto la pantalla fue menos importante que mis nervios. Tanteé mi cuello intentando buscar mi pulso. Lo encontré acelerado, queriendo abrir mi piel. Ese hombre

era demasiado intenso, arrollador, pero sobre todo un perverso de cuidado. Si a mí me enviaba esa foto y me decía esas cosas, no podía imaginarme qué les diría a sus tantas fans calentorras. Con razón recibía tantos comentarios en sus post. Era un creído de cuidado.

Bebí de mi casi extinto refresco mientras miraba fijamente el plato vacío frente a mí, como si fuera lo más interesante del mundo. Un movimiento fue captado por el rabillo de mi ojo y alcé la mirada para ver a Alejandra observarme a su vez, con una sonrisa curiosa.

—¿Has visto un fantasma, un hombre lobo?

Esa frase hizo que el líquido que aún tenía en la boca saliera disparado. La imagen de sus labios vino de nuevo a mi mente mientras tosía.

—¡No! solo me he quedado pensativa un rato, eso es todo.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si yo fuera uno de esos cuadros abstractos del museo que tanto le gustaba observar por horas hasta descifrarlo. Y antes de que lo descubriera, me levanté, agarré mis cosas y me dispuse a irme.

—Tengo que hacer cosas en casa, ¿Nos vemos mañana?

Paolo se materializó junto a nuestra mesa y casi me dio un soponcio. La sonrisa que Alejandra le lanzó me hizo rodar los ojos. Ella y su obsesión con los italianos y si no fuera porque Paolo estaba muy casado, ella se le hubiera lanzado a la yugular nada más saberle soltero. Los dejé a ambos charlar una vez que pagué la cuenta y me dirigí a mi coche. Ya en el interior, saqué el teléfono de mi bolso y lo solté en el asiento. Pero no logré arrancar, en cambio, decidí contestar al muy... descarado.

C: «Si eres así conmigo, no me quiero imaginar cómo eres con esas lectoras que te acosan. Eres un perverso de cuidado».

Sonreí muy digna y cuando fui a poner en marcha el coche, una nueva alerta me hizo tensar. Miré la lucecita verde, como si esta fuera una señal de explosión inminente y tuviera la urgencia de desactivar. Así que, sin pensarlo más, lo cogí y leí lo que había contestado.

B: «Oh, gracias por el cumplido. Me halaga que lo hayas notado. Y no, no soy así con todas».

Mi boca se abrió cuando solté un suspiro. Tanta vanidad no debía ser buena para nadie, pero mucho me temía que ese tipo estaba lleno de ella. Lo peor de todo era que me sentía con las ganas suficientes como para seguir rebatiendo con él, para saber hasta dónde podía llegar.

C: «¡No era un cumplido!»

B: «Ah sí, perdón, olvidaba que estoy hablando con la madre Teresa de Calcuta. ¿Cómo está todo por el convento, Madre?»

Lo que me faltaba. Que el muy pervertido me dijese monja así por toda la cara y no una monja cualquiera, no, la más santa y beata de todas las monjas.

C: «¡Serás...! No soy ninguna monja, pero aun así, lo prefiero antes de ser un salido viejo verde, que de seguro la imagen que me pasaste está photoshopeada. O vete a saber si eres tú realmente».

B: «¿Un viejo verde? Pero si tengo treinta años. Ah, espera, ¿tienes quince? Si es así entonces todo cobra más sentido. Tus novelitas con escenas sexuales dejan mucho que desear. Normal, ya que probablemente a una niñita como tú nunca la hayan besado siquiera» —escribió agregando un icono riendo.

«Y a ver... ¿Quién Photoshopea la imagen de un mentón?

Soy escritor, no tengo ni un ápice de talento para la manipulación fotográfica, aunque bueno ya sabes lo que dicen: Cada ladrón juzga por su condición, ¿no? Tal vez tú manipulas tus fotos y en realidad eres horrorosa, o en serio eres una niña que se hace pasar por una mujer (si es así dilo, no me gustan las niñas)»

Casi solté una risa nerviosa si no hubiera estado tan enfadada y procurara escribir bien sin que el temblor de mis manos fuese notable en mis respuestas.

C: «Punto número uno: No te voy a consentir que te metas con mis novelas, además yo sí que hago historias, no como tú, que buscas dinero fácil. Todas esas... Calentorras que solo buscan guarradas para poder masturbarse.

¡Y yo no Photoshopeo nada! ¡Soy así, una mujer adulta! Además, no tengo por qué darte ninguna justificación. ¡Deja de molestarme!»

Escribí a toda prisa, sin embargo, me quedé a la espera de una nueva contestación. Algo andaba mal conmigo, muy mal.

B: «Mis novelas tienen tramas de lo más plausibles, señorita inocente, llegado el momento hay sexo, muy buen sexo, si me permites el inciso. ¿O me vas a negar que te calentaste leyéndome?»

Le envié un icono con la boca abierta.

C: « Pero serás...»

B: «¿Soy qué? A ver».

C: «¡Nada! ¡No sentí nada! Me hiciste correr al baño a vomitar, es lo único que me causaste».

B: «No mientas... Eres escritora, sabes que me escribiste porque te hice

sentir algo, de lo contrario no te habrías molestado.

Está bien, no hace falta que lo admitas, yo sé la verdad...»

C: «¡Te escribí porque quise hacerte un favor!

Eres insufrible...» —escribí y agregué un icono con expresión exasperada.

B: «¿Un favor de qué, cariño?»

Me quedé pensando la razón por la cual le hablé y por un momento me quedé en blanco. Me cabreeé porque eso significaba que el muy canalla ganaría la batalla. Pero querido amigo, la guerra aún no había empezado. Estaba pensando en algo ingenioso que decirle cuando un nuevo mensaje saltó en el chat.

B: «Te hago una pregunta, ¿Desde cuándo no te echas un buen polvo?»

Tuve que respirar hondo cuando olvidé cómo se hacía. El muy vividor se lo estaba pasando de lo lindo sacándome de mis casillas, poniéndome de los nervios y yo como una tonta siguiéndole el juego. Había algo en todo aquello que me gustaba y no sabía qué.

C: «Eres un descarado...»

Me recliné a mí misma al no ser capaz de decirle algo mejor que eso.

B: «Yo creo que, si llega ese día en el que te lo des bien dado y te lees mi novela verás que no pasa nada fuera de lo normal. Necesitas dejar de ser tan puritana Camilita y eso sí te lo digo como un favor...»

C: «¡No! Solo con recordar lo que leí tengo suficiente para un lavado de estómago».

B: «Camilita, Camilita... Si quieres dedicarte profesionalmente a esto, necesitas relajarte un poco. Estás... Demasiado “apretada”»

C: «¡Estoy relajada!»

B: «Seguro que sí...»

Me fijé en mis manos temblorosas y solté un gruñido al aire.

—Cambia de tema... —Sí, cambiar de tema sería lo mejor.

C: «Y por supuesto soy mejor escritora que tú, cuando quieras te lo demuestro, lumbreras, que te crees el rey del mambo»

Golpeé mi frente repetidas veces contra el volante, ¿Por qué le seguía el juego? Por estúpida... Eso era.

B: «Esto no es una competencia, linda. Además, el rey no compite con plebeyos. El rey le da permiso a los plebeyos para tener sexo».

C: «¡¿Me estás llamando plebeya?! ¿Y se supone que eres tú, el rey? Ja, ja... Deja que me ría».

B: «Puf... Y ahora eres hasta lenta de entendederas... A ver, pon en

funcionamiento las neuronas, con razón tus novelas dan sueño».

C: «¡No soy lenta! ¡Simplemente quise sonar sarcástica!»

B: «Pues cuando quieras te doy clases de sarcasmo, se ve que las necesitas. Como también de cómo escribir escenas sexuales decentes y de historia».

C: «¡Ay! Habló el entendido... Para leerte, mejor me descargo una película X. Aunque de seguro me excitaría más que todo eso que llamas buena trama sexual...»

B: «De acuerdo, suerte en su búsqueda, que pase muy buenas tardes, señorita Alcázar».

C: «¿Vamos a estar así todo el día? Lo digo porque tengo que ir a casa, ducharme y esas cosas, no tengo tiempo para esto...»

Le di a enviar al mismo tiempo que recibí su último mensaje. Esperé un momento con los dedos en posición para ponerme a escribir una respuesta a lo que demonios fuese a decir luego, pero no escribió nada. Esperé unos segundos más y me indigné como nunca al ver que el muy tonto me había dejado con la palabra en la boca.

Tiré el móvil con rabia al asiento con la mala suerte que rebotó y cayó en la alfombrilla. Si el pobre seguía recibiendo golpes por culpa de ese escritorsucho, se echaría a perder.

—¡Ahí te vas a quedar pedazo de... Arg! —dije gruñendo ofuscada poniendo en marcha mi coche de una vez.

Cuando llegué a casa, conecté el teléfono al cargador en el baño y poniendo música instrumental suave, me relajé en la bañera una vez se llenó casi hasta arriba de agua hirviendo. Hablar con ese escritor de pacotilla me había puesto de muy mal humor, solo esperaba que no volviera a molestarme. Pero mi mente, en cambio, parecía no darme tregua. Se puso a divagar, a recordar la dichosa foto que me envió. En cómo se veía su boca inclinada con una sonrisa seductora. «¿Será él de verdad?» me pregunté a la vez que me enjabonaba los brazos cuando noté un escalofrío recorrerme completa. Nunca me gustaron los hombres con barba, mi ex siempre iba bien afeitado y solo de pensar en cómo sería sentir el picor al rozar mi mejilla, el corazón se me disparó.

¿Y si en verdad era un atractivo escritor de treinta años? ¿Por eso se la tendría tan creída? ¿Porque estaba buenísimo y solo le bastaba una sonrisita para hacer caer a sus pies a las chicas? ¿Por qué se tomó el tiempo de escribirme todo eso entonces, si tenía a tantas a las cuales molestar? ¿No se

suponía que era famoso y no debería estar hablando así con nadie por chat? ¿Le habré gustado? No, si fuera así no me habría recalcado lo monja que soy... Rodé los ojos y sacudí mi cabeza decidiendo acabar con esa tontería. De seguro el muy canalla lo haría por deporte.

—Maldito seas, Bruno Ballester... —mascullé a la vez que terminaba de enjabonarme.

Capítulo 4

Bruno

Escuché mi nombre acompañado del sonido del timbre repetidas veces. Miré el reloj despertador, eran pasadas las ocho de la mañana. Me quedé dormido leyendo a la *Madame Bovary* de músculos bajos, en busca de otra escena de sexo en donde tal vez Camila se resarciera, pero no la encontré. Todo fue dulce e irreal. «¡Por favor, así no follaba la gente de verdad!». Me levanté de un salto y corrí hasta la puerta. Al abrir, una Clara enfurecida, apareció de brazos cruzados con cara de pocos amigos.

—Te dije que tenías que estar listo a las ocho de la mañana. La cita en la tienda es a las nueve y me ha costado mucho conseguirla.

—Clara no entiendo por qué tengo que ir, ¿no te podía dar mi tarjeta de crédito y ya está?

—No, tienes que verme pareciendo un ángel. Tienes que ayudarme a decidir qué vestido usaré, además, así sufres al verme preciosa, entendiendo de lo que te perderás para siempre.

—¿Me puedo dar una ducha al menos? —pregunté somnoliento.

—¡NO!

—Vale, vale, deja que me vista.

Corrí a lavarme los dientes; me puse unos jeans, una camisa y una chaqueta de piel de *nobuk*. Un par de botas para el clima frío, unas gafas de sol y me peiné un poco con los dedos para arreglarme.

—Bueno al menos estás decente, mira que ésta tienda es de lo más pija.

—Sí, ya, vámonos, terminemos con esta tortura cuanto antes.

Clara se apiadó de mí, dejándome comprar un café y un sándwich para llevar en una cafetería cercana. Me permitió comer en su coche, entretanto conducía como desquiciada para llegar a la puñetera tienda antes de las nueve de la mañana. Si las mujeres por naturaleza eran *multitasking*, Clara se llevaba la palma. Esa mujer circulaba entre el tráfico, me contaba sobre la fiesta, se maquillaba entre semáforos, revisaba correos en el móvil, enviaba mensajes... Sí... Clara era un claro ejemplo de todo lo que no se debía hacer mientras se conducía. En cambio yo, le contestaba con monosílabos, pues iba muy enfocado en escribir en mi móvil.

—¿De qué te ríes? ¿Qué tramas, malvado? Mira que tú con ese buen humor es algo bien sospechoso.

—Nada, nada, aquí divirtiéndome un montón con una de las hermanas

Bronte, no me prestes atención, después te cuento —le dije, respondiendo los mensajes de Camila.

Esa rubia era más puritana de lo que pensaba. Si no estuviera tan buena hubiera dicho que era virgen, no había de otra. Esperé ansioso su respuesta que sorprendentemente no tardó en llegar, eso indicaba que al menos era un poquito impulsiva, no se pensaba demasiado lo que decía y eso me gustaba.

C: «Las relaciones sexuales son más que una demostración física de deseo, son para demostrar el amor que siente el uno por el otro al estar en pareja».

Me estaba dando pena ajena esa chica, «demostrar el amor» no, no, no. Ella era como un unicornio, una sirena, un hada. *Camilita* hasta en el amor creía, de seguro le iba el ideal rancio de romance utópico. Tal vez vio demasiado *Sailor Moon* de pequeña y eso le atrofió el cerebro. Pobrecita, uff y con lo buena que estaba, yo sí que le echaba un buen polvo como era debido... ¿Acaso todos sus polvos habrían sido como los de sus novelas? Dios, qué cosa más triste, por su bien esperaba que fuese algo meramente literario. Claro, ¿quién coño escribiría sobre sus propios polvos si fueran así de fantasiosos? Su protagonista era virgen y el tío la hizo llegar la primera vez con solo darle un par de movimientos de cadera. ¡Vamos! Tenía que ser una mera fantasía, una fábula.

—¡BRUNO! —Me gire a mirar a Clara ante su grito—. ¿Se puede saber qué hay de interesante en ese móvil que ya es la tercera vez que te hablo y tú estás ahí como... abstraído de todo?

—Nada, cosas mías.

—Bien, entonces mueve tu culo que hemos llegado —dijo cuando arribamos a la calle mayor, doce.

B: «Bueno señorita, lamento diferir, supongo que a usted nunca nadie le ha dado lo que viene siendo un buen polvo.

Así que déjeme decirle, que todo lo que está en la novela no es nada que no ocurra cuando se tienen ganas de follar duro y si usted está tan sorprendida o escandalizada, le invito a leer otro tipo de literatura. Porque sin lugar a duda mi novela la está pervirtiendo y acabando con su pureza» —le contesté a toda prisa cerrando la puerta del coche y cruzando la calle.

—¡Que dejes el móvil de una puñetera vez! —gritó Clara alterada.

—Vale, vale, lo guardo. De ahora en adelante soy todo tuyo, como en los viejos tiempos; si quieres lo hacemos en los probadores.

—Déjate de chorradas —dijo mostrándome su anillo de compromiso.

—Debe ser que ese anillito va a hacer que se me deje de poner dura.

—¡No seas gillipollas, Bruno, se serio! —exclamó molesta abriendo la puerta de la tienda.

—Vale, fue una broma. Pero tómatelo como un cumplido, han pasado muchos años, pero aún me parece que estás guapa como para follarte —dije intentando ponerla de buen humor.

—¿Guapa? Soy una puta diosa y tú te arrepentirás para toda la vida no haberte casado conmigo.

—Uff... en eso sí tienes razón. Él tiene mucha suerte de tenerte, eres una mujer preciosa, inteligente, graciosa, divertida, eres lo que todo hombre decente querría. Sabes que te quiero un montón ¿no?

—Ya, ya, vuelve a tu modo bastardo sin correa, cuando te pones en plan niño bueno me perturba —dijo dándome un abrazo—. Yo te quiero más —agregó dándome un beso corto en los labios.

Al entrar a la recepción nos estaban esperando Raquel, Pilar y Marta. Se levantaron de un salto a saludar a Clara completando el equipo, la cuádrupla de siempre reunida. Se saludaron de lo más cariñosas, hablando entre sí hasta que notaron mi presencia.

—¡Brunito! —dijeron casi al unísono dándome dos besos cada una de forma provocativa.

Clara les hizo prometer que ninguna follaría conmigo después de que termináramos, pero en realidad me las follé a todas, aunque siempre ellas pretendieran que no era así delante de ella.

—Pero qué preciosas estáis todas.

—Ya deja lo zalamero —dijo Clara cortante.

—Ah no, ya no tienes derecho a celarlo, si ya te vas a casar —rebatió Marta abrazándome.

—Creo que es la costumbre —comentó mi ex, riéndose para luego recibir a su madre y tía que se nos unían y a las cuales también saludé.

Clara era una especie de manager, se ocupaba de todos mis asuntos, era mi mejor amiga y hasta mi amuleto de la buena suerte. A ella le debía todo, si no hubiese insistido en que le escribiera esos relatos subidos de tono, no sería lo que soy. Un hombre que bien o mal, vivía de lo que le gustaba, que era escribir. Así que en agradecimiento decidí regalarle su vestido de novia.

La tienda resultó ser bastante elegante y por la mimosa que me bebí a media mañana entendí que ese vestido me costaría un ojo de la cara. De todas maneras, no me quejé, ella se lo merecía. Clara tenía una consultora privada

con la que ya había seleccionado los modelitos que con anterioridad le gustaron, por lo que solo quedaba que las chicas y yo le dijéramos cual le quedaba mejor.

Clara empezó a desfilarse. Su madre, tía y amigas se emocionaron con cada vestido, diciendo cosas como: «Awwwww pareces un ángel», «estás preciosa, bellísima», «bueno, este no está tan bonito, como el anterior, pero te sienta estupendo». Pero ella siempre esperaba por mi aprobación.

—¿Bruno, este qué te parece?

—Te ves gorda y tú no estás gorda, preciosa, ponte otro.

—¡BRUNO! —exclamaron todas molestas.

—Pero si es verdad. Con toda esa tela innecesaria te hace el doble de voluminosa.

La experiencia se repitió tres veces más: «no me gusta para ti, Clara», «puedes hacerlo mejor, bonita» «Está muy bien, pero no se parece a ti» hasta que finalmente salió con «*el vestido*» no pude evitar ponerme de pie, joder, se veía... Me quedé sin palabras por un par de segundos.

—¿Este te gusta mucho, verdad? —Clara asintió viéndose emocionada—. Es perfecto, es tu vestido, preciosa, luces... Etérea, sublime, hermosísima, Inefable... —dije tomándola por la cintura comenzando a bailar con ella en medio del probador.

—¿En serio, Bruno? —dijo, empezando a llorar.

—Sí.

—Pero es algo caro.

—No importa, el dinero no importa —dije disfrutando de su carita rebosante de alegría.

Grosso error, el dinero si importaba y mucho. Cuando llegue a caja casi me dio un infarto. De repente el vestido solo me pareció un montón de tul y tela que no debería costar ese cojonal de euros, no obstante, la sonrisa de Clara sí lo valía. Así que pasé la tarjeta de crédito sin pensármelo demasiado. Ella se despedía de su madre y de su tía, entretanto yo recibía la notificación bancaria al teléfono del pago realizado.

Mientras esperaba que mi exnovia escuchara los detalles que le daba la mujer que haría las modificaciones del vestido, aclarándole cuándo tendría que ir a la primera prueba y todo eso, yo aproveché para entrar a *Messenger*. Sin embargo, me llevé una tremenda decepción, no había respuesta de la señorita Bronte.

«Ay Camilita, yo que te creía más fuerte» pensé. Quedarse callada

después de mandarme ese mensaje... Al final la curiosidad mató al gato. Esa frase me hizo hilar ideas. Recordé una foto que tenía en el carrete de imágenes de mi *iPhone*, la busqué y la publiqué en Facebook con un mensaje. Esperando que supiera que no era una indirecta cualquiera, esas palabras eran solo para ella: Camila.

—¡Bruno! —Exclamó Clara chasqueando los dedos enfrente de mí—. ¿Y si nos prestas atención?

—¿Qué decían?

—¿Qué si contamos contigo para que nos hagas un streepteas para la despedida de soltera de Clara? —dijo Pilar entre risas.

—Ah claro y después hacemos una orgía los cinco, me parece muy bien.

—Bruno... —dijo Clara en tono de obstinación—. ¿Se puede saber con quién hablas tanto en el móvil? —agregó curiosa.

—Nadie, no te pongas celosa —dije tecleando un último mensaje: «De acuerdo, suerte en su búsqueda, que pase muy buenas tardes señorita Alcázar». Para después silenciar y bloquear el móvil.

—No, no, a mí me cuentas con quien estabas hablando, porque te reíste solo como cinco veces, ¿verdad, chicas? —preguntó Clara buscando aliadas—. Que te conocemos de sobra, anda cuenta...

—Nadie, ya nadie, solo una escritora que me escribió anoche criticándome, diciéndome que escribo pornografía y no erótica.

—¡Tú no escribes pornografía! —exclamó Marta.

—Pues resulta que la chica es una puritana de cuidado que en un principio se me hizo gracioso molestar, aunque...

—Querrás decir pervertir —interrumpió Raquel enarcando una ceja, dirigiéndose a mí en tono condescendiente.

—Qué bien me conoces, Raquelita.

—¿Y qué te dijo? —preguntó ávida Clara.

—Nada, por ratos se corta, es curiosa pero cobarde... He decidido dejarlo así.

—Pero le enviaste una foto... Yo te vi —agregó Pilar.

—Pili, sigues igual de metiche.

—Bruno, pero si siempre insistes en permanecer anónimo —dijo Clara con semblante confuso.

—Solo fue una foto de mi mentón, relájate, de todas formas, no planeo

hablar más con la monjita. ¿A qué hora nos traen la comida? ¿Por qué tardan tanto? —dije para cambiar el tópico de la infructuosa conversación.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Raquel en su habitual mal tono.

—Sí, escribir, de eso vivo —respondí tajante. Que le fuera a hablar con mala hostia a su madre.

—¡Ya! Paren ya ustedes dos, siempre hablándose así —dijo Pili en tono dulce como siempre—. Comamos en paz, ahí viene el camarero con la comida.

—Aprovechando la ocasión, cuéntanos de qué va a tratar tu nueva novela —dijo Marta lanzándole una miradita a Pilar que dio palmaditas emocionada.

—No tengo ni la más puta idea, pero ya Odina me tiene hasta los cojones pidiéndome un adelanto. Esta tarde comienzo a investigar un par de ideas para ver por cual me decido.

—Si nos dices las ideas te ayudamos —agregó Clara llevándose un bocado de ensalada a la boca.

—Pues hasta ahora he pensado en una pelirroja, que se da cuenta el día de su boda que no quiere casarse con el pelele de novio que tiene y vuelve con su ex, un escritor que se la va a follar en todas partes —le dije alzando las cejas en tono lúbrico.

—¿Y después qué? ¿El escritor supera su miedo al compromiso, se casa con la pelirroja y le da hijos?

—No, el escritor se la lleva a Marbella para que se broncee esa piel tan bonita y le paga un spa fabuloso mientras él se queda escribiendo en la playa. La lleva a viajar por el mundo lejos de la cocina y de niños llorones llenos de mocos.

—Ya la pelirroja tuvo de eso y ahora quiere ser mamá con su futuro esposo que es un médico fabuloso y guapísimo.

—Aburrido —dije girando los ojos.

—Pues yo siempre he tenido una duda, ¿quién folla mejor? ¿Pablo o Brunito? —preguntó Marta en tono de broma. Por lo que alcé una ceja perspicaz mirando a Clara en busca de discernimiento.

—¡Marta pero qué cosas preguntas, mujer! —exclamó boquiabierta Pilar, mientras que esta se moría de risa y Clara se limpiaba la boca sin inmutarse.

—Son diferentes, no hay punto de comparación. Pablo es dulce, cariñoso, atento...

—Eso parece más bien las cualidades de un perro que te trae las pantuflas que de un amante —interrumpí mordaz.

—Mientras que Bruno es... Bueno ya saben cómo es Bruno, que ustedes siempre fingen que no se las folló a cada una el muy cerdo. Me gusta más Pablo porque me hace sentir amada, especial y única —dijo mirándome de mala gana mientras seguía comiendo. Las chicas se quedaron anonadas mientras que yo sentí un puntapié en el corazón, ¿acaso yo no la hice sentir amada?

Me levanté de la mesa molesto y tomé a Clara del codo obligándola a levantarse. La arrastré conmigo entre las mesas hasta los sanitarios de hombres. Cuando al fin estuvimos solos, me lanzó una risa sardónica en la cara.

—¿No te hice sentir amada?

—Bruno... No lo tomes por ahí, es que te la tienes muy creída ¿vale? Toca bajarte los humos de vez en cuando.

—Yo te amé. Te amo todavía, solo que de una forma diferente.

—Que sea la última vez que haces chistes de este tipo. Yo me merezco ser feliz —dijo seria.

—Claro que lo mereces.

Quise abrazarla, pero ella se deshizo de mis manos empujándome contra la pared del baño para besarme. La cogí por la cadera atrayéndola con desesperación para hundir mi lengua en su boquita apretada en un gesto automático, que ella detuvo de inmediato. Clara dio un paso atrás retomando la compostura. A veces la costumbre de besarnos persistía.

—A Raquel le gusta fingir que te odia porque te la follaste pasada de tragos... —dijo cambiando el tema.

—¿Qué? Los dos bebimos y ella quería —repliqué interrumpiéndola.

—... pero en el fondo creo que quiere que te la folles otra vez, pero esta vez, lúcida.

—¿En qué momento nos convertimos en amigos? ¿Por qué nos dejamos de querer? —pregunté franco.

—No sé, yo solo sé que, aunque te quiero mucho, no eres el hombre de mi vida; Pablo lo es. —Con la sola mención de su nombre el rostro le irradió luz y sentí envidia, me pregunté si algún día alguien sentiría lo mismo por mí—. Confío en que en algún punto encontrarás a alguien lo suficiente fuerte para lidiar con tus neurosis y tu falta de compromiso. Una santa, eso sí.

—Perdóname, solo era un juego.

—Sí, yo te conozco y sé que lo es, el problema es que estás muy viejo para juegos... —dijo caminando hasta los lavados para acomodarse el cabello en

el espejo—. Tú follas mejor... pero Pablo me hace el amor como ninguno y eso no lo cambio por nada —agregó saliendo del baño dejándome a solas... como siempre.

A la salida del restaurante, Clara me pidió que tomara un taxi. Iba liada con los tiempos, tenía varias cosas que hacer y desviarse para llevarme le tomaría mucho rato. Estaba diciéndole que no había problema y recibiendo su abrazo de despedida/reconciliación cuando Raquel ofreció llevarme.

—¿En esa cosa? —pregunté mordaz.

—Sí, te aseguro que hasta lo puedes disfrutar —dijo en un tono divertido atípico en ella.

Acepté el casco que me tendía y me senté en su diminuto *scooter* azul celeste. Entonces por fastidiarla puse las manos en su cintura con fuerza y le pegué el pecho a la espalda, llevándome la sorpresa de que ella no pareció inmutarse. Al contrario, pareció disfrutar el contacto, haciéndome recordar lo que había dicho Clara media hora antes en el baño.

Raquel pareció tomar el camino largo hasta mi casa. Conversamos entre los semáforos de alguna cosa intrascendental y cuando finalmente arribamos, se estacionó y se quitó el casco batiendo su cabello lacio color avellana.

—Tengo sed, ¿me regalas un vaso de agua?

—Por supuesto —dije sereno.

Subimos las escaleras hasta llegar a mi piso, la invité a pasar y fui hasta la cocina. Ella se acercó hasta la barra en donde recibió con una sonrisa —otro gesto atípico de ella—, el vaso de agua del que solo tomó un sorbito. Deambuló por la estancia mirando los cuadros que la adornaban, pasando los dedos por los libreros y los discos de vinilo bajo mi atenta mirada que estudiaba su lenguaje corporal. Estaba equivocada si pensaba que se la iba a poner fácil.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó saliéndose de lo previsible.

—Al final del pasillo —respondí circunspecto.

—Ah, vale —contestó encaminándose hasta allí.

Le di un par de segundos de ventaja. Me saqué la chaqueta dejándola sobre el sofá, me quité el reloj y las gafas de sol que llevaba en el cuello depositándolas en una mesa cercana. Recorrí los efímeros metros que me separaban de mi habitación encontrándola tumbada en la cama boca arriba, en ropa interior ojeando uno de los libros que tenía sobre la mesa de noche. Así casual. Llevaba un sujetador deportivo que no iba en combinación con sus

bragas, explicándome con eso que aquello no había sido premeditado. Me abrí los botones de la camisa y me la saqué ante ella que fingía leer. Me abrí los pantalones y tras quitármelos la jalé por el tobillo para desestabilizarla.

Raquel colocó el libro a un lado. Su tráquea se movió con rapidez de arriba abajo, tragando saliva, nerviosa. Me cerní sobre ella cerrando los ojos, buscándole la boca. Quería ahogarme en sus labios y llenar con besos los insondables recovecos vacíos de mi alma. Se deshizo entre mis manos, suavemente. Era dócil, lánguida, le quitaba la diversión al asunto el que fuese tan pasiva. Ella quería tanto estar conmigo que me robaba un poco las ganas. Le di la vuelta colocándola boca abajo, jadeó ante aquel movimiento brusco. Pareció reaccionar. Me buscó lujuriosa restregando su trasero contra mi erección.

—No te muevas —dije colocando sus manos en el borde de madera de la cama—. Agárrate bien.

Ella asintió entre jadeos cuando comencé a besarle los hombros y a bajar por toda su espalda entre caricias húmedas, quitándole el sujetador. Deslicé las bragas hacía abajo, la obligué a ponerse de rodillas y a separar las piernas. Mis dedos se mecieron entre sus muslos, buscando calor, añorando fuego. Querían guarecerse de las incertidumbres, del hastío, del desasosiego de las tardes de apatía. Los gemidos llenaron rebosantes la estancia. Ella buscaba y buscaba, ella quería...

Quería gozo,

Quería delirio,

Quería satisfacciones raudas y yo... yo no tenía ni puta idea de qué quería.

Deslicé los dedos en toques levísimos, importunándola por ratos con una postergación del placer. Ominoso me dediqué al juego de entrar y no entrar, de sentir y no sentir, de querer y no querer. Hasta que ella ofuscada se echó hacia atrás clavándose mis dedos en el coño, deseosa.

—¿Me vas a follar o qué? —dijo en tono colérico, como si tuviese demasiado tiempo esperando por eso.

Moví los dedos, presuroso, levantando las puntas, rozando ese punto álgido que la hacía jadear. Gritó cuando al brusco movimiento se le sumó un mordisco que le propiné en la cadera. Su desespero me excitaba, me volvía trasgresor. Estaba pensando en atormentarla un rato más, cuando ella insolente frustró mis premeditadas intenciones girándose hacia mí. Me buscó la boca, robándose mis besos como si tuviera derecho a ellos. Era contradictorio lo que sentía. Ella estaba buena, olía a caramelo. Tenía un

cuerpo mullido, apetecible. Su lengua serpenteaba sedosa por mi cuello, por mi pecho, invitándome a desconectarme. Pero faltaba algo... Segundos después sus manos me derrotaron. Espantó las cavilaciones que tenía, acariciando mi pene con movimientos expertos, conocedora del poder que tenía.

Abrí el cajón de la mesilla para sacar un preservativo y antes de darme cuenta, me perdía en ella, que enroscó las piernas, deseosa, en mis caderas. Me clavó las uñas en el culo, buscando hacer todo más pronunciado, más osado. Así que me recompuse, ella no me quería a mí, lo quería a *él*. A ese quien se la folló vehemente en un baño hacía mucho tiempo atrás. Logrando que se corriera una y otra vez con mucho morbo, pues se estaba follando al ex de su mejor amiga.

Me llevé sus pezones a la boca, mordisqueé con ímpetu, hundiéndome en ella en un ritmo frenético que hacía que nuestros cuerpos chocaran entremezclando nuestros sudores. Levanté sus caderas y las hice encontrarse con mi pelvis reiteradas veces, sintiendo las contracciones de su coño húmedo. «Me corro» dijo dos veces hasta que me dejé arrebuja por sus delicias y ahogué un bramido contra su cuello. Caí rendido entre sus muslos tibios.

—Bruno no puedo respirar —agregó segundos después.

Me eché a un lado y la observé un rato. Me gustaba mirar a las mujeres post coito. Estudiar ese semblante abandonado, mientras estaban sudadas con los poros de la piel sensibles, los labios hinchados, los pezones enhiestos, el cabello revuelto. Era como observar un museo de noche. Arte en calma después del día agitado. El abdomen de Raquel se movió ralentizándose. Poco a poco volvía a serenarse tras el estallido orgásmico. Era de torso largo y caderas anchas. Hermosa, con aires gitanos y un mal carácter que lo cagaba todo.

—¿Te gustó lo que leíste del libro? —comenté, señalando el libro que había acabado en la almohada a mi lado, queriendo animar las cosas.

—Mmm no sé, oye me tengo que ir —dijo sentándose, colocándose la ropa interior.

—Me usas y te vas —dije mirando el techo.

—Graciosillo —contestó dándome un beso delicioso en los labios que cuando quise alargar, cortó—. Nos vemos pronto ¿vale?

Asentí con la cabeza, mirándola ponerse la blusa y los pantalones. Cogió sus botas, la chaqueta y salió de mi cuarto tirándome un beso. ¿Graciosillo?

¿Acaso lo dije riéndome?

La noche llegó. Miré el cursor titilar en la pantalla de mi portátil a la espera de que mis dedos decidiesen acariciar el teclado, pero estos paralizados se negaron a cooperar. Me levanté acercándome al balcón con las puertas abiertas. Me llevé la taza de té a los labios, bebiendo un sorbo, peinándome el cabello húmedo por el reciente baño. Miré las fachadas de los edificios circundantes y la puerta de entrada del viejo bar, dejando que el aire frío me pegara en el pecho, restándole importancia a la sensación que me erizaba el vello del cuerpo. Sentir ese escozor gélido me recordaba que estaba vivo, que respiraba, que sentía, aunque a veces ni yo mismo entendía qué.

Miré a la gente pasar por las calles entre las vibraciones del tráfico nocturno. A veces, si aguzaba bien el oído casi podía entender sus revueltas conversaciones sobre clases, trabajo, amor... En la calle burbujeaba la vida, mientras que en mi apartamento reinaba esa inexorable sensación de abulia post sexo. El clímax hacía mucho había dejado de brindarme consuelo.

Mi móvil sonó, sacándome de mi ensimismamiento. Caminé hasta la mesa para mirar la pantalla por mera curiosidad. Desde hacía rato tenía más de un centenar de mensajes que me daban fatiga revisar, entonces vislumbré su nombre...

Un mensaje de la remilgada Camila Alcázar.

Capítulo 5

Razón 3 |Pervertido

A mí me encantaba navegar en Facebook. Ver las fotos de mis amigas del colegio, los posts de mis amigos escritores. Mantenerme al día con las novedades del mundo literario, los nuevos lanzamientos de libros de autores que me gustaban, ir a sus firmas de ejemplares en librerías o a las conocidas ferias de literatura. Me emocionaba cuando algún conocido era publicado, o autopublicaba, porque todo requería de esfuerzo y me encantaba dejarles lindos mensajitos de ánimo. Acostumbraba a entrar a mi grupo de lectura, para comentar las publicaciones de mis lectoras, o postear alguna novedad de mis novelas. Pero ese día Facebook me produjo urticaria. Ganas no me faltaron para cerrar el ordenador y no volver a entrar a esa red social hasta el final de los tiempos. Y todo por culpa del innombrable:

Comentario de desesperada uno: *«¿Esa es tu mano, Bruno? (icono de carita con ojos de corazón, baba colgando)»*

Comentario de desesperada dos: *«¡OMG! Tú sí que sabes agarrar y morder...»*

Comentario de desesperada tres: *«¡Bruno deberías ser el padre de mis hijos!»*

Y así llevaba casi veinte minutos de mi vida, viendo como en la imagen que supuestamente iba dirigida a mí, como indirecta, era bombardeada con *likes*, «me encanta» y comentarios de lo más lascivos hacia el señorito incitador. Cerré el Facebook asqueada y entré en el chat para desahogarme a gusto. Sentía la imperiosa necesidad de echarle en cara lo creído que podía llegar a ser, incitando a las mujeres para que les bailasen el agua, y por ser tan... tan... gigoló. Parecía tener doce años en plena pubertad en vez de un hombre de treinta bien calzados.

C: *«”¡Quiero un hijo tuyo! ¡Tú sí que sabes cómo hacer volar la imaginación con solo una palabra...!” ¡Arggg! ¿Es que tus lectoras no tienen amor propio? Tanto arrastrarse para un fantasma, no debe ser nada bueno. Eres un incitador. Absolutamente patético».*

Le di a enviar para a continuación soltar el teléfono y ponerme el pijama. Hacía poco que había llegado a casa, ni había comido por estar hablando con mi madre al teléfono. No hizo más que soltarme el discurso de que volviera a vivir con ella y mi padre, cuestión que a mí me fastidiaba un montón, pues

según ellos: no era bueno para una señorita estar sola. Con ganas de escribir me recosté en la cama bastante cansada de la conversación. Sin embargo, como siempre me pasaba, acababa tan desganada luego de nuestras conversaciones que terminaba mirando las redes sociales, sin escribir un churro.

Estaba quitándome el sujetador, cuando una alerta de mensaje hizo que mi cuerpo se tensara. Respiré una, dos, tres veces y decidí ignorar el nerviosismo que me recorría solo de pensar que me había contestado. Llevé la ropa al cesto de la ropa sucia y con calma me dirigí de nuevo hacia mi cuarto, donde desde la cama la lucecita verde me hacía burlas. Lo desbloqué y refunfuñé cuando vi cómo temblaban mis dedos.

B: «Hola señorita Alcázar, ¿qué hace mirando tanto mi perfil? ¿Se aburre porque en el suyo no pasa nada y tiene que ir a fijarse lo que es un escritor con lectoras asiduas? No sé qué te sorprende, sabes que la erótica es para excitar, ¿no? Además, yo encuentro muy estimulante provocar eso en las mujeres, hacer que el cuerpo se les acalore... Bueno tú no entiendes de eso, en el convento seguro no te pasa».

Mi boca se abrió casi desencajándome la mandíbula en el proceso y tuve que sentarme en la cama cuando noté mis piernas temblar. Mis dedos se movieron como un rayo sobre la pantalla.

C: «¡Deja de decir esas... estupideces, lo tuyo es la mera ordinariez!

Se puede hacer erótica sin llegar a ser vulgar, por si no lo sabes» —escribí una obviedad que él se negaba a reconocer.

B: «Tenemos conceptos diferentes sobre vulgaridad “mis novelas no son vulgares, son explícitas, que no es lo mismo”. La explicitud no tiene nada de malo y a las pruebas me remito... Tengo montones de lectoras deseosas por leer más. Sin embargo, las tuyas son algo que ni las colegialas se quieren leer. Tenemos públicos diferentes. Yo escribo para mujeres que disfrutan de su sexualidad. Tú en cambio, escribes para monjas y frías».

Le envié un emoticono abriendo la boca. ¿Qué se había creído ese hombre? pero claro, se debía creer el rey del mambo con la sarta de cochinas que le decían sus lectoras.

B:«Estoy seguro que escribes con el mantra: “esto le encantaría a mi abuelita”».

C: «No consiento que te burles de mi forma de escribir...

Yo lo hago limpio, al contrario que tú».

B: «¿Qué estas insinuando? ¿Que el sexo es sucio? No siempre, en

realidad solo lo es cuando se hace bien. Pero fíjate que sí, el mío sí es sucio, muy sucio... Te iba a decir que no leyeras mi libro, pero creo sinceramente que te hace falta. Por lo menos para que abras tus fronteras mentales, veas que la erótica va más allá que un par de besos en el cuello».

«Será...» me abstuve de decirle de todo menos bonito, por el simple hecho de que me sentía con ganas de revancha.

C: «Perdona que te lo diga, pero leer tu libro no va a hacer que el mundo se abra a mis pies, ni mucho menos. Es más, creo que ni pestañearía».

B: «Ja, ja, ja... ¿Apostamos?»

Tragué saliva al leer su pregunta. Y estuve a punto de contestarle un rotundo no, cuando un nuevo mensaje titiló en la pantalla.

B: «Lee la escena del capítulo veinte, página ciento noventa. No me hace falta ninguna confirmación para saber si te excitas o no, sé que lo harás.

Te vas a mojar, Camila... y te morirás de rabia porque fue leyendo algo que escribí yo».

De buenas a primeras el teléfono se me escurrió de las manos. Cómo podía ser tan cretino y seguir viviendo como si nada. Encontré calma respirando hondo, por lo menos para que no se me notara lo alterada que me estaba poniendo. Volví a coger el teléfono y le contesté. Seguía en línea.

C: «Te lo tienes demasiado creído...»

Bueno, quizás no fue lo más inteligente que decir, pero tampoco se me ocurrió nada demasiado brillante para hacerlo callar. Era obvio que el señor Ballester era un ególatra, decirme eso así de la nada, no me imaginaba qué cochinadas les diría a sus fans que le daban cuerda.

B: «Aja...»

C: «¿Aja? ¿Cómo que aja? No me excitaría con nada de eso. De todas maneras, si lo hiciera, no es que lo vayas a saber... aunque eso no significa que lo vaya a hacer».

B: «Aja, porque me fastidia hablar con alguien que va de remilgada por la vida».

C: «¡Y a mí con pervertidos!»

¿Pero qué mandarina le ocurría a ese tipo? No era como si yo fuera la única que pensaba así, estaba segura de ello. O por lo menos eso quería creer. «De remilgada por la vida...» ¡Ja!

B: «¿Sí? Te recuerdo que la conversación la empezaste tú. Además, no me hace falta saber si te excitaste o no. Con que lo sepas tú, me doy por satisfecho. Una obra más que añadir a mi cuaderno de buenas acciones. ¡Ah!

Y cuando te mojes, piensa en mí. Si quieres cuando vengas por Madrid, te doy una clasecita de erótica. Se nota que necesitas un buen maestro...»

«Acepto pago en euros, dólares o puedes hacerme de chacha. Me gustaría ver ese culito moviéndose a mi alrededor».

C: «Pero serás...» —escribí indignada quedándome a medias. ¡Era un... aarrgg!

B: «Con un atuendo de criada francesa te verías divina».

C: «¡Te prohíbo que me imagines así, pervertido! Dios... no puedo contigo...»

¿Pero qué tenía ese hombre en la cabeza? ¿Serrín?

B: «¿Ya estamos con las prohibiciones? Mal vamos, Camilita. Además, yo te imagino como me da la gana. Mira que con esa boquita que te gastas...»

«Sabes, pensé que me dirías machista clasista ja, ja, ja. Estoy de broma... Bueno, un poco, es que en serio, tú en faldita corta, con un plumero... uff».

Respiré hondo llevando mi vista al techo para tranquilizarme y miré el móvil de nuevo, en serio no podía creer que me hubiese dicho eso. Y como si mi cuerpo buscara una excusa para contradecir a mi mente, un escalofrío me recorrió entera. Tuve que borrar y escribir tres veces mi respuesta, el nerviosismo iba a acabar conmigo haciéndome padecer Parkinson.

C: «Te puedo prohibir siempre y cuando me inmiscuya. Estás imaginándome a MÍ y no te lo voy a permitir, so guarro».

Ese «so guarro» me salió del alma, tanto era así, que quise decirle más adjetivos del mismo auge, solo para saber qué me respondería. Una parte de mí estaba loca por querer seguir con aquello, sin embargo, la parte racional, la que me decía que cortara todo de raíz, era del tamaño de un guisante en comparación.

B: «¿Sabes? Estás haciendo que cambie de opinión sobre ti. Al final va a resultar que tienes futuro».

C: «¿Futuro? ¿De qué hablas? A mí no me vengas con filosofías raras de las tuyas...»

Fruncí el ceño, confundida. Ese hombre se sacaba unas contestaciones que ni mi profesor de filosofía.

B: «De que te va lo guarro».

Abrí la boca a todo lo que dio de sí al leer esa desfachatez. ¿Cómo que me iba lo guarro?

C: «¡Nada de eso!» —escribí agregando un icono de carita sonrojada ojos muy abiertos.

B: «¿Ese icono es que te sonrojas cuando te excitas?»

C: «¡No pienso decirte eso!»

B: «No necesito que lo digas. Ya lo sé. A las pruebas me remito».

C: «¿Qué pruebas?» —pregunté muy molesta.

Me quedé como una completa tonta, viendo aquellos tres puntitos moverse mientras escribía y escribía. Hasta casi me hice daño en el dedo por no quedarme uña que morder. Y cuando saltó el mensaje, pude notar a mi corazón saltar.

B: «Sencillo... sigues hablando conmigo. Te pone, te calienta que te diga estas cosas, de lo contrario ya me habrías bloqueado. Pero en el fondo te excita la espera de saber cuál será mi próximo mensaje. Incluso justo en este momento, puedo apostar que estás mojada».

¿Qué? No, no podía con su ego fuera de lugar... reí ante lo inverosímil que me parecía todo aquello. Hablaba tan seguro de sí mismo que era ridículo.

C: «No lo digas dos veces que te bloqueo y te repito no estoy excitada y menos por ti»

B: «¡Adelante, bloquéame! Pero los dos sabemos que me echarías en falta».

C: «¿Yo a ti? Ja, ja, ja me das risa, en serio. Y no te he bloqueado porque tengo educación y no quiero tener enemigos» —escribí negando con la cabeza, ese tipo era un ególatra de cuidado.

B: «Por eso nunca tendrás éxito en la vida. Éste no llega sin un par de enemigos. De nuevo, Camila, no hace falta que me niegues lo obvio. Estás excitada, te tiembla el cuerpo solo con leer mis mensajes. Imagínate si me tuvieras en frente...»

C: «¡Maldita sea, que no lo estoy! Mira, ya te convertiste en mi primer enemigo. Y si te tuviera en frente no sé lo que haría...»

Me quedé a medias sin saber qué más poner, sin embargo pude ver cómo escribía sin esperar algo más de mi parte. Ahí me di cuenta de que ya sabía lo que iba a decir y tenía las respuestas más que preparadas.

B: «¡Acabas de maldecir! Me parece que alguien como tú no lo hace muy a menudo. Vamos dime, no te avergüences, somos adultos. Además, a mí que me hablen sucio me la pone durísima. A ver, dime más... ¿Qué me harías si me tuvieras ahí contigo?»

C: «¿Pero qué demonios...?» —escribí agregando una carita con la boca abierta, pensando si realmente era así, o le faltaba más neuronas de las que

debería.

B: «Quiero saber qué me harías, solo eso»

C: «Abofetearte hasta que se te caiga la cara, sinvergüenza» —contesté tecleando furiosamente.

B: «¡Anda mira! Ahora con más inri tienes que leerte la escena que te dije. Te va a encantar».

C: «Lo leeré solo para demostrarte que no me van esas cosas».

Y menos viniendo de alguien como tú... quise añadir, pero me refrené. No lo conocía, no sabía cómo era y dudaba que alguna de sus lectoras lo supiera. Así que decidí atacarle por ahí.

C: «¿Sabes lo que creo? Que todo lo que te montas no es más que puro teatro. Estoy segura de que eres un friki estúpido, con gafas más grandes que tu cara para poder tapar los granos. Tan feo como para no querer dar la cara. Tan cobarde escondiéndose tras el anonimato. Siempre es mejor jugar con la imaginación ¿no?».

—¡Ja! chúpate esa mandarina.

Era algo obvio, que en un chat se decía cualquier tontería, pero por algo no hacía presentaciones en persona, de seguro era horrible. Siempre era más fácil engañar a la gente cuando se tiene labia.

Me confundió que se quedara sin escribir nada dejándome a la espera, no podía ser. Ese... ese... no podía quedarse callado. Entonces me quedé de piedra cuando me llegó una imagen de un torso masculino... ¡Sin camiseta! Acostado en la cama y bajo el pantalón del pijama se perfiló... se perfiló... «Algo». También pude apreciar, una vez mis ojos se despegaron de su piel, que llevaba en la mano unas gafas de pasta negra. Me quedé observando la imagen fijamente, y no supe hacer otra cosa que hiperventilar como una colegiala en plena edad del pavo. ¡Ay Dios mío, me pervirtió! «¿Era él? No, que va. No podía ser», pensé.

B: «Tienes razón, sí, uso gafas».

C: «...

Ese no eres tú. Pretendes engañarme como a todas tus intensas. Eres un cochino».

Pero la rebeldía volvió a entrar en escena y abrí la foto solo durante unos agónicos segundos. Si era él, el muy... estaba demasiado bien formado para su propio bien.

B: «¿Quieres otra foto? Solo tienes que pedirla. Dime qué quieres que haga y te la paso haciendo justo eso. Para que veas que soy yo».

C: «¡No quiero más fotos! Y por favor, si eres realmente tú, deberías quitarte el par de calcetines que te metiste en los calzoncillos. Eso no se lo cree nadie, fantasma».

Mi mano golpeó mi frente una y otra y otra vez, no creyéndome la falta de sensatez que había tenido al decirle eso.

B: «Anda, mira qué observadora la señorita santurrona. Y te repito: sí soy yo. No te voy a pasar fotos de otro hombre ¿no?»

Sin poder evitarlo, volví a mirar la foto. La verdad era que su barbilla, parecía ser la misma de la foto anterior. Sus labios y los lunares que tenía en el cuello. Era observadora, como él muy bien dijo y para qué mentir, el escritor era atractivo a más no poder. Y cuando repasé su torso hasta llegar de nuevo al bulto que se adivinaba bajo los pantalones, casi me dio un soponcio allí mismo. Me gustaba, y lo odiaba, no sabía qué parte era la que ganaba.

B: «¿Camila, estás ahí? Oye no le muestres a nadie la foto, por favor. ¡Es que joder! Se me va la pinza contigo».

Respiré hondo e intenté tranquilizarme de una vez. Se estaba poniendo nervioso y aunque seguía siendo el mismo idiota de siempre, me causó ternura al ver su preocupación. Así que dando una respiración más, le contesté para que se quedase más tranquilo. Aquello me hizo dar cuenta de que realmente era él y que al menos no me había engañado.

C: «Sí, estoy aquí. No se la enseñaré a nadie ¿Por quién me tomas? Además ni la guardé en el teléfono».

Le di a enviar, mintiendo como una bellaca. La guardé, sin embargo, pensaba borrarla... pronto.

B: «De acuerdo, gracias».

Vaya... resultó tener modales y todo. Eso me dejó descolocada totalmente, aunque por muy poco tiempo.

C: «Mm... No hay de qué».

B: «De todas formas te doy permiso para que te toques pensando en mí».

En serio que no sabía cómo podía ser tan creído, aunque bueno... con ese cuerpo...

—Ay, ya... —eliminé ese pensamiento de un plumazo y le envié un icono de carita anonadada.

C: «¡No me tocaré con ella! ya te dije que no la tengo. Ahora déjame leer y así podré irme a dormir».

B: «Claro, señorita-pijama-hasta-el-cuello».

Le envié una carita que rodaba los ojos.

C: «¡Hace frío! ¿Cómo quieres que vaya a dormir?»

B: «Seguro eres de las que se pone doble calcetín, ¿no? Ja, ja, ja, ja para que nadie vea tus virginales tobillos.

Yo duermo desnudo a veces o en ropa interior, es bueno, te sensibiliza el cuerpo. Deberías intentarlo, solo enciende la calefacción».

C: «Soy una persona muy friolera».

Ignoré deliberadamente eso de que dormía desnudo. No era por nada, sino porque volver a tener en la mente la imagen de sus abdominales bien marcaditos... no me apetecía nada. Seguro sería malo para la salud esa clase de pensamientos. Quizás tendría que llamar a mi madre después de eso...

B:«Bueno, los hombres tenemos un termostato diferente al de las mujeres».

C: «Sí, ya lo veo, pareces demasiado caluroso».

B:«Siempre estoy caliente. ¿Y en verano? ¿También duermes con cuello alto?»

«Siempre estoy caliente» ¿podía ser más asqueroso y perverso...? Pensé rodando los ojos.

C: «¿Tienes que buscarle doble sentido a todo? Pues no, listo. Suelo dormir con ropa interior o una camisa fina».

En cuanto le di a enviar, mis mejillas se calentaron. ¿Por qué diablos le dije todo eso? No estaba bien, sin ninguna duda necesitaba terapia psicológica intensiva.

B: «¿Qué tipo de bragas?»

C: «¡No te importa!» —escribí exasperada.

B:«¿Te digo cómo me gustan a mí?»

C: «¡No! pero adivino que me lo dirás de todas maneras...»

B: «Mejor te digo con cuales me gustaría verte a ti... Por cierto, yo te pasé una foto. Es de mala educación no devolver el detalle. Me gustaría ver qué braguitas llevas puestas ahora».

Con rabia encendí la cámara y con una sonrisa victoriosa le mandé una bonita foto de... mi dedo medio.

—¡Chúpate esa, tonto!

Esperé su respuesta y aunque ya debía de conocerlo, no me esperé lo que me respondió:

B: «Pero qué manita tan bonita... y qué dedos... me los metería todos en la boca».

Al leer eso me quedé paralizada, sintiendo como un raro estremecimiento

se apoderaba de mi cuerpo por un segundo y mis dedos hormigueaban. Obviamente el poco raciocinio que me quedaba no me dejaba ni pensar.

C: «Lo sabía... sabía que dirías algo así. No puedes evitar ser un perverso».

La única manera de que estos dedos estén mínimamente cerca de tu boca, sería cuando te estampase al bofetón del siglo por guarro».

B:«Bueno ya es un avance... Por lo menos admites que me quieres tocar. Pero tranquila, que a mí me va que las mujeres sean un poquito rudas.

Por cierto, si sabías que te diría algo así, entonces ¿lo hiciste a propósito?

Admítelo, te gusta hablar conmigo».

Una vez más me había dejado boquiabierto. Así que, haciendo uso de toda la fuerza de voluntad del mundo, para no mandarlo al infierno e insultarlo como se merecía, le escribí un seco «Adiós» y me desconecté.

—A otra con tus guarradas, Ballester... —dije saliéndome del menú solo para que, en un arranque de locura, mis dedos pulsaran sobre el icono de galería. Iba a borrar la foto que por alguna estúpida razón guardé.

Allí estaba. Bruno Ballester, que aun sin vérselo la cara, estaba en todo su esplendor. Sin ser verdaderamente consciente de ello, me puse a observar cada curva de su piel bronceada; como si ya no lo hubiera hecho antes. Pero por alguna razón, poco decente, quería detallarlo. Tenía vello en el pecho, aunque no demasiado, bastante escaso, a decir verdad. Sus brazos eran fornidos, de venas marcadas, como sus pectorales bien definidos. No era un hombre excesivamente musculoso, pero sí estaba en forma. De su torso, que, gracias a la luz tenue, lo hacía más moreno de lo que de verdad aparentaba, pasé a mirar lo único que se veía de su cara.

Su barbilla, sus labios gruesos, la sonrisa canalla que se le dibujaba. Y sin poder reprimirme, barrí su cuerpo otra vez hasta llegar al bulto que se adivinaba bajo sus pantalones de pijama. Sus oblicuos hacían un hermoso dibujo descendente, solo para incitar ver el suave vello que se asomaba por la cinturilla. Solté el móvil cuando me percaté de que mi respiración se iba acelerando.

—¡Para ya por el amor de Dios, Camila! Lo que te faltaba, guapa, ir de suspirona por la vida por un pedante ególatra que lo único que quiere es tener un número más en su lista de admiradoras. —Me recriminé a mí misma intentando recuperarme—, si mi abuela me viera...

»Borra la bendita foto, Camila, bórrala de una vez —me dije. El dedo me tembló y terminé lanzando el móvil contra la cama sin poder hacerlo.

Capítulo 6

Razón 4 | Incitador

Estaba indignadísima, echa un manojo de nervios sin tener en cuenta que era una pérdida de tiempo. Era un auténtico cretino, alguien que disfrutaba sacarme de mis casillas y aun sabiéndolo caí como una estúpida y todo por el deseo irrefrenable —no sabía de qué—, que me consumía cada vez que hablaba con él. Me metí en el interior de la cama para luego taparme hasta las orejas con la manta. Me quedé observando el techo de la habitación, con los ojos puestos en la lámpara que compré el mes anterior en IKEA. Amé esa lámpara en el primer momento en que la vi, sin embargo, justo en ese instante solo veía los labios de Bruno Ballester dentro de cada lágrima de cristal que colgaba de esta.

Con un gruñido me erguí y alcancé el móvil, tenía que leer la dichosa escena y darle en las narices con su fracaso intento de excitarme. Lo más seguro era que me causara urticaria o mucho peor, que me desmayara al leer tales atrocidades. Con ese pensamiento, abrí mi *Kindle* y busqué la página que me dijo. Respiré hondo.

Vanessa entró a la biblioteca con ese sutil contoneo, con el que siempre se manejaba cuando buscaba seducirlo. Él lo notó de inmediato y pretendió ignorar la situación. Optó por permanecer con una actitud impasible para dificultarle la tarea. Recibió el beso que ella le propinó en la mejilla sin inmutarse, fingiéndose muy ocupado.

—Mañana es mi cumpleaños.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

—¿No vas a preguntarme qué quiero de regalo?

—Ya tengo tu regalo —contestó Alex con tranquilidad.

—Mmm, de acuerdo —dijo Vanessa en tono pensativo, apoyándose contra el escritorio para interrogarle de nuevo—: ¿No vas a preguntarme qué quiero?

—Como sigas molestándome mientras trabajo te voy a dar unos azotes —respondió él fingiendo animosidad—. A ver, dime de una buena vez qué quieres de regalo —agregó dándose por vencido, quitándose las gafas.

—Quiero ser tú. Por una noche.

—¿Ser yo? —preguntó confundido.

—Sí, tú, un cambio de roles.

—No —contestó a secas.

—Es mi cumpleaños, compláceme. Solo di que sí.

—Ser yo te quedaría grande, Piel.

—Por favor —rogó Vanessa con un tono de voz meloso.

—No sé. En serio, no sé —explicó dubitativo, pues sentía que lo que le pedía Vanessa era algo que no se le daría nada bien—. Si tanto lo quieres, podría hacer el intento, pero no podría prometerte nada. Necesito que entiendas eso muy bien.

—De acuerdo, con eso me conformo —expresó alegre y él se arrepintió un poco de acceder tan fácilmente.

—Espero que estés a la altura —dijo con malicia para provocarla—. Insisto, haré el intento.

Ella brincó de felicidad, mientras que él se colocaba las gafas con un impostado semblante serio, para seguir trabajando. Al verla alejarse sonrió. No podía negarlo, le gustaba verla dichosa, aunque la idea no le hiciera para nada gracia. Hacía un par de días había mencionado algo al respecto en tono de juego, pensó que era solo eso, una broma. No conseguía entender sus pretensiones, antes no le había dado señales de querer ser switch1. ¿Qué la animaba a adquirir una conducta trasgresora, cuando ella era sumisa por naturaleza? Tal vez la única manera de descubrirlo sería permitiéndole explorar lo que le pedía. Alex entendía que no era algo atípico el sentir curiosidad por la otra cara de la moneda, solo que en su caso esta era nula. No se le antojaba para nada, solo por ella haría el intento al menos un rato. La miró a lo lejos en la estancia y se preguntó qué estaría tramando su linda insolente.

Aparté la vista de la pantalla. No pude evitar rodar los ojos ante tanto cliché. Cómo no, el protagonista era de los rudos, y encima de los que daban nalgadas. ¿Es que no pudo ser más original? Masajeé mis sienes y con una nueva respiración volví la vista a la historia.

Tras la cena, en donde se produjo la entrega del regalo dispuesto con anterioridad, Vanessa estaba pletórica. La felicidad y el vino le dieron el valor necesario para ordenarle a Alex ir a su piso y no al de él como usualmente solían hacer. Este la miró de soslayo sin mediar palabra, limitándose a conducir. Fingió que la ansiedad no hacía estragos en su cuerpo, cuando notó que ella se subía la falda, dejando a la vista aquella carne

trémula, dueña de sus ensoñaciones.

Piel comenzó a tocarse de manera impudorosa, logrando que la excitación se instalara sin obstáculos en Alex. Sentía que le picaban las manos. Anhelaba tocarla. Tuvo que respirar hondo para seguir conduciendo, no aparcar en alguna calle, rebelarse a todo aquello y follársela sin reparos. Se instó a guardar la compostura y aceleró el auto disimulando que tenía la polla hinchada en los pantalones.

Mis mejillas se calentaron al leer esa palabra dicha con tanta ansia contenida gracias a la excitación que sentía el protagonista. La verdad era que ahí podría darle un punto. Sabía cómo hacer que el lector supiese las sensaciones que estaba pasando el personaje sin siquiera necesitar explicarlas, como muchos autores. Tragué saliva nerviosa e inconscientemente mis muslos se apretaron juntos.

—No estás excitada, Camila... Además, qué chorrada es esa de decirle «Piel» a la chica, que estupidez, ¿no se le podía ocurrir un mejor sobrenombre? Sigue leyendo. Todo estará bien una vez acabes el dichoso capítulo.

Y con ese mantra seguí la lectura.

No obstante, al bajar del coche y caminar hacia ella para abrirla la puerta, no hizo ademán de acomodarse la erección. «Toma Vanessa, aquí está lo tuyo» pensó. Ella lo noto de inmediato, lo manoseó apretándolo y le buscó la boca de forma posesiva.

«¿Ya empezamos? ¿Así se siente ella conmigo cuando la beso y la toco sin que me importe nada?» pensó Alex.

—Estas siendo descuidada, estás en un ángulo visible para tus vecinas cotillas.

—No me digas lo que tengo que hacer, hoy te callas y haces lo que yo diga.

Aquellas palabras lo enfadaron. Quería darle unos buenos azotes por impertinente, para después follarla sin que pudiera correrse hasta que pidiera perdón por ser tan grosera. Se contuvo de nuevo, asintió domeñándose a sus deseos. Vanessa lo tomó de la mano guiándolo al interior del edificio. Sintió como le bailaba el pulso en la yugular, odiaba aquella situación, se preguntó cuánto tiempo lograría complacerla.

Al entrar al piso se dio cuenta de que las cosas estaban posicionadas de

manera diferente. Había una especie de almohadón largo y grueso de color negro en compañía de otros más pequeños, contrastando sobre el suelo de parqué reluciente.

—Quítate los zapatos y ponte de rodillas —ordenó Piel dándole la espalda.

Fue inevitable para él comenzar a elaborar una lista de todos los errores que estaba cometiendo al intentar ser dominante. Enmudeció de nuevo decidido a dejarla jugar esa noche, después de todo, no se cumplía veinticinco años todos los días. Sonrió con alevosía al pensar en que al día siguiente se deleitaría en darle una lección. Hizo lo que le pidió, si iba a hacer aquello lo haría con honor, pretendió auténtica sumisión y se arrodilló sentándose sobre los talones. Colocó las manos en los muslos muy comedido, muy entrenado. Bajó el rostro ocultando las ganas de reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Vanessa con altivez. Alex negó con la cabeza intentando guardar la compostura—. Te hice una pregunta y debes responderla. —Quería decirle que se reía de lo que le daba la gana, pero de nuevo se reprimió.

—Me reía de mi propia inutilidad como sumiso.

Caminó hacia él con un contoneo fatídico, elegante, estudiado para seducir, aunque en realidad estaba nerviosísima y se moría de miedo. Lo tomó por la barbilla, le rasco con las uñas el mentón, para después alzarle el rostro. Le quitó las gafas con cuidado, pareció estudiarlo, escudriñarlo con detenimiento. Acto seguido lo sorprendió estampándole un vigoroso bofetón. Alex se llevó la mano a la cara enfurecido, estuvo a punto de levantarse y someterla. Sin embargo, comprendió que lo estaba probando, Vanessa ponderaba su grado de sumisión. Recordó que le había prometido en la cena permanecer lo más que pudiese en el roll, por lo que recobró la postura, sin imaginarse que ella volvería a abofetearle en la otra mejilla. Gruñó furioso, tuvo que morderse los labios para no insultarla, ponerse de pie y azotarla hasta hacerla gritar.

Él nunca la trató así, lo suyo era pura dominación. Ella en cambio estaba entrando en otra categoría, incluso incumpliendo las reglas que habían acordado. Respiró profundo, serenándose una vez más. Vanessa se irguió dándole la espalda, estaba complacida de haber visto cómo crepitaba la rabia en aquellos ojos oscuros que tanto le gustaban. Comenzó a desvestirse exhibicionista con exquisita lentitud. Su vestido cayó al suelo haciendo un charquito de tela a sus pies. Alex la estudió, se veía preciosa. Llevaba un sujetador de encaje negro, acompañado por un diminuto tanga que apenas le

cubría el sexo y un par de medias a medio muslo sin liguero. Le pareció que estaba perfecta, tan mojada que el olor de su coño impregnaba toda la estancia. Dio un paso hacia atrás, enterrando la mano en el cabello de él, jalándolo fuerte, hundiéndole la cara entre sus nalgas.

«Esto no va a ser tan malo» pensó Alex excitado.

—Lame —ordenó Vanessa intentando sonar autoritaria y él fue obediente —. Quítame la ropa interior —exigió segundos después.

No especificó cómo quería que se la quitara y Alex pensó que era muy principiante. Aprovechando esto, se dio permiso para tomarse ciertas licencias. Pasó la lengua por todo el glúteo desnudo, hasta llegar al borde de aquel tanga. Mordió la efímera tela y algo de su piel. Moviendo la cabeza hacia abajo comenzó a deslizarla para que cayera al suelo. Un gemido se desprendió de los labios femeninos, le gustaba que la mordiera. Poco a poco fue bajando la diminuta prenda hasta que ésta cayó entre sus tobillos. Él la deslizó fuera de estos con las manos y ascendió acariciándole las piernas. Palpó el sexo empapado y hundió dos dedos de forma pausada para no lastimarla. Luego con premeditación, repitió el movimiento de golpe. Era un pésimo sumiso.

Vanessa jadeó excitada, abriendo las piernas para darle espacio. Alex comenzó a mover los dedos con rapidez. Brusco le mordió los glúteos de nuevo, para después sacar los dedos y enterrar la lengua en el resquicio de su sexo. Mientras se deleitaba lamiéndola, pensó en que tenía un muy buen coño, de esos de labios suntuosos y llenos. Le provocaba pasarle la lengua todo el día, escupirle la saliva más espesa para después cogerle en vilo y enterrarle de golpe la polla sin miramientos.

Sin previo aviso Vanessa se separó de él, se veía molesta. Alex no pudo evitar reír con brío sin remedio. Le daba igual las ganas de ella de que fuera sumiso, no podía evitar dominarle hasta estando en el suelo de rodillas. La reacción de ella fue empujarlo por los hombros con fuerza, haciéndole caer sentado. La risa se le disipó de golpe, cuando sintió cómo le pisaba los testículos con su reluciente *stiletto* negro de tacón de aguja.

—Cuidado con lo que haces, Piel —dijo entre dientes.

—Si me descuido te portas mal. Tal vez va siendo hora de que alguien te dé una lección —dijo aplicando más presión sobre la polla, provocándole dolor, cuestión que terminó excitándolo un poco.

Vanessa caminó bordeando el cuerpo masculino que yacía sobre el almohadón de cuero. Colocó un pie a cada lado de su rostro, quería ser

contemplada. Así que él se dedicó a disfrutar de la visión de las espigadas piernas, de los mullidos muslos exquisitos, del coño glorioso que comenzó a vislumbrarse mejor conforme se agachaba. Apoyó las rodillas en el suelo y por instinto él manoseó la tersura de la piel de las caderas.

—Cómeme—pidió demandante.

Tuve que parar de leer en cuanto todo se convirtió en un horno al tope de grados a mi alrededor. Las mantas salieron despedidas de mi cuerpo en cuanto las aparté de un manotazo. Me sentía acalorada, sofocada y demasiado alterada. Mordí mi labio inferior con fuerza cuando sentí cómo mi orgullo era pisoteado al darme cuenta de lo que me pasaba.

Lloriqué como una niña pequeña en cuanto no pude aguantar las ganas de llevar mi mano derecha a mi pecho y masajearlo un poco. Los notaba pesados, más llenos. Cuando me di cuenta de lo que hacía, enfadada conmigo misma, aparté las manos de mi cuerpo y me obligué a tranquilizarme.

—No vas a ganar, Bruno... —susurré al aire, como si estuviera allí para escuchar mi inútil intento de parecer rotunda.

No hacía falta tanta efusividad. Alex apoyó las manos en los muslos femeninos y alzó el rostro, para hundir la boca en aquellos perniciosos pliegues húmedos de buena gana. Le encantaba comerle el coño. Aquella posición se le hizo muy cómoda. Le gustó la asfixia erótica a la que le conducía los indelicados movimientos de ella, que se restregaba con fuerza contra su boca.

Pasó la lengua por toda la extensión de aquella piel trigueña. Degustó el néctar que manaba con fluidez a causa de la excitación, la escuchó jadear muerta de placer. Le fascinó sentirla así, enloquecida al punto de moverse sobre su boca sin importarle si este respiraba o no. Por ratos hacía presión levantándola con las manos en busca de aire, para después ahogarse de nuevo voluntariamente en el calor que desprendían aquellos tersos muslos.

—Sí, sí... muérdeme Alex, muérdeme.

Él pasó la punta de la lengua reiteradas veces por el clítoris que tintineaba al chocar con sus dientes a causa del pequeño piercing...

Me quedé estática al leer semejante cosa. ¿Un piercing? ¿Ahí? Me abaniqué con las manos al imaginarme cómo sería sentir eso colgando e hice una mueca de dolor. Sin embargo, la sola idea de evocar la imagen del

protagonista lamiendo y mordiendo el sexo de la mujer, hacía que el desagrado careciera de sentido.

...Succionó ávido, sin reparos en pro de conducirla al borde del placer. Cuanto más pronunciados eran los jadeos de ella, mayor era el ímpetu de sus caricias orales. Sin procesarlo demasiado, la nalgueó haciéndola aumentar el ritmo de sus caderas que se refregaban sin cesar sobre su boca.

Mordió los suntuosos labios haciéndola gritar. Hundió la lengua repetidas veces saboreándola, entre tanto la apretaba contra sí. Se le hacía insoportable la forma en que la polla le palpitaba dolorosamente en los pantalones. El calor era incendiario y se sentía rebosante de humedad al punto de mojar la tela. Necesitaba estar dentro de ella, por eso se apresuraba fúrico en hacerla acabar pronto. La desesperación le corría por las venas enloqueciéndolo. Nalgueó con más fuerza haciéndola subir y bajar clavándose su lengua codiciosa, para luego retornar a lamer su clítoris.

—Ay joder, me corro, me corro —gritó dichosa la frase favorita de Alex quedándose quieta. No esperaba que él siguiera succionándola con fuerza, apretándola contra su rostro para no dejarle escapatoria—. Suéltame, suéltame —dijo desesperada sin que él le prestara atención. Con alevosía siguió con aquella caricia, pues sabía que a Vanessa le resultaba insoportable la sobreestimulación tras el orgasmo—. Para, por favor —rogó entre jadeos hasta que él satisfecho ante su suplica la soltó.

Alex hizo fuerza, quitándosela de encima tumbándola contra el suelo de parqué. Se abrió el cinturón dedicándole una mirada refulgente. Le abrió las piernas y cuando estaba a punto de cernirse entre ellas, Vanessa le clavó las palmas de las manos en el pecho impidiéndole avanzar.

—Te estás portando mal, Alex, dijiste que lo intentarías.

—Me importa un carajo —gritó bronco apartándole las manos, adentrándose entre sus piernas. La alzó por las caderas y justo cuando estaba por penetrarla, Vanessa se tapó el sexo con ambas manos—. ¡No me saques de quicio, coño! —dijo rebelde.

—Ni se te ocurra, Alex —advirtió molesta.

—¿O qué? Te encanta que te folle así, siempre me ruegas para que lo haga.

—Hoy no lo estoy haciendo, ¡suéltame ya!

Alex se acercó a ella para besarla y ésta le esquivó el rostro enfurecida al ver que no cedía. Le fascinaba la personalidad sexual dominante de él, no

obstante, ese día era distinto. Era una cuestión de probarse a sí misma que también podía estar al mando. Cerró los ojos cuando sintió cómo le pasaba la lengua por la comisura de los labios, era un maldito provocador. Le encantaba.

—¡Joder! —exclamó fúrico echándose a un lado sobre los cojines, al ver que ella no se amilanaba. Respiró para retomar la compostura e intentar doblegarse a los deseos de Vanessa, tal como le dijo que intentaría.

—Buen chico —dijo entornando una ceja en un gesto enigmático y seductor, poniéndose de pie—. No, no, no te puedes tocar —agregó cuando lo vio llevarse la mano a la polla en pro de darse alivio.

Alex sentía la tensión en el miembro, el glande hinchado y palpitante ante la espera. Aunque por norma disfrutaba de retrasarle el placer a Vanessa con sus jueguitos perversos, él en cambio no era de negárselo nunca. Por eso siempre llevaba el control, era demasiado impaciente. No le gustó la otra cara de la moneda, de hecho, la odió.

Miró a Vanessa caminar por la estancia exhibiéndose. Disfrutó de observar los jugosos pechos apenas contenidos por la diminuta prenda de ropa interior, las medias altas contorneándole los muslos y el sexo expuesto, perfecto y exquisito a la vista.

—De pie, te quiero en la silla —ordenó señalándole donde debía tomar asiento. Muy comedido y en apariencia dócil, Alex obedeció—. Ábrete la camisa —agregó mordiéndose los labios, deseosa.

Los ojos de Vanessa bailaron por cada centímetro de piel que fue quedando a la vista. Le gustaba el tono de los pectorales, del abdomen plano y de los brazos fuertes de Alex. En realidad, le gustaba todo de él, en especial como la miraba con hambre, como si ella fuese la mujer más ardiente del mundo. La atmosfera del lugar parecía cargarse del insondable erotismo entre ambos. Él deseoso, empalmado al punto de dolor; ella satisfecha con los muslos mojados prueba del desbordante placer experimentado segundos antes.

Caminó hasta una mesa cercana donde reposaba un paquete de cigarrillos y un mechero. Se llevó uno a los labios con parsimonia, encendiéndolo. Le dio una estudiada calada honda, emulando los ademanes sensuales de una vedette de cabaret. Se acercó a él, arrastró las uñas por la línea de la mandíbula perfectamente afeitada hasta alcanzar el lóbulo de la oreja. Pasó los dedos por el cabello oscuro que jaló para hacerlo alzar el rostro para mirarle directo a los ojos.

—Hoy eres mi putito, Alex. Si supieras lo apetecible que te ves con la mandíbula tensa por la rabia... Te estás imaginando todo lo que me vas a hacer mañana en venganza ¿verdad? —Él asintió, aunque técnicamente no se estaría vengando. Lo que hacían estaba acordado, sin embargo, no quiso corregirla. Prefirió que se imaginara las represalias que recibiría, pues algo le decía que de seguro pensar en eso la excitaba—. Ojalá amanezca rápido entonces, pero mientras, te jodes —agregó llevándose el cigarrillo a los labios.

Se sentó a horcajadas encima de él, indicándole que debía colocar las manos a los costados sin tocarla en absoluto. Alex cerró los ojos al sentir el sexo húmedo y ardiente de Vanessa rozándose con el suyo. Aquel calor le escocía la piel, le invadía avasallante los sentidos, produciéndole un deseo incandescente. Se instó a guardar la calma, a mantener el poco raciocinio que le quedaba. Ella lo torturaba ominosamente al moverse sinuosa sobre su miembro endurecido, sin permitir la penetración. Lo asediaba lasciva disfrutando del semblante aniquilado de su hombre.

—Eres mío esta noche —reiteró.

Se bajó las copas del sujetador y le ofreció los pechos, pero cuando él abrió la boca dispuesto, ella se echó hacia atrás provocadora. Alex gruñó como un animal en celo necesitado del contacto.

—Debiste atarme —dijo molesto tomándola por las caderas, pronunciando el contacto entre ambos.

Sin miramientos hizo las maniobras necesarias para levantarla un poco y dirigir su erección al interior mullido de Vanessa; quien jadeó escandalosa ante la penetración dura y salvaje a la que se vio sometida. Le tomó de los brazos para evitar sus débiles pataletas, estaba tan excitada que sentirlo tan necesitado la hizo cederle todo control ganado. Alex se zambulló en el glorioso escote, llevándose a la boca con desesperó los pezones color caramelo. Succionó despiadado hasta hacerla gritar.

—Alex... —dijo ella su nombre en una débil protesta.

—Muévete, Piel —ordenó él jalándole el cabello.

Vanessa se movió en una ondulación pronunciada, acelerada, subiendo y bajando sobre el miembro endurecido. Disfrutó del semblante lúbrico en el rostro masculino que no paraba de succionarle con total alevosía los pechos. Podía sentir el agarre furioso de Alex en sus glúteos, manejándola, obligándola a permanecer sobre él; moviéndose rauda para conseguir más satisfacción. El placer la atacó de pronto, con un vigor inesperado, se corría

encima de él ante la fuerza de su agarre.

—Córrete, preciosa —dijo él con dulzura—. Feliz cumpleaños.

Vanessa se mordió los labios para después abrirlos, prorrumpiendo los más denso jadeos, dejando salir toda la sonoridad de su orgasmo. El estremecimiento del clímax la impactó recorriéndole todo el cuerpo. Se dejó caer sobre los hombros de él, exhausta, sintiéndose como anestesiada, lánguida ante el éxtasis.

—Eres un pésimo sumiso, Alex.

—Te encanta que lo sea.

Era cierto. Le fascinaba lo mal sumiso que era, pero eso era algo que no admitiría y menos en su primer intento de llevar el control.

—Esto aún no termina —dijo apretando deliberadamente las paredes de su coño para excitarlo.

Se quitó las manos masculinas de las caderas y se puso de pie. Miró el cigarrillo que se le calló con el forcejeo, en el suelo, consumiéndose. Se agachó sensual a recogerlo, enseñándole su glorioso trasero. Se lo llevó a los labios y encendió uno nuevo dejando la colilla en un cenicero cercano. Lo tomó de la mano y lo condujo al cojín en el suelo.

Tomando una calada honda del cigarrillo se llevó el miembro a la boca, Alex sintió un ligero escozor en la piel, que se acentuó cuando ella exhaló el humo sobre su glande palpitante.

—Compraste cigarrillos mentolados —dijo él jadeante, apreciando el detalle ante la sensación que lo eclipsaba por la unión de la tibieza del humo y el frío del mentol.

Vanessa sonrió y recorrió con los labios entreabiertos toda la extensión de la polla de ese hombre que era su perdición. Succionó con avidez, masturbándolo con una mano al mismo tiempo que su lengua hacía movimientos zigzagueantes; bañándolo con profusa saliva. Él movió la pelvis en su búsqueda, le acarició el cabello conduciendo la profundidad de la felación.

—Joder sí, así Piel... sigue.

Ella lo sacó de su boca e inhaló de nuevo del cigarrillo, dándole una vez más aquella caricia húmeda llena de humo que lo volvía irracional. Le gustó escucharlo rogar. Lo miró con lujuria mientras succionaba con malicia, quería volverlo loco. Alex disfrutaba de la vista: los pechos turgentes de pezones enhiestos, la mirada pervertida y ladina de ella que lo aprisionaba entre sus voluptuosos labios, empujándolo al más anhelado arrebató súbito de placer.

—Sí, estoy cerca, Piel.

Dichas estas palabras, Vanessa se detuvo llenándolo de desconcierto. Se puso de pie y siguió fumando como si nada. Él se irguió molestó sobre sus codos.

—Vuelve aquí y métetelo en la boca.

—No, tócate —dijo pisándole el pecho hasta hacer que su espalda callera de nuevo sobre el cojín—. Quiero verte.

Alex apretó el ceño. Le dedicó esa mirada trasgresora que buscaba transmitirle que, cuando el trato estuviese caducado, él se la follaría de formas inimaginables. Ella comenzó a caminar a su alrededor contoneándose divina, sabedora de lo que su cuerpo en esas condiciones de casi desnudez le provocaba. Fumó el cigarrillo con templanza con un rictus maligno en el rostro. Disfrutó exacerbar aquella tortura a la que lo sometía. Se deleitó no tanto por aquel intento de dominación, sino porque tal como él pensó, le excitaba imaginar lo que enloquecido le haría al día siguiente.

Él por su parte tenía esa mirada de desesperación que parecía gritar: no puedo, no aguanto más, que a ella le despertaba las más pérfidas intenciones. Se llevó la mano al miembro erecto, derrotado y se acarició buscando alivio. Se concentró en el rostro precioso de expresión lubrica de Vanessa, en sus piernas, en sus pechos abundantes que sobresalían sobre el sujetador a medio quitar. Una bellísima visión que se movía al compás de sus ansias por la habitación. Estaba a punto, sí, se excitó sobremanera al imaginarla atada con las piernas abiertas para recibirlo.

—Avísame cuando estés por correrte —exigió Vanessa demandante.

—Jódete —dijo desobediente con la voz entrecortada, pues sentía cómo el placer le tensionaba el vientre bajo, por lo que ella supo que estaba muy cerca.

Vanessa se rió maliciosa, le encantó verlo así, sabía que el pobre por más que intentara, no estaba en su elemento. Se arrodilló detrás de él, dio otra calada al cigarrillo y exhaló despacio para sentarse en su rostro de nuevo, obligándolo a saborear la ambrosía que brotaba tibia de su sexo. Cerró los ojos sintiendo las vibraciones de la respiración y los gemidos ahogados de Alex. Los abrió justo a tiempo para ver cómo se asperjaba el semen tibio creando un hermoso patrón de gotas perladas sobre el abdomen masculino.

Vanessa se levantó y se acostó a su lado, posando la mano sobre el pecho para sentir el latido desaforado del corazón de Alex. Le pasó el dedo pulgar sobre los labios para limpiar el exceso de humedad que ella misma había

depositado sobre ellos. Lo besó con dulzura y le recriminó su pésimo intento de sumisión, aun así, le agradeció por su regalo de cumpleaños. Él era muy atento a sus necesidades siempre, no podía molestarse porque al cambiar los roles no fuese de la misma manera. Sobre todo, porque sería hipócrita no admitir que había disfrutado muchísimo de su rebeldía.

Para mi vergüenza absoluta, al acabar de leer el final del capítulo, me sentía como si en cualquier momento pudiera explotar o carbonizarme. Mi respiración había dejado de ser regular mucho rato atrás, mi pulso latía furioso en mi cuello y ni hablar de la fiesta que se estaba formando entre mis piernas. «No, no lo hagas» me repetí una y mil veces, inútilmente. Mi razón estaba a mil años luz, dejando paso a la excitación más desesperante que jamás había tenido.

Llevé mi mano hacia mi sexo, lloriqueando desesperada, sin siquiera pensar en las consecuencias que eso tendría. Y en cuanto toqué mi clitoris con las puntas de mis dedos con insistencia, sentí cómo explotaba, una vorágine de sensaciones volando por los aires. Haciendo que mi visión se tornara nublada y mis sentidos se intensificaran. Jadeé excitada, apreté los muslos, sintiendo los impulsos involuntarios de mi orgasmo todavía recorrerme entera.

Una vez pude bajar de la nube en la que me encontraba, la realidad me golpeó como un balde de agua fría. Aparté mi mano, con la vergüenza trepando por mi cuerpo hasta calentar aún más mis mejillas. Me giré en la cama y enterrando la cara en la almohada, grité con todas mis fuerzas. Pataleé y golpeé el colchón como una desquiciada.

Salí de la cama y me dirigí al baño para lavarme. Me sentía pegajosa, húmeda e incómoda. En cuanto encendí la luz, el reflejo en el espejo me devolvió la imagen de una mujer satisfecha. Con el cabello enredado, las mejillas coloreadas y los ojos brillantes. Me acerqué con furia y señalé a esa libertina que me miraba como si se hubiese quitado diez años de encima.

—Esto no pasó, ¿me oíste? Nada de esto ha pasado —me advertí furiosa.

Desvié la mirada lejos del espejo y me empezó a entrar la locura. Estaba entrando en crisis y no sabía si recurrir a alguien especializado en exorcismos. En cambio, empecé a pasear por todo el cuarto de baño, diciéndome una y otra vez, cual mantra, que lo que había sucedido en mi cama, no debió pasar.

Seguí dando vueltas de un lado para otro, intentando convencerme de que

todo había sido una simple alucinación, un sueño. Sí, eso. Fue solo mi imaginación dejándose llevar por la maldita perversión que rodeaba a ese escritor de pacotilla. Me crucé de brazos y me senté en el inodoro, solo para darme cuenta de lo húmedas que estaban mis bragas.

—Ay Dios mío... ¿Qué hice? —lloriqueé dejando caer mi cabeza en mis manos apoyando los codos en mis rodillas.

Aún sentía temblores en las extremidades, y el escozor en mi sexo. Menos mal que no leía mentes y no sabría que eso había pasado. ¡Eso! me levanté resuelta. Luego caí en la cuenta de que si supo exactamente qué hacer para que mi contención flaqueara, seguramente lo adivinaría. Como si supiera las coordenadas precisas para hacerme perder la cabeza.

Me lavé, una vez mi ansiedad menguó un poco, al obligarme a pensar en que solo yo sabría ese detalle. Bruno jamás se enteraría. Me volví a acostar en la cama, esa vez tapándome solo con la sábana y cerré los ojos para luego contar ovejitas. Estaba por rezar y todo, como si lo que hubiera hecho, fuera el peor pecado capital. Pero no, respiré hondo y poco a poco conseguí dormir. Ya la mañana siguiente, sería otro día.

Sería otro día NORMAL, porque lo que era yo, no volvería a escribirle a ese escritor nunca más...

1: En las prácticas [BDSM](#), se denomina **switch** o **versátil** a la persona que ejerce tanto roles [dominantes](#) o activos como roles [sumisos](#) o pasivos, dependiendo del momento y de la persona con la que se relaciona en esa situación.

Capítulo 7

Bruno

Me estiré en la cama, me saqué las gafas y me pasé las manos por el cabello riendo... Me había puesto de buen humor la remilgada, quién lo diría, ella con su carita de yo no fui y sus respuestas de chica medio tonta. Me dejó hablando solo la muy grosera ¿o tal vez la asusté? Aunque por lo visto no era tan mojigata como creía porque le gustaba hablar conmigo. Me fascinaba imaginármela contrariada, negándose a sí misma que le agradaba hacerlo. Tal vez me estaba haciendo una idea errada, tal vez en serio no me soportaba, sin embargo, mi intuición me decía que en el fondo a Camilita le gustaba el flirteo tanto como a mí.

Tomé el móvil y borré mi foto sin camiseta. «Vamos, Bruno, no se te puede estar yendo la pinza así» me reproché a mí mismo, esa chica podía mostrarle esa fotografía a cualquiera y viralizarse. Me tranquilicé al analizar que no se me veía el rostro, sin embargo, las personas que sí me conocían al verla pensarían que andaba pasándole fotos semi desnudo con mensajes babosos a una lectora... Bueno, técnicamente Camila no era una de mis lectoras, era una colega escritora, o algo así, a la que le quedaba grande el nombre escritora —niñata caperucita inocente— principiante, debía ser en realidad.

Dijo que ni la guardaría, así que decidí fiarme de su palabra. No parecía muy mentirosa la pobre, ¿en dónde habría vivido esa chica todos esos años? Nunca me imaginé que conversaría con alguien tan santurrón. Pero me ponía tanto con toda su aura de angelito que necesitaba ser pervertido. Miré la foto de sus bonitos dedos...

—Qué deditos tan primorosos, provoca llenarlos de saliva y... mmm...

Una idea líquida cayó en picado sobre el valle seco de la inspiración, humedeciéndolo todo. Haciendo brotar una hilera de pasto que se extendió como una alfombra sobre la tierra árida. Brotaron árboles de todos los tamaños, llenos de flores de colores y dulces frutos apetitosos, redondos, maduros, que lucían jugosos y listos para ser devorados.

Corrí hasta la sala, abrí mi portátil y comencé a teclear como un desquiciado. Ella era rubia incandescente, de piel tersa y dorada. Mirada verde luminosa, etérea. Naricita coqueta. Labios dulces, de esos que al rozarlos producen que la sangre burbujee bajo la piel. El inferior más

carnoso, hecho para ser mordido y permanecer húmedo, tibio, perfecto para lamerlo, estirarlo con los dientes hasta hacerla jadear. Una boca perfecta para ahogar gemidos con besos.

Era diferente de Diana, Karen y Andrea protagonistas femeninas decididas, imponentes, seguras, concededoras de sus pasiones. Inclusive de Piel que era muy sumisa. En cambio, ella sería cándida, risueña, tierna, con un rictus de ingenuidad perpetuo. De mirada brillante, esa que se poseía cuando se era demasiado honesta; cuando se creía en el amor y en las cosas buenas. Él por su parte, canalla, indolente, cretino, adicto al trabajo, con ganas de follarse al ángel más bonito de la ciudad.

Empecé a hilar. Mientras escribía me llegó el primer nudo, luego llegaría el segundo y hasta el tercero, escribí sin preocupaciones eufórico y excitado a partes iguales hasta que el sueño me venció. Casi cinco mil palabras señaló el documento y con ese bonito número en mente, cerré los ojos satisfecho. Tal vez a la luz de la mañana resultaría una pila de basura, pero esa noche fue suficiente para dormir tranquilo tras pasar semanas sin escribir ni una sola letra.

Desperté cuando eran pasadas las once de la mañana, tras prepararme un café y comenzar a desayunar unos huevos revueltos, decidí revisar el móvil. Por alguna razón esperaba algún mensaje suyo y no tenerlo me decepcionó, para qué negarlo. Así que decidí escribirle solo por fastidiarla un poco, me divertía un montón hablar con ella, algo más que no podía negar. Además, también quería ponderar en qué situación estábamos después de su adiós intempestivo de la noche anterior.

B: «Preciosa mañana la de hoy, ¿Cómo le va, señorita Alcázar? ¿Cómo está después de su lectura nocturna?»

Seguí comiendo y tras dos minutos sin respuesta decidí revisar el resto de mis chats, cuando me percaté que había leído el mensaje y no me había respondido, atacé de nuevo.

B: «¿Están tan agotados tus dedos desde anoche que no puedes responder un simple mensaje?»

Pregunté riéndome como un loco ante el obvio doble sentido del mensaje. No obstante, de nuevo nada, lo leyó y pasó de mí. Terminé de desayunar mientras cavilaba en si se me había pasado la mano con ella o era que me ignoraba por deporte. ¿Acaso la había ofendido? «Ella se ofende por todo» me recordé. Decidí alejarla de mi mente y comencé a releer lo que había

escrito en la noche, corregí palabras, mejoré ideas y al cabo de cuarenta minutos recibí su respuesta.

C: «No sé de qué lectura hablas».

Se hacía la desentendida, cuestión que me causó gracia. ¿O tal vez me estaba ignorando? No era de los que me quedaba con la incógnita, si no quería hablarme, que me lo dijera y punto. Tampoco era de andar por ahí acosando a mujeres, si había mal interpretado las cosas, pues me enteraba y le dejaba en paz. Decidí llamarla por Facebook para salir de dudas. Caminé por la sala, apoyándome en la ventana mirando el tráfico pasar. Aguardé impaciente uno, dos, tres tonos hasta que una voz dulcísima y melodiosa, inundo mis oídos, que titubeante dijo:

—Emh... ¿Sí? ¿Bruno? —y me gustó cómo sonaba mi nombre al desprenderse de esa boquita preciosa.

—Buenos días, señorita Alcázar. ¿Cómo está en esta gloriosa mañana, casi mediodía? —dije con buen humor.

—Mmm estoy trabajando —dijo en un tono casi infantil, respondiéndome así el por qué no había contestado los mensajes en primera instancia.

—Ah perdona, Te llamo luego... ¿o tienes cinco minutos disponibles?

—¿Es importante?

No, no lo era, solo tenía ganas de hablarle.

—No, te llamo luego entonces. Ah, por cierto, ¿hiciste la tarea? —insistí sobre el tema por fastidiarla.

—¿Tarea? —respondió dubitativa.

—La lectura recomendada para que salga del convento, madre superiora.

—Eso... pues... Yo no... no leí... Se me olvidó —respondió finalmente con la voz entrecortada y me pareció que mentía—. Estaba tan agotada anoche que...

—¿Y por qué sueñas tan nerviosa? —dije interrumpiéndola.

—¿Yo? —dijo con una risita que solo me confirmó su nerviosismo—, que va... Es solo que no se me dan bien las conversaciones orales.

—Creo que estás mintiendo. ¿No te sacan del convento por mentir? —pregunté divertido.

—¿M... mintiendo? —tartamudeó nerviosa de nuevo—, que va —Y algo en mí se despertó, la tenía mal...

—Te podría dar clases de técnicas orales —agregué cretino.

—¿Perdón? —dijo y tuve que morderme la lengua para acallar la risa lujuriosa que me provocaba esa respuesta tan casta. Justo después se escuchó

un estruendo.

«Ouch...»; «Dios, duele...»

—¿Qué te pasó? ¿Estás bien? —pregunté preocupado.

—Me golpeé por tu culpa. Y no, no me hacen falta clases, gracias —respondió sonando obstinada.

—Te llevas las cosas por delante porque te pongo nerviosa, te pones torpe.

—Serás... ¡Nada que ver! —Alzó la voz.

—Bueno, en vista de que no estás tan ocupada, quiero que me dejes leerte algo que escribí anoche.

—¿Sabes qué? —preguntó ignorándome aparentemente—. Lo que sucede es que no me acostumbro a tus... A esos comentarios fuera de lugar.

—Una escritora de romance adulto que no puede con comentarios de ese tipo... Necesitas cambiarte de profesión o al menos de género, Caperucita.

—¿Cómo me llamaste?

—Caperucita, es que eres así muy niña perdida en el bosque, una escritora principiante. Un pichón de escritor.

—No me digas así.

—¿Por qué?

—No me van los motes, además de que no soy una niña. Soy Camila a secas ¿Y tú qué se supones que eres? ¿Qué clase de bicho cojonero eres?

—¿No habíamos acordado que era el lobo? —Y la escuché resoplar, parecía que se mofaba de mi respuesta—. Mira, hasta te hago reír.

—Te importaría darte prisa... Espera un segundo —dijo dejándome en línea y después la escuché hablando con alguien—. Sí la cita es para la próxima semana... sí el mismo precio... Que tenga un buen día, Señorita Rodríguez.

—Oye disculpa, no quise molestarte, hablamos luego —dije al notar que en serio estaba trabajando y yo estaba de idiota interrumpiéndola de lo más intenso.

—No, no, dime, ¿qué me ibas a leer? Justo ahora tengo cinco minutos libres.

Sonreí al ver que sentía interés.

—Vale, lo escribí anoche y quiero que me des tu opinión —me aclaré la voz, para que saliera lo más audible posible y comencé a leer una de las últimas partes que había escrito:

»Ella tembló ante el tacto de Marcos sobre su cintura. Una de las manos masculinas subió por los hombros hasta la curva delicada y primorosa del

cuello. Mientras que la otra bajó zigzagueando hasta la delicia carnosa al final de su espalda. La asió con brusquedad buscando simetría, juntando lo cóncavo y lo convexo. Respiró alterado, le gustaba sentirla así, dispuesta, aunque muy nerviosa.

»La excitación crecía, era preciso tenerla de alguna manera. Moriría si no mordisqueaba aquel labio carmesí. Rozó la nariz con la suya, inhalando el dulce aroma del vaho que desprendían los labios femeninos entreabiertos. Se acercó sintiéndose inquieto. Se controló. Sabía que con ella no podía haber arrebatos, pues necesitaba calma para asimilar la caricia. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, acarició el umbral de su boca despacio. La encontró suave, húmeda y escucharla jadear ante el primer contacto lo extasió.

»Confirió a aquella boca poderes divinos pues lo estaba llevando a la locura con tan poco. Se atrevió a lamerla despacio, obligándola a separar los labios. Ella se entregó laxa a sus caricias y él la mordió saboreando aquella carne trémula. Hundió la lengua invadiendo su boca, logrando que sus delicadas manos se agarrotaran, para luego abandonarse a lo que sentía, clavándole las uñas en la espalda a Marco. Notó que no podía con el deseo que habitaba entre sus muslos. Palpitaba sin control, contrayéndose húmeda, sintiéndose turbada ante aquellas sensaciones a las que aquel hombre la sometía impiedoso.

Terminé de leer e hice una pausa, justo ahí en ese silencio escuché su respiración entrecortada y eso me puso a mil.

—¿Qué te pareció? —dije aparentando no estar también un poco arrítmico. El silencio perduró y por un momento creí que se había cortado la llamada. Miré la pantalla y me percaté de que seguía en curso, se había quedado sin palabras. Me encantó. Para qué negarlo, me fascinó—. Camila, ¿sigues ahí?

—Emmm... ¡Sí! Estoy aquí.

—Vale, necesito saber si te ha gustado —insistí encontrando de nuevo silencio. ¿Qué carajo pasaba con esa chica? ¿Tan tímida era la pobre? Decidí cortar el rollo pues no quería hacerla pasar un mal rato. Básicamente me estaba admitiendo que se había quedado de piedra. Imaginármela contrariada una vez más me encantó y me la puso un poco dura—. Si no te gusta significa que voy por buen camino, si te gusta entonces la he cagado porque es muy para monjas —fingí reír sarcástico.

—¡Vete a la mierda! —contestó alterada—. Dios, he vuelto a maldecir.

Esto es por tu culpa. Arrrrrgh —gruñó molesta, qué fácil era incitarla.

—Ah mira, después de todo tienes algo de carácter. Qué bueno, me gustan las chicas con ímpetu. Me aburren cuando son demasiado sumisas.

—Ahora con más razón quiero dejar de ser impulsiva, lo que me faltaba... Gustarte. —Y no supe cómo tomarme ese comentario.

—Deberías sentirte halagada, no me gusta cualquiera —agregué serio.

—¿Estás diciendo que te gusto?

—Oye y además de todo también eres lenta.

¿Qué sucedía con esa chica?

—¿Lenta? ¿Y eso por qué? —inquirió chillando y no pude evitar reír sardónico.

—¿En dónde carajos vives? En serio voy a creer que estás en un convento. ¿No ligas con nadie que no te das cuenta de lo que te insinúo? Por eso es que tus novelas dan sueño —reí de nuevo.

—¿Perdón? Pero si... —una nueva carcajada de mi parte la interrumpió —. Deja de reírte de mis novelas, so... so... Tonto —consiguió decir después de tartamudear un poco, enterneciéndome.

—¿Pero sí qué? ¿Estás en un convento? —tuve que decirlo, me lo puso demasiado fácil.

—¡No!

—¡Lo sabía! —me carcajeé—. Madre superiora.

—¡No soy una monja!

—¿Qué tipo de bragas usan las monjas? Es para una investigación de campo, seriedad en el asunto, dime —agregué provocador preguntándome si Camila era de esas a las que se les sonrojaban hasta las pestañas. De seguro que sí y con la bonita piel que se gastaba eso se me antojó un montón.

—Serás... ¿Para eso me llamaste? ¿Para reírte de mí? Pues te vas a reír de tu abuela escritorsucho de pacotilla.

—¿Te gustó lo que te leí? —dije cambiando de tono de voz a uno más serio. En realidad, quería saber qué iba a decir, aunque su respiración entrecortada ya me había dado pistas.

—¿Si te digo que sí te callarás y me dejarás tranquila? —respondió sonando como una niña malcriada... Dios, ella no se imaginaba lo que estaba haciendo conmigo. Era adorable.

—No, quiero que seas sincera —dije escuchándola suspirar hondo.

—¿Por qué no le preguntas a tus cientos de lectoras cachondas? Seguro ellas estarán deseosas de decirte qué les parece —dijo irónica.

—Porque me interesa es tu opinión, no la de ellas.

—¿La mía? Pero si ni siquiera nos llevamos bien.

—Me inspiré en ti para crear el personaje femenino. Una chica crítica, pero simpática. Demasiado inocente, que escribe mal escenas eróticas y es preciosa... Aunque sea un tanto lenta en entenderlas. —El silencio se hizo en la línea, solo escuchándose su respiración alterada.

—Sí, señora González puede pasar ya... Bruno estoy ocupada, adiós.

Colgó dejándome a medias... Dejándome con ganas de seguir hablando con ella. Joder con la monjita... La remilgada me estaba gustando. Era curiosa, sin embargo, siempre se quedaba a medias. Decidí provocarla de nuevo. Hacerlo se estaba convirtiendo en mi pasatiempo favorito, solo que decidí darle un extra agregando un poco más de leña al fuego. En ese caso, un párrafo que no le había leído y que de seguro haría el truco de volverla loca. Sonreí ominoso imaginándola —de nuevo— contrariada. Esa era una combinación que me encantaba, excitar y contrariar al mismo tiempo.

Me senté, abrí la página de Facebook, ignoré todas las notificaciones pendientes y me fui directo a escribir una publicación: «La curiosidad tentó al gato y... ¿lo dejó sin palabras? Tal parece que sí. Buenos días, lectoras, ¿me dirían qué les parece este par de párrafos, por favor? Un feliz día a todas y muchas gracias». Agregué ese detalle copiándome de la mismísima Camila y su aparente amabilidad intachable.

«Confirió a aquella boca poderes divinos pues lo estaba llevando a la locura con tan poco. Se atrevió a lamerla despacio, obligándola a separar los labios. Ella se entregó laxa a sus caricias y él la mordió saboreando aquella carne trémula. Hundió la lengua invadiendo su boca, logrando que sus delicadas manos se agarrotaran, para luego abandonarse a lo que sentía, clavándole las uñas en la espalda a Marco. Notó que no podía con el deseo que habitaba entre sus muslos. Palpitaba sin control, contrayéndose húmeda. Sintióse turbada ante aquellas sensaciones a las que aquel hombre la sometía impiedoso.

Las lenguas se encontraron, la de ella temerosa e inexperta. La de él brusca e inmoderada. Le recorrió la boca minuciosamente con caricias húmedas vertiginosas. Por más que intentó calmarse, fue inexorable no empotrarla contra la pared, explicándole con el roce de su endurecida entrepierna todas las sensaciones que ella le despertaba. Camila gimió ante el contacto, nunca había sentido algo así, pero de lo que estaba segura, era que no podía oponerse a sus caricias pues un escalofrió imparable le

recorrió el cuerpo estremeciéndola. Su timidez se desvaneció y comenzó a experimentar disposición para entregarse a los perversos deseos de Marcos, que la besaba al punto de sofoque».

Subí el post con una sonrisa maliciosa en los labios. Solo me quedaba esperar qué opinaría la monjita al respecto. Me generaba mucha curiosidad saber qué sentiría al ver su nombre.

*—Había un hombre a quien la Pena hizo su amigo,
y él, soñando con su alta camarada,
con sus pasos lentos fue por las arenas
fúlgidas y rumorosas, donde acuden
las ondas encrespadas bajo el viento:
y clamó a las estrellas, que bajaran
de sus pálidos tronos a aliviarlo,
pero éstas se rieron y cantaron.
Y entonces el hombre a quien la Pena hizo su amigo gritó:
¡Lúgubre mar...*

—Venga ya, Bruno, pero ¿qué es eso? —preguntó interrumpiendo mi lectura.

—¿No te gusta?

—¿Por qué más bien no me lees uno de tus libros?

—Abuela ¿cómo te voy a leer mis libros? Tienen material sexual explícito —dije señalando la obviedad con un gesto de la mano—. ¿No te parece que sería raro?

—Niño, pero de dónde crees tú que heredaste esa pasión —dijo abanicándose con la mano con ínfulas de grandeza—. Que a tu padre lo hicimos con ganas, tu abuelo y yo.

—Yaya, qué pervertida te has puesto en este hogar de ancianos. Fue una buena decisión traerte aquí por lo visto.

Mi abuela se rio golpeándome el brazo.

—Muchacho sinvergüenza, no me hables así, además que lo mío ha sido de toda la vida, para que lo sepas...

—Ah bueno, está bien, lo llevo en la sangre entonces.

—Para la próxima vez tráeme otra cosa, esos poemas están depresivos.

—Yeats es un clásico —dije justificándome en tono petulante.

—Bruno, para clásica yo, que si me quiero deprimir hablo con José —dijo señalando a un viejecito que estaba en un banco cercano—. Tuvo cáncer de

próstata a los cincuenta y desde entonces nada de nada; o con Paloma que tiene glaucoma. A ver si me seleccionas algo más entretenido.

—Ahora que lo mencionas creo que tengo algo para ti.

Mi abuela me miró curiosa mientras yo buscaba en mi móvil la aplicación de la plataforma de lectura en la que publicaba Camila. Me fui a su perfil y pasé de su *Madame Bovary*, seleccionando otra historia con menos lecturas que parecía estar aún sin terminar. Busqué el primer capítulo y me aclaré la voz para comenzar a leer:

«Caminando por la calle, viendo como el bonito crepúsculo, teñía las calles de anaranjado, choqué con algo. Algo que con una fuerza sobrehumana pudo sostener mi cuerpo, cual pluma, cuando estuve a punto de hincar los dientes en el concreto. Incluso lo que duró mi cuasi caída, pude ver toda mi vida pasar en diapositiva, como en esas películas cursis que a mamá le gustaba ver los domingos. También pude recordar dónde escondí mi Barbie a la edad de cinco años, cuando supe que mi prima Claudia venía de visita.

Abrí los ojos, con miedo, como si al hacerlo pudiera encontrarme con un monstruo cubierto de pelos a lo simio. Pero al contrario de lo que pensé, tuve que pestañear un par de veces, cuando mi cerebro no pudo procesar lo que mis ojos estaban viendo. Un chico, no mucho mayor que yo, incluso diría que con un par de años menos, me miraba desde arriba, con esos ojos marrones que poco le faltaban para convertirse en oro.

Tuve que obligarme a respirar, ya que hasta se me olvidó cómo hacerlo.

—Dentro, fuera... dentro fuera... —el aire entraba y salía de mi organismo a trompicones, al son de mi orden.

—¿Qué dijiste? —sonrió divertido, sin soltarme aún.

Y ahí fue cuando olvidé hacia dónde me dirigía, olvidé donde estaba mi casa, incluso mi nombre. Su sonrisa era ancha, de dientes blancos, perfectos. Como si hubiera salido de un anuncio de pasta dental».

Ante la risa de mi abuela confirmé que las novelas de Camila eran para abuelitas. Pareció tan divertida que seguí leyendo y a pesar de que la temática era muy diferente a lo que solía leer, terminé entretenido con esa especie de comedia que leía. A mi abuela le costaba enfocar para leer, por lo que siempre que le visitaba le leía un rato, aunque por lo general se distraía con audiolibros, afirmaba que nada como la lectura en vivo. Cuando finalicé el primer capítulo le pregunté si le había gustado.

—Sí, muy fresco, sigue leyendo un rato más, ¿Quién es el autor? —

preguntó interesada.

—Una chica que conozco, una amiga.

O algo así, en realidad dudaba que ella me considerase su amigo y ganas de serlo tampoco tenía.

—Pues dile a tu amiga que es muy graciosa, aunque insisto en que quiero que me leas algo tuyo.

—Un día de estos, abuela —mentí—. Eventualmente... algún día...

—Yo sé que escribes guarradas. No me importa, tus padres estarían muy orgullosos de ti, cariño.

—Sí, yo sé que sí, aunque es medio extraño ¿no? ellos ingenieros y Sergio y yo tan de otras cosas.

—A tu papá le encantaba la fotografía, así que de ahí salió tu hermano y tu madre leía muchísimo, Bruno. De todas maneras, no tenemos por qué parecernos a nuestros padres. Mi mamá era de lo más seria y yo nada tengo que ver, pero anda sigue leyendo, quiero saber qué pasa con el muchacho.

Sonreí y seguí con la lectura.

Mi móvil vibró mientras estaba haciendo remo en el gimnasio. Le resté importancia de momento como siempre hacía, pero recordé a Camila y algo me hizo revisar la pantalla. Mi intuición no me había fallado, era ella. Aun jadeando por las últimas repeticiones leí su mensaje.

C: «¿No se te ocurrió otro nombre para ponerle a tu personaje que el mío?» —escribió agregando un emoticono de enfado.

B: «Buenas tardes, señorita Alcázar, usted siempre tan educada. Sabe, algunas personas se sentirían halagadas» —escribí dejando el móvil a un lado con la pantalla a la vista para hacer la última serie.

C: «No me vengas con pamplinas, lo hiciste a propósito, ¿verdad? Para provocarme».

Fue inevitable reírme y la chica que estaba ejercitándose cerca, me miró de reojo. Caperucita me la ponía demasiado fácil. Sequé mi sudor de la máquina y me puse de pie para irme a la cinta, tecleé con frenetismo mi respuesta.

B: «A mí me encanta provocarte, qué bueno que al fin lo has pillado.

¿Te gustó ese último párrafo que agregué en el post?».

C: «Sí, pero podrías haber puesto otro nombre. Tienes muchas intensas para elegir y usar el de alguna de ellas».

Sabía que iba a gustarle. Celebré victorioso tomando un sorbo de agua y

montándome en la cinta caminadora.

B: «¿Intensas?»

C: «Sí, esas que no han dejado de comentar desde que subiste el post».

B: «No hablemos de ellas, dime por qué te gustó».

C: «Nunca dije que escribieras mal, solo que tus escritos son... demasiado... no sé cómo explicarlo. Pero sí, lo hiciste bien.

Me gustó la manera en que describiste todo, pero eso no significa que vaya a leerte. Haz el favor, cámbiale el nombre».

B: «No le cambiaré nada, yo escribo lo que se me da la gana, Caperucita».

C: «Puedes hacer un concurso para que otra te preste su nombre, seguro tendrás muchas candidatas.

¿Por qué precisamente mi nombre?».

Estuve a punto de decirle que parecía celosa, pero preferí no hacerle sufrir tanto. Comenzaba a darme un poco de pena la pobre; era demasiado fácil provocarla.

B: «Te dije que me inspiré en ti para escribir el personaje... Eso y porque me sale de los cojones ponerle así».

C: «No puedo contigo... Haz lo que quieras».

B: «Siempre lo hago, no necesitaba tu permiso, ni mucho menos».

C: «Por eso estás soltero...»

Su comentario me hizo gracia, me sorprendió a partes iguales, la Caperucita estaba luchando de vuelta. Seguí caminando y tecleando, Camilita se estaba metiendo con el tío equivocado y en vista que juzgaba en base a lo heteronormativo, decidí pagarle con la misma moneda.

B: «Ja, ja, ja disculpe usted, señora casada o comprometida.

¿En dónde está su novio?»

Tras teclear eso, me reproché ser tan inmaduro... Bueno, era preciosa supuse que más de un baboso debía tener atrás.

C: «Yo no tengo porque no quiero... No porque no tenga candidatos».

B: «Ah perdón, tu novio es Jesús, cierto madre superiora lo había olvidado».

Agregué riendo como un adolescente.

C: «¡Que no soy monja!».

B: «Tu amor es enteramente para él, nuestro señor.

¿Y en serio crees que yo no tengo candidatas?»

C: «Olvídalo, no sé, solo fue un impulso tonto decir eso, si las tienes no es de mi incumbencia».

B: «La diferencia es que a mí nadie me pregunta por mi soltería, de seguro a ti no te debe pasar... Siempre he dicho que es algo injusto para las mujeres».

C: «De seguro las que tienes es porque creen que haces el amor como tus personajes.

Aunque no lo entiendo...»

B: «Hacer el amor, pfff, qué bonito Camila ¿Qué no entiendes?

Me reí de nuevo por su terminología y al pensar que mis personajes en realidad eran bastante regulares en la cama.

—¿Hey tipo, pero tú estás paseando por la calle o en la cinta haciendo cardio? —preguntó mi entrenador que iba pasando por ahí con su típico acento venezolano—. Vamos, vamos, súbele velocidad.

—No, Juan, ahora no, ya voy, ya voy —dije bloqueando su mano para evitar que aumentara la velocidad. Él bufó y se fue a hablar con la chica de al lado. Si quería poder contestarle a Camila no podía ir muy rápido o corría el riesgo de perder el equilibrio al escribir.

C: «Que le gusten esas... cochinadas.

Por ejemplo: ¿¡Quién se pone un piercing ahí abajo!?»

—¡Sí! —exclamé vencedor al darme cuenta de que me había leído, para después percatarme que estaba llamando la atención de todo el gimnasio, pues Juan me miraba extrañado al igual que otras personas circundantes a mí que entrenaban.

B: «¿Un piercing ahí abajo? ¿A qué te refieres? ¿Dónde es abajo?»

El chico de la máquina de al lado me miró de nuevo ante mis carcajadas. No paraba de reír y no sé por qué cojones, tampoco me importaba que la gente me mirara.

C: «Eeeeeem es algo que leí en el periódico.

En sus partes bajas.

Ya sabes.

No me hagas decirlo»

B: «Sí, claro, en el periódico, ¡te leíste mi novela!»

C: «¿Quéééé? ¡¡¡Nooooo!!!

No pasé el primer párrafo».

B: «Piel tiene un piercing en el CLÍTORIS» —escribí muerto de la risa, la pobre ni siquiera podía escribir la palabra.

C: «Me aburrí, no seguí».

Sí claro...

B: «Repite conmigo:

Pene

Clítoris

Vagina».

C: «¡Cállate!

No diré, ni escribiré eso».

B: «¿No pasaste del primer párrafo? Claro, claro, pero sí leíste cómo Alex le comía todo el coño a Vanessa».

C: «Que te digo que lo leí en un periódico».

B: «Camila, te van a echar del convento por mentirosa».

De nuevo la imagen de ella contrariada y excitada me rebotó en la cabeza, pero me contuve de decirle algo.

C: «El caso es que ¿Quién rayos se pondría un piercing ahí abajo?

Nadie en su sano juicio».

B: «Yo tengo uno» —escribí sin más.

C: «¿Qué... qué?

¿Me estás tomando el pelo?»

B: «No, tengo un príncipe Alberto, la verdad le da un aire distinguido a mi pene. Aristocrático ja, ja, ja».

Me morí de la risa de imaginarla, debía tener las mejillas rubicundas.

C: «Ay por Dios...

Yo no debería saber eso...»

B: «Acabas de preguntarlo

Si no preguntabas no te decía, es que eres bien curiosa, Caperucita».

C: ¿Qué es un príncipe Alberto?»

¿Dónde está? Sé que está ahí, pero ¿en dónde?

No... mejor no digas».

B: «Pero bueno, Caperucita, preguntas y luego terminas acobardándote.

Así se le llama a ese tipo de perforación genital en los hombres. Era por un príncipe que quería amarrarse el pene hacía atrás para que no se le marcara el bulto en los pantalones. La aristocracia y sus chorradas. Pero yo le doy otros usos más interesantes...» —escribí libidinoso con una sonrisa en el rostro.

C: «¿Más interesantes?

No, no me digas nada».

B: «No iba a decírtelo...

Eso no se explica, eso se demuestra».

Y me quedé esperando su respuesta que llegó varios segundos después

decepcionándome.

C: «Me tengo que ir
Hasta luego».

Caperucita me dejó hablando solo... ¡Otra vez! Puta madre... Aghhh. Me peiné el cabello húmedo por el sudor con desespero ¡Joder! ¿Qué carajo me pasaba con ella? Bebí agua y decidí matar las energías aumentando la velocidad a la cinta.

«Joder... le había dicho de mi príncipe Alberto», me regañé, no sabía por qué se me iba la pinza así con ella y al paso que iba, terminaría dándole mi dirección, mi DNI y hasta mi grupo sanguíneo...

—¡Vamos! ¡Vamos! —pasó mi entrenador aumentando la velocidad de la máquina y mientras trotaba me planteé si debía seguir hablando con una chica que podía terminar siendo algún tipo de embaucadora...

Capítulo 8

Razón 5| Intenso

Estaba loca, sin duda, como una cabra. Hablar con Bruno comenzó a ser una mala costumbre. No era que me desagradara demasiado y ese era el problema. No solo eran los *inofensivos* chats que compartíamos, ¡me había llamado! Y no era por el hecho de que se había atrevido a hacerlo, sino que eso significó tenerlo más presente en los días siguientes. Para desgracia la mía, su voz era un tanto difícil de olvidar: ronca y con un tono provocativo que me erizó la piel. Para rematar, lo hizo para leerme una escena de su nuevo libro, en el cual, yo era la protagonista. O como decía él, alguien inspirado en mí.

Estaba harta de la bipolaridad que portaba últimamente. Ese hombre me sacaba de quicio tan solo diciendo hola, como también hacía que mi corazón bombease frenético en busca de más respuestas de su parte. Porque su saludo nunca iba solo, siempre estaba acompañado de una nueva insinuación directa al botón de mi enfado o excitación, por mucho que me fastidiase admitirlo. Continuamente intentaba convencerme de que aquello no podía seguir por el camino que iba, ese tipo no me podía gustar, era ridículo.

Pero ahí estaba yo siempre que me hablaba, a la espera de más.

Cerré la persiana de la clínica y soltando un suspiro, me dispuse a caminar hacia mi coche que por mala suerte para mis pies, no estaba cerca. La avenida se encontraba atestada, cuanto más cerca estaban las navidades, todo era un caos en el centro de la ciudad, sobre todo porque era el fin de semana.

Me acurruqué en mi abrigo y observé el vaho que salía de mis labios al respirar. Pensé una vez más en la dichosa llamada, que no solo me había puesto de los nervios, sino que también me hacía volver a casa con un moretón en la rodilla. Sin olvidar la cerradera de ojos, los suspiros continuos, por culpa suya.

Casi gruñí si no fuera porque estaba en mitad de la acera con varias personas yendo y viniendo a mi alrededor. Pero por mucho que lo detestara por así decirlo, no podía negar el hecho de que Bruno, tenía una bonita voz. Hablaba con chulería, eso sí, seguro de sí mismo; con un matiz de gracia, como si siempre estuviese a punto de echarse a reír. Pero todo acabó cuando su tono se tornó serio y a mí se me pusieron los vellitos de punta. Sentí cómo mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho y dando una última carrera, como si en vez de tacones llevara zapatillas, llegué a mi coche y me encerré

en él.

No me paré a encender la calefacción, total, estaba que echaba humo. Odiaba sentirme indefensa. Siempre era así con él desde que lo conocía. Nunca fui una persona valiente, pero tampoco alguien que se convirtiera en gelatina en las manos de nadie.

Aunque mi madre y mi abuela, —que en paz descansaba esa última—, me dijeron por activa y por pasiva que debía ser complaciente con el sexo masculino, no una ligera de cascos, pero sí amable, si lo que quería era no quedarme soltera de por vida. Yo por mi parte no compartía ese pensamiento por más que me empeñara. Supuse que el gen rebelde de mi abuelo seguía en mi sangre aunque mi abuela quisiera arrancármelo de cuajo como lo hizo con él.

Así que sentirme tan insegura y desorientada ante Bruno, era como fallarme a mí misma. A esa mínima parte que luchaba contra las enseñanzas inculcadas por ellas, que se empeñaban en hacerme un ser agradable para que pudiera conseguir marido.

Arranqué y saliendo a la carretera, puse música a todo volumen. Pablo Alborán, una vez más, me ayudaría a salir de ese estado de ansiedad continuo que venía gestando desde aquel día en el que hablamos por primera vez.

Miré mi casa satisfecha. Con bayeta y limpiacristales en mano, observaba los destellos que flasheaban de cada recoveco, rincón y superficie de mi hogar. Hasta mi pequeño pecesito dorado, Pepo, desde su pecera encima de la vitrina, nadaba con alegría de tan limpio que lo había dejado.

Con un suspiro y con mi barriga rugiendo como un león hambriento, dejé los utensilios en el cuartito de la limpieza, para después dirigirme a la cocina. Me preparé un café, agarré un donuts y me senté en la barra. Con el móvil en mano, entré en Facebook, me entretuve entre bocados hasta que algo que vi, hizo que el último trozo de dulce se quedara suspendido en el aire.

Un nuevo post de Bruno. Esa vez sin foto, pero sí con el fragmento que me leyó esa mañana. Al contrario de lo que le dije, lo que había escrito me gustó tanto, que tuve miedo a que se me notara. Sabía que, si lo hubiera hecho, no me lo habría quitado de encima en todo el santo día.

«Más quisiera yo... tenerlo encima todo el día...» Automáticamente un insoportable calor trepó por mis mejillas en cuanto ese pensamiento cruzó mi mente. Me abaniqué con las dos manos y casi me di de cabezazos contra la encimera para quitarme la tontería. ¿Pero qué demonios estaba pensando?

Para colmo, mi pez paró de nadar para observarme.

—No me mires así y sigue nadando... —le recriminé y tras soltar una burbuja de aire siguió dando vueltas por la pecera redonda.

Leí deprisa, mordiendo mi labio tan fuerte que pude degustar la sangre en mi lengua. Y entonces pasó, algo caliente, ácido, burbujeante, ya demasiado familiar, empezó a trepar por mi cuerpo. «Camila» le había puesto mi nombre a su personaje. Y no solo eso. Hizo que, por desgracia para mí, se calentara hasta el último centímetro de mi piel. Imaginarme a mí, en esa tesitura, siendo besada con tanto fervor, tantas ansias, provocó que se me erizara el cuerpo. Como si en vez de un personaje cualquiera, con mi nombre como podía haber sido otro, fuese yo la que estaba recibiendo ese derroche de pasión.

Jadeaba, transpiraba incluso. Algo me decía que mezclar la rabia con la excitación no era demasiado bueno. Nada bueno podría salir de algo así, ¿no? además no era que estuviese excitada, o sea, un poco sí, pero...

—¿Pero qué rayos le pasa a este hombre por la cabeza?!

Y aunque intenté contenerme de no cometer una locura, hice la cosa más ridícula que podía haber hecho. Busqué un meme, sí, un meme, una de esas imágenes tan de moda que los jóvenes y no tan jóvenes utilizaban para contestar sin palabras. Pero eso sí, mi meme de un cerdito de lo más mono rodando los ojos y diciendo: esto me supera; era de lo más original. Y para rematar puse:

«Querido, fallaste estrepitosamente al querer crear un personaje como yo».

Subí el post para a continuación abrir chat y hablarle. Sabía de sobra que, para mi sentido común y seguridad, debería haber pasado y no hablarle en la vida. Pero algo se me removía por dentro, algo que me hacía querer... reprocharle; ganarle.

Pero no fue así. No sabía por qué me extrañaba. Me llevé una hora de mi vida, hablando con el neandertal de Bruno Ballester, en la que no solo hablamos de su nuevo éxito, sino que me dejó caer, cual bomba, que él llevaba un accesorio de lo más pintoresco colgando de su... de su... cosita.

Anduve de un lado para otro, con las manos en la cabeza, a punto de tirarme por el balcón para ver si volaba o por suerte me estampaba y me quedaba tiesa. Necesitaba de consuelo, desahogarme, chillar, ponerlo a parir y con un desespero impropio de mí, corrí hacia el sofá, tirándome en plancha alcanzando el móvil que hacía apenas unos minutos, antes de mi crisis, lancé y acabó en el suelo entremedio del mueble.

—Ha llamado usted a Alejandra Solís, en este momento le importa un cuerno lo que quieras, pero en fin, deja tu mensaje des...—el tono de mi mejor amiga hizo que me ofuscara más si cabía.

—¡Corta el rollo, te necesito! Quiero criticar a alguien a gusto y qué mejor que contigo.

—¡Wow! ¿Qué te pasó?

—¿Estás en tu casa? Necesito contarte algo.

—Claro, tonta. Acabo de dar la merienda a melocotoncito y está durmiendo su siesta. Ven y nos haces compañía, mi mamá me falló y no se la pudo quedar.

Me abstuve de decir algo al respecto y colgué sin siquiera despedirme. El camino hacia la casa de Alejandra se me hizo eterno, que digo eterno, parecía haberse alargado las calles de un día para otro y eso para mi salud mental no fue demasiado bueno. Aún me parecía escuchar un susurro lejano, palabras sueltas, de ese hombre que ocupaba mis pensamientos más de lo que debía.

Giré a la derecha y por poco me comí un coche, saliendo del cruce sin mirar. Sin embargo, no sé si fui yo o mi nueva y recién adquirida personalidad, la que me hizo abrir la ventanilla y sacarle el dedo medio, cuando el señor empezó a despotricar sobre mí. Claramente después de eso le di al acelerador y miré mi mano acusatoriamente. Aquello no era normal en mí.

Llamé al telefonillo, una vez aparqué frente a su portal, nerviosa y enfadada conmigo misma por mi estado tan lamentable. Necesitaba urgentemente que alguien me dijera qué hacer con ese tormento.

—¡Coño, que me lo quemas! ¡Ya te abro! —gritó Alejandra.

Tras ese sonido de como si la puerta se electrificara, entré en el portal y como si de una súper corredora se tratara, subí las escaleras a todo lo que dieron mis piernas y mis pobres pulmones. Obviamente después de subir tres pisos de golpe, acabé casi tirándome al suelo para besarlo, a lo Papa.

La puerta de Alejandra estaba abierta y entré sin que la anfitriona me diera permiso. En verdad a esas alturas de nuestra amistad, no hacía falta tanto formalismo. Y visto lo visto, en el estado en el que me encontraba, me importaban tres kiwis y medio plátano.

Mordí mis labios para no soltar cualquier disparate o reírme. Hasta aquel punto estaba la cosa, «¡bipolaridad sal de mí!» Cerré la puerta y la voz de mi amiga, ligada al ritmo de una canción latina a bajo volumen, me hizo adivinar en donde se encontraba. Me encantaba bailar esa clase de ritmos. Desde

adolescentes Ale y yo hacíamos competiciones en nuestra habitación para ver quién era mejor, a escondidas de nuestras madres ya que según ellas esa clase de músicas era para las mujeres de mala vida. Recordar aquello me hizo sonreír con morriña².

—¡Estoy aquí! —caminé en dirección a la cocina y me la encontré fumándose un cigarrillo, sentada en un taburete cerca de la ventana.

La escudriñé con la mirada, como queriendo matarla y de un tirón le quité el cigarro y lo apagué.

—¡Oye!

—No sabes lo malo que es el humo para un niño, además, no quiero que te de cáncer, ya te dije que en mi presencia no harías eso más.

Alejandra me miró cabreada para después resoplar con cansancio. Sabía que tenía todas las de perder conmigo. Siendo testaruda no me ganaba nadie, como tampoco en razón. Lo malo era que tanto ella como yo, éramos las más cabezotas de la tierra.

—¿Dónde está mi sobrina? —pregunté dando una ojeada a la sala.

—Está en su cuarto durmiendo su siesta. Pero déjate de tonterías y dime qué coño te pasa.

Suspiré a la vez que me sentaba en el taburete junto a ella y como si me hubieran dado cuerda empecé a soltarle toda la sopa sin anestesia.

—Bruno Ballester me llamó hoy.

Pasaron dos cosas: la primera y más preocupante, decir el nombre de Bruno en voz alta, hizo que la piel se me erizara. La segunda, Alejandra sonrió como el emoticono ese de WhatsApp con cara de pervertido que tanto le gustaba poner para sacarme de quicio.

—¡No me pongas esa cara!

—Anda, pillina... —me picó, haciéndome cosquillas en los costados. Yo reí sin poder evitarlo, era una de las cosas que no soportaba: las cosquillas—, pero cuenta, ¿Cómo la tiene?

Mis ojos y mi boca se abrieron desorbitadamente ante su descarada pregunta. Pero eso no quitó que me viniera a la mente, sin querer eso sí, que Bruno tenía un accesorio colgando de su *cosita*.

—¿Pe... pero...?

Y de pronto empezó a carcajearse, incluso se tuvo que agarrar la barriga para no partirse en dos. Yo claramente me indigné y no pude agarrar otra cosa para golpearla, que la cuchara de madera que estaba sobre la encimera.

—¡Bruta! Me refería a su voz, no a su polla —y no contenta con haber

dicho esa palabra tan... mal sonante, siguió riéndose hasta pasados unos segundos. Creo que mi mirada de asesina surtió efecto, de nuevo, porque paró—. Bueno, ok, ya paro. Uf... dime, a ver ¿qué te dijo? Es decir, ¿por qué te llamó?

Suspiré y hablé.

—No me lo esperaba, estaba llegando a la clínica. Saludé a mis compañeros y recibí un par de alertas de mensajes suyos. Los abrí y cuando iba a contestarle, siempre aparecía o bien mi jefe o algún paciente. Le contesté algo sin importancia, por lo menos para que no creyera que pasaba de él deliberadamente; pero lo que no me imaginé, ni por asomo, era que fuese a llamarme.

Hice una pausa. No sé si para crear suspense o para mentalizarme a recordar todo lo vivido esa mañana. Y rezaba a la virgen de que no pasara nada más en lo que restaba de día. Alejandra me instó a seguir, tenía los ojos bien abiertos, y toda su atención puesta en mí. Tragué saliva y seguí contándole.

—Me leyó un fragmento de su supuesta nueva novela. Que, según él, la protagonista está inspirada en mí —Alejandra puso cara de: «sé algo obvio que tú por lo visto no sabes». La ignoré y seguí hablando—. No paraba de hacerme rabiar y encima yo en el trabajo, con pacientes entrando y saliendo y el otro dale que te pego diciendo... cochinas. En serio, ¡me pone de los nervios! Y porque al final me inventé que llegó una paciente, que por cierto hace más de un año que no viene a revisión, si no, lo hubiera tenido pegado a la oreja toda la santa mañana. Alejandra rió y bebió de su café, que recién me daba cuenta de que tenía a su lado.

—Una cosa no pasa si uno no quiere, Camila, si hubieras querido habrías cortado la llamada mucho antes, o incluso, no cogérsela siquiera. Querías hablar con él, tanto o más que él contigo. Admitirlo es lo primero que debes hacer.

Me quedé pensando en sus palabras, pero de nuevo algo ácido subió por mi estómago haciendo que gruñera. Lástima que no era de hambre sino de nervios y algo más que no supe identificar. O realmente no quería... Sacudí la cabeza esfumando esa imagen de mí, estando excitada, que distaba mucho de ser decente y me concentré en lo que realmente importaba. Sacarme a Bruno de la cabeza de la única manera que creí que funcionaría.

—Bueno, admito que me dio curiosidad escuchar cómo sonaba. Pero nada más —agregué al verla sonreír ampliamente.

—¿Y qué pasó luego? ¿Volvisteis a hablar?— Asentí a la vez que gimoteaba.

—Luego de que me llamara, llegué a casa y limpié como sabes que siempre hago cuando me estreso más de la cuenta, me senté a mirar Facebook. Y lo vi.

Alejandra rodó los ojos en cuanto me vio parar de contarle. Se acercaba lo que me daba tanta vergüenza preguntarle, pero es que no sabía cómo hacer para que no me juzgara de inocentona o mucho peor de monja como Bruno me apodaba.

—Vi un post en el que adjuntó lo que me leyó en la mañana. Pero no solo eso, le puso mi nombre a la protagonista, Alejandra. —Enterré mi cara en las manos como si fuera el fin del mundo. Pero una cosa si estaba segura, me encontraba cada vez más liberada mediante le contaba. Ella se quedó en silencio y pues me lo tomé como que quería que siguiera—. Hablamos por privado, le dije que porqué había hecho eso, él solo dijo y cito textualmente: que algunas personas se sentirían halagadas... ¿Cómo rayos me voy a sentir halagada cuando alguien hace eso conmigo?

—¡Quieta parada, comadre! —Alzó las manos parando mi retahíla—, no está haciendo contigo un coño, Camila. Es ficción, lo que haga o deje de hacer un personaje ficticio, tenga tu nombre o esté inspirado en ti, no significa que te lo hagan a ti. Y estando de acuerdo con ese hombre, es un halago que un escritor de su categoría quiera escribir sobre ti. Déjame leer qué escribió.

Le pasé el móvil y tras leer, sentenció:

—O sea, es ficción, pero por todas sus demás insinuaciones... ese tipo fantasea con besarte, cariño. Le gustas. Es más, si alguien escribiera algo así, pensando en mí, caigo bien muerta. Es romántico y pasional, justo el punto exacto de locura que te hace explotar la cabeza. Y por más que luches por ello esa fue su intención, volverte loca hasta tal punto de hacerte perder la cabeza.

Y con esa última declaración casi me eché a reír al suelo. Cuando Alejandra se ponía a pensar, había que temerle. Mira nada más con lo que salió, después de haberle contado cuanto nos detestábamos. Gustarle... Yo... ¡Já!

—Por favor, Alejandra, no me hagas reír que no estoy para bromas. Bruno Ballester goza al verme enervada. Le encanta ponerme de los nervios y alterarme con sus cochinas. Es un perverso, un atrevido. No lo soporto, si

no te lo crees, míralo por ti misma. —Busqué nuestra última conversación. Se lo tendí y esperé impaciente a que acabara de leerla.

A cada tanto que leía, la veía reír, rodar los ojos incluso se mordía el labio de vez en cuando. En vez de una conversación, parecía leer una novela de lo más interesante. Ni con mis libros ponía la muy traidora tanta atención. Al cabo de lo que parecieron horas, Alejandra soltó el teléfono en la encimera y cruzándose de brazos con una sonrisa jugándole en los labios dijo:

—Amo a ese hijo de puta pervertido. —Un suspiro tembloroso se escapó de mis labios a la vez que hacía un puchero de lo más infantil y le decía que no se podía poner de su parte. Lo que me faltaba por oír—. Y reitero lo que te dije, le gustas, él mismo lo admite, no sé por qué se te hace tan difícil de entender. Lo que pasa es que estás tan jodidamente ciega que no te das cuenta. Y otra cosa... —mordió su labio como si hubiera recordado algo demasiado importante como para dejarlo pasar—, ¡eso del príncipe Alberto es de lo más sexy, joder!

Jadeé de la impresión. No tenía idea de en qué zona o lugar de su... eso, se ponía esa cosa. Pero fuera donde fuese, estaba segura que dolía.

—¿Tú... emmm... —me trabé como una adolescente—, sabes dónde se pone?

—Haremos algo mucho mejor —dijo con perversión, encendiendo su Tablet y poniendo «Príncipe Alberto» en google.

La primera imagen que salió me hizo dar un respingo y desviar la mirada. Era una foto real, donde una argollita pequeña colgaba de la punta de una... ¡Ay! Al analizarla con detenimiento cobró sentido lo que Bruno me explicó de porqué se lo hizo el príncipe Alberto real.

—No deberíamos estar viendo esas cosas. Melocotoncito podría despertar y...

—No pasa nada, cuanto antes te documentes, antes acabaremos con esto. Mira, aquí hay dibujitos, si no te sientes bien viendo fotos reales.

Y con un suspiro tembloroso me puse a observar aquellas fotografías de aparatos reproductores masculinos, como quien veía una revista. De vez en cuando me tapaba los ojos, o jadeaba de la impresión, leyendo testimonios reales de hombres que se hicieron dicho *piercing*.

—Uf... tener sexo con eso debe ser de lo más espectacular... —gimió un poco haciéndome ruborizar.

—¿Y con eso no se rompe el profiláctico? —pregunté más interesada de lo normal.

Alejandra rió y negó con la cabeza a la vez que palmeaba mi cabeza como si fuera un perro.

—No lo rompe. Y deja de decir cosas tan recatadas. Suéltate la melena por una vez en tu vida. Parece mentira que seamos mejores amigas y aún no te haya pervertido. Di: condón, pene, polla, vagina, coño...

—¿Tata?

Giré la cabeza tan rápido que creí escuchar mi cuello crujir en protesta. Y tras darle una mirada asesina a mi amiga por decir esas cosas sabiendo que su hija estaba allí, me acerqué a mi pequeño melocotoncito y la cogí en brazos, haciéndola reír y dejándole abrazarme con fuerza.

—¿Cómo está lo más precioso de este mundo?

La niña me sonrió y empezó a jugar con mi pelo como solía hacer cada vez que me veía. Alba, o Melocotoncito como la llamábamos desde que nació, tenía cuatro años y medio. Era mi bebé consentido. Dejamos a un lado la conversación y me centré en mi pequeña terremoto que quería jugar a las aventuras. Yo encantada me disfracé con una corona de princesas y ella de lo más graciosa con una armadura en miniatura, blandiendo una espada. Al cabo de un rato, cuando nos cansamos de jugar, Alejandra habló después de haber estado todo el tiempo conversando con alguien por el móvil.

—Oye, Camila, ¿podrías quedarte mañana con la niña? Mi madre no puede y tengo que salir —todo eso sin siquiera alzar la mirada de la pantalla.

Iba a contestar cuando la niña saltó de júbilo y me abrazó feliz de poder pasar el día conmigo. Claramente no me podía negar a eso.

Estaba acostada cuando me dio por entrar en el chat que tenía con Bruno. La verdad hablar con Alejandra me hizo abrir un poco la mente. De lo que no estaba para nada segura, por no decir que no lo creía, era que yo le gustara. Era odioso conmigo, siempre estaba dispuesto a hacerme enfadar y según yo, si alguien te gustaba, no lo hacías cabrear a cada segundo.

Me mordí los carrillos pensando en qué decirle y lo único que se me ocurrió fue hablar de su piercing.

C: «Jolines, Bruno, ¿No te dolió hacerte un piercing ahí abajo?»

Y como si estuviera esperando a que le hablara, se conectó enseguida y entró en la conversación. Entonces no vi tan buena idea seguir hablando con él.

B: «Pasan las horas y sigues pensando en mí, qué bonito. En mí y en mi pene...»

Y yo que lo sabía... Me limité a enviarle una carita con la boca abierta de par en par.

B: «No pensé que fueras de esas... las sorpresas que uno se lleva Ja, ja, ja».

C: «¡Solo dime! Es curiosidad, no es que estuviera pensando en tu cosita». «No todo el día al fin y al cabo», pensé poniéndome colorada admitiendo eso en mi cabeza.

B: «Sí, señorita curiosa, me dolió un poco, es normal, no deja de ser una perforación y bueno pasó con el tiempo. Lo único molesto fueron las semanas que estuve cuidándolo, mejor te ahorro los detalles. Ah y lo de cosita... qué léxico tan... se llama pene, Camila y no es una “cosita”».

C: «Bueno es una forma de decir, no exageres»

Casi rodé los ojos al notar su ego tan subido como la mayoría de los tíos. Si me metía con lo que colgaba entre sus piernas se ponían a la defensiva.

—Hombres... —suspiré en voz alta, volviendo a la conversación.

B: «¿A ti te gustaría que le dijera a tu coño “cosita”? »

Fruncí el ceño ante eso.

C: «¿Y cómo quieres que lo llame?»

Olvídalo, lo llamaré como quiera. Igual que tú me imaginas como te da la gana».

B: «Mmmm... me gustaría saber cómo me imaginas tú a mí. ¿Por qué no me cuentas?»

C: «No eres tan importante, no te imagino, simplemente».

Sonreí triunfal por aquella respuesta rápida, por lo menos mi cerebro estaba recobrando inteligencia.

B: «No me imaginas y me escribes preguntando por mi pene... ok, Camila, muy creíble lo tuyo».

El aire salió de golpe por mi nariz, seguramente parecería un toro a punto de salir a la plaza.

C: «Eso no tiene nada que ver, solo me dio curiosidad y me documenté. Nada más quise saber de primera mano si duele. Es todo».

B: «Hablando de documentar, ¿Me podrías explicar por qué fallé estrepitosamente creando un personaje como tú? Vi tu post hace rato, me parece un poco incongruente de tu parte porque dijiste que te había gustado. Creo que en el fondo te encanta llamar mi atención, por eso lo hiciste».

Mi boca se abrió de par en par ante semejante desfachatez. ¿Cómo era eso de que quería llamar su atención? Que se comiera un cuerno de unicornio el

muy creído.

C: «Primero: a ti te va otra cosa. Eres demasiado rudo para escribir algo tan romántico y tierno. Segundo: ¿Tu atención? Ja, ja, ja que va...»

Reí nerviosa, no creyéndome aquella afirmación ni yo misma. Como me dijo Alejandra, admitirlo era lo primero y tenía que hacerlo tarde o temprano. Estaba cogiéndole el gustillo a hablar con aquel hombre que me sacaba de mis casillas.

B: «Mmm... ¿Y eso qué tiene que ver con que el personaje esté mal o bien construido? Empezando porque en lo que te leí apenas se describe el personaje, en realidad solo se narra un beso».

C: «¡Exacto! Un beso, simple y llanamente un beso. Y no sé, simplemente no me conoces para escribir sobre alguien como yo. Y si no lo haces a la entrada lo harás a la salida. Acabarás poniéndola a cuatro patas en cuanto se despiste a la pobre Camila».

B: «¿Tú escribes a tus personajes iguales a personas que conoces? Oye y eso de ponerte en cuatro... suena demasiado tentador».

Un calor sofocante trepó por mis mejillas. La última vez que hice esa postura fue estando con mi exnovio Carlos, y la verdad solo era para no ver cómo sus ojos se volvían un poco bizcos al llegar al orgasmo. Nunca se lo dije, tampoco lo vi precisamente necesario confesarle una cosa así. Disfrutábamos igualmente de hacer el amor...

Negué con la cabeza al ser consciente hacia donde iban mis pensamientos. Hacía tiempo no pensaba en Carlos, lo quise tanto, que me parecía extraño no echarlo de menos ya. Recordé que era guapísimo, de pelo ligeramente rubio, ojos claros, y una boca que levantaba suspiros. Pero la verdad, llegado al momento del clímax, su cara se transformaba y la guapura se le iba. Solté una leve risa al evocarlo de nuevo.

Una nueva vibración me hizo mirar hacia el móvil. Bruno había enviado un nuevo mensaje.

B: «Los personajes son ficción, Camila. Uno se puede inspirar en alguien, pero siempre será ficción».

Fruncí el ceño y teclé después de pensar unos segundos qué ponerle. Parecía tener respuesta para todo.

C: «Bueno, es que me chocó que hicieras un personaje con mi nombre, es todo»

Eso y que me imaginara a mí en esa tesitura. Pero obviamente eso no se lo dije, no estaba tan loca.

B: «Te pongo un ejemplo para que te quedes más tranquila. Mi Camila se deja llevar por ese arrebató pasional y deja que Marcos la empotre contra la pared. Tú en el convento no tienes permiso para eso. Ahí ves que no eres completamente tú. En conclusión: es mera ficción».

Rodé los ojos exasperada y le envié un emoticono con cara de estar hastiada.

C: «¿A la fuerza tiene que haber eso? ¿Empotramientos? ¿No puedes ser más sutil, dejar las cuerdas y los azotes?»

B: «Como me vuelvas a poner esa cara sí que me van a entrar ganas de azotarte... ¿No te gusta que te empotren?»

Tuve que obligarme a cerrar la mandíbula cuando leí semejante pregunta. ¿Cómo se atrevía? Pero ya mi prolífica imaginación estaba en funcionamiento, evocando Dios sabía qué cosas.

—Ay... de verdad debería dejar de hablar con este hombre —dije en voz alta, mortificada, muerta de vergüenza, tapándome los ojos.

Cuando pude tranquilizarme después de unos eternos segundos, le contesté. Era superior a mí, era como un sí pero no, y claramente el sí ganaba por goleada.

C: «¡No estoy hablando de lo que me gusta o no a mí!»

Del rato que había estado intentando normalizar mi respiración y que mis manos dejasen de temblar, en algún punto se había desconectado. Tardó en aparecer en línea, pero leyó mi mensaje y automáticamente se puso a escribir.

B: «Camila, solo tengo una novela que va de eso. Una sola. Las demás no son así. No sé por qué precisamente te dio por leer esa en particular».

C: «No leí tanto, además fue la primera que me apareció para comprar. Ya tienes que conocer mi curiosidad. No pude evitarlo».

B: «Claro, claro, claro... No te culpo, es mi novela más famosa».

C: «Por eso, porque es tan cliché...»

B: «¿Cliché? ¿Me estás tomando el pelo?»

C: «¿Es una pregunta trampa? Ese tema está demasiado quemado ya, Bruno, por Dios. »

Me acomodé mejor en la cama, aparté el almohadón grande y me recosté con la intención de estar más cómoda para seguir chateando. Visto lo visto, éramos de hablar bastante y como siguiera erguida mucho más, seguramente sufriría los achaques de la edad mucho antes de lo previsto. Si es que no los tenía ya. Como decía siempre Alejandra, estaba demasiado verde en asuntos amorosos. Que me saldrían telarañas entre las piernas si no me espabilaba.

Ser una vieja cascarrabias rodeada de gatos, ese era mi futuro no tan lejano.

Miré la pantalla, leyendo el último mensaje que me envió. Como siguiese tardando tanto tiempo en contestarle, yéndome a mi mundo, se desconectaría de nuevo aburriéndose de esperarme. Saber eso me produjo un poco de ansiedad. Hacía tanto tiempo que no hablaba con un chico que comprendí que lo echaba de menos. Tenían otra forma de hablar, de verlo todo, en comparación con las mujeres. Aunque si mi madre viera esas conversaciones con Bruno, lo más seguro era que me ganara una cachetada por fresca. Entonces me entró el miedo, para luego de un manotazo mental espantarlo. Estaba sola en mi casa, sin nadie que me dijera qué hacer.

B: «En eso te doy la razón. Lo que sucede es que mi editora me lo pidió y no pude negarme».

Hice una mueca. Eso era lo que me temía, escribir para alguien más que me dijera sobre qué hacerlo, en ese caso un editor. Lo único que hacía sin tener en cuenta más que mi criterio, dejándome llevar por mis fantasías, mi imaginación, era escribir. Narrar lo que me dictara otra persona por tal de llevarme beneficios o escribir erótica simplemente porque estaba de moda, me resultaba una aberración.

C: «Bueno no leo novelas de ese estilo, pero hasta alguien como yo, ha oído hablar de ese libro de las sombras. Y después de eso, llegó la onda expansiva de erótica con bdsm.

¿Y tú haces siempre lo que tu editora quiere? ¿Desde cuándo un escritor no puede escribir por la mera satisfacción de hacerlo?»

Lo intenso me salió como siempre que hablaba de esos temas. Me parecía fatal que algo que era tan mío como mis novelas, tuviesen que ser editadas hasta tal punto de convertirse en algo completamente distinto, solo para agradar a un editor.

B: «Las facturas no se pagan solas, Camila. Había mucho dinero de por medio. ¿Qué te puedo decir? Soy de corazón frágil, me hablan de euros y me ablando»

Dinero, dinero y dinero. ¿Es que todo rondaba en torno a él? quise decir algo al respecto pero seguía escribiendo, esperé paciente a lo que fuera a decir.

B: «Yo escribí lo que quise, me salí de lo común en ese género, además no es que el tema me sea del todo desconocido. ¡Hay que probar de todo!»

C: «¿De todo? ¿Qué malo hay en lo tradicional? Hacer el amor es algo hermoso, no algo perverso. Puede que en un momento puntual esté bien un

poco de... ya sabes...»

Me ruboricé tontamente.

B: «No, no sé, ilústrame».

C: «Ese juego entre ambos, ahora hablo de tus personajes, es enfermo. Eso de querer doblegar a alguien... no da placer. Por lo menos, no a mí».

B: «Vanessa y Alex se entiende muy bien, les va el tema de la dominación sexual. Lo disfrutaban mucho. No le veo ningún problema si ambas partes gozan. Obviamente lo tradicional no tiene nada de malo. De nuevo, tengo otras novelas, me estás juzgando sin conocerme, Cami».

C: «Bueno vale, lo admito».

Tenía un punto ahí, realmente me estaba dejando guiar por una sola novela suya, pero vi las portadas de la mayoría de ellas y si no había un objeto obviamente dando lugar a algo erótico, el título daba a imaginarlo.

B: «¿Oye y cómo sabes que no te gusta? Si no lo has probado no lo puedes saber».

C: «No lo sé. Solo no me imagino haciendo esas cosas».

B: «Te verías de lo más bonita atada...»

—Ay virgencita de los cuatro pelos... ¿Por qué me pusiste delante a este patán pervertido? —Lloriquéé como una mocosa desobediente, sin embargo, la idea no se me hacía mala del todo—. No, si al final voy a estar corrompida...

B: «¿Te puedo preguntar algo?»

Juré que al leer esa pregunta, un escalofrío me recorrió entera. Nunca sabía a qué atenerme cuando se trataba de él.

C: «Ajá... »

B: «¿No te gustaría a ti atar a un tipo y hacerle todo lo que te plazca?»

De todas las preguntas que podía hacerme, esa no era la que me esperaba.

C: «¿Y no me podría tocar?»

Maldije mi curiosidad en todas las lenguas inventadas que se me ocurrieron.

B: «No».

Su negativa rotunda me hizo tragar saliva nerviosa. Miré alrededor de mi habitación, sintiéndola caldeada de repente. No supe en qué momento la conversación se desvió tanto de cómo empezó. Aparté las sábanas y colcha de mi cuerpo. ¿La calefacción estaba más alta de lo normal o era mi imaginación?

C: «¿Cómo voy a querer eso? ¿Cómo haríamos el amor?»

B: «A eso se le llama provocar. Cuando lo sueltes seguro que te come entera. ¿Sabes que antes de lo que tú llamas “hacer el amor” hay un juego previo, verdad? Cuanto más lujurioso sea éste, mejor es la follada después».

C: «¡Deja de hablar así!

Me abaniqué enérgicamente y me levanté para abrir la persiana al tope. Desde ahí, en el reflejo del cristal, podía ver la pantalla iluminada, con un nuevo mensaje. «Le sigues el juego... es como si le dieras carnaza fresca a un depredador, Caperucita» me dije internamente con ironía.

—Le diré adiós y ya —hablé en voz alta, posando mi mano en el cristal evaporando el contorno de esta.

Pero sabía que no iba a ser así. Me conocía lo suficiente como para saber que había algo en él que me llamaba demasiado la atención. O a lo mejor era él jugando muy bien sus cartas. Pero me estaba empezando a gustar tanto jugar...

Me volví a recostar en la cama, esa vez horizontalmente y leí sus mensajes. Pude comprobar que esperaba mi respuesta permaneciendo en línea y sin ser consciente de ello, una sonrisa perfiló mis labios.

B: «¿Por qué? Ah vale, por un momento lo había olvidado, el convento... No te dejan decir ni pensar palabrotas».

Gemí, estaba empezando a cansarme de aquella tontería de yo siendo monja.

C: «¡Y dale!»

B: «Debe ser terrible eso de mojarse estando en un lugar sagrado... ¿Cuántas Ave Marías tendrás que rezar una vez termines de hablar conmigo? Que, por cierto, se está convirtiendo en costumbre. Aunque tampoco es que me queje...»

Nota de voz: Bruno, te repito por enésima vez, no estoy en un convento, ¡no soy una bendita monja!

Se quedó unos segundos sin decir nada, manteniéndose en línea, y después de un ratito como si mi audio hubiera durado un minuto y no los cinco segundos que realmente fueron, los tres puntitos se volvieron a mover indicándome que estaba escribiendo.

B: «No sé, no me convences. ¿Por qué no me envías alguna foto para constatar el lugar en donde te encuentras y lo que traes puesto? Aunque seguro que hasta con el hábito te verías deliciosamente comestible...»

Tragué saliva. Realmente estaba empezando a pensar la veracidad de las palabras de Alejandra respecto a que le gustaba a Bruno. Ese hombre me

imaginaba de toda clase de posturas y yo de tonta ni me daba cuenta. Decidí ignorar las señales, diciéndome que no eran más que imaginaciones mías.

Nota de voz: ¡No te mandaré nada! no estoy tan desesperada como tus fans»

B: «¿Acaso yo me meto con las abuelitas que te leen? ¡Deja de meterte con mis lectoras!»

C: «¡Wow! Ok, tampoco te pongas así. Te dejo tranquilo, descuida» tecleé nerviosa.

La verdad una punzada extraña me escoció en el pecho al verlo como las defendía. Yo hacía lo mismo con las mías por eso no tenía idea de por qué me afectaba tanto.

B: «No me estoy poniendo de ninguna manera. Anda y vete al bosque, Caperucita. Huye como siempre haces».

C: «¡Es que estoy harta de que me busques siempre las cosquillas con eso del convento y lo de ser monja! Al principio incluso pensé que eras un buen tipo y de lo más interesante.»

Una cosa de la que pecaba era de ser sincera incluso sin ser consciente de ello a veces. No me andaba con paños calientes y para qué decirle lo contrario cuando realmente me estaba empezando a caer bien. Excepto cuando abría la boca de más, o en su defecto, moviendo sus dedos sobre el teclado de más.

B: «¿Yo un buen tipo? Vaya, pero tú sí que tienes mala percepción. Lo de interesante sí lo acepto».

C: «Sí, ya me di cuenta de lo equivocada que estaba».

B: «Me encanta cuando te pones así...»

La respiración se me atoró en la garganta. Lo que sí me venía dando cuenta desde que hablábamos, era que Bruno era capaz de hacer dos cosas conmigo. Una: me sacaba de quicio, me ponía furiosa, cosa que nunca nada ni nadie consiguió del todo. Y segunda y la más importante: tenía el poder de desarmarme, desestabilizarme, dejarme helada sin saber qué decir o actuar.

C: «¿Furiosa? Porque de lo que tengo ganas ahora mismo es de lanzarme a darte un bocado. Y no le des doble sentido, porque te aseguro que te dolería».

B: «Oye, ¿Pero qué gracia tiene que no pueda darle doble sentido?»

C: «¡Pues porque no lo tiene! Es literal, te mordería. Pero no de esa clase de mordiscos que tú crees».

Me di un tortazo en la frente. Así solo conseguía darle más carnaza al lobo

para morder. Pensé notando la ironía de la situación.

B: «Yo te puedo dar muchas cosas para morder. Seguro no te aburrirías».

«¿Ves?» Estuve a punto de señalarme a mí misma, lo que sabía de antemano que iba a terminar pasando.

C: «¡Arrg! ¡¡¡¡No puedo contigo!!!! »

B: «¿Y qué clase de mordiscos estoy creyendo que me darías? Ilumíname. Porque yo no estaba pensando en ninguno en particular.

Qué pervertida eres, Camila... Dios, como me gusta cuando te pones así...»

Aquello se estaba yendo de control, quería parar como a la vez seguir, lo dicho... mi raciocinio empezaba a desaparecer.

C: «Bruno, no me hace ninguna gracia. Yo no era así. Haces que saque lo peor de mí».

B: «Bueno no te enfades, yo estoy muerto de la risa. ¿Te digo donde te quiero morder yo?»

No esperó mi contestación.

B: «En esa boquita tan bonita que tienes».

C: «Ni siquiera me conoces, no sabes si te gustaría en persona».

B: «Mi sexto sentido me dice que me va a gustar hasta cómo hueles...»

Jadeé de la impresión al leer eso último, un escalofrío me erizó el vello del cuello, como si tuviese su aliento danzando por allí. Con el corazón a mil y las manos gelatina, me salí del chat y apagué el móvil.

—Demasiado Bruno por hoy... ¡Jesús! Pero ¿Y si Alejandra tiene razón y le gusto? No, no puede ser... ¡Ay Dios mío! —Miré hacia el techo como si la figura del todopoderoso estuviera colgando de la lámpara—, dijo que me quería morder y oler...

Y más roja que una amapola, como si alguien me hubiese escuchado, me acosté y cerré los ojos. Esa noche me dormí pensando en Bruno, solo labios, barbilla y sonrisa canalla.

2: La **morriña** es un sentimiento de [tristeza](#), es la [melancolía](#) que se siente cuando se está lejos de la tierra en la que se nace.¹ Más concretamente, la morriña es un estado de depresión vital al que acompaña un sentimiento psicológico de tristeza.

Capítulo 9

Bruno

«Más tarde, en el salón de fumar, se acercó, tambaleando por el mucho alcohol bebido, a un hombre que, sentado solo en la mesa, miraba ante sí con una vaga expresión idiota en el rostro.

Se inclinó hacia él y le dijo lentamente: *Debo comunicarle una cosa importante, Monsieur, todos damos asco. Somos todos maravillosos, y todos damos asco*».

«Sí...» pensé apartando la vista del libro, «todos damos asco... todos... Aunque también somos maravillosos, unos más que otros, eso estaba clarísimo». Me llevé la cerveza a los labios y quise retomar la lectura de *Seda* cuando Sergio apareció con su habitual saludo escandaloso.

—Hola, cabroncete —dijo dándome un golpe en la espalda como si quisiera sacarme un pulmón.

—Gillipollas —gruñí esquivando el libro al que por poco llenaba de cerveza.

—Qué deprimente eres —dijo tomando asiento.

—Ehhh, Bruno. —Llegó saludando Bernardo, me puse de pie y recibí su abrazo—. ¿Qué *hacés* leyendo en un *boliche*?

—Deja, eso te lo explico yo, Bruno dice que le gusta tomar notas para sus novelas en bares. Se inspira aquí y si no encuentra nada interesante que observar, se pone a leer —dijo mi hermano como si fuese lo más absurdo del mundo.

—*Hemingway* sí podía beber y estar en bares siendo increíble, lo hago yo y soy un...

—Un gillipollas —acabó Sergio, interrumpiéndome, ganándose que lo mirara con reproche. A él por supuesto esto no le importó y se sonrió burlón, tenía la misma sonrisa que papá.

—Ya *boludo*, *dejálo*, *contátele* de la mina —agregó Bernardo harto de nuestros piques. Mi hermano asintió como si se acabara de acordar de un dato importante.

—Una de las modelos de mi última sesión de fotos está de cumpleaños, lo va a celebrar en una discoteca de esas pijas, ya sabes, me invitó y me dijo que llevara algunos amigos.

—Y como no tienes más amigos que Bernardo, te acordaste de tu hermano ¿no?

—¡Exacto! —concordó Sergio riéndose.

—Bueno, no sé, esperaba pasar la noche escribiendo, ya que el sábado tenemos lo de mamá y papá.

—Cierto, lo había olvidado, pero igual Bruno, escribes luego.

—Sí, *venite* con nosotros, no seas aburrido —insistió Bernardo peinándose el cabello castaño con los dedos.

—Vale, de acuerdo —dije dándome por vencido, total, no me vendría mal salir y ampliar el panorama de observación.

—Voy por una birra para ir empezando, ¿vos querés? —le preguntó a Sergio y este asintió. Una vez se marchó en dirección a la barra me levanté de mi asiento.

—Voy al baño, no dejes la mesa sola —le pedí a mi hermano señalando el libro, la libreta de notas con el bolígrafo y el móvil que dejaba encima—. Ya vuelvo.

Caminé hasta el fondo del local donde estaba el baño, saludé con la mano al señor Alberto que secaba vasos, mientras Bernardo hacía su orden y una mujer mayor sentada en la barra le sacaba conversación. Me gustaba visitar ese bar viejo, era de esos a los que le pasaban los años y siempre estaba idéntico, no cambiaban nada. Me quedaba convenientemente cerca, en la esquina de mi edificio; el dueño me conocía desde hacía años, por lo que no se le hacía raro verme siempre por el lugar con la libreta de anotaciones.

Solía observar a la gente, captar conversaciones cercanas, lejanas, gestos, ademanes, movimientos corporales que denotaban entusiasmo, molestia, envidia, felicidad, mentira. Sonrisas impostadas o verdaderas, caras largas, sarcásticas, circunspectas, la variedad siempre estaba por allí para ser estudiada y plasmada después en algún libro. De vez en cuando alguna chica bonita aparecía, de esas que no tenían muchas pretensiones en la vida, porque obvio ese no era el bar de moda. Esas me gustaban porque estaban animadas a hablar. Buscaban un poquito de sustento en la conversación, aunque bueno, seguían estando en un bar, no era una biblioteca.

Era fácil acercárseles y entablar conversación, me gustaba hablarles cuando ya tenían varias copas encima. El alcohol aflojaba la lengua y por extraño que pareciera a veces —aunque no la mayoría del tiempo—, daba innegable coherencia a ciertos tópicos de conversación. Por ejemplo, sobre las relaciones amorosas, más de una perspectiva femenina de mis personajes había sido extraída de disertaciones con desconocidas en ese bar.

También solía hablar con hombres, en específico con los entrados en años,

esos que se abandonan frente a la copa como si ahogaran en alcohol las palabras que nadie los quiere escuchar decir. Entablar conversaciones con viejos era como una especie de acto de fraternización elemental del ser humano, que muchos olvidaban. Resultaba de vital importancia para ambas partes, pues las dos se veían beneficiadas. Ellos ofrecían experiencia y yo un punto de vista actual sobre el tema tocado.

Me lavé las manos y al salir del baño me percaté de que Bernardo iba de camino a la mesa con tres cervezas en las manos. Le quité una dándole un trago y advertí de que Sergio tenía mi móvil en las manos, parecía estar hablando con alguien.

—¿Qué carajos estás haciendo? —pregunté molesto frunciendo el ceño, él se encogió de hombros.

—No sé, te llamaron por video llamada y ha resultado ser esta preciosidad —dijo girando la pantalla dejándome ver a una niña pequeña, con sonrisa de hoyuelos. Miré confundido la pantalla y quise quitarle el móvil, pero la niña habló:

—Hola, ¿Quién *edes* tú? —preguntó con su media lengua, comprensible para su corta edad. No podría tener más de cuatro o cinco años.

—Él es mi hermano —dijo Sergio señalándome—, y este es un amigo.

—Hola —saludó Bernardo.

—¿Cariño, de quién es este teléfono? —preguntó mi hermano a la niña, la cual se dedicaba a observarnos con curiosidad.

—De mi tata.

—¿Y quién es tu tata? —preguntamos todos al unísono mirando la pantalla.

La niña pareció caminar. Logré captar parte de un sofá, una pared y algo del suelo del lugar, hasta que abrió una puerta y se vio al fondo una chica cambiándose. Los tres juntamos las cabezas, intentando obtener una mejor visión de la mujer que se bajaba los pantalones para mostrarnos un apetitoso trasero enfundado en unas bragas con el rostro de *Hello Kitty*.

—¡Tata, tata! mida, son tus amigos.

Ella respondió algo distraída girando hacia la niña, mientras se ponía una camiseta. Solo fueron segundos, pero vi parte de su agraciado escote enmarcado en un sujetador rosa, el cabello rubio sujeto en una coleta y su precioso rostro, dejándome estupefacto. Cuando me percaté de que se acercaba a la niña preguntándole de qué hablaba, me quité de la pantalla justo a tiempo de que pudiera verme.

—¡Cuelga, cuelga, cuelga, cuelga! —susurré varias veces haciendo aspavientos exagerados con las manos. Sergio me miró con cara de no entender nada.

—¿Qui... quién eres tú? —escuché a Camila tartamudear.

Le hice señas a mi hermano para que colgara la puta llamada sin poder articular palabra. Si lo hacía estaba perdido.

—Soy Sergio ¿y tú guapa? —dijo el muy idiota haciéndome cerrar la mandíbula y apretarla de golpe. Me estaba ignorando deliberadamente—. Ha colgado —agregó un segundo después—. ¿Quién es esa?

—¿Estás loco? —grité agarrándolo por el cuello de la camisa molesto, arrancándole el móvil de las manos—. ¿Por qué carajos hablabas con ella? ¿Por qué cogiste mi teléfono?

—*Che, calmate*, Bruno. —Interfirió Bernardo tomándome por los hombros.

—Pero es que no sé, ella llamó. ¿Quién es esa tía? —preguntó alterado mi hermano.

—Mierda... va a pensar que eres yo... —Me llevé las manos al pelo desesperado.

—¿Quién es la *mina*? ¿Qué pasa? No entiendo nada —dijo Bernardo tomando asiento.

—Eh perdona—. Me palmeó Sergio el hombro—, no pensé que te fuera a molestar, creí que te hacía un favor tomando la llamada, no me imaginé que fuera una niña y menos que nos iba enseñar a esa tía en bragas... Que, dicho sea de paso, no me molestó para nada.

—Cállate —dije celoso—. Ni la pienses, ¿me oíste?

Justo en ese momento mi móvil sonó con un mensaje de chat. Era Camila.

C: «¡Eres un asqueroso, un patán! ¿Por qué me llamaste? Eres un maldito perverso, sucio. Aprovechaste de una niña para que te mostrara como me desvestía...»

«¿Pero qué coño?» pensé, sintiéndome inquieto. No sabía qué cojones le estaba pasando, así que decidí hacerla entrar en razón.

B: «Camila no te llamé, asumo que la niña lo hizo. Y no le contesté yo, lo hizo mi hermano.

Perdóname, dejé mi móvil solo mientras iba al baño y él lo cogió. Perdóname Camila, por favor...»

Escribí con desespero y ni siquiera sabía por qué carajos le pedía disculpas. Yo no hice nada, mi hermano tampoco. Esperé nervioso su

contestación después de que Camila leyera el mensaje, pero como seguía sin contestar decidí insistir un poco más:

B: «Es en serio, Camila, pregúntale a la niña, no tengo ni puñetera idea de lo que pasó».

C: «No me llames, ni me escribas más».

Agregó desconectándose, iba a teclear con rapidez una respuesta explicándole de nuevo lo sucedido pero el espacio de escritura desapareció, al igual que el teclado. Me había bloqueado.

—¡Joder! —grité exasperado—. ¿Por qué mierda cogiste mi móvil? —pregunté furioso a mi hermano de nuevo.

—Ya te lo dije, cogí sin mirar si quiera quién llamaba, perdóname, pensé que te hacía un favor.

—¿Y desde cuándo tanta amabilidad? ¡Eres un maldito cotilla!

—Bruno, *pará* loco, *pará*, no fue en mal plan, *entendelo*—dijo Bernardo.

Cerré los ojos y me tiré en la silla apoyando la espalda, llevándome la cerveza a los labios. Me había bloqueado, ¿Y entonces qué? No tenía su número como para llamarle y hacerle ver mi inocencia. ¿No nos hablaríamos más? Gruñí molesto. Justamente cuando comenzaba a sopesar invitarla a salir, proponerle que nos conociéramos.

—¿Quién es la *mina* de la tanga de *Hello Kitty*? —preguntó Bernardo y yo lo aniquilé con la mirada.

—Nadie que os importe.

—Pero a vos sí te importa por lo visto.

—Bruno en serio... yo... —Intentó hablar mi hermano.

—Para ya, Sergio, el único día que te da por servir para algo, la cagas. Muchas gracias, gillipollas.

—Explícale entonces, dile que fue mi culpa, si quieres le pido disculpas.

—No puedo, lumbreras, me ha bloqueado, no tengo cómo comunicarme con ella, ha creído que fui yo quien la llamó y le dije algo a la niña.

—*Ché* pero está como un poco loca ¿no?

—Es muy delicada —contesté honesto, sí, ella era muy delicada y jodidamente exagerada por lo visto.

Al llegar a mi piso me senté en el ordenador, entré a Facebook y efectivamente, Camila y yo ya no éramos amigos. Me había eliminado. Por un momento pensé en escribirle a su Instagram que había encontrado casualmente esa mañana. Me había pasado horas averiguándole la vida. No

por stalkeo, sino por seguridad personal. Tenía muchos días hablando con esa chica y no tenía ni idea de quién era y por un momento temí que fuese alguna persona sin oficio que se hacía pasar por una rubia mojigata, puritana, remilgada y encantadora.

Revisé su información y la cotejé con muchas de sus fotos así como sus otros perfiles en redes sociales. Como dato determinante se añadía que su perfil de Facebook tenía ocho años de creado. Todo parecía apuntar que la monja existía y no era una cuenta falsa. Fue por eso que comencé a animarme en proponerle conocerla y justo en ese momento me salió con ese teatro, ¿por quién me tomaba? ¿Qué clase de enfermo creía que era? ¿Hablarle a una niña para que me mostrara cómo se cambiaba? Toqué el botón lateral de mi *iPhone* minimizando la pantalla, no le escribiría ni a Instagram, ni a ninguna parte. Que creyera lo que le diera la gana.

—Que te den, Camila remilgada Alcázar —dije sacándome la camiseta, instándome a olvidar la imagen de sus pechos en un sujetador rosa.

Tras la ducha escogí qué ponerme. A mí todo el asunto de los clubs nocturnos me daba un poco de alergia, la verdad. Prefería los bares y sitios tranquilos. Sin embargo, Sergio insistió que ese era un lugar más bien de ambiente *chill out* y que entrada la noche era cuando adquiriría características más de discoteca para bailar.

Saqué del armario unos jeans oscuros, me enfundé un par de zapatos italianos de cuero, camisa blanca y americana casual color añil. Perfume, reloj y me peiné un poco. Solo faltaba que el gillipollas de mi presumido hermano no llegara tan tarde como usualmente solía hacer.

Caminé hasta la cocina para calentarme un poco de comida china que comí directamente del envase haciendo tiempo. Me lavé los dientes y me puse a leer un libro en la sala, hasta que al fin apareció. La verdad no sabía para qué cometía el error de prepararme a tiempo, él siempre llegaba tarde. Me llamó al móvil avisándome que me esperaba abajo. Al llegar, entré a su coche en donde Bernardo —que se había colocado todo el frasco de perfume—, iba muy sonriente, mientras que a mí me producía jaqueca. Les recordé lo pertinente sobre mi nombre y los dos asintieron con cara de estar hasta los cojones de que siempre les dijera lo mismo. No podía permitirme meter la pata a esas alturas.

Llegamos al barrio de Almaro. Mi hermano hizo una llamada pues el lugar tenía una fila larguísima para ser jueves. Pareció hablar con una de sus amigas adentro. En ese momento pensé que: si en dos minutos no estaba

dentro, tomaba un taxi y me largaba a casa a escribir, no hice fila para entrar a un lugar de esos en mis veinte, mucho menos con treinta.

Un minuto después, una morena de pelo cortísimo, le daba un beso en la mejilla a uno de los guardias de seguridad y le hablaba al oído para después señalar a Sergio. El tipo que debía medir uno noventa y pesar unos ciento veinte kilos, quitó la cinta de terciopelo dejándonos pasar con cara de pocos amigos. La chica saludó con dos besos a mi hermano, que le presentó a Bernardo quien saludó con mucho entusiasmo, por último, me presentó a mí.

—Hola —dijo la chica con mucha simpatía.

Le devolví los dos besos cumpliendo con los estándares sociales de sociabilización y ella sonrió mirándome de reojo, para después decirle algo en el oído a mi hermano mientras caminábamos hacia el interior del lugar.

—Ah sí, es medio amargado, pero solo de cara, con el alcohol se le pasa —le escuché decir a Sergio a pesar del hilo musical que inundaba el lugar.

Ni siquiera me ofendió el comentario, era cierto, cuando estaba con mi hermanito adoptaba un semblante muy serio. Tras caminar por el angosto pasillo, llegamos a un local muy amplio de techo abovedado del cual guindaban cintas de tela y de estas pendían chicas haciendo movimientos contorsionistas.

—Este lugar es *re* bueno, *animáte* loco, mala leche lo de la *mina* del tanga de Hello Kitty.

—Sí, tienes razón —dije siguiendo a Sergio que caminó en dirección a la barra con la chica que estaba con al menos una media docena de mujeres todas solas, altísimas, divinas, con vestidos diminutos.

Nos las presentaron a todas, incluyendo a la cumpleañera, una chica muy simpática. Mi hermano pidió una botella de vodka. Las modelitos en cambio, le pedían al barman que les prepara mojitos con soda, nada de agua tónica y sacaron de sus bolsos diminutos sobrecitos que identifiqué como edulcorante, para que no les colocaran azúcar a los tragos. Llamé a una chica tras la barra que me hizo señas para que esperara, estaba un poco ocupada, por lo que asentí afable.

Junté los dedos sobre la madera lisa pulida de aquella barra demasiado larga y me dediqué a observar el panorama. Tal como había dicho mi hermano el lugar era de atmosfera relajada, adulta, nadie por ahí parecía tener menos de veintitantos años. La música tenía una tónica *chill*, *bossa*, a un volumen que permitía mantener conversaciones. Un par de chicas tomaron asiento junto a mí, una se me quedó mirando un segundo y después fingió

desinterés, para mirarme de nuevo; coqueteo básico, pero funcional. Algo me hizo esperar, algo a su alrededor me impidió hablarle. Era su amiga, una chica menuda de cabello chocolate que se sentó dándome la espalda, no paraba de hablar en mal tono entretanto la chica bonita intentaba llamar la atención del barman. Parecían estar cortos de personal esa noche, solo había dos personas atendiendo.

Se suponía que en ese momento debía llegar un caballero a salvar la situación, que no sería yo, pues estaba más interesado en estudiar su lenguaje corporal, así como su ímpetu para solventar dicho problema. Entonces comencé a prestarle atención a lo que decía la amiga. Básicamente estaba ahí por complacer a la chica guapa y se quejaba de todo. Hablaba sobre cómo los presentes en ese lugar eran privilegiados adinerados o en su defecto, gente de clase media que tenía que luchar para ganarse la pasta todo un mes para después venir a gastarla en semejantes chorradas como estar pagando una copa tres veces su precio, «el consumismo acabaría con el mundo». Después criticó que el barman fuera de piel oscura y que la otra chica fuese de origen marroquí, pues de seguro habían sido contratados para hacer creer que a los dueños les iba la inclusión, cuando en realidad las camareras eran todas chicas altas, blancas y esbeltas.

La chica me sonrió abiertamente y a mí me dieron ganas de salvarla de aquel tormento de amiga, que seguía criticando como la gente venía a esa clase de lugares a ahogar sus depresiones de forma inútil. Pues al día siguiente amanecerían igual de vacíos, y también un poco quebrados. No pude evitar reír al pensar que esa chica de seguro siempre daba ese tipo de discursos para sentirse mejor consigo misma, más inteligente que los demás, alguien que sí veía las cosas de forma realista.

La camarera se acercó atendiéndome con una sonrisa. Le pedí que le tomara la orden a las chicas a mi lado pues tenían bastante tiempo esperando y que a mí me sirviera un chupito de *jägermeister* a ver si entraba en situación.

—Que sean dos —dijo una voz femenina a mi lado.

Ladeé el rostro por instinto y me encontré con una pelirroja que me hizo retomar la compostura al instante. Me recordó a Clara así que de entrada me gustó. Cabello largo con ondas pronunciadas de medios a puntas, con mucho volumen. Parecía una especie de *Jessica Rabbit* menos voluptuosa, en un vestido no tan escotado. En cambio, le faltaba tela en la falda, que a duras penas cubría un par de centímetros de más su trasero, que no era grande, pero

estaba bastante interesante. Olía de maravilla y su rostro salpicado por mágicas pequitas me hicieron sonreírle.

—¿Cómo te llamas? —pregunté tendiéndole la mano.

—Pelirroja sensual sin nombre ¿y tú?

—Alejandro.

—Salud, cazador —dijo levantando el vasito de *jäger* helado que tintineó con el mío y de inmediato comencé a maquinarme entre sus piernas, olvidando por completo el enojo de la tarde con Camila. Me gustó que tuviera cultura borracha y supiera qué significaba el nombre de la bebida.

—Salud —respondí al brindis y me bebí de un trago el chupito—. ¿Qué quieres tomar? —pregunté con una sonrisa.

—Lo mismo que tú.

—Yo voy a pedir una cerveza, ¿quieres eso?

La pelirroja se encogió de hombros y negó con la cabeza, quería en cambio un vodka. Pedí las bebidas, las cuales, nos sirvieron bastante rápido pues habían ingresado dos camareros más al servicio. Pagué y brindé de nuevo con ella.

—Vamos, Alex. —Me llamó mi hermano señalándome el área de reservados con amplios sofás y mesitas bajas.

Iba a decirle que me quedaba en la barra, cuando vi a la pelirroja unírseles. Entendí entonces que era del mismo grupo de chicas, todas altas, espigadas, modelitos de ropa. Ella giró a verme por encima del hombro, con una sutil insinuación, así que caminé hasta ella y encajé mi mano en su espalda baja. Con tacones altos era casi de mi estatura, por lo que debía medir un poquito más de uno setenta.

Se sentó en el sofá. Toda ella era piernas larguísimas, níveas, preciosas, que me hacían pensar en cosas libidinosas y me la ponía dura de golpe. Me abrí el botón de la americana sentándome a su lado. Ella giró hacia mí con una sonrisita coqueta de labios rojos y alargados, era más boca que rostro, mucha boca, mucha. Sonrisa de anuncio de pasta de dientes, una muy cara de carillas de porcelana.

—¿Eres amigo de Sergio? —preguntó para romper el hielo.

—Su hermano —La corregí haciéndola asentir asombrada.

—Ah mira, corre la belleza en la familia ¿Qué se siente ser hermano de un fotógrafo famoso? Mis hermanos son todos unos inservibles.

—¿Sergio es famoso? —fingí no saber de qué hablaba.

—Vamos, las revistas de moda lo adoran y tiene un estilo muy fresco. En

un par de tomas siempre saca algo bueno, además de que es súper amable. Aunque a veces... bueno, la otra vez hizo llorar a una chica.

—¿Sergio?

—Sí, a veces tiene su carácter.

Por un momento me pareció que era interesante conocer a mi hermano a través de las opiniones de otras personas. Miré en su dirección y lo vi tontear con una de las chicas y me pareció que era el mismo hermanito fastidioso de siempre. Retomé mi atención en la pelirroja que, tras dar un sorbo a su trago, pregunto:

—¿Y tú a que te dedicas, Alejandro?

—Soy profesor de literatura —mentí con una sonrisa. No lo era desde hacía más de un año que dejé de dar clases en un colegio de alta alcurnia, para dedicarme a corregir una de mis novelas.

—Dios, ¿en serio?

—Sí, lo sé, supongo que con respecto a un fotógrafo de modas no es tan emocionante.

—Depende del ángulo desde donde lo veas. Tú con unas gafas y una regla de madera me pareces de lo más interesante —dijo con una sonrisa ladina.

—Espera —dije girando el rostro hacia el otro lado y sacando del bolsillo interno de la americana las gafas. Me las coloqué encarándola con una sonrisa—. Solo me falta la regla...

—¡Oh por Dios! —chilló—. Profe, pero qué guapo —siseó con voz seductora de forma graciosa, hice ademán de quitármelas y ella me lo impidió—. No, no, déjatelas. —Asentí.

—Supongo que tú eres modelo.

—Sí, era eso o ser bióloga marina y la verdad no sé nadar muy bien, entonces se hizo obvio qué opción debía escoger —respondió en tono de broma.

—Claro, era la opción óptima.

Me dejó unos segundos solo cuando se levantó a saludar a varios chicos —todos con pinta de modelos—, que se unían a la celebración de cumpleaños de una modelo morena muy escandalosa, sin embargo, regresó a mi lado. Me pasé una hora tonteando con ella. Conversación liviana, ella era atrevida, carismática y sensual. Todo lo contrario, a cierta señorita que me dejaba hablando solo sin siquiera despedirse y que para colmo me tildaba de perverso asqueroso, al acusarme injustamente de aprovecharme de una niña. La pelirroja entre insinuaciones me la tenía durísima, por lo que con el

alcohol corriendo libre por mis venas solo quería lanzarme a morder esa boca de labios largos.

El inicio de una música más movida fue la señal de que el ambiente del lugar comenzaría a mutar poco a poco. Con cada canción, el volumen iba aumentando y las luces se iban haciendo más efímeras sumiéndonos a todos en una penumbra excitante que envolvía a los cuerpos que danzaban en la pista de baile o entre las mesas del lugar. En el caso de la pelirroja y yo, propició que nos rozáramos la piel del cuello o de las orejas al tener que acercarnos para poder escucharnos.

—Ven —dijo tendiéndome la mano.

Estábamos solos en el sillón, los demás se habían ido a bailar hacía rato. Por un momento pensé que me arrastraría hasta la pista, pero en cambio me empujó contra la pared del reservado y encajó sus manos en mi nuca, pegando su cuerpo al mío. La tomé de la cintura siguiendo el ritmo de la música. Sonaba una de esas canciones sensuales brasileñas que instaban a erosionar la piel con caricias pausadas y decadentes. Me balanceé disfrutando de aquel prelude en donde mi cuerpo comenzaba a conocer el suyo.

—Profe, lamento haber salido mal en el examen, ¿hay alguna manera de que solucionemos las cosas? De verdad necesito un sobresaliente para aprobar el semestre —dijo a mi oído rozando sus labios sobre mi mejilla, arrastrándolo por mi piel hasta que yo giré el rostro atrapándolos, aprisionándolos con los míos.

Abrió la boca con desaforo. Mi mano se deslizó sinuosa por su espalda encajándose en la curva de su trasero. Apreté con fuerza obligándola a restregar su pelvis con la mía, haciéndola sentir mi polla dura que comenzaba a molestar pues la sentía pegada al muslo, atrapada por la tela de los calzoncillos.

—Yo creo que podríamos encontrar una solución, señorita Bermejo —dije inventándole un apellido por el color de su cabello—. Le advierto, tendrá que esforzarse mucho si quiere ese sobresaliente —agregué lamiéndole el lóbulo de la oreja pues no llevaba pendientes.

Ella jadeó y atrapó mi labio inferior con sus dientes mordisqueándolo con premura. Su mano subió por mi muslo, me apretó la polla alterándome y me friccioné contra su mano excitado. Decidí copiar el ímpetu de sus caricias que comenzaban a trastocarme la razón. Deslicé la mano entre el resquicio de sus suaves muslos, ni siquiera tuve que alzar la falda, era tan corta que no representaba molestia alguna.

La sentí separar las piernas y eso me excitó. Me daba libre acceso hacia el umbral del placer que yacía ahí, tibio. Mis dedos tastabillaron, pensaban que se toparían con el impedimento de unas bragas húmedas, en cambio, se vieron envueltos en el fragor líquido de su sexo sin interferencias. La pelirroja no usaba ropa interior. Gimió ante el toque subrepticio, que crecía conforme sus caderas se movían al ritmo de la música pues fingíamos estar bailando mientras nos comíamos la boca de manera indelicada. El gusto a cerveza se entremezcló con el del vodka entreverando en un sabor exótico, vigorizante.

Mis dedos se guarecieron impúdicos, buscando ahogarse en ese mar líquido, sintiendo la caricia ondulada de su pelvis, de sus pechos, contra mí. Entretanto los suyos se enterraban en mi pelo despeinándome, marcando el ritmo de sus caricias linguales. Mi mano empapada gozaba de su contoneo de caderas, sí, ella se balanceaba de adelante hacia atrás buscando, tanteando el ángulo perfecto, se estimulaba egoísta. Hice círculos con mi pulgar en su clítoris solo para acentuarle el placer y verla con los ojos entornados, el rostro crispado, contorsionado por el gozo, me tuvo a punto de explotar.

Se apretó contra mí gimiendo, moviendo la pelvis de forma salvaje contra mis dedos que se daban a la tarea de entrar y salir sin parar, follándole el coño con brío. Abrió la boca gimiendo alto, no importaba, nadie la oiría por la música, ni siquiera yo podía hacerlo del todo. Su boca se arqueó, su garganta se movió, y las contracciones de su sexo húmedo me dijeron que el clímax seguía, que era largo, suntuoso, que ella gozaba. Abrió los ojos con mirada aletargada, el rostro mostraba la satisfacción del orgasmo. Se abrazó a mí que abandone sus confines de forma pausada.

—Joder, profe, ¿con esa mano corrige los exámenes?

—Tengo algo mejor para tu coño que mis dedos —dije atrayéndola por el cuello, hundiendo de golpe la lengua en su boca y conduciendo su mano de nuevo a mi entrepierna que ella apretó deliberadamente haciéndome gruñir excitado.

—Profe, en serio soy buena estudiante, solo necesito un par de lecciones privadas.

—Vamos a mi casa y te enseño cómo castigo a las alumnas como tú por no estudiar.

—Suena tentador, pero tengo que irme.

—¿Qué? —dije confundido saliendo de personaje.

—Mañana tengo una sesión fotográfica muy temprano, ya sabes, el tema

de la luz y todo eso. Tengo que llegar temprano. —Eché la cabeza hacia atrás al percatarme que la cosa iba en serio, la pelirroja de mirada enigmática era una auténtica caliente pollas. Me alejé de ella molesto negando con la cabeza.

Ella tomó su bolso, una de esas carteritas diminutas y ridículas. Sacó su móvil y me susurró al oído que anotara mi número, que me recompensaría luego. Yo la miré con desdén caminando en dirección a la pista de baile, lo que me faltaba, entonces recordé a Camila y el cabreo me creció. Encontré a Sergio bailando de lo más entretenido.

—Me voy —dije sacando mi billetera, le entregué un par de billetes para que pagara mis copas y me despedí.

—¿Por qué te vas tan pronto? Apenas son las doce y media de la noche —preguntó mi hermano confundido.

Negué con la cabeza y caminé en dirección a la puerta. Cuando llegué a la entrada, miré la fila que no había disminuido ni un ápice, al contrario, había duplicado su tamaño. Observé la calle percatándome de que, si quería tomar un taxi, tendría que hacerlo del otro lado. No obstante, cuando estaba por cruzarla, sentí como me jalaban.

—Déjame que te lleve, profe, discúlpame por lo de antes —dijo la pelirroja con carita de gatito triste.

—No hace falta. Déjalo así, no pasa nada.

—Por favor —rogó tomándome de la mano, llevándome con ella hasta el aparcamiento.

No sé muy bien por qué, pero me dejé convencer. Tal vez fue la visión de sus labios haciendo un puchero, luciendo jugosos, incitadores o sus largas piernas en las que aún tenía antojo de hundirme. Me guio hacia su coche y quitó un par de cosas del asiento para que pudiera sentarme. Típico, las mujeres siempre con el coche hecho un desastre.

—Disculpa, pero a veces tengo que cambiarme para los castings aquí. — Bueno, al menos la pelirroja tenía excusa.

Le indiqué donde vivía y ella se alegró que solo le quedara a diez minutos de su piso. Conducía muy rápido, aunque muy bien, después de sobrevivir al manejo de Clara, sentía que podía soportar a cualquier chófer. Me mantuve en silencio durante todo el viaje, contestando en monosílabos a sus preguntas que intentaban hacer conversación, aunque yo estuviese negado.

Al llegar a mi edificio consiguió una plaza, tras estacionarse se giró en mi dirección. Se sacó el abrigo, el cual tiró en el asiento trasero, le subió a la calefacción y me indicó que echará el asiento hacía atrás. Le miré con

reproche, hasta que ella rogó.

—Mira, primero me mete mano y me dejas tirado. Ahora me pides esto. No te entiendo.

—Cambié de opinión, la maquilladora que haga magia para tapar mis ojeras. Anda, echa el asiento hacía atrás.

Le hice caso y la tomé por la cintura, ayudándola a sentarse a horcajadas sobre mis muslos. Apenas encajó sobre mí, me buscó la boca con brusquedad, abriéndome el cinturón de los pantalones con impaciencia. Sexo lacónico.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo masturbándome con pericia, aunque sin tocarme el glande—. Pero si te ves tan bien portado, tan niño bueno. Profe, ¿de qué libro sacaste la idea de ponerte semejante añadido? — Me cuestionó con un tono entre pervertido y gracioso.

—Puedes tocarme sin problemas —dije subiendo sus dedos—. Ella jugueteó inexperta, tocando mi perforación, extendiendo la humedad, mientras yo volvía a besarla con apremio.

—Mmm... pero qué boca tan deliciosa tienes, qué dientes tan afilados... —dijo en tono de narración de cuento de hadas. Mordió mi labio y yo escogí ese momento para tensarme. Ella se dio cuenta y se separó de mí, ladeando la cabeza en un gesto de confusión—, ahora es cuando viene la parte en donde dices: «Es para comerte mejor» —ella rió con ganas. Sin embargo, no encontré gracioso el comentario—. Eres profesor de literatura ¿No conoces el cuento de la caperucita roja?

Escucharla nombrar a «Caperucita», me puso cardíaco. Me fastidió recordar a Camila. No quería eso, no en ese momento cuando estaba a dos segundos de follarme a otra. Así que decidí no contestar a su estúpida pregunta.

—Silencio —ordené trasgresor atrayéndola a mis labios, lamiéndola agresivo.

La pelirroja jadeó. Respiró acelerada cuando me separé de ella de nuevo para coger aire. Metí la mano dentro de mi americana y busqué en el bolsillo un preservativo. Lo abrí, desenvolviéndolo con rapidez sobre mi miembro. La alcé por las caderas, subiéndole el diminuto vestido. Guíe mi erección a su coño y tomándola por la cintura la empujé hacia abajo, haciendo que se la clavara de golpe.

—Joder —siseó entre dientes quejándose.

Entré sin problemas, su coño era líquido, chorreaba humedad. Estaba lista,

aunque ella se quejara por la violencia de la penetración.

—Vamos, muévete... Así como te follabas mi mano con ganas hace rato fóllame ahora —dije dándole un par de azotes. Ella jadeó excitada y yo seguí nalgueándola al compás de sus movimientos—. ¡Vamos señorita Bermejo! ¿No quería un sobresaliente? —exclamé, tomándola por la cintura para dirigir sus movimientos.

Le jalé el cabello con suavidad, tensándolo hacia atrás, arqueando su cuello. Con una mano le bajé el escoté y las copas del sujetador. Era de pechos pequeños. Sus pezones me esperaban como caramelitos, izados, duros. Querían ser mordidos. Me los metí en la boca succionando con brío, escuchándola gritar. Cambié de pecho, mordisqueando con alevosía, le solté el cabello y volví a azotarla.

—Vamos, vamos, móntame más rápido, date prisa que tienes que irte.

Tuvo la reacción que quería, ofuscada y confundida, se lanzó hacia mí tirándome del cabello, mordiéndome los labios. Se movió de adelante hacia atrás con violencia, frotándose contra mi pelvis con brusquedad. Gruñó con desespero, furiosa y verla así me dio mucho morbo. Joder, provocaba seguir por horas así, ella mordiéndose los labios con expresión libidinosa, haciendo estúpidos intentos de ahogar sus gemidos. La tomé por las mejillas para obligarla a mirarme, me moví pronunciando la penetración, me gustaba verle la cara que predecía un vertiginoso clímax aproximándose.

Le jalé el cabello de nuevo y llevándome su pecho a la boca, succioné enrollando su pezón con mi lengua en movimientos oscilantes que la hicieron gemir con fuerza.

—Muévete —ordené una vez más azotándola.

Reuní sus muñecas hacia atrás, exponiendo sus pechos a mis dientes que mordían la turgente carne sin piedad. El coño de la pelirroja en ese momento dócil y domeñada ardía delicioso. La escuché decir que se corría, entre intensos alaridos. Logró zafarse de mi agarre y gimió al compás de los golpes de su puño contra el techo del coche, haciendo que mi lujuria solo creciera.

Mis pulgares se situaron lado a lado de sus caderas, ayudándola a subir la pelvis. Jadeaba fuera de control por el orgasmo, su sexo se contraía intenso y resbaladizo. La pelirroja gritaba agitada, pues era de clímax largo.

—Joder, Alex, ¡maldita sea! —gritó extasiada.

Alcé la pelvis en su búsqueda, sintiendo como el placer hacía acopio. Una sensación eléctrica comenzó a treparme por las piernas, verla a ella con los labios entreabiertos, apretándose un pecho ebria del placer fue el detonante de

mi orgasmo. La sostuve por las caderas, obligándola a quedarse quieta, mientras yo me corría a borbotones hundiendo la cara entre sus pechos, respirando el almizcle que formaba el olor del perfume y su sudor.

La pelirroja me besó destemplada, restregando sus labios sobre los míos como si no pudiera ni siquiera coordinar lo suficiente como para darme un beso. Esperé hasta que mi corazón se ralentizó, la ayudé a llegar a su asiento, se quedó despatarrada. Su pecho subía y bajaba, me miraba meditabunda como si quisiera decir algo, pero sin encontrar las palabras o la voz.

Me quité el condón, lo anudé guardándolo en el bolsillo. Me subí los pantalones y ella se bajó la falda, se acomodó el escote; los dos retomábamos la cordura en movimientos consonantes. Aquello había durado unos escasos diez o quince minutos. Fruición sexual resumido, pero satisfactorio. La pelirroja de actitud avasallante permanecía enmudecida y en cierta forma aquello era perfecto. Abrí la puerta del coche, salí de este apoyándome en el marco de la puerta para despedirme.

—Que pases buenas noches, maneja con cuidado. Espero tengas mucho éxito en tu sesión de fotos mañana temprano. —Ella alzó el rostro, recomponiéndose, regalándome una sonrisa dulce.

—Buenas noches para usted también, profesor Alejandro.

Cerré la puerta del coche y la vi ponerlo en marcha. Entré a mi edificio, subí las escaleras de prisa. Al llegar a mi piso, el aire del lugar me hizo evidente algo, todo mi cuerpo olía a coño de pelirroja. Me desvestí arrojando las prendas en el cesto de la ropa sucia. Me deshice del condón, me di una ducha y me lavé los dientes para quitarme el regusto de alcohol de la boca.

Caminé hasta la cama y me acosté en ropa interior. Tomé mi *iPhone* para mirar la hora y ahí estaba, un mensaje de Camila de hacía unas horas. Eran varios, sin embargo, solo leí el que decía Hola. «Que te den Camila, eres demasiado complicada», pensé dándome la vuelta, abrazando la almohada, instándome a dormir.

Capítulo 10

Razón 6 | Aprovechado.

El tecleo continuo era lo único que se escuchaba en la habitación. Sonreí satisfecha, estaba en buena racha y había conseguido escribir dos capítulos enteros. Una nueva historia tomaba forma, con personajes diferentes, distintos escenarios y un romance de lo más hermoso.

Sonreí satisfecha, una vez releí el final del capítulo. Miré con nostalgia la carpeta que nombré: los pedacitos de mi corazón. Allí guardaba cada una de mis novelas, y sintiendo algo extraño recorrerme el cuerpo, la abrí. Dentro de esa carpeta había otras, con el nombre de las distintas novelas. Unas acabadas y otras tan solo con la idea principal. Suspiré al clicar sobre la única que tenía maquetada y corregida, gracias a que pude ahorrar lo suficiente y costearme su edición.

Se veía tan bonita...

Una idea descabellada cruzó mi mente. La auto publicación siempre me había hecho ruido por eso de hacerlo uno mismo y pasase lo que tuviese que pasar. Muchas personas lo hacían ya fuera para probar suerte y así sacarse un dinero extra o como medio para llamar la atención de las editoriales. La verdad desde hacía un tiempo cuando envié mi manuscrito a una editorial y esta me dijo que no, decidí acallar ese instinto y quedarme con mis novelas para mí y para mis lectoras fieles que me leían en la plataforma gratuita.

Pero verla tan linda, con su portada, lista para dar el salto me hizo pensar en porqué no hacerlo. Aún llevaba puesto el pijama, con el cabello de seguro pareciendo un nido de pájaros. Quizás no fuera el mejor cuadro para admirar, puesto que recién salí de la cama me puse a escribir como una loca. Formaba parte de la vida de un escritor, supuse. Las ideas había que cazarlas al vuelo antes de que se fueran volando para nunca más volver, pues si lo hacían, ya nada era igual.

Abrí mi cuenta de KDP, ahí podía vender mis libros tanto en digital como en papel, subir las portadas, colocar precio y que fuera lo que Dios quisiese. Vi video tutoriales de cómo publicar y aunque al principio me pareció un mundo, luego no fue tan difícil como me lo habían pintado. Estaba nerviosa, las manos me temblaban a la hora de colocar el título de la novela. Iba a hacerlo. Y una vez le di a publicar ya no había marcha atrás.

Me enviarían un correo de confirmación o en su defecto avisándome de cualquier error que tuviese el archivo al subirse. Entonces solo quedaba

esperar y no se me ocurrió otra cosa que echarme a llorar. En poco más de media hora había hecho lo que en años no había conseguido: encontrar el valor suficiente como para llevar a cabo un pasito más en esa carrera que tanto me apasiona.

Un post en Facebook, avisando de la pronta publicación de mi libro, después, cantando a todo volumen cualquier canción que se me viniera a la mente, me dirigí al baño para ducharme. Tenía que ir al trabajo a echar un par de horas, también, ese día tenía una cita. Pero no una cualquiera. Mi melocotoncito y yo haríamos una fiesta de pijamas de lo más entretenida.

Ya con la calidez del agua envolviéndome, no pude remediar pensar en qué estaría haciendo Bruno en ese momento. Si por casualidades de la vida él se estuviera acordando de mí también. Luego me di de cabezazos mentales por siquiera pensar esas tonterías.

El clima estaba caluroso, a pesar de la fecha en la que estábamos. El sol brillaba sobre nuestras cabezas, cosa que agradecí. Mi pequeña torbellino me animaba a cantar con ella una canción que le enseñaron en el cole. Alejandra tenía una cita, esa era la excusa perfecta para endiñarme a su hija. Tampoco era que me importase, yo encantada me quedaba con ella todo el tiempo que fuera necesario.

Llegamos al restaurante de comida rápida, donde las hamburguesas eran lo mejor del menú. Los niños jugaban de un lado a otro, aprovechando el buen tiempo, subiéndose a los columpios privados del establecimiento y haciéndome desear volver a tener esa edad, aunque solo fuese por un día. Todo resultaba tan bonito cuando apenas se tiene cinco años... sin pensamientos malos, sin preocupaciones, sin responsabilidades.

—¿Tata? —pestañeé saliendo de mi ensoñación y miré a mi melocotón dándome cuenta de que su boca estaba toda llena de salsa ketchup.

Reí, con mimo limpié su boquita con una servilleta, era otra cosa que echaba de menos. Mancharme toda y no parecer una retrasada por comer como cerdito. Me limpié las manos después de colocarle bien la hamburguesa que comía más la bandeja que ella y me dispuse a escucharla.

—Dime, cariño.

—¿Hoy noche de chicas? —preguntó con una sonrisa gigante.

—¡Sí! Hoy veremos pelis hasta muy tarde, nos pintaremos las uñas. —Eso hizo que sus ojos brillaran y sonreí como una tonta enamorada. Levante un dedo poniendo más emoción al asunto—: ¡AH! También nos tomaremos

montones de fotos y videos, comeremos chuches. ¿Qué te parece?

—¡Bieeeeeeen! —chilló dándole una palmada a la mesa, con tal mala suerte que espachurró uno de los sobres ketchup y salió disparado en mi dirección.

Acabé llena hasta las pestañas, pero al contrario de hacer un numerito, me entró la risa floja haciendo que la niña se contagiara. Quién diría que la inocencia era el arma más potente contra la monotonía, la soledad... La alegría de un niño causaba adicción, de esa que lograba que no me cansase de imaginar cosas, de alegrarme por cualquier nimiedad. Esa ingenuidad pura, era la respuesta más sana a este mundo enfermo.

Comimos entre risas, bromas y confidencias; la hamburguesa se acabó, el refresco y las patatas también. Tendría que empezar a hacer deporte si no quería acabar como una bolita gigante con tantos excesos. Nos levantamos, recogimos las sobras y cantando como cuando llegamos, nos fuimos camino a mi piso. Teníamos toda la tarde por delante, haríamos galletas caseras. Y así con la camisa blanca recién lavada de esa mañana, con un chorreón de ketchup y más feliz que una perdiz, le di la bienvenida a la noche de chicas. Solo melocotón y yo.

Lástima que existieran los móviles y las alertas de notificaciones. Entonces recordé, dejando a un lado de la encimera la montaña de aperitivos, que si estaba todo bien ya estaría disponible mi libro en Amazon. Casi me dio un ataque al corazón al ver los cientos de comentarios de Facebook que tenía. Entre enhorabuenas, y capturas de pantalla con la compra verificada de mis fieles lectoras, había un comentario que destacaba sobre los demás.

No pude detenerla... la sonrisa iluminó mi rostro como si fuera el día de navidad. Bruno había comentado mi publicación y compartido la misma. Solo él era capaz de hacer que me desestabilizara incluso en la distancia.

«No sabes lo feliz que me hace ver que al fin sales de tu cascarón, Caperucita. Te deseo toda la suerte del mundo»

Bruno Ballester ha compartido tu publicación en su biografía.

Ahugué un chillido de *fangirl* loca y me obligué a tranquilizarme. Pasé por alto los cientos de reacciones a su comentario que le dieron mis lectoras, como las respuestas de estas de lo más variopintas. Bruno había compartido mi publicación y lo más fuerte era que me había felicitado.

—Tranquila, Camila... sigue siendo el mismo insoportable de siempre. Bruno Ballester, el que te trata de monja y te saca de quicio con las barbaridades que dice.

Pero mi cuerpo pareció protestar, contradiciendo todo lo que dije, estremeciéndose. Me abracé mí misma, intentando quitarme los escalofríos del cuerpo.

—Ay, estoy convirtiéndome en una perversa... —gemí bloqueando la pantalla una vez le agradecí el gesto y le di a “me encanta” al post en su muro.

—¿*Perretida*? —preguntó melocotón, haciéndome sonrojar de golpe.

—No, amor, dije: derretida, las chocolatinas están derretidas.

Su boca se abrió aterrada y corrió a por el chocolate y como si de una emergencia se tratara lo metió en el frigorífico, dando un portazo a continuación para cerrarlo. Reí como loca, viéndola llevarse la mano a su cabello como si se hubiera dado el susto del siglo.

—*Memos* mal, tata... —lanzó un suspiro dramático.

—Bien —aplaudí y reí. Aquella niña era todo un espectáculo—, ahora que los chocolates están a salvo, ve a la sala y prepara los cojines y las mantas. La noche de chicas está por empezar.

Alba chilló y corrió a hacer lo que le dije. Su efusividad era contagiosa así que me puse manos a la obra a preparar las galletas. Aunque había comprado chuches para un ejército, quien era yo para decirle que no a esa cara angelical de media lengua, que me ablandaba con un: «*Porfi, tata*»

La fiesta de pijamas se alargó hasta bien pasada la tarde. Estaba harta de comer porquerías, al contrario que mi ahijada que aún parecía caberle un cubo de palomitas más. Menos mal que guardé las sobras si no, al día siguiente no habría quien le calmara el dolor de estómago. Nos hicimos fotos con la aplicación que solo utilizaba para hacer caras divertidas, y subimos unas cuantas a mi red social. La niña y yo nos la pasamos en grande y no había momento en el que dejase de sonreír.

Más de una vez, mi loca cabeza me hizo querer hablarle a Bruno, me quedaba pensativa mirando la ventana de nuestra conversación. Quería saber de él, pero no sabía qué decirle para no parecer demasiado acosadora. Me estaba acostumbrando tan rápido a él, ya no lo sentía tan odioso, incluso me vi más de una vez sonriendo por su culpa, aunque él intentara sacarme de mis casillas como siempre. Me hacía la ofuscada, porque sabía que a él le gustaba. ¿Desde cuándo actuaba en pro de agradecerle? Y lo más preocupante: ¿Desde cuándo me gustaba?

Una vez acabó el maratón de películas, dejé a Melocotón en la sala jugando con el móvil. Necesitaba ponerme cómoda, pensar en una excusa

creíble para darle las buenas noches a Bruno más tarde, para luego dormir a pierna suelta. Así que me dirigí al vestidor a colocarme el pijama.

—Buenas noches, Bruno. Espero estés bien, gracias por compartir el post de mi libro, ¿quieres hablar un ratito? Hoy no hemos hablado de nada... —gruñí en cuanto me escuché a mí misma decir eso en voz alta, ya parecía una de sus lectoras desesperadas.

Parecía que le estuviera reprochando que no me hablara en toda la tarde, pero resultó que no me había dicho ni un simple «Hola, Caperucita». Resoplé fastidiada. Me estaba acostumbrando a sus apodosos ridículos y eso no era bueno. Porque de ahí venía el cariño, no quería quererle. No podía permitirme el lujo de sufrir por amor. Porque a todas luces Bruno era de los que «si te he visto no me acuerdo». Seguro tendría a más de una mujer en cada portal, esperando su ración diaria de mimos. ¿Quién era yo para creermelo especial?

Desistí en mi empeño de pensar tonterías y burdos saludos y me dediqué a cambiarme, ya no me apetecía ni hablarle, solo quería ponerme cómoda y estar con mi melocotoncito. Me percaté que había dejado de jugar en la sala cuando escuché sus pasos y su voz cantarina, viniendo hacia donde estaba.

—¡Tata, tata! *mida*, son tus amigos —dijo una vez entró en el vestidor, seguramente refiriéndose a cualquier foto que hubiera en mi galería.

—Claro, cariño... —me gire a mirarla con una sonrisa, mientras me colocaba una camiseta vieja que me regaló Alejandra hacía años.

Pero una vez la prenda me cubrió, noté cómo la niña me enseñaba a alguien en la pantalla. Parecía un video, ya que la persona se movía y me acerqué preguntándole que qué era eso. Un muchacho joven, de bonitos ojos claros, sonreía al otro lado. Incluso alzó una mano saludándome. No era un video... ese hombre estaba allí, viéndome...

—¿Qui... quién eres tú? —tartamudeé encontrándome de pronto enferma, demasiado mareada.

—Soy Sergio ¿y tú guapa? —dijo alzando la comisura, canalla. Aquella sonrisa me resultaba demasiado familiar.

Aguanté la respiración, ese hombre me había visto desnuda... Agarré el teléfono y colgué la video llamada, dándome cuenta de quién fue el artífice de ésta. Me entraron los siete males, incluso pude notar cómo el mismísimo lucifer me poseía. Eso o me estaba entrando un ataque al corazón. Tecleé a duras penas, sintiendo el pulso acelerado, los dedos temblando.

Su respuesta automática no se hizo de rogar, pero en ese momento no

entré a razones. Nada de lo que me dijese iba a funcionar para calmarme, ni que el bonito chico que me saludó fuese su hermano, así que abrí ajustes y pulsé bloquear. Sin darle ninguna explicación a la niña, que me miraba como si en cualquier momento pudiera explotar cual bomba, me la llevé a la cama y la arropé con las mantas diciéndole que los niños debían dormir más temprano que los adultos.

Cuando conseguí que se quedara tranquila y soñolienta, me dediqué a deambular por la casa en plan *zombie* hambriento de cerebros. Me pasé como media hora con un ataque de pánico, ansiedad y vergüenza, todo al mismo tiempo. Quizás estuviese siendo dramática, pero seguro otra en mi lugar también estaría indignada al haber sido observada sin permiso mientras se cambiaba.

Alba me contó que ese tal Sergio estaba acompañado de otros dos hombres, y estaba segura de que uno de ellos debió ser Bruno. El muchacho de ojos bonitos era su hermano, y no pude evitar que mi mente evocara un supuesto Bruno, ayudándome de la semejanza que pudiese tener con él. Sabía que no tenían el mismo cabello, el de Bruno era negro o eso suponía pues ese era el color de su barba, sin embargo, su hermano era de pelo medio castaño. Pero... ¿Tendría sus ojos? ¿Su nariz...?

«¿Pero por qué estoy pensando en esas cosas? Me vieron desnuda, maldita sea... vieron mis...»

—¡Oh Dios!

Me recosté sobre las mantas, me llevé casi dos horas mirando a la nada, desde la cama. La oscuridad nos sumía, la niña hacía rato que dormía a pierna suelta y yo no conseguía pegar ojo. Algo me hizo alcanzar el móvil en mi mesilla, solo por pensar durante unos segundos en no volver a hablar con él. Sin pensarlo entré en el chat de Bruno. El espacio de escritura no estaba, solo un letrero donde citaba que no estaba disponible esa opción. Y fue ahí, cuando leí más arriba, que mi ceño se frunció y descolocada verifiqué que la llamada no se hizo desde su teléfono si no desde el mío.

Miré a Melocotón, y le reproché con la mirada el haber hecho semejante trastada. Pero la culpa fue mía al dejar la burbuja de su chat en la pantalla, ¿qué iba yo a saber que la niña iba a ser tan curiosa y clicar en ella? Entonces reparé en lo que había hecho. Lo había bloqueado, sin permitir que se explicara, sin dejarlo hablar siquiera.

Rápidamente lo desbloqueé y temblando como una hoja, tecleé desesperada con el fin de que me perdonase. No me paré a pensar en que era

tarde para estar incordiándolo, solo tenía en mente hacer que me perdonase, fuera como fuese.

C: «Hola».

«Perdóname por lo de antes, Bruno, no supe que fue la niña la que llamó y no tú. Lo siento, en serio estoy avergonzada por haberte tratado de esa manera tan injusta.

Perdóname, por favor»

Pero cuando al cabo de una hora, no tenía contestación, desistí y me obligué a dormir. Morfeo no tardó en venir por mí una vez me agoté de tanto esperar una respuesta de su parte.

A la mañana siguiente, al abrir los ojos y notarlos pegados por haberme desvelado, me di cuenta de lo feo que se veía el día desde la ventana. Estaba lloviendo y el cielo era gris, tan oscuro como mi ánimo.

Nunca odié tanto que lloviera como ese día. Parecía que hasta el clima conspiraba para que no levantara cabeza. Se suponía que debía estar feliz, ya que, si él no me hablaba, —cosa que verifiqué al mirar que no tenía contestación de su parte—, significaba quitar a Bruno de mi vida para siempre. ¿Entonces por qué me sentía tan mal?

Noté cómo mi pecho se estrujaba. Cerré los ojos instándome a no pensarlo. Analicé lo absurdo de la situación y me dije que debía recomponerme. Bruno Ballester no era nada mío, siquiera nos conociamos en persona, ni sabía mucho de él, salvo las pocas cosas que me había contado y de rebote. No era mi amigo, tampoco algo más. Solo era un desconocido con el cual disfrutaba de charlas de vez en cuando. No podía olvidar la de veces que me había hecho enfadar, la de tonterías que podía soltar por esa boca que... suspiré, quedándome a medias sin poder acabar la frase.

Noté a Melocotón moverse en mi espalda y suspirando hondo me levanté para asearme y preparar el desayuno. Tenía que hacerme a la idea de que Bruno no existiría más. Seguramente estaba tan cabreado que no quería saber nada más de mí. Y aunque el solo pensarlo, hacía que mi pecho ardiese, era lo mejor. Por lo menos para mi bienestar, tanto psicológico como físico.

El olor a las tostadas hizo que mi pequeño monstruito saliese de la habitación bostezando, para luego sentarse en la mesa y devorar todo lo que estaba encima. Yo comí, sonriendo, o por lo menos eso creí que hacía. Mi estómago estaba hecho nudos, casi no pude tragar sin que me costara la vida. Al cabo de unos minutos, Alejandra llegó vestida con ropa de noche, por lo

que me dio a entender que no había pasado por casa. No pregunté, ella ya era mayorcita para hacer con su vida lo que quisiese y si era feliz, bien por ella. Me abstuve de contarle lo sucedido con Bruno, sabía que me regañaría por mi imprudencia de irme a la primera malinterpretando todo. Así que me despedí de ambas y me preparé para lo que restaba de día.

La mañana en el trabajo pasó, la tarde también y menos mal que la acogida que tuvo mi libro fue buena, si no, Bruno hubiera seguido acaparando mi cabeza. Primero fueron los comentarios y las menciones de las lectoras en Facebook, las reseñas en Amazon, luego en un blog querían hacerme una entrevista. Todo eso en un día y medio. En ese momento estaba intentando contestar a todas las lectoras que me preguntaban sobre cuándo saldría en papel, cuando abrí su chat. No me había contestado, había visto mis mensajes, sin embargo, no se dignó a decir nada al respecto. Estaba recostada en la cama, cené temprano, por lo que solo se me ocurría una cosa que hacer... Pulsé en el teléfono e inicié una llamada, según señalaba el chat de Bruno, su última conexión había sido veinte minutos atrás, con suerte tendría el teléfono cerca y me permitiría explicarme. La llamada se descolgó.

—¿Bru... Bruno eres tú? —ya no me fiaba un pelo, por si era su hermano haciéndose con su teléfono de nuevo.

Pero su voz, su ronca y bonita voz grave, creó cortocircuito en mi cerebro. Era él, sin ninguna duda. Podría reconocerla en cualquier lugar. Lástima que no estaba en mis cabales y no pude hacer más que quedarme callada.

—Sí —contestó de mal humor.

Suspiré en derrota, tenía que explicarle mi reacción infantil del día anterior. No se mereció que lo bloqueara sin siquiera escuchar una explicación de su parte.

—Lo siento, ¿vale?

—¿Qué sientes exactamente, Camila? ¿El haberme culpado sin pruebas? ¿El llamarme pervertido y acusarme de aprovecharme de una niña pequeña? ¿Qué coño sientes?! —dijo molesto.

Mi labio tembló, me sentía como una vulgar rata por haberlo tratado tan mal. Estaba enfadado y con razón.

—Lo siento. —Volví a disculparme. Supe el momento exacto en el que se ablandó, por lo que me aproveché y seguí arrastrándome—. Hablé con la niña y me explicó cómo sucedió. No me paré a pensar y... —Me mordí el labio fuertemente, las mejillas se me calentaron—, me visteis desnuda... —susurré

muerta de la vergüenza.

Estaba terriblemente mortificada. Que alguien más me viera desnuda sin yo quererlo, era lo que me ponía a la defensiva hasta tal punto de querer enterrarme viva y no salir nunca. No era que fuera insegura, solo que sentía que mi cuerpo no era de dominio público y solo lo vería el hombre que yo quisiera que lo hiciera.

—Todo fue muy rápido, no sabía siquiera que eras tú la que se desvestía. —Su voz en un tono bajo no me lo ponía fácil—. Pero mira... el lado positivo es que al menos ya sé qué bragas usan las monjas —dijo soltando una risa.

Me abstuve de mandarlo lejos. Pero me lo merecía, me merecía que me hiciera cabrear al menos. Yo había sido una auténtica niñata al bloquearlo. Su risa remitió.

—Bueno, discúlpame, una mala broma —continuó.

Al sentir su sonrisa al otro lado, echaba por tierra su absurda disculpa. Pero aun así me mordí más fuerte la lengua.

—Entonces... ¿Me perdonas?

Esperé unos eternos segundos, ¿qué digo segundos? Pude escuchar hasta los grillos imaginarios cantar a la espera de su contestación.

—Sí, tranquila.

Suspiré. Un alivio inmensurable me recorrió de pies a cabeza y sonreí como una tonta, relajándome. Él suspiró a su vez y me lo imaginé recostándose en la cama o en cualquier superficie mullida. Rodeado de cojines, con las piernas estiradas, y... Sacudí la cabeza en cuanto me di cuenta que mi imaginación estaba empezando a volar a toda pastilla.

—Me acostumbré a hablar contigo, ¿sabes? Sé que más tarde me arrepentiré de decirte esto pero... hoy te eché en falta.

Lo imaginé frunciendo el ceño, pero sin dejar de sonreír. Yo hubiera cortado la llamada al escuchar a la desesperada que estaba dando el discurso de su vida. Pero así era yo. Demasiado intensa por ratos, pero intensa, al fin y al cabo.

—¿Y qué fue lo que te hizo falta? —preguntó coqueto.

Me estaba metiendo en terreno pantanoso, lo sabía, pero entre las ganas de decirle la verdad de lo que me pasaba y la ilusión que me hacía volver hablar con él...

—Hablar —contesté cerrando los ojos.

Se quedó en silencio, supongo que sopesando qué decirme.

—Camila... ¿Qué tan buena eres para guardar secretos?

Pestañee confundida a la vez que algo raro, parecido al nerviosismo, recorría mi columna.

—Jamás diría un secreto de nadie. ¿Por qué, qué pasa? Bruno... no me digas que resultas ser un asesino en serie y necesitas deshacerte de un cuerpo, que entonces ahí ya...

Él soltó una risa corta antes de aclararse la garganta. Parecía nervioso igual que yo.

—No, no maté a nadie, por lo menos no por ahora. Pero mira, ya sé que cuento contigo —dijo riendo—. Estuve pensando en estos días y... ¿Qué te parece si nos conocemos? No podrías decirle a nadie que me conoces, al menos en persona, que me has visto la cara. Nada de fotos. Podríamos cenar... Bueno si es que te apetece conocerme, si es así, solo dime si en ese caso quieres que vaya a verte o tú quieres venir a Madrid.

Una sonrisa pugnaba por salir de mis labios, la ilusión me hizo casi chillar. Una cita... quería quedar conmigo. ¡O sea, yo! ¿Hacía cuantos siglos no tenía una cita con un hombre...?

—¿Estás intentando pedirme una cita?

Quise sonar sensual, y digo quise, porque más bien pareció que me habían implantado un pito en la garganta, para segundos después escucharlo resoplar.

—Olvidaba que eras lenta, sí Camila, te estoy pidiendo una cita...

Eso me hizo cabrearme, de nuevo ese tonito que me hacía poner de los nervios.

—¡Tonto! No soy lenta, solo no me lo esperaba —refunfuñé y luego el miedo se abrió paso sobre la ilusión anterior—, pero entonces me veras y... ¿Y si no te gusto?

Él se rio y no supe cómo tomarme eso.

—¿Entonces quieres gustarme? —Para mi mala suerte esa pregunta si le salió como si me lo susurrara al oído, sensual, picante y adictivo. ¡Rayos!—. Mira cómo te vas descubriendo sola, Caperucita, yo sabía que te gustaba —dijo canalla.

—¡No es eso! solo me dan miedo las primeras impresiones, suelo tartamudear, no quiero hacer el ridículo y que te rías de mí.

—No puedo asegurarte que no vaya a reírme, es lo más probable, pero será algo momentáneo. De verdad tengo muchas ganas de verte para poder observar con mis propios ojos cómo te sonrojas por las cosas que te digo...

—¿Sólo quieres ver si me sonrojo o no? —pregunté atacada de los nervios.

—En realidad... te quiero ver toda.

Aguanté la respiración como si me fuera a zambullir bajo el agua o preparándome para cuanto la tierra se abriese de una vez y me absorbiera. Pero la vergonzosa verdad era que también me moría de ganas por verlo.

—Soy demasiado normalita, Bruno —suspiré. A ese paso acabaría padeciendo de asma—. También me apetece verte, pero seguro que tienes a muchas mujeres despampanantes en Madrid para escoger.

—No vuelvas a hacer eso. —Su tono de voz autoritario me hizo algo raro en el estómago—, no te compares con nadie, eres preciosa.

—Gra... gracias —tartamudeé y pude sentir cómo el sonrojo me subía hasta las pestañas.

—Estaba pensando en el próximo fin de semana, estamos como a media hora de distancia. ¿Quieres que vaya yo o... quieres venir aquí?

Era un hecho... daba igual que le dijera que sí, él ya lo sabía. Y aunque eso me debería haber puesto echa una furia, no lo hizo.

—Pues como quieras. Si vienes, tengo una habitación vacía. Si es que te quieres quedar, o si la visita es larga y se te hace tarde para volver, ya sabes... no estoy dando por hecho de que te quedes a dormir, solo... ¡Rayos! Soy una paranoica y me monto películas ridículas.

Odiaba ponerme así, como si me soltaran la lengua y ella sola se dedicaría a decir disparates por doquier. Y como no, él se rió con ganas.

—¿Se hace tarde? Es solo media hora... Puedo conducir de regreso, a menos que quieras que me quede —dijo en tono insinuante.

Cerré los ojos, sintiendo cómo mis mejillas ya muy sonrojadas se calentaban más.

—Lo decía porque tengo una amiga que usa gafas y no ve muy bien de noche para conducir, no sé si es tu caso —dije para disimular un poco.

—No, no es mi caso... En fin, si decides venir te informo que no tengo una habitación vacía para darte, pero sí un hueco en mi cama, no tendría problema si decides quedarte. —Suspiré nerviosa—. Y... si voy yo, tampoco tengo problemas en quedarme contigo en el convento, aunque me preocupa que te echen por hacer ruiditos raros en mitad de la madrugada...

Ignoré deliberadamente lo del convento, estaba tan cansada de escuchar esa misma broma, que mi cerebro lo descartaba como si fuera un grano de arena en el camino. Sin embargo, eso de los ruidos...

—¿Ruidos?

—Sí, de cuando nos besemos... De cuando te bese el cuello con las ganas que tengo de hacerlo...

Jadeé por la sorpresa, y también porque algo raro no tan desagradable se instaló en mi vientre bajo. Tragué saliva solo de imaginarme cómo sería ser besada por él, después de tanto tiempo sin besar a nadie.

—No... no nos vamos a besar. —Sentí como mi garganta se secaba de repente, la imagen de esos labios, esa barbita raspándome las comisuras—... ¿Qué te hace pensar eso?

—Cuanto más niegues querer besarme será más divertido cuando lo hagas —dijo entre risas—, me gusta un poco el jugueteo. Aunque aclaro que nunca te besaría si en serio no quieres.

—Bruno yo no... —masajeé mis sienes, se acercaba un incipiente dolor de cabeza —a ti no...

—¿No te gusto? —preguntó interrumpiéndome.

—No es eso...

—Camila, no te entiendo, dime si estoy asumiendo cosas que no son —dijo interrumpiéndome de nuevo.

—Es que... siento que no nos entenderíamos como pareja.

—¿Pareja? —preguntó después de unos segundos y eso me hizo un poco de daño en el orgullo.

Estaba claro desde el principio, él no tenía madera de novio. ¿Cómo se me ocurrió decirle esa estupidez? Ese era mi corazón hablando... cosa que Alejandra me prohibía una y otra vez. Gracias a Dios Bruno volvió a intervenir antes de que me pegara de cabezazos contra algo.

—Camila, la gente se besa, no siempre es porque quieran ser pareja. ¿Somos amigos no?

—No me beso con mis amigos, pero el caso es que tú tendrás más... experiencia en el tema. No sé si podré estar a la altura.

—¿Y eso es un problema, por qué? Es un beso, Caperucita, eso es como montar en bici, nunca se olvida una vez aprendes. No me digas que a estas alturas no sabes... de todas formas, si es el caso, yo te puedo enseñar, tengo dotes de maestro.

Esa última frase, no sabía por qué, me hizo dar un respingo. Lo dijo con un tono raro, entre orgulloso y arrepentido, no le quise dar importancia.

—Te arrepentirás después de estar conmigo. —La pena de confesar eso me embargaba. Me sentí más insegura que nunca en ese momento.

—Deja que eso lo decida yo.

Tras un suspiro tembloroso, acepté.

—Vale. Siento ser tan paranoica, pero nunca hice eso de quedar con alguien desconocido.

—Creo que me conoces bastante —dijo con un deje de reproche—, en un par de días te enteras de cómo me veo y dejaré de ser un desconocido. Te diré exactamente cómo luciré, qué ropa llevaré, no vaya a ser que termines hablando con un extraño y acabe enamorándose de ti...

Sonreí al escuchar eso. ¿Podría Bruno Ballester ponerse celoso?

—Eso no pasará, nadie se enamorará de mí. Ahora todos quieren lo que quieren y ni en el amor creen...

—Pufff... Olvidaba que eres de las que cree en eso de los corazones, hacer el amor y todas esas chorradas.

—¡Pues claro que sí! El amor es bonito, pero seguro que has roto más cabeceros que corazones...

—Bueno, yo no quiero enamorarte.

Su tajante afirmación me hirió, pero me armé de valor y le eché coraje.

—No lo estás haciendo, tampoco me enamoraría de alguien como tú.

—Mmm... —dijo dubitativo—. Entonces perfecto, estamos en el mismo párrafo, Caperucita. El vernos solo significará diversión, pasarla bien.

—Claro, seremos dos amigos cenando, te irás de vuelta a Madrid y yo a casa.

—Wow, si insistes, pues te besaré en el restaurante entonces, te creía más tímida, pero en fin, lo haré delante de todo el mundo si te va ese rollo.

—¿Pero qué...? —me quedé anonadada.

—¿No quedamos en que te quería morder esa boquita de fresa que portas? Pensé que eso ya estaba acordado, no vale echarse para atrás. Somos adultos y...

—¡Está bien! —dije queriendo que se callara de una vez—, solo un beso. Lo malo es ahora que me apetece... —Tapé mi boca en cuanto me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. ¡Ay virgencita del Rocío!

—¿Sí? —lo había descolocado, lo noté porque incluso su respiración cambió.

Como decía mi pobre abuelo: A lo hecho, pecho, ¿no? y mirando de un lado a otro, viendo que solo estaba yo en la habitación, me lancé. Que fuera lo que Dios quisiera.

—Ven ahora... —dije tímida—, solo un beso y te vas.

Sentí su sonrisa pícaro al otro lado.

—Mmmm... ¿Uno solo? cariño eso es un incentivo demasiado pequeño, necesito más...

—Besos, en plural. —Me adelanté cortándole la frase. En ese momento era yo la que quería besar su boca—. Ven mañana si ya es demasiado tarde...

—Mañana no puedo, tengo un compromiso ineludible.

Me desilusionó, me desinflé como un globo. Pero aun así insistí. Un beso, solo necesitaba un beso. Era como cuando decía que no tenía sed, pero me enseñaban un vaso de agua helada y se me antojaba.

—¿Es tan imposible de anular? Pensé que querías besarme.

—Claro que quiero, pero... —meditó unos segundos—: es un compromiso familiar.

Sentía cómo se alejaba, no físicamente, ya que aún escuchaba su respiración un tanto más acelerada. Pero se estaba alejando, despidiéndose de alguna manera y algo me hizo rogarle porque se quedara.

—No quiero que me cuelgues...

—No pensaba hacerlo, es solo que me hiciste pensar en lo de mañana, pero no hablemos de eso, estoy en la cama, ¿Tú en dónde estás?

Miré a mi alrededor. Las paredes moradas, dibujos de Melocotoncito junto con fotos con Alejandra y mi familia, colgando de las paredes.

—También.

La colcha empezó a quemar debajo de mí o era yo que estaba demasiado febril. Me quité el pantalón de pijama y me quedé en una simple camiseta de tirantes. La calefacción estaba demasiado alta de repente. Él cogió aire para luego soltarlo lento pero a trompicones, como si el simple hecho de respirar se le hiciera difícil. A mí también me pasaba.

—Esta es la parte donde me dices qué traes puesto en este momento. —Su voz sonó soñolienta, como si se preparara para dormir o para...

Me miré a mí misma y armándome de valor, casi haciéndome sangre en el labio inferior de lo fuerte que me lo mordisqueaba, le dije la verdad. Siempre podría hacerme la loca y hacer como si esa conversación nunca hubiera existido.

—Una camiseta de tirantes, blanca.

—¿Solo eso? Me extraña con lo friolera que eres que estés tan descubierta...

—Hoy hace calor —confirmé abanicándome como si él me viera.

—¿Tienes calor? ¿Cómo es eso? es tan atípico en ti...

—Esta noche parece hacer dos grados más, ¿allá hace calor?

Pude ver por la ventana como la escarcha decoraba las esquinas. Afuera hacía un frío importante, y yo parecía estar en el mismísimo infierno.

—Ahora sí, porque te estoy imaginando en camiseta de tirantes y nada más. ¿Llevas las bragas de Hello Kitty esta noche, Caperucita? —dijo serio, lejos de bromas.

Miré mis simples braguitas blancas con dos lacitos a los lados.

—No —contesté temblorosa.

—¿Y cómo son las que llevas hoy? Dame algo para imaginarte, Cami... —dijo y me pareció que su voz se iba haciendo cada vez más ronca.

—Blancas, simples...

—Qué casualidad, mis bóxer también son blancos.

Contesté un simple: «Ajá...» cuando no fui capaz de articular palabra. Mi miedo volvió a aparecer, eso no estaba bien...

—¿Qué estamos haciendo, Bruno?

Juré poder escuchar un ruidito sospechoso salir de mis labios sin permiso, cerré los ojos cuando mi vientre bajo se retorció tensándose.

—Conversando... Te noto un poquito alterada. Eso me gusta, solo de imaginarte... creo que me estoy calentando.

—¿En serio? —dije ahogada.

—¿Tú me estás imaginando a mí? —contrató haciéndome abrir los ojos.

—Sí —alcancé a decir resollando.

—Te lo pondré aún más fácil: estoy recostado en mi cama. Encima de mis sábanas blancas de algodón. Las piernas estiradas, los ojos cerrados, recién duchado. Solo vestido con un pantalón de pijama.

Solté un gemido ahogado sin querer, me estaba dejando llevar demasiado rápido y eso no era bueno, no era bueno para nada. Pero mi cerebro no hacía caso.

—¿Qué hacen las chicas buenas como tú cuando no quieren ser buenas, Cami?

Eso me hizo soltar una risa corta, estaba como ida, acariciando mi abdomen distraídamente con mis dedos.

—Le hablan a un escritor pervertido y sueñan con besarlo... A todas horas.

Él se rio igual de afectado que yo, como si se ahogara, como si llevara un tiempo haciendo ejercicio.

—Yo también te quiero besar... —susurró. Su voz se estaba tornando

demasiado estimulante. Eso me gustó y mis muslos se cerraron inconscientemente—, contigo haría una excepción y te besaría lento, muy despacio. Así como lo escribí en aquel capítulo. Te mordería de a poco los labios para que los abrieses, para después deslizar la lengua sobre la tuya. Me va a costar la vida contenerme, ser delicado cuando te tenga así de dispuesta, pero te prometo que voy a hacer el intento de no empotrarte contra la pared y...

Se calló, sin terminar la frase. A ese punto de la conversación, la vergüenza pareció haber desaparecido para dar paso a una insoportable intimidad. Estábamos juntos, cerca y lejos al mismo tiempo. Aun así, sentía su respiración en mi oído, en mi cuello, sus dedos acariciando mi pecho derecho... Me puse a pensar en cómo sería sentir su cuerpo aprisionándome contra la pared.

—¿Me... me empotrarías?

—Solo si tú quieres... pero sí, con fuerza...

Ahugué un jadeo con la palma de mi mano que gracias a Dios fui rápida y acallé.

—Dime una cosa, Camila, ¿estás mojada ahora mismo? Porque a mí me tienes... —dijo insinuante, haciendo una pausa—, tócate, dime qué tan mojada estás.

—Bruno yo... yo no puedo hacer eso, yo...

—Mentirosa, sé que sabes hacerlo. Desliza tu mano sobre tus braguitas, por encima de ellas, empieza despacio, dime si están mojadas.

Hice lo que me dijo, llevaba casi toda la conversación con los ojos cerrados, como si así lo hiciera más real. Jamás en la vida podría haberme imaginado lo que estaba haciendo. Mis dedos tocaron el tejido empapado y sentí un escalofrío.

—Sí —dije sin resuello, haciéndolo aguantar la respiración.

—Ahora mete tus dedos dentro de tus bragas, siente tu carne húmeda y caliente. Despacio, no hay prisa, ¿de acuerdo? Déjame escuchar tu respiración, no hace falta que hables. Solo quiero escucharte suspirar y gemir.

Asentí a la vez que mis dedos se deslizaban dentro de mi ropa interior. El primer toque logró que de mis labios se deslizase un sollozo impaciente. Quería más, sin embargo, mi mano le hizo caso, me acaricié despacio, superficial, dándole lo que quería. Leves suspiros y respiraciones agitadas.

—Pasa los dedos por tus pliegues. Imagínate que soy yo quien después de cenar, de besarte, justo en la orilla de tu cama, te he subido el vestido y te

estoy mordiendo los labios mientras te acaricio como tantas ganas tengo...

»Te toco los muslos con lentitud. Seguramente están tibios por mucho frío que haga en el exterior. —Dejé de tocar mi sexo para hacer lo que me dijo, humedeciendo mi piel mediante pasaba mis dedos por ellos y gemí sin pudor—. Subo despacio, hasta tocar el borde de tus braguitas de chica buena. Abre las piernas, Camila, déjame ver lo que me ofreces...

Lo hice, mis piernas se abrieron, dejando que una pequeña brisa de aire frío que no sabía de dónde venía, me refrescase y notara más aún la humedad que se concentraba en el vértice.

—Imagina que deslizo la mano entre tus bragas... Se me está haciendo la boca agua de solo pensar en tu coño húmedo y delicioso, con ese olor a mujer que seguro me embriaga... Imagina también que te beso el cuello. —Incliné la cabeza, un cosquilleo detrás de mi oreja hizo que gimiera con más fuerza—, bajo por tu escote, mientras mis dedos resbalan entre tus labios. Una y otra vez. Te lamo el cuello y subo para mordisquear el lóbulo de tu oreja. ¿Seguro que eso te haría gemir, cierto?

Logré dejar salir un «sí» tan débil, que por un momento dudé que lo hubiera escuchado. No podía hablar, no sabía qué decir. Solo tenía la poca capacidad para respirar y eso era todo un logro.

—Presiona tu clítoris, aprieta, haz presión ahí, justo ahí...

En cuanto mis dedos apretaron en donde me dijo, no pude controlar el gemido de gozo que brotó de mis labios. Era tal la excitación, que en respuesta cerré los muslos aguantando el orgasmo que pugnaba con salir a toda velocidad.

—Joder, eres muy sensible, algo me dice que voy a gozar haciéndote... —Hizo una pausa de pronto, la voz le había temblado—. No te corras aún Camila, solo cuando yo te dé permiso. —Abrí los ojos de golpe en cuanto escuché esa orden. Aunque Bruno me habló en susurros roncós, su voz sonó autoritaria y potente, no había cabida de discusión—, ahora mis dedos bajan, tantean ese precioso resquicio del que me gustaría beber... mete un dedo, luego dos... entra y sal lento, sin prisas —agregó hablando con la respiración entrecortada—, nota cómo tu coño se contrae, cómo estás suave, cálida y muy húmeda.

Lo hice, aguantándome las ganas de soltar un alarido, seguí sus instrucciones al pie de la letra. Orden tras orden. Una parte de mí parecía que estaba bien con eso. Con todo lo que me decía y con lo que me pedía hacer. No pensé en negarme a sus deseos o en colgar la llamada ni una sola vez.

Solo quería que me hiciera llegar al cielo y más allá.

—Muévelos, Camila, no aprietes los muslos, abre bien las piernas. Baja el ritmo si ves que no vas a poder aguantar, resiste, pórtate bien.

Asentí, aunque no me pudiera ver. En un momento de lucidez agarré el teléfono y lo puse en altavoz a volumen bajo, cerca de mi oído. Necesitaba mis dos manos operativas, quería sentirlo por todas partes, aunque la realidad fuese otra. Y él pareció leerme la mente ya que me dijo que acariciará uno de mis senos y me lo apretará, sin dejar de mover los dedos en mi interior. Me pidió que le describiera mis pechos, la rugosidad de mis pezones, lo inhiestos que estaban. Lo hice sintiendo que no aguantaría mucho más, era una tortura, una maravillosa y bendita tortura.

—Te quiero escuchar gemir, Camila. Te quieres correr, ¿verdad? —No contesté, solo gemí y él pareció reír pervertido al otro lado. El muy tonto estaba disfrutando de lo lindo—. No aprietes los muslos —ordenó de nuevo.

»¿Qué gano si hago que te corras? —Antes de contestarle cualquier cosa, él volvió a hablar, su respiración era cada vez más acelerada y trabajosa—, quiero que me la chupes, Camila, tengo ganas de sentir esa boquita, quiero ver cómo lo haces.

Abrí los ojos, mi cuerpo se tensó por lo que tuve que parar de tocarme si no quería llegar al orgasmo.

—Yo... —no reconocía ni mi propia voz—, no sé si eso se me da muy bien, nunca...

Escuché como gruñía al otro lado y me estremecí. Cada vello de mi cuerpo se erizó e inconscientemente, seguí acariciándome muy lento.

—¡Joder! Creo que eso incluso me excita más. Solo tendrías que abrir la boquita, Cami, yo te enseño. Es lo único en lo que pienso desde que empecé a hablar contigo. En volverte lujuriosa, en hacerte cosas que nadie te ha hecho y lograr que te corras muy duro. De hecho, se me antoja tenerte encima de mi cara, comerte toda, mientras tú me comes a mí; pasarte la lengua de arriba abajo, a la vez que me succionas y gimes ahogada. Quiero desesperadamente saber cómo sabes. Deja de tocarte, sube tus dedos a la boca y lámelos, dime cómo sabes.

—Bruno...

—Dímelo —ordenó severo con la voz ronca.

Me llevé los dedos a los labios y con reticencia lamí la punta de mi dedo anular. El sabor era salado, con un tono picante, pero excitante. Me estaba comportando como una auténtica fresca y no sabía cómo salir de esa vorágine

de sentimientos encontrados. Quería seguir, quería que me siguiera torturando, como también tenía ganas de mandarlo al monte y volver a mi monótona y aburrida vida. Estaba claro cuál parte era la que iba ganando...

Le dije a qué sabía, le describí cada matiz, aun no sabiendo nada de sabores. Mi paladar era corriente, no me llamaban demasiado los sabores exóticos, pero aun así me gustó descubrir eso con él. Volví a tocarme, esa vez más rápido, necesitaba desesperadamente llegar. Y la rebeldía que no sabía que tenía, estaba dejándose ver.

—Mmm... quiero que te corras, beber de ti hasta dejarte limpia. Luego te follaría con las piernas bien abiertas, Camila... no sabes las cosas que me pasan por la cabeza, pero te juro que te van a excitar, te voy a follar como nadie te...

Grité a todo pulmón cuando se me hizo insoportable aguantar, exploté, cual bomba de confeti. Llenando todo a mi alrededor de preciosos colores. Llegué a acariciar las estrellas, y cuando por fin bajé a la tierra, una sonrisa de tonta se me instaló en los labios. Los sonidos se multiplicaron, los jadeos de Bruno eran más audibles y era cien por cien consciente de mi entorno.

—¿Quién te dio permiso para que te corrieras? —dijo serio.

Eso me hizo sonreír más y agarrando la mantita que descansaba a mis pies, me arrojé cuando sentí frío de repente.

—No pude aguantar, lo siento —dije con voz floja, satisfecha. Estaba en las nubes.

—Te mereces que te castigue, que te amarre y te de unas buenas nalgadas. Hasta que tu culo esté igual de rojo que mi palma y he de decirte que tarda en enrojecer.

—Ahora... mismo... —Aún seguía cabalgando entre los últimos resquicios de mi orgasmo—, nada me parece mal.

Su risa pervertida me calentó, me hizo acurrucarme a un lado, dejando el teléfono entre mi cara y la almohada.

—Caperucita... me estás volviendo loco.

Reí, cada vez me gustaba más ese apodo. Quería pensar que era, aunque sea, su única Caperucita.

—No puedo dejar de evocarte una y otra vez con esas bragas de *Hello Kitty*... me gusta tu perfil, la redondez de tu trasero, la suave curva de tus caderas —respiraba acelerado, le costaba seguir hablando y solo susurraba—, esa boquita... ¿Te han dicho alguna vez que tienes una boca perfecta para ser follada?

—Eres el primero —dije con una risa casi infantil muerta de vergüenza. Él rio también, pero entre jadeos ahogados.

—La tienes y tengo muchas ganas de follártela.

Su respiración pareció acelerarse más, hasta que se detuvo y soltó un ligero gruñido que pareció ahogar para después respirar aceleradamente.

—¿Bruno... estás bien?

—Muy bien —murmuró agitado—. Si me haces acabar así de duro con una llamada, imagínate en persona... Acabarías conmigo.

Entonces el sueño se me fue de un plumazo y la realidad me golpeó. Me levanté ipso facto, agarré el teléfono y quitando el altavoz para luego ponérmelo en la oreja le dije:

—Tengo que dejarte.

Colgué. Dejándolo con media palabra en el aire, sin darle cuartel a decirme nada más.

«¡Ay Dios mío! ¿Qué hice?»

Me salí de la cama y miré la colcha arrugada, ¡mojada! Era la prueba inequívoca que me había vuelto loca. Esa noche siquiera dormí en ella, el sofá se me hizo mejor opción. También dejé el teléfono apagado, al día siguiente lidiaría con las consecuencias. En ese momento solo quería morirme de la vergüenza y revolverme en mi amargura.

Ay virgencita de la Macarena, y eso fue por teléfono... Ese hombre quiere verme, pensé muerta del susto. Después de aquello solo tenía clara una cosa: no dormiría nada en toda la noche por culpa de Bruno Ballester.

Capítulo 11

Bruno

La realidad era simple, con tanto tiempo libre lo menos que hacía era escribir. Parecía absurdo pues, cuando estuve más ocupado siendo docente, siempre estaba haciéndolo, siempre. En los recesos, en clases, a la hora del almuerzo, por las tardes cuando llegaba a casa, incluso me tomaba descansos entre corregir exámenes y ensayos. En cambio, resultó que cuando no necesité más de ese trabajo me costaba un montón escribir. La verdad no sabía si aquello estaba mutando, pasando de ser un bloqueo, a muerte cerebral. Sin Camila como motor de inspiración, la novela nueva comenzó a perder sentido. Era raro, nunca necesite una musa, pero parecía que para esa novela sí.

La lógica me decía que la razón para tal circunstancia era obvia: yo nunca había estado, ni por casualidad, con una mujer como ella. Mi gusto para las mujeres siempre fue persistente, recurrente, de todos los tamaños, colores y sabores, pero con algo en común: siempre desinhibidas. Las chicas melosas, tiernas, que tartamudeaban, solían aburrirme muchísimo. Todo lo que sucedía con Camila era contradictorio, incoherente con mi forma de ser y más importante aún, de escribir.

¿Qué carajo hacía yo inventándome a una chica como ella como protagonista? Conforme transcurrían las horas, el cabreo por lo de la video llamada iba mermando. Había leído sus mensajes y sabía que estaba arrepentida; pero aun así, no me apetecía responderle porque en cierta forma comenzaba a molestarme eso que estaba sintiendo, esas ganas. Eso era malo, siempre era malo, deseo sí, ¿encariñamiento? Jamás.

Caminé a mi habitación y decidí cambiarme para irme al gimnasio. Tal vez dándole a las pesas, las endorfinas harían que mi cerebro entumido saliera del letargo. Yo debía estar escribiendo como loco, joder, que la noche anterior me había follado a una pelirroja de infarto. Era ella con su aroma exótico la que debía estar flotando en mis pensamientos, en cambio no conseguía sacarme de la cabeza a cierto culo turgente envuelto en nada más y nada menos que en bragas de *Hello Kitty*. Quién me iba a decir a mí, que algo relacionado con esa gata me iba a causar tal efecto endurecedor... aniquilador de neuronas.

Algo tenía esa mujer, tal vez era su personalidad inocente, no sabía muy bien, pero desde hacía días no hacía más que imaginarme cosas de ella. El

haberla visto semi desnuda no ayudaba para nada a la causa. Por un lado, tenía a una pelirroja licenciada, hermosísima, con la que pasé la noche sin compromisos, tal como me gustaba; y por otro, a una rubia límpida que su primer pensamiento sobre mí fue, creer que me había aprovechado de una niña para verla cambiándose. Joder, ¿aprovecharme de una cría de cinco años? Coño, que la cosa era para ofenderse, y sin embargo ahí estaba, a puntito de dar mi brazo a torcer y de responderle los mensajes.

—No —dije orgulloso, no le responderé nada.

Mi móvil sonó justo cuando estaba entrando al gimnasio sacándome de mis cavilaciones, gracias al señor, necesitaba la distracción. Por desgracia era la misma persona de hacía días atrás. Odina, pasó de ser un nombre que me agradaba ver, a uno del cual huir. Ella quería una novela nueva y yo tenía la inspiración jodida. Silencié la llamada, diciéndome que era momento de entrenar, de vaciar el cerebro por completo.

Por una hora y media todo estuvo bien, excepto que en mi retorno a casa frené en seco al ver en mi portal a cierta pelirroja. ¡Joder!, tenía mala cara, ergo, venía con un mensaje del diablo. Seguí caminando impávido, hasta llegar a ella, no me quedaba de otra.

—Clarita de mi corazón —canturreé y le vi alzar una ceja.

—Mira lo que me haces hacer, te llamé dos veces y Odina dice que te ha estado llamando desde hace días, ¿qué sucede? —Abrí la boca dedicándole una sonrisa y justo cuando iba a darle una excusa, siguió hablando—. Sí pretendes darme una evasiva al menos que sea buena.

Solté el aire de mis pulmones resoplando, ahora sí me la ponía difícil, excusas tenía millones, que fueran buenas era otro asunto.

—Dile a Odina que si quiere una buena novela va a tener que esperar, que si quiere cualquier porquería mañana le envié un adelanto.

—Dijo que dirías eso y que quiere el adelanto para mañana.

—Entonces no menciones que dije eso —agregué riendo, pero a mi exnovia no le hizo gracia—. ¡Joder ponte un poco de mi lado! —exclamé abriendo la puerta de mi edificio, subiendo hasta mi piso.

—Bruno llevas una vida sin producir nada, ¿qué sucede?

—Estoy bloqueado.

—Eso es obvio, mi querida nube negra, pero ¿por qué? ¿Qué sucede que no se te pasa? —Me encogí de hombros—. ¿Has probado yendo al bar?

—Obvio, Clara —dije obstinado.

—No seas pesado, Bruno, ¿has probado yendo a *otro* bar?

—Sí, ayer Sergio me arrastró a otro, terminé follando con una pelirroja espectacular. Esto es otra cosa Clara, no sé qué me pasa, es por completo atípico de mí; francamente me preocupa.

Mi amiga se sentó junto a la barra de la cocina llevándose la mano a la barbilla pensativa, mientras yo comenzaba a vaciar una cubeta de hielo en la batidora, para hacerme un batido por aquello de la ventana anabólica. Agregué leche de almendras y una porción de proteínas, mezclé bien y dejé la jarra en la encimera.

—Desde mañana empezamos a ir a museos, te voy a ayudar —explicó entretanto yo me comía una banana.

—¿Museos? ¿Esa es tu gran idea? —dije con un bocado a medio masticar mientras me bebía el batido.

—Bruno, existen los vasos —dijo levantándose para servirme la bebida en uno. Seguí comiendo mientras Clara movía el pie, un tic nervioso de ella, al tiempo que se mordía las uñas—. ¿Un spa? Un buen masaje, ya sabes, ¿no crees que funcionaría?

—Supongo.

—¿Hay algo que no me estás contando? El otro día que me acompañaste a lo del vestido te veías muy contento, y justo ahora andas, bueno ya eres tú de nuevo. No tengo problemas con eso, pero admito que me gusta más el Bruno feliz.

—No me pasa nada... nada realmente importante, sí he escrito algo, solo que no sé cómo continuar, el personaje que estoy desarrollando es inusual a lo que suelo trabajar en mis novelas.

—¿Cómo es?

—Mejor léelo —dije señalándole mi portátil sobre la mesa de mi escritorio.

—Vale.

Clara se sentó, ni siquiera me había tomado la molestia de cerrar el documento, así que apenas sacó de hibernación la pantalla, apareció frente a ella.

—Ve al principio, lee, solo tengo tres capítulos y más adelante la escena de un beso —dije terminando de beber el batido—, me iré a dar una ducha.

—De acuerdo, tómate tu tiempo, lo leeré todo.

El agua me relajó, me enfrió la cabeza. Me puse unos bóxers y caminé

hasta la sala, la encontré aun leyendo y cuando quise hablarle me hizo señas para que me callara pues estaba concentrada, cuestión que me dio un poco de ánimo. Tal parecía que la cosa no estaba tan mal. Decidí acostarme un rato en mi cama a leer, dándole espacio, pues sabía que odiaba ser molestada durante la lectura. Veinte minutos después, se tiró a mi lado, bocabajo, en el colchón, se llevó las manos a la barbilla y apoyándola sobre estas exclamo:

—¡Me encanta! Él es muy tú, cuestión rara porque a ti te va eso de que todo sea bastante ficción, incluso el único personaje de una tus novelas que medio se parece a ti es bastante diferente... pero ¿ella quién es?

—Buena pregunta... Por eso me estoy tardando, aun la estoy descubriendo, la sigo conociendo.

—Pues conoce rápido a este personaje, con tus demás chicas no te tardaste tanto.

—Lo que sucede es que *este* es un personaje que sí está algo inspirado en alguien —admití revolviéndome entre las sábanas.

—¿Qué? ¿En quién? —exigió Clara conocer y yo negué con la cabeza—, dime, anda dime, hablemos del tema, tal vez te ayudé a desbloquearte.

—Vamos por ahí, cenamos y te cuento.

Resultó que Clara ya sabía quién era ella. La señorita pecas al ver que compartí en mi página de Facebook la publicación de Camila, con el enlace de Amazon de su libro auto publicado, se fue derechita a averiguarle la vida. Convidó conmigo en que era preciosa y... que lucía demasiado chica buena, decente, de esas que huelen a jabón y a alguna fragancia floral. Una chica a la que no le convenía juntarse con un tipo como yo que solo quería abrirlle las piernas.

No obstante, mi exnovia no era una mujer de advertir demasiado para estas cosas. Me conocía, sabía que yo iría directo a rascarme lo que me picara. No tenía mucho sentido preocuparse por el bienestar de una chica que no conocía. Así que me recordó mis propias palabras: «no quiero que nadie me conozca, prefiero vivir en una especie de anonimato». Solo mis amigos sabían que yo era el Bruno escritor, para todos los demás usaba mi segundo nombre.

Odina más de una vez me rogó para que fuera a entrevistas, a ferias de libros y a los famosos encuentros con lectoras. A diario leía mensajes en tónica de acoso que no respondía. Esas chicas ni siquiera me conocían, que yo podría ser un enano, con solo tres dientes y ahí estaban ellas, enviándome

fotos con escotes demasiado pronunciados. A veces ni escote, solo tetas.

Estaba ante una situación atípica, nunca había accedido a conocer a alguien del medio y mucho menos a una escritora desconocida. Siempre disfruté de la oscuridad, estar en presentaciones de libros ajenos estrechando manos, inspeccionando, estudiando la vida de otros escritores públicos, manteniendo charlas simples en donde era un lector más.

Supongo que Clara no quiso gastar demasiada saliva, solo me lo recordó nada más. Siquiera intentó convencerme de remitir mis impulsos, en cierta forma hasta me apoyó en silencio: «anda Bruno, explora en el bosque, lánzate a la casa de la abuela, descubre que hay debajo de la capa roja. Tal vez eso te quite el maldito bloqueo, lances un nuevo libro, tu editora sea feliz y a mí me quede una buena pasta de comisión para pagarme la luna de miel con Pablo».

Estaba en la cama con la Tablet en las manos, ojeaba entre mis libros digitales a medio leer. Buscaba algo que fuera medianamente atractivo, pues la inapetencia no era solo para escribir, últimamente lo era para leer también. Tal vez esa era una de las maldiciones de los escritores, el adivinarse las tramas de los demás a tres kilómetros. Desollar, despellejar un libro tras apenas conocerlo, dejándolo de lado porque ni siquiera despertaba un cosquilleo fuerte como para seguirlo. Así que ahí quedaba, abandonado sin importar que hubiera miles de personas dando fe de su excelencia. Estaba a punto de soltar el aparato e irme a lo seguro, uno de los poemarios de mi mesa de noche, cuando sonó el móvil y entendí que era inexorable el contestarle la llamada, las ganas de escuchar su vocecita me pudo.

Me revolví flexuoso entre las sábanas. Mi primer pensamiento de la mañana fue ella corriéndose entre suspiros audibles y ubérrimos gemidos... ¿Quién lo diría? La tierna Caperucita me había calentado por teléfono. Pasó de cohibida a decir sin muchos preámbulos que me quería besar y joder, me apetecía un montón salir corriendo a verla, sin embargo, preferí tomarme las cosas con calma. Quería que ella procesara el hecho de mi visita, le estaba dando espacio para que se hiciera a la idea de que iría a conocerla, a besarla y si me dejaba: a follármela con muchas ganas. No quería cuentos de: me dejé llevar por el momento.

Lo ideal habría sido no tener que esperar una puñetera semana para el encuentro, me apeteció verla esa misma noche. Lástima, qué lástima que Camila me invitara a besarla justo antes de ese día de felicidad lúgubre. De

celebración quebrada. Sergio y yo habíamos convenido conferirle a ese día el honor del resumen del año. El plan estaba hecho, no podía cambiar el rumbo de ese día, nunca.

Lo que no preví era que, tras aquella línea de palabras las cosas se fueran a calentar como lo hicieron. Cuando le pregunté qué traía puesto fue hasta medio en broma, aunque mi voz sonara impasible y seria. Casi sin percatarme respondí a los impulsos, a la agitación que se produjo. La sangre pareció bullir tras estar un buen rato a fuego lento. Sin mucho esfuerzo me calentó. Me ponía imaginármela con su sonrisita benévola, esa que ponía en las fotos. Con sus bragas blancas inmaculadas mojándose, sintiéndose contrariada.

Sí, justamente eso era lo que me excitaba de Camila. Me llevé una mano a la frente y con la otra me apreté la polla dura que se templaba dolorosamente. Me encantaba esa negación tácita, Bruno quiero que me beses, pero al mismo tiempo tiemblo del miedo de que lo hagas. Me gustaba más que se animara, si bien me excitaba la idea de pervertirla, también me estimulaba que ella se lanzara. Habría que ver con qué me encontraría esa noche del encuentro, si con la Caperucita roja ingenuamente valiente o con la Camila seria e impenetrable. Fuese como fuere me la tenía dura.

Parecían flotar en mi habitación sus jadeos guturales, se me hacía agua la boca con ese culo en bragas de Hello Kitty. No pude evitarlo, mi cabeza comenzó a maquinarse, a recordar la manera en que se había descrito a sí misma, la forma de sus pezones, el sabor de su coño... A pesar de la excitación prominente, decidí ignorarla, aunque la ida al baño con una erección siempre sería un problema.

Caminé a la sala, encendí mi portátil y decidí escribir. Mi pulso no era el más adecuado, mis dedos no danzaban por el teclado, más bien parecían andar como a trompicones, como si estuvieran borrachos. Como si los resuellos involuntarios de Camila al teléfono fueran un elixir que me narcotizó los sentidos. Sus palabras se repetían en mi mente, se contraponían con mis respuestas, las que le dije y las que me callé.

«¿Me empotrarías?»

« Solo si tú quieres... pero sí, con fuerza... te la voy a clavar tan duro que vas a morder la almohada, Camila»

Me imaginaba sus deditos trémulos deslizándose por su carne húmeda. Los ojos a media asta, desorbitados por el deseo, los pezones erguidos pidiendo ser lamidos, la curva del abdomen, la suavidad de los muslos. Jadeos... Mi cabeza solo reproducía jadeos de Camila. Me la imaginaba con

los labios entreabiertos, con las mejillitas rubicundas y mis manos enrollándose en su cabello rubio. Mi polla palpitante apoyándose en su lengua. Me gustaba la idea de follarle la boca mientras le enseñaba a que fuera generosa conmigo, porque recompensaba muy bien luego.

Supuse que le costaría el tema de la argolla. Me imaginé a Caperucita con cara de confundida, ingenua sin saber qué hacer. Me pregunté ¿qué tan acogedora sería su boca, su coño?

«Conmigo no vas a pasar frío... Te quiero siempre caliente». Escribí como dialogo.

Las ganas de hacerla gozar crecían, pero también las de torturarla, postergarle el placer hasta que mi lujuria creciera. Me daba morbo, mucho morbo, imaginarla rogando como la noche anterior. Ya me había percatado de que era muy sensible, se corrió muy rápido. ¿Cuántas veces podría hacer que se corriera en una noche? Quería hacerla fenecer de satisfacción, quería que rogara que parara porque no podía más. Así la quería, por completo extasiada

La excitación me podía mientras escribía. Mi pene pulsaba contra la tela de los bóxers, sin ninguna posibilidad de que bajara mi erección mientras escribía todo aquello. No era usual en mí estar en ese estado mientras escribía, pero me sentía como un pintor que tenía que capturar la imagen del momento. Redirigí el deseo a mis manos para imprimir en aquellas letras el deseo avasallante que me dominaba.

«De hecho se me antoja tenerte encima de mi cara, comerte toda, mientras tú me comes a mí. Pasarte la lengua de arriba abajo, a la vez que me succionas y gimes ahogada. Quiero desesperadamente saber cómo sabes.... Bañarme con tu sabor salado, meterte la lengua adentro, muy adentro, en tu coño dulce».

Mi imaginación me hizo viajar a ese perfecto trasero. Las manos me picaban, se me antojaba enrojecer su turgente piel con nalgadas, hasta escocerla por haber sido desobediente. Por correrse sin mi permiso. Mentirle, decirle que eso no me gustaba, cuando en realidad me volvía lascivo su ansiedad desmedida. Su inhabilidad para aguantar me ponía un montón, imaginarla bullendo sin poder evitarlo. Aun así, la haría aceptar su delicioso castigo. Hacer que con cada nalgada le vibrara el coño, humedeciéndose para mí y así zambullirme en ella. A Camila me la quería follar con las piernas muy abiertas, de par en par. Hacer palanca con ellas entre mis brazos e imposibilitarle que pudiera cerrarlas. Expuesta, toda para mí... Sin poder

resistirse a mis avances.

Caminé hasta la ventana invadido por la arritmia, la abrí dejando que la brisa gélida me atemperara el cuerpo para poder seguir escribiendo. Acción infructuosa: las ganas se propagaron por cada parte de mi cuerpo como un fuego que ardía incandescente. Sufrí, maldita sea, sufrí como expiando pecados. Cada segundo que mis dedos tocaban las teclas parecían horas, días. El tiempo se dilataba. Escribí y escribí hasta que acabé.

Mi polla palpitante agradeció la caricia, el pozo de humedad no mentía, tampoco lo duro que estaba. Me toqué dejando todo gramo de raciocinio imaginando a Camila tocándose mientras hablábamos. Estrujándose un pecho con desespero, apretando los muslos, deslizando sus dedos adentro de su coño con impaciencia bajo el mandato de mi voz alterada... Me corrí rememorando su grito de éxtasis.

Abrí los ojos y me pareció que no tenía energía en el cuerpo, me di una ducha sintiendo mi estómago rugir. Más tarde revisé el escaso contenido de mi frigorífico, debía ir por algo de víveres, comí algo de cereal y me vestí para ir a la tienda. Justo cuando estaba saliendo de mi portal recibí una llamada de mi hermano.

—¿Listo para esta noche? —preguntó apenas dije hola.

—Como todos los años. Tengo pensado comer muy bien y beber mucha agua para prepararme.

—Ah pues lo pillas bien entonces, yo en cambio tengo una resaca que está acabando conmigo. Bernardo y yo acabamos tirados por los suelos anoche. Me invitaron a beber luego de una sesión de fotos para una revista. Estupendo todo.

—Bueno, trata de reponerte rápido, no te quiero todo blandengue esta noche.

—Estás hablando con un pro, en un par de horas estaré bien, Alex —dijo mi segundo nombre con una entonación insinuante—. ¿Qué hiciste con Jaz la otra noche?

—¿Jaz?

—Sí, Jazmín, pelirroja, preciosa, un metro setenta y tres, de piernas largas, pecas y gracia divina...

—Me trajo a casa.

—¿Y?

—¿Acaso yo te pregunto lo que haces?

—Solo quiero saber si ya mi hermano profanó ese templo, para ahorrarme

el posible futuro coqueteo.

—Ahórrate el futuro coqueteo.

—Lo sabía —dijo hastiado—. Eres un puto suertudo. Es una chica especial, es una de las pocas modelos que conozco que no demuestra sus inseguridades entre tomas. Sumamente profesional, excelente, es un camaleón, muy fácil de trabajar con ella, incluso parece no tener complejos con su cuerpo.

—¡Es preciosa! Debe ser por eso —repliqué llegando a la tienda, colocando un par de cosas en el carrito.

—Eso no tiene nada que ver.

—Bueno, pero con esas piernas, ese pelo, esa piel, ¿Qué tan insegura podría ser?

—Bruno, todas tienen piernas larguísimas, el pelo hermoso y bonita piel. Aun así, las modelos son las mujeres más inseguras del mundo, porque siempre tienen que estar perfectas, siempre. Por eso te digo que ella es especial, no estoy diciendo que no sea insegura, solo que parece manejarlo mejor que otras chicas.

—¿Por qué son tan inseguras? Es decir, comprendo todo esto del medio, que los diseñadores son muy exigentes, pero por Dios, la gran mayoría se han sacado la lotería genética —dije leyendo la etiqueta de un frasco.

—Porque las modelos son lienzos, Bruno. Los lienzos les hablan a los artistas, así que ellas se preocupan de ser el lienzo más bonito y perfecto para tantos artistas como puedan.

—Bueno, no sé, te doy la razón en que es muy segura de sí misma. Tienes razón, es especial —respondí y escuché una voz femenina adormilada llamarlo a lo lejos.

—Tengo que irme, nos vemos en la noche ¿vale?

—Vale... ¡Y no llegues tarde, joder!

Tras acomodar la comida en el frigorífico, me serví un vaso de agua. Antes de pensar en hacerme algo para almorzar, me entraron ganas de saber de ella. La noche anterior me había colgado intempestivamente, así como para variar, siempre me daba un corte violento, me dejaba con las palabras a medio masticar y con ganas de más. Era sábado, supuse no trabajaba, no tendría excusas. Uno, dos, tres tonos: su vocecita temblorosa diciendo hola.

—Hola, maleducada, ¿cómo estás? —dije y la escuché soltar una de sus risitas nerviosas.

—Muy gracioso —respondió en lo que parecía un tono ¿sarcástico?

—Siempre me dejas hablando solo, te hacía más educada. Creo que necesitas clases particulares de etiqueta —dije en tono de medio en broma, medio lascivo.

—Bueno me... me estaban llamando. Era... mi madre —dijo tartamudeando nerviosa—. Una emergencia... Sí, eso, ella...

—¿En mitad de la madrugada? —interrumpí—, Caperucita te van a echar del convento por mentirosa.

Evité reír, sabía que el tema la tenía cansada, pero si no la fastidiaba dejaba de ser yo.

—¡Arrrg! —gruñó frustrada tal como predije—, ¡deja de decir eso!

—Vale, una emergencia, ¿y todas las veces anteriores?

—Pues... Ay da igual. Me puse nerviosa, ¿vale?

—Insisto, necesitas clases de modales.

—Ufff... eres insufrible.

—Las clases te las daría yo, con recompensas... y castigos incluidos, por el módico precio de que me dejes jugar con tu dulce boquita —dije en tono libidinoso.

—Bruno... —advirtió arrastrando la letra u, con un tono de: te estás pasando, que me hizo mucha gracia porque en realidad no sonaba a un regaño como tal.

—¿Qué? —contesté fingiendo inocencia—, ¿por qué ese tonito de reprimenda?

—Porque no me siento cómoda recordando lo que pasó... Me convertí en una fresca. —Suspiró haciendo una pausa—, no me reconozco. —Su voz sonó afligida y eso no me gustó para nada.

—¡No eres una fresca! —exclamé molesto—, deja de decir tonterías. A mí sí me gusta recordar nuestra conversación. La recordé mucho esta mañana cuando desperté —agregué con voz pausada y lúbrica. El silencio se hizo en la línea y me asusté, ¿en serio se sentía mal?—. ¿Cami? ¿Estás ahí?

—Bruno, por favor... —suspiró—. Sabes que me pongo nerviosa con estas cosas —dijo en tono serio.

—Yo sé que te pones nerviosa, lo hago por eso, ¿quieres saber por qué? —pregunté tentándola.

—¿Por qué?

—Porque me excita ponerte nerviosa —Camila jadeó apenas escuchó esa frase y sentí mi pene tensarse inquieto y cuando iba a decir algo más en el

mismo tono, escuché un estruendo.

—¡Mierda!

—Primero te golpeas la rodilla, ahora rompes algo.

—Se me calló el vaso de agua que llevaba al fregadero, listillo. Fue tu culpa —dijo en tono de lo que parecía una falsa molestia.

—Camila necesitas más entereza —dije en broma para después rectificar de inmediato, pues sí, yo cargaba con la culpa. En realidad, no me importaba, me gustaba turbarla así; no tenía problemas de admitirlo—. Aunque no, mejor no, olvídalo, así eres perfecta.

—¿Qué soy qué? ¿Perfecta?

»Sí fuera perfecta no estaría sola, tendría un novio por ejemplo —dijo y se escuchó el ruido de los cristales chocando contra algo, probablemente el cubo de la basura.

—Los noviazgos son complicados, ¿para qué quieres eso?

La verdad era que me fastidiaba muchísimo ese tipo de inseguridades. ¿Quién le había metido en la cabeza que ser perfecta tenía algo que ver con tener pareja?

—Porque yo sí creo en el amor —dijo siguiendo con el tema. Cuando se ponía así el instinto de salir corriendo se me activaba, pero al mismo tiempo sentí un poco de pena por ella, parecía genuinamente sentirse sola—. Me gustaría regresar a casa después de un día duro de trabajo y encontrarme con un beso de bienvenida.

—Ya te llegará el hombre de tu vida, Camila —dije en un intento de animarle.

—Sí, claro... —replicó poco convencida.

—Mientras, te diviertes con tipos como yo. Así funciona la vida ¿o es que tú crees que tu futuro esposo está por ahí guardando castidad hasta encontrarte?

—No soy de esas, te repito, lo que pasó anoche fue algo inusual —agregó en tono adusto confundíendome.

—Mmm, entonces ¿qué? ¿No quieres verme? —dije algo afligido.

—No, no, ¡Sí quiero! —Y su entusiasmo me tranquilizó—. Ay Bruno no es eso, es solo que no soy de esas que hacen *esas* cosas por teléfono —añadió y mis ojos rodaron con fuerza hacía arriba. «Hacer esas cosas» ella y su inhabilidad para llamar a las cosas por su nombre, tuvimos sexo telefónico, nos calentamos, nos gustó, ¿cuál era el problema?

—A ver, Camila, que si voy a verte no es para tomar el té, es a conocer tus

bragas de *Hello Kitty* —dije insinuante, pero medio en broma para no decirle de plano que me la quería follar durísimo.

—Bruno, creo que ni siquiera podría tocarme más de la cuenta teniendo la luz encendida —Y cuando dijo eso, se me terminó de templar en los pantalones, por alguna razón lo que en muchas mujeres me resultó fastidioso en el pasado, con ella me calentaba demasiado.

—Mmm —dije relamiéndome los labios y acentuando la voz—, yo te puedo tocar sin importar el grado de iluminación, aunque admito que no me va la oscuridad por completo, necesito poder verte.

—Sí, claro —dijo soltando el aire en un bufido—, ¿para ver cómo me avergüenzo?

—Mmm sí, exactamente eso —agregué ladino.

—No podría ni mirarte a la cara. Dios... —dijo mortificada.

—Cierras los ojos —dije riendo porque el pensamiento que me había atacado era mejor callarlo.

—Seré consciente de que me miras, moriré de la pena igual... Oye... ¿te estás riendo de mí?

—No —dije tajante—. Yo también me puedo poner nervioso ¿sabes?

—Sí, claro —dijo bufando de nuevo.

—Pensé algo que no puedo decirte y me reí, eso es todo.

—¿Qué cosa pensaste?

—Cosas... —dije incitándola, la curiosidad de Caperucita era su mayor debilidad.

—Dios, no te soporto cuando te pones así. Solo quiero saber, dime qué cosa pensaste —exigió apremiante y contuve reírme, caía demasiado fácil en mis provocaciones.

—No tengo problema en decirte, pero estás segura de que... ¿quieres saber?

—Sí, quiero saber —dijo dando un paso en el bosque tenebroso.

—Pensé en que no me importa que cierres los ojos, mientras me abras bien las piernas —dije en tono lujurioso y su jadeo inmediato en respuesta hizo que mi pene brincara hinchado, palpitando con ganas.

—Serás...

—Tú quisiste saber —dije riendo.

—Ok, ok, yo tengo la culpa. Yo y mi curiosidad.

—Me gusta tu curiosidad, de seguro te va a meter en muchos problemas conmigo.

—Bruno, no sé qué decirte cuando me hablas así
«No hace falta que me respondas con palabras, con jadeos me basta»,
pensé.

—Mmm, me da la impresión de que te calentaste, igual que anoche.

—¿¿¿Qué??? Nooo.

—¿Qué tienes puesto, Camila? —susurré casi riendo solo por molestarla.

—Ay no empieces —dijo en ese tono de regaño que no lo era en realidad, haciéndome reír.

—Está bien, señorita bragas de *Hello Kitty*.

—¿No es que tenías algo que hacer hoy? —preguntó en lo que parecía un impostado tono de molestia.

—¿Me estás cortando?

—No... yo solo...

—Uff corte violento, en serio necesitas esas clases de modales y etiqueta. El profe da nalgadas, advierto —dije con un falso tono serio.

—No quise sonar cortante, Bruno, perdóname, solo no quería volver a... ¡Dios! —dijo nerviosa—, qué difícil es decir... Nada olvídalo, sólo preguntaba por tu fiesta.

—¿Fiesta? —dije en tono confundido.

—Sí, ayer cuando te dije que vinieras, me dijiste que no podías porque tenías que ir a una fiesta —me reprochó, como si no confiara en mí—, algo con tu familia.

—Ahhh eso —suspiré apesadumbrado.

—¿Qué te pasa?

—Mmm es complicado —admití derrotado—. No es una fiesta...

—Sé que no nos conocemos, pero... Puedes confiar en mí, te lo prometo —dijo con una dulzura desarmadora.

—Mis padres se casaron en un día como hoy, es su aniversario.

Y acto seguido de que las palabras salieran de mi boca me arrepentí, no me gustaba hablar de eso.

—¡Oh vaya, enhorabuena de mi parte! —exclamó con auténtica ternura.

—Sí... pero ellos ya no están... —dije con la voz quebrada y nos quedamos en silencio. Yo no sabía qué decir de momento, la calentura se me pasó de un plumazo y el corazón se me encogió en el pecho, como todos los malditos años desde que ellos se fueron.

—Emmm... Bruno, lo siento, no quería... perdona.

—Mi hermano y yo visitamos este día su tumba, —seguí relatando sin

saber por qué, solo necesitaba soltarlo—, eso es todo, no es ninguna fiesta.

—Dios... ahora me siento como una estúpida.

—No, no, tú no sabías nada y espero que esto quede entre nosotros, no hablo de mi vida personal nunca.

—Tranquilo no diré nada, en serio, perdona... con razón no podías venir...

—Han pasado muchos años, pero sigue siendo un tema difícil.

—Lo entiendo, siento mucho vuestra pérdida.

—A Sergio y a mí no nos gusta visitarlos en su fecha de muerte, lo hacemos en su aniversario de bodas.

—Wao... eso es muy bonito —dijo con su tono meloso y sorbiendo por la nariz—, seguro ellos estarían felices porque los recuerden de esa manera, en un día tan feliz.

—Supongo... —dije sin más.

—Oye cómo...

—Mmm —dije interrumpiéndola, no soportaba escuchar siquiera esa pregunta así que me adelanté a contestarla—, mis padres son ingenieros... eran... Tenían una empresa de consultoría, fueron a evaluar las condiciones de seguridad de una refinería petrolera con la que nunca habían trabajado... Te ahorro los detalles... hubo una explosión.

—Bruno —dijo sollozando—, lo siento —exclamó con tristeza hipeando y yo me limpie los ojos que comenzaban a humedecerse—, no puedo evitar ponerme triste y... lo siento, en serio.

—Mmm sabes, tengo mucha hambre —dije levantándome del sofá, caminando hasta la ventana para coger aire—, hablamos luego ¿vale? Tal vez te llame borracho, advierto.

—Pero... Bruno... Perdona, ¿me cortas porque me puse así? —Y ella no entendía que en realidad no soportaba hablar del tema, aunque me enternece que ella fuera tan empática.

—No, no, no te corto por eso, soy yo el que me pongo mal, no sé ni porque te solté todo eso —dije suspirando—, disculpa.

—Tranquilo, no bebas demasiado, por favor.

—No te preocupes, un beso, Camila.

—Pero Bruno, promételo.

—¿Qué?

—Que no beberás demasiado, ni cogerás el coche —dijo de una forma seria y preocupada, recordándome irónicamente a mi madre.

—No puedo prometerte eso, siempre bebo mucho este día, pero tenemos conductor designado, no te preocupes, en serio.

—Ok... está bien, hasta mañana.

—Si me porto mal, me castigas tú a mí, ¿vale? —dije queriendo salvar la situación que se había tornado demasiado triste y melancólica. Ella rio sorbiendo por la nariz bajito.

—Está bien, el castigo será que no te dejaré besarme —bromeó y su comentario, aunque con voz nasal, me devolvió un poco el buen humor haciéndome reír bajo.

—Sí lo harás, sí vas a dejarme —dije canalla.

—Bien, dale saludos a tu hermano, adiós Lobo feroz —dijo lanzando un beso sacándome una sonrisa.

—Adiós, Caperucita.

Mi hermano y yo brindamos haciendo que nuestras jarras de cerveza salpicaran sobre la mesa. Bebimos un buen sorbo. Nunca llevábamos la cuenta de lo bebido ese día, igual se nos iba a olvidar más tarde, así que no tenía sentido. El teléfono de Sergio sonó advirtiendo que era Estefanía, la chica con la que estuvo la noche anterior, le escuché hablar algo de una fiesta, le dijo que intentaría pasar luego. No le presté atención porque en ese momento iba llegando Bernardo.

—Eh ¿cómo andan?

—*Re* bien, loco —dije intentado imitar su acento argentino y él se rio copioso. Buscó una cerveza en la barra y se sentó en la mesa.

—Feliz aniversario de bodas para sus padres —dijo brindando con nosotros.

—Recuerda que no puedes beber mucho —agregó mi hermano, recordándole su cometido para esa noche.

Seguimos bebiendo hasta que se aproximó la hora. Era bien entrada la noche, le dimos dinero a Bernardo porque estábamos muy ciegos como para poder pagar. Él recogió el paquete de cervezas que el señor Alberto nos tenía reservados y nos marchamos.

Al llegar al cementerio, Bernardo nos ayudó a bajar del coche. Le dio cincuenta euros y las cervezas al vigilante nocturno que ya nos conocía y sabía que solo éramos unos chavales dementes, no unos brujos profanadores de tumbas o hacedores de rituales satánicos. Solo necesitábamos privacidad, en medio de la noche sin que nadie nos jodiera para hacer nuestras chorradas.

Bernardo nos ayudó a localizar la tumba, pues íbamos dando trompicones y se alejó dejándonos solos. Empezamos a llorar, eso hacíamos ese día: beber y llorar. Yo acomodé las dos docenas de calas, —las flores favoritas de mi madre— sobre la tumba conjunta de mis padres.

—Feliz aniversario —dijimos al unísono arrastrando las palabras por la borrachera, mirando el epígrafe donde rezaba sus nombres.

—Hace treinta años mamá, papá te embarazo de este gillipollas —dijo mi hermano dándome un palmetazo en la espalda como si quisiera sacarme un pulmón—, y tuvieron que casarse como Dios manda para que no fuera un bastardo.

—Al menos su primer hijo sirvió para algo y no como la desgracia que vino luego.

—¡Qué mamón! —contestó con brío.

Nos empezamos a insultar, después nos abrazamos, lloramos como idiotas y les dimos el resumen del año, las nuevas de cada uno. Sergio habló de su trabajo, sus despliegues fotográficos en revistas de moda, yo de mis novelas. Concluimos que ninguno le había dado nietos y seguiríamos así, porque no teníamos unos padres a quienes encasquetárselos para que nos los cuidaran un fin de semana. Afirmando que era su culpa nuestra falta de progenie, con ese particular humor retorcido que ambos compartíamos.

Lloramos un rato más mientras bebíamos. Le contamos sobre la abuela y muchas tonterías, pues estábamos muy borrachos. Creo que en ese punto dejé de entender muy bien qué pasaba a mi alrededor. Bernardo nos buscó al rato, entramos al coche, seguimos bebiendo. Lo siguiente que supe fue que estaba en una discoteca. Mi hermano le hacía una exploración bucal en toda regla una chica, que me saludó con dos besos de lo más amigable un momento antes.

Después todo se difuminó... Su aroma me llegó a la nariz y sentí sus manos en mi pecho, hablándome al oído.

—Hola, profe.

Y todo se me hizo rojo... muy rojo.

Capítulo 12

Razón 7 | picaflor

—...adiós, Lobo feroz...

—Adiós, Caperucita.

Mi sonrisa no decayó en todo lo que duró nuestra conversación por mucho que hubiésemos hablado de cosas tristes. Bruno empezaba a gustarme más de la cuenta y aunque me repitiese una y otra vez que no debía, mi corazón parecía no hacer caso a la razón. Me despegué el móvil de la oreja, cuando me di cuenta de que la llamada ya había finalizado. Lo que me contó de sus padres no me lo esperaba, como tampoco esa parte suya tan... humana.

Sí, era humano. Tenía sentimientos, tenía miedos, no solo era fachada canalla con pensamientos indecorosos. Me había demostrado ternura, una cosa que si me lo hubieran dicho el día anterior, no la hubiera relacionado con él. Pero una vez más me había descolocado, esa vez de una buena manera.

Me llevé los dedos a los labios sin ser verdaderamente consciente de ello y cerré los ojos cuando sus palabras susurradas la otra noche, se reprodujeron en mi mente como una película. Las yemas de mis dedos hormigueaban, al igual que mis labios, todo mi cuerpo en realidad. «¿Cómo sería sentir un beso suyo?», seguro sería rudo, casi haciéndome daño con la fuerza que ejercería, aunque él dijera que haría el intento de no serlo. Siempre pensé que mi exnovio era buen besador. Los mejores besos que había tenido, sin embargo, sabía que Bruno lo hacía mejor y eso que aún no los había probado.

Algo en esa imperiosa necesidad de poseerme con todo su ser, me hacía ansiarlo con ganas. Y aunque eso jamás podría decirlo en voz alta, lo deseaba de verdad. Saber cómo era el tacto de sus dedos, si sería de manos ásperas o suaves. Si era de hacer alguna cosa en particular, como pellizcar mientras daba besitos mariposa por el cuello; si era de susurrar cosas subidas de tono en el oído mientras su mano...

Jadeé cuando la imaginación voló hasta límites insospechados. Mi alma de escritora y lectora estaba más latente que nunca. Cada cosa que proyectaba en mi mente se hacía real tras mis párpados, haciendo de esas escenas un reflejo en la realidad.

Me obligué a salir del trance cuando la habitación se empezó a caldear demasiado. No sabía cómo sentirme respecto a todo lo que despertaba en mí.

Estaba hecha un lío, un desastre de hormonas como si estuviera en plena pubertad. Lo que me faltaba era que a esas alturas empezaran a salirme los granos de nuevo.

Hice una mueca y me levanté del sofá deseando poder hacer algo que me mantuviera ocupada como mínimo un par de horas. Pero era inútil. Al cabo de un rato, después de intentar escribir un poco, la preocupación me embargaba. Ese hombre no era nada mío y ahí estaba yo, muerta de miedo por si le pasaba algo después de beber tanto alcohol.

Un recuerdo lúgubre cubrió mis ojos. Era pequeña, estábamos en el coche, mamá y yo cantábamos una canción que de tantas veces que habíamos escuchado en la radio, nos la sabíamos de memoria. Veníamos de la feria del pueblo, papá estaba contento y tarareaba a nuestra par, hasta que unos faros nos cegaron durante unos segundos. El coche se zarandó y fui vapuleada y golpeada contra la puerta hasta que todo se detuvo.

Esa noche tuvimos un accidente, todos salimos ilesos, en cambio esa imagen borrosa nunca desapareció de mi cabeza. Papá cogió el coche borracho, mi madre lo permitió. Podíamos haber muerto por su culpa y solo de pensar en que Bruno condujera en un estado de ebriedad alto, me mataba de la angustia.

Suspiré y miré la hora. Eran pasadas las nueve de la noche y me encontraba muy ansiosa. Abrí mi armario, solo para ver si encontraba algún entretenimiento, aunque fuese ordenándolo. Sin embargo, una suave tela roja me llamó la atención desde una esquina. Era un vestido que me regaló Alejandra y acordarme de ella fue como si esa fuera mi vía de escape a mis pensamientos. Agarré el teléfono y la llamé. Las paredes parecían tragarme y lo que menos me apetecía era quedarme encerrada a pensar. Su voz hizo eco al otro lado en cuanto terminó el segundo tono.

—¿Qué te pica? —Dijo nada más descolgar.

—¿Dónde estás?

—En casa, ¿Por qué?

—¿Tienes a alguien para que se quede con Melocotoncito? Necesito salir de aquí.

Se quedó callada. Incluso me cercioré de que la llamada no se hubiera colgado, y no, estaba en curso. Por lo que intuí que mi pregunta la había descolocado totalmente.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga?

Rodé los ojos y gruñí en protesta. Me odiaba a mí misma por hacerla

endiñar a su hija a cualquiera, pero en serio necesitaba salir, de lo contrario no se lo pediría.

—¿Puedes o no?

—Sí, tenía pensado salir a tomar algo con Ger, pero me apetece más ser espectadora de tu segunda pérdida de virginidad.

Ella se rio y yo gruñí en respuesta. Últimamente no paraba de hacerlo, al paso que iba me confundirían con un perro. Quedamos en una hora en mi portal, vendría a recogerme ya que no le gustaba la trampa mortal, que según ella, era mi coche. Colgué el teléfono y corrí hacia mi armario. En cuanto lo abrí me arrepentí de haber tenido la idea de salir.

No tenía nada que ponerme... o por lo menos nada lo suficientemente bonito para ir de paseo nocturno. El vestido rojo me hizo guiños desde el extremo de la barra metálica, protegido por una funda plástica. Era un vestido bonito, sin embargo, no era para nada mi estilo. La última vez que me lo puse, comprobé que casi no llegaba a mis rodillas, y nunca llevaba algo tan corto. Antes muerta que parecer una furcia.

Pero en un impulso lo agarré y lo desfundé, haciendo que la tenue luz de mi habitación se reflejara en los pequeños cristales color carmín que decoraban el borde del cuello en V. Me encantaba el color rojo, la intensidad, el brillo... Lo puse encima de la cama, y me quedé mirándolo durante un rato. La hora me hacía burlas desde el reloj de mi mesilla. Si no corría llegaría tarde a la hora pactada y Alejandra se molestaría. No quería verla enfadada.

Me fui al baño, me desnudé y al pasar frente al espejo me detuve a ver mi reflejo. En algún momento mis brazos habían subido hasta cubrirme los pechos, me daba un poco de vergüenza observarme así. Como si no me viera yo misma, si no a ojos de alguien más. Mi abdomen no era del todo plano, pero sí contaba con piernas largas y estilizadas. La curva de mi trasero era bastante pronunciada para mi gusto, mis muslos lo justo para no ser demasiado delgados ni voluptuosos. Estaba llena de curvas y rectas, me veía diferente, rara, a como me había visto siempre.

Con cuidado aparté mis manos, dejando mis senos al aire. De pronto un calor insoportable me subió por el cuello, cubriendo mis mejillas. Parecía una bombilla incandescente y sin querer, las palabras de Bruno destellaron en mi mente: «...tengo muchas ganas de verte para poder observar con mis propios ojos, cómo te sonrojas por las cosas que te digo...» tragué saliva y cerré los ojos. No debía estar recordando eso, ni sus gruñidos, ni sus palabras

atrevidas. Pero lo hacía. Dios, si lo hacía...

Pero algo me hizo reaccionar. La vergüenza volvió con fuerza y le di la espalda a la imagen de esa mujer que estaba en el espejo. Esa no era yo, yo no me comportaba así.

Me duché deprisa. Lavé mi cabello a conciencia, quería que esa noche luciera bonito, brillante y sedoso. Según Alejandra era una de mis armas, pues pocas mujeres poseían un tono tan bonito de rubio natural. Una vez acabé, me sequé y enrollada en una toalla, salí hacia mi habitación para quedarme mirando el vestido una vez más.

—¡A la mierda! —Lo cogí, agarré un par de medias a medio muslo semitransparentes de color negro, porque con aquel vestido unas enterizas no valían ya que se señalarían las costuras y unos tacones negros a tiras que tenía de una boda del año pasado.

Cuando estuve subida a esos andamios y enfundada con el vestido, me dirigí al espejo para darme una buena sesión de chapa y pintura para acabar con mi palidez natural. Pero me paré en seco al ver mis pintas. No estaba fea, al contrario, lucía diferente, pero atractiva. Gracias a que las medias oscuras me daban el recato que le faltaba el vestido, no me veía tan expuesta cosa que agradecí. Sin embargo, parte de mis hombros, escote y brazos quedaban al descubierto. Aun así, me gustaba mi apariencia. ¿Le gustaría a Bruno verme así? supuse que sí.

Sonreí sin poder evitarlo a la vez que me ponía pintalabios. Con un último toque de mascara para pestañas estaba lista. Nada de sombras de ojos ni de maquillaje cargado. Con un poco de color bastaba y sobraba. Mi pelo se portó bien, una vez lo sequé con el secador, con sus ondas naturales y sin necesidad de hacerme nada. Con el apetito recién llegado, fui hacia la cocina y agarré un bollito de crema. Si mi madre me viera, pondría el grito en el cielo, diciéndome que eso no era una cena en condiciones. Pero tenía prisa, en menos de cinco minutos Alejandra estaría...

Ding...

Tragué como una posesa lo último del dulce y correteé hacia el telefonillo. Le dije que bajaba en cinco minutos. El tiempo necesario para tomar mi bolso, chaqueta, teléfono y salir corriendo —O hacer el intento de andar deprisa con esas trampas mortales—, hacia el ascensor. Por nada bajaría tres pisos de escaleras. Cuando llegué al portal, mi amiga se encontraba fumando un cigarrillo de espaldas a mí, mirando hacia la calle. Llevaba un vestido blanco de encaje, por la rodilla, pero con transparencias por todos lados.

Lucia medio virginal. Entonces me arrepentí de mi elección de atuendo. Parecíamos el angelito y el diablo. Jamás era yo la que vestía como este último.

Cuando estaba a punto de dar media vuelta, ella se giró y me vio. El cigarro se le calló de los labios y su mirada barrió mi cuerpo anonadada. Como si estuviera viendo un fantasma. Eso me dio más miedo y vergüenza si cabía.

—Camila... —dijo sin cerrar la boca. Se acercó y volvió a escudriñarme de cerca. Incluso creo que me contó las pestañas... ¡Wow! Te ves genial, preciosa, ¿qué coño te ha picado? ¿O mejor dicho, qué te has fumado? Porque quiero un poco de eso, si así me veo igual de bien que tú.

—Solo es un vestido... —me defendí abrazándome a mí misma.

—No es solo un vestido. Estás diferente, tu cara brilla, joder. Eres toda una bombillita sexy y follable. Si no fuera tan heterosexual y me gustara más una polla que a un tonto un lápiz, te tiraba los tejos... —Le pegué un manotazo en el brazo haciéndola reír.

Era la primera vez que me veía a su altura, gracias a los tacones. Siempre iba en planos y ella lucía sus pies como toda una diva. Nos metimos en el coche y me arrebujé en el asiento al sentir la calidez del interior. Miré mi móvil deseando poder ver un mensaje de él pero me desilusioné al no tener nada. Solo esperaba que estuviera bien, que se divirtiera, pero no demasiado. ¿Me llamaría estando borracho? ¿Y por qué lo haría de todas maneras? ¿Qué tenía yo de especial para él?

—Escucho los engranajes de tu cabeza desde aquí y eso que la música está tan alta que no escucho ni el tráfico. Habla.

Tragué saliva al mismo tiempo que mi amiga bajó el volumen. ¿Qué le contaba? Si le decía que había tenido...

—Solo pensaba en... nada.

Ella se rio y me señaló con un dedo sin dejar de mirar al frente. Aún no conseguía entender cómo hacía para conducir con esos zapatos.

—Me lo contarás, Camila, siempre lo haces. Te daré de margen hasta que estemos en algún sitio donde podamos charlar.

Asentí asustada. Madre mía, la noche que me esperaba.

Estábamos en una terraza, con dos cocteles, el mío supuestamente sin alcohol, pero por algún motivo estaba sintiendo un ligero mareo. Suspiré preparándome mentalmente para el bombardeo de preguntas. El local estaba

casi lleno, algo de lo más normal ya que aún era temprano. Según Alejandra a partir de las doce se convertía en discoteca y distaba mucho de lo que era en ese momento. Más bien parecía un espacio relajado, donde la gente charlaba animada y bebía tranquila.

Acababa de empezar la noche y ya nos habíamos echado veinte millones de fotos y cientos de ellas habían acabado colgadas en las redes sociales. Bueno la verdad era que tendía a exagerar, pero nunca había demasiadas fotos para Alejandra. Y todas con poses ridículas que solo para hacerla callar, las hacía sin rechistar.

Removí mi bebida con la pajita, haciendo que la hierba buena y los hielos se mezclaran creando un remolino. Entonces recordé en que posiblemente mi mejor amiga a esas horas estaría con uno de sus ligues de una noche y no conmigo escuchando mis penas. Me sentí la peor amiga del mundo.

—Siento si te agüé el plan con...

Ella hizo un amago con la mano para restarle importancia a la vez que daba un buen sorbo a su coctel. Se la veía contenta de todas maneras, por lo que me tranquilicé.

—Germán, se llama Germán. Olvídalo, es un amigo. Tú eres más importante. —Iba a soltar un «Ohhh» algodonoso, cuando siguió hablando—: además no pensaba perderme tu salida a la vida nocturna.

Rodé los ojos y bebí un pequeño sorbo. La verdad hacía siglos no salía de casa más que para comprar víveres o ir al trabajo. Menos mal que ella tenía más amigas si no, hubiera muerto esperando a que yo le acompañara a sus salidas.

—¿Estás segura de que esto no tiene alcohol? —le pregunté carraspeando. Sentía un poco de ardor en el esófago y aunque no hubiese bebido en mi vida, no era idiota.

—No, tranquila —dijo con rotundidad—, pero ahora cuéntame. Me tienes en ascuas... ¿Qué es lo que te perturba?

—¿Es que eres la bruja esa de la televisión? —Me puso cara de no entender y le expliqué—: sí, la vidente que sale en las noches diciendo: buenas noches, soy Esperanza Gracia, si no puedes esperar al programa de esta noche y tienes un problema que te inquieta o te perturba... —dije haciendo el paripé más grande de mi vida. Y me eché a reír con ganas haciéndola reír a ella. Ese anuncio siempre me causaba gracia. Lástima que hubiera tantísima gente que se creyera que los videntes de la tele podían darles el milagro que necesitaban.

—Calla y cuenta ¿Sigues hablando con pene perforado?

Me atraganté y empecé a toser como una posesa. Le había puesto hasta un apodo... y vaya apodo. Alejandra entre risas tontas se levantó y me dio palmaditas en la espalda hasta que la alejé de un empujón. También quería sacarme los pulmones por la boca por lo visto.

—No lo llares así. Y sí, sigo hablando con *Bruno* —dije haciendo énfasis en su nombre.

—¿Y...?

Cogí aire preparándome para la batalla. Pero en un abrir y cerrar de ojos, alguien se me tiró encima haciéndome caer al suelo con silla incluida. Todo se volvió un caos. Alejandra chillaba, maldecía, y yo estaba más pendiente de verificar que mi falda no se subiera demasiado. Fui alzada en peso, poniéndome sobre mis pies inestables. Unos brazos me rodearon, un olor fuerte y varonil me envolvió. ¿Dónde rayos me encontraba?

—Lo siento, discúlpame, señorita. —Abrí los ojos en rendijas al ser consciente de que era un hombre el que me hablaba.

Uno muy guapo y rubio. Afeitadito, bien peinado y con una fragancia que ya quisiera una copa de ron, embriagar así. Me alejé torpemente de él, aunque luego me di cuenta de que la que me alejó fue Alejandra y no yo.

—¡Casi la aplastas, animal! —le gritó fuera de sí. La gente miraba el espectáculo como si se tratara de una película de cine.

—Déjalo ya... —le pedí cuando ya estuve en mis facultades.

—Alejandra fue un accidente, me empujaron.

Los miré a ambos sin entender nada. ¿Se conocían? Entonces mi amiga gruñó y le pegó un manotazo en el brazo haciendo que él sonriera.

—Ten más cuidado la próxima vez. Camila este es el Héctor, alias el patoso. Héctor, mi mejor amiga Camila.

Sin querer entretenerme demasiado en saludos, simplemente le tendí la mano que él estrechó amablemente, pero luciendo descolocado y decidí ir a pagar. Alejandra iba al baño a asearse, ya que la bebida se le había caído encima. Llegué a la barra y aún un poco mareada, alcé la mano para llamar la atención del camarero pero estaba tan atiborrada de pedidos que no me prestaba atención. Suspiré y empecé a jugar con la tarjeta de crédito mientras se desocupaba, entonces sentí una presencia a mi lado.

—Oye... —Era él, el chico rubio que casi me aplastó y se le veía terriblemente apenado. Me percaté de cómo observaba mis manos, en donde estaba la tarjeta —Camila, déjame pagarte la bebida al menos, ya que por mi

culpa no pudiste acabártela. Esos tipos se pusieron intensos y no me di cuenta antes de que me empujaron y yo cayera sobre ti —dijo apurado, sacando su cartera del bolsillo.

—No, no, no importa. Tranquilo —intenté disuadirlo.

Pero dio un silbido al aire haciéndole una seña al camarero, logrando que en dos segundos agarrara el billete y se cobrara nuestros dos cocteles. Podría haberme enfadado por eso, sin embargo, no tenía ganas de pelear. Así que le sonreí a modo de despedida.

—¿Volveremos a vernos?—preguntó en mi espalda.

Me paré y lo miré sobre mi hombro. Era atractivo, su cabello rubio brillaba bajo las luces tenues. Sus ojos azules se entreveían a través de sus gafas de pasta gris. Tenía buen porte, vestía impoluto, demasiado para estar en un bar y de esa tónica. Y para colmo quería volver a verme.

—No lo sé, tal vez algún día —contesté y me tuve que obligar a alejarme antes de que aquella sonrisa hiciera más efecto del debido en mi organismo.

Alejandra y yo salimos del local. Nos dirigimos hacia el coche entre resoplidos y quejas de su parte, al ver el deplorable estado en el que se había quedado su bonito vestido. Se le habían quitado las ganas de seguir con la noche.

—Y cambiando de tema... —empezó a decir entrando en el asiento del conductor—, ¿viste cómo te miró?

Me puse el cinturón y la miré ceñuda.

—¿Cómo me miró quién?

Ella rodó los ojos y puso en marcha el coche. Estábamos en el centro de la ciudad y había muchísimos jóvenes yendo de aquí para allá con vasos en la mano. Me apené al ver a la juventud tan corrompida. Si es que algunas de las chicas que llevaban esas minifaldas, que más bien se vendían como cinturones, tendrían apenas quince años. ¿Dónde íbamos a llegar a parar a ese paso? ¿Y ese era nuestro futuro?

—Tierra llamando a Camila. —Dejé de mirar a un grupo de chicos tambaleándose ebrios y pestañeeé para alejarme de mis pensamientos. Estábamos educando a los niños cada vez peor.

—¿Qué?

—Te decía que Héctor, el que casi te convierte en pegatina, te miró de una forma demasiado... intensa. También lo vi mirarte mientras nos íbamos con esa sonrisa que dice: «oh nena... ya te hice reina de mi cueva» —dijo colocando voz grave haciendo que soltara una risilla.

»Seguramente serás la comidilla del grupo y me querrá sacar hasta el número de tu carnet de identidad. Eso sí, es un buen chico, algo patoso pero bueno al fin y al cabo. Podrías al menos intentarlo, no sé...

—¿Pero qué rayos dices? —cuestioné, parando su retahíla—. Primero: yo no vi ninguna mirada intensa, solo me ayudó a levantarme y se disculpó. Segundo: no vayas a darle información de mí a nadie. Y tercero: ¡No vi ninguna mirada intensa! —repetí para hacérselo ver más claro. Esas cosas me ponían nerviosa, qué digo nerviosa, atacada de los nervios.

—¡Ay por Dios, baja de la puñetera nube! El rubio quería ver el color de tus bragas, quería contarle los bigotes a tu Hello Kitty; vaya, que quería follarte contra...

—¡Ya lo pilló! —dije gruñendo haciéndola reír a carcajadas—, y no digas tonterías, no me miró de ninguna forma y si lo hizo estará tan borracho que mañana no se acordará ni de lo que ha ocurrido. Así que déjalo ya.

Decidimos dar ese asunto por zanjado. Prometiéndole que al llegar a casa le contaría todo el tema de Bruno. Cuando lo hicimos no me lo pensé: agarré una botella de agua, —ya que sentía la boca pastosa—, y me cambié poniéndome mi pijama para estar cómoda. Alejandra aprovechó para quitarse esos tacones que por lo menos le daban medio metro más de altura. Era una mujer alta, no sabía por qué razón necesitaba ponerse esos taconazos tan altos.

Miré la palma de mi mano derecha un poco raspada. El imprevisto de esa noche era una advertencia más de que no debería salir de copas. La última vez, recordé, que casi me desniqué cuando se me quedó atascado un tacón en la boca de una alcantarilla. Y en esa ocasión casi me quedé tonta de por vida.

Alejandra se acomodó a mi lado y me miró esperando a escuchar una gran historia. Lo único que le faltaba eran las palomitas. Pero antes de que dijera nada más, su móvil pitó con una alerta de notificación. En cuanto vio de qué se trataba, sonrió bobalicona, acto seguido giró el teléfono. Haciéndome ver qué le hacía tanta gracia.

«¿Puedes decirme si tengo posibilidades con tu amiga?» pestañeé en shock, pero más petrificada me puse cuando llegó otro mensaje. «Creo que me he enamorado» agregó adjuntando un par de iconos con ojos en forma de corazón.

Alejandra volvió a voltear su móvil, leyó lo que había mandado y soltó un: Awww... de lo más cursi. La señalé con el dedo, advirtiéndole tácitamente de que no le fuese a decir nada de mí. Rodó los ojos y pulsó la pantalla. Estaba

mandando un mensaje de voz:

—Me temo que no puedo darte esa información, rubio, tendrás que acosarla hasta ver donde puedes llegar. —Me lancé contra ella, intentando quitarle el móvil, pero se estiró y siguió hablando—: Ella está aquí conmigo, le diré hola de tu parte. Un consejo: si quieres conseguir meterte en sus bragas conviértete en un estirado, con un palo en el culo y todo.

—¡Alejandra! —le reñí cuando dejó el móvil.

Ella se rio y me enseñó que no había mandado nada. Suspiré aliviada, entrándome la risa nerviosa de repente. Después de acomodarnos, ella me instó a contarle.

—Antes que nada prométeme que no enloquecerás. —Ella rodó los ojos e hizo un amago como de cerrar la boca con candado—. La otra noche... —empecé sintiendo como mis mejillas se calentaban a más no poder—, hablamos por teléfono y una cosa llevó a la otra y... bueno... pues...

—¡Follasteis por teléfono! —vociferó haciendo que me irguiera y me tirara encima de ella para taponarle la boca por si se le ocurría gritar nada más.

—Pero qué calladito te lo tenías, so guarrilla... ahora deja la pena y cuéntame los detalles jugosos —dijo ansiosa, apartándome las manos del rostro a la fuerza.

Le conté, claro que le conté. Era una olla a presión, y si no se lo decía a ella creo que se lo hubiera terminado contando a un mendigo en la calle por tal de desahogarme.

—¡Madre mía, madre mía! como está la cosa, si es que me he excitado hasta yo... —dijo entre risas nerviosas.

—No digas tonterías, yo me siento fatal —confesé. Aunque la verdad era que no me sentía tan mal, solo *quería* sentirme mal.

—¡Y un cuerno! —Le hice un gesto para que bajara la voz y ella suspiró derrotada—, lo siento, pero no te consentiré eso de que empieces a autoflagelarte por haber hecho una cosa tan natural como es tener sexo telefónico, Camila.

»Puede que tú no te des cuenta, pero yo sí. Ese hombre ha hecho que te brille la mirada, que te des cuenta del potencial sexual que tienes. Hay hombres buenos en el mundo, príncipes azules que cortejan con una rosa y te hacen sentir especial. Bruno supo sacar la fiera que hay en ti, la mujer explosiva, sensual. No siempre es el príncipe el que se tiene que llevar a la princesa, el lobo también tiene derecho a comer carne tierna de vez en cuando...

Sus cejas se alzaron una y otra vez libidinosa y yo reí ante sus ocurrencias. Se le iba la cabeza, pero por una razón u otra, me tomé sus palabras como algo más que una broma de las suyas. Tenía razón en una cosa: no siempre era el príncipe el que se tenía que llevar a la princesa y muchas veces esos eran los peores.

—No quiero que me guste, Ale... yo no necesito más palos en mi vida, estaba feliz tal y como estaba.

Ella suspiró y me abrazó, haciendo que dejase caer la cabeza en su pecho para acariciarme el cabello. Tenía unas ganas terribles de llorar.

—Que te la pases sola por la vida, sin hacer otra cosa que trabajar no te hace bien. Enamorarse no es malo, cariño...

—Es malo cuando te enamoras de alguien que sabes de sobra, no sentirá ni una ínfima parte como tú lo haces. Bruno no quiere nada serio y dudo que lo quiera. Es un hombre de momentos, del presente, divertirse y probar.

—Bueno límitate a dejarte llevar, dile a tu jodido corazón que no se meta y relaja la pelvis. No cometas el mismo error que yo enamorándote de quien no debes. Vive la vida, Cami, que para el amor ya habrá tiempo. ¡Apenas tenemos veinticinco años!

Sonreí y suspiré. Ya iba siendo hora de que me dejase llevar. Ya iba siendo hora de que la Camila de siempre, la aburrida, colgara las bragas de abuelita y empezara a actualizarse.

Llevaba como una hora mirando el techo blanco de mi habitación. La charla con Alejandra se había alargado más de lo previsto. Acabamos llorando a mares con una película que estaban televisando a esas horas y luego se fue a descansar. Le había pedido que se quedara, pero no quiso. Decidió que necesitaba mi soledad para darme cuenta de una vez por todas de que Bruno me gustaba.

Y era cierto... Bruno me gustaba.

Me levanté de la cama dispuesta a distraerme. Darme cuenta de mi atracción por él, solo hizo que mi miedo creciese y quisiese huir colina arriba sin mirar atrás. Por lo que alcancé mi portátil y me volví a tumbar con él encima.

Tenía notificaciones de Facebook, todas de comentarios y reacciones a las fotografías que me hice con Alejandra. Sonreí al vernos. Mis labios rojos resaltaban en contraste de tanta piel blanca expuesta. Parecía una de esas modelos poniendo morritos. Me veía atractiva, sexy y eso era raro...

Accedí a mi cuenta de Amazon y mirando los resultados, casi me atraganté con mi propia saliva. Pestañee conmovida, incluso sentí cómo mi corazón se paraba para luego volver a la vida con rápidos latidos.

—Dos... dos mil... ¡Ay Dios mío! dos mil quinientos veinte libros digitales vendidos y... ay Dios...

Dejé el ordenador a un lado y me abaniqué con las manos. Al parecer un tercio de mis seguidores me habían apoyado comprando mi libro. Estaba mareada, en otro mundo. Todo aquello parecía mentira, un sueño, pero las cifras no mentían. Estaban ahí, como si estuvieran recubiertas de purpurina. Me convertí en *best seller* mundial, número uno en los tops de ventas tanto en España, como en EEUU y no me lo podía creer.

Pasado el shock inicial no había quien me parara. Saltaba y chillaba, seguro molestando a todo el edificio. Pero me dio igual. Estaba tan feliz...

Miré la hora, eran las doce de la mediodía. Me dije que ya habría dormido suficiente, por lo que tras coger el teléfono y entrar en el chat le di a llamar. Me mordí el labio nerviosa, chasqueé los dedos escuchado atenta cómo sonaba un tono tras otro. Pero no hubo respuesta.

El nerviosismo y la alegría se me esfumaron en cuanto la preocupación ocupó su lugar. La llamada se cortó cuando se acabó el tiempo de espera. El corazón se me detuvo. O Bruno estaba tan grogui que no se enteraba del teléfono o era que le había pasado algo malo.

—No le ha pasado nada, tonta... seguro está tan dormido que no escucha el móvil.

Intenté convencerme, pero una vez más pulsé a llamar y así hasta una tercera vez. Cuando la llamada se descolgó mi pulso se acalló, permitiéndome escuchar su respiración.

—¿Quién es? —La voz femenina al otro lado no me lo puso para nada fácil.

Me aparté el teléfono de la oreja solo para cerciorarme de que era a Bruno a quien llamaba y en efecto, era su chat.

—¿Está Bruno? —pregunté mentalizándome de que era su sobrinita o como mucho su hermana...

«O un ligue de turno» pensé. Tragué saliva y sacudí la cabeza intentando quitar ese pensamiento de mi cabeza.

—¿Bruno? ¿Qué Bruno? Si te refieres al profesor Alejandro, está durmiendo, y yo lo seguiría haciendo también si no hubieras molestado, guapa. Así que por favor, me duele la cabeza, si eres uno de sus ligues

aguántate hasta que sus sábanas se enfríen por lo menos.

Y me colgó. Dejándome con un latido de menos y sin resuello. Empecé a hiperventilar, mi labio inferior tembló amenazando con enrollarse como si fuera a tener un berrinche. Me dolía la boca del estómago, tenía una presión insoportable que casi no me dejaba coger aire. Aparté el teléfono de mi mejilla dejándolo caer en la cama, sin preocuparme si revotaba, caía o reventaba.

—Bruno... —susurré a media voz. Me había mentido, siquiera se llamaba así y...

»¿Profesor? ¿Cómo ha sido capaz de...?

Anduve hacia el balcón, abrí las puertas y dejé que el aire helado me refrescara. Mi cara estaba húmeda, no quería pensar que era de lágrimas. No podía llorar por él. No era nadie, no era *nada* para mí.

Eché de menos a Alejandra, por lo menos sino se hubiese ido, no me habría sentido tan sola como lo estaba en ese momento. Todo se sumía en silencio, no había sonidos, nada se movía, solo mi pecho al intentar coger aire.

No quería pensar en que lo que me contó de sus padres también fuese mentira. No podía ser tan... Mi labio tembló, las lágrimas siguieron cayendo silenciosas mientras me repetía una y otra vez que no debía llorar.

Me reproché el haberme dejado llevar, gracias a Dios no estaba enamorada. Porque eso sí que hubiera sido doloroso. Me gustaba demasiado, para mala suerte la mía. ¿Pero qué podía esperar de alguien como él? No estaba hecho para una sola mujer, tenía como deporte retozar con cualquiera que se le pusiera a tiro. ¿Quién me mandó a mí sentir algo más que odio hacia él?

Golpeé mi frente una y otra vez, harta de ser tan tonta siempre. Lo bueno de todo era que había abierto los ojos antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que si hubiésemos llegado a conocernos, habría caído en picada a sus pies. Era adictivo, su voz, su labia... todo él era hipnótico. Como tantas otras habría sido atrapada por sus garras para después ser desechada como un trapo viejo, mientras buscaba una nueva presa.

En un arrebato, con los ojos ardiendo y la mandíbula apretada, bloqueé su chat. No quería que me hablara, no quería escuchar su voz una vez más. Nadie se reía de mí dos veces y con él no iba a haber una excepción. Me había visto la cara de tonta. Pero una y no más.

Me sequé la cara con las manos, cuadré los hombros y sonreí. Mi libro se

estaba vendiendo, estaba triunfando y eso era lo que importaba.

«Nunca te dejes llevar por la corriente, puede haber tiburones que desean comerte. No prestes atención al aúllo de la fiera que atraviesa el bosque, pretendiendo ser un tierno arrullo. Ningún lobo te promete rosas sino cree que te va a poder comer». Le di a publicar y me desconecté.

La verdad me sentí tan mal... tan... decepcionada. Me reproché el querer que Bruno fuese el primero en saber de mi éxito. Estúpida de mí que ilusionada anhelaba escuchar su voz...

Con un suspiro tembloroso desbloqueé el móvil y pulsé en el icono de la agenda. El primer nombre que me apareció fue el de mi madre y me pensé durante largos segundos si debería llamarla. Por lo menos para contarle cómo me fue con la publicación. Luego me dije a mí misma, con una sonrisa amarga, de que era la última persona que se alegraría de ello. Así que, deslizando mi dedo hacia arriba, le di al nombre de Alejandra.

—Espero que me estés llamando para decirme que el protagonista de la película de anoche se ha materializado a tu lado y quiere un trío con las dos, si no, no te perdono que me llames a ésta hora, rubia...

Solté una risita pequeña y sorbí por la nariz, gracias a Dios por las amigas así.

—No pero... soy *Best Seller* en Amazon.

El chillido que le procedió me emocionó, haciendo que me olvidase por un momento de Bruno y pensé: «hasta nunca Lobo feroz».

Capítulo 13

Bruno

La sien me palpitó lancinante, noté los parpados pesados, la saliva pastosa. Bostecé sintiendo que me había pasado una apisonadora por encima. Me estiré en la cama y mi mano chocó con algo suave, tibio. Al girar el rostro me encontré con una maraña de cabello cobrizo. Levanté la sábana y me di cuenta de que la pelirroja estaba desnuda a excepción de unas braguitas diminutas. Sentí la necesidad de salir de ahí, toda la atmosfera tenía un olor desagradable. Su cabello estaba impregnado de humo de cigarrillo, entretanto yo olía a alcohol mezclado con sudor. Miré todo a mi alrededor sin tener ni puta idea de en donde estaba. Me levanté tambaleante, mi mirada osciló por toda la habitación hasta que focalicé la puerta. Al abrirla, la luz del día que se colaba por una ventana cercana, me pegó de lleno en el rostro cegándome por completo.

Cuando mis ojos se adaptaron de nuevo a la luz, comprendí que estaba en el piso de mi hermano. Me sentía decaído, deshidratado. Me arrastré penitente hasta el baño, me dolía el abdomen. Al abrirme los pantalones entendí que se debía a que me dormí boca abajo, clavándome toda la noche la hebilla del cinturón que por alguna razón, estaba desabrochado. Tenía la marca en la piel, le resté importancia y completé el ritual de ir al baño. Me miré en el espejo entendiendo que me sentía justo como me veía: como si me hubiese atropellado un tren. Tenía la camisa a medio abrir, estaba despeinado y me faltaba un calcetín.

Al caminar por el piso, los indicios de una noche alocada aparecieron a cada metro: botellas de alcohol vacías, colillas de cigarro, un par de bragas y lo que estaba seguro era la ropa de mi hermano a mitad del pasillo. Al llegar a la sala encontré a Bernardo durmiendo en la alfombra desnudo por completo. Le tiré un cojín para tapar su horroroso culo y miré de reojo a la morena que dormía en el sofá con la camisa de él puesta. Caminé hasta la nevera, me bebí como medio litro de agua, tenía muchísima sed. Busqué entre las cosas de mi hermano y me bebí dos ibuprofenos para expulsar a las dos ardillas que bailaban flamenco sobre mi cerebro.

—Joder —exhalé masajeándome los parpados con las palmas de las manos.

Algunas imágenes de lo sucedido la noche anterior volvían a mí, aunque no del todo claras. Bailé con la pelirroja toda la noche, recuerdo sentir su

lengua hasta el fondo de mi garganta. Sergio y yo jugando *beer pong* en la mesa del comedor mientras Bernardo y unas chicas cantaban karaoke. La vecina de al lado se quejó tres veces del escándalo, de las cuales Sergio la mandó a tomar por culo cada vez.

Recuerdo salir a comer en algún punto de la noche a la calle, seguir bebiendo y también algo sobre un video. Iba de cómo los gatos siempre caen de pie y las tostadas con mantequilla boca abajo. Así que si se ataba un gato y una tostada estos se quedarían girando infinitamente creando una nueva forma de energía sustentable...

—Mierda, ¿qué bebí anoche? ¿Queroseno?

Me palmeé los bolsillos en busca de mi móvil, pero no estaba. «Joder, espero no haberlo perdido», pensé. Caminé hasta el cuarto, dejé la puerta abierta para que se colara la suficiente luz para mirar adentro. Busqué en la cama, por el suelo y nada, no lo encontraba. Di la vuelta hasta el otro lado de la habitación y lo encontré sobre el vestido de la pelirroja en el suelo. Caminé afuera y comencé a revisar mis mensajes, esperaba encontrar alguno de Camila, pero no tenía ninguno. Quise escribirle, pero no pude, ¿estaba bloqueado? Supuse que sería algún error. Entré a Facebook y busqué su perfil, aun éramos amigos, me debió bloquear por ¿error?

Entonces leí su última publicación: «Nunca te dejes llevar por la corriente, puede haber tiburones que desean comerte. No prestes atención al aúllo de la fiera que atraviesa el bosque, pretendiendo ser un tierno arrullo. Ningún lobo te promete rosas sino cree que te va a poder comer». Pero ¿qué coño? ¿Y ésta qué se fumó? Leí con atención de nuevo, eso iba sobre mí, dudaba que se refiriera a alguien más como Lobo. Releí, releí, releí y seguía sin entender una mierda. «Definitivamente a Camila no hay quien la entienda» pensé. Me guardé el móvil en el bolsillo desplazándome hacia la cocina cuando entonces me paré en seco, dándome cuenta de un detalle que gracias a mi cabeza embotada no pude registrar antes.

¿Por qué mi móvil lo tenía la pelirroja? Joder... ¿Me habrá llamado Camila? Revisé el chat y esa mierda no me mostraba si me habían llamado, puto *Iphone*. Caminé hasta la habitación y desperté a la pelirroja zarandeándola del hombro con suavidad.

—Hey... tú... con nombre de flor.

No recordaba cómo puñetas me había dicho Sergio que se llamaba.

—Me llamo Jazmín, profe —dijo entre bostezos, dándose la vuelta enseñándome sus pechos de pezones izados, desvié la vista de estos

intentando enfocarme en su rostro—, anoche me dejaste con ganas, te dormiste dejándome a medias, ¿vienes a resarcirte?

—¿Qué? No. —Hice una pausa, quitándome su mano del pecho—. Mira, ¿alguien me llamó? ¿Tú contestaste? —La pelirroja bostezó una vez más estirándose, mostrándome su cuerpo casi desnudo en todo su esplendor. Su risa gutural me alcanzó los oídos y mirándome risueña dijo:

—Sí, no paraba de sonar y quería dormir.

—¿Una chica? ¿Camila?

—No, bueno no sé, ¿tienes novia?

—¿Llamó una chica sí o no? —dije perdiendo la paciencia.

—Sí, pero no dijo su nombre, solo preguntó por un tal Bruno. Le dije que no había ninguno, solo el profesor Alejandro y que estabas durmiendo.

—¡Mierda! ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué carajo atiendes móviles ajenos? —exclamé furioso.

—¡Joder! te digo que quería dormir, nunca me dijiste que tuvieras novia, capullo.

—No es mi novia, es... es una amiga.

—Bueno solo le dije que estabas dormido y que llamara luego, ¿vale?

—¿Qué más le dijiste? —pregunté ávido, Camila no se podía poner así solo porque le dijeran que me llamara luego, ¿verdad?

—No sé, profe, ¿te llamas Bruno?

—No, me llamo Alejandro, ¿qué más le dijiste? —insistí de nuevo, indagando en que tal vez en su borrachera, la pelirroja pudo decir algo ¿indebido?

—Nada, nada, solo eso. No lo recuerdo la verdad. ¿Se ha molestado?

—No sé, joder, no tenías por qué contestar mi móvil.

—Pues no lo habría hecho si no hubieras estado como muerto en vida y esa porquería me dejaba dormir la borrachera en paz.

—Estás mal, tía —contesté despectivo.

—¡Ay anda a tomar por culo! —dijo levantándose ofuscada comenzando a vestirse.

—Oye... disculpa —dije al darme cuenta de que estaba siendo un completo gillipollas, tal vez ella no tenía la culpa de nada.

—Preferiría que me pidieras disculpas de otra manera —dijo mirándome arqueando una ceja, me reí al entender su insinuación y de cómo cambiaba de un estado a otro en menos de dos segundos. Sus manos se resbalaron sigilosas por mi pecho mientras esbozaba una sonrisa licenciosa—. Vamos

profe, no estudié para el examen y necesito aprobar el semestre—«Joder, ésta chica sí que sabía cómo calentarme». Se mordió los labios y frotó sus senos contra mi pecho—. Tal vez podamos llegar a un acuerdo para que me dé un sobresaliente.

—Jaz... Eres hermosísima, pero ahora mismo no estoy para esto, me duele mucho la cabeza.

—Mentiroso —dijo apretándome el bulto que se me marcaba en los pantalones haciéndome jadear—, déjame ir un momento al baño y cuando esté de regreso me enseñas cómo se disciplina a las alumnas malas, profe —agregó coqueta.

—Jaz, espera —dije atajándola cuando estaba por salir por la puerta, desnuda.

—Por favor, haz memoria, ¿le dijiste algo más a Camila?

—Joder, ¿estás pensando en otra tía, mientras tengo las tetas al aire? Qué putada —refutó molesta—, le dije algo así como que, si era uno de tus rollos, esperara que se te enfriaran las sábanas —dijo sardónica, caminando hasta la cama para recoger su ropa.

—Pero ¿por qué coño le dijiste eso?

—Porque tengo resaca y quería dormir, ¡gillipollas! —dijo empujándome.

—Jaz...

Molesta tomó su ropa para salir dando un portazo, dejándome solo.

—Mierda, mierda, mierda —exclamé entrando a Facebook de nuevo.

Leí de nuevo su post, intentando descifrarlo. ¡Camila estaba celosa! Deslicé el dedo hacía abajo, notando muchas fotos que había pasado por alto minutos antes. Me senté en la cama y las miré todas. Camila se veía preciosa, sonriente. Vestida de rojo sí que parecía la caperucita que flotaba en mis pensamientos, desde esa llamada de sexo telefónico. Dios... Toda ella era sonrisa iluminada, un culo espectacular, piernas largas y torneadas, sin contar su brillante melena. ¡Joder! tenía que venir la pelirroja de cotilla a joderme todo.

Decidí obviar la voz en mi cabeza, esa que me decía el argumento obvio que deliberadamente estaba decidiendo ignorar: Camila y yo no éramos nada. Ella no tenía por qué estar celosa, no era su problema con quién me fuese a la cama... Pero bueno, que la chica era una monja. Tal vez su mente no podía procesar el hecho de que hacía dos noches follásemos por teléfono y luego estuviese con otra. Aunque en realidad no fuese así, por primera vez era inocente, a la pelirroja no me la follé... Era probable que las razones de tal

circunstancia se debieran al notable grado de alcohol en mi sangre, no obstante, eso no me hacía menos inocente. El tema era que no me la había tirado y ahí estaba Caperucita, una vez más, juzgándome, cuestión que me cabreaba.

Iba a responderle en su post, pero decidí hacerlo en mi muro, estaba seguro de que ella leería cualquier cosa que yo publicara. Su curiosidad era su peor debilidad. Tecleé con rapidez y escribí: «Este Lobo está muy cabreado, la Caperucita no hace más que comportarse como una niña. Siempre desconfía de él. Por eso, cuando la vea, la va a castigar, enseñándole que tiene las manos bien grandes para azotarla mejor».

Y me pregunté: ¿cuánto tardaría en responder o en su defecto, en desbloquearme? La imagen de Camila con la falda de ese vestido rojo alzada hasta la cintura mientras yo le daba nalgadas se me hizo de lo más apetecible. Joder, más le valía responderme, porque iba siendo claro que necesitaba follármela sí o sí.

Tras una ducha, una buena comida y una cerveza fría volví a la vida. Mi dolor de cabeza persistía, aunque no tan fuerte. Deambulé por mi piso en ropa interior esperando a que la señorita Alcázar decidiese aparecer. Joder, ¿estaba pasando de mí acaso? Entré a Messenger y en efecto seguía bloqueado. Entré a su muro para encontrarme con una publicación suya de hacía solo diez minutos atrás. Compartía la numerosa venta que había tenido en el par de días que tenía auto publicando en Amazon. Bueno, al parecer no solo a mi abuela le gustaban sus escritos.

Tenía bastantes comentarios azucarados de parte de sus lectoras, que comentaban que esperarían que llegara el ejemplar en físico pronto a sus casas. Estaba conectada porque estaba contestándoles y justo ahí se me fue la cabeza. La rabia de sentirme ignorado me pudo, así que le escribí un comentario.

«Felicidades mi Caperucita».

Segundos después apareció la respuesta, así como la notificación de esta.

«No soy TU caperucita».

Pfff estaba cabreada, celosa y por alguna razón eso me gustó un poco. Sus celos eran una admisión tácita de que yo le gustaba.

«Caperucita llámame, o de lo contrario te tomo la palabra y lo dejamos así» —escribí adusto.

Mi teléfono sonó un minuto después y sonreí vencedor. Incluso hasta me

reí, me hacía un poco de gracia que ella se pusiera celosa sin necesidad. Jazmín no me representaba una tentación tan grande como ella. Sin embargo, me cabreaba su inmadurez y de ninguna manera esperaba el mal tono con el que me habló altisonante apenas tome la llamada.

—¿Qué? —Soltó con un gruñido de mala gana—, ¿para qué querías que te llamara?

—Hola, Bruno ¿Cómo estás? Bien, Camila y ¿tú? Modales, Caperucita —dije queriendo ser gracioso, pero ella estaba muy cabreada.

—¿Bruno? —Dijo soltando una risa sardónica que no me esperaba de su parte—. ¿Quién es Bruno? Porque tú no. Además, no me vengas a hablar de modales, que tu secretaria no tiene ninguno —dijo rencillosa.

—Ya le dije que no toque más mi móvil. Tranquila, no ocurrirá de nuevo y ¿cómo es eso de que no soy Bruno? ¿Por qué dices eso? —dije fingiendo demencia pues buscaba ponderar su mal carácter.

—Señor Alejandro —replicó con voz de pito, supuse que queriendo imitar a la pelirroja.

—Bueno, señorito, que aún no me he casado —dije riendo—, me llamo Bruno Alejandro, para el mundo editorial uso mi primer nombre, eso es todo.

—Aaaamm ¿Y también eres profesor? —preguntó mordaz.

—Sí, incluso te he ofrecido clases, ¿recuerdas? —agregué provocador.

—¿Y cómo iba a saber todo eso? Siempre te estás haciendo el gracioso.

—Mmm pues no considero que sea información vital que necesites conocer, ¿algún problema con eso?

—¿Cómo voy a tomarte en serio para una cosa que dices que es seria... —dijo quedándose a medias bajando un poco el tono de voz.

—¿Qué cosa dije que sería seria? —pregunté sin comprender nada. Joder, no había quien entendiera a las mujeres.

—Ninguna —respondió mordaz—, nada, ese es el problema...

—A ver, no me lo estás preguntado, pero me duele horrible la cabeza por la resaca. Después de ir al cementerio seguí bebiendo, amanecí en el piso de mi hermano y no tengo ni puñetera idea de cómo llegué ahí. La lógica me dice que nuestro amigo Bernardo debió arrastrar nuestros culos alcoholizados hasta allí. Esta chica tomó mi móvil porque el ruido de tus llamadas no la dejaba dormir. Ahora es tu turno de explicarme por qué me bloqueaste ¿vale? —dije disfrutando de tener la razón y porque de alguna manera notarla así tan explosiva, me estaba mostrando cosas de ella que no me imaginaba. Hasta ese momento para mí, Camila era sinónimo de algodón de azúcar y resultaba

que molesta era bastante... vibrante.

—Te bloqueé porque me dio la gana. Y si quieres saber lo que pasó puedes preguntarle a ella, sabe hasta cómo estaban tus sábanas.

—Ya... ¿Estás celosa? —pregunté por fastidiarla.

—¿Te parece poco que una tía me diga que soy uno de tus ligues? Una de tantas, y no, no estoy celosa —dijo alzando la voz.

—No sé por qué te dijo eso. A decir verdad, es la segunda vez que la veo, no la conozco... demasiado y no me acosté con ella si es lo que estás pensando —respondí entendiendo que me estaba justificando por mis actos, como si ella tuviera derecho a reclamarme algo.

—Pero ella parece conocerte más que yo, que supuestamente tenemos más tiempo hablando.

—Menos mal que no estás celosa, no me imagino si lo estuvieras. Te acabo de decir que estaba borracho, que no sé ni cómo llegué al piso de mi hermano. Esta chica solo contestó mi móvil.

Justo cuando estaba por soltarle que estaba harto de que me tratara así, asumiendo siempre lo peor de mí y que no lo toleraría más, ella siguió hablando altanera.

—Tranquilo, no te volveré a llamar. Es más, no creo que hablemos nunca más, tú con tu vida y yo con la mía.

—Camila deja lo inmadura —dije rodando los ojos.

—¡No soy una inmadura! —dijo chillando.

En ese momento una parte de mí me dijo que la mandara a tomar por el culo. No obstante, intenté seguir explicándole sobre lo sucedido con la pelirroja.

—Camila, escucha...

—¡No! —gritó ella tajante—, necesito a alguien decente en mi vida, alguien para quien yo pueda ser especial, no alguien como tú. No pienso ser una maldita muesca en tu cama.

—¿Alguien como yo? —Las palabras solo se deslizaron de mi boca sin lograr procesar ningún pensamiento concreto al respecto—, ¿y cómo es alguien como yo? —pregunté apretando la mandíbula.

—Un... Alguien que no sabe dejar de ser un adolescente hormonado, que necesita crecer de una vez, sentar cabeza. Alguien que no se folla a todas las tías frescas de la ciudad.

—¿Perdona? ¿Tú de qué coño estás hablando? —Camila permaneció en silencio sin aclarar nada, por lo que molesto seguí hablando—. Me gusta

follar, de hecho, te quiero follar, eso, no tiene nada de malo. Tus padres follaron para que estés hoy aquí. Mientras hablamos, millones de personas están follando en este momento, no todo el mundo es una monja. Tengo treinta años, no cincuenta...

—Pues vete olvidando de follarme a mí —dijo interrumpiéndome.

—...Soy un adulto responsable que...

—Se acabó, Bruno, esto sea lo que fuere no, yo no soy una de esas chicas que acostumbras. No me voy a quedar entera después de que me uses.

—¿Usarte? —pregunté hastiado, ella no estaba viendo las cosas con claridad. Lo que yo le ofrecía era para nuestra mutua satisfacción.

—Como te dé la gana de llamarlo —dijo rabiosa—. No me quedaré a calentarte la cama y luego irme con una sonrisa.

—Camila siempre te hablé claro, ¿por qué ahora todo esto?

—¡Porque sí! —gritó dejándome claro que estaba muy alterada—. Porque me di cuenta de que me estás empezando a gustar... mucho... —Y no supe que contestar a aquello—, no quiero eso, tú no eres para mí. Yo necesito alguien decente, que mire por mí, que me ame incondicionalmente y tú no estás ni cerca de serlo. Necesito un tipo que le pueda presentar a mis padres con orgullo, no una suerte de escritor calenturiento que disfruta de estarme pervirtiendo por teléfono porque le divierte, pues es un patán depravado.

—Ya... —dije alzando las cejas por completo anonadado—. ¿Y de todo eso te diste cuenta de un día para otro? —repliqué sardónico. Que no me jodiese que bastante que le calentaba el que yo me la *pervirtiera* por teléfono.

—No empieces, Bruno... —dijo como si discutir así fuese común entre nosotros—, déjame ir —añadió con la voz quebrada—, por favor —rogó sorbiendo por la nariz.

¿Dejarla ir?

—¡Pues lárgate! —exclamé molesto y la escuché llorar más y aquello se me hizo insoportable—. Vale, guapa —dije disimulando, aunque en realidad se me quebraba la voz—. Adiós.

Colgué la llamada y me quedé mirando el móvil que reposaba en mi mano por completo estupefacto. Me pareció irreal que ella me hubiese dicho precisamente todo aquello. El dolor de cabeza arreció y caminé hasta la ventana para coger aire porque la rabia me estrangulaba las tripas. ¿Pero quién se creía esa mujer que era para venir a tratarme de poca cosa? —Esa fue mi primera reacción, ponerme orgulloso y tirarla por los suelos—. ¿Una niñata chapada a la antigua con mil rollos mentales me iba a decir a mí que

no era alguien de quien sentirse orgulloso? Joder, que se ubicara en la vida, las ganas de Camila de que yo me muriera por sus huesos.

Sentí el latido del corazón como el ritmo de un tambor en mi cabeza. Abrí una cerveza y me la bebí de un tirón con mucha rabia. Moví la mandíbula de lado a lado, era como si tuviera algo atorado en la garganta. Respiré profundo y negué con la cabeza restándole importancia a la sensación de... ¿tristeza? que comenzaba a colonizarme el cuerpo. Estaba aniquilado.

No pude evitar pensar en Clara diciéndome que Pablo la quería de una manera que yo nunca podría. Que yo follaba de maravilla, pero él le hacía el amor como nadie. Estaba acostumbrado a eso, sabía que nadie me veía como material de novio y no pretendía serlo nunca. Entonces ¿por qué me sentó tan mal que Camila me echara eso en cara? Tal vez era porque con ella fui tonto, le hablé cosas de mí que no solía compartir con cualquiera. O porque de alguien como ella no me lo esperaba y eso me hizo sentir estúpido por bajar la guardia.

Me tenía acostumbrado a su miel, a su dulzura y resultó que me dijo cosas que ni Clara en plan perra me había dicho nunca. Yo siempre había sido el tipo para follar, al que siempre dejaban para irse con don perfecto que le ponía un anillo y les ofrecía ser princesas. Joder sí, sí, era cierto. Era cierto. Respiré, la ambivalencia lo inundaba todo, una parte de mí quería insultarla, quería... pero la otra que aún guardaba un poco de raciocinio, me recordó que ella solo velaba por sí misma, por su bienestar, que yo no le convenía, que al final era mejor así.

Y todo eso tuvo que pasar para que me diera cuenta de que la monja me gustaba. Me gustaba y mucho. Me pasé los siguientes días pensándola y eso me descompuso. Odiaba sentir que no podía reconducir mis pensamientos a otra cosa más importante, todo se tornaba desvaído. No obstante, un día viendo una película alemana en la televisión pensé en la inutilidad de ciertas situaciones. Porque eso tenían algunas películas del cine independiente alemán de esta época: reflejaba situaciones simples rodeadas de cotidianidad, en muchos casos sin que existiera una trama grandilocuente que contar. Por alguna razón, eso me encendió la inspiración.

Un guardia civil se llevaba a los labios una taza de café como todos los días por la mañana. Siempre hacía lo mismo, siempre, la misma taza, la misma marca de café. Situaba los pies en el mismo punto de las baldosas de la cocina frente a la ventana, mientras el brebaje caliente se le deslizaba por la garganta. Miraba sin realmente mirar nada de lo que pasaba en la calle que

comenzaba a salir del letargo nocturno, despertándose para bullir. Excepto que ese día, algo iba a cambiar. El timbre de su casa sonaría, alguien tocaría con apremio la puerta hasta que el guardia abriera. Su vecina, golpeada y semi desnuda le rogaría por ayuda.

Comencé a escribir. Al cabo de dos semanas le había dado algo de forma a las veinte mil palabras que tenía hasta ese momento. Había ido a hablar con Marta, una de las amigas de Clara que era abogada y me asesoró un poco sobre la temática del maltrato a la mujer. Entretanto en el viejo bar, se sentaba un guardia civil jubilado que, por un par de cervezas, estaba encantado de contarme sobre sus días como agente.

Odina quedó satisfecha con el adelanto y me instó a seguir escribiendo. También me preguntó sobre lo sucedido con Camila. Negué tajante cualquier relación con ella, tal como la misma Camila había hecho. Solo era una amiga, énfasis en *era*. Lo que pensé sería una molestia para mi editora, en realidad la tenía complacida. Para ella aquello era publicidad gratuita.

Por varios días se habló del tema de la caperucita y el lobo, así como de su pelea. Cuestión que la gente asumió pues ninguno de los dos tocó el tema de nuevo. Pareció que todo el mundo tenía algo que opinar al respecto. Era innegable que nos conocíamos, porque yo había compartido en mi página la publicación de su libro, así como felicitaciones para ella. Además del error garrafal de pedirle que me llamara en su post, que ese mismo día se llenó de comentarios y aunque ella borró los míos, más de una chica le tomó captura antes. La gente tenía mucho tiempo libre, porque incluso concatenaron cosas de tiempo atrás, como que yo nombré Camila a mi personaje, entre otras cosas.

Me mantuve en silencio al respecto. Camila en cambio, se encargó de negar reiteradas veces cualquier relación entre nosotros. Al cabo de un mes publiqué por primera vez algo en mi muro de nuevo. Posteeé que había estado muy ocupado escribiendo y que pronto volvería con una novela diferente, que de seguro les apetecería mucho leer. La publicación se llenó de comentarios de personas preguntándome mi versión de los hechos.

«Bruno dime que tú no eres el lobo malo de este cuento» escribió una chica. Me dio risa de solo leerlo. No contesté nada, ni a ella, ni a nadie. Clara llevaba tiempo diciéndome que aprovechara el tema, que dejara en claro que Camila no era nadie para mí. Que eso de seguro le jodería muchísimo, además de que me serviría a mí como publicidad. Me negué, no me apetecía hacer nada de eso, no quería lastimarla. Mi mejor amiga me dijo que era un

tonto, pero en serio no podía. Sabía que Camila la pasaría muy mal y eso no me dejó hacerlo.

Los días transcurrieron, me mantuve muy ocupado escribiendo. Eso hizo que olvidara aquella reciente costumbre de hablar tonterías con ella cada noche. Me alejé por completo de las redes sociales. Por eso me extrañó tanto cuando Clara me llamó para contarme que Camila estaba en una entrevista de radio y le estaban preguntando por mí. Mi primera reacción fue decir que no quería saber nada al respecto, pero después terminé pidiéndole que me informara en qué lugar podía oírla.

—Entra a su Facebook, ahí está el link de entre libros y canciones.

El show tenía una dinámica simple: invitaban a un autor, que ideaba una lista de canciones y las colocaban alternativamente mientras Daniela, la entrevistadora conversaba con este. Era un espacio para hablar sobre temas de literatura, pero también para responder a las preguntas que las personas dejaban en la página de la emisora. Lo sabía, porque hacía dos años atrás me habían invitado, aunque no acepté la propuesta.

—Ha negado conocerte y a mi parecer se ha puesto nerviosa, digo, por cómo se le escuchó la voz. Se fueron a publicidad, pero ya vuelve pronto, date prisa —dijo Clara.

Corté la llamada, abrí la portátil y me fui a su muro. Le di clic al enlace y escuché lo que parecía la última parte de una canción melosa. La entrevistadora saludaba de vuelta y recordaba que antes de despedir el segmento anterior, le habían preguntado a Camila Alcázar por su relación con el escritor Bruno Ballester.

—Dices no conocerlo, pero aquí estoy viendo varias publicaciones en donde parecen decirse cosas —remarcó Daniela—, ¿tú eres su caperucita y él es tu lobo?

—Aaaaaa... ese Bruno —contestó Camila y no pude evitar llevarme la mano a la frente estampándome un tortazo, de verdad esa mujer no sabía decir mentiras ni de casualidad—. Bueno, ya no es nadie.

—¿Ya? —Preguntó Daniela—. O sea ¿que antes sí era alguien?

¡Ja! reí cruzándome de brazos.

—Somos conocidos de profesión, no lo conozco, es decir nunca le he visto.

—¿Y esos apodos?

—Bruno... él es muy bromista, seguro fue por... Algo de marketing, sí, seguro pensó que así atraería a mis lectoras para que lo leyesen.

«¿QUÉ? ¿Pero está tía de qué coño está hablado? Yo no necesito atraer a sus lectoras», pensé molesto y en ese momento llegó un mensaje de Clara que decía: «LA VOY A ASESINAR».

—Sin ánimos de ofender, pero creo que si alguien saldría beneficiado de algo así serías tú. Él es *best seller* con una editorial muy importante, sus libros han sido traducidos a quince idiomas. Tú en cambio apenas estás apareciendo en la escena literaria.

«Agárrate Camila», pensé golpeando la mesa con brío al disfrutar de la zarandeada que le habían dado. Súbitamente la entrevistadora me cayó muy bien.

—Perdón, pero esta entrevista no va de Bruno ¿verdad? Porque si es así debería estar él aquí y no yo —dijo Camila tajante y me sorprendió escucharla así, mientras que la entrevistadora pareció reírse.

—No, es solo que parecen haber compartido mucho. Él publicó el enlace de ventas de tu libro en su página. Incluso sé que muchas lectoras de Bruno enloquecieron un poco al ver que él te pedía que lo llamaras. Se dice por ahí que ustedes tuvieron algo y terminaron.

Joder, pero qué cotilla era esa tía.

—Solo somos compañeros de profesión, los escritores tenemos que apoyarnos. Entre ese señor y yo no ha habido nada, ni lo habrá en dado caso, tengo pareja ahora.

¿Qué? ¿Pareja? Joder qué rápida era la monja. Tal vez ese fue todo el asunto, por eso me mandó al diablo. Tenía ya a otro que de seguro se adaptaba a sus estándares religiosos.

—Hablas de apoyarse mutuamente, pero tu primera reacción es insinuar que él se aprovechaba de ti para robarte lectoras —dijo Daniela una vez más mordaz y comencé a tenerle aprecio.

—Fue una broma, en serio.

—Mmm... Creo que lo que realmente muchas chicas quieren que nos cuentes es ¿cómo tiene la voz Bruno Ballester? —preguntó entrometida la locutora.

—Pues si quieren saber, llámenlo, de seguro encantado les responde —dijo con esa risa nerviosa que me conocía de memoria.

—No creo, Bruno nunca se ha presentado en público, ni siquiera en radio. Si a mí me pidiera que lo llamara no lo dudaría ni un minuto, créeme —dijo Daniela soltando una risita—, vamos, cuéntanos, ¿cómo habla?

—Mmm... es de voz grave, un tanto ronca, sonrío mucho y... —hizo una

pausa y la noté muy nerviosa—, realmente no sé describir una voz.

—¿Sonríe? —preguntó Daniela al ataque—, ¿No es que nunca se vieron?

—Por teléfono se sienten las sonrisas —dijo con voz apagada y algo se removió en mí. ¿Entonces se daba cuenta de lo bien que la pasaba hablando con ella?

En este momento me llegó un mensaje de Clara: «tú ¿sonriendo mucho? ¡JA! cómo se nota que no te conoce».

—Vaya, yo nunca he sentido una sonrisa a través del teléfono, tienes habilidades, chica. Además de que eres una suertuda, alguien dígame a Bruno que si necesita con quien hablar estoy disponible —dijo entre risas, Daniela—. ¿Y cómo es él? Yo me lo imagino súper amable. —Y dale, esa mujer era como un perro con un hueso—, Uy por esa cara que has puesto, ¿no lo es?

—No lo sé, solo que no me parece que sea tan bueeeeeno como lo pintan sus fans, es bastante prepotente y presumido.

Y el que dijera eso me pareció poco amable de su parte.

—Alguien que sonríe mucho no se me hace muy prepotente.

—Solo fue una percepción, me puedo estar equivocando, la verdad nos conocemos poco —agregó Camila con rapidez, como queriendo aminorar el golpe.

—Seguro eres una lectora muy especial para él. Qué suerte la tuya —dijo Daniela y se le notaba que buscaba sacarle más información.

—No soy su lectora.

Joder, volviste a caer, Camila.

—Su... ¿amiga? —preguntó Daniela intrépida con su entonada voz de locutora. Camila no contestó nada—, Bueno, nos vamos con música, ¿qué canción pondremos ahora?

Camila dio el nombre y su voz sonaba tajante, muy molesta. Apenas comenzó a sonar la melodía en compañía de una voz masculina, mi móvil sonó, era Clara. Por un momento no quise contestar, pero sabía que ella insistiría. Carraspeé y tomé la llamada fingiendo entereza y no estar para nada abatido por cualquiera de las idioteces que Camila había dicho.

—¿Pero de que va esta tía? ¿Está loca? —vociferó alterada—, ¿qué coño le pasa? Joder, tú que la apoyaste. Gracias a ti tiene esas ventas, tú le hiciste publicidad, la voy a joder Bruno, ahora sí.

—Ya Clara, déjalo estar, que le aproveche todo. Déjalo así —dije pensando en que una situación así no me volvía a pasar. No volvería a entablar de nuevo una amistad con una persona extraña por redes sociales

como con Camila.

—Bruno por Dios, acaba de hacerte quedar mal cuando tú no fuiste más que amable con ella.

—No importa, Clara, se puso nerviosa, yo la conozco, ella...

—¿Y la defiendes? Tú sí que estás mal de la cabeza.

—No la estoy defendiendo, solo digo que Daniela es un lince y Camila es un pobre pollito que no sabe nada de nada. Deja las cosas así, además, tú eres la que siempre me dice que todo cae por su propio peso. Todo río tiene dos riberas, siempre hay dos versiones de toda situación. La gente no es tonta, confío en que sabrán ver que yo no le hice nada. Déjalo estar, créeme, prefiero dejar el agua correr.

—Pensé que era tu amiga.

—Sí, yo también. Clara se me hace tarde, me voy al gym necesito descomprimir.

Cuando comenzaba a calentarse recibí un último mensaje de mi manager/ángel de la guarda/exnovia/mejor amiga. Era una captura que mostraba varios comentarios en el muro de Camila, de lectoras molestas por lo que había dicho de mí. Le reiteré a Clara que no diría nada, ella solita se había metido en ese problema y le pedí dejar todo eso atrás. Ya me sentía como una vieja metiche, todo aquello me tenía fatigado.

Capítulo 14

Razón 8 | por desaparecer

La vergüenza y la impotencia me consumían a partes iguales, no sabría decir cuál de las dos era más fuerte o dolorosa. Estaba demasiado mortificada. Me pasé semanas desmintiendo toda clase rumores entre el dueño de mis desvelos y yo. Pero no surtió efecto. Algunos hasta me tacharon de querer ensuciar su nombre, como si fuera una caza fortunas que lo engatusó para así conseguir fama.

Me sentí indefensa, sucia. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza hacer semejante bajeza. En cambio, la única que la había cagado era yo al tacharle de tal a él. Aún recuerdo cómo la depredadora de Daniela, —como la apodé—, me arrinconó en cada ocasión que encontró para hacerme hablar. Luego de eso, llegaron los ataques, tanto en público como en privado. Solo pude defenderme con uñas y dientes aclarando los malentendidos en las redes sociales. Muchos no me creían, otros simplemente me decían que le estaba dando más importancia de la que debía. Pero incluso a mi madre le llegó a los oídos mi *idílica* relación con ese tal escritor.

Aún recuerdo cómo de ilusionada estaba, montándose la película de que iba a sentar cabeza. Como si yo fuera la culpable de no encontrar un hombre que supiese quererme de verdad. Le colgué de golpe, sin pararme a desmentirle nada, cuando ya estaba organizándome una boda y pensando en nombres para mis futuros bebés. Las madres y su prisa por casar a los hijos antes de que a estos se les pasase el arroz.

Ya ni su nombre podía pronunciar y mucho menos pensar, porque después de ello vendrían los recuerdos. Y aun siendo pocos, era una verdadera tortura. Ni por Carlos estuve tan hecha polvo. Con él por lo menos sabía que la cosa iba mal, no nos entendíamos como pareja. No sabía tocar ese botón que Bruno pulsaba cada vez que quería y sin necesidad de estar cerca de mí. No sabía qué era lo que echaba más en falta, si nuestras animadas conversaciones o su insistencia por querer sacarme de quicio. Por muy idiota que sonara esa comparación.

Sin darme cuenta comencé a pensar usando palabrotas. No las decía, pero de vez en cuando se me escapaba un «mierda, imbécil...», según Alejandra estaba en el nivel uno. Miedo me daba llegar al que estaba ella, que en vez de filtro tenía un embudo, es que ni pasó por el nivel colador.

«Era un hecho», pensé agridulce, soltando un suspiro. Según la fecha en

mi móvil habían pasado cuatro meses y dos semanas sin tener noticias de Bruno. No veía que publicara nada en su muro de Facebook, en el que más de una vez me vi fisgoneando, así como también en su perfil, buscando cualquier indicio de vida. Necesitaba saber lo que fuese por muy insignificante que resultase. Pero nada, lo único que puso fue que pronto sacaría nuevo libro. ¿Sería el de Camila? ¿O me tenía tan enterrada que le cambió el nombre?

Suspiré de nuevo. Ya no me daba vergüenza admitir que lo echaba en falta. Se había convertido en algo natural, que estaba ahí y a lo que me había adaptado. Tenía mis costumbres, cualquier dolencia fuese del grado que fuese, si era continua se convertía en algo llevadero. Aunque doliese, lo superaba siguiendo adelante, llevándolo a cuestas.

Me pregunté por mucho tiempo, el motivo para que la vida me lo pusiera en el camino, sin encontrar respuesta. Lo cierto fue, que fui yo la que propició que nos hablásemos, pero ¿qué le hizo a esa lectora etiquetarlo en mi post? El destino era así de caprichoso. Nos ponía trabas, obstáculos y aunque Bruno fuese uno de ellos, lo sentía como algo inacabado. Algo que continuaba ahí, que no se iba, incluso cuando ya debería estar más que olvidado.

Eso me puso a pensar en el grado de importancia que tendría en ese momento para él. ¿Me extrañaría? ¿Estaría molesto conmigo? No sé por qué me engañaba así, lo más probable fuese que me olvidara de un plumazo. Sobre todo porque la última vez que hablamos, podría decir que busque hacerle daño a propósito. Cada palabra que soltaba era en pro de herirlo, de machacarlo, acabarlo... Lo odiaba porque escuchar la voz de esa mujer me recordó a lo que me enfrentaba. Un hombre que solo me ofrecía algo pasajero mientras que yo comenzaba a sentir que...

No, no lo quería. Esa era una palabra demasiado enorme, amplia y no me cabía en la boca. No lo conocía, no en persona, por eso lo que sentía no podía llegar a ser más que estima. Y sobre todo, no podía pasar de eso. No podía darme el lujo de enamorarme de un tipo que me decía que algún día me llegaría el hombre de mi vida, porque él estaba muy claro de que no quería ese título ni por casualidad.

Volví a ser la de siempre. Con mis costumbres, mi monotonía. Ya no tenía a nadie con quien discutir ni cabrearme. Mi forma de ver las cosas, sin embargo, había cambiado. De alguna manera lo que había pasado, me había servido para escribir mejor. Temas que antes no era capaz de tocar

demasiado: como era el drama. Sé que algunos pensarían, que al ser escritor, daba igual tu grado de felicidad o tristeza, se debía saber plasmar cada uno de esos sentimientos sin necesidad de sentirlos. Pero yo era así de empática. Era capaz de desarrollar una escena siempre y cuando viviese en mis propias carnes lo que era ese sentir.

Mi día a día se limitaba en ir de la clínica a casa, o viceversa. A comprar víveres cuando era estrictamente necesario, escribir e ir al gimnasio. Eso último no hubiera sido posible sin la incansable insistencia de Alejandra. Aunque después lo agradecí, pues gracias a ello, me sentía más enérgica y en forma que nunca. Incluso un par de chicos con los que solía coincidir al entrenar, me invitaron a salir, pero ninguno me gustó.

Esa soledad, entre comillas, que me rodeó, fue un empujón más para que diera el paso definitivo. Quería crecer como escritora y gracias al buen recibimiento que tuve en Amazon, varias editoriales, aunque pequeñas, se interesaron en publicarme. Solo una de ellas cumplía los requisitos que pedía. Ver mi novela en los escaparates de las librerías fue lo mejor de todo, aunque fueran poquitas, pues apenas estaban empezando a distribuir. Obviamente también lo fue ver cómo mis lectoras me enviaban bonitas fotografías con el libro en sus manos.

También me llevé la gran sorpresa de recibir un mensaje de mi padre contándome que mis tías le habían preguntado si era verdad que había publicado algo. No sabía cómo tomármelo, la verdad. Ellas siempre fueron de ver el mal ajeno antes de valorar lo que realmente importaba, y eso hizo que mi relación con las hermanas de mi papá fuera casi nula, meros formalismos. Mi madre era otro cantar... Ella solo me felicitó y se alegró al pensar que tal vez moviéndome en un nuevo círculo de personas encontraría a un buen mozo que me llevara al altar de una vez. Realmente no entendía cómo podía tener una familia así de interesada. ¿No se suponía que de tal palo salía tal astilla? Estaba empezando a pensar que de la madera que me sacaron pertenecía a un árbol distinto.

Decidí ignorar cualquier opinión de mi familia que me generara malestar. Los días pasaron. Poco a poco me acostumbré a mi nueva rutina. Me levanté temprano, el fin de semana había comenzado y no había mejor plan que disfrutar de la mañana. Ya con la ropa de deporte puesta y con la mochila al hombro, iba dirección a la puerta cuando mi ordenador pitó con la entrada de un email. Pensé en ignorarlo, sin embargo, recordé que estaba esperando confirmación de la organizadora de un evento en Málaga. Era una feria del

libro, pero a lo bestia. Mi editor me había dicho que era una muy buena oportunidad para darme a conocer

En efecto, cuando abrí el correo con el asunto: Evento literario Málaga aguanté la respiración. Mordí mi pulgar ansiosa mientras leía. Y casi di un salto al ver que mi casa editorial me quería en su *stand* para una pequeña firma de ejemplares. Se me notificaba para que compartiera en mis redes todos los detalles y se adjuntaba una imagen promocional para tales efectos. Emocionada me pregunté: ¿Cómo sería eso de ver a una fila de personas esperando a encontrarse conmigo?

Me entraron los nervios, tenía ganas de chillar y saltar de alegría, como también de olvidarme de dicho festejo y seguir como hasta entonces. Pero dudaba que Ricardo me dejara pasar esa oportunidad. Seguramente tuvo mucho que ver con que yo estuviese ahí junto con muchísimos autores de renombre. Él y sus famosos pálpitos, que desde el día en el que me lo comunicó, presentía que esa feria me abriría muchas puertas. Yo aún pensaba que era un exagerado.

Así que armándome de valor, di mi confirmación de asistencia haciendo que automáticamente me saltara una notificación de Facebook. Me habían etiquetado en la lista de escritores y no tardaron en llegar los comentarios al respecto. Dando un suspiro, recargando mis energías, cerré el portátil y me levanté de la silla. Necesitaba despejar mi mente, no pensar en que en una semana estaría firmando mis propios libros, que mi sueño poco a poco se estaba realizando. Cerré la puerta con llave y bajé las escaleras trotando; me coloqué los auriculares para escuchar música y eché a andar a buen paso. Algo me decía que esa semana se me iba a hacer eterna y corta al mismo tiempo.

Lo que me deparó ese día, casi acabó conmigo. Literalmente. En vez de Camila, mi madre podría haberme llamado Calamidades. Una numerosa lista de catastróficas desdichas me ocurrieron ese viernes por la tarde y por poco pensé que no saldría viva. Pero allí estaba, en medio del tumulto de gente, percibiendo el aroma de una ciudad diferente a la mía.

La magnitud del edificio frente a mí me hizo abrir la boca impresionada. Había llegado a las ocho y media de la noche, la gente entraba y salía sin parar provocando que esquivara a más de uno por miedo a que me arrollaran. Bastante tuve con el viaje hasta allí, esperaba que el de vuelta fuese menos... escalabrado. El hotel era magnífico, sofisticado, con arcos de flores amarillas

y blancas en la entrada. Un señor uniformado me abrió la puerta en cuanto se percató de la pobre chica cargada de maletas que miraba todo a su alrededor como un cervatillo temeroso mirando los faros de un coche. Con una sonrisa en los labios me saludó y me ayudó a llegar al recibidor. No lo había hecho del todo, cuando Ricardo mi editor, se acercó a mí dándome un abrazo de bienvenida, explicándome que lo encontraba de casualidad ahí, pues acababa de recibir a Mara Rodríguez una de las más importantes autoras que tenía su editorial.

—Camila, cariño, por fin llegaste.

Reí por no rodar los ojos. Desde el día anterior me hizo jurarle por activa y por pasiva que me presentaría fuese como fuese. Así que ahí estaba. Con maleta en mano, un raspón en la rodilla, la falda del vestido rota, pero con una sonrisa ancha y dispuesta a afrontar lo que me deparara la feria.

—Te dije a qué hora llegaría —le recordé obvia—, y si tardé un poco más fue porque el tren se retrasó, aparte de que no me llaman Camila la patosa por nada. ¡Me pasó de todo! —exclamé mientras rogaba al cielo no tener que pasar por un viaje así de nuevo.

Él hizo un amago con la mano restándole importancia y me acompañó hasta la mesa donde la recepcionista me entregó la tarjeta de mi habitación y los folletos necesarios para el evento del día siguiente. Estaba ansiosa, antes de ser escritora era fan enloquecida de muchos autores que asistirían también. Al menos sabía que cierto escritor pervertido no estaría debido a su anonimato.

Ricardo se despidió de mí en cuanto llegamos a su planta. Yo estaba una más arriba, —la puerta trescientos siete—, por lo que me vi sola subiendo ese piso hasta llegar a mi destino. Incluso en el ascensor se respiraba exuberancia. Con medio zócalo marrón y papel pintado en las paredes con motivos florales. Estaba lo justamente decorado para no ser demasiado recargado.

Llegué a mi pasillo, abrí la puerta de mi habitación y sonreí. Al entrar noté que lo más grande y vistoso era la gran cama de matrimonio en donde cabrían al menos cuatro personas. Como si fuese una niña pequeña, dejé la maleta y corrí tirándome en plancha sobre aquellas mullidas almohadas y la suave colcha que se sentía muy esponjosa. Parecía una nube.

Al cabo de un ratito, cuando estuve harta de curiosear cada cosa que tenía la habitación: —una ducha de hidromasaje entre ellas— decidí salir tras ducharme y cambiarme de ropa, me dirigí hacia el bar con un libro en mano,

decidida a relajarme un poco. Había comido algo en la estación de Getafe, y como siempre que viajaba, el estómago se me había cerrado por lo que no tenía apetito.

Eran las nueve y media de la noche cuando entré en aquel local igual o más sofisticado que toda la edificación del hotel. A esas horas estaba bastante concurrido, las mesas estaban ocupadas casi en su totalidad. Del techo colgaban lámparas de diseño, que estaba cien por ciento segura de que no eran del IKEA como las mías. Las paredes adornadas por lindas pinturas y un hilo musical de tonalidades vibrantes llenaba el ambiente. Me dirigí a la barra, respirando aquel aire de perfumes y no de humo como muchos otros en los que había entrado. Me senté en la esquinita, donde estaría lejos de toda esa gente esperando consumición y con suficiente luz para poder leer. En cuanto apoyé mis posaderas en el taburete de cuero negro, el camarero llegó como una exhalación.

—Un mojito sin alcohol, por favor —le pedí cuando me preguntó qué deseaba.

El muchacho se fue a por mi bebida, era todo sonrisas y buenos modales como todos los trabajadores. Mientras esperaba, me dediqué a acariciar el lomo de mi viejo libro. Que de tanto que lo había leído, —ya no recordaba cuantas veces—, estaba demasiado desgastado. Ya no olía a nuevo, ni sus páginas eran tan rugosas como al principio. Pero era tan hermoso, que brillaba por sí solo sin necesidad de estar en perfecto estado.

Al cabo de varios minutos, el libro no hacía el efecto esperado así que exhalando un suspiro estampé mi frente contra él, queriendo cerrar los ojos y despertar en casa. No me gustaban los cambios, sabía que ese día dormiría de pena solo por no estar en mi cama. Menos mal, recordé meter mi cojín en la maleta.

Sentí una presencia a mi lado, un chirrido de un taburete y la insistente mirada de alguien. No sé si estaba dormida o qué, pero escuchar su voz me hizo dar un respingo. Noté entonces como las luces del lugar se atenuaban, marcando así un ambiente más de local nocturno solo para beber.

—¿Un mal día?

Alcé la cabeza y busqué al propietario de ese tono varonil. Lo primero en lo que me fijé fue en que era alto, aun estando sentado a mi lado. Pensé en que seguro si nos pusiéramos de pie, le alcanzaría el ombligo. Bueno, quizás aquello fuese una exageración, pero sí, era bastante alto. Mis ojos siguieron la inspección, lejos de aquella sonrisa cerrada de labios gruesos, observando su

pelo negro un tanto rizado, más bien un poco ondulado. Sus ojos eran oscuros, no pude apreciar si negros o marrones, por culpa de la poca luminosidad del lugar. Estaba afeitado, pero en su quijada se adivinaba una sombra de barba, que estaba segura de que en la mañana luciría en mayor proporción. Vestía impoluto, con un simple pantalón chino de color azul y una camisa blanca con las mangas arremangadas hasta los codos y dos botones desabrochados. Tenía toda la pinta de no haber roto un plato en su vida, y esa mueca encantadora que portaba en los labios me puso bastante tonta. Por no hablar de ese olor a limpio mezclado con alguna colonia masculina que, aunque suave, tenía un matiz verdaderamente excitante. ¿Estaba soñando todavía?

Él carraspeó y salí del trance en el me encontraba. Entonces la vergüenza apareció con fuerza explotando en mis mejillas que se calentaron en compañía de mis orejas. Me escondí tras mi cabello cuando me incliné sobre la barra para atrapar la pajita con los labios. Deseé que mi coctel tuviera alcohol, así podría poner como excusa estar borracha y no quedar como una boba.

—¿Estás bien? —preguntó con voz dulce.

Asentí y desvié la mirada de él una vez más, lejos de esa aura imantada que tenía todo su alrededor. Alzó la mano, llamando la atención del camarero que llegó en dos segundos. Él pidió su trago, algo así como un “*jacsnosequé*” helado. No sabía qué demonios era eso, pero en cuanto se lo pusieron delante, solo con el olor me embriagó. Si ya con su propio aroma, no lo había hecho.

Me removí incómoda, provocando un choque de mi rodilla contra su muslo. Y casi morí por combustión espontánea. «Cálmate por favor...» me dije a mí misma, exhalando un suspiro hondo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó después de que nos sumiéramos en un incómodo silencio. En el que solo fui capaz de ver sus dedos tamborileando sobre la barra.

Llevaba las uñas bien recortadas, cuidadas. Mi vista ascendió por su pecho hasta anclarse en el sutil vello que sobresalía del cuello de su camisa.

—Me llamo Camila —contesté bajando la cabeza.

Me reocriminé que mi vista cayera de nuevo en sus dedos largos y bonitos. La aparté dirigiéndola a su rostro. Esperé a que él me dijera el suyo de vuelta. Sin embargo, asintió sonriente, giró su cabeza hacia el frente y cerró los ojos.

—Camila.

Algo en esa voz y en cómo dijo mi nombre, me hizo tener que volver a

mirarlo y cerciorarme de que era él quien lo decía. Ese tono, esa manera de envolver cada letra de mi nombre en su lengua, lo había escuchado antes y el efecto que producía era el mismo que ya conocía de alguien más. Pero esos pensamientos extraños murieron cuando deseché toda posibilidad de semejanza, pues ese tipo se veía demasiado chico bueno.

—Supongo que en cualquier momento llegará tu novio o prometido...

Reí sin poder evitarlo a la vez que soltaba un resoplido.

—No tengo novio ni mucho menos prometido. Ojalá, si lo tuviera no estaría aquí bebiendo sola, créeme.

Un segundo silencio bailó entre nosotros, que acabó cuando alzó la mano y pidió de nuevo otro chupito de esos. Esa vez me quedé observando el camino que hizo el trago desde la barra a sus labios y antes de beber, lo vi sonreír. El vaso se separó de su boca y se acercó a la mía.

—Prueba, está bueno una vez te acostumbras.

Hice una mueca y él rio haciéndome temblar. Una risa bonita, ronca y...

—Mmm... no sé —dije dubitativa y él se llevó el trago a los labios—. Bueno está bien... —acordé probar.

—Ponme dos más, por favor —le pidió al camarero.

Dos vasitos con ese brebaje aterrizaron frente a nosotros. Me lo pensé mil veces, lo juro. Pero sentí como si alguien me empujara, seguro sería aquella rebeldía que tanto odiaba mi madre y odió mi abuela. Lo agarré y bebí a la vez que él. De pronto mi garganta comenzó a picar, mis ojos a lagrimear y jadeé en sorpresa. Incluso creo que chillé un poco. Escuché su risa, cosa que me hizo reír a mí. Un tacto suave en mi espalda, aunque solo fuera unos poquitísimos segundos, me calmó el ardor.

—Tranquila, pronto pasará. El segundo sabe mejor. —Me quedé como lela mirándolo sonreír—, entonces, ¿qué haces en un bar sola? —dijo retomando la conversación una vez más.

—Bueno... vine a relajarme un poco. Necesitaba despejar la mente lejos de lo que pueda pasar estos días que acontecen.

—Escritora, me imagino.

Sonreí asintiendo. Él se acomodó de tal manera en su taburete que acabó girado hacia mí, atrapando mis rodillas entre sus piernas. Siquiera me di cuenta de que había acabado girada hacia él. Sus pulgares rozaban la parte externa de mis muslos, y daba igual lo grueso que fuera el pantalón vaquero que llevaba, me sentía expuesta. Me eché hacia atrás incómoda, hecho que no pasó desapercibido para él, ya que tuvo la prudencia de alejarse un poco.

Estuvimos hablando de cualquier cosa que se nos ocurría. Parecía tener conversación para rato y cuanto más soltaba la lengua, más rápido llegaban los chupitos que cada vez sabían mejor, con un ligero tono herbal. Una vez la risa remitió, carraspeó y se frotó la nuca como si estuviera pensando en si decirme algo que le rondaba la cabeza.

—¿Estás mejor? Aun te sigo notando preocupada —dijo y me pareció que se cohibía, aunque el interés persistía nublándole las pupilas.

—No pasa nada, solo estaba pensando en mañana y que no sea un desastre como lo ha sido hoy.

Él frunció el ceño sin comprender, entonces me vi explicándole el día tan malo que había tenido antes de poder llegar al hotel. Pareció como si los planetas se hubiesen alineado para hacerme saber que era un error que estuviese allí. Pero mi testarudez, pudo más.

—Primero que nada, el coche se me averió ayer por la tarde, no quedándome más remedio que venir en tren. Segundo, cuando salí del taxi que me dejaría en la estación, el vestido se me enganchó haciendo que éste se rompiera de aquí a aquí —expliqué dibujando una línea invisible desde mi rodilla hasta medio muslo, haciendo que su mirada siguiera el camino desintegrando la tela. Mordí el interior de mi mejilla al reparar en lo lindo que era, demasiado guapo, de semblante dulce, pero con algo en sus ojos que me ponía nerviosa. Tuve que recordarme cómo respirar, estaba más nerviosa de lo normal—. Tercero —enumeré—, cuando iba a subir al vagón no sé si es que el tren estaba aparcado más lejos de lo normal o la plataforma era de papel de aluminio. El caso es que me caí de bruces y por poco estampo la boca. ¡Casi me quedo sin paletas! —exclamé haciéndolo reír estruendosamente.

Su mano voló a mi barbilla y entre risas, se cercioró de que todo estuviese bien por allí. Yo sin embargo me quedé estática, con las mejillas ardiendo y la lengua enredada. Su tacto desapareció y suspiré.

—¿Y qué pasó después? —preguntó deseoso de saber. Al parecer le resultaba de lo más entretenida—. Creo que eres una señorita con un poco de mala suerte.

—Pues sí, pero ahí no quedó la cosa y esta vez no fue culpa mía. —Él se acercó un poco más y sus dedos rozaron un momento mis rodillas. No sé si fue el alcohol corriendo por mis venas, pero no se me ocurrió protestar—. Una señora agarró mi maleta una vez llegamos a la estación de Málaga. Y yo pensando en que la apartaría para tomar la suya, así que me quedé alucinada

cuando se la llevó consigo. Fuimos un auténtico espectáculo para todos los pasajeros, teníamos maletas iguales.

Él se rio de mi anécdota, mientras que yo le sonreí ampliamente. Estuvimos muchísimo rato charlando, riendo, aunque realmente la que habló sin parar fui yo, él parecía escucharme con mucha atención y de tanto en tanto, preguntarme algo. Mi nerviosismo, incluso la noción del tiempo por un momento desapareció, creando un círculo íntimo sobre nosotros. En algún momento de esa noche eterna, dando la velada por terminada, me erguí apoyando los pies sobre el suelo. Lo que no me esperaba era sentir mis piernas gelatinosas y si no hubiera sido porque el señor sin nombre me agarró, hubiera hecho el ridículo más grande de mi vida.

Reí como una estúpida y me llevé las manos a las sienes encontrándome terriblemente mareada. Todo me daba vueltas, incluso no sabía si era de noche, de día o si seguíamos en el bar.

—¿Pero es que ya estás borracha? —me preguntó en un susurro justo en mi oído.

¿Cuándo se había acercado tanto? Sonreí coqueta o eso esperaba. Veía doble, por lo que no supe a quién de los dos hombres tan apuestos que estaban justo frente a mí, a escasos centímetros, mirar. Piché su nariz con mis dedos, haciéndolo sonreír.

—Vamos, te llevo a tu habitación, necesitas dormir si quieres estar presentable mañana en el evento.

En algún momento consiguió arrastrarme fuera del bar. Siquiera fui consciente de haber cruzado el recibidor, ni cuándo habíamos entrado al ascensor. Abrí los ojos y me vi abrazada por él. Aproveché la cercanía para pegar la nariz a su cuello, dando con el foco de ese olor que me estaba matando. Saqué mi lengua, degustando su piel. Lo sentí tensarse, jadear de la impresión y sonreí victoriosa.

Algo en su gruñido gutural y el agarre de sus manos en mis caderas me envalentonó. Acabé acorralándolo contra la pared del ascensor; provocando que nuestros cuerpos chocaran y se amoldasen a la perfección.

—Hueles tan bien... —murmuré desvergonzada.

—Camila...

Sonreí dichosa y besé su barbilla. Sus dedos se clavaron en mi cintura y algo duro presionó mi estómago. Estaba un tanto agachado, ya que, si no, no habría podido alcanzar su cuello ni mucho menos su barbilla, que en ese momento me deleitaba en saborear.

—Tu voz es bonita, di mi nombre de nuevo... —supliqué cerrando los ojos, dejándome llevar por un estado de duermevela que era imposible de ignorar.

—Camila, ¿Dónde está tu habitación?

—Mmmm...

Y cuando pude alcanzar su labio inferior con los míos, todo se volvió borroso.

La luz de la mañana pareció colarse en la habitación haciendo desaparecer el sueño tan bonito que estaba teniendo. Mis parpados estaban tan pesados que no conseguía abrirlos. Poco a poco fui despertando y caí en cuenta de un runrún constante que vibraba en mis sienes como si se tratase de una obra en construcción.

Me removí incómoda. Algo presionaba mis piernas y mi abdomen. Una calidez sofocante me envolvía haciéndome gemir en protesta. Me giré queriendo quitar a la bola de demolición que sentía me estaba aplastando contra el colchón. Entonces una ráfaga de aire caliente me movió el flequillo cuando me di por vencida e iba a volver a dormir. Abrí los ojos en rendijas y lo primero que vi fueron unas largas pestañas oscuras, una nariz y una boca entreabierta demasiado cerca de mi rostro.

Cerré los ojos con miedo a despertarme del todo. Tanteé con mi mano libre y palpé piel tibia, llena de bultitos y montañitas, subiendo y bajando al compás de una respiración. Me desperté de golpe en cuanto caí en cuenta de que era un bendito hombre el que dormía a mi lado y me tenía agarrada como si fuera una almohada. Con la angustia en la garganta y con los ojos muy abiertos intenté zafarme de su abrazo mortal. Deshaciéndome de su pierna que aprisionaba las mías, me deslicé despacio fuera de la cama dándome cuenta de que solo vestía mi camiseta con las bragas al aire.

«¡Ay y encima las bragas de conejitos!» me reproché. Quería llorar, pero ese no era el único problema. La cuestión era que había dormido con un hombre. Un hombre al cual no conocía, ni tenía la pajolera idea de quién era. ¿Me había dicho su nombre? Ni siquiera podía recordarlo.

Cuando me vi libre a punto de ponerme de pie, una zarpa me alcanzó y tiró de mí hasta volverme a poner contra el colchón. Ese hombre estaba sobre mi cuerpo, con los ojos entrecerrados por el sueño y desnudo, bueno casi, llevaba unos pantalones de pijama.

—¿A dónde vas, Cami?

—¡Quítate de encima, perverso! —grité pateándole, haciendo que mi rodilla conectara con algo un tanto tierno de su anatomía.

Él gruñó y calló como una piedra a mi lado en el colchón. Aproveché y me libré de su agarre. Con rapidez me alejé viéndolo retorcerse de dolor. Se agarraba las joyas de la corona como si le fuesen a estallar en algún momento. Me habría reído si no hubiese estado muerta de miedo de que fuera un violador psicópata, que tal vez abusó de mí mientras estaba inconsciente.

Gruñí y empecé a reunir mis cosas, confundida tomé mi pantalón que estaba tendido en la barandilla de la terraza, ni idea de cómo acabó ahí. Justo cuando estaba abrochándomelos fui interceptada por él que intentó hablarme, por lo que temerosa lo empujé. Él tastilló pero se recuperó con rapidez interponiéndose en mi camino, dándome de bruces contra él que me sostuvo entre sus brazos. «Ay Dios mío, ¿por qué me haces esto?» quise lloriquear al sentir de nuevo su carne tibia contra mí.

—¡Espera, joder! No es lo que tú te crees...

—Suéltame por favor —rogué asustada.

Me miró a los ojos, seguramente viendo mi lucha interna y me soltó como si le quemara. Pero no me dejó escapatoria poniéndose entre el pasillo y yo.

—Camila, no ocurrió nada. Te desvaneciste en mis brazos, estabas toda mareada, te llevé a mi habitación porque no sabía dónde estaba la tuya. ¿Qué querías, que te dejara en el pasillo?

Le creí. Estaba tan nervioso, incluso las manos le temblaban un poco. Pero entonces me acordé de un detalle que hasta entonces se me iba escapando.

—Me desnudaste... —dije señalando la cama como si aún estuviese viéndome ahí enredada con él entre las sábanas blancas.

—Vomitaste sobre tus pantalones, los lavé en el lavabo y los puse a secar. No te iba a meter a la cama llena de vómito, como comprenderás.

De nuevo no pude evitar sentir vergüenza. Retazos de la noche anterior vinieron a mi mente, burlándose de mí. Yo haciendo el ridículo en el ascensor, casi comiéndomelo, literal. Tragué saliva y me dirigí hacia la puerta dispuesta a marcharme. Escuché cómo me llamaba; pero lo ignoré. Salí de allí y corrí hacia los ascensores para luego encerrarme en mi habitación a rogar que me tragara la tierra.

Solo me quedaba rezar para no volvérmelo a encontrar nunca más.

Capítulo 15

Razón 9 | mentiroso

La mañana no fue precisamente fácil de llevar. Me quedé como media hora apoyada contra la puerta de mi habitación, pensando e intentando recordar lo que había sucedido la noche anterior. Solo conseguí evocar flashes, donde me veía a mí misma acariciándole, percibiendo su olor muy de cerca. Notando la tibieza de sus manos y...

—Ay Dios mío... nos besamos.

Me dejé caer al suelo y me tapé la cara con las manos. Sí, recordaba cómo sus labios estaban en contacto con los míos y nos besamos. Pero no logré recordar nada más, ni cómo se sentía o cómo había sido el beso en sí, nada. Solo notaba cómo mi estómago se encogía y mis manos temblaban.

Me levanté del suelo decidida, pensando en que debía olvidar lo sucedido. Lo que pasó en esa habitación ahí se quedaba. Era un extraño que encima se aprovechó de mí cuando estaba más vulnerable. En mi vida, había hecho una cosa así. Jamás había bebido algo con alcohol y esa sería la última vez. Solo de pensar en contarle lo sucedido a Alejandra, se me caía la cara de vergüenza. Si mi madre se enterase de algo así, mínimo me haría rezar siete rosarios seguidos.

Me metí en la ducha, eché la cabeza hacia atrás, haciendo que la cascada de agua tibia cayera de lleno en mi rostro, lavando todo rastro de pensamiento. Sin embargo, no conseguí ese propósito ni deseándolo con fuerza. Recordé estar en su cama, viendo cómo se quitaba una prenda tras otra y cómo le pedía acompañarme.

—¿¿Qué *recorcholis* me dio de beber ese hombre?! Lo metí en la cama. ¡En la cama!

Golpeé la baldosa de la ducha con la mala suerte de que no calculé la fuerza y me hice un daño tremendo. Gruñí con fuerza y me llevé las manos a la cara mortificada. Aunque aquello fue peor remedio, porque al cerrar los ojos, sentí mi piel sensible, erizada... evocando todo lo sucedido.

La imagen de ese hombre siendo tierno conmigo, me hizo retorcer. Mi subconsciente me decía que él no me había hecho nada, fui yo la que busqué su contacto, la que acepté beber ese brebaje del demonio. La que ansiaba estar con él, sin importarme que no supiera ni su nombre. De seguro Alejandra se burlaría de mí diciéndome que mi cuerpo había tomado el control de mi raciocinio, por estar necesitado de intimidad con un hombre.

Me lavé rápidamente y me dirigí al armario, envuelta en un albornoz del hotel. Quedaba menos de una hora para que el evento empezara, Ricardo estaría como loco buscándome, y si no me daba prisa empezarían sin mí. Una vez vestida con un pantalón de color azul, una camisa blanca con escote de pico y una americana gris, me perfumé y salí tras coger mi bolso.

Me dije una y otra vez, que debía olvidar el asunto. Era consciente de que era de esas personas a las que se les notaba demasiado el estado de ánimo, y lo que menos me apetecía era tener que dar explicaciones. Y menos a mi editor, que era más cotilla que mi madre y tía juntas.

Al salir del ascensor, que parecía haber empequeñecido, miré sin ser consciente hacia el bar. Me paré en seco al ver a un hombre de pelo oscuro, vestido con americana azul, entrar en él.

—No, Camila, sigue adelante —me dije, yendo hacia la sala de actos, donde estaría Ricardo y mis compañeros, instándome una vez más a olvidar a aquel desconocido.

Me aproximé a las inmediaciones de la feria en donde las voces de la gente, el barullo de ir y venir de decenas de personas, hicieron que los nervios volvieran a hacer acto de presencia.

—¡Camila!

Me giré cuando la voz de Rick se hizo presente por sobre el ruido de la gente. Acepté su abrazo y me dejé guiar de su mano hacia el *stand* del fondo, donde dos de los autores de mi misma editorial, colocaban sus libros. Primero seríamos los nóveles, los que abriríamos el evento. Luego lo harían los escritores más conocidos, todos aquellos que tenían más de un año entre estanterías. Demasiado satisfecha me tenía que sentir al estar allí con apenas un par de meses.

Nos sentamos en una mesa, donde Ricardo dispuso un informe del número de ejemplares que tendría para vender. Me daba indicaciones de cómo actuar, de qué era lo que debía o no decir. Como no hacer demasiados comentarios respecto a la trama de mi obra. Y aunque eso quedaba más que obvio, más tarde comprendí a lo que se refería.

Aguanté cinco minutos escuchándolo. Por desgracia, la mayor parte de sus explicaciones se perdieron en el infinito. Ese hombre me había poseído las neuronas, y no hacía más que imaginarlo. En la cama, con el torso desnudo, con la sábana blanca liada por su cuerpo... Me mordí el labio mortificada y muerta de la vergüenza, intentando hacer que el dolor ocupara el lugar de esos pensamientos que no me convenían nada. ¿Cómo me iba hacer bien

pensar en alguien que siquiera conocía, pero me había trastocado tanto?

—¿Me estás escuchando, Camilita? —dijo chasqueando los dedos en mi cara con actitud de diva.

Suspiré, dejé de mirar el punto fijo imaginario y me giré hacia Ricardo que me miraba exasperado. Le sonreí a modo de disculpa y él señaló los papeles que aún tenía dispuestos sobre la mesa. Con el poco tiempo que llevábamos conociéndonos, me había dado cuenta de que era demasiado cuadrulado. Todo tenía que estar perfecto, en su orden, y ese día no podía organizarse de otra forma.

Ricardo no paraba de hablarme, de recordarme que tenía que ser alegre, toda sonrisas y agradecimiento a las personas que se acercaran a comprar mis libros o a que se los firmara. No era tonta, sabía lo que tenía que hacer. Pero por alguna razón, me quedé callada. Aun pensando en ese hombre que ocupaba mi mente.

Analiqué la situación, llegando a la conclusión de que no era normal que se hubiera tomado tantas molestias en llevarme a su habitación. Como tampoco entendía tanta familiaridad con la que me hablaba. ¿Quizás me conocía? No, eso era imposible, me acordaría de alguien como él. No era como si estuviese ciega y no supiera apreciar a un hombre guapo. Porque lo era. Era bastante atractivo, de esos que no reparaban demasiado en su aspecto. Podría verse perfecto incluso con solo un pantalón de pijama y los pelos revueltos.

—Deja de pensar en las musarañas y céntrate, alma de Dios —dijo refunfuñando Ricardo, haciéndome levantar del sofá y acercándome a mi expositor, donde mis libros ya estaban colocados.

De pronto las puertas se abrieron y la gente empezó a entrar en manada. Se escuchaban gritos eufóricos, como si en vez de una feria del libro fuera un concierto de música. Mis manos empezaron a sudar y más cuando vi a un grupo dirigirse hacia nosotros.

Al cabo de un par de horas, casi lloraba de la emoción, había vendido bastantes ejemplares y conocido a varias de mis lectoras. Estaba conversando con una, cuando me distraje por la presencia de una mujer de pelo rubio casi blanco, corto hasta las orejas. Iba vestida muy elegante, como si fuera a presidir una reunión con ejecutivos, así que me sorprendió que se plantara frente a mi *stand*. Ricardo salió del expositor en cuanto la vio y la saludó efusivamente. No obstante, me dio la impresión de que aquella mujer no paraba de mirarme de reojo.

—Odina, qué alegría verte. Estás radiante, exquisita... —le elogió mi

editor haciéndola sonreír un poco, dándole dos besos falsos en el aire.

Parecía un tiburón simulándose indefensa, pero no dejaba de ser un depredador. Ricardo me hizo una seña, cuando la mujer se inclinó hacia su oído para decirle algo. Bajé y me coloqué a su lado, haciendo que la mujer pusiera toda su atención sobre mí.

—Esta es Camila Alcázar, una de mis nuevas autoras.

—Ya veo... —murmuró con un deje extraño que no me gustó demasiado, también pude apreciar un acento extranjero.

—Camila, ella es Odina, editora de *Excélsior* editorial.

—Oh... —Acepté su apretón de manos y con una sonrisa dijo que se tenía que marchar.

Ricardo se mofó a su espalda, cosa que me hizo soltar una risa.

—¿No te cae bien? —le pregunté cuando nos dirigimos a nuestro lugar.

—Bueno, digamos que no deja de ser la competencia. Es una editorial grande y con muchísimos autores famosos. —Sí, lo sabía, entre esos cierto Lobo—. Nada de serme infiel e irte con ella, ¿ok? No te conviene.

Me pareció raro que me dijera eso, pero aun así no le pregunté nada más, pues parecía intentar disimular que estaba molesto. Así que solo me limité a negar con la cabeza mientras sonreía. En un momento de la mañana, después de firmar algunos ejemplares, me fui a dar un paseo por los demás *stands*. El tiempo pasó volando, los pies me mataban y necesitaba cambiarme si no quería acabar con ampollas como manzanas gordas.

En la tarde se presentarían los autores más famosos y me apetecía dar una vuelta por si veía a mis escritores favoritos. Después de comer y dormir una corta siesta, me puse un sencillo vestido blanco con escote barco, y mis zapatillas a juego para poder andar sin miedo a escalabrarme.

Ya en la sala, me volví loca cuando vi a Priscila Serrano, la autora de uno de mis libros favoritos. Me hice fotos con ella, tanto como con los otros autores que seguía desde hacía tiempo. Y con una bolsa gigante llena de ejemplares, que agarraba como si fuera un tesoro de millones de euros, vi un *stand* que gritaba ¡Soy el mejor! a viva voz. Era uno de los más grande con diferencia, y la gente se aglomeraba allí como si regalasen móviles de última generación. La cotilla que había en mí, no pudo aguantarlo y me acerqué. Cuando conseguí hacerme un hueco, entre mujeres extasiadas, conseguí ver los pocos libros que quedaban. Y me quedé de piedra al leer el nombre de autor, en cuanto agarré uno de ellos. Bruno Ballester. De nuevo ese nombre que provocaba tanto en mi organismo.

Sin ser en verdad consciente de lo que hacía miré de un lado a otro esperando verlo. ¿Pero ver a quién? Si realmente no sabía cómo lucía. No sabía nada de ese hombre, salvo que había conseguido engatusarme sin mucho esfuerzo. Bajé la mirada cuando sentí mis ojos arder. Aún lo echaba de menos, por mucho que me cabreara eso. «¿Cómo alguien que sabía de sobra que no era para mí, me generaba tanta curiosidad y ganas de seguir conociendo?», pensé, recriminándome a mí misma. Pagué por el libro, antes que nadie me lo arrebatara pues era de los pocos firmados que quedaban.

Era reciente, su nuevo libro, el cual se llamaba: Sangre en las mejillas.

Un título corto, pero con sentido. Como si solo al escribirlo, le hubiera puesto sudor y sangre, valiese la redundancia. Me puse a pensar en que quizás se refiriera a una ex amante, o una novia. A alguien muy importante para él, algo que le dejó huella y aún seguía recordándola, solo por el título denotaba nostalgia, dolor. Me cabré por no saber a quién se refería. Jamás me habló de ningún amor, si era que alguna vez tuvo uno. Me recordé que era de los tipos que no se enamoraba, así que de seguro era mera ficción. Observé su letra en la dedicatoria al pasar de página, dando las gracias al comprador desconocido que se hiciera con el ejemplar. Tenía una caligrafía inclinada, pero legible e impoluta.

Metí el libro en la bolsa con los demás, antes de ponerme como una loca a acariciar esas palabras en tinta negra. El evento daba a su fin por el día y apenas quedaba gente pululando por el lugar. Estaba por marcharme cuando al salir del *stand* de la editorial de Bruno, vi a lo lejos a Ricardo. Me quedé observando cómo hablaba de nuevo con la mujer rubia de esa mañana y con otro hombre.

El corazón se me paró en cuanto lo reconocí. Era él, el de la noche anterior. El que me llevó a su habitación, con el que me besé, y sabrá Dios qué más hicimos. Vi cómo la mujer y él se despedían de mi editor con alegría, el desconocido la abrazó por los hombros con familiaridad y cariño. ¿Serían pareja? ¿Y me besó a mí? Rechiné los dientes, viendo cómo ambos se largaban entre risas cómplices, luciendo enamorados.

—Hey, corazón de melón—. Perdí de vista a los tortolitos para prestar atención a Ricardo que me llamaba. Estaba sonriente, con uno de los libros de Bruno bajo el brazo—. Mira, me compré el libro de tu amiguito —dijo con retintín. Hice una mueca y él se rio. ¿Hasta cuando la gente recordaría ese estúpido chisme de Facebook?—. Dime la verdad, ¿en serio nunca lo viste?

—No, nunca.

—Pues que desperdicio. Sin duda alguna ese hombre tiene que ser un bombón de chocolate blanco. Alguien que escribe así es imposible que sea feo. Deberías intentar hablarle de nuevo, conocerlo y contarme cómo es. Sacarnos a todos de esta incógnita. Sería buena publicidad para ti —sugirió insinuante.

Negué con la cabeza absteniéndome de rodar los ojos. Todos caían rendidos a los pies de Ballester. Incluso yo caí como una tonta, hasta que me vi enredada. Gracias a Dios, no fue demasiado tarde y pude escapar antes de salir escaldada.

—¿Quién era ese hombre con el que hablabas? —dije para cambiar el tema, pues me urgía saber su identidad.

—¿El hombre que acompañaba a Odina? —preguntó sabihondo, moviendo las cejas de arriba abajo—. Se llama Alejandro, amigo suyo. Esta guapísimo, ¿verdad?

El mundo dejó de girar. Incluso sentí vértigo, como si estuviese en el filo de un acantilado. Alejandro... Alejandro... mi respiración se aceleró. No podía ser. No podía ser *él*. ¿Pero cuánta casualidad debía haber, para que Odina, editora de Bruno tuviera un amigo con su segundo nombre?

La imagen del desconocido en el bar, mirándome de reojo, riéndose, hablándome, cuidándome... Él... ¡esa barbilla! Me lleve la mano a la frente de la impresión. Esa barbilla que había besado en el ascensor... era la misma...

—¿Dónde fueron? —pregunté viendo borroso.

Estaba cabreada, como también sentía un fuerte dolor en el pecho. Me dolía a la vez que se me apretujaba las carnes con saña. Una vez más, Bruno Ballester había jugado conmigo. Con la tonta e idiota de Camila y yo arrepintiéndome de haberle dado una patada en los...

—Se fueron a descansar, mañana tienen un compromiso temprano. Supongo que irán a la habitación. Que suerte la de Odina, comerse todo eso —dijo soltando una risita—. Camila, pero... ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

No dije nada más, no me importó dejar la bolsa llena de mis tesoros a sus pies. Salí como alma que llevaba el diablo, ¿o era que el diablo estaba dentro de mí? Tenía sed de venganza, quería golpearlo, hacerlo retorcerse en el suelo como la cucaracha mentirosa que era.

Me metí en el ascensor, empujando a la gente, ganándome miradas de reproche y codazos. Me daba absolutamente igual. Pulsé el botón de su piso que por suerte aun recordaba. Observé cómo los números cambiaban, mediante subíamos. Mis manos estaban echas puños, tan fuerte, que mis uñas

se clavaban en mis palmas.

Corrí por el pasillo enmoquetado y me paré en seco cuando escuché la voz de Odina saliendo de una de las habitaciones. La de él. Me escondí tras una esquina, con la respiración acelerada, esperando a que se largara de una vez.

—Bueno, recuerda ser puntual mañana, Brunito.

—Que sí, pesada —dijo entregándole algo—, déjame, te acompaño a la habitación.

—No hace falta, es aquí mismo al final del pasillo —respondió ella con tranquilidad marchándose.

Mi labio tembló y me golpeé mentalmente por ser tan infantil. Pero ya no había duda. Bruno era el desconocido, me había besado con él y estuve de lo más dispuesta a todo lo que él me pudiera dar esa noche. El muy... el muy... ¡¡¡NO ME DIJO QUE ERA ÉL!!! Y me dejó hacer el papel de estúpida.

La puerta se cerró, el eco de los tacones se extinguió y armándome de valor me dirigí hacia su habitación. Con el corazón en un puño, los nervios a flor de piel, y la mala leche enconada en cada poro de mi cuerpo. Aguanté la respiración y llamé insistentemente con los nudillos. Quería hacer caer esa puerta y pillarlo debajo hasta pegarlo al suelo cual bicho. Pero no, aquella madera estaba haciendo polvo mi mano, pero mi cabezonería me impedía dejar de golpear.

—¡Ya voy, ya voy! —lo escuché gritar antes de que la puerta se abriese—. Odina, ya te dije que...

La frase se le quedó atrapada en la garganta en cuanto se percató de mi presencia. Verlo allí, con la camisa celeste abierta, con el pecho descubierto hizo que mi furia flaqueara.

—Camila...

Escuchar cómo me nombraba no paró mi mano, que se plantó abierta en su mejilla, haciéndolo girar la cabeza. Se quedó quieto, mirando hacia un lado con la mandíbula apretada.

—Eres un maldito mentiroso... —dije muerta de la rabia con voz quebrada obligándolo a mirarme.

Sus ojos observaron mi rostro con pericia, como si quisieran memorizar cada rasgo, cada mueca. Seguramente vería el agua contenida en mis ojos, la furia a modo de rojez en mis mejillas y mi labio tembloroso. Di un paso atrás, provocando una reacción de su parte: me agarró del brazo y de un jalón me metió en la habitación, para después cerrar la puerta. Me zafé y me alejé de él cuando se me hizo insoportable tenerlo tan cerca.

—¿Pero qué coño te pasa? No vuelvas a pegarme nunca más, ¿Me oyes?

—No vuelvas a tocarme —le advertí cuando vi que alzaba la mano para hacer exactamente eso.

Estaba cabreado, al igual que yo. Eso me hizo enfadarme más si cabía. Era yo la que debía de estar fuera de sí.

—¡Me mentiste! Eres un manipulador, me engañaste, hiciste que cayera de nuevo en tus sucias manos.

—¡No me hizo falta hacer una mierda! Tú solita te me abalanzaste encima ¿O debo recordarte cómo me besaste anoche? ¡Eh!

Abrí la boca anonadada. Dando los pasos que nos alejaban, golpeé su pecho con fuerza, él me agarró de las muñecas queriendo parar mi ataque. Me sacudí, intentándome soltar, pero era inútil.

—Eres un maldito... me mentiste, maldito embustero.

—¿Mentirte? Más bien deberías estar agradecida. Anoche te emborrachaste y tuve que lidiar contigo que casi no podías sostenerte en pie. De haberte dejado sola en el bar tal vez algún desgraciado se habría propasado.

Jadeé de la impresión al escuchar aquello. Era cierto, pudo haber sido otro hombre, uno realmente desconocido y con malas intenciones. Podía haberme pasado cualquier cosa y a la mañana siguiente encontrarme desmadejada y violada. Pero eso no quitaba ni un ápice de la rabia que sentía por él.

—Fuiste tú el que me diste de beber... —dije a media voz. Se me estaban acabando las excusas y él era malditamente bueno en evadirlas.

—Te invité a una copa, por Dios, qué iba a saber que no tolerabas el alcohol. Podrías haberme dicho que no. Cuando aceptaste, estabas cien por ciento en tus cabales, ¿o me lo vas a negar también?

Me soltó los brazos y pude por fin respirar con normalidad. Su toque no hacía más que agravar la situación, ya que mi piel parecía arder con su roce. Cogí aire y contesté hecha un basilisco.

—¡No me dijiste quién eras!

—¿Acaso me preguntaste? —escupió de vuelta.

—Pero yo te dije mi nombre en el bar, al menos esperaba que me dijeras el tuyo de vuelta.

—¡Sí lo hice! —exclamó frotándose la cabeza con exasperación—, créeme que lo intenté pero estabas tan borracha que dudo que lo recuerdes...

Entonces un *flash back* de nuestros besos, volvió a mi mente. Intenté desechar esas imágenes, pero no podía. No cuando el dueño de esos labios y

ese arrebató al tenerme entre sus brazos, estaba justo al alcance de mis dedos.

—Sí que lo recordaría, recuerdo todo lo que pasó... —me callé en cuanto vi cómo su semblante cambió. Había admitido que recordaba nuestro beso, y seguro no tardaría en mofarse.

—Recuerdas besarme... —dijo serio dando un paso hacia mí.

—Fue tu culpa, si hubiera sabido quien eras no te habría besado —dije mintiendo como una bellaca. Seguramente lo hubiera hecho, para vergüenza la mía.

—Mentirosa, si hubieses sabido quien era y hubieras estado sobria, dudo mucho que solo nos besáramos.

—Me engatusaste, siempre lo haces con todas.

—¿Perdón? —preguntó ofendido.

—Llegaste con toda esa aura de niño bueno, que jamás ha roto un plato y resulta que no hay vajilla que se te resista.

—¡Ah! Entonces según tú, te engatusé siendo yo mismo... —asintió anonadado. Yo dudaba mucho de que el hombre de anoche fuera él realmente, no podía ser así.

Me abracé a mí misma, intentando sacar fuerzas de donde ya casi no quedaban. Pero fuera como fuese, tenía que ganar esa vez.

—Sabías que estaba molesta contigo. ¡Estuvimos hablando horas, Bruno! ¡HORAS! Y no se te ocurrió decirme quien eras...

Torció la boca.

—Estábamos conversando a gusto. Obvio planeaba decírtelo, pero que iba a saber que te emborracharías de esa manera. Aunque no lo creas me la pase buscando el momento idóneo para hacerlo, porque si por teléfono me dejabas hablando solo, supuse que si te lo soltaba de la nada saldrías corriendo y...

Solté un ¡Ja! irónico, incluso me atreví a aplaudir, haciendo que se cabreara aún más, viendo cómo sus orejas se teñían de rojo. Odiaba que fuera tan guapo en ese momento.

—De eso no debe caberte ninguna duda...

—Camila, hoy te busqué para hablarte —dijo un poco más calmado, largando respiraciones hondas, como si contara hasta veinte mentalmente y así no explotar —me distraje con Odina y lo siguiente que supe es que ya no estabas en tu *stand*.

—¿Y para qué me buscaste si puede saberse? ¿Para seguir omitiéndome quién eras?

Soltó una risa amarga y desvió la mirada durante unos segundos eternos

hasta que volvió a mirarme. Sus pupilas estaban dilatadas, la vena de su cuello marcada. Estaba imponente, altísimo.

—Veo que no me conoces nada... iba a volver a decírtelo.

Tenía ganas de largarme, como también de quedarme allí con él. Era todo tan contradictorio que me pensé seriamente ir a un psicólogo por mis problemas de indecisión.

—Aquí el problema es que usted, señorita, me ha juzgado sin conocerme. Porque si te hubieras tomado la molestia de hacerlo, sabrías que no soy como me pintas. ¿Pero sabes qué pasa? Que tienes miedo.

—¿Miedo? —dije fingiendo ser irónica, cuando en realidad comenzaba a sentirme acorralada.

—Sí, te da pánico hacer con tu vida lo que te provoca, lo que te apetece, porque eres una prejuiciosa. Vives ceñida a un correcto o incorrecto por el que solo tú te preocupas, reparando en lo que esta sociedad de mierda te impone. Vive un poquito, Camila.

—Lo que me provoca ahora mismo, no te gustaría saberlo... —murmuré entre dientes.

—¿Y qué es eso? ahora sí quiero saber... —dijo altanero dando un paso más en mi dirección.

Inconscientemente di otro hacia atrás, haciendo que mi espalda golpease la puerta. Su mano derecha acabó pegada a ésta, justo al lado de mi cara. Su rostro estaba a un suspiro del mío provocándome un súbito acaloramiento.

—Abofetearte hasta dejarte la cabeza del revés... —me atreví a decir con chulería.

Él en cambio sonrió soberbio y pegó su torso al mío, agachándose un poco hasta quedar a mi altura. Sentía la tibieza de su aliento justo en mi oído, lo que hizo que mis ojos se cerraran inconscientemente.

—¿Pues sabes lo que me provoca a mí? —preguntó rozando el lóbulo de mi oreja con los labios—, follarte tan duro, que se te olvide hasta cómo te llamas...

Respiré acelerada y de un momento a otro, sentí cómo sus labios mullidos, se pegaban a los míos abrasándolos, succionándolos con destreza. Gemí en respuesta, mientras mis dedos se enredaban entre los mechones de su pelo sin mi permiso, tirando de él con desespero.

—Eres un perverso... —expresé jadeando entre besos, ganándome una mordida en el labio inferior.

—Pero así te gusto... —dijo arrebatándome un nuevo beso—, soy feliz así,

no como tú que vives reprimida y con las bragas húmedas por mí. —Me di cuenta tarde cuando una de sus manos, reptó entre mis piernas y palpó mi sexo por sobre mi ropa interior —lo ves...

—¡Eres un cochino!

Él sonrió en mi boca, dejándome sentir esa mueca tan suya por primera vez justo a donde había fantaseado tantas y tantas veces hacerlo.

—Pero te encanto, Caperucita, admítelo...

Gemí cuando uno de sus dedos consiguió bordear mis bragas, introduciéndose en mi interior de a poco. Deliré, gemí con fuerza sin poder aguantarme. En mi cabeza lo insultaba, lo odiaba con todas mis fuerzas. Pero mi cuerpo le pedía a gritos que continuara tocándome. En un abrir y cerrar de ojos, caí en una superficie blanda, que comprendí era la cama. Lo observé mientras con prisas se quitaba los botones de cada puño de la camisa, luego los pantalones, quedándose solamente en unos bóxers negros ajustados.

Juro que no quise fijarme en la protuberancia que parecía atravesar la ínfima tela, pero era tanto lo que resaltaba, que no conseguí apartar la vista de allí. Él pareció notar mi mirada indiscreta, por lo que sonrió cretino mientras que yo moría de la vergüenza. Tiró de mis pies y de un brusco movimiento me colocó boca abajo. Posicionándome de rodillas, con las palmas apoyadas al colchón y mirando fijamente la colcha, me preparé mentalmente para lo que fuese ese hombre hacer conmigo.

Sus manos acariciaron mis muslos suavemente, arrastrando la falda de mi vestido hasta arremolinarlo en mi cintura. Me avergoncé al instante cuando sentí que me besó la nalga derecha sobre la braga.

—Joder... —dijo arrastrando las silabas—, te ves tan bonita, Caperucita... tu piel nívea se enrojece con facilidad —agregó apretándome el trasero—. Mmmm... no sabes lo bien que lo voy a pasar follándote.

Mordió mi carne, provocando un alarido de mi parte. Me removí inquieta, ganándome un azote suave que hizo vibrar mi cuerpo por completo. Me tenía sometida, incluso sin atarme. No podía hacer más que quedarme a la espera de sus caricias.

Me bajó las bragas lentamente. Sentí su aliento golpear de lleno en mi sexo y me arqueé en respuesta. Estaba soplándome ahí, avivando el fuego que se propagaba por cada poro de mi piel. Bruno separó mis nalgas, y sin esperármelo noté su lengua allí. Lamiendo de abajo arriba, succionando mi piel, pero sin llegar a profundizar. Pensé que iba a morir, gemí sin parar. Creí hasta haberme escuchado llamarlo, rogarle...

Pero él siguió torturándome. Siguió comiéndome desde atrás. Me estaba manteniendo justo en donde él quería: deseosa, necesitada, abandonada a él. Como tantas veces dijo que quería tenerme. Su respiración acelerada, soltando bocanadas a cada tanto, me hacía erizar completa. Soplabá, lamía, palpaba, todo al mismo tiempo y yo no sabía qué hacer.

Hasta que en un segundo todo acabó explotando. Justo cuando uno de sus dedos se introdujo hasta el fondo de mi sexo, y su lengua se quedó torturándome desde ahí. Gemí con fuerza, mis brazos flaquearon sin ser capaz de sostenerme por más tiempo, no dejándome otra alternativa que dejar caer mi mejilla en el colchón. Lo escuché gruñir, maldecir, a la vez que no paraba de lamer gustoso lo que había provocado con su malvada lengua. Ronroneando como un gato satisfecho. Pero algo me decía que no había acabado conmigo ni de lejos.

Con manos suaves, expertas, bajó la cremallera de mi vestido. Me lo sacó con cuidado y a continuación sentí la calidez de su cuerpo sobre mi espalda. La sensación de plenitud era apabullante, relajante e insoportable al mismo tiempo. Bruno buscó mi cuello, besó mi mandíbula hasta que ayudándose de una mano me hizo girar el rostro alcanzando mi boca para besarme.

Sabía raro, pero por algún motivo me vi saboreándolo con ganas. Gruñó de deseo, dándome su lengua como premio, para saborearla a placer. Era *mi* sabor, mezclado con el de su saliva. Recordé cuando él me pidió probarme, en lo prohibido que se sentía. En ese momento que lo hacía de su propia boca, se degustaba tan diferente, tan...

—Eres deliciosa, dulce... un caramelo con sabor a vicio —dijo agarrándome las caderas, abriendo mis piernas con cuidado hasta situarse entre ellas.

Era mi fin, Bruno me haría suya y me daba un miedo terrible el resultado que eso tendría. Pero no me paré a pensar en nada más que sentir. Su mano agarró la mía, llevándomela directamente hacia su sexo. Tanteé la punta, encontrándome con ese objeto circular que tanta curiosidad me había dado. Lo acaricié inexperta, dejándome llevar por el movimiento de su mano que enseñaba a la mía. Unos segundos después alejó mis dedos de él, posicionándose en mi entrada para después acariciar la zona con cuidado, sin llegar a entrar.

—Mierda... —siseó—, estás tan mojada...

—Bruno...

Escuché cómo se rasgaba algo plástico y miré sobre mi hombro

comprobando que se trataba del envoltorio de un preservativo. Su sexo se posicionó en mi apertura, y me tensé en respuesta temiendo sentir dolor. Él lo notó, ladeó el rostro, sus ojos buscaron los míos, por lo que temerosa los cerré de inmediato.

—Iré despacio ¿de acuerdo? Solo dime si quieres que pare...

Asentí trémula, respirando entrecortadamente. Hacía mucho tiempo que no tenía relaciones con ningún hombre. Mi cuerpo gritaba con fuerza la falta que le hacía, pero sabía que iba a doler. Bruno no era pequeño, al contrario, gracias a lo que pude palpar con la mano, pude corroborar que era extenso, grueso, imponente como todo él.

Mis pensamientos se desdibujaron en cuanto noté cómo abría mi carne, provocando un escozor casi insoportable. Gimoteé cuando se me hizo demasiado intenso, no era un dolor en sí, más bien una molestia. Pero pronto sentí sus labios besar mis omóplatos, a sus dedos acariciar mis caderas, masajeándome la zona, al compás de sus movimientos perfectamente calculados y suaves.

Una vez pude acostumbrarme, noté cómo mi cuerpo empezó a relajarse dando paso a una plenitud desbordante. Bruno lo notó, lo supe cuando su sexo pudo entrar y salir con más facilidad, haciéndome muy difícil la capacidad de razonar, de pensar otra cosa que no fuera el roce de su piel febril con la mía, que competía en temperatura.

Lo escuché jadear, decirme cosas, intensificando las acometidas que cada vez eran más intensas y repetidas. Salía suave, para luego rotar medio centímetro y entrar de un solo empujón. Sabía lo que hacía, dónde tocarme para hacerme desvariar. Incluso me vi gimiendo sin pudor alguno, pidiéndole más entre gemidos, convirtiéndome en alguien que no sabía que podría llegar a ser.

Estábamos tan pegados, tan unidos, que no sabía cómo era capaz de moverse sobre mí y hacerlo tan bien... tenía la piel erizada, sus manos la mantenían acariciada todo el rato, sin dejarse un centímetro sin adorar. Bruno era cariñoso, pasional, verdaderamente crudo y carnal. Me cambió de posición, colocándome boca arriba, llevando mis manos hacia arriba de mi cabeza manteniéndome sujeta mientras toqueteaba el cierre de mi sujetador que se situaba justo entre mis senos. Con destreza el cierre cedió a sus exigencias, abriéndome cual capullo en flor frente a él. Bajo su atenta mirada me vi expuesta y bonita. Algo que jamás había sentido. Estaba más desnuda que nunca, sus manos amasaron mis pechos con deseo, pericia, queriéndome

sacar el alma.

Con los ojos nublados y entrecerrados, me deleitaba con su mandíbula apretada, con sus iris brillantes, con su labio inferior apresado entre sus dientes. Cómo soltaba algún que otro sonido, que me hacía querer grabarlo para siempre. Esa primera vez, saqué algo en claro: jamás me cansaría de ver a Bruno teniendo sexo. Había algo en esa vigorosidad, ese abandono, que me tenía pendiendo de un hilo.

Y como predije, con un movimiento de sus caderas, pude perderme una vez más entre las nubes, explotar en mil pedazos mientras él me seguía poco después. Fue indescriptible el sentir su torso sudoroso estar en contacto con el mío, cuando por fin caímos del éxtasis. Me quedé exhausta, sintiendo su mirada puesta en mi cara. Con una pregunta rondándome la mente, una vez el momento cesó: «¿Qué demonios hago ahora?»

Capítulo 16

Bruno

Era usual entre Odina y yo pelear un poco. Era una suerte de cariño que se encendía con nuestras diatribas telefónicas, que se dilataban de acuerdo con el ímpetu de sus proclamaciones. Sus insultos siempre se me hacían graciosos. Sentirla al borde de la desesperación o como ella exagerada decía: *colapso mental*, me divertía. Por eso, esa mañana que me llamó de lo más cariñosa se me hizo atípico. Tras negarme a enviarle otro adelanto, estalló fúrica y volvió a ser la de siempre, diciéndome que era un ser insufrible.

—No, sabes que no funciona así —dije afable—, si tengo el golpeteo incesante de tus cavilaciones encima se me arruina la inspiración. Ya lo sabes y siempre insistes en lo mismo, creo que la insufrible eres tú. Deberías usar toda esa energía para perseguir a uno de tus escritores ineficientes, déjame escribir tranquilo.

—Serás... Escribe, escribe, total, siempre me dejas a medias, me mojas los labios, pero nunca me besas.

—Ah mira nada más qué metáfora, Odi, hasta parece que fuese tuya, ¿a quién se la robaste?

—¡Gillipollas! —Se carcajeó pues era una frase de una de mis novelas—. Bueno, por favor ten piedad de mí, si no me vas a enviar otro adelanto entonces apresúrate que con esos capítulos que me enviaste me has dejado patidifusa, necesito saber qué va a pasar.

—Está bien, pero déjame escribir, lo estaba haciendo justo cuando me llamaste.

—De acuerdo, perdona. Adiosito, Brunito.

Colgué el teléfono y seguí escribiendo. Releí los últimos párrafos, estaba escribiendo una escena de sexo y necesitaba retomar la atmosfera de delectación en la que me encontraba, previamente a la interrupción de Odina. Tras unos segundos fui capaz de continuar con aquella narración que me propuse llenar de detalles eróticos exuberantes. Quería que quien lo leyera pudiese abstraerse entre los párrafos impregnados en suntuosa delicia.

Al acabar, me fui a comer. Al rato bajé al viejo bar en donde me senté a conversar con el guardia civil jubilado. Goloso, esperaba mi presencia para llenar el paladar del deleite espumoso que le ofrecía en una jarra de cerveza fría. Nos estábamos haciendo amigos, no le pedía que me hablara de nada en específico, no estaba interesado en narrar nada de lo que me contara, solo

quería capturar su esencia. Ese hombre era muy inteligente y como muchas personas así, encontró como obstáculo en la vida la envidia de otros.

Sus compañeros menos productivos siempre buscaban ponerle trabas. Incluso su propio jefe solía ofuscarse por su eficiencia, pues esta lo hacía a él quedar mal. Era visto como una amenaza constante por sus superiores, que vivían en un perpetuo estado de estrés, al sentir que podían llegar a ser reemplazados por él. Así funcionaba la mediocridad en las personas, en vez de buscar superarse o mejorar, resultaba más fácil querer hundir al más listo.

Garabateé notas al respecto. A él le gustaba contarme sobre casos específicos por lo que le dejaba hablar a sus anchas. Capturaba detalles simples, anecdóticos, que me ayudaran a darle la ambientación correcta a la novela. Con el paso de los días las historias por el peso del alcohol se repetían, «Te conté aquella vez que...» siempre le decía que no y él volvía a recapitular. De esa forma conseguía ver qué situaciones habían sido exagerados en días anteriores, pero en línea general, la información seguía siendo la misma.

Cuando escribía se me jodía un poco el ritmo circadiano. Si estaba muy estimulado no me importaba pasar toda la madrugada escribiendo y caer dormido a eso de las seis de la mañana. Había algo en el silencio de las tres de la madrugada que me animaba. Por ratos, me gustaba salir al balcón a beberme una cerveza y mirar como la penumbra envolvía los edificios circundantes, o cómo algunas personas vagaban por ahí en actividades subrepticias, para luego sentarme de nuevo frente a mi laptop y seguir escribiendo. Recuerdo que más de una vez me fui a dar clases sin dormir o con escasas dos horas de sueño encima. Un problema con el que no tenía que lidiar desde que deje de enseñar.

Cuando terminé el borrador de la novela —el más rápido que había escrito hasta ese momento—, volví poco a poco a la normalidad. De nuevo al gimnasio en mi horario habitual. A ir a comer con Clara que no hacía más que hablar de la boda, la cual tuvo que posponer pues a Pablo le salió una beca para irse a hacer una diplomatura de varios meses en Alemania. A salir por ahí con Sergio y Bernardo, o a ver a mi abuela que por desgracia, me hizo seguir leyéndole a Camila.

De ella me abstuve lo más que pude, incluso comencé a evitar usar Facebook por tal motivo. Sin embargo, me la encontraba en aquellas líneas. Era una escritora muy simplista, se le notaba que creaba sus historias apalancada en sus propias vivencias. Así que leí lo más rápido que pude para

no analizar y logré terminar el fulano libro. No quería saber nada sobre ella. Me molestaba la sola reminiscencia de su presencia en mi vida. Ella siempre injusta, siempre malcriada, me había lastimado, aunque eso fuese algo que yo no quería admitir, así había sido.

Mis días siguieron pasando hasta que una mañana llegó un paquete, eran las notas de mi editora. Me gustaba que fuera de la vieja escuela y me las hiciera en papel, que se tomara su tiempo para manosear el manuscrito y no delegara la tarea a alguno de sus asistentes. Después de atender a sus sugerencias, el libro pasó a correcciones y posteriormente a maquetación bajo mis protestas de que tal vez debía dejarlo enfriar más tiempo. Aunque me gustaba la historia, sentía miedo de no haberla mejorado lo suficiente, pero Odina insistió en que estaba bien.

Mi editora se apresuró, quería aprovechar un evento literario en Málaga para hacer un lanzamiento previo de la nueva novela. Hizo una impresión adelantada de la misma para tener los ejemplares disponibles para esa feria, posteriormente se haría la distribución a librerías. Me hizo firmar 500 libros, Clara me ayudó pasándomelos y conversando conmigo, pues era una actividad bastante fatigosa.

En vista que yo no asistía nunca a las firmas de libros, Odina solía venderlos autografiados en ese tipo de eventos. Además de dejar unos para ser sorteados o regalados. Así que tras romperme la muñeca una tarde, tendría mi recompensa de irme a relajar unos días a esa ciudad.

El vuelo de Madrid a Málaga fue bastante relajado. Llegué temprano al hotel, me registré y almorcé con Odina, que siempre me presentaba como su amigo Alex a sus conocidos del medio. Más de uno pensaría que yo era algún tipo de *sugar baby* que se estaba beneficiando de la madurita. Cuestión que la verdad, me hacía gracia, por lo que siempre hacíamos chistes al respecto.

Hacia el final de la tarde, pasamos al salón del evento al que mi editora tenía acceso. Al día siguiente estaría abierto al público, así que el personal de las editoriales andaba de aquí para allá, aun ajustando detalles sobre los *stands* de la feria. Vi el material publicitario de mis novelas y los libros a la venta, todo muy elegante, Odina tenía un estilo soberbio. Nuestra plaza estaba entre las más grandes, otros en cambio eran *stands* diminutos para editoriales con menor presencia. Tras cenar, me despedí de Odina que se quedó hablando con algunos amigos suyos, cuya conversación a mí ya se me había hecho insulsa. Así que antes de mostrarme displicente, preferí

marcharme.

Subí hasta mi habitación, me di una ducha y noté que aún era muy temprano, por lo que me vestí y me dirigí al bar del hotel. Me apetecía una copa a solas antes de retirarme a dormir. El local estaba lleno debido a la hora, no obstante, lo mío sería algo rápido, me quedaría en la barra. Me acerqué a esta y justo cuando pensaba llamar al camarero vi a lo lejos a una rubia que se me hizo un tanto conocida. «No, no puede ser» pensé. Entre las sombras del bar no podía precisar si era ella, ¿Y si lo era, qué? No quería hablarle. Pensé en irme, pero como si ella misma me contagiara de su curiosidad, decidí avanzar.

Ante la cercanía, la vislumbre despacio. Estaba sentada en una de las sillas altas de la barra. Con sus deditos delicados sostenía un libro que leía con la ayuda de la lámpara que pendía sobre su cabeza, cuyo foco le iluminaba dispensándole cierta aura etérea. Al detallarla no pude evitar pensar en Sergio, que siempre se burlaba de mí por leer en el viejo bar.

Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja, dejando al descubierto parte de la sublime curva de su cuello. La detallé sin prisas, las uñas cortas pintadas de color rosa, los brazos lánguidos y bonitos, la curvatura de su espalda, el trasero que se perfilaba muy interesante a pesar de estar casi oculto, el cabello rubio que caía en suavísimas ondas, su nariz respingona... Debía acercarme más si quería capturar mayor detalle.

¿Y si me acercaba, qué? ¿La saludaba como si nada? Tal vez esa era una oportunidad para mostrarle cómo era en realidad y después presentarme. Decirle quien era, hacerle ver lo mal que me había juzgado. Sin embargo, al dar el par de pasos que nos separaban, la vi estampar la frente sobre el libro como si fuera una caricatura. Aquello me desestabilizó. De repente, cualquier idea revanchista que pude tener me abandonó, dando paso a la preocupación. Me coloqué a su lado y con simpleza le dije:

—¿Un mal día?

Ella alzó la cabeza y se giró hacia mí, mostrándome toda la trascendencia de unos ojos verdes en donde se difuminaban preciosas vetas color miel. La visión de su carita de ángel me dejó pasmado un segundo. Sus labios se presentaron sencillos, con un tono rosa y densidades desiguales, pues el inferior era apeteciblemente más carnoso. En una sonrisa nerviosa noté la hilera de dientes superiores, con dos paletitas que parecían sobresalir un milímetro, confiriéndole una apariencia de conejita asustada.

Las mejillas se le bañaron de un profuso rubor. Joder, me lamí los labios

nervioso. Ahí estaba, lo que siempre quise ver tantas veces que hablé con ella, justo cómo se sonrojaba. Carraspeé insistiendo por una respuesta, pero en cambio no recibí ninguna, a excepción de sus mejillas que parecieron encenderse aún más. Me ignoró estirando el cuello, ocultándose tras su cabello como si se tratara de una cortina, abstrayéndose de mí. Atrapó con sus labios la pajita de su copa y bebió un sorbo. Algo en esa acción me trastocó, logrando que un raro escalofrió que nunca había experimentado se repartiera por mi cuerpo.

—¿Estás bien? —insistí en tono amable.

Asintió y me devolvió la mirada, joder, era más tímida de lo que me imaginaba. Llamé al camarero, necesitaba ese trago con urgencia, ella me estaba poniendo nervioso sin razón. Pedí un chupito de *jägermeister* el cual me sirvieron con celeridad. Tras beberlo y sentir el líquido frío descendiendo hasta mi estómago, comencé a cavilar cómo presentarme. Ella se removió incomoda, chocando su rodilla con mi muslo. Me miró como un animalito asustado, como si ese mero roce fuese algo significativo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté sabiendo de sobra que era ella, pero aun así queriendo confirmarlo.

—Me llamo Camila —dijo nerviosa y yo repetí su nombre saboreándolo entre mis labios.

—Camila.

Le hice señas al barman para que nos colocara otra ronda. Por norma me bebía un par de chupitos de *jägermeister* como aperitivo y después pedía una cerveza fría, sin embargo nos quedamos bebiendo solo eso. Con el alcohol, la conversación se amenizó y ella logró soltar la lengua. Entretanto yo intentaba reconducir la charla a algún punto en el que pudiera decirle: ah, por cierto, soy Bruno, sin que este llegara. Por lo que decidí apechugar y solo decirlo, solo que en ese momento ella tomo su bolso, su libro y se puso súbitamente de pie.

Casi se cae si no hubiese sido porque la sostuve. «¿Ya estás borracha?» le pregunté al oído para hacerme escuchar, pues un par de minutos antes habían subido el volumen de la música para animar el ambiente. Me miró con ojos desenfocados y me apretó la nariz haciéndome sonreír.

—Vamos, te llevo a tu habitación, necesitas dormir si quieres estar presentable mañana en el evento.

Ella asintió, de hecho, asintió a todo lo que dije. En ese momento entendí

que Camila no estaba acostumbrada a beber. Pues solo había tomado unos cuantos tragos de jägermeister, un licor que tenía menos alcohol que el whisky y estaba bastante alcoholizada. Con una mano la sostuve contra mi cuerpo y con la otra llamé la atención del camarero pidiéndole con una seña la cuenta.

—¿Le cobro el mojito sin alcohol también de la señorita?

Asentí. Joder... mojito sin alcohol. Todo adquirió sentido, tal vez era la primera vez que esa mujer bebía. Se abrazó a mí rozando sus pechos contra mis pectorales, mientras depositaba el dinero sobre la barra. Tomé sus cosas y la conduje por la recepción del hotel hacia el ascensor. A todas luces parecíamos una pareja cuya chica se había pasado de copas. Al entrar le pregunté cuál era su piso, pero ella murmuraba cosas sin sentido, así que marqué el mío. Se abrazó con más fuerza a mí, encajando su anatomía contra la mía; Obligándome a respirar el olor de su cabello que me hacía cosquillas en la nariz con el roce.

Camila alzó el rostro así que por instinto me agaché. Sentí la punta de su nariz fría en mi cuello y segundos después, un lamentón inesperado que me desestabilizó por completo. Gruñí en reacción enterrando mis dedos en la carne de sus caderas. Joder... me reproché el querer besarla, se me antojaba muchísimo, pero no quería hacerlo con ella en ese estado y más importante aún, sin haberle dicho quién era. Entonces, me sorprendió de nuevo, empujándome contra la pared del ascensor. Di gracias de que estuviéramos solos.

—Hueles tan bien... —murmuró cerca de mi boca.

—Camila... —dije en un falso tono de reproche.

En realidad, quería que continuara y lo hizo. Me besó la barbilla logrando que la polla se me tensara en los pantalones. La excitación comenzaba a hacerse presente.

—Tu voz es bonita, di mi nombre de nuevo... —dijo cerrando los ojos.

—Camila, ¿Dónde está tu habitación? —insistí para llevarla hasta ahí.

—Mmmm... —gimió alcanzándome la boca.

Sentí sus dientes clavarse en mi piel, para después succionarme el labio justo cuando las puertas del ascensor se abrían en mi piso, el número dieciséis. Nunca me imaginé que fuese a ser ella la que iba a besarme primero. Se suponía que tenía que ser yo el que guiara la situación y fue todo lo contrario. Caperucita estaba logrando que una profunda vibración me recorriera el cuerpo.

—Ven, vamos a mi habitación —dije separándome de ella.

Caminamos por el pasillo. Maniobré para poder sostenerla al mismo tiempo que sus cosas, para abrir la puerta y entrar. Tras cerrar la miré y me lamí los labios nervioso.

—Soy yo... —dije quitándole el cabello de la cara, pues aun la sostenía—, soy Bru...

—Necesito ir al baño —me interrumpió dando una arcada.

La conduje hasta allí y me dijo que me fuera, así que eso hice, pero esperándola afuera. Los segundos pasaron y escuché como tiraba la cadena. Un rato después me llevé la mano a la frente mortificado, pues Camila no salía. Toqué la puerta preguntándole si podía pasar, sin recibir respuesta.

—¿Camila estás bien? —insistí llamándola.

—No —dijo y escuché cómo vomitaba.

—Voy a pasar —anuncié.

Entré y la encontré intentado sostenerse el cabello mientras daba una arcada. Por mala suerte, parte de su contenido estomacal no cayó dentro del váter y ella lo pisó con las rodillas embarrándose los vaqueros. Le sostuve el cabello hasta que terminó y la ayudé a ponerse de pie. Me pedía disculpas avergonzada por lo que insistí en que se quedara tranquila. La ayudé a enjuagarse la boca con agua y mi enjuague bucal.

—Tienes que quitarte los vaqueros, están sucios ¿Quieres que te ayude?

—Sí —dijo mirándome a través del espejo.

Camila se dio la vuelta hacia mí y se apoyó en la encimera del lavabo. Se mordía los labios de una manera que no sabía cómo interpretar. Se veía... ¿lujuriosa? Me dije que eso era imposible acababa de vomitar. No parecía ella y fue ahí que entendí, que en realidad a esa chica no la conocía casi nada. O tal vez sí, solo que, a la Camila sobria, la borracha parecía ser otra.

Tenía los vaqueros sin cerrar, así que solo deslicé los pulgares en la cinturilla y comencé a tirar hacia abajo. Ella se apoyó en mis hombros y conforme comencé a bajar la prenda, que parecía no querer dejar sus caderas, me fui inclinando. Miré su brevísimo escote, hasta que me agaché por completo para sacarle la prenda. Mi rostro estaba ahí, a escasos centímetros de su coño y el olor a su humedad me acarició la nariz. Sus dedos se arrebujaaron en mi cabello, provocando que mis ojos se cerraran por un segundo ante aquella sensación agradable.

Le quité los zapatos de tacón y terminé de sacarle los vaqueros de los tobillos. Recorrí con la mirada sus piernas de piel nívea, eran torneadas y

bonitas. Me puse de pie de un salto evitándome aquella tortura. Su rostro estaba por completo sonrojado. Por primera vez en la vida no supe qué decir, así que la tomé por la cintura para conducirla a la cama.

—Tienes que descansar —dije depositándola al borde del mullido colchón.

Sus ojitos a media asta se cerraban por ratos. Camila rodó por la cama buscando acomodo dejando a la vista su munificente culo. Joder, qué trasero tan esplendido y exuberante se encontraba frente a mí y no, no estaba envuelto en encaje, ni en raso o en seda como por norma prefería. Sino en algodón, con motivos de conejitos azul celeste y juro que nunca algo me había inflamado tanto de deseo en la puta vida.

La arrojé y ella se quejó de que no quería estar sola. Le indiqué que volvería pronto, necesitaba alejarme de ella. Ya sabía que era bonita, que tenía una boquita preciosa y carita de querubín. En la video llamada noté que era una mujer que estaba divina, pero en vivo todo se magnificaba generándome una lujuria brutal. Bloqueé todos los pensamientos licenciosos que me rondaron sin parar, sobre lo que le habría hecho si estuviese sobria.

Fui al baño para limpiar el desastre. Enjuagué sus vaqueros y los tendí en el balcón. Me lavé las manos y los dientes. De vuelta a la habitación me quedé de pie observándola. Su cabello dorado se desparramaba sobre la almohada. Se veía tan bonita. Me llamó la atención el huesito de su hombro que se vislumbraba gracias al efímero tirante de su blusa. La piel de su hombro se notaba tersa, cálida. Se giró hacia mí, sorprendiéndome mirándola. Seguía adormilada, así que yo disimulé comenzando a desvestirme.

Separó los párpados cuando estaba terminando de sacarme la camisa, entonces abrió los ojos de golpe, clavándolos sobre mi pecho. Parecía muy ávida de mirar, así que no me amilané, seguí desvistiéndome. Me abrí los pantalones mirándola con cara de perverso. El miembro se me marcaba un poco en los bóxers y noté cómo su mirada se clavaba justo ahí.

Le di la espalda riendo bajito. Camila y su curiosidad insaciable. Rebusqué en mi maleta unos pantalones de pijama, me los puse y al girarme de nuevo hacia ella la vi desviar la mirada nerviosa. Algo de todo eso me gustó. A fin de cuentas, el alcohol pareció desinhibirla, por lo que en realidad miraba lo que le placía. Con el corazón latiendo desahogado caminé hasta la cama y ella suspiró cuando me estiré sobre su cuerpo para coger la almohada que estaba en el otro extremo.

—Tranquila, dormiré en el sofá.

—No... ¿Me vas a dejar sola? No estoy acostumbrada a dormir fuera de casa y... yo... —titubeó cohibida haciéndome entender que quería que la acompañara.

—Estás borracha, Camila.

—Duerme conmigo...

—No creo que eso sea lo mejor...

—Por favor... —insistió haciéndome pensar que tal vez no estaba tan borracha.

Me tomó por el brazo, abriendo el cubrecama, pero sin echarse a un lado. Parecía invitarme a acostarme sobre ella y eso hice. Jadeó ante el contacto, por lo que recordé que Camila era demasiado sensible. Me apoyé sobre los brazos, abrí las piernas pues las de ella estaban cerradas. Era demasiado inocente hasta estando borracha. Me atrajo por el cuello y mis labios conectaron con los suyos con rapidez, envolviéndome con la calidez de su aliento. Enterré las rodillas en el colchón y mi erección palpitante reposó sin pudor sobre su vientre bajo, aunque en realidad quisiera estar más abajo.

Me abrí paso entre sus labios, mi lengua conoció a la suya que se enrolló haciendo bucles que parecían ahogar sus gemidos. Camila tenía la piel erizada, el cabello le olía a miel y tal como había previsto Clara, su perfume era floral. Toda una chica buena que parecía no saber muy bien qué hacer con las manos. Las mías por otro lado, se deslizaron entre su cuerpo y el colchón, apretando con fuerza su glorioso trasero. Joder, qué buena estaba la Caperucita.

Atrevida me lamió el cuello y me mordisqueó el lóbulo de la oreja. Para mí aquello era un toque en demasía excitante. Entonces fui yo el que gimió impúdico. La Caperucita me estaba enloqueciendo con muy poquito. Me eché a un lado pues me sentí flagrar. Me apreté la polla excitado y nos arrojé a ambos.

—Duérmete —dije tajante y le di la espalda sabiendo que no iba a dormir nada.

La escuché quejarse, pero no hizo nada más. Varios minutos después me giré hacia ella y estaba dormida con el rostro echado a un lado, apoyando la barbilla sobre su hombro con los labios juntos. Su semblante dulce y puro me enterneció.

Alcé el cubrecama y miré el bulto tenso en mis pantalones que no había perdido ni un ápice de dureza. Suspiré apagando la luz de la mesa de noche, instándome a dormir. Los minutos transcurrían y la tibieza de la cama

comenzó a relajarme, cerré los ojos, quería dormir, solo que de la nada... zas, ¡patada voladora! Su pierna aterrizó sobre mí, pareció que al dormirse por completo se encendió el tornado. Supuse que era porque estaba borracha y demasiado inquieta.

Intenté dormir. No obstante, cuando su rodilla conectó con mi cuerpo por segunda vez, me figuré que debía hacer algo si quería conciliar el sueño. Así que la abracé, enrollé mis piernas con las suyas para inmovilizarla y encajé mi brazo bajo sus pechos. Mi nariz se hundió detrás de su oreja aspirando su dulce aroma y noté cómo se movía contra mí buscando acomodo, buscando el acople. Su culo se restregó contra mi pelvis poniéndome a mil de nuevo, suspiré y luego apreté los labios. Mi polla pareció encontrar su lugar favorito en el surco entre sus nalgas, pero ni el roce me dio sosiego. Cerré los ojos buscando calmarme, ella estaba acabando conmigo.

Camila se marchó esa mañana echa una furia de mi habitación, y regresó de la misma manera por la noche. Sin embargo, después de follar parecía muy calmada, incluso se le notaba cansada. Ahí estaba ese semblante que tanto me gustaba en las mujeres después del sexo, cuando el agotamiento las hacía ser ellas mismas. Resultó que Caperucita se veía hermosa así, por completo abandonada, con los labios hinchados por mis besos y la rubicundez de sus mejillas expandiéndose por el resto de su cuerpo.

Le di un beso en el cuello y caminé hasta el baño. Miré sobre mi hombro percatándome que se había puesto una almohada en la cara para no verme caminar desnudo. Negué con la cabeza, aquello me hacía gracia, hacía minutos atrás me la había comido entera y ella seguía en demasía avergonzada. Tiré el condón y abrí el agua, me di una ducha de menos de cinco minutos pues me sentía muy acalorado.

Al volver a la habitación la encontré sentada en el borde de la cama, envuelta con la sábana que aferraba contra sus pechos. Me paré frente a ella que alzó la vista, lucía nerviosa, incluso podría decirse que asustada. Le acaricié la barbilla con la punta de los dedos y agachándome junté sus labios con los míos. Echó la cabeza hacia atrás, le había vuelto la vergüenza. Suspiré dándole la espalda, tomé un preservativo de la mesa de noche y caminé hasta el sillón que estaba cerca del balcón. Lo giré acomodándolo en un ángulo bastante conveniente, casi casi, en dirección a Camila y tomé asiento mirándola desde ahí.

—Voy al baño —dijo poniéndose de pie justo cuando pensaba llamarla

para que me acompañara.

—Caperucita —le llamé antes de que se fuera—, en esta habitación hay una regla de desnudez absoluta, deja la sábana en la cama. —Me miró confundida, pestañeó y negó con la cabeza, le vi intenciones de seguir caminando, así que agregué—, si no eres obediente tendré que castigarte luego.

—Déjame en paz —dijo en tono aniñado y se fue al baño con la sábana, dejándome ahí muerto de risa.

Tomé el cubrecama y lo doblé, colocándolo en el sofá junto con las almohadas. Doblé su vestido y mi ropa, metiendo todo en mi maleta la cual tenía cerradura de combinación. Luego, esperé junto a la puerta del baño a que saliera. Apenas abrió, tiré con fuerza de la sábana arrancándosela de un tirón. Camila comenzó a gritar, tapándose con las manos y yo caminé lejos de ella lanzando la sábana sobre el sofá que estaba detrás del sillón. Tomé asiento de nuevo esperando por ella que seguía en el pasillo.

—¡Te voy a matar! —le escuché decir a lo lejos histérica.

—Ven, aquí te espero.

—¡Aghhhh! eres insoportable, Bruno. —Su cabeza se asomó por la esquina, tenía la cara por completo sonrojada—, ¿en dónde está mi ropa?

—No la necesitas.

—Me quiero vestir —dijo fingiendo altanería.

—Mmm... Te acabo de explicar que hay una regla de desnudez absoluta en esta habitación. Me olvidaba que eras lenta.

—No soy lenta... tonto... abusador... pervertido y además tú no estás desnudo.

—Ah mira, qué observadora —dije abriéndome la toalla, la única limpia que quedaba en el baño.

La observé mirar detrás de mí, seguro ponderando poder llegar al sofá y tomar algo para cubrirse. Lo intentó tapándose los pechos con un brazo y con la otra mano el sexo. La intercepté a medio camino haciéndola chillar cuando la arrastré conmigo al sillón sentándola en mis piernas. Respiró agitada ante mi abrazo, la pegué por completo a mi cuerpo, mi miembro se arrebujo entre sus perfectas nalgas. No dijo nada, no pareció querer hablar, la sentí laxa, sumisa. Camila se dejaba domeñar fácilmente. Eché su cabello a un lado para besarle con delicadeza la espalda, la nuca y los hombros, prestando especial atención a los súbitos jadeos que emitió con cada toque de mis labios.

Pasé las manos por sus caderas, mesmerizándome con la suavidad que

sentían mis dedos. Me encaminé por el resquicio entre sus muslos separándolos despacio, ascendiendo en decadentes movimientos hasta que la tibieza de su sexo se hizo presente. Estaba ahí, aguardando por mi toque. La sentí tensarse conforme avanzaba. Camila tembló ante mis caricias. De forma inesperada con la mano izquierda, le apreté un pecho. Gimió alto retorciéndose contra mí, estimulándome. Mis dedos hicieron contacto con su coño ardiente, hundí un dedo en su liquidez sorprendiéndome una vez más de lo mullida que resultaba.

Suspiró arqueando la espalda, separándola de mi pecho. Cerró las piernas en franco reflejo, logrando que el roce de mi extremidad en su interior se volviera más intenso. Me gustó la sensación de restricción, ella aprisionando mi dedo que se movió a voluntad sin importar sus objeciones, que no era ninguna en realidad. Camila estaba deseosa de ser tocada, aunque quisiera pretender que no.

Por naturaleza, era de estar con las piernas cerradas, tal como me lo imaginé, toda comedida. Le separé los muslos con ambas manos, abriéndolos por completo, encajando sus corvas sobre mis rodillas. Gimió ante la sorpresa de sentirse así. Entonces provocándola, le jalé el cabello tensando su cuello y posicioné su rostro hacia la esquina lateral de la habitación en donde había un espejo que nos reflejaba desnudos. Jadeó al verse.

Le metí los dedos en la boca por puro vicio. Quería que se probara a sí misma.

—Chúpate los —ordené demandante en su oído, escuchándola jadear ante mis palabras—. No, así no —dije sacándolos—, quiero que los succiones con fuerza, que te imagines que es mi polla. —Jadeó en respuesta cuando los introduje de nuevo pero esa vez de forma tosca en un gesto duro. Sentirla acatar lo que le pedía me excitó sobremanera—. Así, mírate, toda obediente. Eres preciosa, Camila. —Cerró los ojos ante mis palabras—, no, no, mírate, quiero que se te grabe a fuego la imagen de tus piernas bien abiertas. Mira qué coñito tan delicioso tienes.

Deslicé los dedos llenos de saliva por su barbilla, bajando por su cuello, entre sus magnificentes y hermosos pechos de pezones erizados. Seguí descendiendo por todo su abdomen, acariciándole el ombligo, el vientre bajo. Rocé con alevosía su clítoris hinchado y noté como daba un respingo. La miré libidinoso a través del espejo, disfrutando del rictus de sujeción que en vano intentaba mantener. La tenté con movimientos pausados, haciéndola moverse inconsciente por el placer. Disfruté de sentir el ligero temblor en su

dermis y sus manos apretándome los muslos buscando soporte.

—Ves, a las chicas buenas se les complace si se portan bien —dije introduciendo dos dedos en su coño ardiente, moviéndolos en pro de excitarla. Era muy sensible, era increíble lo delicada que era, podía sentir su sexo latir desahogado—. Pero tú no eres buena, siempre me tratas mal —agregué jalándole más el cabello al notar que quería bajar la cabeza avergonzada.

La sostuve obligándola a seguir mirando cómo la tocaba y le mordí el lóbulo de la oreja para estimularla más. La acaricié a placer notando cómo suspiraba fuera de sí, hasta que pareció estar a punto, por lo que abrupto decidí que mis dedos abandonaran aquel resquicio divino.

—Bruno —dijo mi nombre en un tono extraño.

Camila, parecía demandar mis atenciones, implorando por más.

—¿Qué?

No contestó, en cambio pareció boquear en busca de aire. Apreté sus pechos, pellizqué sus pezones con alevosía, mientras ella no conseguía reprimir los gemidos desahogados que prorrumpía.

—Qué pechos tan deliciosos tienes ¿habías notado lo mucho que se erizan tus pezones?

Tomé su mano y la conduje a su pecho, la guie para que lo apretara como yo. La respiración de Camila se tornó más estentórea, agitada. La sentí tensarse, queriendo mover una pierna.

—No, siempre con las piernas muy abiertas, así te quiero para mí —expliqué acariciándole de nuevo el clítoris.

Camila, jadeó arqueándose de nuevo ante mi toque. Me gustaba torturarla así, tentándola de a poco. Manteniéndola con mis manoseos en aquella delectación sostenida, prorrogándole de forma incesante el éxtasis y compartiendo su padecimiento. Cada segundo que pasaba sin hundirme en ella me resultaba doloroso, porque verla gozar me generaba una excitación profusa y sofocante.

—Mmm... Bruno —dijo mi nombre con la respiración agitada.

—Bésame —dije despacio y ella giró el rostro obediente buscándome la boca con desesperación.

Me gustó sentirla así, besándome con pasión. La ayudé a girarse, situándola a horcajadas sobre mí, rozando mi miembro entre sus pliegues húmedos con insistencia. Su lengua pareció pintar profundas espirales, entrelazándose con la mía. Mis manos recorrieron su espalda bajando hasta

su munificente culo que apreté a placer, para después azotarlo con ímpetu haciéndola jadear.

—Qué buena estás, Caperucita —le dije disfrutando de como se sonrojaba una vez más.

Me levanté haciendo que ella lo hiciera también. Sentí su respiración en el pecho, sus labios paseándose por mi piel, dándome besitos, como pequeños toques que electrizaran todo. Sus manos apenas hacían contacto conmigo, así que le pedí que me tocara y la sentí abrazarme, dejando caer las manos por mi espalda. Sonreí y le busqué los labios, Camila, no entendía de indirectas.

—Caperucita esta es la parte en donde me la chupas —susurré en su oído sintiendo cómo se tensaba y pensé en que de ninguna manera quería obligarla a nada—. Bueno, solo si tú quieres —aclaré tomándola por la barbilla, haciendo que me mirara.

Se mordió los labios nerviosa y se puso de puntillas para alcanzarme. Me agaché abrazándola, recibiendo su dulce beso. Le acaricié el cabello pensando en que mejor la sentaba de nuevo sobre mis piernas.

—No sé hacerlo —dijo con esa carita de querubín que me enternecía y me ponía lujurioso al mismo tiempo—. Tendrás que enseñarme —explicó muy dispuesta.

Acto seguido se puso de rodillas casi tropezándose con sus propios pies y respiré hondo porque todo el oxígeno pareció abandonar el lugar. Me miró intranquila, parecía incluso asustada. Se mordía los labios, pestañeando demasiado rápido. Algo en ese gesto de entrega me ganó. Verla tan resuelta para hacerlo me descontroló.

—Primero tienes que abrir la boca —dije lascivo y la vi apartar los dientes de la carne rosada de su labio inferior—, lámete con mucha saliva los labios —ordené, masturbándome con la visión de su jugosa boca.

Le acerqué el glande a los labios y al sentir el roce de estos, cerré los ojos por un segundo. Después miré sus mejillas encendidas, su pecho que subía y bajaba, pues respiraba alterada. Verla abrir la boca decidida, hizo que una punzada me recorriera el cuerpo. Noté sus manos en mis muslos y cómo valerosa se acercó a mí. La punta de su lengua se asomó un poco por sus labios, humedeciéndolos provocativamente. Joder, que Camila justo así se me grabó a fuego en las retinas.

—Rodea con la lengua la perforación, no pasa nada —dije alentándola. Me lamió despacio haciéndome jadear. Recorrió mi glande con la punta de la lengua soltando un breve gemido—. Joder, con tan poquito me vuelves loco,

Caperucita. —Me recibió en su boca en la que me hundí poco a poco, sintiendo la tibieza, la suavidad de su lengua que me embadurnó de profusa saliva. Succionó despacio, temerosa y alzó los ojos como buscando aprobación de mi parte—. Lo estás haciendo bien, más que bien, sostenme con fuerza mientras lo haces —le indiqué logrando que me empuñara con su mano temblorosa—, ahora quiero que me muerdas, pero muy suave, lento, un mordisqueo leve, Camila.

Sus dientes chocaron torpes con mi príncipe Alberto, provocando un sonido metálico. Se recompuso con rapidez haciendo lo que le pedí a la perfección: mordisqueó el glande de mi pene tal como quería. Tenía un rictus de ensimismamiento y por un momento me pregunté si lo estaría disfrutando.

—Ahora métetelo en la boca, pero succiona fuerte, Camila, con vigor.

Obediente acató mi indicación. Movié la cabeza de adelante hacia atrás, haciéndome entrar cada vez más, logrando que la excitación me trepara por las piernas. Mi ritmo cardiaco se elevó de golpe, la remilgada sabía dar buenas mamadas. La sostuve por las mejillas, obligándola a alzar el rostro, quería verla, quería ver cómo me hundía una y otra vez en esa boquita perfecta.

—No te quiero hacer daño por esta cosa... —dijo sacándome de su boca.

—No pasa nada, no me duele, hazlo como gustes.

Asintió y jugueteó con su lengua ahí, pasándola reiteradas veces sobre la argolla, provocando que vibraciones placenteras me embargaran. Volvió a metérselo a la boca, succionando excelente. Aprendía rápido.

Entonces me percaté de sus ojos a media asta, de sus jadeos casi imperceptibles. Estaba excitada, me la estaba chupando y estaba excitada. De repente comprobar aquello fue más importante, con apremio la ayudé a incorporarse, me senté en el sillón llamándola para que hiciera lo mismo. Se sentó a horcajadas sobre mí y me buscó la boca, gimió contra mis labios cuando mi mano se metió entre sus muslos sudorosos. Estaba mojada, deseosa y caliente.

Rasgué el paquete del profiláctico, colocándomelo frente a ella que pareció estudiar con curiosidad cada uno de mis movimientos.

—Ven, fóllame. —Me miró sorprendida por lo que insistí tomándola por la cintura—. Ven...

—No —dijo con un rictus de malcriadez—. Así no me gusta.

—¿No? ¿Y cómo te gusta? —pregunté morboso.

—Tú arriba —dijo bajito, ocultándose tras su cabello.

—Ah, pero yo te quiero arriba. Yo te follé primero, si quieres que te folle de nuevo, tienes que ganártelo —dije atrayéndola por las caderas, dirigiendo mi erección a su interior.

Camila gimió con el contacto, colocando las manos en mis pectorales. Hundí los dedos en la carne de sus caderas, haciendo presión para hacer la penetración más honda. Estar con ella era un ejercicio de paciencia, estaba muy apretada, no quería lastimarla.

—Me encanta tu coño —dije mirando absorto el precioso brillo de sus ojos verdes despojados de todo raciocinio. La Camila excitada poseía una belleza esplendida, sinigual y el solo sonido de sus jadeos me ponía la libido hasta el techo.

Ella era muy rígida, así que entre besos y caricias mis manos le indicaron el ritmo a marcar con sus caderas. De todas maneras, el roce era prácticamente innecesario, La fricción que ella ejercía sobre mí me conducía a un punto de locura que intentaba mantener a raya. Camila era de coño estrecho y largo, perfecto. Con ella arriba marcando la velocidad todo resultaba más fácil, pues me tranquilizaba no ser demasiado transgresor.

En esa posición me quedaba espacio para mirarla y estudiar sus rasgos. Le aparté el cabello del rostro, de los pechos, para verla bien. Pasé el pulgar por su pezón derecho haciendo presión y acercándola a mí, me lo llevé a la boca. La mordí con un poco de rudeza, sintiendo cómo su coño se contraía alrededor de mi sexo. Camila bullía, hervía por dentro, estimulándome con cada certero roce.

Su frente se pegó a la mía y la sentí aumentar el ritmo solita. Se dilató poco a poco. Las ondulaciones de su pelvis se volvieron más raudas y marcadas. Sus dedos se hundieron en mi pelo, mientras sus dientes lo hicieron en mi barbilla. La sentí temblar, entonces echó la cabeza hacia atrás, abandonándose al placer. Del ser rígido que entró esa noche por la puerta no quedaba nada. Se corrió con los ojos cerrados gritando demasiado fuerte y ¡cojones! Que se enterara todo el puto hotel de que con orgasmos se liberaba.

Su rostro reflejó un profuso arrobó. Sus mejillas escarlatas, su piel sudorosa, en conjunto de esa mirada aletargada me calentaron.

—Caperucita —murmuré en su oído—, ve a la cama, quiero que te pongas en la posición que más te apetezca, porque te voy a follar durísimo hasta que te corras otra vez. —Jadeó sorprendida, mirándome con esa carita de querubín malogrado. Sí, había corrompido al angelito haciendo brillar en sus ojos lujuria—. Escoge bien, la posición que más te caliente, ve —dije

sosteniendo el condón a la base de mi pene para que ella se pudiera levantar.

Giró hacia mí, se veía nerviosa. Caminó desnuda, sin taparse, como la diosa hermosa que era. Subió a la cama y volvió a observarme como escrutándome con la mirada, buscando mi aprobación.

—La que más te gustó a ti, no pienses en mí —le reiteré.

Se arrodilló, la observé poner las manos en la pared frente a la cama, las bajó despacio y las apoyó en el colchón. Se arqueó preciosa, abriendo las piernas, esperando a que me la follara desde atrás. La arritmia me creció en el pecho, respiré agitado ante aquella visión esplendorosa y me puse de pie. Subí a la cama e indelicado azote con fuerza su munificente culo. Jadeó ante el contacto que se repitió varias veces hasta que con apremio toqué su sexo hinchado, enrojecido y húmedo con la punta de mi pene escuchándola gemir de nuevo. Me hundí de golpe haciéndola gritar.

—¿Quieres que siga? —pregunté serio.

—Sí —dijo en un hilo de voz.

No la veía, no podía, su cabello suelto no me dejaba. Salí, solo para hundirme con dureza en ella de nuevo escuchando su gimoteo gutural.

—¿Segura?

—Sí... —confirmó con la respiración entrecortada.

Me deje llevar por la sensación de su coño ardiente, que pareció succionar mi polla de una manera que me hacía perder los papeles. Camila me enloquecía, lograba que todo raciocinio me abandonara, pues el placer lo trasfiguraba todo. Solo quería más, más de ella. Más del ruido que hacía mi pelvis al encontrarse con su exuberante trasero, el cual apretaba con fuerza en pro de hacer la penetración más profunda. Quería estar más adentro, quería más, más de ella.

En mi mente la imaginé acostándose tímida en la cama boca arriba, en cambio en esa posición nos volvíamos locos. Sin una brizna de calma en el cuerpo apreté su cintura, arqueándola más, poniéndola más en pompa hacia mí, para poder mirar bien cómo la penetraba, cómo me hundía en esa carne prieta y deliciosa.

El éxtasis me tocaba la puerta, por lo que me restregué contra ella y comencé a hacer las penetraciones más cortas. Buscaba hacer énfasis solo el primer tercio de su coño, estimulándola ahí en ese punto álgido con el glande de mi pene. La sentí tensarse por lo que deslicé la mano hacia abajo y toqueteé su clítoris de forma tosca, apremiante.

Las contracciones de su coño me arrastraron. Comenzó a correrse de

nuevo gritando, por lo que en un par de estocadas más le seguí estremeciéndome con un clímax incendiario ineluctable, que se me vino encima como una pared. El placer me sacudió de tal manera que me dejé caer sobre ella exhausto, dejando el condón rebosante. Tras un par de segundos, conseguí levantarme. Salí de ella con cuidado, me saqué el preservativo anudándolo y lo dejé caer en el suelo.

El cuarto se vio invadido por el sonido nuestras respiraciones inmoderadas. Nos miramos y nos sonreímos cómplices. Poco a poco retornamos a la normalidad, aunque Camila permaneció sonrojada y enmudecida. Me giré hacia ella cubriendo su cuerpo con el mío, alegrándome de no encontrarme con esa mirada tan suya que mezclaba ansiedad y sujeción.

—Viste, Caperucita, lo que necesitabas era que te diera una buena follada —dije solo por fastidiarla.

En sus ojos bailó la rabia y levantó la mano para golpearme, pero yo lo impedí atajando su muñeca. La besé en los labios, enrollando su lengua laxa con la mía; disfrutando de la atmósfera de tranquilidad post coito y del abrazo de sus piernas a mis caderas.

Capítulo 17

Razón 10 | Por ilusionarme y ser un cretino.

Hay veces en la vida en los que una persona rememora su pasado comparándolo con su presente. Justo ahí me encontraba, me di cuenta de la diferencia entre unos días o años atrás, con lo que viví en ese momento. Analicé lo diferente que habría sido mi día de no estar con él. Concluyendo que no habría sido ni de casualidad tan... placentero.

Estábamos a punto de cenar juntos en la cama, Bruno fue a por dos copas para servir el vino que el servicio de habitaciones nos trajo junto con unos deliciosos platos, mientras que yo me entretenía jugueteando con la servilleta color marfil. Mi móvil sonó en la mesa con la alerta de un mensaje, dándole un toque a la pantalla pude ver que era Alejandra. Entonces recordé que ese día no le había hablado siquiera.

A: «Ya te vale... olvidarte de mí tan descaradamente. Aunque si es que me hiciste caso y te estás beneficiando a un quesito malagueño, no hay problema»

C: «No seas así. Se me olvidó por completo, lo siento, pichoncita »

—Quesito malagueño... —dijo Bruno justo en mi oído dándome un susto de muerte. Guardé el móvil tras echarle una mirada envenenada.

—No seas cotilla, era una conversación privada.

Bruno se rió y se sentó frente a mí, descorchó la botella y el bonito líquido rojo amaratado llenó nuestras copas. Yo no estaba acostumbrada a beber, pero él insistió en que probara, así que accedí a regañadientes.

—Las mujeres sois tan imaginativas cogiendo apodos para los hombres... me pregunto cómo me llamaran tú y tu amiga, si es que le has hablado de mí.

Tosí justo cuando el trago de vino iba entrando en mi garganta. Si él supiese que Alejandra le llamaba «p*** perforado»...

—No... —Carraspeé aun sintiendo la quemazón del vino—, no le hablé de ti, tampoco te creas tan importante.

Bebí una vez más de mi copa, escondiendo así la sonrisa que pugnaba por salir. De alguna forma me gustaba picarlo, pero su sonrisa perspicaz me hizo darme cuenta de que no lo conseguiría y menos mirándolo a la cara.

—Se me hace bastante fácil cazarte las mentiras por teléfono, pero puedo comprobar que eres peor mintiendo en persona. Pero supongamos que lo hacéis ¿cómo me apodarían? Tengo una terrible curiosidad.

Entrecerré los ojos, viendo cómo con suma parsimonia alcanzaba su copa

por el tallo y bebía casi la mitad del contenido. Mordí mi labio, pensando en un buen apodo que le sirviera, pero solo se me venían cosas estúpidas a la mente y no algo ingenioso.

—No sé... «El perverso madrileño».

Bruno rio con ganas haciéndome reír. Me lo estaba pasando realmente bien y eso sí que era algo nuevo. Probé la comida, haciendo que una espiral de sensaciones, jugosas, sabrosas y de diferentes sabores explotaran en mi boca. No era solo un platito diminuto con muchos colores, estaba delicioso.

—¿Tenías que gemir así? —se carcajeó probando su comida

Fue su turno de alabar lo bueno que estaba. Sonreí al verlo comer con tanto gusto y glotonería. Era grande, tenía que mantener aquel cuerpo gigante. Menos mal pidió comida como para un regimiento.

—Te quedas a dormir —murmuró y no supe si estaba afirmando o preguntando.

Me miró de aquella manera que ya comenzaba a identificar. Bruno quería que me quedara, pero no para dormir precisamente. Estuve a punto de morir atragantada, si no hubiera sido porque Bruno llegó en mi auxilio chasqueando los dedos por sobre mi cabeza, como si estuviera bailando.

—Si así pretendes ayudarme para no ahogarme, estamos claros... —pude decir tosiendo como una posesa.

—Mi abuela me lo enseñó y funciona. Como ves, ¿no te has muerto no? —dijo muerto de la risa—. Además, si una persona consigue toser es porque no se está ahogando.

Terminamos de comer, pero solo alcancé a probar medio postre. Bruno mirándome con cara de corderito, le hacía competencia a melocotoncito cuando quería que le comprara una muñeca. Así que terminé dándole mi delicioso pastel de queso y nata. No obstante, me llevé algo en recompensa. Me jaló en su dirección, por lo que acabé sobre él a horcajadas, jadeando por la impresión de sentirlo en aquella posición que era tan nueva para mí. Con un dedo manchó mis labios de nata para luego lamerlos con deleite. El dulce sin duda supo veinte veces mejor compartiéndolo con su boca.

Con solo una camisa suya, —ya que toda mi ropa estaba en mi habitación y no tenía pijama—, salí del baño apagando la luz a mi espalda. Estaba nerviosa, temblaba de anticipación tan solo de pensar en que íbamos a dormir esa noche juntos.

Bruno estaba acostado boca arriba, sobre la colcha, con uno de sus brazos flexionados a modo de almohada extra, las piernas cruzadas y el mando de la

televisión en la mano sobre su estómago. Su atención que estaba puesta en la pantalla, voló hacia mí para luego repasar mi cuerpo de arriba debajo muy lentamente.

—¡Joder! Te ves tremenda, Caperucita.

Me sonrojé a más no poder y me apresuré a dirigirme a la cama, abrazándome a mí misma por si entre los ojales de la camisa se me veía algo, sintiendo su mirada sobre mí todo el tiempo. Me daba vergüenza, algo ridículo ya que estaba segura que se sabía cada pliegue de mi cuerpo por su minuciosa inspección. Quitó la colcha de mi lado, y eché a un lado la sábana. Me metí en la cama, cerciorándome de que quedaba suficiente espacio de separación entre los dos, por el bien de mi salud mental y física. Por último, me tapé hasta el cuello. Un suspiro tembloroso abrió mis labios, como si me hubiese quitado un peso de encima. O su mirada más bien.

Escuché su risa ronca, incluso vi cómo se doblaba en dos. Realmente se divertía a mi costa el muy... bendito. Qué ganas tenía de estamparle un *sopapo* de los que daba mi abuela en sus mejores tiempos.

—Olvidaba que eras la hermana perdida de María Teresa de Calcuta —dijo de nuevo esa puñetera broma.

Me destapé furiosa y lanzando un gruñido de guerra me monté sobre él e intenté golpearle. Lo que no calculé era que él tenía más fuerza que yo, así que acabé bajo su cuerpo, con las manos aprisionadas en el cabecero y su pierna sobre las mías, haciéndome imposible moverme.

—Eres una cosita peleona, si pusieras la misma pasión para follar...

Y no dejándome oportunidad de rebatir, sus labios se estrellaron contra los míos, extinguiendo cualquier pensamiento que no fuera besarlo. Pero cuando asumí que lo que seguía era lo que seguía, paró y se volvió a acostar a mi lado con un suspiro.

—Vamos a ver televisión, necesito un descanso, no es como si fuera un semental —dijo con gracia haciéndome reír para mi sorpresa.

Sí, Bruno era real. Un hombre que necesitaba de descanso y no un obsesionado del sexo o superhéroe, ya que yo no conseguía entender cómo era que los tíos de las novelas de romance, podían estar haciendo el amor toda una noche sin parar. Ahí se notaban claramente las mentiras que nos inventábamos las mujeres sobre los hombres. Eran humanos, no máquinas.

Me acomodé en su costado, apoyando la cabeza en su pecho, sintiendo sus dedos acariciar mi cabello con delicadeza. Vi cómo cambiaba de canal hasta detenerse en un canal que trasmitía una película de esas antiguas, que lo tuvo

entretenido por más de una hora. Para mi sorpresa, agarró sus gafas de pasta oscura que guardaba en el cajón de la mesilla, ya que decía que se le cansaba la vista viendo la televisión y más a oscuras.

Me dormí en algún momento en la madrugada, sintiendo el roce constante de su cuerpo en un costado abrazándome. En un punto de la noche creo que le escuché decir algo de patadas voladoras, Caperucitas y esa palabra que empieza por «J». El sueño me llevó sin poder oponerme.

La mañana llegó, pero no de la manera que me hubiera gustado. Estaba sola en la cama, sin el hombre que había ocupado mis sueños. Me removí un poco, notando todos mis músculos tensos y mi entrepierna adolorida. Había pasado tanto tiempo sin estar con un hombre, que pareció haberse regenerado mi virginidad. Estaba destrozada, pero aun así, una sonrisa perezosa tiró de mis labios mientras estiraba mi cuerpo con placer. Era maravilloso despertar así, con ganas de seguir acostada, sin tener que levantarme para ir a trabajar...

Me giré hacia su lado, encontrándolo aún templado y me vi a mí misma enterrando la cara en la almohada, aspirando hasta no poder más, oliendo ese aroma que me volvía tan loca, tan... Pataleé histérica soltando chillidos, abrazada a su almohada. ¡Había hecho el amor con Bruno!

—Dios es tan guapo... —me escuché murmurando con los ojos cerrados y seguramente una cara de idiota que no se me podía aguantar.

Parecía como si hubiera pasado la noche con mi cantante favorito. Ganas no me faltaron de salir al balcón y gritar a todo el mundo lo contenta que estaba. Pero obviamente no lo hice, solo me dediqué a rememorar la noche anterior para luego mortificarme cada vez que mi mente me llevaba a escenas demasiado... comprometidas.

—¡Ay virgen santa! —exclamé muerta de la vergüenza, soltando la almohada como si me quemase—, tranquila, Camila, estas cosas pasan. Te cegó su atractivo, la labia que tiene. Es un experto engatusador y has caído como puede caer cualquiera... —me tranquilicé a mí misma.

Aún podía saborear sus besos, como si estuviera allí conmigo. Pero al abrir los ojos no había más que soledad. Suspiré desinflándome cuando comprendí que no volvería pronto. Viendo el reloj, me dije que ya era hora de largarme. Eran casi las doce del mediodía y la feria había comenzado hacía bastante rato. Menos mal no tenía que asistir hasta la tarde. Salí de la cama, mis piernas se sentían inestables, parecían gelatina y casi pegué la boca en el suelo si no llego a agarrarme a la cama.

Entonces me percaté de un papel doblado encima de la colcha. Lo abrí con miedo, sin saber qué era lo que me iba a encontrar. Era su letra y sin perder tiempo me puse a leer:

«Caperucita, te vi tan exhausta que no te quise despertar, tengo varias reuniones para hoy con mi editora, ¿te apetece cenar? Avísame a qué hora te viene bien, creo que estaré desocupado a eso de las nueve de la noche, te dejo mi número y un beso para ese lunar que tienes en el cuello».

Toqué mi cuello, donde se encontraba dicho lunar y pude sentir cómo mi pulso latía acelerado. Quería quedar otra vez... Mordí mi labio con fuerza y dejé la nota tal y como estaba. Deseaba verlo de inmediato y aún faltaba que pasara todo el día para eso.

Ya un poco más estable, conseguí llegar al baño. Me quedé estática en el lugar cuando me giré hacia el espejo del lavabo. Mi cabello estaba revuelto, como cada mañana, al igual que mis ojos hinchados de tanto dormir. Pero había algo diferente. Al quitarme su camisa, noté que mis senos estaban enrojecidos y justo al lado de la aureola derecha había una pequeña marca de succión; en mi hombro una marca de sus dientes.

—Será bruto...

Acaricié la zona, soltando un jadeo al sentirme tan sensible. Mi piel se erizó en respuesta la muy traidora. ¿Qué me había hecho ese hombre? Me lavé los dientes con su enjuague bucal, sin dejar de mirar esa marca en mi pecho, como si fuera a desaparecer pronto.

Me metí en la ducha, sin detenerme en esperar a que el agua entibiara. Necesitaba despejar mi mente, no pensar en dónde se encontraría Bruno, en qué estaría haciendo en ese momento. Muchas preguntas rondaron mi cabeza, sin embargo, todas murieron cuando sentí un leve roce en el hombro, seguido de un escalofrío que me erizó el cuerpo. Chillé como una posesa, pero unos labios me acallaron de golpe, ahogando cualquier protesta que pudiera decir.

¡Era él, era él...! quise gritar de la emoción. Sin embargo, solo podía agarrarme a su cabello y corresponder su beso con la misma pasión o al menos intentarlo...

—¿Qué haces aquí? —dije sin resuello notando cómo mordía mi cuello y su mano serpenteaba entre mis piernas, abriéndome, tocándome impudoroso, haciéndome gemir bajo.

Estaba demasiado sensible y adolorida, pero mi cuerpo parecía no entrar a razones.

—Volví por mi puta libreta de notas, que necesito para una reunión, pero

no pude aguantarme cuando te vi aquí así... tan deliciosa... tan mojada...

Metió dos dedos en mi interior despacio, pero sin pausa hasta llegar al fondo. Jadeé. Ese hombre me quería matar, quería hacer de mí un manojo de nervios inservible. Y para colmo, estaba gloriosamente desnudo, notando su sexo alzado, listo para la acción apretando mi estómago. Pero al ver cómo se arrodillaba frente a mí, pude comprobar que tenía otros planes muy diferentes a los que me esperaba.

El agua ya cálida, nos mojaba a los dos, creando un ambiente único y privado. El vapor nos rodeaba, al igual que el inconfundible olor a sexo que desprendíamos solo con tocarnos. Esa era otra cosa que jamás olvidaría, la mezcla de nuestros aromas.

Bruno besó mi estómago de forma descendente, llevándose la humedad del agua que corría libre por mi piel, con la lengua. Me fijé en cómo sus pestañas acumulaban pequeñas partículas cristalinas de la misma, mientras sus labios húmedos, succionaban mi carne, mordiéndola, como si quisiera alimentarse de mí.

Cerré los ojos cuando dio un leve mordisco a mi pubis. Su mano izquierda alzó mi pierna colocándola por encima de su hombro. Y entonces me perdí, me desaté, me abrí cual flor en primavera; por muy poético que sonase eso. Su lengua hacía maravillas, calmando mi ansiedad, mitigando el ardor, el dolor, solo quedando el placer de tenerlo donde necesitaba.

Abrí los ojos y casi me morí al ver nuestro reflejo en el espejo. Bruno había dejado la puerta abierta del baño y el vapor se iba sin darle tiempo a condensarse en el cristal, por lo que podía vernos sin necesidad de forzar la vista a través de la mampara. Mi mano quedaba enredada en su cabello mojado, mis pezones estaban izados, oscuros. Por no hablar del sonrojo que cubría mi cuerpo, ya fuese por la excitación o la calidez del agua.

Bruno se apartó, dejándome a dos segundos de explotar, pero no me dio tiempo a protestar puesto que en cuanto llegó a la altura de mi cara, agarró mi rostro con ambas manos y me besó ardientemente. Haciéndome tragar su gruñido excitado y paladear mi sabor. Parecía encantarle hacer eso, como si le diera una satisfacción animal, hacerme de probar lo que él decía ser excitante.

—Estás tan deliciosa, tan tibia, no me canso de comerte el coño, Camila...
—quise mirarlo mal por ser tan cochino, pero toda protesta murió cuando se colocó tras de mí.

Sus manos apretujaron mis senos, amasándolos con ganas, con ansias,

como si aun estando tocándome, no tuviera suficiente. Una de sus manos se deslizó con gracia y facilidad por mi costado, con una caricia lenta rozó mi cadera, llegando al vértice de mis muslos provocando que gimiera impudorosa.

—Pero mira nada más qué tenemos aquí... —susurró en mi cuello. Entonces nuestros ojos se encontraron en el espejo para vergüenza la mía. Me había pillado con los ojos en la masa—. Le estás cogiendo vicio a vernos en los espejos mientras follamos ¿no?

Mis mejillas ardieron y apreté la mandíbula con coraje queriéndole decir de todo menos bonito.

—Eres un... —Me tapó la boca con una mano, mientras me provocaba con la otra. Él sonrió a través del espejo, disfrutando de mi resistencia.

Me abrió las piernas ayudándose de su rodilla, colocó uno de mis pies en el reposa manos que se situaba en la pared azulejada de la ducha. Luego me soltó un segundo, así que miré sobre mi hombro para saber qué hacía. Se estaba colocando el condón. Antes de que se percatara de que lo espiaba, miré de nuevo hacía el espejo para ver con total claridad, cómo entraba en mí desde atrás.

—Estas tan prieta, Caperucita... me encanta la liquidez de tu coño, presta atención, —dijo en mi oído morboso—, ¿ves cómo me hundo en ti?

Lo veía, claro que lo veía. No podía dejar de mirar lo hermoso que era vernos así de unidos. De cómo la lujuria cubría sus ojos, de cómo el muy... desgraciado sonreía pervertido al verme corrompida por sus juegos. Era un hecho, Bruno me había consumido totalmente. Mi corazón acelerado me hacía saber que seguía más viva que nunca, nuestras respiraciones agitadas eran el único sonido ligado con el repiquetear del agua cayendo sin descanso, que se escuchaba en la habitación.

—¿Te gusta así, lento...? —preguntó entre jadeos provocándome cosquillas en el oído, moviéndose más despacio que antes, haciéndome notar cada centímetro de él que salía y entraba con una facilidad increíble—. ¿O prefieres así?

No acabó de preguntarlo, cuando empezó a acelerar el ritmo de un segundo para otro. Apreté la mandíbula aguantándome las ganas de gritar, en su lugar mordí su mano que aún tapaba mi boca. Ahogó un gruñido, dejó mi boca libre y me azotó, sin dejar de entrar en mí tan rápido que sentí miedo de romperme. Cerré los ojos no consiguiendo aguantar ver el espectáculo que éramos en aquel reflejo.

—No dejes de mirarnos, Camila... quiero que no se te olvide nunca lo bien que encajamos. Dime que te gusta tenerme dentro...

—Sííí...

Y así, sin más, me dejé ir gritando su nombre. Viendo sus ojos oscuros brillar con orgullo. Llegué al punto de no retorno, donde las sensaciones no eran más que meras luces de colores sin sentido ni armonía, solo explosiones sin forma, pero deliciosamente placenteras. Mi vista se nubló, mis piernas temblaron, mi peso fue demasiado para sostenerme por mí misma, por lo que se vio obligado a agarrarme con más fuerza. Salió de mí haciéndome lloriquear. En ese momento tuve la sensación de que no podría sentarme por un mes.

Con esa cara de vicio que me cabreaba y gustaba a partes iguales, se puso frente a mí y con suma delicadeza agarró mi labio inferior con los dientes, tirando de él para luego chuparlo con deleite. Apoyó su frente contra la mía, el agua le caía en finos hilos del cabello, humedeciendo su rostro cubierto por una sombra de barba morena. Se deshizo del preservativo y pude observar cómo su sexo estaba enrojecido por la fricción, no solo yo debía estar adolorida. Con cuidado bajó mi pierna, ya que yo no fui capaz ni de acordarme que seguía con las piernas abiertas. Agarrándome de la mano, la colocó rodeando su erección para luego con su ayuda, masturbarlo despacio.

Gemí, ganándome una sonrisa de su parte. No había nada más excitante que esa imagen. De cómo se perdía mi mano bajo la suya más morena, más grande, con las venas marcadas, la sangre fluyendo con rapidez. Estaba suave, resbaladizo. Como si tocara seda de la mejor calidad. Caliente y duro... Deslicé mi dedo por la punta, arrastrando una pequeña gota de humedad, esparciéndola por toda la cabeza, bordeando el piercing como si lo hubiera hecho toda la vida. Bruno echó la cabeza hacia atrás, sin dejar de decir mi nombre entre jadeos descontrolados.

El agua hizo dibujos en su pecho, besé su piel caliente, sin parar de mover mi mano bajo la suya. Hasta que, tras un desgarrador gemido gutural, se dejó ir, haciendo que gotas tibias de semen cayeran sobre mi vientre. Tras verlo de esa manera, se extinguió cualquier posibilidad de olvidar a Bruno una vez me marchara.

Al salir de la nube de éxtasis, cuando la intensidad del momento había menguado, escuché a lo lejos el sonido de su teléfono con una llamada entrante. Bruno suspiró en mi cuello. Estábamos abrazados, mientras el agua medio fría calmaba nuestras pieles febriles. Solo nos quedaba separarnos.

Pero ni él ni yo parecíamos querer hacerlo.

—Seguro es Odina. Le dije que subiría y bajaría en cinco minutos... — comentó con la voz ronca, sin parar de darme besitos en el hombro y cuello.

Reí como pude y palmeé su hombro indicándole que era hora de despegarnos. Él accedió a regañadientes, no sin antes volver a darme un beso. Me enjaboné con rapidez saliendo de la ducha. Nos vestimos entre besuqueos, tonto y risas. Una vez presentables, nos dirigimos al ascensor sin atreverme a cogerle de la mano siquiera. Una cosa era dar rienda suelta a la pasión en la habitación y otra muy distinta, hacerlo fuera. Y me pregunté si a eso se limitaba todo, a la intimidad de puertas adentro.

Cuando entramos en el cubículo del elevador, pulsé el botón de mi planta ya que tenía que cambiarme de ropa para la feria. Bruno me abrazó por la espalda para luego depositar un beso en mi pelo.

—¿Cuál es tu número de habitación? —preguntó cuando las puertas se cerraron.

—Trescientos siete.

El asintió, dándome un nuevo beso en el cuello y noté lo húmedo que seguía su cabello.

—A ver qué le dices a Odina de porqué llevas el cabello mojado.

Él soltó una risita y me giró para que quedara frente a él. Coloqué ambas manos en su pecho cubierto por una fina camisa celeste. Era tan guapo, madre mía...

—Soy escritor, me inventaré una excusa inverosímil pero aceptable. Lo suficiente para que deje de preguntar.

Alcé una ceja.

—¿Y qué le dirás sobre esa cara de descargado que portas?

Bruno rio con ganas y cuando ya remitió su risa, me dio una sonora palmada en el trasero, ganándose un tortazo de mi parte por bruto.

—¿Desde cuándo hablas así tan sueltecilla tú...? Deja que yo me ocupe, además la dejé de lo más a gusto conversando con una autora.

El ascensor paró en mi planta y tras sonreírle pretendí irme, pero él me volvió a sujetar de la mano y me atrajo hacia él para robarme uno de esos besos que cada vez se me hacían más dolorosos.

Por último y antes de que saliera del todo, me dio un nuevo azote que me hizo cabrear de verdad. Pero antes de poder protestar, las puertas se cerraron dejándome ver su sonrisa cretina mientras me decía adiós con la mano.

—Abusador...

Cuando llegué a la feria, ya casi había acabado el primer corte. Me había entretenido en la cafetería, pudiendo conseguir una manzana; mis tripas rugían por el hambre. Pero eso no me detuvo de dar otro paseo y ver los *stands* que el día anterior no me dio tiempo a visitar. Realmente había muy buenos libros, gracias a Dios no disponía de mucho dinero para comprar o de lo contrario me lo habría gastado todo allí mismo.

Tuve la oportunidad de ver a otro grupo de mis autores favoritos, como también de charlar con mis compañeros de editorial. Estaban felices con los resultados de ventas y esperaban que el próximo evento tuviera los mismos buenos resultados.

El segmento acabó, la gente empezó a marcharse por lo que me dediqué a ayudar a preparar la estantería para el próximo grupo de autores de mi editorial. Fue ahí cuando vi de lejos, serpenteando entre el tumulto de personas que se cruzaban en su camino a Ricardo con una cara de tres metros.

Al verlo sentí un pellizco extraño en la boca del estómago. Un mal presentimiento, como diría mi abuela. Algo no andaba bien. Le hablé apenas llegó al stand de la editorial haciendo que su mirada reparara en mí.

—¿Ricardo qué...? —no me dejó acabar de preguntar.

Sacó de una caja mi bolsa de libros, que ayer le dejé y sin querer me sonrojé al recordar lo que pasó después de que me largara de aquella manera tan súbita. ¿Estaría enfadado por eso? Agarré la bolsa y él gruñó ofuscado. Iba a pedirle disculpas cuando alzó las manos exasperado.

—No los soporto... ¡No los soporto! —exclamó.

Su piel aun siendo oscura, gracias a su descendencia africana, lucía más rojiza por la rabia que le consumía. También desapareció esa alegría que siempre portaba. Parecía un animal rabioso, con ganas de agarrar a alguien a puñetazos.

Lo agarré del brazo y despidiéndome de mis compañeros, me lo llevé fuera de la sala de actos. Había demasiados curiosos y Ricardo era toda una diva llamando la atención. Llegamos a la recepción y anduvimos hacia el bar. En la terraza estaría tranquilo y si le conseguía algo de comer se calmaría lo suficiente como para contarme lo que le pasaba; con el estómago lleno todo se vería mejor estaba segura. Como auguré con tan solo probar un trozo de su filete, suspiró agradecido. Yo en cambio probé mi calamar a la plancha que estaba delicioso.

—Ahora sí, cuéntame qué te pasa. ¿A quién no soportas?

Puede que me apresurara trayendo a colación el tema, pero no podía aguantar la curiosidad de saber qué lo tenía así. La rabia volvió a nublar su mirada y dejó caer el tenedor en el plato con demasiada fuerza, gracias a Dios no lo partió, pero sí derramo un poco de salsa en el mantel.

—¿Recuerdas a Odina-soy-la-mejor? —dijo con retintín haciéndome fruncir el ceño.

Sabía que se refería a la editora de Bruno, pero ¿qué podría haberle hecho o dicho esa mujer para ponerlo así? Él que era como un arcoíris con complejos de unicornio, al que todo le resbalaba.

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Pues resulta que ahora es la única que tiene una editorial fructífera. Ella es la mejor de los mejores... ¡Sí, claro! Una mierda para ella que se coma bien gorda, si no es que se come otra cosa para estar allí arriba.

Casi me atraganté con mi propia saliva al imaginarme a esa mujer haciendo... tal cosa.

—A ver, Ricardo... —dije intentando preguntarle qué le sucedía, pero él no entraba en razón. Estaba obcecado por la rabia, incluso miraba al horizonte mientras hacía con sus manos como si estrangulara a alguien.

—No sabes lo que se me pasó por la cabeza cuando me dio a entender eso. ¡Ah! Sin olvidar que me preguntó por ti la muy...

—¿Por mí? —pregunté confundida.

Aquella mujer se me hacía de lo más intimidante. El que preguntase por mí me daba muchísima curiosidad, pues ya de por sí el día anterior me había mirado de una manera extrañísima como si me dijese: sé algo que tú no.

—Sí, por ti, empezó a preguntarme que cómo te iba, bla, bla, bla. ¿Y el otro? Que todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil. Me ha dicho que yo no veo tu potencial ¡ja!

—¿De quién hablas ahora? —pregunté cuando mastiqué un nuevo bocado.

—Camila abre las orejas, por Dios, del amiguito ese que tiene. Alejandro. Ese zoquete, me dijo que tu libro no estaba para la venta al público. Que no tenía el suficiente enganche y que escribías en pro de contentar a la gente. ¿Qué sabrá ese de lo que es escribir?

Tragué saliva por tal de no escupir lo que aún tenía en la boca. Alejandro... ¿Bruno dijo eso de mí?

—Que te leyó y se aburrió; que lo que hacías no era escribir si no redactar algo sacado de la cabeza de una cría con demasiados sueños y todo eso delante de la odiosa de Odina.

—¿Ah sí? —pregunté notando mi voz temblorosa. La comida se me estaba revolviendo en el estómago.

—Si hubieras visto su sonrisa triunfadora... como si saber eso, fuera a ganar un puto *Grammy*. Y el otro parecía enfadado incluso, como si leerte hubiera sido la mayor pérdida de tiempo. Habló de ti como una *escritorsucha* más del montón.

Noté cómo se me desgarraban las carnes y se abría un abismo de la extensión del cráter de Siberia en mi pecho. Mi labio tembló, toda yo temblé de rabia y tristeza a la vez. Mala combinación. Ya sabía lo que venía después de eso y no era bueno. Pero lo peor de todo era que las dos veces que me había sentido así fueron gracias al mismo hombre. Aunque esa vez pude prever que era muchísimo peor que la anterior. En ese caso estaba en juego mi salud mental, mi corazón, aunque fuera estúpido de mi parte ilusionarme con alguien como él. Aunque decir ilusión era quedarme corta, en realidad estaba empezando a sentir algo más.

¿Quién en su sano juicio se dejaría llevar tanto, sabiendo que sería su perdición? Yo... solo yo. La idiota de Camila. La mojigata, la que se creía sus mentiras azucaradas. Pero pasaba que lo tonta se acababa yendo, que la ingenuidad desaparecía, que la ceguera por fin aminoraba y se quedaba al descubierto ante mis ojos su verdadero propósito. Solo buscaba conseguir lo que quería y eso era meterse entre mis piernas.

—¿Me disculpas? no me encuentro bien, se me fue el apetito.

No sé cómo logré decir aquello de un tirón, dejando a Ricardo con la palabra en la boca y mirándome confundido, ni cómo pude andar hasta el recibidor sin caer en redondo. Quería buscar a Bruno para decirle por donde se podía meter su opinión sobre mi escritura. Pero sabía que era inútil ya que siempre conseguía darle la vuelta a todo. Y me debatí entre esperarlo por si realmente aparecía como me dijo o largarme de allí con las ganas de arrearle un buen guantazo.

Si había una cosa que detestaba era que alguien se metiera con mis sueños. Bastante tenía con que mi padre no creyera en mí o en que mi madre no hiciera más que recordarme en cada una de sus llamadas, que dejara de invertir el tiempo en tonterías cuando podía dedicarlo a buscarme un esposo. Por primera vez en mi vida, estaba gozando de lo que realmente me encantaba hacer. Escribir siempre fue mi vía de escape, lo que me mantenía lejos de todo aquello que me producía ansiedad, inquietud. ¿Sería verdad que no escribía bien? ¿Que aburría? ¿Tenían mis padres razón?

No quise encerrarme en cuatro paredes, así que salí del edificio buscando aire para llenar mis pulmones. Sentía el pecho apretado, ardiendo. Gracias a Dios pude aguantar el llanto y no hacer el mayor ridículo de la historia. Me dolía que tras compartir una noche tan buena juntos, precisamente *él*, me echara mierda de esa manera. ¿Por qué decírselo a mi editor? ¿Qué pretendía haciéndolo? ¡En dado caso debió decírmelo a mí! Pero no quise pensar más. Eché a andar sin rumbo, sin preocuparme por si me perdía en una ciudad que no era mía. Total, ya me sentía de esa manera.

Después de dos horas andando, con los zapatos en una mano —ya que no preví andar demasiado ese día—, llegué al hotel. Ver tiendas me relajó sobremanera. Pero nada más entrar me arrepentí de no haberme largado a mi casa. Sin embargo, debía cumplir con unas cuantas lectoras que me habían escrito a Facebook contándome que asistirían hoy y querían saludarme.

Anduve lo más entera que pude, notando las miradas de los presentes en el lobby. Me daba igual que murmuraran qué hacía esa loca con los tacones en la mano y la cara roja de tanto llorar. Porque sí, al final acabé llorando como una tonta en cuanto me di cuenta de la magnitud de mis sentimientos.

Me acosté, una vez puse un pie en mi habitación, enterrando la cara en la almohada. Y entonces tomé una decisión: cortaré todo de raíz. Iría a la feria, reservaría un billete para mañana temprano, le diría unas cuantas cosas al cretino de Ballester y se acabaría todo. No iba a poder conmigo una tercera vez.

La tarde la pasé como en piloto automático, sonriendo falsamente, aguantando las ganas de llorar y haciendo como si nada hubiera pasado. No pude obviar el desánimo que portaba en ese momento o las ganas de irme de la feria lo más pronto posible. Ricardo el cual me instó a no pensar en lo que había dicho el tal amigo de Odina, pues a fin de cuenta qué iba a saber ese don nadie de literatura, me invitó a tomar algo en el bar después de las tres horas en las que estuvimos en el stand. Me había quedado sin excusas, le había dejado hablando solo en la tarde así que para distraerlo y no contarle al respecto, accedí. Muchos escritores de renombre nos acompañaron, algunos de mis favoritos, incluso intercambiamos teléfonos. Sin embargo, solo pensaba en acostarme, taparme hasta las orejas y llorar. Por lo que tras negarme aceptar el segundo refresco, me levanté y me fui a la habitación.

Estando sentada en el sillón que daba a la ventana, me quedé mirando el cielo nocturno. Mi reloj marcaba las nueve menos diez y al contrario de lo

que pensé, no estaba nerviosa. Solo quería que pasara el tiempo más rápido, decirle lo que tenía que decirle y marcharme. Lástima que no hubiese billetes para esa misma noche, de lo contrario ni hablaba con él siquiera. Odiaba el simple hecho de haberme dejado manipular así de fácil, de dejarme llevar por ese magnetismo que siempre parecía tener. Y más, sabiendo entonces, la opinión que tenía sobre mí.

Alguien tocó la puerta, como si marcara el ritmo de una canción y eso sin querer hizo temblar mi labio inferior. Vestida con mi pijama, lista para dormir en cuanto se fuera, anduve con calma hacia la puerta. Sabía que era él, lo sentía al otro lado. Y lo pude comprobar una vez abrí. Exudaba masculinidad, erotismo, por todos los malditos poros de su cuerpo. ¿Cómo no iba a escribir erótica si él solo, ya lo era? Vestía unos vaqueros ceñidos, con algún que otro agujero a modo de decoración y una camisa blanca. ¿Podrían ponérmelo más difícil? En cambio yo era todo lo contrario. Un guiñapo, mal vestida, con un moño desordenado y seguramente la nariz roja de tanto que había llorado. Pero aquello no me hizo bajar la barbilla, al revés, le planté frente, le puse mi mejor cara de póker y seguí con lo planeado.

Su sonrisa flaqueó un poco en cuanto se dio cuenta de mi semblante serio y antes de que sus labios alcanzaran los míos, giré la cara haciendo que su beso aterrizara en mi barbilla. Suspiró, como si lidiara conmigo enfadada todos los días. Entré en la habitación y Bruno me siguió cerrando tras de él. La tensión era tan palpable, que me daba hasta miedo decir algo.

—¿Por qué no estás vestida? ¿No vamos a ir a cenar? —preguntó situándose a los pies de la cama.

Su mirada entonces cayó en mi maleta que estaba en el suelo, llena de mi ropa y enseres personales.

—Ya lo hice —contesté sin más, sin dejar de mirarlo disimulando mi malestar. Señalando el vasito de yogurt desechado en la pequeña mesa junto a la ventana.

La cobardía estaba intentando entrar en juego, pero mi testarudez era más fuerte, sobre todo porque se aliaba con el enfado y las ganas que tenía de borrarle esa sonrisa hipócrita de su cara.

—A ver, Camila, esta es la parte en donde cortas el rollo y dices qué es lo que te molesta —dijo adusto. Su tono cansado me hizo daño, como también provocó que mi rabia aumentase. Se estaba sorteando una buena zurra, y él tenía todas las papeletas ganadoras.

—¿A mí? nada...

Fui al mini bar, sacando una botellita de agua y bebí casi todo el contenido de golpe.

—Habla, Camila, habla de una vez que no estoy para estos dramas.

Estuve a punto de reír a carcajadas.

—¿Pero no ves lo feliz que estoy? Espera que me ría: ja, ja, ja...

Bruno, suspiró.

—Estoy cansado, tengo hambre, ¿qué cojones te pasa?

—Eres tú el que ha venido a buscarme, ¿qué quieres?

—He venido por ti para ir a cenar, me dijiste que querías comer conmigo. Y aprovechar para contarte un par de cosas que hablé con tu editor, si es que a eso se le puede llamar editor.

—Quería, tú lo has dicho, eso fue antes de saber que eras un auténtico cretino. Y no te consiento que te metas con Ricardo.

Su cara se transformó, pareció enfadarse de verdad.

—¿Disculpa? ¿Cómo me llamaste? —dijo entrecerrando los ojos, dando un paso hacia mí, logrando que yo diera uno hacia atrás.

—Es que necesitas un *sonotone*, he dicho: Cre-ti-no. ¿Te lo deletreo?

Sabía que estaba haciendo la estúpida. Con cada cosa que decía notaba cómo conseguía lo que siempre hacía: darle la vuelta a todo. Pero era tal la magnitud de mi enfado que no podía dejarme pisotear. Yo tenía la razón y se lo haría ver como fuese.

—Anda mira... sabes separar en sílabas y todo —dijo con sorna.

—Hombre claro, ya que no se escribir... para algo tengo que servir.

—Tienes dos segundos para cortar el rollo y hablar o me largo. Porque la verdad lo que menos me apetece es lidiar con tu inmadurez.

—¿Con mi inmadurez? —pregunté, sintiendo como si me hubiese dado un golpe fuerte en pleno pecho— Pero ¿quién te crees tú para venir a hablarme así?

—Te comportas como una inmadura, a las pruebas me remito. Una mujer seria me diría qué le molesta y ya. —Me señaló como si fuera más que obvio—. ¿Por qué dices que no sabes escribir?

—Ah, no sé, dímelo tú. Eres el que va diciéndolo por ahí.

—¡Nunca diría algo así! —protestó ofuscado.

—¿Entonces quieres que te diga qué me molesta? —pregunté, después de que nos quedáramos mirándonos con la respiración acelerada.

—Sí, Camila —dijo sarcástico haciéndome enfadar más si cabía—. Es lo que te he estado preguntando desde que llegué.

Suspiré molesta y me preparé para desahogarme.

—Me molesta que vayas de macho: yo soy el mejor, echándome mierda con mi editor. Y encima menospreciando el arduo trabajo que hace para con sus autores. —dije subiendo la voz. El muy zoquete se rió. Me estaba viendo la cara de estúpida, pero yo estaba dispuesta a pelear hasta el final—. ¡No te rías! Sé serio por una vez en tu vida.

—Ya veo que te contó lo que le pareció a él escuchar de lo que intenté explicarle... porque estoy viendo que no entendió nada.

—¿Lo que no entendió? Lo conozco y lo peor de todo es que te conozco a ti.

—Nunca dije que no supieras escribir, eso que te quede claro. Solo hice un par de observaciones a su pésimo trabajo, «editando» *tu* libro —dijo haciendo comillas con los dedos.

Lo ignoré deliberadamente. Ese se creía que me iba a achantar con sus respuestas para todo. Cuando él tenía por donde callarse.

—Dijiste que soy una más del montón, es decir, que no soy más que una vulgar *escritorsucha* de tres al cuarto. ¡Ah! Y que aburro, no olvidemos ese detalle.

Alzó las manos, abriendo los ojos desorbitadamente como si no creyera lo que le estaba diciendo. Demasiado teatro era lo que tenía.

—¡Yo no dije en ningún momento que fueras una más del montón! Tienes potencial, necesitas un editor que te ayude a brillar y él no lo hace. Si quieres escribir tu *Ulises* necesitas comenzar por reformar ciertas cosas.

—¡Estoy brillando! Vendo bien, la gente lee mi libro. Les gusta. ¿Qué es lo que te molesta de eso? ¡Dime!

—Vender no implica que sea bueno. Deberías saberlo a estas alturas. ¿Acaso ventas son igual a calidad? ¡Vamos, Camila, despiértate!

—Ricardo hace todo lo posible para...

—Dime una cosa —dijo interrumpiéndome, acercándose una vez más intentando tocarme. Me alejé haciendo que su mano cayera laxa a su costado. Lo sentía nervioso, contenido—. ¿Cuántas notas le hizo a tu manuscrito? ¿Te dio alguna idea para mejorar, dijo algo que le gustaba en concreto?

—Él me dijo que estaba perfecto —reliqué intentando defenderme.

—¡Ves! Me das la razón, no editó una mierda. Joder ni a mí me han dicho en la puta vida que todo está perfecto.

—¡Vete al infierno!

Quería llorar, quería que se fuera, quería tantas cosas que no sabía qué

hacer, más que mirarlo con todo el odio que pude reunir.

—No tengo que ir muy lejos, creo que estoy en él, discutiendo contigo.

—¿A sí? Pues ya sabes dónde está la puerta.

Y por si se le olvidaba, se la señalé con la mano. Él negó cansado, mirándome a la cara, como buscando algo que no lograba encontrar por mucho que me estudiara.

—Mira cómo estás... cómo... te comportas. Madura de una vez. —Estuve por rebatirle cuando volvió a abrir la boca para hablar—: Tienes potencial, puedes ser excelente, puedes ser excepcional. Pero ese tío no sabe sacarte de tu zona de confort. Los escritores siempre estamos aprendiendo, evolucionando, con él dudo que lo vayas a poder hacer si no te ayuda a darte cuenta de tus fallos.

—Aquí el que tiene que madurar eres tú, que si tenías algún problema con mi manera de escribir me lo dices a mí y no le vas con el cuento a mi editor.

—Te lo habría dicho en algún momento... esperaba poder...

—Para meterte entre mis piernas muy bien que me lo dices —dije mordaz, obviando su última frase, interrumpiéndolo—. ¿Pero no puedes decirme que no te gusta cómo escribo?

Su mirada mutó volviéndose fría, distante, como si masticara las palabras que me fuera a decir.

—Te recuerdo que fuiste tú la me escribiste a mí, más importante aun la que me besó. Te quejas de todo, pero anoche bien que no chistabas.

—¡Vete a la mierda! No consiento que me hables así.

—Ah claro... la señorita puede ir por ahí hablando mierdas de mí en la radio, diciendo que le quería robar lectoras. Pero ahora que te digo que tu editor no sabe cómo hacer su maldito trabajo, ¿el malo soy yo?

—La presentadora me puso entre las cuerdas, ¿Qué pretendías que respondiera a todas esas preguntas malintencionadas?

—¿Sabes? Creo que te tienes muy creído tu papel de perfecta. De chica buena y por alguna razón, me conviertes en el malo del cuento. Podrías haber empezado por no mentir, yo no necesito robarle lectores a nadie.

—¡Solo fue una broma! No sabía qué decir. Me preguntaron por ti, te odiaba con todo mí ser.

—¡Pues no sé por qué! Nunca te he hecho una mierda.

—Te odio por ser tú, te odio a ti por entero.

—¿Estás escuchando lo que estás diciendo o solo hablas sin percatarte de lo que sale de tu boca? —dijo frunciendo el ceño.

El que me dijera eso fue el colmo de los colmos y de mi paciencia. Señalé la puerta una vez más, estaba a punto de flaquear. Me conocía lo suficiente para saber cuándo mis fuerzas menguaban y estaba a muy poco de rendirme.

—No voy a aguantar que me faltes el respeto. Vete de mi habitación.

—¿Pues sabes qué?! Tienes razón, mejor me largo, que tengas mucho éxito con tu editor de pacotilla, con tus tramas sin conflictos y tus novelitas perfectas. —Mi labio tembló al oírlo decir esas cosas tan feas. Me hería, me quemaba cada palabra que emanaba de su boca a trompicones. Pude ver cómo toda la discusión lo estaba transformando, cómo lo ponía al límite. Me señaló con inquina, haciéndome dar pasos hacia atrás, mientras él se acercaba más y más—. Aclárate de una vez, mujer. Mira cómo hablas de ti misma. Me dices que me fui a meter entre tus piernas... —desvié la mirada al escuchar lo doloroso que se sentía oír eso que le había dicho yo misma minutos antes.

—Lárgate... —dije murmurando bajito—, no quiero volver a verte.

—¿Pero qué coño te crees? ¿Qué tienes un premio entre las piernas o qué? Que follamos anoche y te encantó, Camila, gozaste como yo y ahí no te vi quejarte de cómo te trato. —Mi barbilla empezó a temblar, veía turbio, las lágrimas se reunían apelotonadas preparadas para salir.

—¡No sigas! —exclamé con la voz quebrada, atreviéndome a mirarlo. Groso error, se veía demasiado expuesto, no me gustaba lo que veía ahí en sus ojos.

—Los dos lo pasamos bien, no es como que yo tomé algo de ti solo en mi beneficio, ten eso por seguro. Tú también...

—Ya conseguiste lo que querías de mí. Ahora lárgate —grité interrumpiéndole.

—¡Ves y sigues, maldita sea! —exclamó jalándose el cabello exasperado, empezando a dar vueltas de un lado para otro hasta que me señaló con cara de cabreo—. Tú no tienes ni puñetera idea de lo que quiero de ti. Pero como nunca te importó saberlo, ya que tú sola te montas la película, pues nada, guapa. Sigue creyendo lo que te dé la gana.

Se giró y anduvo hacia la puerta. Era lo que quería desde que entró. Que se marchara, pero algo me hizo querer tener la última palabra.

—Sé perfectamente qué soy para ti... una tonta que te calienta mientras encuentras a una furcia en el camino.

Se paró justo cuando tocó el pomo y se giró solo lo suficiente para mirarme. Negó con la cabeza y se marchó dando un portazo que me dejó tiesa en el sitio. Me quedé llorando, sollozando incoherencias, sintiendo cómo algo

se hacía pedazos dentro de mí. Sin poder dejar de mirar la colcha de la cama como si esta tuviera una respuesta a lo que iba a hacer. Me había enamorado cual gilipollas. Estaba tan furiosa que no pensaba en ser correcta, no en ese momento y ese término me venía como anillo al dedo.

Pasó un rato largo, tal vez una hora o quién sabe cuánto tiempo. Llamaron a la puerta, aun así, no reaccioné. Pero cuando lo escuché llamarme, cerré los ojos con fuerza haciendo que un nuevo torrente de lágrimas se desbordase sin control. Me fui al balcón y cerré la puerta de este, apagando así sus gritos que me pedían que habláramos.

La vuelta a casa no se hizo más sencilla. Al contrario de lo que pensé, poniendo cada vez más distancia, me sentía peor. Miraba por la ventanilla, observando el reflejo de mis lágrimas recorrer mi mejilla hasta desembocar en mi mano que sujetaba mi cabeza. Estaba vacía, fatal. Y lo peor de todo era que sentía como si yo tuviese la culpa de todo.

—Sea lo que sea, no merece la pena que llores.

Me giré al escuchar esa voz demasiado cerca de mí, por eso supe que no era dirigido a nadie más. Un chico joven, con el cabello negro y piel bronceada, me sonrió para luego regalarme un pañuelo de papel. Le sonreí en agradecimiento, o eso intenté, agarrando el clínex y limpiando el estropicio que era mi cara. Pero dudaba mucho que se arreglara con solo limpiarla. Era un despojo humano.

—Te vi llorar al entrar en el tren, te he visto llorar todo lo que llevamos de viaje. ¿No crees que ya has conseguido abastecer a todo un pueblo en sequía? Deja de llorar.

Sorbí por la nariz, encontrándola atascada y pestañeé alejando las nuevas lágrimas que pugnaban con salir. Le sonreí y él sonrió de vuelta.

—Lo siento. No he tenido un buen inicio de semana.

—Los lunes son odiosos, tranquila.

Me di una grata sorpresa al conseguir conversar con ese chico con tanta naturalidad. Se veía a leguas que no era español, pero hablaba a la perfección el castellano. Entonces me contó que era turco, de madre española y vivía en Madrid. También me sorprendió la coincidencia que se dedicara al mundo de la escritura más concretamente trabajando en una editorial en el género de fantasía.

Por lo menos por unas horas, pude olvidarme del desastre que había dejado atrás. Bruno Ballester era historia. Era hora de darme cuenta.

Capítulo 18

Bruno

Cerré la puerta de mi habitación de golpe y caminé de un lado a otro abriéndole surcos al suelo. No conseguía calmarme. ¿Qué carajos había pasado? Yo... Ella... ¡Mierda! Me senté derrotado en el sillón y miré mi reflejo en el espejo. La reminiscencia de Camila desnuda sobre mí, mientras mis dedos se guarecían en su interior hizo acto de presencia en mi mente. No habían pasado ni siquiera veinticuatro horas y ya todo se había ido a la mierda. Ese era otro récord para mí, normalmente me tomaba más tiempo para que todo se jodiera con una mujer. El problema era que esa vez, no quería que fuese así.

Mi teléfono sonó, ya lo había hecho en el ascensor. Lo cogí y miré cómo el nombre de Clara se iluminaba en la pantalla de nuevo. No quería hablar con nadie, pero sabía que ella insistiría pues no había tenido mayores noticias sobre mí en todo el día. Traté de recomponerme, sería conciso, le contaría de las reuniones que tuve y así podría quitármela de encima. La pobre estaba mortificada por no haber podido acompañarme como solía hacer siempre, por lo que no era justo no contestarle.

—Nube negra ¿cómo estás? —preguntó muy alegre.

Me esforcé por hablar y parecer tranquilo, cuando en realidad estaba cabreadísimo por culpa de Camila.

—Bien, escucha, después de hablarlo mucho, el resumen es que quieren comprar los derechos cinematográficos de mi libro. El tema es que el director ya ha estado trabajando en el bosquejo del guion. Le dije que la verdad era que siempre me había imaginado que sería yo el que lo escribiera, que no dudaba de su talento, pero...

—Pero obvio lo quieres escribir tú —dijo ella interrumpiéndome—, y así tiene que ser, de lo contrario el guion terminará siendo la interpretación de lo que es tu libro para otra persona. El verdadero sentir solo se lo puedes imprimir tú.

—Exacto —dije aliviado de al menos tener alguien en la vida, que entendiera un poco mi forma de ser—. Lo otro que hablamos fue co-escritura y en ese caso pues si me tocará pensármelo. Si te soy sincero hasta me apetece, porque obvio lo que funciona en un libro no funciona para el cine, y podría haber un *feedback* interesante, aunque me pone de los nervios escribir con otra persona. Pero también pienso en que es una buena oportunidad para

aprender algo nuevo —dije llevándome las manos a la sien, intentando mantener la calma. Quería colgar rápido.

—Sí, es que es difícil, tendrían que tener buena química y cero egos. Eso último al menos tú lo llevas bien, porque se te da bien recibir críticas, pero ya sabes que no todo el mundo es así.

—Ufff sí, ni que lo digas, hay gente que no acepta ni la más mínima porque explotan —dije con rabia—. Se creen perfectos, como si fueran el maldito sùmmum de la literatura moderna. Como si fueran el puto Cervantes...

—Bru ¿pasó algo? —preguntó confundida.

—No, no, eso fue todo. Hablamos mañana en Madrid mejor de todo este asunto. Me voy a dormir.

—¿Vas a dormir antes de las diez de la noche?

—Sí, estoy cansado.

—Bru —dijo llamándome por ese apodo que me otorgó en la época en que fuimos novios hacía años atrás—, vamos, te conozco, ¿qué te pasa?

—Estoy cabreado y no la quiero pagar contigo, mejor hablamos mañana.

—¿Por qué estás cabreado? —insistió.

Suspiré de forma ruidosa, e inhalé de la misma manera, como cogiendo fuerzas para decirle lo que me pasaba.

—¿Recuerdas a Camila Alcázar?

—Ay no, ¿ahora qué pasó con esa tonta? —preguntó en mal tono y cuando la insultó, me fastidió un poco—. No la soporto desde que dijo que le robabas lectoras, será gillipollas.

—Igual no la insultes, aunque sí, puede ser tonta a veces.

—¿Qué pasó con ella?

—Está aquí en la feria. Odina conoce a su editor, es un auténtico presumido, pánfilo, inútil. Comenzó a hablar de su editorial y no sé cuantas más estupideces. Odi supongo que por fastidiarme preguntó por Camila y este tipo dijo que era una chica que prometía vender mucho, a pesar de la simpleza de su escritura.

—Mmm ¿y eso de la simpleza de su escritura lo dijo con el mismo tono que tú?

—Sí, o sea, no fue del todo despectivo, pero lo dijo como con mucha liviandad, no sé... —expliqué fastidiado por todo el asunto.

—Bueno, la verdad tal vez escribe tan desabrido que ni su editor la defiende, pero ¿qué con eso? Mientras venda de seguro la sigue publicando.

—No escribe desabrido, pero sí podría ser mejor, no lo niego. Sería mucho mejor si tuviera un editor que hiciera su trabajo. Publicó su novela diciéndole que estaba perfecta —Clara empezó a reírse de forma ruidosa—. ¿De qué coño te ríes? —pregunté impaciente.

—Te gusta más de lo que pensé, hasta te preocupas porque tenga éxito.

—Solo me fastidia la gente ineficiente.

—Aja, claro —dijo sarcástica—. ¿Entonces te cayó mal el editor?

—Mal es poco, le terminé diciendo todo lo que le faltó hacerle al libro y Odina se cabreó muchísimo conmigo. Me regañó diciendo que no era mi trabajo decirle a la competencia cómo mejorar sus manuscritos.

—Ah, entonces ¿con quién estás cabreado es con Odina?

—No, no, ella tiene razón, se me fue la olla. No sé por qué me molestó tanto su actitud presuntuosa. Te lo juro, el tipo es un imbécil. El problema fue que le comenté todo lo que dije a Camila.

—Ufff ahora sí me alegro, que se dé por enterada que a su libro le falta camino. Ahí está el karma, por estar hablando estupideces sobre ti.

—No, Clara, no... Cometí un error, no debí decirle nada a ese tipo, debí decírselo a ella directamente.

—No, no, no te hables con esa tía, está muy desubicada. Se nota a leguas que necesita que alguien le dé una buena follada para que relaje la pelvis —dijo soltando una risa.

—Ya se la di yo —dije llevándome la mano al pelo con desespero y la risa de Clara paró abruptamente.

—¿Qué? —preguntó estupefacta.

—Anoche, Clara y ahora no me habla. ¿No sé qué coño hacer? Fui a su habitación y me ha dicho un montón de cosas por haber tratado mal a su editor y según ella, estar hablando mal de su libro. O sea, se cree que escribí *Rayuela*, no sé. Se tomó muy a mal todo y ni siquiera la critiqué a ella, si no a su editor. Ese libro podría estar tres mil veces mejor, por ejemplo, yo habría hecho que el conflicto principal...

—Para, para, para, Bruno, para —dijo interrumpiéndome—, a ver, el editor le dije que tú habías hablado del libro, o sea ¿él te conoce? No entiendo nada.

—No, me presenté como Alejandro, pero Camila sabe que me presento así para no decir mi primer nombre.

—Ah vale, entiendo —dijo haciendo una pausa, quise hablar de nuevo, pero ella continuó—, a ver, la chica se ve demasiado impresionable, de

seguro el editor le dijo todo lo que le dijiste y se lo tomó todo a mal.

—Exacto, las cosas se tergiversaron, se exageraron. No sé qué le dijo ese tipo, te juro que yo solo...

—Eres un gillipollas —me interrumpió.

—¿Cómo?

—Bruno, no todo el mundo es el nieto de Lucía Ballester.

—¿Y qué coño tiene que ver mi abuela con todo esto? —pregunté confundido.

—La gente normal no es como Sergio y tú, cariño, eso te lo he dicho antes. —Rodé los ojos sabiendo el discurso que me daría—, la seguridad que ustedes dos exudan no la tiene cualquiera. Ustedes la cagan, lo admiten, reforman y siguen adelante. No todas las personas lidian con las críticas de la misma manera o dicen: ah vale, entiendo y toma lo bueno del asunto, dejando lo negativo a un lado. No todo el mundo tiene una abuela que les enseña a no dejarse derrotar ¿Cuántos años tiene esa chica? ¿Veinticuatro, veinticinco?

—Sí, algo así.

—Y es principiante. No la puedes comparar contigo que estás escribiendo desde la adolescencia o que eres profesor de literatura y más importante aún, que nunca has recibido críticas de verdad negativas.

—No la estoy comparando ni conmigo ni con nadie. Solo señalé el pésimo trabajo de su editor —dije en tono cansado—. Y no sé qué tonterías hablas. Sí he recibido críticas negativas.

—Por Dios, ¿cuándo? «No me gustó la novela porque tiene mucho sexo», creo que dijo una persona, «no me gusta la novela porque la erótica no me va», pero intenta recordar que alguien dijera que no le gusta alguna de tus historias porque está mal escrita. De tus novelas han dicho de todo sobre la trama, pero sobre tu forma de escribir, no recuerdo una crítica significativa. En un principio dijeron un par de cosas y tú te lo tomaste bien, creciste y seguiste. Pero ella es una principiante, apenas está comenzando en el mundo editorial y tú le gustas. Es probable que esté enamorada de ti, para más, te la follaste. Que de seguro lo que menos esperaba era que alguien le dijera que estabas hablando mal de su libro. —Pestañee un par de veces comprendiendo las cosas—. Es difícil recibir críticas de alguien que te gusta, siempre quieres verte bien. Súmale que tal vez este hombre pudo exagerar las cosas, qué sé yo.

—Pero es que tampoco me dejó explicarme, no me dejó decirle mi versión de los hechos. Me dio rabia ese gillipollas regodeándose, hablando de lo

bueno que cree que es, cuando en realidad es un mediocre y no me aguanté, le señalé todas sus cagadas. Lo admito que lo jodí todo ahí, pero ella no me dejó explicarle...

—¿Le pediste disculpas?

—No pude, no pude porque me salió diciendo que yo lo único que quería era follármela. Que para eso sí servía, pero para decirle las cosas de frente sobre su libro no y...

—Bueno, está clara en la vida la chica. Al menos no es tan tonta —dijo interrumpiéndome con tono sarcástico.

Y cuando escuché a Clara decir eso bufé molesto.

—Las cosas no son así.

—¿Y cómo son? Te la follaste este fin de semana, tal vez te la ibas a follar un par de meses y cuando ella quisiera un noviazgo ¿qué? Le ibas a salir con que lo dejaban, porque tú le hablaste claro desde el principio de que no querías nada serio, ¿así son las cosas? ¿O me estoy equivocando? Esa chica se hace un favor no escuchándote.

—Pero... —me quede callado sin saber que decir, respirando agitado.

—Deberías pedirle disculpas por lo del editor, eso sí y ya está. No la dejes ilusionarse más, no le hagas daño a esa pobre chica. Se le ve lo ingenua a leguas.

—No sé, Clara, no pensé que las cosas fuesen a salir así entre nosotros y...

—¿Te gusta?

—Obvio que me gusta, Clara, me la follé anoche.

—Tú te follas a cualquier chica guapa que te haga ojitos, ¿te gusta, de gustar mucho?

—Eh... no sé. Ella tiene potencial, puede ser mejor. No quiero que sea una escritora más del montón, no quiero, eso es todo, de ahí a otra cosa...

—¡Te gusta! —exclamó Clara interrumpiéndome, comenzando a reírse histérica y yo le colgué el teléfono cabreado.

Di muchas vueltas por la habitación, no sabía si me gustaba, la había conocido hacía dos noches. Era muy pronto para saberlo. El tema era que Camila no me dio oportunidad de nada, ni siquiera me dejó conocerla para saber si me gustaría. El teléfono sonó de nuevo, era Clara, no quería contestarle, pero igual lo hice, necesitaba de su sabiduría femenina.

—A ver —dijo apenas descolgué—, te gusta, anda y pídele disculpas. Explícale lo que sucedió, pero con tono pausado. Mira que a veces te alteras y te pones como un energúmeno.

—Clara, es que... esta chica, no sé si me convenga. Ella es muy rara a veces, no sé...

—¿Rara cómo?

—Me salió diciendo eso que te dije, que para meterme entre sus piernas si le supe hablar, pero para criticarle el libro de frente no. En serio pensaba hacerlo, te lo juro que sí, solo que primero iba a ir a cenar con ella, hablar de forma pausada para que no se tomara las cosas a mal. Explicarle poco a poco lo que había pasado con este tipejo, incluso iba a decirle que hablé con Odina, para que su próximo libro se lo ofreciera a ella.

—Wow, entonces si te gusta como escribe.

—Sí, algo... puede mejorar, sé que con alguno de los editores de romance de Odina podría brillar en serio. El tema es que ella cree que tiene el puto cofre del tesoro en el coño. Se creé que yo le arrebató algo, que obtengo algo de ella, como si no se lo gozara tanto como yo cuando follamos.

—Ay cariño, hay mujeres así, que creen que su valor va acorde a su sexualidad. Que son mejores por ser santurronas. Es esta sociedad patriarcal que les ha enseñado que las mujeres que gozan son las de la mala vida y que con esas nadie se casa. Pobrecita.

—Clara, eso no me gustó nada. Me tiene como un puto, que me la voy a follar y será como un logro alcanzado. Por Dios, ¿qué sucede con ella?

—Te ve como un seductor que cambia de mujer a cada rato y no quiere ser precisamente una más.

—No lo es, te lo juro que no lo es. No sé qué carajo es, pero te juro que no la veo así.

—Eso no lo sabe ella, deberías empezar por decírselo, dile que te gusta y pídele disculpas... ¡Dios...!

—¿Qué?

—Nada, es tan raro verte así, eso es todo. Anda Bru, no dejes pasar más tiempo, ve y pídele disculpas.

—El problema, Clara, es que no me deja hablar y me trata como a una basura. Siempre piensa lo peor de mí, que en mi puta existencia me habían tratado así. Me ve como una especie de escoria humana... —dije dejándome caer desganado sobre el sillón.

—Ah no, no, eso sí que no. Que se ubique en la vida esa chica. Mira, anda pídele disculpas, explícale lo sucedido y le dejas en claro que tú no eres ningún tipo indecente, promiscuo tal vez, pero indecente no. Que si te va a seguir tratando así, entonces mejor lo cortan por lo sano y la mandas a tomar

por culo. Pero anda, corre e intenta hablar con ella de nuevo, dale el beneficio de la duda.

Colgué la llamada sopesando todo lo que me había dicho Clara, tenía razón. Rememoré que de hecho la primera vez que Caperucita me escribió fue para criticarme y yo ni me cabreé. En realidad me causo gracia y le fui a averiguar la vida no porque estuviese molesto, sino porque era tan bella, que me provocó fastidiarla. En cambio tal vez para ella una crítica de mi parte, era algo por completo distinto.

Cambié mi billete de avión para marcharme por la mañana y no esperar el vuelo de la tarde que tenía programado para abordar en compañía de Odina, el resto de los editores y algunos autores de la editorial. Necesitaba estar solo. La noche anterior, volví a la habitación de Caperucita, toqué su puerta, grité llamándola y la muy orgullosa no me abrió. Sin embargo, no esperaba que, al buscarla para invitarla a desayunar por la mañana, encontraría a las camareras de piso limpiando la habitación porque se había marchado del hotel a primera hora.

El vuelo a Madrid se me hizo eterno. Abrí mi bandolera de cuero, buscando mis auriculares para así abstraerme de todo como tanto necesitaba, pero terminé encontrando el libro de Camila. Lo guardé ahí para buscarla ese primer día de feria, entregárselo y presentarme. No obstante, las circunstancias no se dieron de esa manera. En cambio, ella llegó a caldearlo todo abofeteándome. Eso sí que no me lo esperaba, me hizo hervir la sangre en las venas. Ella ahí, lindísima en ese vestidito blanco, que yo levanté con auténtica furia, dejando lo obvio a un lado, ella siempre me juzgaba mal, siempre. Era una prejuiciosa de mierda.

El libro se llamaba: *Desorden de emociones* y estaba en exceso manoseado. Lo abrí en pro de distraerme, cuestión por demás absurda, ¿cómo podría distraerme de mis anhelos si la estaba buscando entre esas páginas? Tuve que leer un rato aquel texto para entender que había sido una mala idea. Era un libro de esos con frases, poesías, textos cortos. Era lo que Odina denominaba: libros tweets. Siempre decía que eso de estar escribiendo frasecitas era para los tuiteros, que cualquiera podría escribir un libro así, una vulgar recolección de sabiduría callejera, acomodada en paginitas de manera coqueta. Yo difería diciéndole que hasta para eso se necesitaba cierto talento. Ese libro me permitió demostrar que mi hipótesis era correcta, pues nunca había leído algo así. Debía admitir que las razones para eso era vulgar

esnobismo literario. No era como que ese tipo de textos estuviese entre los libros que hay que leer antes de morir. La autora era venezolana y todas las páginas estaban aderezadas de ilustraciones. En un principio le di la razón a Odina, eso era un desperdicio de papel, había páginas que tenían una mísera frase.

Entonces entendí que era un libro para hacer de él lo que quisiera el lector. Su encanto se basaba en lo que despertaban aquellas frases en cada persona, pues en realidad, no contaba una historia per se. Lo importante no era su contenido, eran las anotaciones de Camila, las frases que ella había subrayado o marcado con hojitas de colores. Dejé de leer lo que decía y solo me enfoqué en eso, en las partes subrayadas.

«Quiero sufrir, quiero sufrirte despacio. Disfrutar de cada lágrima que hagas brotar de mis ojos, porque prefiero sentir dolor por nuestra ruptura, a no sentir nada por nadie».

«Déjame besarte ahí, en donde se te siente el pulso. Quiero notar cómo te altero con el roce de mis labios».

«Me lo pregunté muchas veces, ¿cómo sería besarte? Ahora sé, que debí quedarme con la curiosidad».

Seguí leyendo, pasando las páginas. Mirando los garabatos, corazones que estaban dibujados sobre post its, soles brillantes, estrellitas, incluso ciertos comentarios: «¡Muero de risa!», «Me encanta esto», «quiero una camiseta que diga justo esto». Entonces una frase subrayada con mayor espesor se presentó ante mí para abofetearme como lo había hecho ella afuera de mi habitación.

«Tal vez no debimos querernos, ni conocernos, pero si no lo hubiésemos hecho, no habría aprendido sobre lo que no es bueno para mí». Tenía mi nombre a un lado. Pestañeeé varias veces y cerré el libro de golpe. Me prohibí pensar algo al respecto, o sobre a qué se refería. Solo dos segundos me duró aquella imposición. Las cavilaciones eran una marea imparable, olas altísimas que se estrellaban una y otra vez contra el muro infranqueable en el que ella se convertía para mí. Las preguntas brotaban como un pasto oscuro que ennegrecía todo a mi alrededor. ¿Entonces qué? ¿Así se sintió la primera vez que me dejó de hablar?

Que te den, Camila...

Llegué a mi piso, necesitaba relajarme pues me sentía muy alterado. Dejé que el agua fría cubriera palmo a palmo mi anatomía, como si así me la

podiera lavar del cuerpo. Apoyé la espalda contra las baldosas de la ducha y pensé en que el día anterior me estaba hundiendo en ella con apremio, con ganas salvajes de hacerla gritar. Mientras que, en ese momento, estaba solo en mi apartamento con ganas de precisamente lo mismo: su dulce coño.

Me sequé y me acosté en la cama con la toalla enrollada en la cintura. El cabreo no cesaba. Pensé en Clara que me alentó a bajar la guardia, así que tomé mi móvil, entré a Facebook, arrepintiéndome de no haberle pedido a Camila su número telefónico. Obvio no me imaginé que iba a pasar de follármela vigorosamente bajo el agua de la ducha por la mañana a que por la noche todo se fuera a la mierda. Marqué el icono de llamada del chat, esperé con impaciencia cada uno de los tonos. No contestó, marqué un par de veces más y con cada tono mi enfurecimiento crecía. La rabia me podía, quería gritarle que se comportaba como una malcriada, azotarla hasta escocerle la piel para después follármela muy duro.

Me llevé las manos a la cara con desespero. Le di gracias a Dios por no tener su aroma entre las sábanas de mi cama como en el hotel. Me pasé toda la noche anterior pensando en ella. Había dado por hecho que la llevaría a cenar, hablaríamos de su libro, para luego besarnos mucho. Subiríamos a mi habitación, le abriría las piernas y me comería su divino coño hasta escucharla jadear enloquecida. Después, me la follaría de la manera más apetitosa posible y por último amarraría sus piernas con las mías, dejaría reposar mi polla entre sus hermosas nalgas y me dormiría. No que por el contrario me encontraría solo sin poder pegar un ojo, con su olor a miel en la almohada.

No podía dejar de pensar en ella. Tal como lo imaginé, el semblante de su carita preciosa era lo que me la hinchaba a niveles insospechados. Se me antojaba atarla al cabezal de mi cama con pañuelos de seda. A Camila no la ataría con nada que marcara su delicada piel. Hacerla estar muy expuesta con las piernas bien abiertas, semi sentada, para que me pudiera ver bien mientras me la comía, metiéndole la lengua e impregnándome los dedos con la densa liquidez que emanaría su coño. Gruñí enfurecido al darme cuenta de que estaba empalmado. Quería ese perfecto culo en pompa para manosearlo hosco entre penetraciones bruscas. Ahí me arrepentí de no habérmela follado con más fuerza. Debí darle duro como para que no se pudiera ni sentar sin pensar en mí.

Eso quería, que pensara en mí. Me tenía hasta los cojones con esa actitud presuntuosa y me ponía mal, muy mal. Me hacía imaginármela con los labios

abiertos, esperándome con ese semblante de querubín malogrado. Quería follarle esa boquita y correrme de gusto. Antes de procesarlo me estaba masturbando pensando en ella, en las ganas que tenía de demudar su rostro. Alterar cada uno de sus gestos.

Recordarla subiendo a la cama, arrodillándose, arqueando la espalda, abriendo las piernas para mí, me enloqueció. Mi mano se movió al compás de la penetración que le había dado esa noche, solo que en mi cabeza se reproducía con la variante de que le daba más fuerte, más, hasta hacerla gritar más alto. Cerré los ojos imaginando su munificente culo... Que maldito culo tan perfecto tenía esa mujer y en ese bendito sexo prieto de labios perfectos, joder... que buen coño tenía Camila.

Los recuerdos se reprodujeron como una vorágine de imágenes aleatorias. Ella en la ducha con el cabello húmedo mirándonos en el espejo y yo ahí, deslizándome en su interior, entrando centímetro a centímetro, gozando de su rostro contraído por el placer. Pensé en Camila de rodillas, metiéndome en su boca o sentada encima de mí corriéndose, viéndose libidinosa, preciosa, pero al mismo tiempo con ese semblante de querer ser buena, de no poder con tanto gozo. Acabé pensando en las contracciones ardientes de su sexo arrojando al mío. Miré mi orgasmo esparcido sobre mi vientre y lo limpié con la toalla para después echarla a un lado.

Tomé el teléfono, la llame de nuevo. Nada, no contestó. Camila me dejaba en claro que era obstinada y orgullosa. Ninguna de mis cualidades preferidas en una mujer. Rememoré una vez más mi conversación con Clara. Debía tener paciencia, sin embargo, tal vez ese era uno de mis mayores defectos, pues no conseguía tenerla para situaciones así. Yo afrontaba los problemas cortándolos de raíz. Pedía disculpas cuando era necesario y si algo era infranqueable, lo aceptaba para después dejar que todo cayera por su propio peso. No me daba mala vida por las situaciones que se escapaban de mis manos.

El orgasmo, en conjunto del cansancio me ayudaron a dormir, estaba exhausto. La tensión, el enojo acumulado me mantuvieron toda la noche anterior en vela. Cuando abrí los ojos de vuelta, el cielo estaba oscuro; había dormido toda la tarde. Tenía un hambre voraz, por lo que me vestí y me fui a comer a un pequeño restaurante familiar cerca de mi piso. La señora ya me conocía, siempre iba por ahí. Pedí un buen corte de carne, patatas y ensalada. La comida me cayó bien. Como decía mi hermano: si sientes un vacío en el cuerpo, come. Sin embargo, de vuelta a mi casa, mirando por la ventana, su

recuerdo se me apareció de nuevo. La llamé exasperado por última vez, volvió a ignorarme.

Me senté en el sofá y miré el espacio de escritura del chat notando que estaba en línea. Supuse que si estaba determinada a ignorarme, abriría la conversación una última vez para bloquearme. Decidí aprovechar la oportunidad para disculparme, pues no tenía ninguna intención de acosarla o seguir importunándola con llamadas si no deseaba volver a hablarme.

«Discúlpame, no debí decirle en ningún momento a tu editor cómo hacer su trabajo. En mi defensa diré que tuve mis razones para reaccionar así, aunque eso no justifica el hecho. Lo que hice estuvo muy mal. Está claro que con quien debía hablar era contigo y te juro que iba a hacerlo. Solo que mi imprudencia me ganó, cuestión atípica en mí, solo sucedió. Quiero que sepas que encuentro tu forma de escribir muy bonita. Escribes cosas que no cualquier escritor logra expresar, creo que ese es tu fuerte, eres muy "cálida", consigues transmitir muchos sentimientos. En cierta forma escribes como eres: linda, dulce, tierna. Me gustaría verte siendo más trasgresora, saliendo un poco de tu zona de confort. Necesitas exigirte un poco más. No dudo que tengas talento, lo tienes y mucho. Espero tengas éxito con tu libro, tienes mi número, si llegas a necesitar algo, llámame».

Envié el mensaje dándome cuenta de que seguía muy cabreado por su actitud. Me faltaba mucho por decir y entrelacé mis dedos para no seguir escribiendo. Vi el icono en mi Iphone, avisándome que ya el mensaje había sido leído. Los segundos trascurrieron, esperé que el chat me avisara de que ella estaba escribiendo, pero eso nunca pasó, en cambio se desconectó.

En ese momento comprendí que Camila era obtusa, cerrada en sus maneras y no podía cambiarle. Le di la razón a Clara, ¿qué hacía yo robándole el tiempo a esa chica? ¿Qué beneficio podía ofrecerle? La recordé la noche anterior con la cara enrojecida y los ojos húmedos por mi culpa. En cierta forma debía admirar que fuese tan inquebrantable, no tenía razón, pero se mantuvo valerosa, firme en sus creencias.

Camila podía ser recia cuando quería, no obstante, su naturaleza era ser dulce, cariñosa. Era yo quien hacía aflorar en ella la angustia y el desconsuelo. No me gustó verla rabiosa y decaída, al contrario, quería verla siempre esplendorosa. Conmigo a la larga terminaría mal, muy mal. Malograda. Ella debía permanecer jubilosa para el hombre correcto, a mí que me viera como el tipo que se la folló una noche. Una aventura, nada importante, «el que le enseñó lo que no era bueno para ella». Entretanto,

tendría que hacerme a la idea de no verla de nuevo por su propio bien.

Capítulo 19

Razón 11 | Por hacerme sentir que no servía como escritora.

Amor... ¿Quién fue el listo que inventó esa palabra? ¿A quién demonios se le ocurrió llamar así a ese sentimiento tan puro, bonito, pero tan doloroso cuando no era correspondido? El desamor era sin duda un duro golpe en el estómago que me dejaba sin aire. Parecía un maldito cliché con patas, si a esa imagen de mí se le podía llamar de alguna forma.

Cuando llegué a la estación de tren *el Casar*, me despedí de Osman con la mano, que me sonrió devolviéndome el gesto. Él seguiría hasta Madrid. Le había prometido llamarlo, quedar algún día, pero dudé que eso fuese a suceder con prontitud. Para cada cosa había un periodo de superación. Pero algo me decía que Bruno Ballester no era alguien al que se superaba, simplemente se aprendía a vivir con el recuerdo de haber sido parte de él; aunque solo fuese por unas ínfimas horas. ¿Cómo podría borrarlo de mi sistema... de mí, si aún sentía su roce aun estando a cientos de kilómetros de distancia?

En el camino en taxi, me dediqué a mirar por la ventana el pasar del tiempo. Me había enamorado de un imposible, de unas caricias que sin duda alguna habían significado mil veces más para mí que para él. Porque de lo contrario no conseguía entender cómo fue capaz de decir esas cosas tan feas de mí. Observé a la gente caminando sin preocupación alguna. Sin tener en cuenta mi desánimo ni las lágrimas que lloré durante toda la mañana y toda la noche anterior, mis ojos volvieron a humedecerse. No sabía cómo aún me quedaban reservas para hacerlo. Ese día pareció que todos los transeúntes eran más felices que de costumbre. Iban a sus quehaceres, sus trabajos y las calles estaban abarrotadas como si fuera un lunes extraño en el que se despertaron con ganas de comerse el mundo. En cambio en ese momento sentía que el mundo me comía a mí. Parecía extraño estar allí, en Getafe. Como si ese fin de semana en Málaga se hubiera convertido en otra dimensión, un mundo ajeno, en donde yo no era Camila. Era una mujer diferente que se había pasado el fin de semana descubriendo colores, formas, sabores, sentidos... Bruno supo ganarse mi alma, con cada caricia que me dieron sus dedos largos. Con lo cálido que se sintieron sus besos cargados de esa pasión que emanaba como si hubiera nacido con ella.

Estaba atrapada, me encontraba indefensa, más que nunca me había perdido para siempre. Y todo por no ser correspondida.

El taxi aparcó frente a mi portal, pagué y salí sin siquiera preocuparme de cerrar la puerta. Saqué mi maleta y me dirigí a mi piso arrastrando los pies. No tenía ganas de seguir andando. Estar en la soledad de mi casa sería darme de bruces con una realidad que no tenía nada que ver con la que había vivido en Málaga. ¿Habría sido todo un sueño?

No, no lo había sido. Mi corazón protestaba, dolía, lloraba demasiado como para no ser real. ¿Cuándo demonios había ocurrido? En qué punto ese hombre se había metido tan hondo en mi interior que se me hacía imposible arrancármelo.

El olor de mi hogar me dio la bienvenida, al igual que el escozor en mis ojos. Un sollozo interrumpió mis pensamientos amargos. Lo peor de todo era que me sentía estúpida, engañada y pisoteada de la peor manera posible. ¿Cómo entonces añoraba el simple hecho de estar a su lado? Masoquismo... no pude pensar en una palabra mejor para describirlo.

Pensé en que jamás comprendería el sentido de amar. Aquel sentimiento me cegó por completo, aun sabiendo que me iba a perjudicar hasta dejarme desvalida. Por mucho que la razón me gritase que no saltara, que no arriesgara, el corazón pudo más sin duda.

Al dejar mi maleta a un lado en el recibidor, anduve hacia al baño. Me despojé de mi ropa en el camino e ignoré mi reflejo en el espejo ya que seguramente aún presentaba las marcas de sus besos y caricias en mi piel. Eso era otra de las cosas que empecé a odiar, que Bruno no me quitó solo una pequeña parte del corazón, me lo quitó todo. No había espacio ni distancia, ni recoveco que no hubiese adorado con besos y caricias. Entré en la ducha, sin preocuparme de si el agua salía caliente o fría.

El agua helada entumeció mi cerebro, borrando todo recuerdo de un plumazo. Sin embargo, algo palpitaba, algo doloroso y demasiado grande como para poder ignorarlo, ahí, bajo mi pecho. Entonces me rompí. Caí sentada en la ducha, abrazando a mis rodillas y me desgarré en sollozos que llevaban su nombre impregnado.

—Te odio tanto... —murmuré apretando los dientes, con los labios y el cuerpo temblando por el frío.

Lo odiaba. Por la única razón por la que de verdad cogía consistencia. Me había dado con la realidad en las narices, dándole carnaza a esa parte de mí que me decía que no era tan buena como pensaba. Las palabras de mi padre resonaron en mi cabeza sin poder detenerlas.

«Eso que haces no te llevará a ningún sitio» «Escribir... vaya pérdida de

tiempo» «¿En esto inviertes las horas? ¿En hacer cuentos? ¡Madura de una vez, maldita sea!». Tapé mis oídos, grité para que se fuera de una vez ese pensamiento. Pero entonces no era la voz de mi padre sino la de Bruno la que me obligaba a despertar de mis fantasías. Seguramente mi llanto era audible para todos los vecinos, pero no me podía importar menos. Me estaba deshaciendo. Deseé con todas mis fuerzas que el agua limpiara todo mi malestar, incluidos mis recuerdos.

Me pregunté si era posible amar y odiar a la misma persona. Todo parecía apuntar que sí.

Tenía ganas de verlo, estrellarle la palma de mi mano en plena mejilla, para luego dejarme abrazar y besar por él. Me vino a la mente una frase, que decía: «Aquel que tuvo el derecho de enamorarte, es el único que puede hacer que se te desgarre el corazón». Había escrito eso hacía unos años atrás en una de mis novelas, sin saber que profetizaba mi futuro.

Restregué mi piel, mis labios, chillé como una paranoica cuando pude hasta evocar su olor. Nuestro olor unido, mezclado entre besos y jadeos entrecortados.

Pude enfrentar a mi padre, pude darle en las narices que podía dedicarme a lo que siempre quise hacer. Pero ese rencor siempre dañaría nuestra relación. Sin embargo, esa vez no me apetecía luchar más contra Bruno, me estaba empezando a dar cuenta que era inútil. No escribía para mí... lo hacía para que nadie me juzgara. Para que nadie me sacara peros. Para no salir herida. Esa era yo. Miedosa. Me daba auténtico pánico que la gente me tachara de algo, que me criticase, que me dañara.

Entonces supe apreciar lo que de verdad significó ese punto de inflexión. Le lloraría, lo querría, lo odiaría... pero me había ayudado a darme cuenta de que no era para mí. Aun así, me enseñó a que no siempre tenía porqué salir victoriosa. No todos los amores son bonitos, ni todos los sentimientos son buenos...

Tenía que aprender a seguir adelante, dedicarme a ignorar a ese runrún constante diciéndome que lo estaba haciendo mal. ¿Pero cómo podía hacerlo, cuando toda mi vida había estado engañándome a mí misma para satisfacer a los demás?

Deshaciendo la maleta me di cuenta de que algo importante se me había olvidado. Algo me faltaba y no sabía el qué. Pero estaba tan ida, tan... rota, que no me paré a pensar demasiado. Luego de ordenar la ropa y devolver a su

sitio las cosas del baño, me dirigí a la sala queriendo tumbarme en el sofá y escuchar alguna canción que me hiciera dormir.

Pero solo logré enfocar mi vista en aquel libro de Bruno, aun habiéndolo escondido detrás de otros. Estaba ahí en mi biblioteca, algo que él había creado. En el que había escrito de su puño y letra: una dedicatoria más, una de muchas iguales que fueron a parar a sus fans. Y por desgracia me había convertido en una de ellas. Decidí ser fuerte y dejarlo ahí enterrado, si comenzaba a leerlo, se me haría mucho más duro superar a su autor.

Me encontraba demasiado cansada como para ponerme a cocinar algo para comer, así que no me preocupé si moría de hambre. El día había pasado rápido y ya eran pasadas las cuatro. Había ocupado una gran parte de mi tiempo llorando bajo la ducha. Quería que acabara de una vez el día, quería que se fuera ese dolor agudo de mi pecho... quería... Quería tantas cosas que no sabía por dónde empezar.

Una melodía tranquila con una voz de barítono preciosa inundó todos mis sentidos. Aquella canción hablaba de querer, de echar de menos. Y sin fuerzas me dejé llevar por el agotamiento.

—Me gusta verte así ¿Sabes? Sentirte tan tibia, tan abandonada...

Sus manos arrastraron mi camiseta hacía arriba hasta dejarme desnuda. Erizándome la piel. Le miré absorta, solo era capaz de ver su rostro aproximarse al mío para besarme.

Todo era blanco, rojo, azul. Varios colores como fuegos artificiales manchaban aquellas paredes pálidas que nos rodeaban. Nuestros jadeos, el ritmo cadente, frenético de nuestras respiraciones. Todo se difuminaba, luego mutaba para verse con demasiada claridad.

Mi visión se enturbiaba del placer tan intenso que sentía, mi nombre era besado. Mi lengua se enredaba con la suya, mis dedos se entretejían en su pelo mientras me hacía delirar con el ritmo que perpetuaban sus caderas entre mis muslos.

Y entonces...

Me desperté sudorosa, con la cara llena de lágrimas y las manos temblando. Bruno me perseguía hasta en la inconsciencia y luego me di cuenta de que por su culpa me había despertado; me había llamado al móvil. Necesitaba aire, quería liberarme de alguna manera de esa carga que me perseguía. De notar aún la presión de sus manos en mi cuerpo, del insistente deseo que se reunía, para mi vergüenza, entre mis piernas.

Agarré el teléfono y llamé a la única persona que sabía que me entendería.

Cuando pensé que no contestaría, la llamada se descolgó y pude escuchar música de fondo hasta que tras el sonido de una puerta cerrándose, ésta perdió volumen casi del todo.

—Hola, mi corazoncito.

Tragué saliva nerviosa, seguramente la pillaba en una fiesta y lo que menos le apetecería era lidiar con su amiga llorona. Pero antes de que pudiera colgar, para luego decir que la llamé sin querer, habló adivinando mi estado.

—Camila te escucho respirar al igual que ese sonidito que haces cuando estás llorando. ¿Dónde estás y a quién tengo que matar?

Sonreí un poco a la vez que un sollozo me cortó el habla durante unos segundos.

—Te necesito.

No hizo falta explicarle más. Me dijo que nos veríamos enseguida. Era ya de noche, la siesta se había alargado más de la cuenta y mi estómago rugía en protesta recordándome que no había probado bocado en todo el día. Cogí pan de molde de la despensa y me hice un sándwich de jamón. Casi gemí agradecida al sentir cómo la comida calmaba mi hambre. Tras acabar, el timbre de mi apartamento sonó, no pregunté quién era. Lo sabía. Una vez abrí, el taconeo de sus zapatos resonando mediante subía las escaleras, me lo confirmó.

—Camila me estás asustando, pensé que llegarías y te encontraría feliz. Y no así... —dijo dándome un abrazo en cuanto me vio esperándola en la puerta.

Entramos en casa y nos sentamos en el sofá. Llevaba un bonito vestido verde entubado con altos tacones plateados. Estaba preciosa con su pelo corto ondulado y esa aura fresca que siempre portaba. Le pregunté de donde venía pues a fin de cuentas era lunes. Me contó que Germán estaba de cumpleaños y el pobre se había pasado todo el fin de semana trabajando, por lo que lo estaban celebrando.

—¿Entonces? ¡Cuéntame ya! —insistió acariciándome el hombro.

—Conocí a Bruno este fin de semana —dije haciendo que la conmoción cubriera su rostro, provocando que sus ojos se abrieran desorbitados al igual que su boca.

—¿Y qué pasó?! ¿Y lo más importante por qué coño pareces como si te hubieras pasado un año llorando a lágrima viva?

—Nos... Dormimos juntos.

Su barbilla tocó el suelo en cuanto escuchó mi confesión. Y como si no

fuera suficiente vergüenza, sentí un tirón en mi vientre cuando las imágenes de aquella noche y aquella mañana se proyectaron en mi mente. Torturándome, haciéndome enrojecer.

—¿Qué?!

Le conté lo que sucedió. En cómo acabamos, lo que me dijo, lo mal que me sentía. Vomité mi odio sobre ella sin siquiera coger aliento. Ella estaba cabreadísima, hecha una furia y no hacía más que vociferar lo desgraciado que había sido Bruno al decir todo eso de mi libro, pero al mismo tiempo sentí que me miraba con cierto reproche.

—¿Pero Camila, por qué coño no me escuchas cuando te digo que no te enamores de un gilipollas? Fóllatelo, haz de él un muñequito sexual, pero no metas a tu corazón en eso.

Aquello me dolió, me hizo aterrizar una vez más a la realidad donde nada era lo que parecía. No todo era fantasía y cuentos de hadas. Caperucita no acababa casándose con el lobo. El lobo se la comía y luego abandonaba los restos sin tener remordimientos de conciencia.

—¡La que habla! —rebatí herida haciendo que su boca se cerrara de golpe.

Me arrepentí en el acto. Alejandra no era de las que se enamoraban. Ella era libre, le gustaba ir y venir sin tener que dar explicaciones. Solo una vez cometió el error de caer y eso le perseguiría toda su vida.

—Alejandra, lo siento...

—Corta el rollo, ¿quieres? Si te permito que me saques esa mierda es porque sé que estás dolida, sé que no lo sientes realmente, ahora déjate de cuentos y ponte algo bonito. Se acabó eso de llorar como una pringada por alguien que no lo merece. Si yo pude hacerlo, tú también.

Me agarró del brazo y me arrastró hacia mi habitación. No sabía a qué se refería hasta que sacó mi bañador y un vestido blanco sencillo, de mangas largas. Aún hacía frío, no entendía del todo para qué serviría el bañador. Me fui a negar en rotundo, pero su mirada no daba opción a replica. Me vestí, me maquillé, me peinó, me hizo sentir como una muñeca a la cual tener que disfrazar para que no se notara cuan destrozada y quebrada estaba. Cuando acabó siquiera me dejó mirarme al espejo.

En el camino me explicó que la celebración era en un chalet a las afueras de la ciudad. No me apetecía nada estar en una fiesta y menos con demasiada gente o ruido alrededor. Pero no había quien la convenciera. Esa era su forma de sacarme la depresión que tenía encima. Era la única que conocía. Y aunque algo me decía que no era buena idea, me rogaba por salir de ese

agujero en el que hundía sin remedio estando a solas.

Miré la pantalla de mi teléfono, viendo otra vez la notificación de la llamada perdida de Bruno. Su nombre aparecía en la pantalla junto al símbolo de Messenger. Mis dedos temblaron sobre el icono de llamar, pero mi sentido común pudo más, por lo que silencié el teléfono y lo guardé.

Mis lágrimas volvían a amenazar con salir, pero las retuve. Sentía la mirada de Alejandra de tanto en tanto estudiándome, no obstante, me dediqué a mirar el pasar de los edificios a través de la ventanilla.

Cuando llegamos, me quedé impactada al ver todo aquel derroche de dinero en una casa. Se escuchaba la música ensordecedora retumbar entre los árboles que rodeaban aquella enorme mansión con jardín trasero, donde la gente se aglomeraba en pequeños grupos. Unos bebiendo, otros bailando, incluso una pareja dándose besos apasionados sin importarles nada a su alrededor.

Alejandra me instó a seguir adelante. Rodeamos la piscina climatizada y comprendí por qué me hizo ponerme el bañador. Llegamos a una especie de chiringuito con algunas mesas y sofás. Se acercó saludando a un grupo de chicos que bebían y fumaban de un cacharro largo de cristal con sendos tubos de colores. No sabía qué demonios era aquello, estaban rodeados de un espeso humo gris que tenía olor a frambuesas.

Un chico con una espalda como la del increíble hulk, se levantó y atrajo a Alejandra para darle un beso que provocó los alaridos de los presentes. Me sentí fuera de lugar, no conocía a nadie y si Alejandra decidía seguir con aquel hombretón hasta el final, me quedaría sola. Pero al contrario de lo que pensé, ella se alejó del chico, palmeándolo en el pecho para que la soltara y se acercó a mí para presentarme. Entonces el último, el cual me miraba con una sonrisa escondida, me hizo fruncir el ceño.

—Cami, ¿te acuerdas del tipejo que casi te deja de alfombra en el bar hace un tiempo?

Era el chico rubio, no recordé cómo se llamaba en ese momento, pero sí lo atento que fue el pobre pidiéndome disculpas por lo sucedido. Él se levantó del asiento y besó mi mejilla haciéndome sentir incómoda de repente. Tenía olor a alcohol y algo me decía que lo que estaban fumando no era del todo legal.

—Me llamo Héctor, no tipejo —le dijo de buen humor a mi amiga haciéndola reír—. Hola, señorita Camila —murmuró observándome desde su altura.

Me hizo sentir cohibida su escrutinio, por eso intenté sentarme lo más lejos posible de él. Lo que no predije fue que se fueran a levantar las dos personas que nos separaban en el sofá y le dejarían libre el asiento junto a mí. Escuché la conversación que tenían sin prestar demasiada atención, verifiqué mi Facebook y pegué un pequeño respingo cuando otra llamada de Bruno saltó en la pantalla. La ignoré, enfadada me metí en su chat dispuesta a bloquearlo y que me dejara en paz de una bendita vez. Lo que no me esperé fue ver esos tres puntos moverse, dándome a entender que estaba escribiéndome algo.

Me sentí nerviosa, el corazón galopaba en mi pecho como un caballo desbocado. La música dejó de sonar y las voces se apagaron. Solo tenía cabida para leer el texto que me había mandado.

Leí de carrerillas, notando cómo mi maltrecho corazón, o lo que quedaba de él, se desmoronaba cual terrón de arena. Se estaba disculpando, estaba diciendo lo que quise escuchar aquella noche en el hotel. ¿Acaso pretendía darme la razón como a los tontos? ¿Qué le había hecho dejar a un lado su orgullo y claudicar? Abrí el espacio haciendo que el teclado apareciera.

Mi móvil salió de un tirón de mis manos en cuanto decidí qué contestar y vi cómo Alejandra guardaba el aparato en su bolso.

—No vas a hacer ninguna estupidez —dijo y me miró amenazante—. Héctor, ¿por qué no sacas a Camila a bailar?

—¡Alejandra! —protesté anonadada, sintiendo la mano de Héctor enganchar mi brazo instándome a levantarme del sofá.

—Tranquila, ya me lo agradecerás, ahora ve y disfruta. Que esto... —dio golpecitos en su bolso—... me lo quedo yo.

Héctor me llevó consigo, me dejé hacer, hasta que alcanzamos la zona donde el *DJ* pinchaba una de esas ruidosas canciones. Era bastante movida, pero por alguna razón, él me agarró de la cintura atrayéndome hacia su pecho; haciéndome bailar más lento de lo instaba aquel ritmo.

—No te saqué a bailar porque tu amiga me obligara, solo ha sido la excusa perfecta.

—No me gusta bailar —dije intentando alejarme de su agarre.

Que fuera guapo no significaba que de la noche a la mañana pudiera alternar un toque por otro. Me resultaba incómodo sentir sus manos puestas en mi cuerpo, aun siendo solamente en mis brazos o caderas. Se sentía fuera de lugar, mi piel protestaba por sentir otro tacto que no fuera el suyo.

El mensaje de Bruno se reprodujo en mi mente una y otra vez, escuchando

de fondo la voz de Héctor diciendo Dios sabe qué. No podía deshacerme del escalofrío que me recorría el cuerpo desde que lo leí. Se había disculpado, me había dicho cosas realmente bonitas. ¿Serían verdad?

—Si te sientes incómoda solo dímelo y volvemos con los demás. Simplemente quería decirte otra vez que siento lo del empujón.

—No importa ya lo olvidé —pude decir, dejando de lado mis cavilaciones.

Me hizo dar una vuelta sobre mi eje torpemente, como si tuviera la misma idea que yo de bailar, o sea ninguna. Reí sin poder remediarlo haciendo que él riera también. Al cabo de un rato, bailando igual de lento que como empezamos, cogí la suficiente confianza como para saber que no era peligroso.

Me gustaba su voz, cómo se expresaba, aun sabiendo que estaba un poco pasado de copas. Sus mejillas se presentaban un tanto coloreadas y sus ojos brillantes. Sus pasos torpes me hicieron tropezar algunas veces, cosa que hizo que me riera mucho. Cuando ya se hartó de balancearme cual princesa, me llevó a dar un paseo. Lo que no esperaba era que, de un momento a otro, cayéramos a la piscina empapándonos de pies a cabeza.

Salí del agua cogiendo una bocanada de aire. A punto estuve de ahogarme ya que había caído antes que él y por ende, cayó encima de mí. Lo vi desorientado una buscándome con la mirada hasta encontrarme. El alivio inundó cada una de sus facciones.

—¿Estás bien? —me preguntó abarcando mi cara con ambas manos, mirándome inquieto.

Asentí, no podía hablar. Era tal el susto que me había llevado que no conseguí vocalizar palabra. De pronto me vi rodeada de sus brazos, no teniendo escapatoria.

—Alguien me empujó, te juro que no quise arrollarte —dijo con la respiración alterada. Parecía que al pobre siempre le empujaban.

—Tranquilo, no pasa nada.

Su rostro estaba demasiado cerca del mío, tanto así, que su aliento con olor a alcohol me dio de lleno en la nariz. Sus ojos miraron fijamente los míos durante unos brevísimos segundos para después extinguir la separación que existía entre nuestras bocas. Un beso rudo, sin miramientos, me hizo quejar. Me mordió el labio, casi provocándome dolor. Sus manos agarraron mi trasero y aunque intenté alejarme, no pude con su fuerza. Hasta que conseguí girar la cara y romper el beso que me había hinchado los labios. Me removí haciendo que me soltase y cuando tuve oportunidad lo abofeteé con

fuerza.

—No se te ocurra volver a besarme.

Y cuando me salí de la piscina sentí su mano rodear mi muñeca intentando pararme. Estaba furiosa, tenía ganas de matarlo allí mismo por atreverse a besarme.

—Camila, por favor perdóname, fue un impulso. Me gustas demasiado, no pude aguantar las ganas de besarte desde tan cerca.

Conforme se acercaba a mí, yo daba un paso atrás alejándome de él. Me zafé de su mano y me dirigí a donde estaba Alejandra besándose con Germán sin una pizca de pudor, justo en la pared del cobertizo, junto a la piscina.

—Llévame a casa o pido un taxi, no pienso estar aquí un puñetero segundo más.

El camino se me hizo demasiado silencioso, había poquitísimo tráfico. Solo el sonido del motor era lo que nos rodeaba. En cuanto llegamos, aún mojada por el chapuzón, abrí la puerta para entrar en mi casa y seguir llorando como una tonta. Sin embargo, no pude poner un pie fuera. Alejandra me agarró del codo, parando mi huida.

—Siento si fue una mala idea... pero creo que Héctor no hizo nada malo, solo...

La paré en seco con un deje de la mano. Estaba tan cabreada que no medía mis palabras. Así que todo me salió tal como lo pensaba.

—Lo que menos me apetecía era besar a otro cuando estoy recuperándome aún de los besos de Bruno. No tenía ningún derecho de besarme. No le di pie a nada, fuiste tú la que me obligaste a salir. En primer lugar no sé cómo te hago caso si está visto que no superamos las cosas de la misma manera.

—Cami...

Volví a interrumpirla.

—Bruno no es un simple rollete, un clavo que se puede sacar con otro. Llevamos una vida siendo amigas, siempre me echas en cara el que no sea como tú quieres: alguien desinhibido, que no me importe el que dirá la gente, ¿es que no te das cuenta de que no puedo ser así? Parece que no me conoces siquiera... si lo que ha pasado con Héctor te parece una tontería entonces es que no merece la pena seguir discutiendo —dije realmente molesta, cruzándome de brazos y esquivándole la mirada.

—Lo sé y lo siento, Cami, no estoy defendiéndolo, solamente no creo que solo por un beso sin importancia puedas ponerte de este modo —explicó con

calma.

—Alejandra... quiero a Bruno, recién ayer estuve con él, lo besé a él, lo tuve a él. ¿Cómo puedes decir que un beso no tiene importancia? ¡Para mí sí!

Alejandra asintió. Tenía los ojos llorosos, no sabía si realmente le afectaba o era que estaba un poquito ebria. Fuera cual fuese la razón, eso fue lo que me hizo superar la rabia para con ella y tranquilizarme. A fin de cuentas no tenía la culpa de nada de lo que había pasado. Pero aquello me hizo aprender en no hacerle caso del todo en lo que, a temas de amor o desamor, se refería.

—¿Quieres que me quede a dormir? —preguntó trémula.

—No, vete a la fiesta, seguramente Germán te esté esperando. Conduce con cuidado. Mañana te veo.

Salí y cerré la puerta sin esperar una respuesta. Necesitaba estar sola y pensar.

Aquella noche... fue desastrosa. Casi no pude dormir y menos dejar de pensar en todo lo acontecido. Al día siguiente amanecí con una sorpresa que no me esperé nunca. Mi prima me llamó, preguntándome quién era ese galán de telenovelas con el que me había besado. Me explicó que nos vio en las fotos y con miedo entré en mi Facebook, viendo cómo en mi perfil había dos imágenes en las que me habían etiquetado.

Éramos Héctor y yo bailando y otra de él besándome en la piscina. Colgué a mi prima y llamé a mi querida supuesta mejor amiga para reclamarle. Ella solo me mandó a la mierda por despertarla y me dijo que quitara las etiquetas si me daba la gana.

Eso hice, pero fue demasiado tarde. Mi madre de nuevo empezó a dar por hecho cosas, incluso le daba la razón a mi difunta abuela diciendo que me estaba convirtiendo en una ligera de cascos, yendo de uno a otro. ¿Cuál otro? Quise gritarle, que con Carlos había terminado hacía siglos y de no ser por el fin de semana con Bruno podría decirse que ya ni recordaba cómo era besar a un hombre. No obstante, no lo hice, no lo hice... nunca lo hacía.

Me quedé ahí en silencio soportando su regaño absurdo. Mi madre insistía que haberme mudado de casa, me estaba convirtiendo en una libertina y que por el camino que iba nunca conseguiría un esposo. Muy enfadada le colgué con la sensación de estarme ahogando por todo lo que tenía entre pecho y espalda para decirle y eso fue lo que me ayudó a escribir de una manera que jamás había hecho.

Esas semanas las pasé metida en mí misma, saliendo de vez en cuando, admitiéndome que extrañaba hablar con Bruno, después que empecé a

entender lo que realmente quiso decirme. No era mi escritura lo que estaba mal, sino la forma que tenía de afrontar una trama tan adusta, tan... inalterada. Sin dramas, sin peleas sentidas... sin verdadera pasión. Me di cuenta que mis protagonistas no sufrían como lo estaba haciendo yo en ese momento, ni tenían peleas devastadoras como la que tuve con él en la habitación, ni se quedaban sin habla por un hombre como cuando Bruno me besó, ni sentían tanto placer como el que yo tuve esa noche o esa mañana... Eso les faltaba, al comprenderlo me puse manos a la obra para resarcirme con mis personajes, necesitaban más, debía dárselo, se los debía.

Uno de esos días, recibí la llamada de Osman, el chico que conocí en el tren. Resultó formar parte de la misma editorial de Odina, aunque no al mismo departamento. Charlamos por horas, era tierno, bueno, divertido y extremadamente tímido. Acabé dándole un adelanto del borrador de mi nueva novela ya que fue demasiado insistente en que le dejara algo mío para leer.

Era tonto, ya que el romance no era para nada lo suyo. Incluso creí recordar que me decía que la romántica le aburría, la fantasía era lo que de verdad le hacía volar los sentidos, imaginar sin límites. Aun así, deseaba leerme. Desde ese día, no habló más sobre el tema de la lectura. Hasta que una mañana después de un mes, me volvió a llamar, diciéndome que estaba por Getafe y quería quedar a tomar algo. Recién se había marchado mi madre después de darme la tabarra con que: cuándo iba a buscarme un hombre en condiciones para casarme y darle nietos. Por lo que, necesitando un respiro, acepté su invitación.

Me apetecía sobremanera verlo, no sabía el porqué. Me transmitía esa paz, esa tranquilidad que recordaba de aquel trayecto en tren.

Llegué al sitio acordado un ratito antes de la hora, pero allí estaba él, sentado en una mesa de la terraza, leyendo el periódico, con el pie cruzado encima de la rodilla. Estaba demasiado interesado en lo que leía para darse cuenta de que estaba allí mirándolo. Tenía los labios fruncidos, escondiendo el grosor de estos, el cabello oscuro prolijamente peinado como si se llevara horas y horas mirándose al espejo. Se veía a leguas que era extranjero, algo fuera de lo común, un atractivo inusual.

No recordaba que fuera tan guapo, tan... alzó el rostro y me miró. Le sonreí cohibida, sintiendo como un calor insoportable acaparaba mis mejillas. Dejó el periódico en la mesa y se levantó para saludarme. Me acerqué y besé su mejilla. Olía bien, a limpio, nada de colonias exageradas. Reímos como idiotas y torpemente me separó la silla de la mesa indicándome que me

sentara. Un caballero de los que no quedaban.

—Me alegro de verte —dijo con alegría, se frotó la nuca y desviando la mirada avergonzado murmuró—: estás muy bonita.

Me sonrojé y solté una sonrisilla de lo más infantil. Le di las gracias y pedí mi café con leche a la camarera que se nos acercó.

—¿Cómo has estado? —preguntó bebiendo de su té o agua sucia como dijo él haciendo un chiste, pues le pareció que no estaba bueno, para después hablar sobre cómo estaba acostumbrado al té turco que era de un sabor mucho más fuerte.

Y así empezamos a conocernos. Esa cita fue el paso inicial de todo. Quedábamos a menudo, tomábamos helado, café, cualquier excusa era buena para vernos y charlar hasta que nos daban las tantas. Me caía muy bien, era fácil pasarla bien a su lado, aunque muchísimas veces le notara triste o melancólico. No me atreví nunca a preguntarle el motivo, sentía que hacerlo era entrar en un terreno para el que aún no tenía acceso, nuestra amistad era muy reciente. Por ello, esos días, intentaba hacerle reír lo más que pudiese, no me gustaba verle mal.

Debido a que teníamos tan poco conociéndonos, fue que me sorprendió demasiado cuando me pidió que lo acompañara al vigésimo primer aniversario de su editorial. Acepté, éramos buenos amigos, y no me costaba nada ir del brazo con él a una fiesta donde seguramente podría conocer muchos autores y personas del medio.

Lo único que me ponía pensativa sobre esa fiesta era que seguramente Bruno estaría entre los invitados. ¿Lo vería después de tanto tiempo? Lo más probable era que asistiera de la misma manera que lo hizo a la feria, de incognito usando su segundo nombre. ¿Pero cómo reaccionaría al verlo? Me repetí por activa y por pasiva, que ya era pasado. Que mis heridas fueron cicatrizadas y que no me alteraría lo más mínimo su presencia.

Lo último que supe de él, fue en un post que publicó agradeciendo una vez más a sus fieles lectoras el haberlo hecho *Best Seller* con su nueva novela. Él y su silencio era lo que me decía que ya no significaba nada para él. Fui una más, quizás ni eso.

Osman me dio la gran noticia de que una editora junior, de su editorial, se había interesado por mi novela. Quería que una vez la acabara, ponderara enviársela para su publicación. Pensé en Ricardo, las cosas entre nosotros comenzaron a ser complicadas cuando le pregunté, por qué a mi novela solo se le había hecho corrección ortotipográfica y no se le hizo ningún tipo de

nota sobre la trama. Él se excusó diciendo que ni las mejores editoriales hacían ese tipo de cosas. Los editores de estilo costaban mucho dinero y su editorial solo hacía esos gastos con obras importantes.

Aquello me dejó un poco anonadada, no obstante, le dije que al menos él podía haberme dicho que podía mejorar. Y ahí fue cuando todo se desmoronó entre nosotros. Me di cuenta que en realidad Ricardo no se esforzaba demasiado en su trabajo. Para él mi novela tenía una trama atractiva para chicas jóvenes y eso era suficiente para vender. Tal parecía que ese era su mayor objetivo, vender. Lo demás poco importaba. Esa era la realidad, los libros eran un negocio y yo había sido bastante ingenua al respecto. Cuando le dije que no quería que siguiera comercializando mi novela me recordó que tenía un contrato firmado para venderla por diez años.

Aquello me molestó muchísimo, sobre todo porque me lo dijo con mucho cinismo. Y para completar las cosas, me preguntó que cuando le daría una nueva novela para comercializar y me recordó que gracias a él fue que conseguí publicar algo, pues antes de él nadie me prestaba atención. Aquello me dolió sobremanera. Me estaba diciendo en la cara que no llegué a ser lo que fui por méritos propios, por lo que una vez más, le tuve que dar la razón a Bruno.

Entonces con una nueva ilusión, hablé con la editora. Me preguntó cosas de la trama, los nudos, el desenlace. Discutimos largo rato, emocionadas y deseosas de seguir. Me dijo que en la fiesta nos conoceríamos y que seguiríamos manteniendo el contacto para que una vez acabara la novela se la enviara. Y para qué mentir, estaba deseándolo y muerta de miedo a partes iguales.

—¿En serio tenemos que entrar en esta tienda? —fruncí el ceño al olisquear en el aire el montón de euros que costaban aquellos vestidos de gala que colgaban de las perchas y maniqués, sin ver siquiera las etiquetas.

—Por supuesto que sí —dijo mirándome como si yo fuera la loca en la ecuación. Me agarró de los hombros y me miró como cuando miraba a Melocotoncito justo antes de enseñarle uno de sus proverbios—: escúchame bien, rubia. Tienes una fiesta de gala, debes ir espectacular: *megafantastidivina*, ¿me has escuchado? Esto solo te lo vas a poder permitir una vez en la vida, relaja la pelvis, pruébate todo lo que te guste y al dependiente... —miró sobre su hombro sonriéndole a un chico bastante guapo que le saludó en cuanto la vio—, déjame a mí.

—¿Lo conoces? —pregunté lo obvio, dejándome arrastrar por ella hasta la sección de vestidos largos.

—Sí, es el hijo de la dueña y bueno... digamos que hemos intercambiado algo más que teléfonos hace un tiempo. Ahora ve a esas perchas de allí, escoge los que más te gusten y pruébatelos.

Pestañeeé conmocionada, viendo tanta tela bonita colgar de delicadas perchas de terciopelo. Uno en especial, el que llevaba puesto un maniquí, me llamó demasiado la atención. No solo por el escote en la espalda, la tela suave y larguísima, sino el intenso color. Elegí tres que me parecieron bonitos y con la ayuda de una dependienta me hice con él.

En cuanto me lo vi puesto me maravillé. Ya no me hacía falta probarme nada más pues aquel vestido me había encantado tanto que ni quitármelo quería. Escuché la voz de Alejandra llamarme desde fuera del probador por lo que tras coger aire profundamente salí, agarrándome el vestido por los lados y así no pisarlo.

Ver la cara de Alejandra anonadada, mirándome de pies a cabeza, me hizo rememorar una escena que vivimos años atrás, la cual, fue parecida, pero con un final distinto.

—Tu mamá podrá decir lo que quiera, pero ese vestido es verdaderamente feo... —dijo una Alejandra adolescente haciendo una mueca de horror.

Me miré en el espejo, el reflejo que me devolvía parecía de una mujer vestida para una película antigua, recordé cómo me dolía la tripa solo de pensar que iba a vestir aquella cosa para uno de los días más importantes de mi vida. A mamá le encantaba, lucía una gran sonrisa mientras hablaba con la dependienta. La graduación se encontraba a la vuelta de la esquina, dos semanas creí recordar que faltaba. Debía encontrar un vestido bonito no... aquello.

¿Pero qué iba a hacer? Me pregunté una y otra vez sin dejar de observarme en el espejo que colgaba de la pared. Ella era la que pagaba, la que tenía que dar el visto bueno antes de ponerme algo que pudiera escandalizar a alguien. También me advirtió de que no iría parecida a Alejandra, ella sí llevaría un vestido de lo más bonito y a la moda.

—Di que lo odias, Cami. Te lo noto en la cara. Además ese color melocotón... —Pude escuchar la voz añorada de Alejandra, difuminada por el lejano recuerdo.

Pero no lo hice... me aguanté, me mordí la lengua y con el labio temblando acaté los deseos de mi madre que venía a decirme que ya había

pagado por él.

—Tierra llamando a Camila, ¿me recibes?

Pestañeeé, alejando aquellos recuerdos tan dolorosos y sonreí hacia Alejandra que me miraba emocionada. Giré la cabeza viendo mi espalda descubierta gracias al pronunciado escote y me alegré de que por fin, podía comprarme un vestido como ese.

—Quiero este —dije, provocando un chillido de aprobación de mi amiga.

Entonces llegó el día del gran evento. Vestida con mi precioso vestido de gala, me miré al espejo preparándome mentalmente para lo que me esperaba una vez llegara. Respiré profundo instándome a mantener la calma si llegaba a coincidir con Bruno. En ese caso, haría como si siquiera existiese y me limitaría a acompañar a Osman o hablar con Penélope de mi libro.

—Todo va a salir bien... eres más fuerte, Bruno no te afecta como antes.

Esa frase la repetí como un mantra hasta el cansancio, pero era demasiado difícil de creer, ya que de solo pensar en él, mi piel se erizó como si desease su tacto. Mi móvil sonó con un mensaje, sacándome de mis pensamientos. Se trataba de un WhatsApp de un número desconocido, pero que gracias a la foto que tenía de perfil, lo pude reconocer. Era Héctor.

«Antes que nada, lo siento. Parezco un puñetero pardillo pidiendo perdón siempre, pero te mereces mis más sinceras disculpas. Ya sé que te estarás preguntando cómo pude conseguir tu teléfono, pero es que estaba desesperado. Y no fue fácil conseguirlo, créeme. Necesito hablar contigo y arreglar de alguna manera lo que hice. La fastidié, me gustas, me gustas mucho, Camila. Si no quieres nada conmigo, al menos permíteme ser tu amigo»

Tragué saliva, nerviosa. Algo en su desesperación, me hizo encoger de pena. No estaba segura de poder darle lo que quería, no me veía capacitada en esos momentos para dejar entrar a alguien más en mi corazón cuando aún Bruno ocupaba tantísimo espacio. Seguramente había sido Alejandra la que le dio mi teléfono. Ya había mencionado que le encantaba Héctor para mí, que le parecía un tipo muy decente. Así que sin duda aquella era su forma de obrar como casamentera y aunque me muriese de ganas por decirle cuatro cosas bien dichas, me vi abriendo el chat y contestándole.

C: «Tengo un evento importante, no tengo mucho tiempo para hablar. Quedamos la semana que viene y charlamos si lo deseas. Pero como vuelva a suceder lo que pasó en la fiesta, se acabó»

Le di a enviar y en dos segundos después se conectó haciendo que el doble check se volviera azul.

H: «Te pido perdón por eso, y te juro no volverá a ocurrir si no lo quieres. Estoy deseando verte de nuevo. Un beso, preciosa»

Después de leer me desconecté sin preocuparme siquiera en contestarle. No le iba a seguir el rollo. No iba a olvidar de un momento a otro el que me besase así sin más. Tendría que aprender que las cosas no se hacían de esa manera, o por lo menos no conmigo.

Capítulo 20

Bruno

Cuando me parecía atractiva una mujer, buscaba acortar las distancias. Me resultaba absurdo no sucumbir a tan esplendoroso instinto masculino. Había algo valeroso en acercarse a una fémina para hablarle, disfrutar de ese cóctel tóxico, adictivo, que se diluía en la sangre combinando miedo y adrenalina al no saber si la aproximación sería exitosa. Era una verdad innegable, las mujeres tenían el poder de paralizar a los hombres, dejándonos conmocionados con un simple aleteo de pestañas o un cruce de piernas.

La praxis de la conquista femenina más que depender de las habilidades intrínsecas masculinas para tal hecho, estribaban en si la dama estaba dispuesta a dejarse conquistar. Yo en lo particular solía pasar de las que no lo estaban. ¿Para qué perder el tiempo en pelear guerras que no querían ser ganadas, cuando existían otras tantas que no caían en tribulaciones inoportunas y reservaban esa energía para cosas más sustanciales, como un buen polvazo sobre la alfombra de la sala?

No lo negaba, si me gustaba una mujer me la quería follar. Camila fue igual a tantas otras en ese aspecto. La diferencia era que ella me generaba estrés con sus convicciones absurdas sobre lo que era adecuado o no, en cuanto a relaciones casuales/sexuales entre personas solteras. Sus prejuicios inquebrantables le jodían la libido a cualquiera. Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que si la hubiese conocido en alguna otra circunstancia fortuita, no habríamos llegado a nada. Ella me habría hecho uno de sus bloqueos de mujer decente, que no besa a un tipo al menos que salga con él por tres meses primero y yo me habría dado media vuelta, sin ni siquiera malgastar energía en insistir.

Por eso me sorprendió tanto estar así de conmocionado tras... ¿Tras qué? ¿Nuestro breve encuentro? ¿Cómo podía llamar a lo que vivimos? ¿Qué tuvimos exactamente?

¿Una amistad?

¿Sexo casual?

Un detalle más: ¿qué carajos hacía yo intentando definir lo que tuve con ella?

Aunque lo negara, la realidad permanecía ahí, inalterable. Tuvimos un breve romance. Me costaba admitirlo porque hacerlo era traer a colación una palabra que yo solía tachar de mi vocabulario una y otra vez. Esa palabra que era para mí infranqueable: amor.

Entonces ¿cómo podía llamar a lo nuestro un breve romance si no me enamoré de ella? Estaba en un *impasse*, no sabía qué sentía por Camila, aunque tampoco dediqué mucha energía a definirlo. Solo sabía que la extrañaba y admitir eso sí que era nuevo. Sin embargo, ante ese tipo de asuntos yo no corría, yo me lo gozaba. Si tenía que extrañarla pues sería la mejor puta añoranza del planeta, excelencia para todo, magnanimidad absoluta. Que en esos casos yo era *all in* como en la ruleta, todo al rojo o todo al negro. Solo que con Camila quedaba ahí, en verde. En el limbo eterno.

La pensé más de lo que sería cuerdo admitir. Me acordé de sus formas, de sus sabores, de su mirada aletargada por el placer, su boquita entreabierta. Las piernas inquietas para dormir, la risita tontorróna, los jadeos entrecortados y esa cara que ponía cuando se corría de gusto. Todo.

Así que, entrar a Facebook y verla besar a otro tipo a un día de haberse acostado conmigo, hizo que me quedara paralizado, enmudecido, Jodido. Solté el móvil como si me quemara las manos, para después tomarlo y mirar de nuevo esa foto que hizo que el cabreo me subiera a niveles insospechados. Sí, era Camila, montándose en una piscina con otro tío. La foto no la había subido ella, la habían etiquetado, alguien me había hecho el favor de mostrarme su otro lado. Me sentí estúpido por haberle dado trascendencia a algo que, obviamente para ella no la tuvo, pero sobre todo, me sentí manipulado.

Tanto montarse el numerito de chica decente, de repetir que no era ninguna fresca para que, al día siguiente, a tan solo unas horas de que folláramos, estuviese besándose con otro tío. Conmigo fue toda prejuicios y problemas, tal parecía que con ese chico no. Me burlé de mí mismo: vamos, Bruno, no seas gillipollas, olvídate de esa tía y de su munificentísimo culo.

Toda la situación con Camila lograba que me fragmentara en dos. Por un lado, estaba el Bruno que la mandaba a tomar por culo y pensaba en exorcizársela del cuerpo follándose a otra tía. Por el otro, en lo más recóndito de mi alma, estaba el Bruno que se quería hundir en ella con todas las putas

ganas del mundo.

Camila me enfermó. La rabia me consumió en perfecta yuxtaposición al deseo de poseerla, de morderle los labios, —los dos pares— hasta hacerla gritar. Hasta hacerla rogar para que me la follara. Tenía hambre, tenía ganas y lo único que podía saciarme era un buen coño. Así que fui a buscármelo. Me fui de copas con Sergio y Bernardo, que por más que me quejara de ellos, al final del día no me dejaban morir. El alcohol fluyó y les conté lo que me pasó con ella. Los dos coincidieron en opinar lo mismo:

—¡Esa tía está loca! —exclamó mi hermano.

—Una sola palabra para esa mina: ciclotímica y ahora otra birra bien fría, por favor —dijo Bernardo.

—No está loca... —Los chicos me miraron incrédulos y entendí que no valía mucho la pena explicarme más—. Es complicada...

Seguí bebiendo y comprendí que a veces solo necesitaba eso, que alguien me apoyara, diciéndome que lo mejor era olvidarme de una mujer que bajo otras circunstancias no habría malgastado tiempo en llevarme a la cama. ¿Entonces por qué no podía sacármela de la cabeza? Me dije que no podía seguir con esa actitud remisa, tenía que esforzarme en olvidarla, ponerle ganas, empeño.

Así que cuando vi a Jaz entrar con el resto de las modelitos amigas de mi hermano, me dispuse a dejar de estar tan malditamente meditabundo por una tía que se contradecía y me trataba como la peor escoria del mundo.

Resultaba mejor invertir el tiempo en resarcirme con la pelirroja, que tras nuestro último encuentro pasaba de mí. Me apeteció trabajar por obtener de nuevo su atención. Esmerarme para que me dejara besarla, me pareció estimulante.

Fruncí el ceño al percatarme de lo que había pensado. Acaso ¿por eso me gustaba Camila y su munificente culo? ¿Porque me lo ponía difícil? No me gustó esa hipótesis, no quería verme a mí mismo de esa manera. Quise cavilar, analizar con detenimiento el asunto, pero me negué a hacerlo, no valía la pena pensar en ella, nunca más volvería a verla, lo nuestro había concluido. Preferí hacer uso de toda esa energía para conferir atenciones a la pelirroja, que de entrada se negó a hablarme. Al mirarla ahí con su diminuto vestido azul eléctrico comprendí que ella tenía razón, ¿qué hombre cuerdo

dejaba a una pelirroja de infarto desnuda en la cama por una tía que estaba más loca que una cabra? Era momento de rectificar en la vida.

Le pedí disculpas con mucho ahínco e intenté sacarle tema de conversación, pero ella solo me devolvió indiferencia. Estaba en todo su derecho de ignorarme, de no dirigirme la palabra, era lo esperado. De no haber sido así, habría dudado de su salud mental. Así que ahí estaba ella, furibunda sobre un par de tacones vertiginosos, bailando flexuosa frente a mí.

—Diosa —le susurré posando mi mano en su cintura como último recurso, pues a veces ser baboso funcionaba—. Te repito, perdóname. Fui un gillipollas... —dije haciendo una mueca de arrepentimiento—. No dejes que mi estupidez pasada se interponga entre lo bien que podemos pasarla juntos.

—A ver, cazador —dijo poniéndome la mano en el pecho—, yo no ando buscando novio, ni marido, pero de verdad espero que si estoy desnuda frente a ti me prestes atención solo a mí, no a alguna tía con voz de cateta.

—Déjame recompensarte por esa espantosa mañana, empecemos de nuevo.

Me miró con ese semblante licencioso tan propio de ella. Alzo una ceja y le dio un trago a su bebida lamiéndose los labios al descuido, como si no fuese un gesto estudiado. Jaz era consciente de lo que podía seducir con una sola aparición de su lengua.

—Profe —dijo con un tono de voz dulce y supe que esa noche tendría suerte —, me gustaría que se repitiera lo que pasó en mi coche la otra vez, pero solo eso. En dos semanas me voy al extranjero, como te digo, no ando buscando novio.

«Música para mis oídos», pensé.

La invité a un trago y minutos después ella estaba sentada en mis piernas en un reservado haciendo que la sangre me fluyera al sur, justo donde la necesitaba porque no quería pensar en nada, ni en nadie. Nos vimos varias veces en los subsiguientes días, siempre en su casa. Me la follaba y me largaba como se debía. Nunca me gustaba llevar chicas a mi piso por eso, se me da muy mal echarlas a media noche con alguna excusa tonta y la verdad odiaba dormir con desconocidas.

«Te gustó dormir con Camila» pensé torturándome y deseché la idea de

inmediato decidido a barrer los restos de esa mujer de mi mente. Disciplina ante todo. Nunca permanecía atado a algo que doliese. Si algo me sentaba mal, me respetaba el sentir, pero con la premisa de que todo eventualmente se superaba.

Me concentré en Jazmín que era divertida, atrevida y sexualmente estimulante. Era de esas mujeres que escribían mensajes guarros y me llamaba diciéndome que me diese prisa en ir a verla, porque estaba húmeda pensando en mí. Le iba eso del profesor estudiante universitaria, así que no me quitaba las gafas cuando estaba con ella, que solía siempre hacer chistecitos sobre exámenes y nalgadas. Me lo gocé mientras duró. Ella se fue a *New York* dejándome a mí justo en donde había empezado, sin mucho que hacer, más que olvidar, escribiendo chorradas de vez en cuando, como por no dejar la costumbre. No sabía en qué momento mi cerebro podría echar mano de algo como lo que sentía, para concederle características demasiado humanas a un personaje en un futuro, por lo que me di a la tarea de dejar constancia de todo ello en papel.

Odina estaba feliz, mi último libro se estaba vendiendo bien, se hizo *best seller* bastante rápido. El género había cambiado sutilmente, seguía siendo una especie de historia erótica, pero sin romance. En cambio hablaba de una relación tóxica, jodida, enfermiza, mezclada con novela policiaca de suspenso. Era disfrutable para los amantes de ambos géneros. Estaba manejando un nuevo segmento de lectores y mi editora estaba pletórica.

Me vi sumergido en la rutina de contestar entrevistas por correo electrónico, que como siempre, resultaban típicas y reiterativas de lo mismo. No me quejaba con Odina de aquello, pues eso suponía uno de sus regaños, en donde ella me pediría que atendiera entrevistas telefónicas, insistiendo en que esas resultarían mucho más estimulantes y menos fastidiosas de contestar. No obstante, era una idea a la que me resistía, al menos por correo electrónico podía fingir cómodamente la amabilidad que no solía poseer con la prensa.

Odina me regaló un traje nuevo, de esos que se hacen a medida, iguales a los que usaba su esposo y su hermano, un tipo con mucha pasta dueño de la editorial que me publicaba, además de revistas y todo un imperio de publicaciones. La verdad era que mi editora se rehusó a ser una niña mimada en su familia y yo tenía mucha suerte de haber capturado su atención. Decía

que era el tipo de hombre que le habría gustado tener como hijo. Acepté de buen agrado su regalo y fui al sastre que me tomó las medidas. Lo que no esperaba era que mi editora hubiese ya escogido el modelo.

—Es para que lo uses en la fiesta de la editorial —dijo Clara, entonces lo entendí todo. Mi traje del año pasado le pareció elegante a Odina, pero me dijo que necesitaba algo más especial—. ¡Tenemos fiesta! —exclamó mi mejor amiga feliz mientras me tomaban las medidas de los pantalones—, Mamá Odina te envió la invitación para ti y un acompañante, o sea yo.

—Asumes que serás tú —dije riendo.

—¿Y quién más? La única pelirroja de tu vida soy yo, la otra que se aparte —dijo entre risas.

—Está en *New York*, no te preocupes.

—Me tengo que comprar un vestido —dijo mi amiga haciendo un bailecito. Clara amaba ese tipo de eventos.

—La verdad no me apetece ir —dije sincero y el señor calvo que me estaba tomando las medidas me miró de reojo—, usted igual haga el traje, no hay problema.

—Bruuuuu, no me salgas con eso, que con Pablo en Alemania no tengo con quien salir. Llévame por favor, que a diferencia de ti a mí sí me encantan estas cosas —dijo haciendo un puchero—. Me quiero ir a la peluquería, a que me peinen, me maquillen, ¡ay no me mates la ilusión!

—Aja —dije resoplando. A fin de cuentas, el que quisiera ir o no, poco importaba. No podía hacerle el desaire a Odina.

Clara se pasó toda esa semana enviándome fotos de modelitos, «¿no tienes un novio a quién mensajear y fastidiar con estas cosas, o al menos una amiga?» le respondía cada vez. Por lo que ella no dudó en decirme que era un amigo de mierda. El mal genio se le pasó al poco tiempo, pues me llamó chillando emocionada de que había encontrado el vestido perfecto. Una de las cosas que no extrañaba de Clara, eran sus rollos *fashionistas*. No tenía lo necesario para entender todo ese tema de vestidos y zapatos. Era muy básico, así me enseñó mi difunto padre. Mi madre por otro lado tenía una elegancia innata, se pusiera lo que se pusiera siempre estaba regia.

Llegado el día, sonreí al ver a Clara. Me retracté de haber sido tan gillipollas, pues sería el tipo con la mujer más bella del lugar. La pelirroja lucía las pecas de sus hombros en un vestido sin mangas de color negro, que se le ajustaba al torso para después abrirse desde su cintura en una bonita falda. El cabello rojo suelto en sensuales ondas me hizo soltar una exclamación pervertida.

—Joder, estás para follarte toda la noche, ¿recuérdame porqué te dejé?

—¿Tú dejarme a mí? Ja. Ni en tus sueños más salvajes, Bru —dijo riendo.

La fiesta tenía como motivo el cincuenta aniversario de la editorial que el hermano de Odina había comprado hacia treinta años, sin embargo, aquello además de ser un número redondo, —medio siglo ni más ni menos—, era una especie de demostración de poder. Siempre era así para la gente con pasta. Una exposición de poderío, de ostentación. Aquello iba de explicar cómo despedían eficiencia, que en donde ponían el ojo, ponían la bala. Esa noche se celebraba la cosmovisión de esa familia que era a todas luces un éxito integral.

No era para menos, Odina era inalcanzable. A esa edad y en su posición económica podía darse el lujo de no hacer la mitad de las cosas que hacía, pero era su pasión el negocio editorial y le encantaba su trabajo, por eso yo tenía tanta suerte. Ella de primera mano solo editaba a un puñado de autores, del resto se encargaba su ejército de editores o asistentes, sus *minions* como ella misma los llamaba.

Al llegar, Clara y yo miramos todo el lugar. Por supuesto, no era un salón cualquiera, era una galería de arte de una de las amigas de Odina, a la cual ya había asistido una vez hacía tiempo atrás, para uno de los cumpleaños de mi editora. La estancia era amplia y exhibía esa noche una muestra de un artista famoso, que según le escuchábamos a los presentes estaba muy en boga por su conceptualización del color. Sin embargo, a mi lo que más me gustaba del recinto era su techo acristalado, podías estar ahí bebiendo una copa de *champagne* con una hermosa mujer del brazo, escuchando a los autores de moda decir estupideces, haciendo comparaciones entre libros que nada tenían que ver y mirar al cielo para encontrarte con lo verdaderamente sustancial. Las estrellas.

Me la estaba pasando bien, bajo la complicidad de hacer chistes privados de

mal gusto con mi mejor amiga, cuando la vi. Me paré en seco percatándome de la presencia de la rubia. Clara notó la tensión de los músculos de mi brazo pues no dudó en preguntarme qué me ocurría. La contemplé lacónico para luego darme media vuelta y caminar en dirección contraria poniendo distancia entre nosotros.

—¿Esa tía es Camila?

—Sí —dije con los dientes apretados.

Sí, era Camila con una sonrisa idílica hacia un tío que la llevaba del brazo con afabilidad. Giré a mirarla, espiándola a través resquicio que se formaba entre dos personas, llevaba el cabello rubio en una coleta alta que mostraba la curva de ese cuello en el que yo deposité tantos besos semanas atrás. Iba ataviada con un vestido largo, de efímero escote que resaltaba su aura límpida, excepto por dos detalles: era rojo pasión y tenía una abertura pronunciada que cuando caminaba, dejaba entrever una de sus bien proporcionadas piernas.

Me quedé un par de segundos mirando cómo sus labios entintados con el mismo tono, se ensanchaban de nuevo en una sonrisa para aquel desconocido y todo volvió de golpe. Era como si acabara de irme de su habitación, seguía teniendo preguntas para ella, incluso tenía muchas más, ¿por qué alejarme de su vida por una inadecuación inventada por ella, si al día siguiente estaba con otro tío y en ese momento del brazo de otro más? ¿Por qué con todo el mundo parecía simpática y conmigo era tan complicada?

Dominé el instinto que me decía que fuera hasta donde estaba y le arrancara del brazo de ese tío y... Bloqueé la idea, me recordé que ella no valía la pena, que era demasiado problemática y una falsa de mierda. Decidí no joderme por su actitud impostada de chica buena.

—Hey, ¿todo bien? —preguntó Clara.

—Por supuesto, ¿quieres un trago?

—Deberíamos saludar a Odina ¿no? es lo que las formalidades exigen.

—Por supuesto, vamos —dije posando mi mano en su espalda baja.

Caminamos en dirección a mi editora que estaba en compañía de su hermano, su cuñada y su esposo saludando a todo el mundo. Sabía que al dirigirme

hasta ahí pasaría justo en frente de Camila. Así que con aplomo recorrí ese trecho y esperé que Odina terminara de hablar con unas personas para acercarme y saludarla con un abrazo.

—Gracias por el traje, Odi —dije con una sonrisa.

—¡Dios mío, estás monísimo! —exclamó pasando las manos por las solapas, enderezando mi pajarita—. Clarita, qué bella estás —dijo dándole dos besos—, ¿qué les está pareciendo la fiesta?

—Exquisita —dijo Clara por los dos y yo asentí adjudicándole certeza a tal afirmación.

—Mi amor recuerdas a Alex, verdad —dijo mi editora a su esposo y él me saludó con un apretón de manos.

—Bruno Ballester —dijo el hermano de Odina, dueño de la editorial, que apareció saludándome dejando caer con pesadez su palma en mi espalda.

—Shhh... Alex —aclaró Odina a su hermano.

—Ah cierto —dijo el hombre que, sin desasirme apretando mi hombro, continuó hablando—, me contó Odi que te está yendo de maravilla con tu nueva novela.

Tal vez eso era lo que más me gustaba de esa gente, eran ricos, pero tenían una jovialidad intrínseca. Conversamos un rato hasta que tuvimos que circular pues había muchos invitados a los cuales saludar.

—Odina —dije tomándola por el codo para hablarle antes de irme—, en la esquina del salón está Camila, ¿la recuerdas?

Mi editora la buscó con la mirada y luego rodó los ojos asintiendo.

—¿Qué hace esa chica aquí? —preguntó mirando por encima de mi hombro—, podemos echarla —dijo riendo malvada.

—Solo quería saber si la habías invitado.

—¿Yo? ¿Y para qué? —dijo haciendo una pausa—, está con Pene.

—¿Con quién?

—Con Penélope, le digo pene —dijo soltando una risita maliciosa—, es uno de mis *minions*.

—¿Y el tío?

—Lo he visto, espera —dijo chasqueando los dedos llamando a alguien—, Paula ¿quién es ese chico que está con Pene y la rubia de rojo?

—Osman, es editor junior en el departamento de fantasía.

—¿Algo más sobre él? —preguntó Odina

—Le decimos el bomboncito turco —dijo la asistente alzando las cejas—, solo que no le da la hora a nadie en la oficina. Es un nerd de esos que juegan a dragones y mazmorras, hace cosplay del señor de los anillos y es venerador de *Khaleesi* —agregó la chica haciendo un gesto abriendo los brazos explicando que el tío estaba de cabeza en la onda de la literatura de fantasía.

Odina despachó a su asistente y me preguntó circunspecta:

—¿Te gusta Camila, cierto?

—No —dije tajante.

—Aja, mira que no me molesta, ya va siendo hora de que me des sobrinos —dijo apretándome una mejilla.

—Odi, será nietos —dije con una sonrisa llevándome las manos a los bolsillos.

—Muchacho impertinente, como mucho podría ser tu hermana mayor —refunfuñó yéndose de nuevo con su familia para seguir saludando a los presentes.

Junto a Clara recorrí la estancia mirando las obras de arte, tomando un par de copas más, que libamos en sorbos cortos. Me posicioné justo enfrente de Camila que se puso lánguida al verme, demudada por completo. Le sostuve la mirada y ella fingió no verme. Se lamió los labios, nerviosa y conté mentalmente cuantos segundos le tomaría a su curiosidad hacer efecto para que girara a mirarme de nuevo.

Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco.

Eso tardó, cinco segundos en arquear el cuello para mirar hacia donde estaba. Su cuerpo dio un ligero respingo al percatarse de que la estaba mirando sin reparos, sin disimular. Fruncí el ceño, serio y la desnudé con los ojos recorriendo palmo a palmo de su anatomía envuelta en —curiosamente— tela

roja.

Caperucita, Caperucita...

Disfruté de verla alterada, tomando profusas bocanadas de aire. Se llevó un mechón suelto del flequillo largo detrás de la oreja en un gesto nervioso y se inclinó para decirle algo al tío que estaba con ella. Comenzó a alejarse, la seguí con la mirada preguntándome a dónde iba.

—¿Vas a ir detrás de ella? —preguntó Clara a mi oído, llevándose la copa con distinción a los labios.

—No —respondí dedicándole una sonrisa, estrangulando el impulso de seguir a Camila—. Mira, Álvaro Riveira, su novela Agua turbia me encantó, ¿vamos a saludarlo? —pregunté a mi acompañante para acercarme al autor y hacerle charla.

La noche avanzó, entre copas y entremeses. El hermano de Odina dio unas palabras de agradecimiento a todos sus trabajadores y autores presentes, por ayudarlo a formar aquella editorial que estaba entre las mejores del país con filiales por el resto de Europa. Luego dio paso a su hermana que, tras su discurso en consonancia, anunció que la cena tendría lugar a las afueras de la galería.

Caminamos hasta los largos toldos, en donde se agrupaban mesas vistosamente decoradas para la ocasión. Clara y yo ubicamos la nuestra, continua a la de Odina. Tomamos asiento, degustamos la cena, escuchamos las palabras de los directivos que entregaban reconocimientos a sus trabajadores más talentosos o longevos, desfilando para la ocasión: correctores, ilustradores, editores, entre otros. También se mencionaron autores de trayectoria o *best sellers* y por ahí me nombraron e hicieron el chiste de que nunca aparecía.

Durante toda la puta noche intenté enfocar mi atención en otra cosa que no fuera en ella, a la cual descubrí observándome más de una vez. Por ello bailé con Clara y con mi editora, bebí, comí, todo en un intento de obviar su presencia, mostrándome más sonriente de lo normal.

Entonces la jodida Camila y su munificente culo se levantaron de la silla. Tomó su bolso e indicándole algo a su acompañante se alejó de la mesa. La miré, bajo la firme sospecha de que tal vez desviaría la mirada hacia mí y eso

hizo. Sus ojos verdes se clavaron en los míos por un par de segundos, para después apretar los labios. Su pecho se movió impetuoso inflándose ante la búsqueda de aire para respirar, continuó caminando e inexorablemente tuve que seguir su estela.

Clara carraspeó capturando mi atención. Ella había estado muy entretenida hablando con una escritora de romance que estaba sentada a nuestro lado, hasta que se percató de lo sucedido.

—¿Vas a mirarla toda la noche? Si no vas a ignorarla por completo mejor no lo hagas, porque esto de dedicarle miradas intensas en pro de incomodarla es como quedarte a medias y tú no eres así.

Me puse de pie sin mediar palabra con Clara. Me encaminé por el pasillo que se había formado entre las mesas, salí del toldo y miré los alrededores sin encontrar a Camila. Tras caminar recorriendo el jardín, su vestido rojo en la lejanía llegando al edificio principal llamó mi atención. Me apresuré para alcanzarla, al entrar, la vi subiendo las escaleras. Recordé que los baños estaban en la planta alta junto a las oficinas y talleres, pues la dueña de aquella galería también era restauradora de arte.

Me tomé un minuto, miré a un par de camareros que organizaban bandejas de postres y me dirigí hacía las escaleras. Subí despacio, discutiendo conmigo mismo sobre: ¿qué carajos estaba haciendo buscándola? No había respuesta, mis pies subían aquellos escalones como impulsados por algo que no comprendía, un magnetismo que me arrastraba sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Era un sin sentido, pero ahí estaba, buscándola en pro de... No tenía ni idea, solo estaba ahí frente a la puerta de los servicios de damas, preguntándome si debía atravesar aquel umbral prohibido. Me dije que tal vez no estaría sola, pero el instinto me hizo abrir la puerta un poco para vislumbrarla a un par de metros frente a los lavabos.

Capítulo 21

Bruno

A través del resquicio de la puerta la observé, pasando una pequeña brocha por su rostro retocándose el maquillaje y estudiando su reflejo en el espejo. De pronto dejó caer ambos brazos a los lados del cuerpo, parecía tener algún tipo de debate interno que no conseguía ganar. Negó con la cabeza como si espantara alguno de sus pensamientos y sacó de su pequeño bolso un tubo dorado. Abrió los labios y se los pintó de rojo, delineándolos con esa precisión que poseen las mujeres que han repetido el mismo gesto por años, sabedoras del impacto que tiene ver un color así en ellas. Solo que en Camila por alguna razón la hacía lucir más casta.

Abrí la puerta por completo haciendo ruido, ella se sobresaltó sorprendida ante mi presencia. Me apoyé en la pared junto a la entrada, dejándola ahí a medio camino de retocarse el labio superior.

—Me encanta como se te ve ese color —dije sin más.

Camila me miró a través del espejo, luciendo confundida, atónita. Segundos después pareció retomar la cordura, pues volvió a posar el labial sobre sus labios para seguir con la tarea. Finalizó guardando todo. Tomó su bolso, su chal y me retó con la mirada. La recordé en la habitación del hotel gritándome que me odiaba y me pareció que tal vez debería darle una razón para que lo hiciera.

—¿Por qué me miras así? Tienes toda la noche disimulando delante de tu acompañante que me miras de reojo y ahora que puedes hacerlo con libertad vas a pretender que no quieres.

Me miró estupefacta abriendo la boca. Negó con la cabeza, luego caminó en mi encuentro y me gustó notarla nerviosa.

—Déjame pasar —dijo frunciendo los labios evitando mirarme.

Me aparté para que pudiera salir del baño. Ella hizo un movimiento con el cuello que denotaba altivez y pasó por mi lado como si fuese una reina que se abría paso entre la muchedumbre. Un par de chicas que por casualidad venían entrando tropezaron con ella, haciendo que perdiera impulso.

—Señoritas —dije bajando la cabeza en un gesto de saludo.

Camila me llevaba un par de pasos de ventaja, así que me apresuré para alcanzarla. La tomé por el brazo jalándola a un lado en el pasillo.

—Suéltame —dijo arisca.

La conduje hasta la oficina de la amiga de Odina. Giré el pomo, que para

mi buena suerte abrió y la hice entrar. Toqué la pared hasta que encontré el interruptor de la luz. La oficina era amplia y larga, tal como la recordaba.

—¿Qué quieres? ¿Dónde dejaste a la pelirroja con la que estás? Que tú también tienes media noche mirándome —preguntó en tono de reclamo, cuestión que no esperaba y en el que me pareció detectar ¿celos?

—Si, bueno, la diferencia es que yo no tengo que disimular nada. Clara, es mi manager y mejor amiga —respondí tajante, para evitar que se montara la película referente a ella—. ¿A qué juegas, Camila? Te la pasas soltándome un discurso sobre cómo no eres ninguna fresca, te acuestas conmigo y al día siguiente estás en una piscina metiéndole la lengua a otro tío. Y ahora llegas a esta fiesta en donde sabías que podía estar, con otro hombre. ¿Con cuántos sales? ¿Te los follas a todos con el cuento de monjita tonta? Vamos, Caperucita, quítate la capa que después de todo somos de la misma especie. Loba.

—¡Yo no soy ninguna fresca! —Alzó el dedo ofendida—, no te permito que...

—¿Qué? ¿No me permites qué? Eres una falsa, Camila.

—Déjame pasar —repitió, intentando apartarme de la puerta que bloqueaba con mi cuerpo.

—Por Dios. Madura, ¿en serio vas a pretender que no querías que me acercara a ti?

—Yo no pretendía nada... —dijo. Ladeé la cabeza e hice una mueca dándole a entender que lo que decía era inverosímil—. ¡Eres tú el que me mira!

—Yo sí te miro, te miro mucho —dije provocador sosteniéndole la mirada y Camila viéndose intimidada apartó el rostro—. Sabes, hay algo que no comprendo... Si sales con tantos tipos, ¿por qué la actuación de inocencia conmigo?

Camila se mostró indignada. Entrecerró los ojos y apretó el ceño muy molesta. Alzó la mano, pero la detuve justo a tiempo antes de que me abofeteara.

—No hace falta que te pongas violenta. Puedes contestar y ya.

Forcejeó conmigo, así que tuve que tomarla por ambas muñecas para evitar su ataque. Era una fiera, tuve que esforzarme por controlarla, por manejarla, haciéndola dar pasos hacia atrás, hasta que su espalda chocó con una de las paredes de la oficina.

—Te estás equivocando, Camila, aquí el que tiene derecho de estar

ofendido soy yo, pues resulta que ahora soy el decente en esta habitación.

—Serás... —dijo quedándose a medias con la cara contraída por la ira.

—¿Qué? ¿Seré qué? —dije acercándome a su rostro para provocarla—. ¡Dilo!

—¡Un cretino! Tú no eres ningún tipo decente, todo lo contrario eres ...

Me reí.

—Pero así te gusto —dije insolente interrumpiéndola.

—Aghs.

Camila gruñó y echó la cabeza hacia delante un par de centímetros, haciéndome sentir el vaho tibio que exhalaba sobre mis labios con la respiración agitada. Me miró la boca y después se echó hacia atrás forcejeando de nuevo conmigo para que la soltara. «¿Qué fue eso?», pensé. Entonces lo entendí. Caperucita no solo estaba molesta, se había excitado porque le restringía el movimiento. Me reí de aquello.

—¿De qué te ríes? —preguntó alzando la voz.

—Shhh... no te alteres. Obvio me rio de ti, Caperucita, te ves tan bonita cuando te enfadas... y te excitas —dije mirando directo a sus ojos que se abrieron ante la sorpresa de mis palabras—, ¿acaso vas a negar que te gusta esto? ¿Que no te suelte?

Me miró una vez más atónita mientras sus mejillas se sonrojaban.

—Cla-claro que no —dijo tartamudeando—. Suéltame.

Sabía que mentía, en el hotel le había encantado cuando la obligué a sentarse en mis piernas. Solté sus muñecas pero no me alejé de su cuerpo y ella tampoco hizo ademán de hacerlo.

—Ahora que lo analizo —dije apoyando la mano contra la pared, acercando mi rostro más al suyo poniéndola nerviosa—, creo que eres como tus protagonistas femeninas. —Camila entornó las cejas confundida—, sí, esto de hacerse la dura para aparentar que son virtuosas y lograr que el personaje masculino las persiga. ¿No te parece demasiado cliché? Además que eso ya no funciona en esta época.

—¡Claro que no! Mis protagonistas...

—¿Segura? —dije interrumpiéndola, acercándome más a sus labios. Me miró furiosa, su pecho subía y bajaba mostrando lo alterada que estaba—. Mira, si te soy sincero no me va eso de acosar mujeres. Supongo que los otros tipos con los que sales si se prestan para ese juegucito. A mí me fastidia.

—Yo no estoy jugando a nada —contestó desviando la mirada.

—Yo creo que te iría mejor en la vida si dejaras de ser tan mentirosa. Te

encanta esto, hace minutos te sostuve las manos y me miraste la boca con ganas de besarme.

—¿Yo? —dijo en tono indignado mientras su mejillas se sonrojaban en demasía.

—Sí, tú, no te hagas la tonta.

—Tonto tú... —dijo rabiosa quedándose a medias cuando junté mi nariz con la suya.

—Ves cómo te mueres porque te bese.

—Ja, ni en mil años —dijo altiva.

—Caperucita, sigues sin saber mentir.

Junté mi boca con la suya, porque necesitaba asegurarme de que mi hipótesis era cierta. Así que cuando sus dedos jalaron mi cabello y su lengua se envolvió con la mía, saboreé la victoria. Lujurioso la besé inmoderado, disfrutando de la caricia rotunda de sus labios. Segundos después sentí sus dientes hundiéndose en la carne de mi labio inferior haciéndome daño. Siseé por el dolor pero ella no se detuvo, al contrario, continuó besándome y clavándome las uñas en la espalda.

Mi razón se fugó, todo me dio igual, tenía hambre, hambre de ella. La tomé por la coleta jalándole el cabello para obligarla a echar la cara a un lado. Le pasé la lengua cargada de toda la saliva que me abundaba en la boca por el cuello, haciéndola jadear. Le mordisqueé la piel arrastrando los dientes hacia abajo, buscando la línea de su breve escote, hundiendo la cara justo ahí, para luego ascender besando despacio su garganta hasta estar de nuevo frente a ella. Deposité un beso en la comisura de sus labios y el gemido gutural que se desprendió de estos me hizo empujarla con fuerza contra la pared.

Volvió la cara a un lado para escapar de mi beso. Le mordí la barbilla en franco reflejo y sus gemidos me dieron cuerda, por lo que corrí de nuevo a su cuello. No me cansaba de lamerla. Detallé sus turgentes pechos que apenas se dejaban entrever y chupé con fuerza la piel circundante hasta enrojecerla. Quería marcarla. «Que le explique a los gillipollas con los que sale qué le sucedió», pensé. Camila jadeó impetuosa, perfecta, logrando enloquecerme.

—Déjame —dijo con la voz entrecortada por la excitación—. No voy a dejar que hagas conmigo lo que se te dé la gana —agregó poniéndome las manos en el pecho, intentando escapar de mi agarre.

—¿En serio quieres que te deje? —pregunté mirándola a los ojos y su respiración pareció alterarse más—, ¿acaso esto no es lo que precisamente te gusta? —Reuní sus manos tras su espalda, inmovilizándola al aplastarla con

mi cuerpo, escuchando cómo jadeaba agitada—. Hacer el papel de chica buena, aunque los dos sabemos que tu dulce coñito debe estar chorreando. Así fue ese día en el hotel y apenas te había besado. —Busqué juntar mis labios con los suyos, pero volvió a apartarme la cara—. Vamos, Camila, deja de fingir, déjame besarte como te gusta para que se te aclaren las ideas. —Le besé la línea de la mandíbula, arrastrando los labios otra vez hasta su cuello. La escuché gemir enloquecida, con la respiración agitada como si estuviese al borde del colapso—. Dime algo: ¿te corres con ellos como te corres conmigo?

—Eres un cerdo asqueroso, yo no soy cómo tú que sales con mil mujeres.

—Yo creo que eres hasta peor —dije tomándola por la barbilla para obligarla a mirarme. Tenía las pupilas dilatadas y las mejillas encendidas—. Cuanta contradicción, Camila. Me besas y luego...

Le apreté un pecho de forma tosca. Ella chilló, pero no dijo nada. La estaba probando. No me pidió que la soltara, no me dijo: me haces daño; solo chilló en franca respuesta. Le estudié el semblante. Hice ademán de juntar mis labios con la suyos y ella no apartó el rostro, al contrario, me miró una vez más la boca expectante. Justo cuando la distancia entre nosotros era ínfima, me retracté de besarla. Me reí insolente y ella se puso furiosa.

—Eres un...

—Aja, todo eso —dije interrumpiéndola para después besarla.

Camila me tenía excitadísimo con sus besos, la polla me palpitaba dolorosamente pegada al muslo. Me restregué contra su abdomen haciéndola gemir y dejé caer la mano buscando la abertura de la falda de su vestido que le llegaba a medio muslo. Se quedó inmóvil, apenas sintió cómo mis dedos subían trepidantes acariciando la tersura de su piel, cuya temperatura iba en aumento conforme me acercaba a su coño. Segundos después pareció recobrar la cordura pues apretó los muslos dificultándome la maniobra.

—Hablas mucho de mí, pero bien que te mueres por tocarme —dijo en tono provocativo, arqueando un poco la comisura de sus labios.

Me reí sarcástico, impresionado de su altanería poco frecuente y contraataqué. Aquella aseveración solo me dio cuerda.

—En estos dos meses que no hemos hablado, ¿te has tocado pensando en mí, así como te enseñé por teléfono? —susurré en su oído—. ¿Te has corrido de gusto pensando que no son tus dedos, sino mi polla abriéndose paso en tu dulce coñito? Yo he pensado en ti, arrodillada frente a mí, chupándomela —dije abriéndole las piernas con la rodilla, deslizando los dedos sobre sus

bragas húmedas y sonreí victorioso—. ¡Mira nada más cómo te tengo! Te lo dije, ¡te chorrea el coño por mí! —exclamé en tono sucio, logrando que me mirara con auténtico odio.

Antes de darle tiempo a decir algunas de sus chorradas, clavé mis labios sobre los suyos. Abriéndole la boca con la lengua. Se entregó rápido, era fácil domeñarla con mis labios, aunque en realidad era ella la que me enloquecía al besarme de vuelta con rabia. Enrosqué mi lengua con la suya entretanto mis dedos se frotaban sobre la tela de sus bragas estimulándola, haciéndola proferir gemidos ahogados. Camila me besó con pasión, chupándome el labio inferior.

Mis dedos subieron hasta el borde de su ropa interior, para recorrerle el sexo de arriba abajo, pellizcándole el clítoris, cuestión que la hizo ahogar un gemido en mi cuello. Hundí un dedo en ella, sintiéndola caliente, apretada. Disfruté de verla excitada.

—Mírame —exigí. Camila alzó el rostro mostrándose deseosa—. ¿Quieres saber cómo te ves? —No dijo nada—, cuando te excitas la cara se te enrojece y te liberas. Así como cuando estabas sentada en mis piernas y yo te tocaba como ahora —dije moviendo mi dedo en su interior—, ¿recuerdas cómo te veías en el espejo?

Camila no contestó, pero me dio la impresión de que sí recordó esa escena que seguía persiguiéndome. Así que introduje otro dedo en su coño y comencé a moverlos con brusquedad. Arrugó la cara echándola a un lado gimiendo, así que aproveché para morderle el cuello, succionarlo. No se iría sin que su piel diese testimonio de que la toqué.

Noté su sexo contraerse con rapidez. Enfilé mis movimientos para enloquecerla. Recordé que Camila era demasiado sensible, no tardaría en correrse. Me concentré en hacerla gozar, por lo que le rocé el clítoris repetidas veces con el pulgar.

—Mira cómo estás, ¿tan poco tiempo te duro el teatro de mujer virtuosa? —dije haciendo que se moviera agitada—. ¿Ni siquiera piensas evitarte el bochorno de correrte? ¿Verdad? —Camila me miró furiosa, sin embargo la sostuve y me la follé con los dedos con mayor ímpetu—, córrete, Camila, sabes que lo deseas.

—Eres un... —Sus palabras se vieron interrumpidas por sus jadeos.

Por un momento pensé en no darle el gusto, dejarla ahí, a medias, manoseada y confundida. Sin embargo, su carita de querubín malogrado me pudo, joder, ella me excitaba demasiado. Verla correrse era un puto vicio.

—Córrete, Caperucita, de una buena vez. Sabes que te pongo un montón, si no, ¿por qué razón me besaste en el ascensor o porqué abrirte de piernas para mí en la cama para que te empotrara? Vamos, ¡admítelo!

Abrió la boca gimiendo descontrolada. Su sexo se contrajo profusamente, entretanto sus dientes se clavaban sobre sus labios para evitar gemir en voz alta. Sin embargo, aquello solo logró que los sutiles bramidos que se desprendieron de su garganta fueran más exultantes.

«Simplemente preciosa», pensé al verla jadeando en busca de aire y aquello me dio rabia. Ella no era como yo creía, no lo era. Ese pensamiento me enfureció. La recordé besándose con ese tío en la piscina o sonriéndole al otro con el que vino a la fiesta. La besé tosco, mordiéndole los labios con violencia. Me devolvió el beso consonante entre jadeos. Separé su espalda de la pared, arrastrándola conmigo sin que nuestros labios se separaran.

A partir de ese momento dejé de pensar con claridad. Desbocado y lujurioso la coloqué boca abajo sobre una mesa de trabajo. La madera mostraba una miríada de machas de pintura seca de distintos colores. Le subí la falda arrebujiándola en su cintura. Algo en mi interior bullía, era una mezcla de excitación, rabia y descontrol.

Deslicé sus bragas hacía abajo sin ninguna oposición de su parte y me bajé los pantalones con absoluta ansia de poseerla. La asedié transgresor, apoyando mi pecho sobre su espalda, tomándola con fuerza por las caderas obligándola a arquearse. Mi miembro palpitaba hinchado.

—Abre más las piernas —exigí. Camila obedeció y eso me excitó más; pero aun así no fue suficiente —. Más, ábrelas más. A mí me las tienes que abrir bien —dije gruñendo molesto, golpeando su pie con el mío para que lo hiciera.

Le di un azote que la hizo dar un respingo, justo lo que necesitaba, así estaba en el ángulo perfecto. Se le delineaba el sexo húmedo, abultado por la cantidad de sangre que de seguro estaba ahí palpitando. Me costó encontrarla, bramé fúrico hasta que conseguí colocar mi glande en su coño y me hundí de golpe de forma dolorosa para ambos.

¡Joder! Camila estaba demasiado prieta.

La tomé por la cadera empujándola contra mi pelvis y no paré. La primera embestida solo era un abreboca de las siguientes cuya tónica fueron más salvajes, más broncas, cero parsimonia. Esto iba de avasallar, de aniquilar, de hacerla arder. Pero sobre todo de hacerla entender que estaba equivocada, que no podía estar con otro, pues solo yo podía follármela así.

Camila se quejó de la fuerza del embate, sin embargo, segundos después comenzó a jadear, perdiendo el control. La sentí palpar, su coño caustico parecía succionarme turbándome por completo. Aumenté el ritmo, excitándome con el sonido de mi pelvis chocando contra su glorioso y munificente culo. La azoté con fuerza haciéndola gritar.

—Tu coño es un puto vicio —dije, sintiéndola tan, pero *tan* húmeda. Enterré los dedos en su cabello, aferrándome a su coleta con brío. La jalé haciendo que su rostro se echara a un lado, pegando su mejilla contra la mesa —. Mírame —ordené iracundo—, quiero que me mires, que mañana cuando te duela el coño sepas que es porque te he follado como te gusta —dije azotándola de nuevo con fuerza sintiendo cómo su sexo comenzaba a palpar desaforado—, quiero que te acuerdes que soy yo el que te hace correrte de gusto.

Pude ver la cara de desconcierto de Camila, no se esperaba que le dijera eso. Sin embargo, su coño pulsó contrayéndose. Se mordió los labios para evitar gemir, la azoté de nuevo, quería dejarle los dedos marcados en la piel y con ese pensamiento me separé de ella. Comencé a morderle las nalgas con fuerza, a succionarla dejándole marcas por todos lados, escuchando sus gemidos ahogados.

—¿Qué pensabas, que iba a dejar que te corrieras de nuevo? Dime que te gusta cómo te follo.

—No te voy a decir nada —dijo altanera.

—¿No? ¿No te gusta cómo te follo? Si quieres no te follo más. Dime: Bruno no quiero más tu polla en mi coño, no quiero, déjame en paz. ¡Dilo!

—Serás... —dijo quedándose a medias.

—Dilo, si no, te voy a follar de nuevo con más fuerza hasta hacerte gritar y correrte de gusto —dije mordiéndole el hombro. De los labios de Camila solo se desprendieron sonidos inentendibles, gemidos, jadeos de dolor por mis dientes atacando su carne—. ¿No vas a decir nada? —Esperé a que contestara—. Que conste que tú lo pediste —susurré lascivo azotándola con más fuerza.

No esperaba que se arqueara para recibirme.

¿Qué quería esa mujer?

¿Acabar conmigo?

Sí, eso quería.

Sentí el glande palpar al bañarse de nuevo en su humedad. Mi perforación se arrastró por la pared de su coño haciéndola gemir con

desespero una vez más, estimulándola de seguro como nunca había sentido. Me vi cerrando los ojos por un segundo cuando llegué al fondo de ese coño estrecho y largo, simplemente perfecto. Noté cómo mi pelvis se sentía acariciada por la delicia del culo de Camila que parecía acompañar mis movimientos. Se lo estaba gozando tanto como yo. Escurrí una mano entre su cuerpo y la mesa, le apreté un pecho sobre la tela del vestido logrando que se arqueara más.

Mis movimientos se volvieron urgentes, sentía el placer acechándome, reuniéndose en mis venas, tensionándome el abdomen. Seguí embistiéndola una y otra vez, una y otra vez. Camila comenzó a sacudirse cuando el orgasmo la invadió, llenando la habitación con sus jadeos de placer. La sentí como ese día en la ducha del hotel, pero multiplicado por mil. Su coño me succionaba al ritmo de sus contracciones raudas, jalándome, haciéndome caer en el mayor arrobó que había sentido en mi puta vida. Gemí absorto en el placer, golpeado por una ola de éxtasis, notando cómo su néctar me humedecía toda la pelvis y el mío se esparcía por todo su interior en una descarga potente. Me desfallecí temblando sobre su espalda aplastándola, jadeando en busca de aire, por completo derrotado.

—¿Qué coño me haces, Caperucita? —pregunté sincero.

Me quedé quieto, llenándola aún. Ella no se movió y la sentí respirar con dificultad de forma ruidosa. Apoyé las manos sobre el escritorio y estiré los brazos para levantarme un poco. La miré sintiéndome mesmerizado por la visión del contorno de su rostro. Por sus labios entreabiertos, por las mejillas rubicundas y el cabello rubio revuelto, desordenado por mi culpa.

Una sensación de incomodidad me embargó. Segundos antes en mi cabeza solo estaba el deseo insondable de recordarle lo mucho que gozaba conmigo, de hacerla mía dominado por la furia que ella provocaba en mí. Pero después sentí que el que había perdido era yo, porque ella me hizo perder la cabeza como nunca me había sucedido. Eso era nuevo, no supe qué hacer. Me separé de ella, seguía duro, ella seguía húmeda, tibia, deliciosa. Sentí que debía decir algo. ¿Pero qué?

Me subí los pantalones y los bóxers, vistiéndome. Ella permaneció inmóvil sobre la mesa. Di un paso hacia ella y con la palma de la mano acaricié sus glúteos enrojecidos, haciéndola dar un respingo. Camila se ocultó suspirando, pegando la frente sobre la superficie de madera. Ninguno de los dos parecía saber qué hacer. Me saqué el pañuelo del bolsillo, le limpié los muslos y me agaché recogiendo su ropa interior que pendía de uno de sus

tobillos. Se la coloqué, subiéndola con cuidado por sus piernas de forma pausada hasta ponérselas. Le arreglé la falda e intenté hacer que se levantará.

—Déjame —dijo agotada.

La tomé entre mis brazos haciendo que se irguiera. Pegué su espalda a mi pecho y ella apoyó la cabeza un segundo en mi hombro como si estuviese muy cansada. Luego la dejó caer con pesar hacia delante, comenzando a llorar. La hice girar hacia mí, su rostro desdibujado con lágrimas negras me sorprendió, la abracé estrechándola contra mi pecho. Camila subió los brazos atándolos a mi nuca, hundiendo su cara en mi hombro. Me estaba matando, no quería sentirla así, no quería verla mal.

Entonces sentí su lengua en mi cuello lamiéndome. Cerré los ojos, ese toque tenía un efecto efervescente en mi sangre. Mis dedos hicieron surcos en su cintura atrayéndola más hacia un abrazo necesitado. Me besó la línea de la mandíbula, recorriendo toda la piel lisa hasta mis labios.

—Me gusta mucho cómo hueles —dijo soltando un hipo, ya que no dejaba de llorar, un segundo después.

La tomé por la nuca atrayendo su boca a la mía. Nuestras lenguas se reunieron con apremio en un beso consensual, con desmesurado deseo, con desesperación. La levanté en peso apoyándola en la mesa una vez más, escurriéndome entre sus piernas que se enroscaron en mi cintura en un gesto natural. Mis manos se pasearon por sus pantorrillas, subiendo hasta sus mullidos muslos. Los dedos de Camila se sujetaron a mi cabello, jalándolo con fuerza dándome como una especie de calambre. Su pubis se apretó contra mi sexo que sorprendentemente se tensó con rapidez tan pronto.

Nos besamos bajo el dulce arrobo post orgásmico. Camila jadeaba entre besos, arrastrándome a caer de nuevo en ese limbo que era para mí estar con ella, pues me inflamaba de deseo sin dejarme mucho raciocinio para nada más. La quería desnuda en mi cama, conmigo adentro, muy adentro. Nuestro beso se cortó de pronto, así como empezó, así se extinguió.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó con lágrimas contenidas—. Tú me gustas, no lo oculto y hoy ni siquiera tengo fuerzas para fingir que solo tú me haces tocar el cielo, ¿pero no entiendes que esto no me es suficiente?

Aquella pregunta me golpeó irrumpiendo en mi mente, incoándome a ofrecer una respuesta elocuente que no poseía.

—¿Qué es suficiente para ti? —alcancé a contestar como un retrasado emocional. Camila negó con la cabeza.

—Espero que estés sano porque no te pusiste condón.

—Lo estoy, nunca tengo sexo sin preservativo.

—Lo acabas de tener, no digas nunca —dijo mirándome con desdén—, y no te preocupes, tomo la píldora por control menstrual. Gracias por preguntar, idiota.

Enmudecido miré cómo Camila se pasó las manos por la cara quitándose las lágrimas. Se sacó la coleta y se peinó el cabello hacia medio lado con los dedos, haciendo que las suaves ondas bañaran sus hombros. Tomó su bolso del suelo dirigiéndose a la puerta.

—¡Espera, joder! —dije tomándola del brazo.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó cortante.

—No te vayas, por favor, hablemos.

—¿De qué? —dijo tajante cuestionándome y a mí el don de la palabra me abandonó de momento—. Eso pensé.

La rubia abrió la puerta saliendo del despacho. Sentí la necesidad de ir detrás de ella, sin saber muy bien qué decir. Noté junto a la pared en el suelo su chal blanco así que lo recogí para llevárselo. Al salir de la oficina la divisé a lo lejos, iba bajando las escaleras. Suspiré y me encaminé en su búsqueda. En ese momento afloraron los pensamientos. Camila me exigía cosas y se le olvidaba que había sido ella quien desde un principio, se empeñó en tergiversar todo sobre mí a su antojo, por culpa de sus malditos prejuicios de mierda.

—Camila —dije llamando su atención cuando estaba en la entrada.

—¿Podría ayudarme a conseguir un taxi? —escuché decirle a lo lejos a un hombre del protocolo de la fiesta. Recorrí el par de metros que nos separaban y la tomé por el brazo.

—Camila, estoy cansado de tu actitud.

—Suéltame —dijo enfadada.

—¿La está molestando? —preguntó el hombre de traje negro.

—No —contestó sin mucha convicción.

—Camila siempre haces esto, siempre te vas...

—¿Y por qué será, Bruno? Déjame en paz, ¿no entiendes que me haces mal?

—Camila —dije tomándola del brazo otra vez, cuando sentí que iba a suceder como en el hotel, que iba a largarse dejándome sin poder hablar.

—Te calmas —dijo el hombre tomándome por los hombros.

—No me toque por favor...

Una chica con un radio murmuró algo y segundos después estaba otro

hombre intentando sujetarme. Camila abordó uno de los taxis que estaban dispuestos para la fiesta con la cara llorosa. Los hombres me soltaron de inmediato apenas el coche arrancó.

—Más te vale que te quedes tranquilo o llamaremos a la policía —dijo el hombre.

—No le estaba haciendo nada, solo estábamos discutiendo —dije molesto porque gracias a su intromisión una vez más no pude hablar con Camila.

—Sí, sí, eso dicen todos antes de golpear a una mujer.

—Jamás haría algo así.

—Bueno, bueno —dijo el hombre despachándome—. Mejor ve a lavarte la cara —agregó dejándome confundido.

En ese momento me carcomió la culpa, no quería hacerle daño, solo... «Solo que te la follaste como un animal», me recliné. Subí hasta el segundo piso y entré al baño de caballeros. Me quedé pasmado en la entrada cuando vi al tío que estaba con Camila esa noche, acariciarle el rostro a otro hombre. Estaba casi seguro de que, de no haber sido por mi interrupción, algo más habría pasado. Los dos hombres parecieron nerviosos y caminaron hacia la salida con rapidez en un vano intento de disimular lo sucedido.

Me miré en el espejo, estaba hecho un desastre, tenía el área de la boca enrojecida por el pintalabios de Camila. Me lavé las manos, me limpié con un pañuelo desechable recogiendo el carmín y me pasé las manos por el cabello peinándolo. Me sentí absurdo al pensar que lo más probable era que ese tío fuese gay y no tuviese nada con Camila. Me seguí reclinando mi actitud intensa en la oficina hasta que recordé al tío de la piscina. Negué con la cabeza, estaba muy confundido. Me enfoqué en recomponerme para poder volver a la fiesta, tratando de lucir lo más decente posible.

Me cerré la chaqueta del traje alisándola con la mano, tomé el chal de Camila y salí del baño. Cavilé una vez más en lo sucedido, con ella siempre era así de complicado todo. No, no podía volver a lo mismo, a ese puto limbo al que ella parecía lanzarme. Saqué mi móvil del bolsillo de la chaqueta y busqué el chat de Facebook pulsando el icono de llamada.

—Jodeeeeeer —gruñí cuando no contestó. Una vez más me dejaba a medias.

Bajé a la fiesta sintiéndome tan... tan como que no era yo en ese momento. Era como si Camila me despojara de algo más que de todo raciocinio, ella me preguntó que por qué le hacía esto. Pero ¿acaso no se daba cuenta que era algo que nos hacíamos ambos?

—Bru ¿dónde coño estabas? Por qué estás tan... —Clara me miró de arriba abajo—. ¿Estabas follando con Camila? —susurró anonadada acertando al vuelo.

—Me quiero ir —dije sin más, sin negar su presunción.

—Pues vámonos, ya esta fiesta dio lo que tenía que dar.

De camino al piso de mi amiga le conté lo sucedido durante la discusión con Caperucita. Lo del sexo lo obvié.

—Te dije que le gustas, esta chica no es ninguna tonta, Bruno, ella sabe que contigo no va a llegar a más y no quiere sufrir. ¿Puedes culparla?

Negué con la cabeza y cuando Clara quiso ahondar más en el tema le pedí que no lo hiciera, no me apetecía hablar. Tras dejarla en su piso, estacioné el coche en mi calle y subí al mío. Tiré el chal de Camila en la cama y me quité el traje dejándolo sobre un sillón. Debía enviarlo a la tintorería, olía a sexo como yo.

La ansiedad me recorrió entero, ¡de puta madre, me lo había hecho otra vez! «Polvazo y luego limbo». Ardía de la rabia, sintiéndome contrariado, pues ¿de qué se suponía que íbamos a hablar? Yo solo quería besarla y enrollarme con ella entre las sábanas. Quería quitarle ese vestido rojo para besarle toda la espalda, lamerle los pechos de forma pausada, congraciarme con ellos después de haberlos apretado de mala manera. Quería lamerle el abdomen y...

Negué con la cabeza y pensé que lo mejor era irme a dar un baño. Sin embargo, los minutos en que el agua cayó sobre mí, ella no abandonó mi mente ni un segundo. No había sosiego. Solo podía pensar en Camila. De nuevo ahí estaba, aniquilado. Sabía que no iba a dormir, no lo conseguiría, estaba demasiado inquieto.

Penitente me quedé en la cama con su chal, que recogía alguna de las notas de su perfume, aunque no fuese igual. Comencé a hilar cosas en mi cabeza torturándome, buscando descifrarla. El chico de la fiesta parecía que no estaba con ella... ¿Y el de la piscina? Se estaba besando con otro al día siguiente de estar conmigo.

—¡Esta mujer es indescifrable! —me dije incoándome a olvidarla.

La madrugada avanzó sin que pudiera dormir. Mi móvil sonó arrancándome de mis reflexiones. Era un número desconocido. Mi primer instinto fue no tomar la llamada para segundos después contestar.

—Diga —dije sin que nadie contestara—, le escucho respirar ¿sabe? —agregué tras estar varios segundos sin respuesta.

—Bruno... —dijo una voz femenina en un susurro.

—¿Camila?

—No debí llamarte, seguro estabas durmiendo y yo... Sé que debería dejarte dormir, pero es que no podía y...

—No estaba dormido —dije interrumpiéndola—, ¿Por qué coño te vas así mujer? Siempre haces lo mismo.

—¿Vas atacarme o a dejarme que te explique? —dijo tajante.

—Vale, habla —dije bajando el tono de voz, escuchándola suspirar.

—Yo...

Camila gimoteó intentando decir algo más que no conseguí entender, pues el ruido de una moto me lo impidió.

—¿En dónde estás, Camila? —pregunté preocupado—. ¿Estás en tu casa?

—Sí, junto a la ventana, solo quiero que sepas que siento haber salido corriendo ¿vale?

—Yo siento haberme comportado como un animal contigo. En serio, discúlpame.

—No fuiste tan... bueno sí... sí lo fuiste, pero estábamos enfadados, estábamos dejándonos llevar por la rabia. —Suspiró de forma ruidosa—. Sabes que me encanta la manera como me besas, me tocas, siempre es así. Odio no conseguir resistirme a ti —dijo suspirando con fuerza haciéndome subir las cejas sorprendido de aquella confesión—. Lo que estoy intentando explicarte es que entre el chico de la fiesta y yo no... No hay nada ¿vale? Osman es solo un amigo y me dolió mucho que me dijeras esas cosas.

—¿Y el tío de la piscina qué? Te estabas besando con él a un día de haber estado conmigo —dije alzando el tono de voz molesto, porque me cabreaba de solo recordarlo.

—¿El de la piscina?

—Sí, Camila, que te vi en esa puta foto, no finjas estar desmemoriada.

—¿Héctor? —agregó en tono dubitativo.

—No sé cómo coño se llama y me importa una mierda —puntualicé furioso.

—Yo no... ¡Ay Dios! Alejandra me llevó a una fiesta y fue él quien me besó a mí, después de eso me fui.

—Claro, claro, es que así funciona la vida. Te llevan a una fiesta, te meten a una piscina y te besan a la fuerza, te toman una foto y la cuelgan en una red social —dije con indignación de que me quisiera ver la cara de gillipollas.

—¡Es que fue así!

—Aja...

—Nos caímos a la piscina y él me besó. ¿Cómo crees que iba a besar a alguien después de... —dijo haciendo una pausa—, haberte besado a ti? —agregó hablando flojito, casi en un susurro.

—¡Estabas bailando con él! —exclamé en tono de reclamo—, también vi esa foto, te veías muy animada —dije en mal tono.

—Es buena persona, Bruno, es... un amigo que se pasó de copas y de la raya. Bailé con él, solo porque mi amiga Alejandra pensó que me haría bien y... Lo hice porque me apeteció en ese momento, quería olvidarte por un puñetero segundo ¿ok? Dar me un respiro, pero en cuanto me beso... yo...

Camila hablaba y a mí el cabreó me subía.

—¿Entonces qué? ¿Me cambias por otro tipo para sentirte mejor? —pregunté indignado—, Joder... no sé qué quieres que te diga, la verdad —contesté anonadado.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho todo este tiempo? ¡Dime! —dijo molesta—. ¡Un beso Bruno! un puñetero beso que me dieron y salí de allí.

—¿Estás celosa? —pregunté pensando en que era lo que me faltaba.

—Sí, me matan los celos y todo por tu culpa —admitió dejándome pasmado por un segundo.

—Te recuerdo que fuiste tú quien me echó de su habitación, la que ni siquiera respondió mi mensaje de disculpas y ¡se fue a bailar con otro! —dije señalando lo irónico de las cosas subiendo el tono de voz.

—Alejandra me quitó el teléfono, quise contestarte.

—Camila eres una mujer adulta, tu amiga hizo que bailaras con este tío, te quitó el móvil, ¡por favor! —exclamé incrédulo negando con la cabeza.

—Bruno el caso es que pensé que era mejor dejar las cosas así, no vernos ni hablarnos más —dijo con la voz apagada y yo no supe cómo sentirme—. Hoy cuando te he visto jamás hubiera imaginado que volvería a casa con la marca de tus dedos, ni... —Suspiró—. Di algo por favor —pero yo no sabía qué decir y ella comenzó a sollozar.

—¿Qué coño quieres que te diga? —dije cortante, molesto—. Me tratas como si fuera un puto y eres tú la que te besas con otro al día siguiente y admites que lo haces para olvidarme, no, no sé qué decirte.

—Dime que te deje en paz, dime que no quieres saber nada de mí —dijo dejándome contra las cuerdas.

—Camila no te voy a estar rogando —dije molesto, era ella quien no quería nada conmigo, no la entendía—. Si no quieres estar conmigo ya,

déjalo, ya entendí que te soy inadecuado.

—¿Y qué quieres que haga? —dijo con la voz entrecortada—. ¿Quedarme como una imbécil enamorada de alguien que ni siquiera sentirá la cuarta parte que yo?

—Tú no estás enamorada de mí, por favor —dijo incrédulo.

—Olvida lo que dije —respondió con voz pesarosa.

—Camila, aquí el problema es que eres una inmadura, nunca enfrentas nada. Huyes y huyes para después venir dos meses más tarde, a llamarme a las cuatro de la mañana para contarme que te fuiste con otro tío para olvidarte de mí...

—¡Bailé con él! Fue Héctor quien me besó —dijo interrumpiéndome haciendo que me enfadara con la sola mención del nombre de ese tipo.

—... me dices que tu amiga te quito el móvil —dije ignorándola—, dime ¿no te lo entregó hasta ahora? Pudiste contestarme.

—Ya te dije que después de eso pensé que lo mejor era no hablar más —dijo interrumpiéndome de nuevo con voz desesperada.

—...entonces me dices que no quieres nada conmigo ¿y después me dices que estás enamorada? Joder, que eres el ser más incongruente del puto mundo.

—Ok, ya está. Siento haberte molestado, olvida que te dije algo. Es inútil.

—No es eso, es que...

—Adiós, Bruno —dijo colgándose, dejándose de nuevo a medias.

—¡MALDITA SEA!

Intenté llamarla de nuevo, una, dos, tres veces y no me contestó... De puta madre. Me dejé caer contra el colchón agotado. Camila me drenaba la energía del cuerpo, bien fuese a polvazos o con discusiones absurdas. Esa mujer era tóxica para mí. Me encojonaba muchísimo que ella tuviese que tener siempre la última palabra. Siempre me dejaba ahí, hablando solo.

Me puse de pie, caminé haciéndole surcos al suelo. ¿Y si era verdad lo del tío que la besó sin que ella lo quisiera? Me recliné por haberla tratado como la traté. Si era así, necesitaba disculparme, aunque eso no anulaba el hecho que necesitaba decirle un par de cosas.

Al día siguiente me di cuenta de que no me animaba a dejar las cosas como aquella vez en el hotel. No iba a volver a pasar por lo mismo. A mi esa mujer me tenía que escuchar, estaba harto de su actitud de malcriada. Llamé a Odina que de buenas a primera no me contestó. Insistí hasta que lo hizo.

La saludé y de sopetón le dije que necesitaba un favor. Ella se quejó de

que le dolía la cabeza, pues tenía resaca. Me informó que iba camino al *spa* por un masaje y me preguntó si no podía esperar hasta el lunes. Le dije que no y le pedí que averiguara la dirección de Camila con uno de sus *minions*.

—Por favor llama a Penélope y que ella le pida la dirección al tal Osman.

—Es que no entiendo —dijo haciendo una pausa—. ¿Vas a ir a verla? ¿Para qué?

—Odi y que no le digan para qué, dile a Penélope que quieres enviarle algo.

—Pero espera un segundo, ya va, a mí me cuentas lo que está pasando —dijo chismosa—. Y no te preocupes, no tengo que darle explicaciones, me buscan la dirección y ya.

—Odina, necesito hablar con ella, por favor hazme ese favor y te prometo que te escribo una novela buenísima.

—Admite que la tal Camila te gusta al menos.

—Sí, sí me gusta.

Se rio incrédula.

—¡Odina!

—Está bien, llamaré a mi asistente, pero luego debes contarme todo.

Corrí a vestirme. Me comí algo con desespero pues no había ni desayunado y eran casi las once de la mañana. Busqué el libro de Camila y su chal, esa era la excusa, irle a entregar sus cosas. Sin embargo, al acercarme a la puerta decidí dejar el chal, como si fuese una especie de seguro por si necesitaba otra excusa para verla en un futuro.

Bajé, encendí mi coche y me encaminé hasta Getafe la ciudad de Camila, que quedaba cerca de Madrid. Veinte minutos más tarde me llegaba un mensaje de Odina con una captura de pantalla de una conversación con una de sus *minions*, acompañado del mensaje: eres mi esclavo, me debes una novela. Al parar en un semáforo ingresé la dirección completa al *GPS* y partí a verla. Conforme me acercaba a mi destino las nubes se ennegrecían, estaba por llover.

Como era domingo no había tanto tráfico y no me tomó más de cuarenta minutos llegar hasta su portal. Me bajé corriendo entre la lluvia que comenzaba a remitir, había llovido bastante. Busqué su nombre al lado de los telefonillos, pero justo cuando iba a pulsar para llamarla, una señora mayor con paraguas en mano salió, así que la ayudé sosteniéndole la puerta para que esta pudiera abrirlo. Ella sonrió en agradecimiento y yo me colé hacia el edificio.

Subí los escalones de dos en dos con apremio, sintiendo la urgencia de verla, necesitaba... besarla. Toqué el timbre y aguardé nervioso recuperando el aliento. Conociéndola era probable que quisiera echarme, iba preparado para eso, pero la haría escucharme. Estaba harto, harto, estaba cabreado. Suspiré ante esa puta convergencia de sentimientos, esa maldita ambivalencia entre querer besarla y estar muy cabreado con ella... Negué con la cabeza intentando mantener la compostura pues la puerta se estaba abriendo.

Pestañee quedándome anonadado. Tenía enfrente a un tío sin camisa, con los pantalones a medio abrir mirándome expectante.

—¿Disculpa aquí vive Camila? —pregunté esperando haberme equivocado de apartamento.

—Sí, está en la habitación —dijo con tranquilidad y fue ahí que lo reconocí, era el tío de la piscina. Me sentí como un idiota—. Espera voy a por ella ¿vale?

—No, no —reaccioné a decir—, entrégale esto —dije extendiéndole el libro que de repente me quemaba las manos. Mi tacto repelió todo lo que fuera de ella.

—Ya vuelve, solo será un momento, se está vistiendo.

—Voy tarde para algo, solo quería darle su libro —dije serio, entregándoselo.

—Vale —dijo cerrando la puerta mientras me daba la media vuelta para salir pitando de ese puto lugar.

«Te ha visto la cara de imbécil Bruno», pensé.

Capítulo 22

Razón 13 | Por celoso y testarudo.

Esperar nunca se me dio bien y en esa ocasión no iba a ser diferente. Estaba atacada de los nervios, Osman llegaría pronto y no sabía si el temblor de mi cuerpo se debía a la fiesta o al simple hecho de encontrarme con el lobo. ¿A quién quería engañar? Una cosa era que me obligara a dejar la mente en blanco, e intentara razonar las cosas con madurez, —algo que por lo visto carecía—, y otra muy diferente ignorar lo que mi cuerpo y mi corazón me pedían a gritos que era tener de nuevo a Bruno.

El timbre sonó y levantándome del sofá anduve hacia el portero automático viendo a Osman desde la cámara. Estaba guapísimo como siempre, más arreglado de lo normal, con su cabello negro peinado y un bonito traje oscuro. Le dije que bajaría en dos minutos y accedió diciendo que me esperaría en el coche.

Tras una respiración lenta, intentando afianzar mi confianza, agarré mi chal blanco, un pequeño bolso a juego con mis zapatos y salí dirigiéndome al ascensor. En cuanto lo divisé apoyado en el coche, con paso decidido anduve en su dirección e implanté una sonrisa en mis labios haciéndolo sonreír.

—Estás hermosa, Camila —dijo elogiándome haciéndome enrojecer estando en concordancia con el color de mi vestido.

Era de un rojo pasión que hacía resaltar mi piel blanca y mi cabello. Una gran abertura en la falda me dejaba la pierna derecha descubierta al andar, cosa que me hacía verificar todo el rato que no se me viera más de la cuenta. Alejandra me había dicho que era lo más bonito del atuendo, pero me advirtió que si decidía subir una foto a las redes sociales, lo hiciera de la cintura para arriba. De lo contrario mi madre sufriría un infarto.

Con cuidado entré en el coche, Osman cerró mi puerta para luego rodearlo y entrar en su asiento. Pusimos rumbo a Madrid. Poco más de una hora minutos dado el tráfico de esa hora de la cena, fue lo que tardamos en aparcar en frente de la gran galería de arte donde se celebraría el evento. Todo era digno de alfombra roja, las mujeres desfilaban con sus mejores galas y dudaba mucho de que aquellas joyas que lucían, fueran bisutería barata como las mías, que solo llevaba unos pendientes diminutos.

De la mano de Osman, entramos, dándole su nombre a un señor en la puerta y la llave al aparcacoches. Al entrar me quedé maravillada ante la magnitud de aquello. Era ostentoso, pero no demasiado, las pinturas colgaban

de hilos transparentes haciendo que a ojo pareciera que levitaban en el aire. No entendía demasiado de arte, pero eso no significaba que no supiera apreciarlo. Osman me llevó con él, agarrándome del brazo o colocando la palma de su mano en mi espalda baja.

Charlamos con algunos de sus compañeros y conocí a Penélope. La chica era toda energía y buenas vibraciones por lo que no me costó nada hacer amistad. Hablamos de que le había encantado el adelanto que Osman le facilitó, al que una vez más le recriminé con la mirada por haber hecho eso a mis espaldas.

Una vez concretamos estar en contacto, me fui con mi acompañante que se obcecó en presentarme a más compañeros del mundillo editorial. Se respiraba dinero, pero aun así, no me sentí incómoda. Aquella gente, al menos la que había conocido y charlado por brevísimos periodos de tiempo, era simpática. En cambio, otras parecían que les molestara el solo compartir aire con otras personas.

Osman y yo bailamos una pieza a piano, haciendo que varias parejas se animaran también. Luego reí de sus chistes sin parar, era demasiado divertido para mi propio bien, al punto de que por un momento me vi pensando en porqué no lo había conocido antes que a...

—Rayos... —musité en cuanto lo vi.

Bruno... Tan perfecto, tan él... desvié la mirada en cuanto me di cuenta de que sus ojos me taladraban insistentes, sin apartarlos ni un solo segundo de mí. Me lamí los labios nerviosa, notando mi boca repentinamente seca. No solo me dejaba sin aire, me dejaba sin nada. Algo me gritaba que me quedara como si no lo hubiera visto siquiera, pero la piel erizada, mis muslos intentando cerrarse ante la incomodidad que sentía y las ganas de verlo me pudieron, así que giré el cuello rezando para que él no me estuviese viendo ya. Pero mi corazón dio una voltereta con doble tirabuzón al comprobar que aún me estaba observando.

Sus ojos abandonaron los míos, pero no a mí, repasó cada curva de mi cuerpo como si le perteneciera. Como si no existiera más nadie en la sala gigantesca, como si fuera el único que pudiera ver bajo mi vestido y dejarme indefensa; desnuda.

Cogí aire repetidas veces, no era normal la velocidad que tenía mi pulso. Las manos me temblaban y seguramente en cualquier momento podría caer desmayada. Osman seguía hablando con un escritor amigo suyo, por lo que si quería escaparme tendría que hacerlo sola.

—Voy a tomar un poco el aire, no me encuentro muy bien —le susurré al oído cortando su conversación.

Él frunció el ceño, pero le sonreí para tranquilizarle antes de alejarme de allí y salir de todo aquello, donde la sola presencia de Bruno cargaba la estancia de tensión. Abrí la boca cogiendo una gran bocanada de aire que pronto me heló el pecho. Hacía fresco, bastante raro dada las fechas en las que estábamos. O puede que solo estuviese destemplada. Algo en esa mirada que me dio, hizo que el cuerpo se me erizara por completo.

Empecé a replanteármelo todo, como por ejemplo si había sido realmente una buena idea asistir a ese evento en vez de quedarme viendo la televisión en casa tranquila. Tal parecía que no estaba lista del todo para volver a verlo, para aguantarle la mirada sin que me importase lo más mínimo su escrutinio e ignorarle. Volví a decirme que era imposible olvidar a alguien como él. Todo ese tiempo había estado engañándome, infundiéndome mentiras para sobrevivir. Como si fuera un chaparrón en pleno verano, me calló encima sin siquiera esperármelo.

Al cabo de unos minutos sentí una presencia en mi espalda. Juré por un momento creer que era Bruno el que salió a buscarme, pero la mano que se posó en mi hombro no era la suya.

—Oye... ¿Estás bien?

Tragué saliva, dándome fuerzas, algo que por desgracia también me había arrebatado con una sola mirada suya. Sonreí hacia Osman quien no tenía la culpa de lo que me sucedía.

—Sí, solo... necesito unos minutos. Hay demasiada gente ahí dentro.

Sus labios se estiraron en una media sonrisa y negó con la cabeza. Me agarró de la mano llevándome a las mesas que estaban dispuestas bajo grandes toldos a las afueras, seguramente para cuando fuera la cena. Me senté cuando me instó hacerlo y agarró una silla para él tomando asiento frente a mí.

—Él está aquí ¿no?

Osman no tenía ni pajolera idea de quién era ese *él* que me había hecho llorar aquel día. Antes me cortaba un brazo que destapar la identidad de Bruno, por mucho daño que me hiciese. Yo no era así y sabía que si lo hacía alguna vez sería tan grande el arrepentimiento que me consumiría en la pena y la vergüenza. Pero aun así me vi asintiendo, notando como sus manos agarraban las mías sobre la falda del vestido.

—Y no vino solo... —susurré lo más flojo posible.

—No te me pongas a llorar aquí, que no tengo un pañuelo a mano y dudo que os quepan a las mujeres algo más que una horquilla en esos bolsitos en miniatura.

Reí sin poder evitarlo sorbiendo por la nariz, a la vez que miraba hacia arriba para evitar llorar. Me dolía tanto el solo verlo... más cuando lo hacía enganchado al brazo de otra. Una preciosa pelirroja, con cuerpo de infarto y sonrisa encantadora. Me escoció, no lo iba a negar, algo demasiado caliente quemaba mi garganta y aunque me costase admitirlo, me moría de celos por dentro.

La mano de Osman subió a mi rostro y con una ternura abrumadora, bordeó mi pómulo derecho para luego repasar mi barbilla. Fui consiente de cómo se acercaba, de cómo su respiración golpeaba mis labios. No me moví, me quedé estática, sin saber qué hacer. Sentí el cosquilleo del tacto de sus labios sobre los míos y justo cuando creí que me besaría, su frente se apoyó sobre la mía soltando un suspiro que parecía apesadumbrado.

—Ojalá pudiera besarte... Ojalá pudiera alejar esa tristeza de ti, aunque solo fuese durante unos segundos. Eres maravillosa, Cami... Un sueño, un ángel. Y odio no poder enamorarme de ti.

Sus palabras estaban cargadas con tanto dolor que me vi en la obligación de permanecer en silencio y no preguntarle por qué me decía aquello. Se notaba cómo luchaba consigo mismo. La guerra en su interior. Algo le carcomía. Entonces supe que él también quería a alguien más y ese alguien no era para él.

—¿Quién quieres no te corresponde?

—No, al contrario... —dijo con pesar.

—A veces hay que luchar contra el viento... —dije cerrando los ojos como él, llevando mi mano a la suya que aún sujetaba mi cara. Suspiró en derrota, como si estuviera cansado de hacer todo lo posible. Me hice hacia atrás, provocando que abriera los ojos. No me equivocaba, el tormento desdibujaba su mirada—. Nunca se lucha demasiado. Hay que saber cuándo rendirse a ser posible nunca.

—Tú parece rendirte sin más... —rebatí con una sonrisa.

Sonreí a su par.

—Yo no tengo la valentía suficiente para poder enfrentar algo tan grande como ese sentimiento al que llaman amor.

—Puede que yo tampoco la tenga —afirmó con pena apretando las manos juntas en su regazo y mirando al suelo.

—Él no es para mí, Osman... pero quizás tú...

Negó con la cabeza soltando una risa amarga. Me miró agarrando de nuevo una de mis manos apretándola. Y me pareció que el gesto no fue para darme apoyo a mí, sino a sí mismo para dar el paso y contarme lo que le sucedía.

—Mis padres y toda mi familia, se pasaron demasiado tiempo inculcándome que los hombres tienen que casarse con las mujeres y viceversa. Estuve engañado toda mi maldita vida, sin saber que había más posibilidades que esas. Fue un palo demasiado duro enamorarme de un hombre y que éste lo hiciera también de mí. ¿Pero en qué lugar me deja eso? ¿Sabes lo que le haría a mi madre si llega a enterarse? No lucho, pero no porque no quiera, sino porque no puedo... Hay algo demasiado enorme que me frena, me paraliza, siquiera he conseguido un beso y es como si echara de menos besarlo... es algo raro.

Se tapó la cara avergonzado, dejándome ver cómo la pena lo envolvía. Me levanté haciendo que se levantara también y lo abracé. Dándole mi apoyo incondicional, haciendo que mi dolor fuera más llevadero, por el simple hecho de entender que había personas que lo pasaban peor que yo.

—Eres maravilloso, tu madre debe estar muy orgullosa del gran hombre que crio, de ninguna manera debe avergonzarse de quien te enamores —le dije separándome de él lo suficiente para mirarlo a la cara—. Tienes que saber tener paciencia. Lucha por lo que quieres, Osman, si tu familia te da la espalda piensa por un momento que lo que les mueve a hacerlo no son más que prejuicios infundados por generaciones. Nadie nace sabiendo qué es lo que va a querer en la vida ni para sí mismos. Tienes que luchar, tienes que hacerles ver que no es nada malo amar a alguien, independientemente de su orientación sexual.

Me abrazó con fuerza en cuanto acabé de hablar, el corazón lo tenía en un puño, intentando no llorar por su situación. Entonces se alejó, recomponiéndose de aquel momento tan triste.

—¿Qué ironía no? los dos aquí viendo cómo el amor de nuestras vidas está con otra persona ahí dentro, seguramente bebiendo buen champan y disfrutando de su compañía, mientras nosotros lloramos como dos imbéciles por ellos —dijo soltando una carcajada.

Me reí, uniéndome a él sin poder parar después de unos segundos. Le di un breve beso en los labios, que él me devolvió seguido de un guiño de ojo. Su piel aceitunada brillaba, era guapísimo.

—Suerte tienes que no me gusten las mujeres, si no ya te hubiera hecho olvidar al zoquete que te hace llorar tanto.

—Ya me tenías casi lista, es una auténtica lastima, sí.

Sonreímos y agarrados de la mano, volvimos a la fiesta.

La velada siguió su curso, estuve lo que me parecieron horas, intentando ignorar a Bruno pasear de ahí para allá, con aquella... La quería llamar de todo menos bonita por el simple hecho de estar tan cariñosa y empalagosa con él. Aunque en realidad... siquiera tenía el derecho de hacerlo. Ella no tenía la culpa de nada. Solo que aquello se me olvidaba cuando notaba que él sonreía como si el mundo empezara y acabara con ella... No podía evitar mirarlo. Gruñí bajo, haciendo que Osman se riera entre dientes al ver mi guerra mental. Estábamos en mitad de un discurso, donde yo no me estaba enterando ni media de lo que decía el orador, solo por estar atenta a todos sus movimientos.

—No le hagas ver que estas mal, Camila, pásalo bien, aunque sea mentira —me dijo al oído—. Dale una razón para hacerle pensar que te perdió. Sé cómo funciona el cerebro de un hombre y sé que a veces, somos más complicados que ustedes las mujeres. O sencillos según se mire. La ignorancia puede resultar un buen afrodisiaco la mayoría de las veces...

Bien, vale, decidí hacerle caso. Pasaría de él, haría como si no estuviese loca por ir allí y... Comérmelo a besos, solo de pensarlo mis mejillas se calentaron y para vergüenza la mía, otras partes de mi cuerpo también lo hicieron. Me disculpé con Osman, que con una sonrisilla me dijo que no tardara demasiado.

Pasé entre la gente, notando cómo la cena se me revolvía en el estómago y eso que no había comido casi nada. Por más que me dijera que no mirara a su dirección lo hice y una vez más él me ganó en tiempo. Me estaba mirando y algo me decía que me diera prisa por desaparecer. Necesitaba estar a solas, por segunda vez en la noche y dejar que mi razón volviese a acaparar mi mente y no él.

Llegué a los servicios a un tiempo record y eso que estaban bastante lejos. Aquello era gigantesco y en cuanto vi la magnitud de los sanitarios, volví a impresionarme. Me apoyé en la encimera del lavabo, encontrándome con una Camila distinta a la que estaba acostumbrada. El maquillaje que me había hecho Alejandra hacía milagros en mi piel, bronceándola un poco, tapando las pequeñas imperfecciones de mi cara. Una imagen de él arremangándome

el vestido, descubriendo mi ropa interior, me hizo aguantar la respiración y ruborizarme de golpe.

Negué con la cabeza y saqué el maquillaje, me retoqué los pómulos pareciendo estúpida. No necesitaba más colorete en la cara... Deseché la sola idea de tenerlo de esa manera, mirándome con deseo, de aquella forma que solo a él le quedaba tan bien... Así que saqué el pintalabios para teñir mis labios de rojo intenso para que se vieran más voluptuosos. Pero no acabé cuando la puerta se abrió a mi espalda y una corriente eléctrica hizo que los vellitos de todo el cuerpo se me pusieran de punta.

—Me encanta cómo se te ve ese color.

Y ahí supe que estaba perdida.

Si en algún momento creí que el amor dolía, estaba muy equivocada... el amor mataba sin matar que era muchísimo peor. En cuanto me subí al taxi y vi cómo lo sujetaban, estuve a punto de volver para decirles que lo dejaran en paz. Pero entonces el poco orgullo que me quedaba hizo acto de presencia y decidí que lo mejor era irme de allí como alma que llevaba el diablo.

Aún podía escuchar su voz llamándome, diciéndome que no me fuera, que hablásemos. ¿Pero de qué? ¿De cómo me había ofendido? Lo peor de todo era que muy en el fondo, me había gustado tanto verlo muerto de los celos que obvié el hecho de que me había insultado. Me llevé la mano al rostro mortificada. No quería ser ese tipo de mujeres que olvidaban todo lo malo con una caricia, no quería ser una tonta masoquista. Sin embargo, lo fui. Era esa manera de tomarme, de arrancarme la cordura a bocados, a caricias bruscas... Solo fue un incentivo para que mi cuerpo reaccionase sumiso. ¿Por qué? No tenía ni pajolera idea.

Solo lo disfruté. Tan solo tener sus manos de nuevo en mi piel fue como respirar hondo después de llevarme una eternidad llorando sin resuello. Bruno era algo así como un efecto, un impulso acaparador de sentidos. Solo podía pensar en lo caliente que se sintió su tacto, en lo bien que sabían sus besos ya fuesen cargados de deseo o de rabia, o de una explosiva mezcla de ambos.

Sorbí por la nariz y me aparté las lágrimas de nuevo no queriendo llorar más. Tenía que pensar con la mente fría, dejar de sentir su cuerpo en mi espalda, su aliento en mi oído, sus labios en los míos...

Mi móvil sonó haciéndome abrir los ojos y alcancé a ver el nombre de Bruno en la pantalla. No le contesté. No quería discutir con él delante del

chofer del taxi. Mi teléfono sonó de nuevo un par de minutos después, solo que esa vez era Osman. Me reproché de inmediato no avisarle que me iba, por lo que, dando dos o tres respiraciones hondas, —que me sirvieron más bien poco—, toqué la pantalla descolgando la llamada.

—Camila, ¿Dónde demonios estás?

—Estoy en un taxi de camino a casa, siento no haberte avisado.

El silencio en la línea me hizo revisar si la llamada se había cortado, pero no, seguía su curso. Escuché un suspiro de su parte al cabo de unos breves segundos.

—¿Ha sido él de nuevo, eh? —dijo con ternura, provocando que un nuevo sollozo rompiera el silencio sepulcral que bailaba en el taxi.

El señor miró por el retrovisor para luego volver la mirada a la carretera.

—Sí... —susurré a duras penas.

La angustia no me dejaba vocalizar siquiera. Osman me dijo que al día siguiente me llamaría para saber cómo estaba, le colgué sin siquiera despedirme. En el camino me vi deseando poder desaparecer lo que me aprisionaba el pecho, que se fueran todos los pensamientos en los que solo estaba él. Odiaba el simple hecho de no poder dejar de pensarlo.

Pero no pude. Y más cuando al llegar a casa me embargó la soledad que reinaba en aquellas cuatro paredes. Parecía aún escuchar la suave melodía de la fiesta, los jadeos broncos de Bruno, el crujir de aquella mesa llena de pintura. Y como no, aquella necesidad de hablarme sucio mientras me hacía suya de esa manera tan...

Cuando era niña y mi madre me regañaba, el miedo que me causaba me hacía quedarme callada. Luego de adolescente me pasaba horas discutiendo en mi cabeza, rehaciendo las discusiones con ella encajando lo que debí haberle dicho en ese momento para defenderme. El comentario inteligente que debí soltar en tal punto de la discusión...

Con Bruno pasó lo mismo, solo que él no me dio miedo, con él fue otra cosa, fue una mezcla de sentimientos. Por un lado, la lujuria, ver a Bruno Ballester histérico por pensar en que otro hombre me había llegado a hacer lo que él me hacía, fue excitante. Verlo con la cara contraída, sentir su lengua caliente, sus besos arrolladores, su cuerpo encima lamiéndome de forma desordenada me pudo... El otro fue la venganza, él estaba molesto de solo pensar que otro hombre me tocara. Al no aclararle nada, lo hacía pasar por lo mismo que yo. La rabia de pensar que después de estar conmigo en la cama podía ir a estar con otra mujer me jorobaba la vida, al final él solito se dio una

cucharada de su propia medicina.

Después que nos consumimos el uno al otro, volvió a ser ese Bruno que tanto me gustaba. Por desgracia, era el mismo Bruno que no podía ofrecerme más y en ese momento sentí que no tenía fuerza para discutir, pues lo nuestro era un barco sin oportunidades de llegar nunca a puerto.

Suspiré y me dirigí a mi habitación, deseando ponerme más cómoda. Podía sentir cómo mi sexo pulsaba aún, recuperándose. Me desnudé frente al espejo de cuerpo entero que se situaba en la esquina de mi cuarto, descubriendo las marcas rojas de sus dientes en mi cuello. Me pasé los dedos encima de los chupetones y me fue imposible seguir con los ojos abiertos ante la sensación agrisulce que sentía.

Mis caderas presentaban la señal de sus dedos, miré mi trasero comprobando lo rojo que estaba. Adolorida y rota por dentro, me duché proponiéndome no llorar más. Tenía que aprender a afrontar las cosas, si yo no hubiese querido, le habría echado a un lado prohibiéndole tocarme. ¿Pero cómo demonios hacía eso, si era lo que más deseaba?

La noche se me estaba haciendo eterna. Miraba la hora a cada rato y no se me ocurrió otra cosa que ver las fotos que Bruno me envió en el pasado cuando no sabía cómo era. Podía evocar cada uno de los rasgos de su rostro sin importar que la fotografía solo mostrara su barbilla y su torso.

Era maravilloso. Guapísimo, con esa sonrisa que hacía que mi pulso se acelerara. Me gustaba su piel cálida, sus brazos tensionados y el sabor de su sudor en la punta de mi lengua... cómo me gustaba lamer su cuello, olerlo. Quería quedarme ahí encerrada de por vida, aunque tuviera que alimentarme de su aroma.

Abrí la agenda, viendo el nombre ridículo que le puse a su número: Lobo feroz. Sonreí como una estúpida. Jamás en la vida vería ese cuento como antes. Parecía un juego erótico, una incitación al pecado y yo era la protagonista.

Me levanté de la cama y parándome frente a la ventana pulsé llamar. Los cuatro tonos que le siguieron consiguieron ponerme nerviosa del todo. Sabía que era tarde, sabía que seguramente estaría durmiendo, pero era tal la necesidad de escucharle... de arreglar las cosas de...

—¿Diga?

Odí con todas mis fuerzas el estremecimiento que me recorrió solo por escuchar su voz. Pero por mucho que le explicara, él no dio su brazo a torcer. Le vomité mis sentimientos, para que luego volviera a pisotearlos. Eran los

celos, me decía a mí misma, pero eso no significaba que dejase de doler, sin importar que me pidiese disculpas reconociendo haber sido un bruto.

Le colgué llorando a mares. Le había llamado esperando aliviar mi estado anímico y terminé peor. En un momento desesperado confesé lo que sentía quedando por completo expuesta. No quedaba nada más por hacer de mi parte. Estaba clara que él no sentía lo mismo por mí y aun así terminé diciéndoselo solo para quedar como una tonta. Así que, sin querer seguir con aquello, silencié el teléfono, lo guardé en el cajón de la mesilla y me senté en el sofá con la mirada perdida en la oscuridad, tan solo quebrada por la pequeña lamparita de leer a mi izquierda.

Necesitada drenar la frustración, tomé papel y lápiz e hice una lista de todas las razones que tenía para odiar al cretino de Bruno Ballester.

La tarde del domingo me pareció depresiva, no sabía exactamente si era el clima o era yo afectando a mi entorno. Como el cielo oscurecido por los nubarrones que avecinaban tormenta, así me encontraba, había salido a dar un paseo en busca de algo que aún no sabía qué era. El verano ya casi había empezado, pero por una razón u otra, el día se presentaba más fresco de lo normal por lo que mi camiseta me pareció poco abrigo, tampoco era que hiciera tanto frío, pero a mi cuerpo le costaba atemperarse desde mi encuentro con él.

Lo más probable era que tuviera unas buenas ojeras bajo los ojos y mi cabello estuviese revuelto ya que no me preocupé en peinarme. Siquiera me miré al espejo antes de salir y todo por no ver de nuevo las señales de lo que había vivido la noche anterior.

Me acerqué al parque me saqué del bolsillo el paquete de avena que había traído de casa y anduve hacia la charca donde varios patitos de diferentes tamaños nadaban tranquilamente. Me senté en el césped, sin preocuparme si me ensuciaba los vaqueros. Me daba absolutamente igual. Todo carecía de sentido en ese momento en el que me sentía vacía y sin aliento.

Les di de comer sonriendo, viendo cómo los pequeñitos se peleaban por las hojuelas de avena y así estuve durante un buen rato hasta que las aves se fueron a buscar refugio. Por lo que supe que debía volver si no quería llegar empapada de pies a cabeza.

En el camino, me fijé en los escaparates de las tiendas y en cada portal. Sin ser consciente, intentaba hacer tiempo para no volver a la soledad de mi piso. Deseaba que llegara el lunes, para por lo menos tener que trabajar y

abstenerme de pensar durante toda la jornada laboral, llegar cansada, comer cualquier cosa, ver la televisión o escribir —o al menos intentar hacerlo—, y dormir hasta el día siguiente y que la rutina se repitiese.

Pasé por una librería y me quedé ensimismada al ver los libros dispuestos en las vitrinas. Aquello era todo lo que soñaba, ver en aquel espacio mis libros, donde mi nombre destacara en preciosas portadas que recogían todo lo que mi imaginación alcanzaba. Con una sonrisa y con fuerzas renovadas di un paso atrás alejándome de allí, chocándome con alguien sin querer. Agradecí que pudiera agarrarme o habría caído de espaldas al acerado.

—Mi día acaba de mejorar por mil. Me alegro de verte —dijo el hombre antes de atraerme hacia él. Miré hacia arriba y con sorpresa le reconocí—. Te vi ahí parada y pensé en saludarte. Aunque parece que la única manera que lo hagamos es con un tropiezo o una caída siempre.

Mi primera reacción fue sonreírle, la segunda fue soltarme de su agarre al pensar que Héctor era la razón por la que Bruno no quería ni verme. Estuve tentada a irme poniendo cualquier excusa, pero luego analicé que no tenía nada de malo verme con Héctor. A fin de cuentas, el señor Ballester y yo no teníamos nada como muy bien él decía.

—También me alegro de verte —dije sincera.

Sin duda alguna me alegraba de verlo, más que nada porque era algo así como un soplo de aire fresco. Era simpático, encantador y aunque cuando se pasaba de copas se movía por impulsos, me caía bien. Quiso acompañarme, me dijo que iba de vuelta a casa después de visitar a su hermana y sobrino que vivían tres calles más abajo que la mía, por lo que acepté.

Con lo que no contamos fue que empezara a llover de una forma torrencial, empapándonos antes de alcanzar mi portal. Héctor me agarró de la mano y salimos corriendo disparados. Entre risas entramos en el recibidor después de pelear con la cerradura como de costumbre. Por más que discutía sobre eso en la junta de vecinos a nadie parecía importarles.

—¡Hostia, puta...! —dijo jadeando, sacudiendo las manos haciendo que chorros de agua mojaran el suelo.

Reí al ver su pelo rubio chafado, sin pensar en que lo más probable fuese que yo estuviese igual o peor. Nos miramos durante unos brevísimos segundos, en los que me vi en la obligación de apartar los ojos hacia un sitio menos peligroso, como podían ser las escaleras. No quería que pensara nada raro que nos inmiscuyera a ambos como algo más.

Pensé en que tenía que explicarle que a lo máximo que podríamos llegar

era a una amistad, pero me reprimí. No estaba haciendo nada malo, ni yo tampoco. Estábamos solteros ¿no? pero algo en esa afirmación me daba dolor de estómago.

—¿Quieres subir? Por lo menos te secas un poco y esperas a que escampe antes de marcharte.

Él sonrió asintiendo, así que subimos al ascensor que gracias a Dios se portó bien y llegamos en pocos segundos a mi piso. Entramos, le busqué una toalla para que se secase y me dirigí al baño a hacer lo mismo. Mi ropa calló empapada al suelo. Hasta las bragas las tenía chorreando de agua y eso que solo estuvimos bajo la lluvia como mucho un par de minutos.

La tormenta amainó tan rápido como apareció, pues noté cómo el cielo se iba despejando y las gotas dejaron de golpear la ventana. Caminé hasta mi habitación para buscar qué ponerme cuando escuché el timbre. Con rapidez me vestí con unas simples mayas y una camiseta cualquiera, rogando que no fuese una de las visitas sorpresa de mi madre.

Pero cuando llegué a la sala, solo estaba Héctor. Mi vista cayó a su mano percatándome de lo que sostenía. Me acerqué y pude comprobar que en efecto, era mi viejo libro el cual estaba mirando con curiosidad.

—¿Dónde encontraste ese libro? —pregunté confundida.

Pensé que lo había perdido, incluso llamé al hotel para preguntar por él y me dijeron que no había rastro de este. Pero verlo allí en sus manos, me hizo tragar hondo.

—Un hombre lo trajo, llamó, me lo dio y se fue.

—¿Q... qué?

Un hombre...

—¿Cómo era?

—Muy alto, de pelo castaño...

Bruno... Bruno había estado en mi casa. Pestañee una, dos, tres veces, hasta que mi cerebro pudo conseguir dar la orden a mis piernas para que se movieran y salieran corriendo escaleras abajo. Llegué a la puerta de entrada, abriéndola de golpe y salí a la calle viendo cómo un coche negro salía disparado, racheando de las cuatro ruedas, incorporándose al tráfico.

Mi corazón dio un latido de menos. Lo peor de todo era que si había alguna posibilidad de que Bruno me creyera, se había ido literalmente al retrete. ¿Cómo hacerle ver que no tenía nada con Héctor, si lo había visto en mi casa y sin camiseta?

Tenía que hacer algo... dar el paso por una vez en mi vida. Con la decisión

tomada me volví a dirigir a mi piso, le dije a Héctor que me sentía mal y que ya nos veríamos otro día. Llamé como cincuenta veces al teléfono de Bruno, pero no me contestó ninguna. Por lo que me vi obligada a tomar las cosas por mi cuenta.

Al día siguiente me reporté enferma, no era un comportamiento demasiado responsable que digamos, pero todo valía en el amor, o por lo menos eso era lo que creía. Por último agarré un pañuelo fino de seda rosa largo, para tapar las marcas de mi cuello. Me marché de casa con el corazón encogido por el miedo.

Tenía que hablar con Osman, por lo que emprendí viaje hacia Madrid, dirección a la editorial. Al llegar me anuncié en la recepción, me dejaron entrar y me encontré con Penélope en las escaleras que daban a la planta donde él trabajaba, me vi cortándole la conversación a los pocos segundos. Estaba atacada de los nervios, necesitaba conseguir la dirección de Bruno como fuera y solo Osman me podía ayudar.

—¿Estás loca? —susurró agarrándome del brazo llevándome con él hacia los lavabos.

Sabía que estaba haciendo el escándalo de mi vida, pero era tal mi desespero que no medía el grado de excitación de mi cuerpo.

—Necesito hablar con Odina, Osman. Es la única que puede ayudarme y...

—¿Pero para qué? Odina no tiene visitas así como así. Es la hermana del dueño de la editorial, necesitas una cita al menos. No puedo colarte por arte de magia, Camila.

Suspiré y lo miré con pena, queriendo convencerle de la forma más tramera que se me ocurrió.

—No me pongas esa cara...

—Por favor...

Resopló desganado y claudicó llevándome a empujones hacia los ascensores. Me recolocó bien el pase de visitas que me habían dado en la recepción y me cerró la chaqueta que llevaba. Me dijo que si alguien preguntaba, explicase que era una inspectora de impuestos y que necesitas hablar con alguien de la directiva.

Al llegar a la planta siete, una señorita ataviada con un costoso y triste conjunto gris de falda entubada y chaqueta, frunció el ceño al verme. Me iba a dirigir a tratar con otra persona, en un piso diferente encargada de esos asuntos, pero le dije que mi jefe me había enviado a hablar con Odina. Me miró extrañada, no obstante, me indico que esperase mientras le avisaba a su

jefa.

Dejando atrás el miedo, cuadré los hombros preparándome para lo que sería una buena batalla. La chica volvió y me hizo pasar a la oficina de Odina. Allí estaba ella. Imponente, regia, delante de una ventanal con vistas a los edificios circundantes del centro de Madrid. Su ceja se alzó una vez me repasó de arriba abajo.

—¡Ay... con que inspectora de impuestos! —exclamó al verme rodando los ojos, como si mi sola presencia le aburriera— Entra, niña. ¿Piensas quedarte ahí parada?

Di un paso al frente y cerré tras de mí. La cotilla de su secretaria no tenía por qué meter las narices en lo que hablásemos. Y menos en temas de Bruno Ballester.

—Buenos días —saludé con amabilidad, dándole a entender de buena gana que ante todo había que tener modales—. Disculpe la excusa del inspector, pero no me dejaban pasar.

Ella ni se inmutó, siquiera pestañeó. Sin embargo, se dejó caer en su silla y tintineó las uñas en el cristal de la mesa.

—Buenos días, ahora dime, qué quieres, porque cariño... tiempo no me sobra.

—Quiero pedirle un favor.

Aquello pareció hacerle gracia, como si todos los días lidiara con personas que le pidieran algo.

—Seguro no recuerde quién soy, pero...

—Sé quién eres —dijo cortante alzando la mano de uñas esmaltadas. Se irguió de nuevo de pie y haciendo sonar sus tacones anduvo hasta posicionarse frente a la mesa, por ende, más cerca de mí—. Nos presentaron en la feria, eres escritora de romance, no se me olvida una cara jamás. —Y yo no supe cómo tomarme eso. Quise hablar, pero de nuevo su voz me interrumpió—. También sé que conoces a Bruno.

Aguanté la respiración con la única mención de su nombre. Me infundí agallas y después de tragar saliva me preparé para su negativa.

—De él es de quien quería hablar precisamente... necesito su dirección.

De nuevo esa sonrisa burlona adornó sus labios color burdeos a juego con sus uñas. La mujer destilaba elegancia por todos sus poros. Me generaba miedo a la vez que un profundo respeto. Entonces entendí que era mejor tenerla de aliada que de enemiga, tenía que tener cuidado con aquella mujer.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Necesito hablar con él...

—Puedes llamarlo, seguro tienes su teléfono después de este tiempo que lleváis... —hizo una mueca con los labios—, ¿Hablando? ¿Chateando?

—Si me cogiera el teléfono no estaría aquí —respondí más mordaz de lo que pretendía. Pero de alguna manera aquella contestación, la hizo pestañear y suspirar a la vez—. Mire... pídamelo lo que quiera, pero me haría un grandísimo favor. No se lo pediría si no fuera importante.

—¿Pero tú quien te crees que soy? Además tú no tienes nada que yo pueda querer —soltó una risa—, no es como si fuese la terrible bruja del mar y quisiera tu voz, por favor... Más bien dime, porqué quieres hablar con él y ya veremos si me convences.

Y tenía tan clara mi respuesta que no dudé en soltarlo a bocajarro.

—Le quiero... —Agaché la cabeza mortificada. No debía de haber dicho aquello y menos a una completa desconocida. Pero a lo hecho pecho, como se suele decir, por lo que me tocaba seguir adelante y apechugar—. Hubo una confusión y... él piensa que yo... —Alcé la cabeza cuando no recibía respuesta de su parte. Se había sentado en su silla, mirándome expectante—, necesito explicarle que todo fue un malentendido, por favor.

Asintió.

—¿Qué hacías hablando con Penélope en la fiesta?

Su cambio de tema me cogió por sorpresa.

—Osman, un amigo editor junior de fantasía, le habló de mi libro. Ella leyó un adelanto y le gustó. Solo hablamos de una posible publicación.

Eso pareció descolocarla para después de un segundo neutralizar su semblante.

—Penélope es *mi* editora Junior, soy yo la que dice qué se publica y qué no en mi editorial. No sé qué coño tienes con Bruno, pero te agradecería que recordaras que él no quiere que su identidad salga a la luz.

—¡Lo sé! —dije sintiéndome insultada.

—Como andes divulgando información sobre él te las verás conmigo, no lo olvides...

—¿Pero por quién me toma? ¿Cómo voy a...?

—¡Ay, ya! No preguntes cómo, solo ten por seguro que no te van a quedar ganas ni de decir su nombre si hablas sobre él. Espero que lo que os traigáis entre manos, se quede entre cuatro paredes —dijo buscando algo en su tablet para luego abrir el cajón, sacar un papel y garabatearlo antes de tendérmelo.

Me acerqué trémula y cuando alcancé a agarrarlo, ella no lo soltó por lo

que me vi en la obligación de mirar hacia arriba. A aquellos ojos fríos como el hielo.

—Bruno dice que necesitas mejorar tu escritura —dijo con desdén—. Si resulta que lo has logrado y tu novela está decente, la publicaré. Tienes prohibido mostrársela a otra editorial. ¿Entendido? —Asentí—. Ahora vete, tengo cosas más importantes que hacer...

Hizo un gesto con la mano despachándome. Y en cuanto cerré la puerta de su oficina tras de mí, una sonrisa de idiota afloró en mis labios a la vez que apretaba el trozo de papel en mi pecho. Iba a ver a Bruno... esa vez no iba a quedarme con las ganas de defenderme. Solo esperaba que me escuchara y me dejase hablar. No le permitiría que se hiciera lo que a él le placiera. Sería yo la que llevase las riendas de una vez por todas.

Capítulo 23

Razón 13| Por arruinarme para otro hombre.

Desde la ventanilla de mi coche miraba aquel portal, como si fuera la mismísima cueva del lobo. Me moría de miedo, y no era capaz de moverme del asiento. Llevaba como veinte minutos mirando a la gente pasar y a los coches circular con apremio. La ansiedad, hizo que me preguntara toda clase de cosas cada una más desalentadora que la anterior. ¿Qué pasaba si no quería escucharme, o peor aún, estaba tan harto de nuestras discusiones que no quería saber nada más de mí? ¡No éramos pareja y habíamos peleados más que una en su primer año de noviazgo!

Me llevé la mano a la frente y lancé un suspiro resignada. No iba a echarme atrás justo cuando había decidido dar el paso para lanzarme al agua. Lo malo era que iba sin salvavidas, a riesgo de ahogarme. Si Bruno me rechazaba, me destrozaría más de lo que estaba. Entonces me vino a la mente ese refrán que decía: «quien no arriesga, no gana». Pero la realidad era que también estaba la posibilidad de perder el doble.

Salí del coche sin ponerme a pensar en lo que pasaría. Eran las doce del mediodía, no sabía si eran de los que se levantaban tarde, o de los que iban a comprar pan a última hora. El caso era que por una parte deseaba poder alcanzarlo en su casa y por otra que no estuviera.

Crucé la calle y sin pensármelo un segundo más, —porque si lo hacía seguramente saldría corriendo—, toqué el botón del telefonillo. Me alegré de que fuera uno de esos edificios que no tenían cámaras, de lo contrario, probablemente él ni me abriría. Tragué saliva en cuanto un crujido se escuchó al otro lado, dándome a entender que habían descolgado.

—¿Sí? ¿Quién es?

Carraspeé y puse la voz más ridícula que podía haberseme ocurrido. Como si fuera una camionera harta de fumar, me anuncié como carterera comercial. Él abrió sin decir nada más y colgó, haciéndome exhalar de alivio.

El tramo de escaleras se me hizo eterno, y no era que fuesen muchas, vivía en un cuarto piso, pero entre el nerviosismo que me tenía las piernas gelatinosas, y que el pánico inundaba mi cuerpo, no subía un peldaño sin bajar dos. Así hasta que alcancé el rellano y me preparé para lo que venía.

«Tú puedes, Camila»

Toqué la madera de la puerta con los nudillos, obviando el timbre junto al marco. Y tras lo que parecieron horas, esta se abrió dejándome ver a Bruno.

Todo hubiera sido más fácil si sus ojos no fueran dos rendijas soñolientas, no estuviera con un simple pantalón de pijama con el pecho al aire y lo más importante, la señal de la sábana en la mejilla derecha.

Tragué saliva. Estaba guapísimo, tan familiar, tan...

Entonces el sueño pareció esfumarse de su sistema, abriendo los ojos de par en par al reconocirme. No esperaba que se alegrara de verme, pero aquella mandíbula apretada, me dijo que mi presencia le resultaba del todo inoportuna. No habló, solo se quedó allí, mirándome mal, como si fuera a la última persona del mundo a la que quisiera ver.

—¿Puedo pasar? —dije a duras penas.

Pero él pareció no inmutarse siquiera.

—No pretenderás que hable aquí fuera ¿no?

Frunció el ceño y se dejó caer contra el marco de la puerta apoyando un hombro, cruzándose de brazos.

—¿Hablar de qué? —preguntó seco.

Entonces aquella desgana de su parte me cabreó.

—¿En serio no me vas a dejar pasar? Haré el espectáculo de mi vida y se enterarán tus vecinas chismosas —amenacé.

Eso pareció hacerlo reaccionar, se echó a un lado y con cara obstinada me dejó el suficiente espacio para que pudiera pasar. Eso sí, no tuve más remedio que rozarle con el brazo. Una vez dentro me vi en mitad de la sala que estaba llena de estanterías repletas de libros, percatándome de un desayuno a medio comer en la mesita frente al televisor encendido.

—¿Cómo conseguiste mi dirección? —preguntó confundido, apagando la televisión, como si verme allí aún no fuera lo suficiente creíble para él.

—Tengo mis contactos.

Él podría ser un cretino, pero yo también podía serlo por una vez en mi vida.

—Estoy hablando muy en serio, Camila, no bromees ahora. Dime —demandó con seriedad.

—Dime tú quien te dio la mía —contrataqué haciéndolo fruncir el ceño.

—Odina hizo que se la pidieran al chico con el que fuiste a la fiesta.

Fue mi turno de mirarlo confundida. ¿Osman le dio mi dirección? Deseché ese pensamiento, tenía otras cosas más importantes con las que lidiar y una era poder explicar el malentendido antes de que fuera demasiado tarde.

—También se la pedí a Odina.

Sus ojos se volvieron a abrir, incrédulo, anonadado, negando con la cabeza

como si no se lo creyera.

—Ahora que arreglamos ese punto, quiero que me escuches.

—¿Escucharte? —dijo con ironía.

—Sí, ayer viniste a mi casa. —Hizo una mueca— Y viste a Héctor allí. — Su cara se transformó en cuanto lo nombré y antes de que dijera nada más, alcé la mano callándolo—. Bruno, entre él y yo no pasó nada. Aunque pareciera lo contrario, solo nos pilló la lluvia, estábamos cerca de mi casa y... —Se cruzó de brazos a la defensiva, como si no se creyera una palabra que saliera de mi boca—. Bajé a buscarte en cuanto lo supe, pero saliste disparado. No me dejaste explicarme, lo mismo que me recriminas a mí, ahora lo haces tú a la primera de cambio.

Él asintió para luego negar sonriendo sarcástico.

—Ok, ¿algo más?

—Bruno... —Suspiré y como si necesitara de él, di un paso hacia delante, teniéndolo un poco más cerca—. Tienes que creerme...

—Tú nunca me crees a mí una mierda, porque he de creerte a ti, de hecho, siempre me tratas como si fuera basura —dijo con saña, haciéndome encoger por un momento.

—Habla el que se comporta como un imbécil neandertal —repliqué dejándonos anonadados a los dos.

—Tienes razón, fui un imbécil y un animal contigo. Mi abuela y mi madre no me criaron para comportarme así. Por eso te pido disculpas, pero eso no quita que tú también te comportes como una malcriada, que me tachas de algo cuando tú eres igual o peor. Además, ese tío se veía lamar de a gusto en tu piso... —dijo viéndose asqueado—. Abre la puerta, saluda, como perro por su casa. Primero te besas con él, luego está en tu maldita casa semidesnudo, dime, Camila, ¿qué quieres que piense? ¿Qué coño hacías con otro tío al día siguiente de estar conmigo? —preguntó molesto.

—¡Escúchame, maldita sea! —exclamé desesperada porque me hiciera caso—. No puedo tener nada con él ni con nadie, ¿vale?

—Es que si fuese cosa de una vez... —Me ignoró—, pero ya van ¡Dos veces! ¿Es que me quieres ver la cara de gilipollas?

—¡No! pero si me dejaras explicarte...

—¡Venga ya! —exclamó exasperado.

Lo intenté tocar y él repelió mi tacto alejándose de mí. Aquello me dolió más que si me hubiera insultado en plena cara.

—No me toques, Camila —dijo hastiado.

Pero no me di por vencida, no cuando vi la rabia contenida en sus ojos. Esos ojos que había visto de mil formas distintas y todas las veces con mi reflejo en ellos.

—No podría estar con otro después de estar contigo, aunque quisiera... — dije con cautela—. No puedo olvidarte, ¡lo intenté! Con todas mis fuerzas. Intenté no pensar en cómo me besabas... en cómo... —me abracé a mí misma—. Me tocabas. Me has arruinado para todo el que venga después de ti y esa es la única verdad.

Su respiración estaba acelerada. Su pecho subía y bajaba a un ritmo desesperado por coger oxígeno.

—¿Qué coño hacías con ese tío en tu casa? —repitió con la misma rabia que antes.

—Estaba paseando cuando me lo encontré...

Soltó una risa incrédula y asintió burlón. Eso me cabreó como nunca lo hizo. Me estaba diciendo mentirosa en mi cara, pero como me sucedió aquella noche, que él se puso celoso, eso solo incrementó el deseo de acercarme a él.

—Paseando, claro... —dijo mirando hacia otro lado.

Aproveché la ocasión para aproximarme, consiguiendo posar mi mano en su pecho, sintiendo su corazón latir desbocado bajo mi palma. Notar su piel en contacto con la mía, fue como si ese tiempo que habíamos estado separados, no hubiese existido. Sus ojos taladraron los míos, pude ver flaqueza y lucha a partes iguales.

—¿Por qué fuiste a buscarme? —le pregunté. Guardaba la pequeña esperanza de que sintiera, aunque fuera una mínima parte de lo que yo sentía —, ¿Por qué después de que discutimos aquella noche, viniste a verme?

—Porque soy un completo gilipollas —contestó serio.

Mi mano cayó a mi costado en cuanto se alejó hacia el otro lado de la sala. Se paró frente a las puertas abiertas del balcón, mirando a un punto incierto del paisaje urbano de Madrid. Fui tras él y me posicioné detrás, pegándome a su cuerpo, exhalando, haciendo que él suspirara a su vez.

—Te fui a pedir disculpas por haberte gritado... Por haberte tratado como te traté, por ser un imbécil y un auténtico cabrón contigo en la fiesta.

Me atreví a dejarle un beso en la espalda y a pasar mis manos por sus músculos en tensión.

—Pero tu amigo semidesnudo, frustró la tarea...

Sus brazos se pusieron más tensos, al igual que todo su cuerpo.

—¿Cómo puedo hacerte ver que él no significa nada para mí? Dime qué tengo que decir para que me creas.

Se dio la vuelta encarándome, esta vez sin tener la intención de huir de mí.

—Puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana... —dijo entre dientes, como si esa afirmación no se la creyera ni él—, lo que me molesta es que me trates como a un puto mientras tú te vas con otro para olvidarme... De nuevo, puedes hacer lo que te venga en gana, pero no me vengas a juzgar y a tachar de cuanta cosa se te pase por la cabeza cuando tú haces lo mismo...

—Yo no he estado con nadie, Bruno, nadie me ha tocado excepto tú —dije en un hilo de voz.

Mis fuerzas flaqueaban, tenerlo tan cerca me dejaba fuera de combate. Acaricie su pecho desnudo, maravillándome con su suavidad, su calidez. Estábamos tan cerca...

—Dime —susurró —¿Qué pasaría si hubieses llegado y te abre la puerta una chica semidesnuda?

Tragué saliva. No podía ni imaginarme esa escena, sin que se me abrieran las carnes.

—Pues me hubiera roto en pedazos, porque no consiento verte con otra...

Y así sin más, dejé a un lado todo, me olvidé de lo que estaba bien o lo que estaba mal. Me puse de puntillas, agarré su nuca y lo acerqué hasta que mis labios entraron en contacto con los suyos en tensión, para besarlo. Se separó lo suficiente para que aquel breve beso acabara y nuestros ojos se encontraran de nuevo. Era tan intensa su mirada que por un momento me vi descubierta, con los sentimientos a su plena disposición.

—Te juro que no tengo nada con él —dije desesperada deseando poder besarlo una y otra vez.

—Caperucita, te salvas porque no sabes decir mentiras y sé cuándo dices la verdad...

Sonreí y estuve a punto de besarlo cuando su mano se posó en mis labios.

—Camila... quiero que me perdones de verdad por haberme comportado así contigo la otra noche. Nunca me había portado así con una mujer, sé que no es excusa, pero...

Aparté su mano de mi boca y lo besé intentando callarlo, pero él me esquivó una vez más.

—Me preocupas, Cami. Es que recuerdo cómo te trató esa mujer en la radio, cómo te arrinconó... No dejes que nadie te acorrale, ni siquiera yo. Tienes que aprender a defenderte.

—No sé cómo hacerlo —respondí con un nudo en la garganta.

Era cierto, tenía que sacar maldad si no quería que me comieran. Quería ser una escritora reconocida, ¿pero entonces? ¿Qué pasaría cuando me llovieran las críticas? Su mano acunó mi barbilla obligándome a mirarlo a los ojos. Ni siquiera me di cuenta de que había bajado la mirada. Sonreía pícaro y eso hizo que mi corazón latiera frenético.

—Te voy a tener que dar lecciones.

Solté una risa para luego de un salto lanzarme a su boca, cosa que lo cogió por sorpresa, pero no por más de dos segundos. Al besarlo me sentí volar, flotar en ese limbo que era estar en sus brazos. Con ansia viva de sentirlo en mi interior, tiré de él hasta conseguir sentarlo en un sofá color marrón oscuro junto a la ventana y así poder sentarme sobre él. Necesitaba desesperadamente de sus caricias, de sus mordiscos, de esa forma de hacerme suya a la que poco a poco me hice adicta.

Estaba desatada, sedienta, hambrienta. En cambio, él parecía contenerse hasta de tocarme. Sus manos se quedaron en mis caderas, apretando con fuerza casi haciéndome daño, pero sin moverlas de ahí. Me estaba dejando espacio para hacer con él lo que quisiese y eso me mataba de miedo. No sabía cómo complacer a un hombre, mucho menos, a alguien como Bruno. Él que disfrutaba de las caricias rudas, de los besos intensos de...

Me separé de su boca cogiendo una gran bocanada de aire. Mantuve los ojos cerrados, sintiendo cómo de acelerado estaba debajo de mí. Su respiración iba igual de rápido que la mía y eso me hizo sonreír orgullosa. Lo tenía: sus ojos velados, su pulso latiendo con prisa. Aquel pantalón de pijama y mis bragas no fueron impedimentos para que lo notara como si estuviéramos desnudos. Me vi meciéndome sin vergüenza, haciéndolo jadear excitado.

Abrí los ojos. Me estaba mirando, con ese brillo de excitación que me mataba, me desarmaba. Pero algo en sus ojos, me privaba de ver lo que yo necesitaba encontrar, si era que existía siquiera.

—Quiero que me quieras tanto como yo te quiero a ti... —susurré enterrando la cara en su cuello, lamiéndole la piel. Acción que era ya tan nuestra, tan privada.

Su dermis se erizó por completo, pero no dijo nada, solo se dejó vencer por mis caricias torpes, por mi manera de seducirlo que, aunque fuera de lo más simple, él parecía disfrutar en demasía. Deseaba poder quedarme con su olor en mi piel, recordarlo con tan solo olerme la punta de los dedos, cuando

lo tuviese lejos. Tras un último beso me separé de su lado, poniéndome de pie entre sus piernas.

Quería que viera que podía cambiar, podía dejar la vergüenza a un lado y ser la mujer pasional que merecía. Para él y para mí. Dejar de lado a la Camila buena que se asustaba del mundo real, o en su defecto, la que no tenía ni pajolera idea de lo que era el mundo realmente. Con parsimonia, me quité el pañuelo del cuello dejando al descubierto las marcas, ahora más amoratadas y visibles, de sus chupetones y quité los botones de mi blusa. Siquiera me preocupé en ponerme sujetador, tenía la leve esperanza de poder hacer el amor con él y agradecí al cielo de que fuera a suceder.

Él pareció devorarme con la mirada y siguió apretando las manos en sus muslos, todavía evitando tocarme.

Me dio miedo el simple hecho de pensar que a partir de ese momento se contendría, que ya no habría más desenfreno entre nosotros. Pero deseché la idea al ver el fuego resurgir en sus ojos. Si se estaba aguantando, no tardaría en desatar a la bestia. A mi lobo feroz. Una sonrisa perezosa consiguió curvar mis labios.

La prenda calló al suelo y mis dedos abrieron la cremallera de mi falda para luego quitármela junto con mis sandalias, dejando al descubierto mis bragas. Al verlas, sonrió de lado alzando las cejas con picardía. Se echó hacia delante y me giró poniendo mi trasero frente su cara. Me contuve de soltar una gran carcajada.

—¡Joder! cómo me ponen tus malditas bragas, Caperucita...

Me alejé con un chillido cuando sentí cómo mordía mi nalga derecha y negué con el dedo indicándole que volviera a recostarse contra el respaldo del sofá.

Él lo hizo sin dejar de sonreír. Por un momento deseé tener una cámara a mano e inmortalizar esa sonrisa, pero entonces supe que jamás se me iba a olvidar. Me estaba comportando juguetona, sin vergüenza, me sentía sexi y todo por su culpa. Me arrodillé en el suelo y tiré de sus pantalones torpemente hasta que, con su ayuda y una risa divertida de su parte, pude sacárselos.

Me quedé mirándolo absorta, con la respiración agitada y sin saber dónde poner las manos. Como si me leyera la mente él las agarró y las colocó en sus muslos, haciendo que mis palmas lo acariciaran hasta llegar al prominente bulto que se notaba bajo sus boxers.

—Tócame sin miedo... no muerde —dijo incitador, riéndose.

Entrecerré los ojos hacia su dirección y me atreví a bajarle la ropa interior lo suficiente para liberar su erección. Aguanté la respiración al observar aquella...

—Vaya... —se me escapó decir a la vez que Bruno soltaba otra risotada.

—¿Camila aun te asustas? Deberías conocerlo de sobra —dijo moviendo mis manos, para que abarcara su... dureza, temblando como una cría.

—No, solo que... Tú así, desnudo... Es una imagen demasiado impactante, es todo —dije sin dejar de observar nuestras manos y aquella impresionante erección bajo ellas.

Nunca fui de las que se fijaban directamente en algo tan... Pero cuando estaba con él, me convertía, me transformaba en alguien desinhibido. Cada vez me abría más, en todos los sentidos de la palabra. Con ternura acarició mi barbilla y buscó incorporarse pero se lo impedí. Su ceño se frunció para luego cerrar los ojos una vez que mis labios se posaron en su punta. Un jadeo fue lo único que recibí de su parte.

Rodeé la argolla con mi lengua, maravillándome por enésima vez de lo sexi que se le veía, lo excitante que era jugar con ella. Con cuidado chupé y mordí como él me enseñó en nuestro encuentro del hotel. Bruno no paraba de soltar gruñidos a cada tanto, mirándome de vez en cuando, para luego dejar caer la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá, como si no pudiera aguantarme la mirada por más de dos segundos.

Me acerqué un poco más, no pudiéndome aguantar la tentación de besar su abdomen haciendo que mis pechos rozaran sus testículos y él me mirara de un tirón. Tragué hondo, haciendo que sin querer le mordiera un poco más fuerte de la cuenta. Gracias a Alejandra supe lo que significaba hacer una cubana y la verdad en ese momento sonó de lo más tentador tener su sexo en medio de mis pechos y darle placer así... Gemí y un nuevo mordisco hizo que Bruno gruñera.

—¡Joder...!

La expresión de gozo de su cara, unido con el temblor de su cuerpo, fueron suficiente afrodisiaco para que me desatase y empezase a chupar como si de un dulce delicioso se tratase. No había nada mejor que tenerlo a mi merced. Miré sus ojos, descarada, sin una pizca de vergüenza. Cosa que pareció volverlo loco.

Bruno llevó las manos a mi pelo, enredando los dedos entre los mechones y tiró de ellos con rudeza creando un vaivén constante. Me estaba haciendo suya de una manera tan primitiva, tan... Gruñó, me asió del cabello lo que

provocó que lo soltase tras un sonoro sonido de succión y me separó de él.

—Dejemos lo de acabar en tu boquita en otro momento... quiero tu coño. Ahora.

Mordí mi labio inferior y me levanté apoyándome en sus rodillas. Me quité las bragas, ante su atenta mirada, siendo consciente de que jugar con fuego nunca fue tan satisfactorio y excitante. Me sentí viva, inflamada, con los pechos pesados, la boca inundada de saliva, la respiración acelerada y el pulso latiendo en mi entrepierna.

Separó la espalda del respaldo del sofá, acercándose a mí. Quedó justo con la cabeza entre mis piernas, aspiro mi aroma y gruñó en respuesta. Su lengua traviesa salió en mi encuentro, mis piernas temblaron, no siendo capaz de mantenerme erguida por mí misma. Sentí su sonrisa pegada a mi monte de venus. Tras una última lamida se dejó caer de nuevo en el sillón, estaba sonriendo, con la boca y la barbilla húmedas por mi culpa. Y para avergonzarme más o excitarme, sacó la lengua y se relamió los labios soltando un gemido que me hizo erizar entera.

Me senté encima de su regazo a horcajadas. Su mano derecha agarró su erección y con premura bajé sobre él tan suavemente que me dio tiempo a notar cada delicioso centímetro. Un suplicio maravilloso, doloroso, haciendo que un gemido saliera de mis labios sin poder remediarlo.

Bruno jadeó y agarrándome del trasero empezó a moverme cada vez más deprisa. No quería que aquello fuera rápido, por lo que le agarré las manos y se las coloqué en mis pechos, haciendo que sus dedos se entretuvieran con mis pezones.

—Déjame quererte como quiero... —susurré sin resuello, mirándolo a los ojos. Viendo cómo se le dilataban las pupilas al escucharme.

Me moví grácil sobre él, notando su piercing en mi interior y vibré de placer por ello. Mi sexo se contrajo, sus brazos me rodearon haciendo que mi cara quedase en su cuello. Entonces lo hice de nuevo: lamerle a placer. Humedeciendo más su piel, degustando la salinidad de su sudor.

—No me canso de sentirte, Camila... —dijo con la voz enronquecida, mordiendo mi hombro con desespero, haciéndome chillar de dolor y placer al mismo tiempo.

Bruno impactó su mano contra mi trasero, una, dos, tres veces, provocando que mi orgasmo se aproximara a pasos agigantados. Nos movíamos al unísono. Nuestras pieles resbalaban gracias al sudor que compartíamos al estar tan unidos.

Nos sentíamos, nos comíamos, derritiéndonos en los brazos del otro. Era tal la intensidad del momento, que no era consciente de nada a mi alrededor. Tan solo existía nuestra conexión, la tormenta que se desataba en mi vientre bajo y el bello sonido de nuestros jadeos entremezclados. Era maravilloso.

Lo sentí tan mío, que no quería que los minutos que tardásemos en hacer el amor, se acabaran. No quería separarme de sus brazos. Con el amor todo lo que podía ser malo, podía ser bueno al mismo tiempo. Porque no conseguía respirar sino era Bruno quien me daba el aliento, no podía sonreír sino era gracias a su felicidad. El amor me volvía tonta y feliz. Loca.

Pegué mí frente a la suya, le dije con la mirada lo mucho que lo amaba. Bruno simplemente me observaba, con la boca entreabierta, dejando salir respiraciones forzadas, exhalaciones que llevaban mi nombre sin siquiera vocalizar palabra.

Entonces no aguantando más aquella fogosidad contenida, me agarró de las caderas y me alzó en peso para luego dejarme caer. Penetrándome con fuerza, con brío, moviéndome a su antojo y yo me dejé hacer porque por más que luchara contra ello, me encantaba. Sus dedos se clavaban en mi carne, sus dientes mordían mis pechos, dejándome nuevas marcas sobre las antiguas y no me quejé en absoluto. ¿Cómo iba a hacerlo? era lo más auténtico, con lo que me quedaba una vez volvía a mi vida. Porque sí, estar con Bruno era una de mis más bonitas fantasías. Era su forma de poseerme, pero lo que él no sabía o le costaba entender, era que ya era suya en cuerpo y alma.

No había vuelta atrás. Me llevó a la completa locura en cuanto se levantó conmigo y me llevó directamente contra la pared. Vi cómo una gota de sudor resbalaba por su sien. Estábamos sudados, pegajosos, juntos a más no poder. Pero no me podía importar menos. El sexo era sucio, en ese momento lo entendí, tal y como él me explicó en una ocasión. Pero era un sucio excitante, donde el morbo lo predominaba todo. El sentirme húmeda, chorreando, excitada hasta tal punto de blasfemar.

Como en ese momento. Sus caderas se impulsaron con una fuerte embestida, haciéndome gemir y soltar un leve: joder. Me hizo perder la cabeza completamente. Sus labios quemaban mi piel en donde se posasen. Y sus manos... ambas apretaban mi trasero con fuerza, inmovilizándome mientras era él el que se movía sin tregua. Clavándose en mi interior sin una pizca de dulzura.

—Grita, Cami... gime y hazme saber que te gusta cómo te follo...

Alcancé el clímax y él lo hizo segundos después, ambos disfrutamos del

momento en que el frenesí nos embargó. Sentí cómo se iba en mi interior, sin un mínimo de arrepentimiento. Bruno se dejó caer sentado en el sofá arrastrando mi cuerpo con el suyo y por instinto me recosté en su pecho. Me abrazó, permaneciendo en mi interior. Parecía no tener prisa para abandonarme. Sus dedos se pasearon por mi espalda en suaves caricias haciéndome sentir en las nubes.

—Siento haber interrumpido tu desayuno —murmuré agotada, sin tener fuerzas más que para cerrar los ojos y dejarme llevar por el arrullo del golpeteo acelerado de su corazón.

—No importa, prefiero comerte a ti —dijo con un sutil tono de lascivia.

—Valió la pena faltar al trabajo —confesé recorriendo su barbilla cubierta de vello oscuro muy corto con el dedo, mientras le daba pequeños besitos en el cuello.

—Ah perfecto, te quedas conmigo hasta mañana.

Me erguí sonriendo, él parecía estar contento también.

—No, debó irme en la noche, tengo que levantarme temprano para ir a trabajar. Algunas personas tenemos que laborar para vivir, señor Ballester— respondí riéndome, ganándome una nalgada de su parte.

—Pueden sobrevivir sin ti un par de días, estoy seguro.

Lo miré divertida y él me buscó la boca para besarme, pero me alejé haciendo que su palma impactase de nuevo en mi trasero.

—¿Y tú no? —pregunté buscando una respuesta de su parte.

Él simplemente rió y me besó, haciendo por enésima vez que todo pensamiento razonable se esfumara de mi mente de un solo plumazo.

—Aún no he acabado contigo ni de lejos, Caperucita... —dijo aullando.

Capítulo 24

Bruno

Contemplé cómo Camila dormitaba sobre mi pecho. Disfruté del brillo que desprendía su piel nacarada bañada de mi sudor, del ritmo suave de su respiración, del agradable olor a miel que desprendía su hermoso cabello rubio desparramado por mi pecho. Me estiré en el sofá en el cuál solía echarme a hilar ideas para mis tramas, sintiendo la tibieza de su cuerpo. Camila abrió los parpados deslumbrándome con la belleza de sus ojos verdes y se arrebujó contra mí con esa ternura que le caracterizaba. Mis dedos se descalabraron por su espalda hasta llegar a la curva gloriosa de su trasero, el cual apreté con alevosía, para escucharle refunfuñar.

—Vamos a darnos un baño —susurré en su oído.

Camila asintió a mi petición, por lo que nos levantamos con lentitud saliendo del letargo acentuado en el que estábamos. Miró a su alrededor buscando una prenda para cubrirse. Lo más próximo era su blusa, la cual le robé antes de que pudiera alcanzarla.

—En esta casa hay una regla de desnudez absoluta —dije jugando con ella como ese día en el hotel—, si te portas bien, te dejo ponerte las bragas y solo porque son mis favoritas.

—¡Bruno! —exclamó mi nombre horrorizada, tapándose los pechos con un brazo y el sexo con una mano.

—Camila, pero si te he visto desnuda de todas las maneras. ¿Qué problema tienes?

Abrió la boca y negó con la cabeza sin conseguir decir palabra. Le aparté el brazo coaccionándola a mostrarse. Bajó la cabeza apenada, así que la tomé de la barbilla obligándola a mirarme y eché a un lado el cabello que tintineaba sobre la piel de sus hombros.

—La desnudez femenina es la cosa más bonita del mundo, no tienes nada de qué avergonzarte. Los hombres por otro lado... —dije queriendo hacer un chiste—, somos cosas incómodas de ver desnudos. Tenemos pelo por todos lados y no hay ángulo que valga, ni luz que nos ayude. Sin contar que los penes flácidos no son precisamente lo más bonito que verás en la vida; en cambio las mujeres, sin importar qué, son hermosas. Ven, mira.

La tomé de la mano y la hice dar un par de pasos hacia la sala en donde tenía una reproducción de un cuadro de *François Boucher* con el motivo de *Leda y el cisne*. Supuse que en medio de nuestra pelea no le prestó atención,

pues noté la sorpresa en sus ojos cuando lo contempló. Me paré detrás de ella, abrazándola mientras observaba con curiosidad la obra de arte.

—No entiendo el cisne —dijo al fin tras varios segundos de análisis.

—¿No sabes quién es el cisne?

—No —contestó confundida—, ¿debería saberlo? ¿Es un cisne famoso? —agregó graciosa, haciéndome reír cuando me miró por encima de su hombro. No se estaba tapando los pechos, aquello era un avance, así que le di un beso en el cuello haciéndole cosquillas—. Dime, ¿acaso es el cisne del patito feo en plan pervertido? —Volví a besarle riéndome de sus ocurrencias.

Le hablé de la pieza pintada al óleo de estilo rococó de carácter provocativo. La cual fue elaborada para ser mostrada en los círculos burgueses de París, exhibiéndola a las personas ricas ávidas de entretenerse con ese tipo de arte. En ella se exponía a una dama semidesnuda recostada con las piernas abiertas, mostrando su sexo, el cual era observado sin reserva alguna por un cisne.

—El cisne sí es famoso. Es *Zeus*, dios de la mitología griega, que solía transformarse en animales para seducir y copular con mujeres mortales, aunque muchos dicen que en realidad las violaba. Eso no está muy claro. —Camila me miró por completo horrorizada haciéndome reír de nuevo—. Dejemos a un lado el contexto pues no sé cómo fueron en realidad las cosas. Enfoquémonos en la pintura, aquí el detalle es que ella desnuda es preciosa.

—¿Cómo viola un cisne a una mujer?

—Por eso te digo, no está claro —dije pasándole las manos por el abdomen haciéndole dar un respingo, provocando que quisiera volver a taparse. Le quité las manos y entrelacé los dedos con los suyos mientras le besaba el hombro—, pero es hermosa, ¿no crees?

—Supongo que sí —dijo con la voz entrecortada—, aunque me gusta más este otro.

Camila señaló con la cabeza el cuadro de al lado, en donde se mostraba a una mujer de espaldas que se reflejaba en un espejo.

—Sí, es una de mis pinturas favoritas, *Venus del espejo* de *Diego Velázquez*. Me gusta que disfrute mirarse, que se fascine con sus formas —dije acunándole un pecho, haciéndola aguantar la respiración. Camila era tan sensible que me excitaba saber que tenía que hacerle muy poco para hacerla delirar, porque de hecho, eso hacía que me apeteciera hacerle mucho—. A ti de seguro te gusta porque es menos provocativo.

—Pues sí, me parece más conservadora y bonita.

—Querrás decir menos licenciosa —dije jugueteando con su pezón haciendo que su cuerpo se tensara y la respiración se le acelerara—. ¿Te observas tú así en el espejo? ¿Sabiendo que eres preciosa y te miras los pechos, así como ella? —susurré con el aliento caliente en su oído. Camila negó con la cabeza—. Deberías prestar más atención a la suntuosidad de tus formas —expresé tomándola de la mano para que se recorriera el abdomen en dirección descendente haciéndola suspirar—. Ven, vamos.

La miré disfrutando una vez más de notar lo sonrosada que estaba. Recogimos nuestras ropas y nos encaminamos a mi habitación.

—¡Ay Dios mío santo! —exclamó en medio del pasillo y yo solté una risa.

—¿Qué sucede? —dije fingiendo no entender qué le pasaba.

—¡Es un pulpo! —exclamó horrorizada.

—Aja...

—Y le está... le está...

—Dilo —dije parándome detrás de ella, hablándole al oído—, ¿le está qué? —Negó con la cabeza sin poder hablar, llevándose una mano a la boca mirando el cuadro que precedía la pared del pasillo—. Le está comiendo el coño, Camila, y ella lo está disfrutando —dije haciéndola soltar un jadeo de sorpresa.

Observamos la reproducción de aquel grabado representativo del arte *Shunga*, *El sueño de la mujer del pescador* de *Katsushika Hokusai*, en donde una mujer yacía desnuda mientras dos pulpos le daban placer.

—¿Pe... pe... pero qué mujer querría algo así? —dijo tartamudeando, haciéndome reír otra vez.

—Pues hablando en términos reales, supongo que ninguna, ¿quién coño quiere a un pulpo que tiene en la boca un pico bien afilado, capaz de triturar conchas y animales marinos cerca del sexo? Si lo vemos como algo meramente artístico, ella está en pleno arrobó por el orgasmo, pero no es solo por el cunnilingus que le está dando el pulpo más grande, es por la restricción que ambos animales hacen. Uno le come el coño mientras la obliga a estar de piernas abiertas y el otro pulpo más pequeño la besa y la asfixia al mismo tiempo potenciándole el orgasmo. Es un placer tintado de sumisión. Algunos lo encuentran aterrador y hasta vulgar, a mí me gusta la expresión de ella, por eso lo tengo. —Camila lo siguió mirando confundida, así que tiré de ella para que me siguiera—. Ven, déjame, te muestro algo hermoso.

Caminamos hasta mi habitación y Caperucita se quedó mirando el cuadro que estaba sobre mi cama.

—¡Vaya! este sí está bonito —dijo refiriéndose a *La ola de William-Adolphe Bouguereau*, una pintura que mostraba una gran ola en el mar y una mujer desnuda con una sonrisa encantadora.

—No, no me refería a ese cuadro —dije dejando nuestra ropa sobre la cama, jalándola conmigo hasta la esquina de mi habitación en donde había un espejo de madera de cuerpo entero—, me refería a ti.

Camila quiso irse de ahí, sin embargo, la sostuve para que no pudiera hacerlo, obligándola a mirar su reflejo desnudo, constriñéndola a abandonar su personalidad pudorosa por un momento. Su rostro lucía conmocionado, incluso le notaba angustiada.

—Bruno... —dijo en un hilo de voz.

—Cualquiera pensaría que te estoy obligando a ver algo malo, ésta autocensura te hace daño, Camila. Mírate joder, eres preciosa. —Se mordió los labios nerviosa cuando me vio acunarle los pechos con ambos manos—. Mírate las mejillas rubicundas —dije mientras mis dedos atrapaban sus pezones enhiestos—, mira tus curvas, lo cóncavo, lo convexo. La ladera de tu cadera es perfecta y tu munificente, ebúrneo culo es espléndido. —Sentí la tensión en su cuerpo, su respiración alterada, sus pupilas dilatadas. Camila parecía estar a punto de colapsar. La sentí temblar y verla así me fascinó.

La giré hacia mí para besarla y la sorpresa fue sentir sus manos jalándome por la nuca, no dejándome espacio para otra cosa que no fuera sentir sus pechos restregándose contra mis pectorales y su coño caliente mojándome la parte superior del muslo. Nos entregamos a un beso desbocado, ardiente, en donde me entretuve acariciando su lengua con la punta de la mía, haciéndola jadear ahogada en mi boca. Me separé de Camila antes de perder todo raciocinio, notando cómo la polla me latía junto a su vientre.

—Anda al baño, te alcanzo en la ducha —dije señalando la puerta de este, dándole una nalgada.

Disfruté del semblante inquieto que se presentó en su rostro con la mirada vidriosa, la boca entreabierta y el deseo que parecía emanar de cada poro de su cuerpo. Sonreí victorioso caminando lejos de ella.

—¿A dónde vas?

—Al baño del cuarto de invitados —expliqué caminando hasta ahí.

Al regresar a mi habitación un par de minutos después, escuché cómo el agua caía. Ella estaba ahí a un par de metros de mí. Una voz en mi cabeza me preguntó qué carajos estaba haciendo, pero justo en ese momento, se concibió en mi mente una dualidad, una ambivalencia de sentimientos difícil de

manejar. Mis pensamientos bailaban de un punto a otro, de lo nítido a lo difuso, siendo este último extremo el ganador.

Acercarme a ella era inexorable, en ese punto no había espacio para pensar demasiado las cosas. Crucé el umbral del baño y me acerqué sigiloso a Camila, espiándola por el resquicio de la puerta de la ducha. La encontré con el cabello en un moño y con las gotitas de agua como simple vestimenta, usando mi gel de ducha. Se giró hacia mí dedicándome una mirada en la que vislumbré impaciencia.

No apartó sus ojos de los míos mientras me acercaba a ella. Sus manos llenas de jabón se deslizaron por mi espalda cuando la tomé por las mejillas para besarla. Su cuerpo resbaló sobre el mío dejando que nuestra dermis se entendiera en movimientos sosegados. La tónica de sus besos era presurosa, su lengua sinuosa parecía buscarme sin tregua, aunque sus manos rígidas me señalaban lo obvio, su timidez seguía haciendo acopio. No obstante, no sería yo quien marcara el ritmo de aquellas caricias. En ese momento me pareció suficiente notar el estremecimiento de su piel y sus jadeos entrecortados.

Nos dimos un baño entre besos y caricias que no dejé que construyeran algo más, cosa que a ella pareció perturbarla. Cuando me vio cerrar el agua, la confusión en sus ojos era más pronunciada. La enrollé en una toalla y la saqué de la ducha.

—Me mentiste —dijo de pronto.

—¿Te mentí? —pregunté desconcertado, pues las mentiras eran algo atípico en mí.

—Sí, me dijiste que no tenías cuarto de invitados. —La miré confundido sin entender de qué hablaba—. Sí, me dijiste que si venía a Madrid no tenías cuarto de invitados para quedarme, que me dabas espacio en tu cama.

—¡Ahhh! —exclamé admitiendo aquello—. No te mentí, no tengo cuarto de invitados —agregue tomándola por la cintura—. Para *ti* no tengo, a ti te quiero en *mi* cama. —Caperucita sonrió y me dio un besito corto en los labios—. ¿Qué quieres hacer?

Los grandes ojos verdes de Camila se abrieron de par en par, dejando ver su titubeo, su obvia reticencia para decir lo que en realidad le apetecía. Enterrando los dedos más en su cintura le busqué la boca avasallándola de forma fácil, pues estaba ávida de sentir, lo sabía perfectamente. Yo la hacía salir de la apatía y pensar en eso me sentó mal por un momento. ¿Acaso siempre sería el tipo que espantaba la abulia en las mujeres? Sin embargo, de nuevo mis pensamientos se escabulleron a ese extremo de mi mente en donde

la excitación los desdibujaba, entregándose al disfrute de la media erección que se incorporaba bajo la toalla enrollada en mi cintura.

—Tengo hambre, ¿quieres acompañarme a comer? Dejé mi desayuno a medias y ya es hora del almuerzo.

—Sí, comamos algo.

—De acuerdo, vístete entonces.

Caminé hasta mi armario, tomé unos jeans y una camiseta. Prendas que fui colocando sin prestar atención pues había mejores cosas que hacer, como ver a Camila ponerse las bragas para después intentar cubrir su generoso trasero con la falda. Dio un par de saltitos hasta que lo consiguió, era estrecha por lo que sus deliciosas curvas se adivinaban sin problema. Luego procedió a ponerse la blusa.

Salió de mi habitación y volvió con su bolso. Se soltó el cabello rubio, se colocó algo de maquillaje y perfume, logrando que toda mi habitación se bañara con su aroma. Me puse los zapatos disfrutando de mirarla pintándose los labios de rojo, justo como en la fiesta de la editorial. Cuando se giró hacia mí, alcé las cejas en señal de aprobación, se veía muy bonita.

Se me hizo natural tomarla de la mano, mientras caminábamos. Hablamos distraídamente sobre Odina y cómo ésta le dijo que, si a Penélope le gustaba su novela, tal vez se la publicaría.

—Hemos hecho un pacto con el diablo —dije en broma y a ella pareció hacerle gracia cuando le comenté que yo le debía una novela por el favor.

Llegamos al pequeño restaurante familiar en el que solía comer siempre y nos sentamos en la barra, donde pedimos té helados mientras esperábamos que nos dieran una mesa.

—Eh, profe Alex —dijo la hija adolescente de la dueña, saludándome con un beso en la mejilla—. Creo que tu presencia es una señal de que Dios quiere ayudarme.

—¿Qué sucede? —pregunté riendo.

—Que el capullo de mi profesor...

—¡Esa boca! —le reprendió el padre saliendo del almacén, para luego dirigirse a la cocina, tras reprocharle a su hija con la mirada.

—El *tontito* de mi profesor de literatura —dijo suspirando después de rodar los ojos—, nos ha asignado hacer un análisis del *Cantar de mío Cid*. Necesito hacerlo muy bien o de lo contrario no aprobaré la materia. Es mi última oportunidad.

—¿Y te leíste todo el libro o terminaste buscando un resumen en internet

como siempre? —dije en tono desaprobatorio.

—Hombre, me lo leí... una parte —dijo riendo—, sí leí bastante, de verdad que sí.

—Es bastante corto, podrías leerlo entero.

—Profe, ¿le darías un vistazo por favor? —preguntó con impaciencia.

—Vale —dije y ella salió disparada a buscar el informe—, espero no te moleste la interrupción —comenté mirando a Camila.

—No, no me molesta, ¿entonces sí eres profesor?

—Sí, Cami. Hasta hace un año y medio ejercí en una institución muy pija.

—Aquí está —dijo Gabi volviendo con el informe—, ¿qué vas a comer? ¿Lo mismo de siempre? dime para ir pasando la comanda a la cocina y así cuando llegue tu mesa lo tengas listo.

—Joder, que diligente te pones cuando necesitas algo —dije riendo y ella hizo una mueca de ser muy esplendida, acomodándose una imaginaria falda como una dama de antaño—. Sí, yo quiero lo mismo de siempre, pero no sé ella, —expliqué señalando a Camila—, tráele un menú para que ordene y préstame un bolígrafo para ir corrigiendo —agregué colocándome las gafas para leer.

Tardé unos quince minutos leyendo todo y corrigiendo. Gabi le tomó la orden a Camila y cuando volvió para darnos nuestra mesa, le entregué el ensayo, que estaba mejor de lo que esperaba.

—¿Tan rápido? Vamos, corrígelo en serio, por favor.

—Ya lo corregí, está bastante bien. Te hice notas en donde debes mejorarlo. ¿Ves? —dije señalando todas las anotaciones que le había hecho.

—¿Cómo te leíste todo tan rápido?

—Soy profesor, leo rápido —dije entregándoselo.

Gabi hizo una mueca de entendimiento, me dio las gracias y se marchó para volver cinco minutos después con un entrante, asegurándonos que pronto regresaría con nuestra comida.

—Quiero que hagas lo mismo por mí —dijo Camila mientras yo me llevaba una aceituna a la boca.

—¿Qué? —pregunté sin entender a qué se refería.

—Aquí tienen —dijo Gabi colocando los platos en la mesa—, espero todo sea de su gusto, cualquier cosa me llaman.

—Gracias —dijimos al unísono.

Comencé a comer porque me moría de hambre, mientras le preguntaba de nuevo a Caperucita a qué se refería.

—Quiero que leas mi novela y me des todas tus críticas duras, puedo soportarlas.

—¿Segura? —dije llevándome un pedazo de carne a la boca.

—Sí, segura, tenías razón, Bruno. Mi editor pasado no lo hizo bien, discúlpame por tomarme todo a pecho.

—No, discúlpame tú a mí. Como te dije en el mensaje, debí hablar contigo, solo que no sé... perdí los papeles con él al verlo hablando sobre sí mismo engrandecido por el buen trabajo que hacía. La verdad es que no quiero tener razón, quisiera que contaras con un buen editor que pule todos los detalles necesarios —dije refiriéndome al asunto central de la discusión de esa noche, aunque ambos sabíamos bien que los motivos reales por los que salí por la puerta fueron otros. Unos que resultaban demasiado engorrosos como para hablarlos durante la comida.

—Me arrepiento de no haberte escuchado esa noche —dijo acariciándome la nuca, enrollando los dedos en mi cabello, gesto que no me esperaba.

Camila me miró de forma intensa, acercándose a mí incoándome a besarla. Tragué con rapidez el bocado que tenía en la boca, limpiándome el paladar con la lengua permitiéndole besarme con vigor. Aquel beso, aunque simple, fue de trascendencia. Hizo mella en mí, expandiéndose en mi interior, cuestión que me inquietó de tal manera que me llevó a soterrar lo que sentía cortando el roce enfilado de sus labios.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —dije con una sonrisa canalla que le hizo alzar una ceja—. Tiene que existir un *quid pro quo*, Caperucita.

—¿Qué me vas a pedir? —preguntó manteniendo ese semblante pintoresco de sonrisa socarrona, que en ella la hacía ver más inocente.

—No sé, ¿qué tienes para ofrecer?

—Mejor dime qué quieres de una vez —respondió sonrojándose—. Conociéndote será algo guarro.

—Cómo se nota que no me conoces, ¿para qué te voy a pedir algo guarro? Si ya eso lo hacemos cada vez que nos vemos.

—¡Bruno! —exclamó anonadada haciéndome reír.

—Ya te dije una vez que tú con un atuendo de criada francesa limpiándome el piso y moviendo ese precioso culito, me haría el día.

—¡¡¡Bruno!!! —volvió a exclamar sonrojándose, haciéndome reír más.

—Imprímelo y envíamelo, me gusta corregir en papel —dije con tranquilidad comiendo.

—Gracias —dijo dándome un beso en la comisura de los labios antes de

volver a su plato. Aquello se sintió tan... Tan... Suspiré, no sabía ni qué pensar.

Paseamos un rato tomados de la mano, para aligerar nuestros estómagos tras comer tanto. Fuimos a la tienda de la esquina, a comprar vino, Camila me recordó que no bebía, así que no tenía ninguna preferencia.

—Tienes que aprender a beber —expresé mirando las etiquetas de las botellas—, es importante. Te invitarán a eventos y necesitas poder beber un poco sin permitir que el alcohol te haga perder el control. Nadie que beba quiere estar con un abstemio. El alcohol es un hilo conductor entre las personas para socializar.

—Puedo sostener una copa y fingir que bebo.

—Sí, pero habrá circunstancias en que tu anfitrión insistirá, te reitero, es importante que puedas beberte un par de copas sin emborracharte.

—Pero es que todo el alcohol sabe mal —dijo haciendo una mueca.

—Entiendo —dije obviando los tintos con mucho cuerpo. Nos encaminé al otro pasillo en busca de los amplios refrigeradores, para escoger uno de esos vinos frutales dulces que normalmente no bebía—. Este de seguro te va a gustar.

Caminamos de regreso a mi piso, conversando de literatura. Coloqué a enfriar el vino y ella se me quedó mirando como preguntando ¿ahora qué? Me paré a su lado y me tomó de la mano llevándome hacia mi habitación. Ahí Camila se puso de puntillas como siempre, para poder besarme. Era bajita, le sacaba al menos una cabeza. Me tomó desprevenido la tenacidad con la que me atrajo hacia ella, obligando a mi cuerpo a doblarse para su satisfacción. Los besos de Camila eran breves y al mismo tiempo prolongados, no sabía cómo sería el próximo. Me tenía alelado.

Mis dedos como siempre se ciñeron a sus formas, recorriendo palmo a palmo su espalda. Deslizándose hasta llegar a su túrgido trasero, el cual apreté haciéndola jadear entre besos que me generaban una sensación de inquietud. Me enfervorizaba con cada roce.

Luego enterré los dedos en su cabello, sosteniendo sus labios contra los míos. Mi lengua entró en su boca como un púgil que buscaba pelea y ella reaccionó consonante. Estábamos teniendo un entendimiento físico que no tuvimos otras veces. Me separé por un segundo, necesitaba respirar algo más que no fuese su aliento, que parecía seducirme. El gusto de su saliva se me pegaba en la lengua como una invitación a continuar saboreándola.

En sus ojos crepitaba el deseo. Con la mirada me explicaba que era

suficiente, que el preludio había terminado. Sus manos subieron por mi pecho diciéndome lo que ya sabía, estaba anhelante de más. Le saqué la blusa, entretanto en forma sincronizada ella me desprendía de la misma prenda. Pantalón, falda, zapatos, calcetines, todo nos abandonó. La sentí presta para dejarse caer en la cama, pero yo la jalé conmigo al otro extremo de mi habitación, hacia la pared, junto al espejo.

Me miró confundida, esperé que se atreviera a preguntar algo, pero no hizo. Pasé la punta del dedo índice por el borde de sus bragas hacia arriba, por todo el abdomen, entretanto la miraba a los ojos. Un toque efímero, pero al mismo tiempo suficiente porque Camila cerró los ojos entreabriendo los labios suspirando.

—Mírame —exigí.

Los parpados se abrieron para enseñar un delgado aro verde, tenía las pupilas dilatadas. Mi dedo siguió subiendo colocándose entre el resquicio de sus pechos. Recorrí las clavículas despacio hasta subir a su barbilla, rozándole los labios cerrados, los entreabrió y toqué sus dientes sintiendo la humedad de su saliva. Succionó mi dedo al tiempo que sus mejillas se entintaban bermejas.

Me aparté de su boca, arrastrando los dedos por sus hombros con dulzura, para luego acariciar sus pechos hasta juntarlos, pronunciando su divino escote. Camila tenía los senos bonitos, de pezones pequeños, enhiestos, con aureolas crispadas que instaban a ser lamidas. Su respiración era rápida y estentórea. Sabía que se debía a una mezcla de nervios y excitación, solo que nunca podía ponderar cuál de esas sensaciones tenía más protagonismo en ella.

—Eres muy bonita —dije alzándole la barbilla para depositar un beso breve en sus labios.

Llevé mis manos a su cuello y con delicadeza comencé a desatar el pañuelo largo de seda que llevaba. Al culminar la tarea, estudié las marcas en su piel y una punzada de culpa se me instaló en el cuerpo, pero Camila posó las manos en mi pecho disolviendo todos esos pensamientos. Dio un paso hacia mí acortando el efímero espacio que nos separaba, acariciándome el pectoral con los labios. Me lamió despacio, subiendo hasta llegar a mi cuello, en donde depositó un beso que se convirtió en una ligera succión. Comenzó a aumentar el ritmo de ésta poco a poco, hasta hacerme soltar un gruñido cuando sus dientes se clavaron en mi carne; excitándome. Cuando se apartó, miré mi reflejo en el espejo vislumbrando la pequeña marca roja que teñía mi

piel.

—Supongo que es lo justo —dije echando la cabeza hacia atrás cuando quiso besarme.

Negué con la cabeza, ante su expresión de confusión por tal bloqueo y le tomé de las muñecas. Sin explicarle nada, las junté, amarrándolas con el pañuelo, dejando que las puntas de este sobresalieran. La conduje hasta la ventana, haciendo que se parara justo enfrente y estiré sus brazos amarrando las puntas del pañuelo al tubo de la cortina.

Camila giró el rostro hacía mí, pero de sus labios no salió ni una sola palabra. Me situé a su espalda, apartándole el cabello del cuello y succioné la piel de la nuca de forma suave, raspándola con el vello de mi barbilla. Ella suspiró y se lamió los labios respirando acelerada. Resultaba muy fácil trastocarla, el más ligero toque lograba el cometido. Pasé la punta del dedo índice por la línea de su columna vertebral, haciéndola dar un respingo. Pegué mi pecho a su espalda y con exacerbada fruición, le recorrí los costados con ambas manos hasta acunar sus pechos de piel aterciopelada, pellizcando sus pezones, haciéndola gemir.

—Dime algo, Camila —susurré a su oído—, ¿qué tan mojada te voy a sentir cuando te meta la mano entre las bragas? —Un gemido de sorpresa se desprendió de sus labios como única respuesta—. ¿No piensas contestarme? —Permaneció callada, por lo que le di un azote haciéndola dar otro respingo mientras jadeaba alterada—. Si no me contestas tendrás que atenerte a las consecuencias.

Solo jadeos recibí en respuesta, nada más. Me pregunté qué estaría pensando. ¿Acaso lo hacía a propósito? ¿No me contestaba porque la excitación nerviosa no se lo permitía, o porque en el fondo le gustaba verme siendo agresivo con ella? La respuesta parecía carecer de importancia, ella estaba jadeante y dispuesta. Sentirla así me inflamaba de deseo, me despertaba el morbo.

Abrí las cortinas de par en par haciéndola soltar un chillido de sorpresa.

—¡Bruno! —exclamó alterada.

Camila se quedó enmudecida por un segundo, mirando la calle desierta que estaba frente a mi habitación.

—¡Bruno!

Parecía que su lengua entumida no podía decir otra cosa. Deje caer la palma de mi mano por su abdomen, que sinuosa se escurrió entre su ropa interior. La encontré como siempre, mojada y caliente.

—¿Qué te digo siempre, Cami? Para mí siempre de piernas bien abiertas —susurré a su oído.

Escurrí mi pie entre los suyos, para empujar buscando espacio. Mis dedos se recrearon entre sus labios recorriéndola despacio, dejando que mis yemas gozaran de la suavidad de la piel húmeda.

—Bruno, me va a ver alguien, cierra las cortinas. —Consiguió decir al fin.

—No —dije tajante—. ¿Sabes lo divina que te ves desnuda? Mereces ser admirada. ¿Te imaginas que pase alguien y alce la vista? Se encontraría contigo atada, mostrándole tus preciosos pechos como si fueses uno de esos cuadros, como si fueras Venus.

—Bruno... —dijo entre jadeos pues mis dedos no dejaban de erizarle el clítoris con estudiados movimientos circulares.

—No —susurré en su oído—. Quiero que todo el mundo vea lo bella que eres, lo esplendorosa que es tu piel cuando te follo —dije apoyando mi erección contra su trasero. Uno de mis dedos se hundió despacio haciéndola gemir alterada—. No, no bajas la cabeza. —Alcé su barbilla—, deja que todo el mundo disfrute de la vista.

—Bruno... —dijo y luego soltó un jadeo. Algo me decía que le excitaba la sensación de peligro de poder ser vista—. Por... favor... —agregó entre jadeos.

—Camila, Camila —dije en tono de regaño—. Tienes que aprender a ser más enfática cuando quieras algo. No puedes dejar que se te doblegue tan fácil. ¿Crees que sería tan imbécil como para hacerte esto? ¿Acaso no notaste que los cristales están polarizados? No se ve nada hacia fuera. No se ve nada en lo absoluto. Cuando estás desnuda solo yo puedo gozar de la vista...

—Serás...

—¿Soy qué? —Ella parecía hervir de la rabia con los dientes apretados. «Vamos, Cami, dime» pensé—. ¿Qué soy?

—Un imbécil, gillipollas... ¡Grandísimo cretino! —gritó al fin histérica.

—Eso es, no te dejes nada. ¿Qué más soy? —pregunté moviendo los dedos.

El coño de Camila palpitaba deprisa. Introduje otro dedo, comenzando una oscilación rápida que se acompañaba con los movimientos de mi pulgar que acariciaba su clítoris abotargado. Mi otra mano ascendió a sus pechos, los cuales manoseé excitado, mientras mi polla seguía ahí, haciendo presión contra sus glúteos.

—Idiota, eres un ególatra que te crees el mejor escritor y...

—Así me gusta, que te defiendas —dije besándole el cuello de forma suave, pausada. La empujé contra el cristal, apoyando sus pechos, obligándola a sentir el frío exterior. Camila jadeó excitada en respuesta, estimulándome más—. Yo creo que en el fondo te gusta, sí, te excita que sea así. Apuesto que te sientes poderosa al saber que me pones un montón. ¿Sientes lo dura que me la pones? —pregunté rozándome contra su culo con desesperación.

Los jadeos de Camila iban en aumento, entretanto le apretaba los pezones con absoluta alevosía. Quería que el dolor le potenciara el gozo. Un gemido de protesta salió de sus labios cuando mis dedos abandonaron su coño. Mis pulgares hicieron presión hacia abajo, deslizando la prenda de ropa interior por los muslos. Me agaché pasando la lengua por sus corvas, ascendiendo con sosiego, sin apuros, torturándola con caricias suntuosas. Mordisqueé sus glúteos haciéndola gritar.

—Quiero comerte el coño, pero eso solo puede pasar si me abres más las piernas —dije serio.

Camila fue receptiva. Me excitaba mucho verla así, obediente para su propio placer. La tomé por las caderas, en pro de arquearla más. Pasé la lengua por las nalgas, mordiéndolas, repasando las marcas que le había dejado durante la fiesta. Después me senté en el suelo, girando el torso, colándome entre sus piernas abiertas. Ella miró hacia abajo confundida. Apoyé la espalda contra el cristal de la ventana, logrando que mi rostro quedara justo frente a su pubis.

El aroma de su sexo me ensimismó exaltándome, logrando que la excitación bullera dentro de mí. Pasé la lengua por su monte de venus y le acaricié los muslos ascendiendo despacio. Con los pulgares hice presión en los huesos de su cadera, haciéndola gemir mientras mi lengua se escurría entre sus pliegues húmedos. Estaba empapada. Su sabor me despertaba las papilas gustativas de la lengua, que se movió al compás de la pulsión que se expandía por mi glándula hinchada. Sí, yo también estaba húmedo, excitado y con más ganas que nunca de follármela.

Jadeos inconexos. Gemidos ubérrimos. Gritos inmoderados se desprendieron como una tonada perfecta de los labios de Camila, quien era hipersensible. Con vileza la mantuve ahí, al borde del orgasmo sin dárselo. Atormentándola, postergándole el placer con el propósito de que su clímax se presentara sin precedentes, superlativo. Quería sentir su sexo pulsar enloquecido. Apreté sus glúteos, hundiendo más la lengua en su coño.

Caperucita estaba tan excitada que pareció olvidar su naturaleza vergonzosa y se dedicó a mover su sexo contra mi boca. Succioné con fuerza su clítoris, inmovilizándola con las manos, hasta que se corrió gritando, dejándose caer contra mi cara, exhausta.

Me limpié la boca con el dorso de la mano poniéndome de pie. Me situé a su espalda y la azoté con fuerza para luego hacer presión en su espalda baja logrando que se arqueara. Me bajé los bóxers con apremio y la penetré despacio, para después retroceder y hacerlo de golpe. Camila gritó exaltada de nuevo. Era preciosa la curva que se presentaba en sus brazos laxos pendiendo de la barra de la cortina, que por suerte no se desprendió en ningún momento. Aunque ella realmente no le hacía peso, solo se dejaba caer contra el vidrio frío.

—Creo que, en el fondo, te excitó pensar que sí te podía mirar alguien, dime la verdad —dije jalándole el cabello con fuerza, obligándola a colocar el rostro de medio lado, pegándolo contra el cristal y le propiné una lamida rauda a su mejilla.

—Agh —siseó enfurecida—. Eres...

Me reí ominoso de su intento de insultarme, penetrándola de nuevo con dureza. Disfruté de verla enfurecida, mordiéndose los labios para evitar gemir. El problema era que, aunque pretendiera no estar excitada, la humedad y las contracciones de su coño no mentían.

—Mírate —dije tomándola por el cabello para obligarla a incorporarse un poco, invitándola a ver nuestro reflejo en el espejo que estaba a un costado—, yo sé que en el fondo te gusta. Mírate, míranos.

Camila jadeaba observando nuestro reflejo. Parecía ida, mesmerizada por la imagen de nuestros cuerpos acoplándose. Mirando cómo la empotraba con fuerza. Jalé el lazo que hice en la barra de la cortina y me la llevé conmigo a la cama en donde cayó laxa. Se irguió por un segundo buscando golpearme en obvia venganza, pero seguía atada por lo que le sostuve las muñecas contra el colchón con una mano, mientras que con la otra me reconducía a su interior. Cerré los ojos por un segundo, el contacto con su coño era suficiente para desdibujar la realidad a mí alrededor.

—Tu coño... es un puto vicio —dije exhalando, haciendo una pausa abrumado por tanto placer. Respiré para no dejarme llevar por el exuberante deleite que conseguía cuando la penetraba—. ¿Te gusta esto? —pregunté con la voz ronca abriendo al fin los párpados—. Dime que te gusta tanto como a mí, por favor —agregué en un tono menos severo mirándola a los ojos.

Su semblante mutó, la sentí relajarse. Asintió levemente y dejé de hacer presión contra sus muñecas. Con suavidad las llevó alrededor de mi cuello acariciándome el cabello con ternura. Estudié sus rasgos, los ojos vidriosos, las mejillas rubicundas, los labios secos por estar entreabiertos. La besé para mojarlos, mordiendo su labio inferior, refregándolo contra mis dientes.

Me llevé sus pechos a la boca. Camila jadeaba excitada. Me gustaba sentir cómo sus muslos me arropaban con fuerza, incrustándome en ella de una manera que no me dejaba espacio para pensar demasiado. Siempre me pasaba eso cuando me la follaba, se me olvidaba todo, entregándome a la delectación que sentía al estar en su interior.

—Más —le escuché decir en un hilo de voz, que me hizo alzar la cabeza para encontrarme con su rostro crispado. Alcé las cejas sorprendido, cosa que la hizo reaccionar escondiéndose en el hueco de mi cuello.

—¿Más qué? ¿Más despacio? —dije ralentizando mis movimientos. Llevé una mano a su cabello y la obligué a enderezar el rostro—. ¿Más qué? —reiteré pegando mi frente a la suya.

—Más fuerte —dijo impávida, aunque despacio y sonrojándose por completo.

Aquello me encendió la libido, me erguí de golpe, saliendo de ella.

—Vamos a darte como te gusta —dije haciéndola girar, ayudándola a ponerse de rodillas frente al cabecero de la cama, amarrando las puntas del pañuelo a este—. ¿Porque así es como te gusta? ¿Verdad?

—Sí...

Hundí la mano en sus caderas y noté cómo se arqueaba de manera natural, colocando la cara contra la almohada. No pude evitar pensar lo mismo que en la fiesta, ella quería acabar conmigo. Yo me hundía en ella, pero en realidad era Camila quien se estaba adentrando en mí, perturbándome. Rocé su coño con mi miembro haciéndola dar un respingo, jadeó cuando la tenté un poco sin llegar a penetrarla hasta el fondo. Se quejaba entre gimoteos y todo aquello me proyectaba a consumirla. Quería dejarla como me dejaba ella a mí siempre: sintiéndome aniquilado.

La azoté con fuerza haciéndola gritar. Luego otro azote y otro, no había caricias intermedias, solo dolor, aunque no demasiado; solo quería estimularla, no lastimarla. Tras escocer su carne, enrojeciéndola con ese precioso color bermejo que siempre la teñía ante mis atenciones inmoderadas, la penetre de forma suave. No solo la torturaba a ella, también a mí.

La lascivia crecía carcomiéndome, el placer se desbordaba mojándolo

todo. Camila parecía arder, el estremecimiento de mis fibras era consonante al suyo. Joder que los dos estábamos lujuriosos. La tomé de las caderas disfrutando cómo la presión donde se apoyaban mis dedos hacía que la piel se volviera blanca. La atraje contra mí a un ritmo vertiginoso, una y otra vez buscando el ángulo correcto en donde la perforación de mi pene se rozaba de forma sustancial por las paredes hinchadas de su coño para estimularla.

Me lamí los dedos llenándolos de profusa saliva, los moví consonantes a mis embestidas, ahí, en su clítoris. Camila de nuevo me pagaba con el sonido de sus gemidos sin resuello, arqueándose para facilitar todo.

—Joder... joder... —dije sintiendo que no tardaría en correrme—. Me encanta estar dentro de ti.

La vi enterrar la cara en la almohada. Su sexo se contrajo de golpe, succionándome fuerte. Ahí estaba, lo que tanto me gustaba del coño de Camila. Me dejé arropar por ella, sintiendo cómo latía caliente a mi alrededor, inundándolo todo con sus gritos ahogados. El placer recorrió cada fibra de mi cuerpo y segundos antes de correrme, salí de ella con apremio, bañando su piel en un perfecto patrón de hilos y gotas blancas que resaltaban sobre sus glúteos enrojecidos. Jadeé en busca de aire sintiéndome satisfechamente agotado.

—No te muevas. —Le pedí—. Esto es arte. Espera.

Tomé mis pantalones, busqué mi móvil y le saqué una foto de espaldas. Caminé hasta el baño, busqué una toalla húmeda, la limpié, y la desaté. Luego le froté las muñecas para hacer que le volviera la circulación, aunque en realidad nunca estuvo atada con demasiada fuerza.

—Mira... —dije pasándole mi móvil.

—Bruno, ¿estás loco? Borra eso.

—No, esto es precioso —dije abriendo el brazo, atrayéndola hacia mí—. Mira cómo te ves arqueada para mí.

Me arrancó el móvil, molesta, pensé que borraría la foto, pero solo lo colocó sobre la mesa de noche y se abrazó a mi pecho. La sensación de su piel contra la mía era de hervor. Se irguió por un momento, hipnotizándome con esa mirada verde y me besó de manera dulce.

—¿Por qué me asustaste así con lo de la ventana?

—Quería ponderar tu reacción. Nunca te pondría en una situación así en realidad, quería verte defendiéndote. Debo decir que no lo hiciste muy bien. Insisto, tienes que aprender a hacerlo y no lo digo con ánimos de ser paternalista, es que en serio no puedes permitir que nadie te haga cosas que

no quieres.

Camila soltó un suspiro.

—Sí me defendí. Te pedí que cerraras la cortina.

—¡Debiste decirme que te soltara!

—No, yo quería estar atada, quería que me hicieras esas cosas que una vez me dijiste en una llamada que me querías hacer.

Alcé las cejas sorprendido y sonreí complacido.

—¿Te excitó? ¿Pensar que te podían ver?

—No... sé, fue raro, no sé... Un poco. ¿A ti te van ese tipo de cosas? —preguntó con el ceño fruncido.

—No —dije en tono dubitativo—, no mucho. En línea general, me va follar de puertas cerradas en privado, pero ya sabes: hay momentos en que cierto peligro de que te puedan ver, está bien. Ahora: el exhibicionismo en toda regla no me va y menos si es para gente extraña. —Asintió en señal de entendimiento acomodando la sábana, tapándose los pechos. Así que posé la mano sobre la suya para que la dejara caer—. El exhibicionismo solo para mí, de eso puedes estar segura siempre conmigo y que nunca te voy a poner en peligro de nada.

La atraje hacía mí y me dediqué a besarla enroscando mi lengua con la suya. Ella se dejó caer encima de mí de forma delicada, haciéndome sentir sus pezones duros contra mi piel. Camila me acarició el cabello y por un momento se separó de mí para mirarme con dulzura.

—Iré por vino —dije dándole un beso en la frente.

Cuando regresé con las dos copas, me la encontré de espaldas con mi camiseta puesta y las bragas de cierta gatita. Se le veía buena porción de su munificente culo. Tomé con una sola mano las copas y con la otra le di una fuerte nalgada. Dijo mi nombre siseando molesta dejando un libro en la mesa de la esquina de mi cuarto. Me senté en el sillón invitándola a hacer lo mismo en mis piernas.

—No figonees mis libros —dije en un impostado tono de regaño.

—Léeme algo —dijo entregándome el poemario de *Flores del mal*.

—¿Y qué obtengo a cambio?

—Besos —dijo sonriente dándole un trago a su copa—. Mmm... está bastante bueno este vino. No lo había probado.

Coloqué mi copa en la mesa y rodeándola con los brazos comencé a leer, entretanto ella hacía círculos con la yema de su dedo índice en mi brazo. Tras leer el primer poema la escuché suspirar.

—Espera —dijo poniéndose de pie. La vi rebuscar algo en el bolsillo de su chaqueta, con cada movimiento se le subía más la camiseta—. Puedes continuar —expresó sentándose de nuevo sobre mis muslos, tecleando algo en su móvil.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero grabarte, solo la voz.

—No, no me grabes —dije haciendo una mueca.

—¡Tú acabas de tomar una foto de mi trasero!

—*Touché.*

«Cuando entorno los ojos bajo el sol otoñal y respiro el aroma de tu cálido seno, ante mí se perfilan felices litorales que deslumbran los fuegos de un implacable sol»...

Leí un rato más ante su atenta mirada recibiendo sus caricias dulces, hasta que nos cansamos y nos fuimos al sofá frente a la televisión en la sala. Llamamos a una pizzería y nos quedamos viendo un documental, luego una vieja película de romance que ella nunca había visto. Comimos así, a medio vestir.

En ese momento ahuyenté los pensamientos que parecían agolparse en mi mente. Sabía que ella no me tomaba genuinamente en serio, mientras que yo comenzaba a darle mucha importancia. Negué con la cabeza instándome una vez más a soterrar aquellas cavilaciones, a difuminar esas preocupaciones que solo me apartaba de disfrutar de su compañía. Camila se veía feliz echada sobre mi pecho en el sofá. No la entendía, solo que en ese momento me pareció que podíamos seguir así, sin entendernos, pues parecía que nuestras pieles sí lo hacían. Así que la abracé, pues no quería arruinar la atmosfera de plenitud en la que estábamos.

Más tarde me entró el sueño, por lo que la conduje a mi habitación. Revisé mis mensajes y correos, pues tenía varios sin leer por estar enfaenado con Camila toda la tarde. Dejé mi teléfono en la mesa de noche cuando la vi salir del baño.

—De antemano, lo siento —dijo haciendo una mueca entrando a la cama, arropándose—, sé que dormir conmigo no es fácil.

—El día que estabas borracha sí estuviste muy inquieta, al día siguiente no te moviste tanto. Si comienzas a pegarme patadas, te abrazo, tranquila.

Camila se rió y se colocó de medio lado sobre mi pecho, en el cual depositó varios besos cortos. Intentamos dormir, pero un par de minutos después ella me habló sacándome del letargo.

—Quiero que me abrases —expresó acomodándose en la cama, dándome la espalda—, por favor.

Sus piernas desnudas hicieron contacto con las mías. Mi pecho se adhirió a su espalda y la media erección que reposaba en mis calzoncillos se encajó contra su trasero. Tal como esa noche en el hotel disfruté del olor a miel de su cabello, observando el perfil de su rostro precioso. Ella pareció buscar acomodo, restregándose contra mí. Apoyé la mano en la suntuosa piel aterciopelada de su muslo ascendiendo despacio. Me sorprendió notar que no tenía bragas, así que mi mano recorrió toda la ladera de su cadera sin encontrar obstáculo, visitando la curva pronunciada de su cintura, paseándose por su abdomen, hasta acunar uno de sus pechos. Jadeó haciendo mayor presión con su trasero en mi polla.

Sin preguntar, bajé un poco la tela de mis bóxers liberando mi erección. Camila gimió al sentirme buscándola, se arqueó divina dejándome penetrarla así, desde atrás. Entré despacio, se sentía muy apretada, caliente, húmeda. Mi habitación se llenó de nuevo con sus jadeos, solo que eran diferentes, suspiros sosegados, que se entremezclaban con mi respiración estentórea. Sin embargo, ninguno de los dos se agitó demasiado. Nos movimos acompasados, disfrutando de la sutil oscilación que producían nuestros cuerpos.

Parecía que ambos podíamos sentir mucho, haciendo muy poco.

Capítulo 25

Razón 14 | Por decirme cosas que no quería oír.

De nuevo aquella sensación. Una vez más, aquel pellizco en el pecho, ese gozo interno. La dicha se me repartía por el cuerpo y se me erizaba la piel al recordar lo sucedido entre nosotros. No quería ni abrir los ojos siquiera, por si aquel calor, aquella presión que su cuerpo ejercía al lado del mío resultase solo ser un sueño.

Noté su aliento cálido en mi cabello, mientras disfrutaba de tener sus labios pegados a mi frente. Me acerqué el ínfimo milímetro que nos separaba y lo sentí apretarme más contra sí. Estaba exhausta, deliciosamente satisfecha y adolorida. Pero aun así, tenía ganas de mucho más. Incluso si eso provocaba que desfalleciera.

Incliné la cabeza hacia atrás y abrí los ojos para contemplarlo. Sin duda era algo que jamás en la vida querría perderme. Su ceño estaba levemente fruncido, sus pestañas negras acariciaban su piel, haciéndolo parecer adorable. Parecía mentira de que fuera el mismo hombre que hacía unas horas me hizo el amor de la manera más ruda, cruda y... placentera.

Alcé la mano, despegándola de su pecho y pasé los dedos por su entrecejo, suavizando la expresión de su cara, maravillándome con cada una de sus expresiones. Abrió los labios, soltando un murmullo ininteligible y sonreí sin poder evitarlo. Lo quería tanto... pero tanto... No cabía en mi mente mayor pensamiento que quedarme en sus brazos, disfrutar de aquella maravillosa plenitud.

Por fin podía decir que aquello era ser feliz de verdad, tener a Bruno así era... Difícil de explicar, pero fácil de sentir. Lo amaba con todo mi ser y aunque él no sintiese lo mismo por mí, guardaba la esperanza que eso cambiara con el tiempo.

Las dudas parecieron disiparse por completo, ¿cómo no hacerlo cuando había pasado el día más feliz de mi vida? En ese momento no podía pensar en lo que sucedería al día siguiente, ni en ese mes. Solo existía ese espacio de tiempo en donde su calor me envolvía el cuerpo. En donde sus dedos no encontraban mejor apoyo que mi piel y en donde no quería estar en otro lugar que conmigo.

Me quedé observando por unos largos segundos el despertador en su mesa de noche. El día anterior tuve poco tiempo para fijarme en los detalles de su hogar. Me detuve a observar todo, dándome cuenta de que la decoración era

totalmente acorde a su persona.

Los colores oscuros en sintonía con el color blanco de las cortinas y la colcha. Las lámparas, aunque no ostentosas, eran preciosas. Los montones de libros que guardaba en sus estanterías, las ilustraciones de aquellos cuadros que me habían dejado atónita. Unos más que otros. Solo de pensar en el de los pulpos, hacía que me entraran escalofríos. Igual pude apreciar el significado y la belleza implícita de los mismos. Bruno era un buen orador, se notaba sus años de docencia. La pasión con la que hablaba de cualquier asunto que le gustaba.

De un simple documental de animales marinos, me sacaba una historia de los años de *Matusalén* y yo feliz de la vida escuchaba atenta sus palabras. Me resultaba facilísimo acostumbrarme a su presencia. Al contrario de lo que pensé no era un frívolo, ni ningún creído, aunque tuviese varios libros publicados y fuese famoso en el mundo editorial. Era tan normal...

Se removió inquieto y como si pesara menos que una pluma, me llevó consigo hasta ponerme encima de él, dándome un susto de muerte. Solté una risita que ahogué cuando fui consciente de que aún seguía dormido. Besé su cuello, me deshice de su agarre mortal y procedí a adorar la piel de su pecho donde el suave vello oscuro me hizo cosquillas en los labios. Cuando me di por satisfecha, salí de la cama, necesitaba usar el baño y así aprovechaba para lavarme un poco. Entonces se me ocurrió la tontería más tonta que se me podría haber ocurrido.

Al salir, tomé el pintalabios rojo de encima de la cómoda y firmé en el espejo sin preocuparme el pastizal que me costó el labial: Tu caperucita. Sonreí satisfecha a la vez que un *flashback* me vino a la mente. Lo había escuchado decirme en una ocasión que le gustaban mis labios pintados en ese tono.

Me sonrojé como una idiota ante la idea que se perfilaba en mi mente y más cuando observé mis pezones abultando la fina camiseta que me había prestado. Mis piernas estaban desnudas y no llevaba nada debajo, por lo que el dobladillo me llegaba justo al límite. No supe qué me hizo dormir sin nada, solo que quería todo contacto posible con su cuerpo. Dormir con él era pura delicia, daba igual lo friolera que fuese, su calor me envolvía como un fuego de chimenea en navidad. Acogedora, cálida y a la temperatura perfecta para hacerme suspirar de felicidad. Incluso en verano.

Me pinté los labios, pasándome la barra más de una vez intensificando el color y me giré viéndolo dormir a pierna suelta, con la sábana a la altura del

estómago. Tenía el brazo flexionado sobre su cabeza, su expresión denotaba tranquilidad y eso me hizo sonreír bobalicona.

Con cuidado tiré de la sábana destapando su cuerpo tan suavemente que siquiera lo notó. Su masculinidad quedó al aire y me mordí el labio inferior con fuerza. Seguro parecería una bombillita incandescente, pero no podía dejar de observar su desnudez como algo... demasiado fascinante. Gateé por la cama entre sus piernas abiertas y besé su estómago dejando la huella roja de mis labios en su piel bronceada.

Repartí más besitos cortos, dejando mis labios impresos, al mismo tiempo que acariciaba sus piernas hasta llegar a sus ingles. A ese paso ya lucía una bonita media erección que me hizo relamer de gozo. Bruno era todo un cuadro, una obra de arte y en ese momento con la marca de mis labios adornando su piel estaba exquisito. Mío y solo mío.

Saqué mi lengua, repasando su longitud lentamente. De sus labios se desprendió un quejido y alcé la mirada dándome cuenta de la suya adormilada. Me miraba como si lo que estuviese viendo no fuera nada más que un sueño. Al principio la vergüenza quiso hacer acto de presencia, pero cerré los ojos y con una mano lo empuñé para luego metérmelo en la boca. Me separé, observando el anillo rojo de mi pintalabios a su alrededor, marcándolo.

—Camila... —dijo con la voz ronca por el sueño.

Entonces, deshaciéndome de la camiseta, me incliné un poco para posar mis pechos en su entrepierna, dejando su erección justo en el medio. Con ayuda de mis manos lo retuve ahí, mientras que mi boca no dejaba de lamer la punta de su sexo y me rozaba contra él. Aquello pareció volverlo loco porque se dejó caer en la almohada y apretó la sábana bajera con los puños. Soltaba gruñidos de vez en cuando, algunos jadeos, susurros en donde decía mi nombre ya fuese Camila o Caperucita, pero siempre conmigo en los labios. Pude notar la tensión de sus muslos, en cómo se hinchaba en mi boca, todo él pulsaba, se tensaba, se destensaba. Pareciendo aguantarse.

—Así, Caperucita... lo estás haciendo de puta madre... —dijo entre gemidos—. Conseguirás que me corra en tu boca... ¿Es eso lo que quieres?

Me miró esperando una respuesta de mi parte y aunque no supiera muy bien a lo que atenerme, seguí en la tarea de darle placer. Me gustaba tanto tenerlo así, era la única vez que no era él el que me llevaba a mí, sino que era yo la que arrastraba de él, de su cordura y control.

Su mano empuñó mi cabello y la otra bordeó mis labios a su alrededor,

seguramente manchándose los dedos de carmín, todo aquello sin dejar de mirarme a los ojos. En un momento pareció ver algo tras de mí, una sonrisa canalla afloró en sus labios.

—No tienes ni idea de las buenas vistas que tengo... —Recordé el espejo que había tras de mí y me morí de vergüenza al pensar en cómo se vería mi trasero y mi sexo desde atrás—. Dale más fuerte, Caperucita... fóllame con esa boquita.

Lo hice con ganas, con ansias vivas de poseerlo de la misma manera que él me poseía a mí cada vez que me comía. Abrí mis piernas, solo para darle el placer de verme mejor y eso pareció avivarlo más si cabía.

—Así... justo así... para verte mejor, Caperucita —dijo sonriente, leyendo mi mente, acariciando mi mejilla con cariño.

Aquella analogía se había vuelto en lo más hermoso de nuestra relación. No solo me hacía ver única, sino que me gustaba eso de ser la pobre e indefensa Caperucita y él mi lobo feroz. El que me comía, me besaba y hacía el amor, mejor que nadie.

Seguí lamiéndole, sintiendo como mi sexo se apretaba. Aun estando adolorida, sentía la necesidad de tenerlo en mi interior. Amainar el fuego que me consumía solo era posible si él me tocaba.

Tras un gruñido gutural noté cómo su sexo pulsó en mi boca y su semen salió disparado bañando mi lengua. Con una mano masajeeé sus testículos, haciéndolo arquearse y gruñir. Me erguí. No tenía ni idea de qué es lo que se hacía en esos casos. Pero como tampoco me atreví a tragármelo, me fui al baño a enjuagarme la boca.

—¿Quieres volverme loco no es así? —le escuché decir antes de que la puerta se cerrase tras de mí.

Estar en su cuarto de baño era toda una aventura. Si ya de por sí era curiosa, el tener todas sus cosas a mi disposición solo agravaba mi adicción. Me fijé que se cuidaba la piel, ya que había bálsamo para la piel post afeitada, además de maquinillas de afeitar y un largo etcétera de cosas masculinas. Vi el bote de su perfume *Loewe* a medio acabar y no pude retener el impulso de agarrarlo y olerlo, aspirando con fuerza.

Con su olor aún en la punta de mi nariz me fui risueña para la ducha. Estaba deseosa de saber qué íbamos hacer el resto del día. Cosa que me hizo recordar que aún no había llamado a mi jefe para decirle de mi ausencia. Solo esperaba que no pusiera el grito en el cielo.

En el momento que salí a la habitación me di cuenta de que Bruno no estaba donde lo dejé, entonces saliendo al pasillo escuché el agua correr, supuse del baño de la otra habitación. Aún no me creía que hubiese sido capaz de decirme que no tenía habitación de invitados. Me dispuse a buscar uno de sus bóxers para tomarlos prestados. Mientras analizaba el contenido de sus cajones el móvil de Bruno se iluminó justo frente a mis narices.

Juro que no quise mirar, juro que siquiera quise darle una segunda ojeada, pero mis ojos fueron por sí solos y leí lo poco que se podía mirar en la pantalla sin desbloquear el móvil:

«¿Cómo está mi profe favorito?

Ya estoy en Madrid, y deseo verte.

¿Pero a que no sabes de que

tengo más ganas? De comerte mejor...»

Di un paso atrás sintiendo como miles de agujas se clavaban en mi pecho. «De comerte mejor...» Mis piernas no soportaron mi peso por lo que me vi en la obligación de sentarme en la cama. Mi mano voló hacia mi boca mientras mi mirada se perdía en el infinito. No sabía si lo que más me dolía era comprender que ni el juego de Caperucita era solo nuestro o que me volvía a ver la cara de estúpida. Pestañeé conmovida, intentando aclarar mi mente, lo quería matar con mis propias manos. Se había reído de mí, me había tachado de cosas que él mismo hacía y encima tuvo la decencia de ponerse celoso.

Estaba poniéndome la falda cuando lo sentí a mi espalda, no me giré, seguí con la tarea de vestirme, quería largarme de allí y no volver nunca más. A saber, cuántas guarras habían retozado en esas sábanas. Lo más raro de todo: que no podía llorar. Sentía un pellizco enorme en el pecho, la ansiedad atenazando mi estómago hasta tal punto de costarme respirar con normalidad, pero las lágrimas no salían y eso hacía que el dolor se quedase dentro, quemando todo.

—Cami, ¿Qué pasa? ¿No te quedas a desayunar?

—Vete a la mierda —mascullé con los dientes apretados, mientras que recogía mi blusa que estaba tirada y arrugada en un rincón de la habitación—, seguro que encuentras compañía de sobra para desayunar.

Tal vez esa fue mi metedura de pata más gorda. Dejar salir mis celos, dejándole ver cuánto me jodía que estuviera con otra. ¿Pero cómo alejaba esos celos de mi sistema, si era lo único que me mantenía fúrica y no hecha un despojo humano lloroso?

Escuché su suspiro cansado, como si se hubiera esperado esa reacción todo el tiempo que llevaba con él. Eso me cabreó más todavía.

—Camila, explícate.

Solté una risa amarga al mismo tiempo que me abrochaba el último botón. Ya solo me faltaban las sandalias, agarrar mi bolso e irme.

—No te voy a explicar nada. Me voy, paso de todo y de ti.

—¿Pero por qué? —preguntó agarrándome del brazo, obligándome a girarme hacia él.

—¡Porque sí! ¡Y suéltame! —grité fuera de mí, zafándome de su agarre. Solo con el tacto de su mano, hizo que me temblara todo el cuerpo como siempre. No debía permitir que me tocara por nada en el mundo—. No te atrevas a tocarme... —siseé mirándolo con todo el odio que pude reunir—. Eres...

—¡Camila, por Dios! Deja de comportarte como una malcriada, habla como la mujer adulta que eres, si algo te molesta solo dílo, ¡joder! Estoy seguro de que en los diez minutos que duré duchándome, no te hice nada.

—Me molesta que eres un puñetero hipócrita machista de mierda. ¿Qué pasa, Bruno? ¿Yo no puedo besarme con nadie y tú sí puedes ir por ahí follándote a todo Madrid? Una vez más, vete-a-la-mierda.

—¿Follándome a todo Madrid? ¿De qué coño hablas? ¿Puedes dejar de tratarme como a un puto?

—Ahí te equivocas, yo no te trato como nadie, eso lo haces tú solito. ¿A cuántas Caperucitas tienes en tu vida? ¿Diez, veinte?

Su ceño se frunció y dio un paso hacia mí provocando que yo me alejara otro de él.

—Solo a ti... —La manera en lo que lo dijo, casi me hizo creerle. Pero una vez más el mensaje desfiló en mi mente, dándome una bofetada de realidad.

—No me lo creo... ¿Con cuantas te funciona el cuento del lobo?

—¿De qué hablas, mujer?

Se llevó la mano a la cara exasperado, incluso se tiró del cabello ofuscado.

—De que tu caperucita acaba de llegar a Madrid y está deseando comerte mejor.

—¿Qué?

Agarré su móvil de encima de la cómoda y con fuerza se lo estampé contra su pecho desnudo. Por acto reflejo alejé mi mano de allí cuando la suya fue a agarrar el aparato para desbloquearlo y ver a lo que me refería.

Automáticamente su ceño se frunció a la vez que negó con la cabeza y suspiró.

—Ahora déjame que me largue primero, si es que la vas a llamar. No vaya a ser que se encuentre las sábanas calientes tal como me recomendó tu amiga la otra vez —dije amargamente recordando lo que esa asquerosa me dijo por teléfono.

—No ha sido más que una forma de hablar, no sé por qué ha dicho eso —dijo subiendo el tono de voz.

—¡Vaya, qué casualidad! —dije con mofa, cruzándome de brazos.

—Yo a esta mujer no la veo desde hace dos meses que se fue al extranjero —aclaró con tono exasperado.

—Pues va a ser que ahora soy yo la que no te cree ni una palabra —refuté apretando los dientes. Estaba a punto de echarme a llorar, mi garganta se estaba cerrando de la angustia que la atenazaba.

—Tuve un rollo con ella después de verte besándote con el tío en la foto, estuvimos unos días hasta que se fue... —confesó con cuidado, como si todo eso fuera mejor a que me dijera que aún estaba con ella.

—Entonces me estás queriendo decir que por verme con otro te vas tú con otra ¿así va la cosa no?

—Lo que es igual no es trampa, Camila —explicó serio.

—¿Y por qué los celos si tan poco te costaba irte con otra? —dije realmente dolida.

Me había tomado sus celos como una especie de muestra de afecto. Sin embargo, aquello solo me demostró que lo único que él celaba era no ser el único macho para mí, mientras que él podía ser el de muchas.

—Así como a ti te costó besarte con otro tío. Algo que tú misma admitiste que te apeteció hacer solo para olvidarme.

Jadeé de la impresión que sus palabras me causaron.

—¡Es que no entiendes que me enamoré de ti como una maldita idiota! Te repito: no me besé con él porque quisiera, fue él quien me besó a mí. Solo me apeteció hablar con otro hombre, conocer a alguien más. ¿No tengo derecho?

Estaba temblando, tanto las manos, la voz, todo mi cuerpo vibraba de la impotencia que sentía. Su mandíbula se apretó antes de abrir la boca para contestar.

—Sí que lo tienes... —susurró—. Camila...

—¿Qué?

—Aquí el tema es que tú me trataste como basura en una habitación de

hotel y no me dejaste explicarte nada. Luego al día siguiente te veo en una foto besándote con otro tío. ¿Qué querías que pensara? Dime, ¿qué puedo interpretar de eso? Lo único que se me ocurrió pensar fue en que: no te importo nada —dijo haciendo una pausa—. El que yo sienta o no celos, es otro asunto.

—¿Y cuándo dedujiste que no me importabas? ¿Cuando viste lo afectada que estaba al enterarme de todo lo que dijiste de mí? ¿Cuando me quedé destrozada una vez te dejé allí? ¿Cuántas lágrimas debía derramar por ti, cuánto dolor debía sentir, para hacerte pensar que sí me importas?

Se quedó callado durante unos agónicos segundos mirándome a los ojos. Sabía que me creía, pero algo lo retenía de hacerlo del todo.

—El que te doliera dejarme en el hotel, es algo de lo me estoy enterando ahora que me lo dices. No te puedo leer la mente. Vives en una contradicción asfixiante. Yo simplemente te invité a salir y tú te pusiste celosa porque una chica contestó mi teléfono. Luego me saliste diciendo que necesitas a un tipo decente en tu vida, alguien con el que puedas salir orgullosa a la calle, presentárselo a tus padres. Siempre me tratas como una basura, un puto que... —Hizo una pausa—. Tú no sabes qué hago con mi vida, ni con quién me acuesto.

—No te trato como basura es solo que... eres insuficiente para mí... —dije derrotada notando como él se quedaba estupefacto.

Mi voz se rompió y noté como una lágrima recorrió mi mejilla. Yo quería más de él, mucho más, lo quería todo. No podía siquiera pensar en compartirlo con nadie.

—¿Entonces si soy insuficiente, por qué me quieres? —preguntó en mal tono.

—Porque por mucho que lo seas, no dejo de querer estar contigo. Te quiero porque soy una idiota masoquista.

—¿Masoquista? ¿Tan malo crees que soy? —dijo apretando el ceño—. Joder... Siempre te dejo hablar, decirme de todo... La diferencia entre nosotros está en que yo te pido disculpas, tú actúas como si fueras perfecta cuando no lo eres. Y no te pido nada, yo te dejo ser tal y como eres, mientras que tú me pones todo tipo de restricciones. —Negué con la cabeza anonadada—. Sí, sí lo haces, el punto es que te haces una idea de mí y ni siquiera buscas saber si estás o no en lo correcto, porque eres una prejuiciosa. Para ti yo sólo soy un tío que te enseña lo que no es bueno para ti, como tú misma lo subrayaste en ese jodido libro con mi nombre a un lado.

»Entonces si sabes que no soy bueno para ti, ¿qué coño haces aquí? —dijo molesto—. ¿Si sabes que soy insuficiente, qué haces aquí? ¿Si no te gusto cómo soy, qué mierda haces aquí?

Con cada pregunta que soltaba se acercaba a mí como un toro furioso. Molesta le pegué un puñetazo en el pecho y le grité furiosa, empezando a llorar.

—¡Porque te quiero! ¡Te quiero, maldita sea!

—¡Mentira! ¡Eso no es más que una puta mentira! —dijo tajante, viéndose muy molesto.

Mis ojos se abrieron ante sus palabras, di un paso atrás, quería irme. Me sentía morir a la vez que mi corazón no dejaba de latir más vivo que nunca. Pero cada palpitación dolía, me perforaba por dentro.

—Si tú me quisieras me dejarías explicarme, si tú me quisieras intentarías conocerme y no me tratarías como lo haces siempre...

—Te dejaré hablar porque es lo único que te debo, una vez acabes me largaré de aquí. No pienso consentir que dudes de lo que siento por ti.

Asintió.

—Siempre te comportas como si tuvieras el puto monopolio de los sentimientos, como si lo que tú sientes tuviera más valía que lo que yo pueda sentir...

No me pasó desapercibido eso de «lo que yo pueda sentir», futuro, no presente. Bruno no me quería, mis sospechas se volvieron ciertas. Sin embargo, una cosa era pensarlo, otra muy diferente escucharlo de su boca.

—Siempre es más importante lo que tú tienes que decir...

—A ver, dime... ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué soy para ti? —pregunté interrumpiéndolo con la voz rota por las lágrimas, lo que me hizo parecer más débil de lo que quería.

—No sé lo que siento por ti, no lo sé, no me das tiempo de sentir, de aclararme. Porque siempre estoy a la espera de que todo se vaya a la mierda. No me tomas en serio, para ti solo soy un puto pervertido que únicamente quiere follarte. El tío que te enseña lo que no te conviene.

Abrí la boca perpleja al oírlo decir semejante tontería. ¿Que yo no le dejaba sentir? ¿Y qué se suponía que debía haber hecho? Estaba más que claro desde un principio. Me había enamorado como una idiota de un hombre que se veía a leguas que no iba a corresponderme. Por más que lo anhelara, él no sentiría de la misma manera que yo. Las veces que intenté apartarme del dolor que en ese mismo momento estaba sintiendo en las entrañas, aquel

ardor que solo me confirmó lo estúpida que era. Sabía que no debía quererlo y aun así tontamente lo hice.

—Vine por ti... —dije con la voz entrecortada—. Vine con todo a buscarte, dándome igual si no me querías de vuelta. Me arriesgué a que me rechazaras. Si pensara que solo me quieres para follar no hago ni la mitad de lo que he hecho.

Al decir eso, pensé en que quedaba como la loca masoquista, que se fue a meter en la boca del lobo solo para comprobar que aquello que teníamos no iba, ni iría a ninguna parte.

—Claro, porque el que me digas que no te sirvo, pero aun así me quieres, es justo lo que quiero escuchar. ¿Sabes qué? Ahora, soy yo el que creo que la que me eres insuficiente eres tú.

Pestañeeé, no sabía si estaba más cabreada o dolida. Me estaba dando donde yo le había dado y me di cuenta cuánto desgarraba por dentro esa palabra. Movida por la rabia apreté los dientes, mis manos se hicieron puños y mi mente trabajó el doble de rápido, para buscar una respuesta lo suficientemente digna y creíble para no hacerle ver cuán destrozada estaba.

—Por lo menos tenemos una cosa en común. Ni tú ni yo somos suficientes para el otro —dije sintiendo cómo se me desquebrajaba el corazón.

—Ni siquiera en este momento, das tu brazo a torcer... —dijo negando con la cabeza. Me aparté las lágrimas de la cara bruscamente—. Para ti soy un cabrón perverso y nadie te saca de eso, piensa lo que quieras, si te quieres ir, ahí está la puerta.

Y como si yo no lo supiera, me señaló la susodicha con un gesto de la mano.

—Ese es el problema... que no quiero irme, pero debo hacerlo.

—Estoy cansado, Camila. —Suspiró derrotado—. No somos nada y he peleado más contigo que con mi única novia. Siempre busco resolver las cosas mientras que tú te empeñas en creer lo que te da la gana. Así no hay quien viva, joder...

—¿Estás cansado de pelear? ¿Entonces por qué no me dejas ir? ¿Por qué cada vez que nos vemos, me buscas? ¿Por qué no me dejas ser, lejos de ti? Me alejé, Bruno... Y tú no me dejaste marchar.

—Porque soy un completo gilipollas que siempre cae ante tu encanto de chica buena. La misma que después me trata como basura. ¿Qué quieres tú de mí?

—De ti lo quería todo...

—¡Pero si lo único que haces es tratarme mal y decirme insuficiente! ¿Quién puede querer a alguien que lo trata así? ¡Dime, joder! —Dio un paso hacia mí furioso y me abracé a mí misma con tal de no ir hacia él y abrazarlo—. ¿Yo te tengo que aceptar y tú a mí no?

—¿Qué quieres que acepte? ¿Que me taches de irme con un tío cuando él solo me dio un beso, cuando tú puedes irte con quien te dé la gana? ¡¿Qué coño quieres que acepte?! ¿Que nos quedemos estancados en tu cama? ¿Es eso?

—Venga ya... —dijo obstinado—. Apenas te conozco. Yo no sé en qué libro de novelas de romance vives. Los hombres no piden matrimonio el mismo día que conocen a una mujer.

—¿Y cuánto tiempo pretendías que nos lleváramos así?

—No sé, Camila, no lo sé. ¿Por qué tiene que haber un tabulador para todo? Tú y tus imposiciones sociales de mierda... —dijo en mal tono frotándose el pelo aún húmedo por la ducha. Mi corazón se estrujó un poquito más al verlo así de enfadado—. Vives en un rollo mental constante... Con tus prejuicios de niñata remilgada. Entonces ve y búscate un tío que sí le puedas presentar a tus padres, ve. Ya que soy tan poquita cosa para ti, princesita, lárgate de mi casa de una buena vez, por favor.

—No vuelvas a hablarme... Ni me busques, ni me mires. Se acabó —dije rezando para que no me diese la razón, para que por algún motivo se arrepintiese de sus palabras y viniera a besarme con esas ganas que siempre tenía.

—Está bien... —Y ahí me mató del todo. No iba a luchar por mí—. No te buscaré una mierda, tú te lo pierdes.

—Solo me lo pierdo yo, ¿no?

Apretó la mandíbula, calibrando qué decirme. Hasta que tras un suspiro dijo lo peor que podía haberme dicho:

—Sí, ¿no ves que ya tengo a otra esperando turno? —dijo cínico.

—Eres un... —Un sollozo interrumpió mis palabras, toda yo temblaba y sentía como si en cualquier momento me fuera a desmayar—. Te odio... No sabes lo que te odio en este momento.

—Sí, sí... —dijo molesto haciendo amagos con la mano—. Di lo que te dé la gana. Que soy un perverso, un asqueroso, un cabrón, lo que te deje dormir mejor por las noches. Ahora vete.

Me acerqué haciendo que se pusiera tenso, por un momento pensé que eso era bueno, pero al ver la furia latente y la advertencia en sus ojos, vi que

realmente no me quería allí.

—Solo espero que tengas razón y no te ame como digo que lo hago... que pueda olvidarte en cuanto cruce la puerta —dije realmente muerta de miedo y tristeza.

Tomé mi bolso y mis sandalias. Salí dejando a Bruno en la habitación, sin darle oportunidad a decirme nada más. Y como predije, una vez crucé el umbral que daba a las escaleras, el dolor intenso seguía aún latente en mi interior. ¿Era tan difícil resetear al corazón? Deseé que existiese un maldito botón para eso, para poder borrar de un plumazo aquellos sentimientos que me hacían daño.

Me calcé y bajé las escaleras sin poder controlar mi llanto. Malgastando energías, las pocas que me quedaban. Había sido con diferencia nuestra peor discusión y me pregunté si sería la última. ¿Y si no lo volvía a ver? ¿Y si era la última vez que podría tenerlo cerca? Ya no más besos, ni caricias tuyas...

Me paré en seco justo antes de alcanzar la puerta que daba a la calle. ¿Eso quería realmente? ¿Dejarlo ir para siempre? En verdad le había dicho algo terrible... aunque él a mí también. Me giré sobre mi eje y miré hacia las escaleras calibrando las posibilidades que había de subir y volver a su lado. ¿Realmente merecía la pena luchar por algo que a todas luces no era bueno para mí? A lo mejor estábamos a tiempo de arreglarlo todo y... volver a empezar, ¿era aquello posible?

Capítulo 26

Bruno

Camila salió de mi habitación furiosa. Miré mis pies, miré el pasillo, escuché mi respiración estentórea que inundaba la estancia sin saber qué hacer. De nuevo, ahí estaban esos pensamientos antípodas. Esos sentimientos opuestos. Esa ambivalencia. Por una parte, sentía que debía ir detrás de ella, arrastrarla hasta mi cama y matarla. Sí, matarla a besos, comerle la boca, morderle los labios, hacerla sentir que en el silencio podía encontrar más de mí de lo que podía salir de mis labios.

Hablarle con mis manos ese exquisito lenguaje que como una danza interpretarían mis dedos por su piel, buscando sus recovecos, aferrándose a sus formas; hundiéndose en sus profundidades húmedas, acariciándole despacio, con sosiego, sopesando la suavidad de su piel nívea. Mirarle, mirarle mucho. Hasta hacerla entender que podíamos eludirnos del verbo, de la condición del habla, que podíamos expresarnos solo con el tacto. Uno sumiso, lánguido, aunque con resultados efervescentes.

Y por otra parte, mi raciocinio me recordaba que Camila, me había dicho en la cara que no debía quererme. Ella me veía como un capricho más, uno que la hacía actuar como una malcriada que admitía las desventajas de acercarse a mí por serle inadecuado y que, aun así, por voluntad propia caía en la perdición que le representaba. ¿A qué parte de mí debía darle la razón?

Me senté en el borde de la cama cavilando en que le acusaba de algo en lo que yo también había sucumbido. Estaba consciente de que ella nunca me tomó en serio y aun así, dejé que las cosas sucedieran sabiendo que alguno de los dos podría salir lastimado. Lo que no calculé, fue que ese terminaría siendo yo. Me dolió cuando me dijo al teléfono que necesitaba a alguien decente a su lado y me dolió más, volver a escucharla decir algo parecido frente a frente. Sobre todo porque un día antes habían salido de su boca palabras teñidas de cariño. Camila era incomprensible.

Conocía mi valía, sin embargo, eso no quitaba el hecho de que todas las mujeres parecían querer lo mismo de mí: besos sulfúreos, caricias intempestivas, folleteo salvaje. A priori, yo era el tipo para los retozos indecentes. Parecía que todas tenían la misma opinión inequívoca sobre mí: insuficiencia para algo más.

En mi normalidad resultaba agradable que mujeres como Jazmín tuvieran las cosas claras. Solo nos vamos a clavar las uñas un rato, a modernos los

labios, a jadar consonantes. Seremos prudentes, nos entregaremos los cuerpos, pero nos guardaremos las almas. Nada de florituras cursis, solo satisfacción sexual perpetua hasta que aguantase el cuerpo.

Camila me pidió cuantificar sentimientos, sacándome de mi zona de confort. El problema era que no tenía las herramientas para hacerlo, pero tampoco me dejaba buscarlas. Estaba consciente de que el querubín con semblante malogrado me hacía daño. Me dejaba contrito, abatido. Camila era una constante vorágine de incongruencias, porque por un lado... Joder...

¿Qué lógica tenía sentir algo por alguien que me anunciaba la muerte antes de dejarme vivir?

Fue ella la que siempre señaló que lo nuestro no funcionaría y aun diciendo que quería más, no dejaba de exponer nuestra obvia inadecuación, como quien toca una llaga para que siempre este sanguinolenta. Mira Bruno, sé que si rasco la costra nunca va a sanar, pero igual lo hago. Sé que no sirves, pero aun así te quiero.

Mi teléfono sonó, evitando que prosiguiera enarbolando mi punto de vista. Uno que perdió sentido conforme lo analizaba pues ella se había ido. Ni siquiera tenía idea qué perseguía hilando todos esos pensamientos. El nombre de mi hermano se vislumbró en la pantalla, pero no quería contestar así que dejé el móvil en la cama. Media hora después tenía una decena de llamadas perdidas que seguían llegando al tiempo que la inapetencia y la abulia crecían sin cesar.

Después de mirar sus mensajes diciendo cosas como: «contesta, cabrón» tuve que hacerlo. Tomé su llamada mientras preparaba el primer café del día, todo lo sucedido con Camila me había quitado el apetito.

—¡EEEEEEEEEH, CABRONCETE! —gritó Sergio—, ¿Se te olvida qué día es hoy? ¡Es el cumpleaños de la abuela!

—¡Ah mierda! Lo olvidé por un segundo.

—¿Por qué coño no cogías el móvil? Dejo de currar por su día y tú ni siquiera contestas. ¿Listo para ir a verla?

—Ehhhh —dudé, no tenía un ápice de ganas de salir, pero por ella haría eso y más—. Sí, solo tengo que vestirme.

—En media hora paso por ti, ¡date prisa!

Caminé hasta la habitación, iba con intenciones de buscar una camiseta limpia en la cómoda cuando lo vi. «Tu caperucita» en pintalabios rojo, el mismo que usó esa mañana para marcarme el abdomen y que tanto me costó sacarme de la piel durante el baño. Esa boca.

Me senté en la cama, evocándola con los labios rojos, divina, con esa miradita de querubín malogrado y esos ojos verdes de brillo incandescente. ¿Tendría ella idea de que cuando hacía esas cosas parecía brotar su verdadera personalidad? A veces me daba la impresión de que cuando me la llevaba a la cama sí estaba con ella. La verdadera Camila parecía emerger cuando se quitaba la ropa. La prudente, la prejuiciosa que discutía briosa convulsionando de la rabia en cambio me repugnaba. A primera luz eso parecería algo muy machista, cualquiera diría que solo me gustaba cuando me la estaba follando, pero no era así.

A mí me gustaba la Camila que se me dormía contra el pecho, la que escuchaba mis disertaciones literarias sin que una expresión soporífera se dibujara en su rostro como me había sucedido con tantas mujeres; porque de hecho me respondía. Me gustaba que me preguntara cosas que se contestaba muchas veces ella sola, pero que, aun así, parecía querer mi validación para su opinión. La que me decía lo que pensaba sobre mis novelas, la que sonreía con sus dientes de conejito y la que se sonrojaba con cada cumplido.

Suspiré fastidiado. Una parte de mí estaba dolida, triste de su partida, mientras que la otra estaba ofendida y cabreada. Preferí darle cabida a esa última. Era más fácil refugiarse en eso que añorarla desnuda abriendo la boca, lamiéndome despacio. Joder... de solo recordarlo se me entumió el cuerpo.

Me vestí, tomé el regalo que tenía guardado para la abuela y decidí que lo mejor que podía hacer por mí, era largarme de ese lugar en donde ella parecía haberse quedado. Las sábanas olían a Camila y me pareció que incluso me dejó marcados en los brazos la forma de su cuerpo al dormir contra mí.

Sergio pareció intuir mi estado anímico conforme caminaba hacia su coche, pues apenas me senté, me preguntó qué me sucedía. Tras negar que algo me ocurriera varias veces, la exasperación me pudo y comencé a hablar. Era raro, si a mi yo adolescente le hubiesen dicho que a los treinta no encontraría mejor apoyo, o mejor amigo, que mi fastidioso hermano pequeño, no lo habría creído.

—¿En serio te ha dicho insuficiente? —Asentí—. Bruno, pero ¿qué te pasa? ¿En serio vas a dejar que esa mujer te trate de esa forma? —dijo cambiando la canción en la pantalla táctil del reproductor—. A ver, analicémoslo, tú eres un escritor respetable, profesor de literatura. Hijo de dos más que respetables ingenieros, nieto de una profesora universitaria, de hecho, toda nuestra familia es respetable, no tenemos ni siquiera un primo que fume porros. Tienes un buen ingreso económico, tienes piso y coche

propio, no tienes deudas y eres bien parecido. Si lo juzgamos todo bajo la lógica heteronormativa patriarcal a la que parece ceñirse esta tal Camila ¿dime por qué es ella el partidazo y tú no? Ya quisieran muchos padres tener un yerno como tú, así que no le prestes atención —insistió doblando a la izquierda en un semáforo—. ¿Te vas a dejar juzgar por alguien que no te da la oportunidad de demostrarle cómo eres en realidad? ¿De verdad quieres estar con una tía que te juzga por la cantidad de mujeres que te has follado? Eso es sumamente retrógrado. ¡Mujeres! ¿Quién coño las entiende? —agregó soltando una risa irónica.

No supe qué decir. Escuchar a mi hermano refutando a Camila, siguiendo la misma lógica a la que ella parecía ceñirse, me dejó pensativo.

—Pues... a ver, ¿Con cuántas tías te has acostado? —preguntó de repente.

Me encogí de hombros, no se me había ocurrido contarlas. Nunca me pareció importante. Sergio empezó a enumerar las tuyas y yo le dije que me resultaba muy inmaduro. Él ignoró mi crítica y me animó a hacer lo mismo, así que le conté de la primera que se me vino a la cabeza.

—¿Te acuerdas de Sofía, la alumna de tesis de la abuela que estaba muy buena?

—Ufff cómo no, de esas tetas nadie se olvida. ¿Te la follaste? —Asentí—, ¡suertudo!

Me reí.

—No han sido tantas mujeres... Pero tienes razón, aunque lo hubiesen sido, es absurdo que ella me juzgue por eso.

—Siempre me ha parecido irónico que las mujeres prefieran a los hombres monógamos en serie, que a los hombres solteros que tienen mucho sexo casual. Analízalo.

Lo miré invitándolo a continuar. Tenía una vaga idea de lo que iba a decir, pues no era una disertación del todo desconocida para mí. Ya lo había oído decir algo al respecto en nuestras borracheras, no obstante, en ese momento él construía su argumento que no tenía otro propósito que ser apoyo a mi causa.

—Conoces a una tía buenorra, la besas, te la follas, ambos la pasan bien y adiós. Ambas partes felices, nadie sufre consecuencias. Mientras que esos hombres que han pasado por diversos noviazgos, arrastran muchos de los traumas de estos hacía su próxima relación. Mírate.

—¿Yo? —pregunté mirándole confundido.

—Terminaste con Clara hace años y de vez en cuando hablas de los

problemas que tenías con ella como si hubiese sido ayer. Yo también lo he hecho con mi ex. Conclusión: de las relaciones emocionales monógamas estables no sales sin algunos rasguños, sin arrastrar lo que los norteamericanos llaman equipaje —explicó mientras seguía conduciendo.

—Sí, pero para las mujeres el que seas monógamo en serie, implica que tienes las herramientas necesarias para relacionarte de forma seria —dije haciendo un gesto con las manos que significaba «¿quién sabe?»

—Sí, sí, esa chorrada del miedo al compromiso. De nuevo, es absurdo. Yo prefiero salir con una tía que se ha acostado con un montón de tíos de forma casual, a una tía que ha tenido muchos noviazgos serios. Porque si tú estás en una relación seria ¿Por qué eventualmente no te casas? ¿Por qué cambiar de pareja una y otra vez? O sea, porque una cosa es esa gente que no se quiere casar en lo absoluto, que está muy bien eso, es su decisión. Pero estás tías que han tenido varios noviazgos serios de muchos años sin llegar al matrimonio con ninguno, no sé... Me parece que es el mismo problema de miedo al compromiso solo que disfrazado de monogamia y luego quieren venir a juzgar a gente como tú o como yo —dijo golpeándose el costado de la frente como diciendo «piensa, gillipollas».

—No tienes que convencerme, sabes que opino lo mismo.

—La capacidad de compromiso de un hombre no depende del número de relaciones estables que haya tenido —dijo mirando por la ventanilla a la tía del coche de al lado.

—Sobre todo porque muchos tienen novias, pero se acuestan con otras y esos sí parecen tipos serios, mientras que nosotros somos los putos —agregué profesando la misma filosofía de mi hermano.

—Exacto. Oye, sonamos como tías —dijo riendo—. En fin, manda a tomar por culo a esta tía que...

Se quedó a medias. Sonó su móvil, así que haciendo uso del manos libres habló con su asistente sobre horas de luz, lentes y otros detalles. Dejándome a mí ahí, en medio del tráfico pensativo, escuchándole perder la paciencia.

Sergio tenía razón y sin ser realmente consciente, comencé de nuevo a elaborar un discurso. Uno más visceral, menos viciado. Uno en donde no tenía ni idea de que quería expresar, pues arremetiendo contra mí mismo, no sabía muy bien qué carajos me pasaba con ella.

«El problema está en que tú no me dejas ser. Yo te lo entrego todo cada vez que estoy contigo, solo pienso en ti cuando tu piel y la mía se encuentran. Explícame esta necesidad absurda que tienes de ponerle nombre a lo nuestro,

porque todo esto es sobre eso ¿no? Tal parece que para ti es demasiado importante una palabra como noviazgo para poder ser feliz. La verdad intento entenderte, incluso intento recordarme hace años cuando esa palabra significaba algo para mí, pero lo cierto es que no sé si eso valga la pena, porque ahora soy otro que ya no le encuentra mucho sentido. Esa palabra no significa nada, ni siquiera la que le sigue que es matrimonio, no significan nada, si los sentimientos de la persona que te la dice no son consonantes a su significado. Siempre me has acusado de que solo quiero abrirte las piernas, ¿acaso te das cuenta lo fácil que es abrirle las piernas a una mujer en un noviazgo, bajo la causalidad de la normalidad que este implica? Difícil es lograrlo como yo lo hago, siendo más que claro, siendo más que honesto. Sin prometer cosas que no pienso cumplir. Me cuesta mucho entenderte, en serio que sí, me dices que no te sirvo, pero que aun así te enamoraste de mí, ¿se supone que eso debe ser suficiente? ¿Se supone que eso debe lograr que yo sienta lo mismo por ti? La verdad es que tu argumento desde mi punto de vista no se ve nada bien. Me reprochas tantas cosas, con tu crianza prejuiciosa, ¿pero te has parado a pensar en quién soy yo por un momento? ¿Por qué eres tú el partidazo? ¿Porque te has acostado con menos personas? Camila, tu sistema de creencias no tiene por qué tener interferencia en el mío. Yo nunca he intentado imponerte mi forma de pensar, en donde la valía de una mujer depende es de lo que siento por ella, nada más. Ahora resulta que también eres superficial, te importa más lo que puedan opinar tus padres o sabrá Dios quien más, que lo que sientes por mí. Me gustas, obvio que sí me gustas, pero no puedes pedirme que de un día para otro hable sobre una relación seria. No funciona así. Nunca te juzgaría por la cantidad de personas con las que estuviste antes de mí ¿por qué tengo que soportar que tú lo hagas? No te debo explicaciones, pero ahí te van: en los últimos dos meses solo me he acostado contigo. Antes de eso con ella, un par de veces, eso no me hace un puto, eso solo me hace soltero. Entiende que...»

—Eh... —dijo mi hermano, dándome un manotazo que me sacó de mis cavilaciones—, ya deja de pensar en esa tía.

Mi hermano siguió hablando con su asistente y mi móvil vibró. Era un mensaje de Clara avisándome de una próxima feria de libros en México. Comencé a revisar correos y demás mensajes notando entonces los de Jaz que había olvidado por completo.

«Hola, Jaz, espero que tu estadía en Nueva York fuese buena. En estos momentos no soy buena compañía, así que no es conveniente que nos

veamos».

Estaba en línea, su respuesta no se hizo esperar.

«¿Te sucede algo? Podríamos quedar para beber un café y me cuentas».

«Tal vez en otro momento, Jaz, ahora mismo voy a ver a mi abuela».

«Vale, no te me apachurres bonito, tampoco te desaparezca mucho. Estaré poco tiempo en la ciudad y no quiero irme sin verte a ti y a tu príncipe Alberto. Besitos».

Minutos después me llamó Odina e inocente contesté. De entrada, me preguntó por Camila, era obvio que lo haría, ella misma le dio mi dirección; cuestión que en ese momento con todo lo acontecido había olvidado. No quise reclamarle, ni nada por el estilo, sería por completo incongruente, pues tuve un estupendo día con Caperucita, su munificente culo, su coño de vicio y su boca de infarto. Fui honesto con mi editora, no tenía ni siquiera ganas para inventarme excusas creíbles y pretender que todo estaba esplendido. Supongo que mi tono de voz apagado le dijo todo lo que no pude confesar porque no me preguntó nada más. Por último, me dijo que pronto su asistente me llamaría para avisarme para ir a almorzar juntos y hablar a gusto.

Sergio y yo llegamos a nuestro destino. Firmamos el registro en el complejo para personas de la tercera edad en donde vivía la abuela y nos indicaron que estaba jugando a las cartas, así que nos dirigimos hasta esa sala de recreación. Recorrimos las instalaciones del lugar, que era bastante grande, contaba con cacha de tenis, piscina, sala de cine, entre otros. Nos costaba un pastón, pero ella se merecía eso y más. En el camino escuchamos un par de piropos de boca de algunas amigas de la abuela que lo hacían sin cortarse un pelo por jugar con nosotros. Las saludamos entre besos y seguimos nuestro camino.

—¡Joder! ¿Nos acaban de hacer sentir como pedazos de carne, señoras? — dijo mi hermano y fue imposible no partirnos de risa.

Al llegar a la sala se suscitó una escena que no me imaginé que pudiera suceder y fue que la abuela no estaba jugando a las cartas, estaba en una mesa apartada con un señor de edad que le tocaba el brazo. Sergio y yo nos miramos quedándonos de piedra.

—Hostia, ¿la abuela tiene novio?

—No sé —dije encogiéndome de hombros.

—Están de risitas —expuso Sergio poniendo una cara de estarse infartando—, ¿tú crees que la abuela todavía pueda...?

—Cállate, gillipollas —susurré cortándole de inmediato. Carraspeé con

fuerza para hacerme oír y luego recordé que la audición de mi abuela no era la mejor—, ¡Eh, Abuela! —dije acercándome a ella que pareció sobresaltarse alejándose del hombre que me miró afable—. Hola —saludé.

—¡Brunito, Sergito! —exclamó tomándonos de las mejillas dándonos un beso a cada uno—, ¡mis niños!

—Feliz cumpleaños, ¿estás lista?

—Sí, sí, te presento a Javier, un buen amigo.

Le extendí la mano, mientras Sergio hacía lo mismo mirándome de reojo. Cumplimos con la formalidad de las presentaciones entretanto el ambiente se tornaba incómodo.

—Mejor nos vamos, chicos.

—¿Tienes todas tus pastillas y cosas, yaya? —preguntó mi hermano.

—Sí, sí, sí —dijo ella luciendo apurada.

Cuando llegamos al coche de mi hermano me dijo:

—¿Y a ti que te pasa? Te ves apagadito, mi niño.

—Nada —negué intentando disimular.

—Una tía que lo ha tratado de poca cosa, abue —me delató Sergio.

—¡¿QUÉ?! —exclamó ella horrorizada.

—Abuela deberías contarnos de tu buen amigo en todo caso —dije serio.

—No intentes cambiar de tema, Bruno Alejandro.

Y así empezó el almuerzo del cumpleaños de mi abuela. Sergio tragando a saco, mientras que mi abuela insistía para que le contara de Camila y justo ahí, me di cuenta de algo importante: no quería contarle nada. No quería hacerle quedar mal delante de ella.

Tenía que agradecer que Sergio no me dejara morir. Me arrastró consigo a currar un rato para distraerme después de llevar de regreso a la abuela, con la que habíamos comido, conversado y llenado de regalos. Darle mil vueltas a mi discusión con Camila, recordando las cosas de mal gusto que le había dicho en respuesta a sus palabras hirientes, no me sentaba bien.

Aún se me hacía raro que mi hermanito fuera un tipo tan de renombre y aparentemente con fama de ser demasiado serio y profesional. Nunca se me ocurrió que Sergio y la palabra serio, irían en una misma frase. Fuimos a las instalaciones de una revista de moda, iba a afinar detalles con la editora en jefe que le atendería en persona, sobre una próxima sesión fotográfica. Procesé entonces que se requería de un gran despliegue de recursos para producir una foto.

Por la noche, Clara me aviso que estaría en un local nocturno con las chicas y otros amigos en común por si me apetecía pasarme. Me di una ducha en el piso de mi hermano, quien me prestó ropa así que no tuve que ir al mío, evadiéndome de la soledad que implicaría estar ahí, posponiendo así la auto tortura de darle más vueltas a lo ocurrido por la mañana.

—¿Y este gato? —pregunté.

—De la vecina.

Fruncí el ceño anonadado.

—¿La vecina que se queja del ruido que haces y siempre la mandas a tomar por culo?

—Esa, consiguió novio, ¡los milagros existen, Bruno! —dijo tomándome por los hombros para hacerse el gracioso—. Me pidió que le cuidara a Minina mientras se iba de fin de semana a Roma. No pude negarme, desde que sale con él no me jode la vida.

—Ok —dije acariciando a Minina que era de lo más cariñosa—. Joder, quien lo diría, con lo amargada que es siempre con nosotros, tal parece que todo el mundo tiene suerte para el amor...

Para no pensar en gilipolleces empecé a beber desde temprano. Por lo que cuando llegué al bar ya estaba un poco alcoholizado al punto que me reía de todos los chistes malos de Bernardo.

—¿Y a ti que te pasa? —preguntó Clara haciéndose oír sobre la música—, creo que está enfermo, cielo, revísalo —dijo dirigiéndose a su novio Pablo.

—Ehhh doctor —dije dándole la mano afable—. Estoy bien, Clara. En serio.

Mi mejor amiga frunció el ceño y yo le di un beso en la mejilla. No tenía ganas de enfrentarme a sus agotadores interrogatorios inquisitorios, así que fingí estar de perlas.

Era raro, quería llamar a Camila y decirle que era una belicosa, grosera, que estaba harto de sus ataques verborricos fortuitos y que era una bipolar de mierda. Pero que al mismo tiempo tenía ganas de bailar con ella, manosearla, para después follármela toda la noche, mientras gemía desahogada como siempre hacía cuando le daba duro. La ambivalencia me iba a matar.

—Ten mi teléfono —le dije a mi hermano—, no me lo des, sobre todo si te digo que quiero hablar con ella.

Mi hermano asintió y yo me dediqué a beber en compañía de mi amiga Martha cuyo novio no había hecho acto de presencia. Pilar divertida me decía

guarradas y así en línea general el resto de la noche se fue difuminando. A la mañana siguiente, el movimiento oscilatorio de un objeto desconocido impactando repetidas veces contra mi rostro causándome cosquillas, fue lo que me despertó. Abrí los ojos para encontrarme con el culo gordo y peludo de Minina que dormitaba sobre mi pecho, ronroneando, moviendo la cola.

Se quejó cuando me incorporé. Estaba todo lleno de pelo, solo en bóxers, durmiendo en el sofá en vez de en la habitación. Recorrí el piso, no había nadie. Llamé a mi hermano al móvil que me dijo que estaba currando. Los fotógrafos de moda aunque estuviesen muy alcoholizados debían ir a trabajar, pues la luz de la mañana era la mejor. Me fui a mi piso a rastras después de servirle comida a Minina, la cual no se veía muy contenta de quedarse sola.

Me comí algo en un bar cercano y luego tomé el metro a casa. Me quedé un rato absorto mirando todo en el vagón, a la gente entrar y salir, hablando o en silencio. El metro en esencia era para eso, para pensar, para rebanarte los sesos un rato haciendo introspección. Al llegar a mi piso me pareció que todo estaba raro ahí, ¿acaso era posible que con solo un día de su estadía ella hubiese desbalanceado el lugar, modificando su esencia natural? «No, deja de pensar chorradas» me dije. Sin embargo, ese puto mensaje pintado en el espejo de mi cuarto me hacía pensar en ella. Solo tenía que borrarlo... ¿Por qué coño no lo hacía?

Los días pasaron. No era como si no pudiera remontar a mi vida previa antes de conocerle. Sí podía, el detalle era que no quería, lo que me llevaba a ponerme en plan frío y calculador.

Me ponía en plan cabrón... Y comenzaba a pensar más chorradas:

—Está buena la tía, pero tampoco es para tanto. Has salido con mujeres igual de guapas que no entraban en crisis después de follar o se cubren porque no soportan su propia desnudez. Has estado con tías que te han dado mamadas de infarto y con las que has hecho de todo, sin presentarte ni una pizca de los problemas que te da esa mujer.

En mi cabeza estaba esa voz cretina, una suerte de amigo con la testosterona a millón, que bebía cerveza y comía grasientas porciones de pizza, eructando y comportándose como una bestia, cuyos alegatos se veían refutados por el simple recuerdo de Camila pidiéndome más. O cuando miraba esa maldita foto en mi teléfono de ella de espaldas, pues tenía el poder de entumirme por completo. O por pensar en su forma de mirarme asintiendo, cuando le preguntaba si le gustaba tanto como a mí nuestra unión corpórea.

Y era desesperante sentirme así, ¡joder! Me daba rabia excitarme por ella.

No podía ser, no podía ser que con tan poquito me volviese loco. El recuerdo de Camila era una suerte de perdición adictiva. Una enfermedad dolorosa cuya cura tenía a un mensaje de texto de distancia, pero que el masoquismo latente me impedía administrar. Solo tenía que escribirle a Jazmín, o a alguna de esas chicas siempre dispuestas y narcotizarme con el aroma de sus cabellos que no olían a miel. A impregnarme con las fragancias de sus cuerpos, sumergirme en la humedad de sus coños, follando hasta el agotamiento. Podía hacerlo, pero decididamente me negaba el alivio.

La recordaba en su inocencia, los ruidos, la exaltación desesperada de no poder esperar. Corriéndose jadeante o haciendo que yo me corriera... Quería llamarla, pero no lo hacía porque sabía que lo nuestro no tenía mucho sentido para ella, cuestión que traía como consecuencia que tampoco me planteara mucho las cosas. No iba a estar detrás de ella como un perro faldero. Si Camila pensaba que era insuficiente, pues, así era. No sería quien la sacara de su equivocación.

Y por supuesto, no hice otra cosa más que escribir, porque eso era lo que lograba el desamor en los escritores. Aunque esa palabra se me hacía per se una declaración tácita de sentimientos que me rogaba no dar, ni a ella, ni a nadie. Lo otro que intentaba hacer era leer, pero como buen idiota me la encontraba en cualquier párrafo, de cualquier libro:

«Lo único que podía reprochar a esa mujer, ¿no es cierto?, era el que no me amara. Incluso si creyó amarme. Incluso si lo dijo. En fin, dejémoslo. Era tan increíblemente semejante a una perla. Físicamente. El resplandor de una perla...»

Tocaron la puerta de mi piso, sacándome del ensimismamiento de la lectura de la novela de *Aragon*. No habían llamado al telefonillo. Miré por la mirilla encontrándome con la sorpresa de la presencia de mi hermano y Bernardo. Les abrí saludándolos.

—*Pelotudo*, que cara tenés.

—Nos vamos a Marbella —anunció mi hermano.

—¿Marbella? —pregunté sin entender del todo su invitación.

—Sí, tengo una sesión de fotos, así que yo, tu adorado hermano, te he comprado un billete de avión para sacarte de tu desdicha por la tía esa.

—¿Qué tía? —preguntó Bernardo.

—La misma de la otra vez —respondió Sergio.

—¿La *mina* ciclotímica de la tanga de *Kitty*?

—¡Esa! —exclamó Sergio respondiéndole a Bernardo, para luego mirarme

muy serio—, anda, coge algo de ropa, en una hora salimos al aeropuerto.

Capítulo 27

Razón 15 | Por convertirme en otra persona con su mera presencia.

No, no pude volver. La razón ganó ante el corazón, ante las ganas de subir de nuevo las escaleras y decirle que no era insuficiente para mí, que lo era todo, pero me aterrorizaba pensar que yo no lo fuera para él. El orgullo me gritó que Bruno me dejaba ir así de fácil, porque no significaba nada para él y que no tardaría en irse con otra, pues ya tenía alguien esperando por entrar a su cama. Me dije que debía ser fuerte, debía poner en orden mis pensamientos, mis sentimientos. Aunque estos últimos estuviesen demasiado claros.

Me distraje observando mi coche a lo lejos, con la mirada enturbiada por las lágrimas, escuchando el barullo de la gente como si estuviesen a kilómetros de distancia y no a mi alrededor. Tenía frío, aunque el ambiente estuviese cálido. El tiempo pareció detenerse, solo la brisa acariciaba mis mejillas húmedas.

Un chillido de ruedas me hizo parar de golpe y dar un paso atrás del susto. Un vehículo azul pasó frente a mí, casi llevándome por delante.

—¡Mira por dónde vas, inconsciente! —vociferó el señor, saliendo disparado calle arriba.

Agarré mi pecho a la vez que un sollozo cortó el aire. Me tembló todo el cuerpo, las manos las tenía entumecidas ya fuera por el frío que creía tener, o por el miedo de que por poco me convertía en parte del concreto. Anduve esa vez con más cuidado y en cuanto llegué al coche, arranqué y me largué de allí sin dar una vista atrás.

El viaje de vuelta a Getafe fue un suplicio, casi no fui consciente de lo que me rodeaba y me odié por ser tan irresponsable. Cuando llegué a mi destino me bajé, sin preocuparme en cerrar el coche con seguro, simplemente caminé y entré en el complejo de apartamentos donde vivía Alejandra. Toqué el timbre, la voz de mi melocotoncito me hizo sonreír entre llantos y cuando vi a mi mejor amiga una vez abrió la puerta, me derrumbé del todo.

Una de las mejores virtudes que tenía Alejandra, era que sin saber lo que me pasaba, era capaz de consolarme y saber a ciencia cierta lo que verdaderamente me hacía falta. En esa ocasión no fue diferente. Me llevó consigo hacia el sofá, nos sentamos, colocó mi cabeza en su regazo y empezó a acariciarme el cabello mientras yo desataba mi furia y mi dolor a modo de sollozos desgarradores.

—Cuéntame qué pasó, Cami, me mata verte así.

Sorbí por la nariz al mismo tiempo que abrazaba sus piernas con fuerza. Me sentía exhausta, como si llevase un día entero llorando. Los pulmones y la garganta me ardían por la angustia, tenía más frío de lo normal y casi no sentía mis manos.

—Bruno...

Un suspiro fue todo lo que salió de los labios de Alejandra antes de obligarme a erguirme en el sofá. Le pidió a Alba que fuera a por pañuelos de papel y las dos secaron mi cara hasta desaparecer la humedad de las lágrimas. Le sonreí a mi pequeña monstruito haciendo que ella sonriese de vuelta.

—Tata, no *llodes*, tienes que ser una chica *fuedte*.

—Exacto —corroboró su madre—, Melocotón ve a tu cuarto y juega con tus muñecas, tu tata y yo tenemos que hablar cosas de adultos.

La niña asintió solemnemente y dándome un beso en la mejilla saltó del sofá y salió corriendo llamando a voz en grito, supuse, a su muñeca.

—¿Qué te hizo de nuevo ese...? —preguntó quedándose a medias y una expresión de insatisfacción invadió su rostro.

—Esta vez o puede que todas las veces, ha sido culpa mía. Bruno fue a mi casa a llevarme un libro encontrándose a Héctor a medio vestir en mi sala, Ale.

—¿Pero qué coño hacía Héctor en pelotas en tu salón? Camila, estamos perdiendo conexión, así vamos mal ¿eh? Muy mal. ¡Ya no me cuentas nada!

—Joder, déjame hablar y luego di lo que te venga en gana —dije de mala gana sin intenciones de ser grosera, aunque terminé siéndolo de todas formas por mi desesperación por hablar y dejar salir todo.

Alejandra abrió los ojos de golpe ante mi actitud atípica y posó su mano en mi frente como si quisiera medirme la temperatura, gesto que me fastidió por lo que me aparté arisca.

—¿Qué coño te ha dado de fumar ese tío? ¿Cómo puede ser que después de decir la palabra joder, no reces el rosario en tu santa cabeza?

Le golpeé en el brazo cuando empezó a desternillarse de la risa ella sola y solo paró cuando mis puñetazos en serio empezaron a dolerle.

—Vete a la mierda ¿Quieres? Si no me vas a escuchar, mejor me voy y le cuento esto a Jesucristo, ya que seguro me hace más caso que tú —dije seria, no estaba para sus juegos.

—¡Ay, ya! No hagas tanto drama, explícame qué hacía el príncipe rubio en tu casa.

—Nos encontramos de casualidad, el día estaba cerrado de nubes y nos pilló la lluvia casi cuando alcanzamos mi portal. Obviamente no le iba a dejar irse empapado, así que subimos a mi casa y en el corto periodo de tiempo en el que tardé en secarme y cambiarme, Bruno apareció, dejándole un libro mío a Héctor y salió como un rayo de allí. Porque así de grande es mi mala suerte, cinco minutos me ausenté y justo ahí la vida dijo: vamos a jorobarle más la existencia a la tonta de Camila, para que el único hombre que le pone la vida de cabeza crea que anda con otro —dije con un tono de voz débil, tal como me sentía.

—¿La vida de cabeza solamente? En vez de Camila tu mamá debió nombrarte Calamidades —dijo soltando una risita que yo obvié a duras penas. Yo también me llamé así en más de una ocasión.

—Al día siguiente, después de muchos malabares, conseguí su dirección... —Suspiré como si así pudiera tomar fuerzas para contarle—, para hacerte el cuento corto, fui a buscarlo y estuvimos juntos...

Toqué mis labios cuando los recuerdos volvieron a mi mente, como si todo aquello no hubiera sucedido hacía apenas unas horas. Parecían haber pasado años donde todo era tan bonito y maravilloso que hubiera dado un riñón para volver el tiempo atrás y romperle el teléfono en veinte millones de cachitos.

—Ya va, ya va... supongo que pasasteis un día de puta madre. Con mucho sexo del bueno de por medio, que por cierto no sabes cuánto te envidio, cabrona... Y tu corazón volvió a meter la pata ¿no?

—Recibió un mensaje de otra tía —dije suspirando temblorosa, mi labio temblaba al recordar todo lo que pasó—, y ella escribió algo que me sentó como una patada en pleno estómago. Quizás fuese una tontería, pero me dolió, Alejandra, me mató. Pensé que solo nosotros dos teníamos esa especie de juego caperucita-lobo feroz, pero resultó ser que no. Acabamos peleando, gritándonos, diciéndonos muchas cosas y acabando como siempre. Peleados y enfadados.

—Vamos a ver, alma cándida, ¿te has parado a pensar en que él es soltero, tú también y no tenéis lo que viene siendo una relación estable? O sea, joder Camila, tenéis sexo cada vez que os veis, lo pasáis tremendamente bien juntos. Si él te hubiera prometido amor eterno y al día siguiente se va con otra, ahí ya sí que es un puto cabrón hijo de puta malparido...

—No te hagas la latina, de nuevo, por favor te lo pido —le imploré haciéndola reír.

—Vale, vale, pero es que es así, cariño mío.

—Lo peor de todo es que... Le dije que... —Desvié la mirada hacia el suelo, encontrando una mini sirenita de juguete, a la cual le di mi atención como si fuera la cosa más interesante del mundo—. Era insuficiente para mí.

—¿Que le dijiste qué? ¿Y tú por qué carajo le dijiste eso? —preguntó confundida.

—No sé, no sé, es que... Es insuficiente, Alejandra. Porque yo lo quiero completo, no este pedacito de sí que me da de vez en cuando.

—¿Y que te ha dicho cuando le explicaste?

—Pues no se lo expliqué...

—Hostia, el que te digan eso debe ser una putada. ¡Con razón el tipo se molestó contigo, joder! Esas cosas debes guardártelas para ti, Camila, imagínate que te lo dice a ti así de gratis. O sea, espabila, eso mata a cualquiera y da gracias si algún día quiere saber algo más de ti.

Eso que dijo, hizo que mi corazón se arrugara de angustia. No quería ni pensar en no verlo nunca más, y por ello nuevas lágrimas empezaron a caer por mis mejillas. Alejandra suspiró, me atrajo hacia ella y me abrazó con cariño.

—Estoy enamorada de Bruno y él no de mí —dije entre sollozos librándome de su abrazo—. Te juro que es algo que no puedo manejar, no puedo, cada vez que me acuesto con él me siento tan, pero tan bien, te lo juro, me olvido de todo, de todo. Es como un portal que se abre a la tierra de la felicidad y luego algo pasa y recuerdo que esto es solo sexo, que, así como se acuesta conmigo, sabrá Dios con cuantas más y no puedo, no puedo, me muero de los celos de saber que alguien más lo toca.

Solo de imaginarlo podía sentir mi carne abrirse.

—Camila, la jodiste en el momento en el que te enamoraste de un gillipollas que sabías no iba a ser solo para ti. Él no tiene la culpa, la tienes tú. Es decir, no podemos culparlo por negarse a tener relaciones serias, hay mucha gente así, yo por ejemplo —dijo señalándose a sí misma—. Como tu amiga, estoy en la obligación de abrirte los ojos, necesitas a alguien que te complemente y no solo en la cama. Que seguro pene perforado tiene colgada esa medalla de oro. Mira Héctor, es todo un galán, un caballero. Le gustas, besaría el suelo por donde pisases. Y estoy segura de que te daría no solo muy buenos orgasmos sino que además te daría lo que quieres, una relación de noviazgo bonita y quien sabe qué les podría deparar el futuro. Olvídate del idiota de Bruno, los hombres son como tomar el autobús, si se te va uno,

tomas el otro.

—¿Quieres parar con referirte a los hombres así? Además ¡Bruno no es solo sexo con patas! —exclamé ofendida. Una cosa era que yo le dijera de todo en mi mente y otra escuchar a alguien más decirle eso así sin más.

—Lo es, lo que pasa es que el sexo te tiene nublada la razón. Es un tío bien parecido por lo que me has contado y por las fotos que me enseñaste, folla divino; es escritor como tú. O sea, blanco y en botella: leche, cariño, estaba clarísimo que iba a ser tu perdición. Pero ya va siendo hora de que empieces a pensar en lo que verdaderamente te va a hacer feliz.

Con esas palabras me quedé pensando en que tal vez mi amiga tenía razón y Bruno solo era un pecado en mi vida. Pero luego pensé en nosotros juntos conversando en el sofá de su piso, comiendo en aquel restaurante, él leyéndome poemas y en ambos sonriendo, pasándola bien en la compañía del otro. Bruno besándome, tocándome... No podía ser algo malo si cuando estábamos así me hacía tanto bien. Lo horrible llegaba cuando nuestras diferencias saltaban cual trampa de ratón. Un golpecito, un simple golpecito, era suficiente para desboronar a lo que tanto nos costaba llegar: un entendimiento.

En la tarde, ya más calmada, llamé a mi jefe para disculparme por mi ausencia en el trabajo. Lo que menos esperaba era que me dijera que se iba de emergencia a Francia con su esposa, pues el padre de esta había sufrido un accidente, por lo que yo debía post poner las consultas agendadas por al menos un mes. El alivio invadió mi cuerpo. No por el accidente de ese pobre señor, sino porque tenía unos días para recomponerme. Lo que menos me imaginaba era que iba a tener vacaciones, al menos tendría tiempo para poner las cosas en orden en mi mente, llorar en paz sin tener que fingir estar bien frente a los pacientes. Me hice la idea de irme a mi apartamento a ver películas tristes arropada en mi sofá, cuando mi mejor amiga se opuso de lleno.

—No, no, no nada de encerrarte, ¡nos vamos de compras! —dijo soltando su cita célebre—: El mal de amores se pasa comprando bragas nuevas.

Y ahí estábamos. En una de esas *boutiques* de moda, de las pocas tiendas de firma que había en el pueblo, viendo a maniquíes anoréxicas llevando lencería de todos los colores de encajes y formas. Entré con miedo, jamás me dio por utilizar ropa interior provocativa y no quería empezar en ese momento.

—Mira este, Cami. Resaltaría tu color de ojos, además te verías de lo más

bonita y poderosa con él —vociferó Alejandra desde el otro lado de la tienda, con un conjunto de braga y sujetador de color verde oscuro.

Me escondí en el probador cuando el dependiente me miró divertido imaginándose sabrá Dios qué. A los dos segundos la cortina se abrió y Melocotoncito me entregó un par de perchas con sendas bragas.

—*Eztas* son muy bonitas, tata. El *dosa* es bonito —dijo muy convencida haciéndome reír al verla con un sujetador puesto.

Y tuve que reconocer que mi sobrina política tenía toda la razón. Una de las prendas era rosa de encaje con motivos florales; la otra color lila de seda con transparencias a los lados. Alejandra apareció un rato después cuando salía del probador con ambas braguitas, sujetando una bola de conjuntos eróticos.

Rodé los ojos ante su sonrisa extasiada. Algo me decía que sería su conejillo de indias y no me hacía ni pizca de gracia. Pero si algo tenía que reconocer era que haber comprado aquella ropa interior, había ayudado a despejar mi mente. Y más cuando me hizo hacer un desfile de modelos en uno de los probadores interiores, con silloncitos para la visita, siendo Melocotón la jueza y nosotras las modelos.

Llegar a mi casa fue otra cosa muy diferente. La depresión volvió a mí con fuerza y guardando mis nuevas adquisiciones en el cajón de las bragas olvidadas, me tumbé en la cama y lloré.

—Me dijiste que no te amaba... ¿Por qué dueles tanto entonces?

Pudo ser miedo, pudo ser pánico, pudieron ser tantas y tantas las razones por las que no volví a buscarlo, que no sabría por cuál empezar ni cómo enumerarlas. Y un mes después, aún seguía con el mismo sentimiento de culpa con el que me largué de aquel bloque de pisos en donde dejé un trozo importante de mí. A Bruno.

Sabía que él no me buscaría, no luego de lo que le dije. Posiblemente las cosas sucedieran así por algo, cabía la posibilidad de que aún no estábamos preparados para ser más. Quizás nos dimos cuenta tarde de que teníamos que acostumbrarnos a empezar de a poco, a echarnos de menos, a encontrarnos mutuamente y a querernos tal cual éramos sin tanto reproche. O al menos eso me gustaba pensar, porque una parte de mí tontamente quería creer que existía un universo en donde podíamos tener más que sexo casual.

Ese largo tiempo me sirvió para descansar, visitar a mis padres con más frecuencia y retomar mi pasión por la escritura. Acabé el borrador de mi

libro. Me encontré una vez más y entonces comprendí, que Bruno no me había cambiado en absoluto. Fui yo la que quise que él se amoldara a mí, porque simplemente no se me daba bien eso de los rollos de una noche. El error que cometí fue que quise cambiar su forma de ser, algo que analizándolo en calma, resultaba de lo más estúpido porque ¿Para qué cambiar algo que para mí ya era perfecto?

Durante días, semanas en realidad, reproduje una y otra vez el audio donde recitaba poemas. Rememorando ese hermoso momento cuando estuvimos abrazados por largo rato, él acariciando mi cabello mientras que yo dormitaba contra su pecho aguantando a mi corazón de arriesgarse de más. Cosa estúpida ya que estaba perdido del todo.

Me hizo daño porque posiblemente estuvo con otras cuando no estaba conmigo. Me dije que tenía que entender de una buena vez que ambos éramos solteros, ambos podíamos estar con quien quisiésemos ya que nunca nos prometimos exclusividad. Puede que, por mi parte, yo me hubiese hecho la película y que nos viéramos en una relación estable. Cuestión que seguí anhelando, porque lo único que no menguó, fueron mis sentimientos hacia él.

Me di la oportunidad de conocer a alguien más. No seguir martirizándome, pensándolo tanto. Héctor pasó de ser amigo a compañero, nos veíamos algunas veces por semana o cuando salía con Alejandra, coincidiendo con él pues era amigo de Germán, así que le cogí estima y me acostumbré a verlo como una posibilidad. Lástima que no pudiese siquiera imaginar besarlo sin que la imagen de Bruno acaparara mis sentidos y me echase a llorar como una imbécil.

Seguía estando soltera, más que nada porque no quería una relación con nadie mientras estuviera tan enamorada de otra persona. Además, solo habían pasado dos meses, ocho semanas de nada. Puede que Héctor solo fuera mi paño de lágrimas, un amigo que sin duda estaba haciéndome bien. Pero ese día en especial echaba muchísimo de menos a mi lobo feroz. Había recibido la feliz noticia de que Odina había aceptado mi manuscrito y que lo publicaría bajo su sello tras ser editado por Penélope. Quería contarle, pero tampoco sabía si él quería saber de mí siquiera, así que ahí estaba yo. Sentada en el sofá, con el móvil en las manos y con su chat abierto viendo como hacía apenas un par de minutos que se había conectado.

Mi móvil vibró en mis manos haciéndome pegar un brinco y vi el nombre de Héctor titilar en la pantalla. Automáticamente una sonrisa se instaló en mis labios.

—Buenos tardes, rubia —saludó nada más descolgar.

—Buenos tardes, rubio.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, la verdad es que me dieron una buena noticia hoy.

—¿Algo para celebrar? —preguntó intrigado.

—Pues sí, la editorial aceptó mi libro y me van a publicar dentro de algunos meses —dije muy emocionada.

—¡Te lo dije! Esto se merece celebrarlo como Dios manda.

—Sí, había pensado en decirle a Alejandra y a Ger que fuéramos a algún lugar, te iba a decir a ti por si querías acompañarnos.

—¿Cita doble, eh? —agregó gracioso.

Solté una carcajada y le dije que quedaríamos en dos horas en mi portal. Llamé a Alejandra y le conté, chilló de contenta al saber la buena noticia y no dudó un segundo en decir que sí, pero que ella elegiría el lugar.

Aparté el móvil de mi oreja, cuando finalicé la llamada, y volví a mirar la conversación de Bruno desistiendo al fin. Tal y como quedamos la última vez, no estaba segura de cómo me iba a recibir. Fui una auténtica imbécil, ambos lo fuimos. Solo esperaba que en un futuro próximo pudiésemos hablar como dos adultos, dejar de discutir y ser... amigos.

Tragué saliva al notar cómo esa palabra se me atascó en la garganta. Pero por lo visto, no podíamos ir más allá, ya que ni él, ni yo nos entendíamos como tal. Pero ser amiga suya sería muchísimo peor que ser nada en absoluto, solo de pensar en saber con cuantas chicas podía estar. A cuantas otras las besaba como a mí... Solo de imaginarlo se me revolvía el estómago.

Miré la hora, por lo que me apresuré a escribirle a Osman con la buena noticia antes de irme a la ducha. Faltaba una hora y media para que los chicos llegaran y quería arreglarme a tiempo.

Elegí un vestido camisero blanco de mangas cortas con medias transparentes con brillo para broncear un poco mis piernas y mis tacones blancos de tiras negras. Dejé mi pelo suelto, el cual alisé y me maquillé un poco. A las ocho menos diez, el timbre sonó como loco haciéndome reír. El muy tonto tenía esa manía siempre que venía de visita. Su excusa: así sabría que era él el que llamaba.

Bajé una vez reuní mi bolso y llaves, verificando que las ventanas estuvieran bien cerradas al igual que las cortinas. Al llegar a la acera, vi su coche aparcado justo en frente y sonreí a la vez que alzaba la mano saludándolo. Justo cuando cruzaba, llegaba el coche de Germán. Héctor y los

chicos se bajaron a recibirme, dándome besos y abrazos felicitándome.

—Estás hermosa, Cami —susurró Héctor a mi oído cuando fue a darme un beso en la mejilla.

Sonreí ruborizada y me dejé abrazar por Germán. Alejandra le dijo a Héctor que la siguiera en el coche que ella nos guiaría hasta el restaurante, así que después de preguntar por activa y por pasiva dónde íbamos sin obtener respuesta, nos pusimos en marcha. Pasaron cinco minutos cuando vi que ya estábamos saliendo del pueblo dirección a la capital y mi ceño se frunció.

—Vamos a Madrid, por lo visto —murmuró Héctor dándole voz a mis pensamientos.

Asentí, no quise hacer ningún comentario al respecto. No pisaba la capital desde hacía dos meses que lo dejé con Bruno y eso me ponía nerviosa. Decidí distraerme respondiendo los mensajes de Osman, que me comentaba que estaba al tanto de las novedades gracias a Penélope, y que había tenido que esperar a que ella me revelara la buena noticia para felicitarme. Sabía que esa noche saldría con el chico que le gustaba, así que le exigí me enviara una foto para comprobar cómo iba vestido y darle el visto bueno, aunque mi amigo era encantador con lo que se pusiera.

Una vez llegamos, me quedé impresionada al ver lo bonito que era el restaurante. Nos saludó una señorita de uniforme oscuro y sonrisa estirada, me tomó un par de segundos reconocerla: era Olga, una de las primas de Alejandra, comprendiendo así, cómo había conseguido mesa en un lugar tan sofisticado. Nos guio de forma amable hacia una mesa al fondo junto a la ventana, apenas tomamos asiento se marchó, pareciendo volver a su papel de eficiencia fría. Todo estaba en perfecto orden, los colores oscuros predominaban el local, las luces eran tenues dando al lugar un toque íntimo y romántico. Había bastante gente, parejas, grupos. Me senté cuando Héctor separó mi silla de la mesa. Le sonreí ante el gesto caballeroso y él besó mi frente con cariño.

Aquellas muestras de afecto, aunque inocentes, me ponían nerviosa. Pero en su día ya le había dicho que entre él y yo no habría nada más que lo que teníamos y él pareció aceptarlo. Alejandra se limitó a sonreírme pícaramente. Ella y sus películas mentales. Luego era yo la que tenía imaginación desbordante.

Un camarero nos cogió el pedido y mientras esperábamos, nos pusimos a hablar de lo bonito que era el lugar. Las mesas alumbradas con velitas en

forma de flor, aquel olor a comida deliciosa ligado con un aroma a vainilla, supuse que proveniente de las velas. Alejandra empezó a contar animada cómo le había ido en la sesión de maquillaje que tuvo con una pija creída, cuando una risa escandalosa de mujer me hizo mirar al frente.

Pero la chica pelirroja, con el cabello perfectamente arreglado con unas preciosas ondas, los labios rojos y un cuerpo de infarto entubado en un bonito vestido azul que estaba tomando asiento no fue lo que me hizo verificar si mi corazón seguía bombeando. Sino el hombre del que había estado colgando su brazo. Bruno estaba allí. Mi Bruno estaba allí e iba llegando al restaurante. ¿Por qué siempre tenía que tener la desgraciada casualidad de encontrármelo? ¡Madrid era una ciudad inmensa! Luego recordé que en efecto, estaba en el distrito del retiro, en el mismo que él vivía. Aun así me pareció que mi destino se estaba pasando con tantas coincidencias.

Aguanté la respiración al observarlo de pies a cabeza, estaba guapísimo, perfecto. Y no pude evitar desnudarlo con la mirada. Con él siempre era así. Me olvidaba de quien era, de lo que era sin su presencia. Las imposiciones morales de mi abuela y mi madre se eliminaban de mi memoria. Me convertía en una mujer con los sentidos a flor de piel y Bruno los despertaba todos tan solo con su presencia.

Aproveché el momento cuando mis tres acompañantes empezaron a charlar animadamente de un tema que siquiera presté atención, agarré el móvil a la vez que Bruno se sentaba en una mesa dispuesta con muchas sillas, junto con la pelirroja que entonces reconocí como aquella chica que lo acompañó a la fiesta de aniversario y él dijo que era su mejor amiga. Aun así, los celos hicieron acto de presencia. Se veían demasiado sonrientes para mi gusto. Debía de hacer algo para que su atención volara lejos de aquella supermodelo de piernas larguísimas y abrí nuestra conversación de WhatsApp.

C: «Veo, veo...»

Le di a enviar, notando cómo mi corazón estuvo a punto de salir disparado por mi boca. Vi cómo se inclinó en su silla, sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y su ceño se frunció para luego con el semblante menos divertido que antes, soltar su móvil encima de la mesa ignorándome. Alcé una ceja incrédula cuando lo vi retomar aquella charla tan animada con esa mujer.

C: «Veo a un hombre guapísimo».

C: «De piel bronceada, barba de una semana...»

C: «Camisa negra y pantalones ajustados».

Observé cómo su mirada volaba de vez en cuando desde su teléfono hacia su amiga y viceversa hasta que lo agarró por fin, entrando en el chat. Estuve a punto de soltar un chillido de emoción.

B: «¿A qué juega, señorita Alcázar?»

Sonreí, estaba enfadado.

C: «Al veo, veo. ¿Nunca jugaste a ese juego?»

B: «No».

Respondió serio. Fue a dejar otra vez el móvil en la mesa cuando me apresuré a escribir.

C: «Pues yo te enseño. Yo te digo: Veo, veo y tú me tienes que preguntar: Qué ves, y así hasta que aciertes que es lo que veo. De ahí su nombre tan rebuscado XD»

B: «¿Qué quieres?»

Su ceño se frunció más y su mandíbula se apretó de coraje. Un chico llegó a su mesa y se sentó junto a la pelirroja una vez lo saludó a él, dándole charla a ella. ¡Bien!

C: «¿Sabías que fruncir el ceño puede hacer que te salgan arrugas antes de tiempo? Por otro lado, quiero muchas cosas, deberías especificar más si quieres una respuesta en especial».

De repente su cabeza se disparó a girar en todas direcciones, buscándome, luego hizo algo que no me esperé para nada. Soltó una risa corta y toda yo se llenó de dicha. El chico le dijo algo a lo que automáticamente le hizo un amago con la mano para que esperase.

C: «No sabes lo guapo que te ves riéndote».

B: «¿Dónde estás?»

C: «¿Quién es el que está a tu lado? se parece a ti. ¿Es tu hermano? Y respondiendo a tu pregunta, no te lo diré, antes tienes que ganártelo».

B: «Sí, lo viste en la video llamada. ¿Ganarme el poder de verte? Cuando no, tú con tus imposiciones» —respondió tecleando con rapidez.

C: «¿No quieres verme? Y yo que te iba a decir que hoy llevo las bragas que tanto te gusta verme puestas... ¿Te acuerdas de cómo me quedaban? Son mis favoritas también, ¿y sabes por qué?» —escribir aquello no se me hizo fácil, estaba muerta de nervios.

B: «Por lo que dices, pareciera que te excitas cuando te las pones» —respondió canalla, soltando el móvil, tomando un sorbo de su copa de vino.

Cogí aire y vi cómo las manos me empezaron a temblar. El camarero irrumpió en la mesa dejando un aperitivo para luego marcharse un segundo

después. Entonces me di cuenta de la mirada de reojo de mi mejor amiga. Negué con la cabeza imperceptiblemente diciéndole que me dejara. Ella suspiró y siguió hablando con Héctor y German.

C: «Mucho».

Respondí ruborizándome, escondiéndome tras mi cabello, para que mis acompañantes de mesa no se dieran cuenta de mi estado.

C: «¿Y sabes por qué?»

Me quedé esperando su respuesta, la cual no llegaba, aunque seguía en línea, por lo que alcé la mirada notando la presencia de otra chica que le besaba en la mejilla. Él le sonrió coqueto después de devolverle el beso y dirigió la mirada a su teléfono.

B: «A ver, cuéntame por qué».

C: «¿Quién es ella?»

Le pregunté celosa perdida, ¿Acaso todas las tías que llegaran serían tan cariñosas con él?

C: «También puedes decirle que no pegue la pierna tanto a la tuya, o mejor, que se cambie de sitio».

Su risa me hizo despegar la mirada del teléfono, lo bueno fue que era por mi mensaje y no por la mujer a su lado.

B: «¿Celosa?»

C: «Mucho».

Confesé haciéndolo sonreír y dar otro vistazo a su alrededor. «Escribiendo...»

B: «Sígueme hablando de tus bragas, ¿Por qué te excita tanto ponértelas? Debe ser porque te recuerdan a mí y cómo te follaba haciéndote gritar».

Tragué saliva y miré hacia la pantalla, casi sin pestañear, viendo cómo aún seguía en línea esperando mi respuesta. «Tienes la oportunidad de ponerlo caliente, Camila, no la desaproveches, hazme el favor», me dije y estuve a punto de sufrir un infarto al ser consciente de mis pensamientos, pero esa voz en mi interior tenía razón, así funcionábamos. Debía tenerlo al límite y hacer que me dejase acercarme.

C: «Me acuerdo de tu cara cuando me las veías puestas, de cómo tus ojos devoraban mi trasero. ¿Tanto te gusta mi culo, Bruno?»

B: «Mucho».

Sonreí como una imbécil y mordiéndome el labio volví a mirarlo. La chica a su lado le tomó de la barbilla para que la mirase y la furia me carcomió por dentro.

C: «¿Es que tiene que tocarte tanto? Como no le digas que se quede quieta con los manoseos iré yo a decírselo».

Justo al escribir aquello, vi como llegaban otros dos chicos, uno de ellos saludó a la chica con un beso en los labios. Automáticamente me sentí ridícula.

B: «Camila, siempre tan impulsiva, ojalá hubieses sido así en la cama».

C: «Puedo demostrarte lo impulsiva que puedo ser cuando quiero algo de verdad».

De nuevo volví a dejar mis sentimientos al descubierto, pero esa vez su cara no cambió de expresión. Seguía sonriente, con el tobillo cruzado sobre una pierna dejándose caer en el respaldo de la silla.

B: «¿Sí? Dime cómo».

C: «¿Quieres que te diga lo que te haría ahora mismo?»

B: «Si me conocieras, ni siquiera me lo preguntarías».

Mi respiración cambió de velocidad, mis manos empezaron a sudar y mis muslos se presionaron juntos bajo el mantel de lino marrón. Aquello se me estaba yendo de las manos, aun así, me dije que era hora de dejar de ser una santurróna, sobre todo porque mientras yo estaba así, él parecía charlar de lo más tranquilo con sus amigos.

C: «Iría hacia donde estás, me subiría encima de ti para besarte. Para tener tu atención y tus manos solo para mí».

B: «¿Y qué más?» —respondió con rapidez.

C: «Te arrastraría conmigo hacia los baños, te quitaría la camisa y tocaría tu pecho de arriba abajo. Te lamería el cuello, te mordería los labios».

Esperé alguna contestación de su parte, sin embargo, nada llegaba. Miré hacia él, parecía de lo más cómodo, con esa sonrisita pervertida que tanto me gustaba y odiaba a partes iguales. Bruno era todo contradicción para mí, pero no dejaba de ser mi punto débil.

C: «Te tocaría por encima de esos pantalones que tan bien te quedan, apuesto a que te mueres por estar dentro de mí, ¿o me equivoco?».

B: «Creo que la que se muere por tenerme adentro eres tú, Caperucita, ¿o me equivoco?»

Di un respingo al sentir cómo alguien besaba mi cabeza, por lo que en acto reflejo dejé el móvil boca abajo en la mesa y vi a Héctor sonreírme. Entonces noté cómo Alejandra me miraba, siquiera me había dado cuenta de que el primer plato ya estaba en la mesa.

—¿Estás bien? Te noto acalorada —dijo Héctor. Su ceño se frunció y su

mano voló a mi frente para medirme la temperatura.

Sonreí de manera forzada. Alejandra pareció atragantarse con algo, pero no le presté atención.

—Sí, estoy bien. Estoy hablando con mi madre —mentí sin más.

—Ah, espero esté todo bien —dijo Héctor con dulzura.

Asentí y cogí el teléfono mientras él empezó a picotear de la ensalada. Contesté a Bruno con las manos temblando.

C: «No te equivocas, creo que dentro de poco arruinaré estas bragas que tanto te gustan».

B: «No sé, Camila, eso de estar mojada pensando en mí cuando estás con otro...»

Mi cabeza se disparó hacia arriba y vi sus ojos taladrando los míos con intensidad. Estaba cabreado, muy cabreado. Mi móvil vibró cuando lo vi volver la vista a su teléfono.

B: «Supongo que él tampoco es suficiente si me estás escribiendo estando a su lado».

Le miré, su expresión era de absoluta autosuficiencia, de seguro lo estaba disfrutando.

C: «Es solo un amigo, Bruno, sin embargo, tú estás rodeado de mujeres» —puntalicé celosa, me venía reclamando cuando él lo hacía también.

B: «Sí, mujeres que me tratan de maravilla, a diferencia de ti».

Me quedé anonada por un segundo al leer eso. Tenía ganas de llorar, de ir hacia él y matarlo, aunque al mismo tiempo sentía que debía pedirle perdón por lo tonta e idiota que fui aquel día. Sin embargo, no quería hacer el espectáculo frente a tantas personas, además que él también había sido un idiota.

C: «Déjame demostrarte que también puedo tratarte bien».

Lo miré buscando confirmación en sus ojos, pero solo encontré escepticismo en ellos. No me creía, por lo que, gastando mi última granada, le escribí una vez más.

C: «Si no me crees ven y lo compruebas de cerca».

Me levanté de la silla, haciendo que tres pares de ojos volvieran a mirarme, me disculpé, diciéndoles que debía ir al baño y me dirigí a los aseos. Cuando llegué al de hombres verifiqué que no hubiera nadie y entré. El baño era enorme con varios compartimentos, más bien habitaciones, hasta con un sofá en la entrada.

C: «Estoy en el baño de caballeros, me encerré en el último cubículo.

Cierra la puerta al entrar».

Esperé y desesperé, apenas habían pasado unos segundos, pero ya me sentía morir de angustia. Si no venía, no tendría más oportunidades y eso me mataba por dentro. Entonces escuché cómo la puerta se abría para luego cerrarse con pestillo. El corazón empezó a bombearme con fuerza en el pecho, así que me levanté del inodoro como acto reflejo. Miré la puerta intensamente, sintiéndolo al otro lado sin que hablara o hiciera nada.

El pomo se giró y la puerta se abrió lentamente dejándome ver al protagonista de todos mis sueños y pesadillas. No me lo pensé dos veces. Lo echaba malditamente de menos, sus labios fueron los primeros en recibirme ya que salté hacia él agarrándome a su cuello para estampar mi boca sobre la suya.

Gracias a Dios Bruno no se hizo de rogar, rodeó mi cintura y me empujó para cerrar la puerta tras de él con rapidez. Mis manos volaron a su nuca, entretejiendo su cabello demasiado largo en el que se comenzaban a formar ligeras ondulaciones un poco fuera de control.

Bruno gruñó en mi boca a la vez que se bebió mi gemido, sus manos agarraron mis nalgas y me las apretó gustoso haciéndome sonreír. Me solté de él empujándolo hasta hacerlo sentar en el inodoro. Me miraba tan intensamente que tuve miedo a que me carbonizara en cualquier momento. Remangando mi vestido me preparé para sentarme encima de él. Lo que no esperaba era que me detuviese y que sus manos agarraran el principio de mis medias y me las rompiese sin remordimiento alguno.

Mir bragas quedaron al descubierto.

—Caperucita, embustera... —dijo al mismo tiempo que se levantaba y de un tirón rompía también mis nuevas bragas de encaje blanco que tanto me habían costado.

No me dio la oportunidad de rebatir media palabra pues su boca comenzó a devorar la mía sin piedad. Mordiéndome mis labios, apretando mi trasero, frotando su sexo por mi estómago, haciéndome notar lo duro y preparado que estaba. Me agarró de la mano y dirigiéndola al bulto en sus pantalones me miró.

—Echaste de menos que te follara, ¿no? para eso no te soy insuficiente... —dijo entre agitado y rabioso.

Me aparté de su boca y mirándolo con toda la mala leche, quise separarme de él, cosa que no me permitió. Su mano golpeó mi nalga derecha arrancándome un gritito que ahogó de nuevo con su boca.

—No te atrevas a largarte como siempre, ahora vas a acabar lo que empezaste.

—¿Y quién te dijo que me iba a ir? —contrataqué con chulería.

Bruno no me dejó respirar ni dos segundos, pues se dedicó a atacar mi cuello sin piedad, succionando mi piel, mordiendo, lamiendo, marcándome como a él tanto le gustaba. Yo por mi parte me entretuve tironeándole del cabello, chupándole el cuello a su vez, reuniendo su sabor en la punta de mi lengua para degustarlo. Sus malvados dedos se metieron entre mis piernas, sin el impedimento de mis bragas.

—Mi idea era no dejar que me tocaras... —susurré a duras penas, cerrando los ojos y dejándome caer contra la puerta. Sus toqueteos me estaban matando—. Tenía que haberle amarrado, señor Ballester.

Bruno gruñó y como si levantase cosas más pesadas que yo cada día, me empotró contra la madera. Escuché el inconfundible sonido de una cremallera abriéndose y sin darme tiempo a reaccionar, entró en mí con rapidez. Sentirlo dentro fue como volver a la vida, como si lo que llevase haciendo durante todo esos asquerosos meses hubiera sido limitarme a existir.

—Joder... —Jadeó sin moverse siquiera.

—No te pusiste condón, Bruno... —le dije obligándolo a abrir los ojos y mirarme.

—¿Quieres que lo haga? —salió de mi interior, solo un poco, para luego embestirme con fuerza haciéndome chillar.

—Solo si estuviste con alguien...

—No me jodas, Caperucita... —Me cortó la frase cabreado—, sabes que no, sabes de sobra que no... ¿Y tú?

Negué con la cabeza y casi lloré de alegría al saber que no había estado con nadie después de mí, que no se había liado con ninguna mujer. Empezó a moverse con ganas, para unos segundos después rotar las caderas; encontrando ese punto que me volvía loca, rozando su perforación, haciéndomela notar y gemir con fuerza. Me volví a olvidar de todo, nuestro mundo paralelo de nuevo existía y no me lo podía creer. Estaba con él, con mi Bruno.

Agarré sus mejillas, apartándolo de mi cuello para hacerlo mirarme a los ojos. No le iba a decir que le quería, porque sabía de sobra que lo único que iba a conseguir era espantarlo. Pero eso no me paró a decírselo con la mirada. Nos besamos, con los ojos abiertos, me hizo suya como solo él sabía hacer. Marcándome los dedos en las caderas, en el culo, dejando huella en cada

porción de piel que tocaba, que besaba y mordisqueaba. Solo él podía reclamarme así, nadie más era capaz de hacerme ver que le pertenecía de aquella forma tan visceral.

Mi piel estaba erizada, mis piernas se tensaron, toda yo se tensó para luego con un grito que ahogué en su cuello me dejé ir sintiendo como él lo hacía segundos después. Todo había sido tan distinto y a la vez tan familiar que me daba miedo romper la conexión que teníamos. Pero no fue necesario, ya que Bruno lo hizo por mí. Me dejó caer sobre mis pies y me pasó un trozo de papel. No hablaba, solo se limitaba a hacer las cosas en silencio. Y aquello me estaba matando. Cuando terminó de vestirse, agarró mi barbilla para darme un beso posesivo, brusco, haciéndome daño en los labios.

—Sal después de mí, no vaya a ser que tu principito te vea salir del baño de hombres conmigo.

Y dejándome patidifusa salió del cubículo. Segundos después escuché la puerta del baño cerrarse tras de él. El silencio me envolvió, pestañeé intentando no llorar como una imbécil. Sabía que seguía enfadado, pero no me imaginé que sería un cretino de mierda.

Tras usar el baño, me deshice de las medias ya que por el gran agujero que me hizo, lucían unas buenas carrerillas por cada pierna. Ahuequé mi pelo y dando una larga respiración, salí del cubículo para luego hacerlo del aseo dándome de bruces con quien menos me imaginé. Alejandra salía del baño de mujeres y en cuanto nos encontramos me miró de arriba abajo.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo arrastrándome con ella, llevándome a los servicios para encerrarme en uno de los cubículos.

Sacó de su bolso una toallita húmeda y con brusquedad me limpió la cara y los labios, siquiera me había detenido a mirarme en el espejo a cerciorarme de mi aspecto.

—Ahora me vas a decir qué coño hacías con ese tipo en el baño —reclamó cruzándose de brazos—. Aunque ya me hago una idea, dado el tamaño de ese chupetón de tu cuello.

Bajé la mirada avergonzada y ella me obligó a mirarla, podía ver el reproche en sus ojos.

—Estás loca... Héctor está allá afuera, preocupado por ti mientras tú estás con otro haciendo... ¡joder, Camila, ni yo sería capaz de hacer algo así!

—Héctor y yo solo somos amigos, Ale...

—Un amigo que bebe los vientos por ti, que le encantas, que está deseando que le des una oportunidad para poder estar contigo, mientras que

tú prefieres estar con ese gillipollas que solo te quiere para follar. —dijo indignada. Me quedé callada, sin saber qué decir. A los pocos segundos suspiró y sacó de su bolso su maquillaje, para retocarme el rostro y tapar la marca de succión que me hizo Bruno en el cuello—. Mírate nada más cómo te dejó ese desgraciado. Camila, por favor, abre los ojos. No seas como esas tías que tienen un tipo decente rogando por entrar a sus vidas y prefieren estar con un mal nacido.

—Las cosas no son así —respondí mientras ella seguía arreglándose.

—¿No? ¿Y cómo son?

—Bruno no es un mal tipo. Él me dejó en claro que no buscaba enamorarme, fui yo la tonta que lo hice —dije rompiendo en llanto.

—Maldito gillipollas. Si él no ve lo especial que eres pues que se vaya a tomar por culo, ese tipo no te merece —dijo agachándose a abrazarme. Alejandra me secó las lágrimas y me instó a dejar de llorar para maquillarme—. Ahora sígueme la corriente, te quedaste aquí ayudando a una señora que se calló. No has estado follándote a ese escritorsucho de pacotilla, ¿entendido? —agregó cuando salíamos del baño de damas.

Asentí saliendo tras ella, preparándome para lo que vendría siendo el papelón de mi vida. Como prometió, Alejandra contó mi buena hazaña del día y Héctor se lo creyó con los ojos cerrados. No pude evitar sentirme muy mal por mentir, pero aun así mi masoquismo me hizo mirar hacia Bruno de reojo. Él parecía muy interesado en la conversación que le daba la pelirroja como para mirarme y eso me puso de muy mal humor. Mi rabia aumentó cuando pasaron los minutos y la situación permaneció igual, él en su mesa y yo en la mía, sin cruzar miradas.

Acabamos de cenar, si es que a eso se le podía llamar cena, porque me costó un montón comer. Héctor insistió en que pidiera postre leyéndome la carta detenidamente, pero es que no podía, simplemente no podía. Los cuatro nos preparamos para irnos y cuando pasé cerca de Bruno, conseguí lo que quería, que me mirara, pero solo unos segundos, lo que tardó en dirigir su atención a la mano de Héctor que se posaba en mi espalda baja, justo encima de mi trasero.

La noche llegaba a su fin, Alejandra hacía rato había pasado de la segunda base con Germán y eso que aún seguíamos en un lugar público. Quería irme de aquella discoteca y descansar, pensar las cosas con claridad. Ser consciente una vez más de lo que había pasado. Héctor me acompañó gentil,

se comportó como un verdadero caballero por lo que a mí se me partió el alma.

Cuando llegamos al portal de mi bloque, quise abrir la puerta cuando sus manos ahuecaron mis mejillas y sus labios se posaron contra los míos. La suavidad de estos, junto con la calidez de su cuerpo presionando el mío contra los cristales de la puerta, me hicieron saborear el momento, aunque solo fuesen unos ínfimos segundos. El beso se intensificó, dándole alas para ir más allá. Pero su tacto se sintió extraño, impropio, por lo que me aparté y lo miré muerta de la pena.

—Lo siento, Héctor... no puedo.

Él solo sonrió volviendo a unir nuestros labios y me dijo:

—Puedo esperar siempre y cuando te tenga como recompensa.

Se alejó, me dejó en mitad de la acera, pensando en sus palabras, solo en eso, porque el beso que me dio ni siquiera logre sentirlo como tal. Los besos para mí habían cambiado de significado, solo los de Bruno conseguían llenarme. Quizás algún día pudiese encontrar lo que él me dio en otra persona, que sí me correspondiese en todos los sentidos. En donde el sentimiento fuera mutuo y no por completo unilateral. El problema era que de solo pensar en estar con otro que no fuera él, sentía que me resquebrajaba. Tener que convencerme de que lo nuestro nunca ocurriría, que no podía jugar a eso de tener solo sexo con él porque me resultaba imposible no enamorarme, era... difícilísimo.

Capítulo 28

Bruno

Le di un trago hondo a la copa de vino tinto, dejando a mis ojos divagar por el patio de la casa de Clara y Pablo. Todo era justo como a ella le gustaba, los muebles, los árboles, las macetas colocadas en fila, los faroles en las esquinas... Ella era de ese tipo de mujeres que se creaban un mundo y su pareja vendría siendo un complemento, que solo añadía perfección a la cosmovisión que tenía para su vida.

Escuché la puerta corrediza abrirse. Me giré en esa dirección para encontrarme con Pablo que me miró afable, entregándome su copa de vino, para luego sacarse un paquete de tabaco del bolsillo.

—¿Te pasa algo? —Negué con la cabeza—. Pues lo parece, estás aquí sólo, lejos de todos con cara de estarle dando vueltas a algo —dijo encendiendo el cigarrillo.

—¿No se supone que los médicos no fuman? —le pregunté entregándole la copa.

—Se supone. —Sonrió brevemente y luego carraspeó—, Clara dice que te has puesto de mal humor por la chica rubia, la del restaurante.

—Coño... —Suspiré rodando los ojos al darme cuenta que mi mejor amiga no podía evitar ser comunicativa con su pareja—, no sé por qué me sorprende que sepas sobre ella.

—Sí, Clara me cuenta casi todo —dijo encogiéndose de hombros—, espero que no te moleste, aunque tampoco te creas que me emociona mucho estar al corriente de la vida del exnovio de mi futura esposa —puntualizó con un poco de antipatía.

—No me molesta, bueno, supongo que ahora tengo un amigo por extensión —dije alzando la copa—, enhorabuena —agregué sarcástico.

—Clara te quiere mucho, aunque si me lo preguntas, eso de ser amigo del ex no va conmigo —dijo dándole una calada a su cigarrillo.

—¿Cómo lo soportas? —pregunté honesto y su semblante pareció suavizarse como si al fin estuviéramos en sintonía.

—No lo sé, decidimos confiar el uno en el otro. La verdad es que se puede ser infiel en cualquier momento, yo acabo de estar varios meses fuera con esa oportunidad del diplomado —comentó encogiéndose de hombros—, no es que por pasármela en plan celoso la relación va a funcionar y no tendremos problemas de nada. Además, si te soy sincero me calienta un poco saber que

todos los tíos quieren con ella, pero a quien quiere es a mí, con quien se va a casar es conmigo.

—Yo no quiero nada con ella —aclaré.

—¿No? —preguntó dubitativo.

—No —dije sincero inhalando con fuerza—, ella para mí es solo una amiga desde hace más tiempo del que es conveniente confesarle.

—Brindemos por eso entonces. —Su copa tintineó con la mía y ambos seguimos bebiendo y fue como si esa tensión tácita entre nosotros desapareciera—. ¿Y ahora te gusta la rubia? Es muy bonita —dijo alzando las cejas.

—Sí, es muy bella. —Hermosísima, quise recalcar—. Y sí, me gusta, pero...

—¿Es complicado? —preguntó interrumpiéndome y se me hizo raro estar hablando de esas cosas con él y no con Clara.

—Sí, exacto.

—¿Quién de los dos lo hace complicado?

—¡Ella! —exclamé sin atisbo de duda—, aunque, yo también un poco. —dije sincerándome.

—¿Clara te ha contado de mi exnovia? —preguntó dándole un sorbo a su copa—, porque asumo que, si yo sé de tus cosas, tú debes saber de las mías.

—Sí, sí sé —dije y ambos hicimos una especie de mueca de desagrado—. Sé que no llevó bien vuestra separación y te acosó un poco.

—Cuando yo conocí a Nancy, me pareció que era estupenda, ¿sabes? Tan: le va a caer bien a mis padres, a mis hermanos, a mis sobrinos. Va a ser cariñosa, dulce conmigo, todo va a estar bien con ella y conforme nos fuimos conociendo todo parecía encajar de una manera natural. Lo teníamos todo en común, nos gustaban las mismas cosas, compartíamos profesión... Todo era medianamente perfecto. En serio, una mujer increíble.

—¿Pero? —dije dándole un sorbo a mi copa.

—No sé, ella empezó a hablar de matrimonio y yo... no, no quise. Teníamos tres años juntos, no había una razón de peso para dejarlo, solo que no, Bruno... no. Terminamos y cuatro meses después conocí a Clara, seis meses después ella dijo algo como que, me fuera haciendo a la idea de que si tenía hijos con ella serían pelirrojos y a mí me pareció una idea fantástica. No tenemos tanto en común, peleamos por tonterías, ella se pone muy intensa, mientras que yo soy muy tranquilo, pero eso está bien... Lo que quiero decir es que a veces la complicación es buena... —dijo encogiéndose de hombros

—. Olvídalo, estoy hablando gilipolleces.

—Ya entendí, tranquilo.

—Con esto no quiero decir que te tienes que aguantar todo, hay tías que son insoportables...

—Lo sé...—dije asintiendo.

—Solo que: analiza si sus complicaciones te resultan agradables y excitantes, o por el contrario te estresan, porque créeme, una mujer sin complicaciones como mi ex tampoco es bueno. Mira que cuando se vino a complicar al extremo fue después de que la dejé.

Asentí, mientras él le daba la última calada a su cigarro, apagando la colilla en un cenicero cercano y me invitaba a pasar. Adentro todo era algarabía, las chicas se reían escandalosas, pues contaban anécdotas de nuestra época universitaria. Así que, en vez de estar apartado, por lo que fuera que me provocase Camila en el cuerpo, cavilando en sus complicaciones, —esas que se desdibujaban cuando la recordaba con las bragas rotas y las piernas alrededor de mi cintura en el restaurante—, decidí unirme a la conversación. No tardé mucho en salir por ahí salpicado de los cuentos de Pilar que ya estaba un poco achispada por el vino, mientras esperábamos para cantarle cumpleaños feliz a Clara.

Esa vez no hubo Marbella, ni agua cálida, ni arena para tirarme a leer *El coño de Irene* mientras intentaba olvidarme de Camila. No hubo fiestas en la playa luego de que Sergio terminara de trabajar, pues estaba tomando fotos usando como set una de esas casas de alquiler para gente rica que vacacionaba por ahí. No estaba Bernardo haciendo chistes malos, bebiendo conmigo, instándome a verle el culo a tal o cual tía que iba pasando. En ese momento estaba solo, usando mi brazo de almohada, acostado en ese sofá en donde ella me llevo a su boca con su carita de querubín malogrado.

Miré la estancia con un abatimiento latente. Me había pasado dos meses intentando dejar de pensar en ella, para dejar que todo se volviera a ir a la mierda al acceder verla en los servicios de ese restaurante. Una palabra se repetía como un mantra en mi mente, sembrando una idea que se extendía como un tumor maligno invadiéndolo todo, entumeciéndome. Dejándome desvaído. Camila diciéndome insuficiente. Mierda, cualquiera pensaría que me había jodido el ego, pero en realidad solo me había destrozado... algo... adentro. Ya bien lo decía el dicho, debía pedirle a Dios que me librara de las aguas mansas, pues con las bravas podía solo.

El tema con Camila era que se me hacía bastante irresistible. ¿Qué hacía yo yendo a follármela a un baño? Sin contar la maldita coincidencia de verla justo donde menos me lo esperaba y en compañía de ese tío de nuevo. «Es solo un amigo» decía un mensaje en mi teléfono, pero la forma en que le puso la mano en la espalda al salir del restaurante no era de amigos.

Tenía días haciéndome a la idea de que no volvería a estar con ella para que viniera a provocarme así. Ni siquiera tuve la decencia de pensarlo, apenas la vi ponerse de pie supe que la seguiría y cuando leí su mensaje para que nos reuniéramos lo hice ipso facto. Clara me preguntó a donde iba levantando una ceja, se había percatado de la presencia de Camila y yo con sencillez la ignoré caminando hacia el baño.

Malvada mujer, follármela era tan, pero tan adictivo.

Molesto, intenté sacudirme esa imagen en mi mente que se repetía en bucle de ella jadeando con los ojos abiertos, mirándome de esa forma que me trastocaba, que hacía que me hirviera la sangre en las venas y quisiera darle contra la pared como ese día. Miré la erección en toda regla que se perfilaba en mis bóxers con rabia. El orgullo lastimado no me dejaba llamarla, era irónico porque el día anterior mandé a tomar por culo a ese sentimiento y caminé hasta el baño, le arranqué las bragas y me la follé con ímpetu, con gloriosas ganas de darle duro.

—¿Para qué la vas a llamar? —me dije.

Una voz en mi cabeza comenzó a elaborar una disertación puntual, ejemplificando que, así como ella me había escrito para que me la follara, pues yo podía hacer lo mismo. Getafe estaba a solo media hora. Podía ir, tocarle el timbre, follármela contra la puerta e irme, pero ¿qué solucionaría eso? Días después estaría igual que en ese momento, con el síndrome de abstinencia necesitando un poquito más de esa boquita de terciopelo. Lo mejor era dejarlo ir de una buena vez, porque ella me hacía mucho daño, me trataba como si fuese lo peor y eso era algo que no podía seguir aceptando.

Los días pasaron y la señora de la limpieza me preguntó si debía seguir sin tocar el espejo de mi cuarto con aquel mensaje en pintalabios, pues tenía mucho polvo. Le dije que lo podía limpiar y una sensación extraña me invadió el cuerpo. Era lo mejor, tenía que seguir con mi vida, así como de seguro Camila lo estaba haciendo con la suya. Terminé de responder un par de entrevistas que tenía pendientes, para después ponerme a revisar mi agenda con ideas. Sentía que había pasado ya suficiente tiempo sin escribir, debía buscar una historia interesante para investigar, obsesionarme con ella y

así expulsar los recuerdos que se arremolinaban en densas espirales en mi mente con el nombre de Caperucita.

Era injusto, fue ella la que siempre me señaló con sus malditos prejuicios de mierda. Tú esto, tú aquello, joder, y luego, contra toda lógica pretendía decirme que me quería. Su inconstancia era insoportable, entonces, ¿por qué coño seguía pensando en ella?! Me dije que debía olvidarme de esa malcriada para siempre. Así que me propuse a mantenerme ocupado, leyendo más, entrenando, saliendo con Sergio y Bernardo y dejándole claro a Odina y a Clara que no debían hablarme de ella.

Por eso cuando mi mejor amiga me llamó en tono dubitativo, asumí que algo había sucedido con Pablo o tenía una de sus crisis con la boda. Tuvo que post-ponerla por el diplomado de este, por lo que reorganizar todo la tenía estresada. Pero no, su titubeo se debía a que quería hablarme de Camila y una vez más, me sorprendí por la avidez con la que quería saber lo que fuese que tuviese que decir.

—Alguien le ha acusado de plagio.

—¿Qué? —pregunté incrédulo.

—Sí, es un tema bastante sonado en redes sociales y el chisme se está extendiendo como la pólvora. No dudo que en cualquier momento Odina se entere. Sé que me dijiste que no querías saber nada de ella, pero... No sé, pensé que querrías saberlo.

—Sí, tranquila —dije intentando parecer calmado, no obstante, me sentí preocupado. Ella era muy blandita, visceral y llorona. No me quedaba la más mínima duda que debía estar en plena crisis—. Cuéntame exactamente ¿qué pasó?

Clara me explicó que todo comenzó hacía un par de días, cuando una escritora de la misma plataforma de auto-publicación en la que Caperucita compartía sus historias, expresó su molestia cuando una lectora le indicó que su novela se parecía mucho a la de Camila Alcázar. La chica reaccionó poniéndose intensa, explicando que ella había publicado antes, por lo que si alguien se había copiado era Camila.

Con el paso de los días, la escritora comenzó a hacer posts en donde mostraba la evidencia de las similitudes en la trama. Camila había respondido que no conocía a la otra escritora, ni su obra y que las similitudes eran insignificantes. Pero la chica insistía, insistía e insistía, hasta tal punto de que había insultos entre las lectoras de ambas, cuestión que Clara asemejó a tonterías de críos de secundaria. No obstante, todo escaló cuando la otra

escritora le dijo que, si tan segura estaba de su inocencia, no le molestaría ir a debatir todo lo ocurrido en la radio, en ese programita de mierda al que fue Caperucita la vez pasada.

—El programa comenzará en una hora y media.

—Joder... pero si a Camila las entrevistas de radio se le dan fatal, ¿para qué rayos aceptó?

—No sé, solo quería contarte. Sé que a raíz de todo lo sucedido con ella te alejaste de tus redes sociales, por lo que no sabía si te habías enterado.

—Gracias, entraré a echarle un vistazo.

—¿Por qué no vienes a la tienda? Escuchemos el programa juntos, ven —dijo afable mi mejor amiga.

—De acuerdo, déjame que me cambie.

Conduje aprovechando la pausa de los semáforos para revisar los posts del perfil de Camila, en donde de vez en cuando vislumbraba alguna foto suya. Solo teníamos un par de semanas sin vernos desde lo ocurrido en el restaurante, pero al ver su imagen ahí en la pantalla, me pareció que había pasado mucho más tiempo. Cuando llegué a la tienda de decoración de la madre de Clara, ésta como si fuese una presentación de trabajo, comenzó a mostrarme las publicaciones de la chica explicándome lo sucedido.

—¿Vas a llamarla? —preguntó Clara mirándome de soslayo.

—¿Para...? —pregunté sin entender.

—Es obvio que estás preocupado por ella, de lo contrario no te tomarías la molestia de ponerte al día con todo lo ocurrido —dijo echándose hacia atrás en la silla del escritorio de la oficina.

—¿Y qué le digo? ¿Qué mal que alguien te acusé de plagio? —pregunté escogiéndome un poco de hombros.

—Bruno, ella te gusta, te gusta demasiado —dijo Clara muy seria. Mi respuesta fue dejarme caer derrotado en un sofá cercano llevándome las manos a la cara. Me sentía como un chaval tonto—. Y creo que la razón de eso es por su forma de ser. Eso de sé que eres peligroso, pero no puedo resistirme a ti, aunque lo intento no puedo. Y al mismo tiempo, a diferencia de otras mujeres no tuviste que explicarle de entrada que no se hiciera ilusiones contigo, ella ya lo sabía y eso es lo que le jode, saber que no ibas a corresponderle y aun así no poder evitar sentirse atraída a ti. Eso, eso te gustó. El que te encontrara irresistible. Admítelo.

—Tal vez —dije insustancial.

—¿Cuentas chicas te escriben? Porque te escribe todo tipo de mujeres.

Desde las tías que te dicen que les mojas bragas y se masturban pensando en ti, las señoras que te cuentan que le has revivido las ganas de follar con su marido. O las mujeres que te dicen que antes de ti vivían en guerra con su sexualidad, para luego afrontar que son seres sexuales, hasta las pseudo intelectuales que leen literatura erótica francesa del siglo pasado y podrían hacer una tesis sobre eso bebiéndose un cafecito contigo. Te ha escrito N cantidad de mujeres y a todas les agradeciste el apoyo, fuiste cordial, elocuente y ya. ¿Por qué con ella fuiste diferente? —dijo Clara alzando una ceja. Me encogí de hombros, negando conocer la respuesta—. Sí lo sabes, Bru.

—Vi su foto y me gustó. Me gustó que me dijera lo que opinaba de mí. Para variar era una opinión adversa, sin razón, pero adversa, al fin y al cabo. Además, se me hizo divertido, ella se tomaba todo muy a pecho mientras que yo me moría de la risa con su intensidad —dije intentando explicarme.

—Pues algo hizo la chica... —comentó haciendo un gesto con las manos que implicaba un «no sé»—. La verdad no comprendo por qué te gusta tanto, pero ni conmigo fuiste así. Creo que vale la pena que depongas tu orgullo y que por una vez en la vida seas tú el que se deje llevar. Si terminas con el corazón roto, pues... escribes una novela sobre eso.

—No es tan fácil. El problema es que ella me cree poquita cosa.

—¿Qué? —preguntó incrédula.

Proseguí a contarle todo lo que me había pasado con ella desde aquella vez en mi piso, la discusión, los gritos, todas nuestras vicisitudes.

—¡Qué desgraciada! —exclamó mi amiga—, qué pedazo de loca... —dijo quedándose pensativa—. Pero, hay un detalle por analizar.

—¿Cuál?

—Te la follaste en el restaurante, ¿verdad? —asentí y Clara abrió los ojos sorprendida—. Solo hay dos tipos de mujeres que se follan a un tío en el baño estando en una cita con otro, Bruno: las tías muy zorras, muy, pero que muy zorras, que les calienta saber que se las están follando mientras que otro tío está esperándole cerca. O una tía que está tan, pero tan enamorada que no le importa nada. ¿Cuál de las dos es ella?

Mi amiga se me quedó mirando como esperando que le respondiera, pero ¿qué iba a decirle? Con el tema del tío que decía que era su amigo siempre me pareció que era sincera, o no sé, tal vez estaba perdiendo facultades, al punto de no percatarme cuando me mentía. La verdad era que no, nunca describiría a Camila como una mujer de ese tipo.

—¿Si está enamorada entonces porque me trata así? —pregunté francamente confundido.

—No sé, no sé. Si algo tenemos las mujeres es que somos complicadas —dijo haciendo una pausa—, y en cuanto a ti, pues... Eres un tío atípico, Bru, eso lo supe desde que te conocí. ¿Sabes lo que darían las mujeres por estar con un hombre que satisface con el cuerpo y también con la mente? Vamos que, de tanto contarles a mis amigas de ti, apenas terminamos, las tenías en fila india para abrirte las piernas. Créeme, estás muy lejos de ser insuficiente.

Rodé los ojos.

—Tú misma me tratabas así —le reproché.

—¿Yo? —preguntó viéndose confundida.

—Sí, como si no tuviera lo necesario para hacerte feliz —dije honesto, sintiendo alivio por soltarle algo que desde hacía mucho debí decirle.

—Es que no lo tienes, pero eso no tiene nada que ver con que seas insuficiente. —La miré entre asombrado y confundido—. Yo quería cosas desde mucho antes que tú estuvieras listo para dármelas, sigues sin estar listo aun y eso está bien, cada persona va a su ritmo. Pero la verdad es que, Bruno, nos conocimos siendo demasiado jóvenes. Tú necesitabas quemar tu cartucho de juergas, mujeres, si yo te hubiese obligado a comprometerte conmigo, casarnos, probablemente ahora nos odiaríamos. Yo te deje ir, porque en un punto tú comenzaste a verme más como amiga que como novia. Y fue lo mejor... No te creas, mis relaciones después de ti no mejoraron mucho, pero mira —dijo sonriendo con auténtica felicidad mostrándome su anillo de compromiso—, pronto me caso con el tipo del que estoy perdidamente enamorada. —Suspiró—. Tal vez no tuviste lo necesario para hacerme feliz a largo plazo, pero mientras estuve contigo siempre lo fui, te lo juro, me hiciste muy feliz y lo mejor de todo, siempre me hiciste sentir muy especial. Tú no tienes nada de malo, Bru, ya te llegará tu momento y la mujer indicada, si esta chica no lo ve, es su problema.

—El tema es que ella me trató así y...

—Y la cagó —dijo interrumpiéndome—. Alguno de los dos va a tener que dejar el orgullo a un lado, pero por lo que parece, ella ya lo hizo, te buscó en el restaurante.

Quise quejarme sobre lo sucedido en el restaurante. Explicar que si Camila hubiese querido arreglar las cosas me habría dicho algo y no solo me hubiese buscado para que me la follara, pero la alarma del teléfono de Clara sonó. Iba a comenzar el programa. Mi amiga buscó el enlace en la web y me miró con

una ligera sonrisita, haciéndome rodar los ojos porque me estaba fastidiando por lo de Camila.

El programa comenzó, Daniela la locutora alargó la presentación de forma innecesaria, buscaba conmocionar a los oyentes con frases sarcásticas, insidiosas y francamente estúpidas.

—¿Cuánta gente escucha esta chorrada?

—Sus videos suelen tener hasta cinco millones de visualizaciones en *YouTube*, no sé cuántos escucharan en vivo.

—¿En serio? —Clara asintió.

En la vocecita de Camila escuché la angustia, Daniela no la dejaba hablar y cuando lo hacía, sus convicciones no parecían exhibirse de la manera adecuada. Titubeaba y aunque era valerosa puntualizando que nunca había leído la novela de la otra chica llamada Paola, y que aquello no era más que una mera coincidencia del todo fortuita, la realidad era que la otra chica hablaba con una seguridad aplastante. Aseguraba que sus lectoras estaban trabajando para que aquello se supiera en todas partes, Camila le había plagiado la novela y no sé cuántas otras estupideces. Señalaba de forma grandilocuente los puntos en que la trama coincidía, haciendo que Caperucita se desesperara más para especificar su mejor argumento, pues no negaba las coincidencias, solo aseveraba que nunca había leído la novela.

Vino la primera pausa comercial haciendo que Clara y yo nos mirásemos.

—Daniela es una cabrona, pobrecita Camila.

—¿Cómo comenzó todo esto? —pregunté intrigado, pues tras escuchar toda la discusión algo no me cuadraba del todo.

—Como te dije: una lectora de la tal Paola le alertó de que su trama y la de Camila se parecían.

—¿Podemos ir a la publicación?

Clara la buscó y leí con detenimiento. Nunca se mencionó en dónde le habían hecho el comentario, solo decía «una lectora me dijo» y me pareció que aquello era demasiado ambiguo. Buscamos la novela de la chica en la plataforma de lectura, no tenía tantas visitas como otras novelas de Camila y ahí fue que todo comenzó a ser más que obvio.

—¡Está tía solo está haciendo escándalo por cinco minutos de fama! —exclamé molesto.

—Sí, pero no ayuda que Camila no sepa defenderse —aseveró mi amiga.

Llamé a Caperucita, pero no contestó, intenté de nuevo y siguió sin contestar. Supuse que en su angustia en lo que menos pensó fue en tener el

móvil a la mano, de seguro lo había dejado en el bolso. Joder... sentí mucha rabia, odiaba sentirla así, tan desvalida. Entonces la recordé atada mientras yo le decía que tenía que ser más efusiva para defenderse.

—¿Hay alguna manera de hablar a ese programa? Camila no me contesta —dije intentando llamar de nuevo.

—¿Llamar? ¿Hablar ahí? Bruno lo siento, pero yo no sabría qué decir.

—Lo haré yo.

—Pero si tú nunca has dado una entrevista telefónica y menos radio en vivo —dijo anonada.

—Lo sé, busca el número. —Le pedí justo cuando volvían al aire.

Minutos después escuchaba a Clara hablar con lo que parecía ser la productora del programa. Le informaba que era mi manager y que me gustaría dar mi opinión al respecto al aire si era posible. No se negaron, de hecho, escuché cómo llamaba la atención de Daniela, pues titubeó un par de segundos.

—Producción me informa que tenemos una sorpresa —dijo la locutora haciendo una pausa—. Esto debe ser una especie de sueño o algo parecido, si me hubiesen dicho esta mañana que uno de mis escritores favoritos iba a llamar a mi programa no me lo hubiera creído —agregó con aborrecible entusiasmo.

—Hola, Daniela, ¿cómo estás? —dije fingiendo ser afable, aunque en realidad rodaba los ojos haciendo que Clara ahogara una risa.

Al otro lado se escuchó un grito que me hizo apartar el oído del auricular, pues un raro sonido se generó.

—Perdona, perdona, la emoción —dijo Daniela carraspeando—, Por favor Bruno, ¿podrías bajarle el volumen al dispositivo con el que estás reproduciendo el programa, para que no haga ruido y hablemos a gusto?

Conversamos un par de tonterías, ella no desaprovechó el momento para preguntarme sobre mi última novela: Sangre en las mejillas, una historia con tintes de suspenso, novela policiaca, con sexo explícito. Además de eso, no se hizo esperar la pregunta de siempre: «Por qué no solía dar entrevistas» a lo que yo contesté la misma respuesta fría y estudiada que solía dar en esos casos. Clara negaba con la cabeza, toda la situación era el sùmmum de la chorrada del siglo. Finalmente preguntó a qué se debía mi llamada.

—Pues tras escuchar el programa, solo quiero dar mi opinión y puntualizar un par de cosas si me lo permites.

—Claro, claro, adelante —contestó Daniela de lo más dispuesta.

Entonces hice una disertación comparando diferentes novelas famosas cuyo desarrollo de trama era parecido. No era secreto para nadie que existían las fórmulas literarias y de forma muy maliciosa hice ver que todo eso era un show barato para llamar la atención. Puse ejemplos e incluso señalé puntualmente cómo novelas actuales seguían la misma trama que novelas de la literatura victoriana.

Luego me dirigí a la tal chica Paola y le pregunté por un par de novelas, para saber si las conocía. Esta contestó afirmativamente a dos de ellas, ambas con una línea de trama con similitudes a grandes rasgos con la novela de Camila, ergo con la de ella también. Le expliqué ese punto, haciéndole ver de forma muy simple y sencilla que, si nos adheríamos al presupuesto que planteaba sobre plagio por coincidencia, era admitir que ella misma se había copiado de esas novelas.

La chica pareció ponerse nerviosa, buscó excusarse con excusas baratas, diciendo: «esto no es sobre mí, es sobre Camila». A lo que yo ataque diciendo que al contrario, todo era sobre su persona pues era quien estaba acusando y cuyos alegatos resultaban deficientes. Daniela buscó aligerar las cosas, entretanto yo intentaba mantenerme político.

Era evidente que estaba del lado de Camila, pero tampoco quería hacerle daño a la otra chica, aunque era lo más correcto, pues era una malintencionada. Habría sido muy fácil derrocar sus argumentos expresando algo como: ¿Por qué ahora? ¿Por qué no hace meses? La novela de Caperucita estuvo mucho tiempo en esa plataforma, ¿por qué justo cuando estaba publicada y con la primera edición vendida? Era obvio, ¡solo quería sus cinco minutos de fama a costilla de Camila!

Aquellas situaciones insidiosas las había visto muchísimas veces, pues Odina siempre estaba hablando de eso. A mí nunca me había sucedido y la verdad no comprendía cómo Caperucita había permitido que semejante estupidez llegara a tanto. Era obvio, su editor de mierda inservible y ella tan... tan ineficiente para defenderse.

—Te confieso que estoy por completo de acuerdo contigo, Bruno —dijo Daniela astuta, pues cuando aquello quedó visto como un vulgar circo estúpido pareció apenada—, pero ya sabes que somos un espacio para el debate y el dialogo.

—Claro, te entiendo —expuse de nuevo fingiendo que todo aquello no se me hacía por completo aborrecible—. El tema es que mientras algunas personas buscan imitar o emular a otros escritores, estos ya están

evolucionando. Creciendo, creando algo nuevo y mejorando. El que copia nunca alcanza. Nunca. Y puedo asegurarte de que ese no es el caso de la señorita Alcázar. Personalmente me leí su libro, puede que a nivel de trama tenga un par de coincidencias estructurales con la de Paola, pero vamos, ya te ejemplifiqué que eso puede pasar más de una vez. No obstante, sus diálogos están llenos de alborozo exacerbado y de una serie de emociones intrínsecas a la autora, que son producto de su personalidad, de la pulcritud de su prosa, pues siempre propende a generar con sus letras inequívocas razones para sentir. No he leído la obra de la señorita Paola y supongo que esta también será muy buena, pero ciñéndonos a la temática de hoy, es que no, no hay plagio.

—Bruno, siento que me has secuestrado el programa, esto parece más bien una clase de literatura —dijo con una risita Daniela—, mi productora me hace señas de que debemos hacer una pausa para publicidad, pero no quiero dejarte ir.

—Tal vez hablemos en otra ocasión —dije disimulando mi tono de condescendencia.

—Eso espero, si no yo misma acusaré de plagio a Camila para que vuelvas a llamar —dijo astuta soltando una risita, para después finalizar el segmento.

Corté la llamada para evitar seguir conversando con esa mujer. Estaba bastante asqueado de la situación.

—Dios, no puedo creerlo —dijo Clara llevándose las manos a la mejilla —, hablas tan bonito de Camila.

—Ya, Clara, ya —dije sintiéndome incómodo.

—¡Y la defendiste! ¡Grito de *fan girl*! —dijo cayéndome encima abrazándome—. ¡Me desmayo! ¡Esto es demasiado bonito!

—Deja de fastidiarme —insistí.

Tras lograr que me dejara en paz. Aprovechamos y fuimos a comer a una pastelería que estaba en el mismo centro comercial. La boda de Clara era en quince días por lo que me invitó a que comiéramos algún pastel grasiento, pues a partir del día siguiente comenzaba la dieta.

—Pero si estás flaca, mujer. —Mi amiga tenía uno de esos metabolismos que le permitía comer lo que le diera la gana, incluso podía comer más que yo.

—Sí, pero ya sabes, quiero hacerme una de esas limpiezas para verme radiante y sin hinchazón. Gracias por el vestido —dijo abrazándome, estampándome un beso en la mejilla.

Nos sentamos a comer o a tragar como decía la misma Clara, que intentó un par de veces sacar el tema de Camila, pero a mi tercera mirada de molestia lo dejó ir. No quería hablar de eso, no obstante, aquello sería imposible, Odina comenzó a llamarme. Tras ignorarle la llamada dos veces llamó a Clara.

—Tengo que contestarle, esa mujer es la que te pública y de ahí me queda el cinco por ciento de tus libros —dijo riéndose.

Escuché a Clara conversar con ella. La muy traidora admitió que estaba conmigo y le comentó que no quería hablar del tema pues ponía carita de crío malcriado. Rodé los ojos al escucharla decir todo eso. Odina aseveraba que de ahora en adelante debería dar entrevistas de radio.

—Dile que no, esto fue cosa de una sola vez.

—Y de la que no sacaste dinero —dijo Clara trasmitiéndome el mensaje de mi editora.

Clara comenzó a carcajearse y comprendí que esas dos demonios estaban hablando de mí, negué con la cabeza. Estaba muy viejo para tantas tonterías. Una hora después me despedía de Clara que decía que le dolía el estómago de tanto reírse y de tanto comer.

—Pórtate bien —dijo abrazándome con fuerza—, o mejor: pórtate mal, es lo que siempre te funciona —agregó dándome un besito corto en los labios.

—Siempre me porto bien —dije encogiéndome de hombros.

—¡En realidad sí! —exclamó justo antes de cerrar la puerta bajando de mi coche cuando le deje en su casa.

Apenas llegué a mi piso y cerré la puerta, me tiré en el sofá en donde estaba su chal blanco arremolinado entre los cojines, sintiéndome por completo agotado. Como si aquello me hubiese supuesto mucho esfuerzo físico, cuando todo había sido una gran tontería.

Justo cuando me instaba a defenestrar de mi mente de una buena vez por todas a Caperucita, mi móvil sonó, era ella. No sé porque no me paré a pensar en que todo aquello haría que ella se comunicara conmigo. Ni siquiera me detuve a pensar en si debía contestar o no, en momentos de tensión lo visceral se hacía presente eliminando cualquier duda.

—Hola —le escuché decir con su vocecita de llorona.

—Señorita Alcázar, ¿cómo está? —dije serio.

—Bien —dijo exhalando un suspiro entrecortado—. Gracias por lo de... por todo eso que dijiste en la radio, en serio muchas gracias.

—De nada.

—No sé por qué razón en primer lugar accedí a ir... —Camila parecía necesitar hablar del tema, así que le dejé—. Supongo que solo quería defenderme, pero de nuevo supieron arrinconarme —dijo irritada.

—Debiste llamar a Odina, necesitas contratar un agente literario o algo por el estilo.

—Quise manejarlo yo, Bruno. Por una vez quise defenderme —dijo haciendo una pausa—, pero cuando te escuché...

La voz de Camila se quebró y la escuché sorber por la nariz.

—No llores, Camila.

Me costaba mucho escucharla mal.

—Gracias por defenderme.

—No fue nada. No tienes nada que agradecer —insistí sincero.

—Sí, sí tengo, no encontraba escapatoria, estaba aterrada y tú... —dijo comenzando a llorar de nuevo—. Tú no das entrevistas y diste la cara por mí... ¿Por qué, Bruno?

Joder... mis cejas parecieron rozarme la línea del cuero cabelludo, nunca esperé que me preguntara eso. El motivo era simple, odiaba que alguien le hiciera daño.

—Porque te escuché pasarla mal, no quería que esta estupidez afectara tu carrera. Era obvio que esa chica solo se estaba aprovechando de ti para hacer polémica y atraer atención hacia ella.

La escuché dar un suspiro de decepción.

—Gracias por pensar en mi carrera.

—Tranquila, insisto, no fue nada —expresé una vez más con un impostado tono serio.

—También quiero decirte que lo siento mucho, siento cómo te traté en tu casa, en cómo me comporté en el restaurante... Pensarás que soy una...

—Camila, no he pensado nada —dije honesto. Ella seguía sin entender que yo no era del tipo de persona que la juzgaría por todo y mucho menos por vivir su sexualidad como le apeteciera.

—Es solo que no sabía cómo acercarme a ti, te echaba muchísimo de menos —dijo haciendo una pausa sorbiendo por la nariz—, aun lo hago. Siento mucho lo que te dije, no medí mis palabras. Dije cosas que no sentía realmente y me dejé llevar por los celos, sin entender que eres un hombre soltero... Que puede irse con cualquier mujer que quiera. —Y esa última frase la dijo con un tono amargo, como si aquello le resultara repugnante.

—Tranquila —dije meditabundo sin saber muy bien qué decir ante

aquello, me estaba dando la razón, pero en ese momento no sentí ganas de hacer eco de eso—. Yo también dije cosas que no debí. Discúlpame.

—No, Bruno... —Un suspiro de agotamiento salió de sus labios—. Tú dijiste lo que debías decir, yo me comporté como siempre. Alejándome de ti sin escucharte realmente.

—Si te soy sincero, no sé por qué coño siempre reaccionas de esa forma, no sé por qué me tratas así. No te he hecho nada —expliqué señalando su reiterada insensatez.

—Lo sé —dijo sollozando—, te juro que lo sé, es solo que tengo miedo, Bruno. Tengo pánico de lo que siento por ti, te dije que eras insuficiente para mí, cuando en realidad lo eres todo y soy yo la que siento que no podré ser suficiente para ti.

Y aquello no me lo esperaba, al punto que me tomó un par de segundos conseguir hablar de nuevo mientras la arritmia se hacía un lugar en mi pecho.

—Camila el problema es que me juzgas sin conocerme —expresé serio obviando lo último que dijo, pues ni siquiera me había detenido a pesar en el concepto de insuficiencia con respecto a ella nunca.

—Lo sé, sé que ese ha sido mi error, ¿podrías perdonarme?

Su voz se escuchaba consternada y eso me jodía mucho.

—Olvidalo, no hablemos más del tema. Tranquila.

—¿Crees que podríamos ser amigos en un futuro?

—Que yo recuerde quise ser tu amigo y tú nunca quisiste.

—¿Entonces eso es un no? ¿No me perdonas?

—Ya te dije que lo olvidaras, déjalo así, no tengo nada que perdonarte, ambos dijimos cosas que... Que no... Que no debimos decir —dije quedándome un poco a medias.

—Sí... No debimos decir esas cosas —dijo haciendo una pausa para sorber por la nariz—. Gracias de nuevo y espero... De verdad espero que te vaya bien en todo... No vuelvas a contestarle a ninguna loca que critique tus novelas —Y escucharla decir eso me hizo reír un poco, logrando el mismo efecto en ella—. Adiós, Bruno.

—Adiós, Camila, muchos éxitos para ti también.

Quise decir algo más pero no supe qué.

—Oye, Bruno... —Suspiró—, si algún día... Te apetece hablar, llámame, por lo menos para saber cómo estás, ¿vale?

—Vale —contesté más adusto de lo que planeaba.

—Un beso.

—Igual, Cami.

Esperé por si decía algo más, pero no lo hizo, por lo que separé el móvil de mi oído con un sentimiento agrisado encima. Sentí mis ojos húmedos, pestañee mirando en todas direcciones, llevándome los pulgares a las orbitas oculares. Me costó muchísimo despedirme de ella. En el fondo no quería hacerlo. No quería. Lo nuestro no era anodino, no lo era.

Las horas pasaron en un perpetuo estado de cavilación intolerable que yo intenté soterrar siendo indulgente conmigo mismo, comiendo pizza e insistiendo en terminar de ver *the night manager*, la serie basada en la novela de John le Carré, pero todo me daba igual. Me detuve a pensar en lo que me dijo Pablo, debía decidir si sus complicaciones me gustaban sí o no.

Sobre la media noche, tomé el móvil. Revisé su última conexión, era de pocos minutos atrás, tal vez correría con la suerte de que me contestara.

B: «¿Te gustaría tomarte un café conmigo?» —le escribí y el minuto que tardó en contestar, se me hizo eterno.

C: «Me encantaría».

B: «¿Te viene bien mañana por la tarde?»

C: «Déjame reviso mi agenda».

«Es broma, es broma».

«Sí puedo, ¿te parece a las seis?»

B: «Vale, a esa hora estoy en tu casa. Que pases buenas noches».

C: «Vale, buenas noches para ti también» —dijo agregando un icono de un beso.

Y concertar esa cita fue como si me quitaran un peso de encima...

Capítulo 29

Bruno

No estaba nervioso, solo estaba... emocionado. Tenía muchas ganas de ver a Camila. Apoyé la mano en el marco de su puerta y esperé a que saliera. Cuando abrió, me dejó anonadado, estático, entumido por un par de segundos asimilando su presencia. Lucía esplendorosa, bellísima en un vestido blanco cuya falda vaporosa a la altura de las rodillas, la hacía lucir como algodón de azúcar. Suave, rica.

No me miró a los ojos, miró mis pies y yo esperé hasta que no tuviera más remedio que mirarme a la cara. Los ojitos verdes brillosos hicieron acto de presencia, así como esos dientecitos de conejito en una sonrisita nerviosa. Le hice el favor de ser el primero en hablar, saludándola con un breve hola y mi mano en su cintura para luego depositar un beso en su mejilla. El suspiro entrecortado que brotó de sus labios fue para mí satisfactorio y sobre todo estimulante. Su mirada alelada, su respiración entrecortada eran por naturaleza un aliciente para mí, no obstante, decidí moderar mis impulsos.

—¿Nos vamos?

—Sí —dijo ella lamiéndose los labios ansiosa.

Apenas se giró a cerrar la puerta de su piso, mis ojos viajaron a su munificente culo que se perfilaba de maravilla en esa faldita. Yo a ese culo le había escrito muchos versos, todos llenos de adjetivos grandilocuentes así como él, solo que nunca se los dije, pero joder, qué buena estaba Caperucita. Más en esos tacones color rosa pastel que le hacían lucir unas piernas de infarto. Mmm... «¿Qué bragas traerá puestas?» pensé.

—¿A dónde quieres ir? Si nos quedamos aquí indicas tú a dónde vamos, de lo contrario escojo yo en Madrid.

—Hay un café cerca que me gusta bastante.

—Perfecto —dije haciendo una seña con la mano indicándole que la seguiría. Mientras bajábamos en el ascensor, de nuevo tuve que suprimir ese instinto que se me propagaba por el cuerpo cuando la veía, uno que me instaba a ponerla contra la pared y besarla—. Estás preciosa —agregué mirándola a los ojos. Se sonrojó ipso facto y sonrió haciendo un ligero encogimiento de hombros.

—Tú también estás muy guapo.

La ayudé a entrar en mi coche y partimos hacia el café. En un semáforo se giró a mirarme, estábamos extrañamente callados.

—¿Música en italiano?

—¿Qué tiene? —pregunté curioso, sonaba *Senza Fine de Gino Paoli*.

—Seguro eres un presumido hasta para la música.

—Ahí es cuando te equivocas... No, es broma, tienes razón. Sí lo soy — admití haciéndome el gracioso—. ¿Tú qué escuchas?

—Pues lo más seguro es que encontrará que mis gustos no son tan refinados como los suyos, señor Ballester. Me gusta el pop español, las baladas, las canciones de amor de Alejandro Sanz, Pablo Alborán y cosas así...

—Bueno, eso está bien... Mi amiga Pilar escucha bachata —dije abriendo los ojos en un gesto de desaprobación.

—Lo sabía, de seguro eres de lo más clasista y hablas mal de esa música por ser popular.

—No, no lo soy, me gusta el jazz.

—El jazz es música de gente pija —dijo girando a mirarme como si señalara lo obvio.

—Ahora, antes era considerada música de gente salvaje. Nació como confrontación de los músicos afroamericanos a la música europea. —Camila me miró pensativa—, igual eso no implica que no baile esas chorradas cuando estoy ebrio, —dije riendo y ella me siguió soltando una de sus risitas encantadoras—. Es solo que prefiero música con más contexto en sus letras.

—Vale, vale, disimula que eres un pijo al menos un poco.

Llegamos a la cafetería que tenía una de esas decoraciones típicas de lugar de fantasía para mujeres: muchos colores pasteles, estampados florales, grandes tazas de cerámica y esa aura de mediados del siglo pasado. Desencajando un poco con la estancia, sonaba en el hilo musical una versión instrumental de canciones de *Queen*.

—¿Te gusta esa canción? —pregunté curioso cuando sonaba *Bohemian Rhapsody*.

—Pues claro, a todo el mundo le gusta esa canción —respondió alejando la vista por un momento del menú. Pasando la prueba.

—Dicen por ahí que Freddy se inspiró en ella tras leer *El extranjero*, pero la verdad al respecto no está muy clara —expliqué para hacer conversación.

—Nunca he leído a Camus —dijo ladeando la cabeza—, ¿debería hacerlo?

—Mmm no sé, si tú quieres. Es de esos libros que todos dicen que hay que leer, pero el existencialismo no es para todo el mundo.

Pedimos un par de cafés, además de una tarta de queso con fresas para

compartir. Creo que ninguno de los dos estaba genuinamente interesado en la comida en ese momento. Por mi parte disfruté de todo aquello, de su indudable ansiedad y nerviosismo, en cambio para Camila la situación un poco tensa parecía ser una auténtica tortura. Se limitaba a hacer contacto visual conmigo por ratos y en cada oportunidad sus mejillas se pintaban de bermejo.

—Cuéntame de tu libro —dije para aligerar la tensión y que se relajara.

—Bueno, a mi editora Penélope le ha gustado y Odina ha dicho que sí, que lo van a publicar y está siendo un proceso muy interesante, estamos editando y con todo el tema del diseño de la portada, correcciones, mejoras, estoy muy emocionada.

—Qué bien, felicidades, pásamelo y le doy un vistazo como acordamos ese día —dije mirándola a los ojos y ella sonrió apartándome la mirada.

—Eso me gustaría mucho, gracias —dijo jugueteando con sus dedos.

—¿Este si es erótico en serio? ¿O es para monjas?

Camila me miró con una mala hostia que me hizo reír sin poder evitarlo.

—Eres...

—¿Qué soy? —pregunté divertido para provocarla/joderla.

—Eres un... eres un pervertido de cuidado —dijo viéndose molesta con ese semblante de malcriada tan suyo, mientras mi risa iba en aumento.

La camarera nos interrumpió trayendo nuestro pedido, así que me llevé la taza a los labios, mientras la examinaba con expresión furibunda hacer lo mismo.

—Vamos, no me has contestado.

Suspiró, para después inhalar aire profundamente. Se relamió los labios y haciendo un gesto de petulancia contestó.

—Pues sí, esta tiene un poco más de erotismo, sin embargo, es *e r o t i s m o*, que no sé si es que no tienes el concepto claro, porque lo tuyo es otra cosa —agregó presuntuosa.

—¿Pero qué tengo que ver yo con todo esto? De lo que estamos hablando es de tu novela —aclaré haciéndome el desentendido.

—Porque te conozco, la vas a leer y no vas a parar de hacer chistes de convento.

—Era una broma, Camila, las monjas también tienen derecho a la literatura —dije riendo y ella frunció el ceño negando con la cabeza hasta que empezó a reír también.

—Te odio. En serio —dijo fingiendo seriedad.

—Tienes que ser menos rígida para las críticas, Camila, no puedes estar tan... apretada —dije lascivo. Alzó una ceja mirándome con el rostro crispado—, ¿sabes qué pienso cuando leo tus escenas eróticas?

—Te escucho —dijo molesta llevándose una cucharada de tarta de mala gana a la boca.

—No, pero ya estás predispuesta a tomártelo a mal, así no se puede —expliqué y entrecerró los ojos mirándome como si le hubiese dicho una ofensa sin precedentes.

—Quiero saber —dijo tomando un bocado más de tarta.

Me le acerqué mirándola a los ojos y con el pulgar le quité restos de mermelada de la comisura del labio inferior, el cual acaricié por un segundo antes de retirar mi mano y lamerme el dedo. El gesto pareció desestabilizarla, sosegándola. Camila tenía propensión a molestarse rápido, a diferencia de mí, que tenía más aguante tomándome las cosas menos a pecho, o al menos, no exteriorizando tan fácil lo que sentía.

—Creo que te cohibes de escribir muchas veces lo que en realidad te apetece por miedo... No sé... Tal vez al qué dirán, o qué sé yo. El tema es que tienes que liberarte un poco, Cami.

—No sé cómo hacerlo —dijo tomando una porción de tarta, llevándola hasta mis labios la cual recibí—. La mayoría de las veces que estoy escribiendo esas cosas me entra una vergüenza terrible y termino aligerando todo.

—Aragon escribió que «*la idea erótica es el peor espejo. Lo que se revela en él sobre uno mismo estremece*». Hasta que no te aceptes a ti misma y a tu sexualidad, no dejarás de sentirte de esa manera con respecto a lo que escribes —dije muy serio.

—Para ti es fácil decirlo, tú puedes escribir lo que quieras. No sientes vergüenza por nada de lo que haces o dices en la cama.

—¿Y para qué carajo voy a perder el tiempo sintiendo vergüenza por algo completamente normal? Camila, los seres humanos nos reproducimos a través del sexo y somos de las pocas especies que tienen sexo por placer. Es algo intrínseco a nosotros y que no debería ser un tabú.

—Pero tú todo lo dices tan... —dijo quedándose a medias.

—¿Explícito?

—¡Sí! es demasiado... y usas un lenguaje demasiado... lo explicas ¡todo!

—Cada uno tiene su estilo, Camila. Parfraseando a *Jean-Jacques Pauvert* utilizar un lenguaje demasiado explícito no hace per se a una historia

vulgar u obscena, pues estas cualidades se encuentran en el sentimiento que se le imprima a la obra. Y mis novelas siempre tratan de evocar belleza, satisfacción, sensualidad, nunca están orientadas hacia lo pornográfico como tú siempre señalas, esto si tomamos en cuenta el concepto de pornografía que se maneja ahora, en lo relacionado a la industria del porno de internet. La explicitud no hace a una novela pornográfica, lo hace el sentimiento con la que se escriba, hacia dónde está dirigida, lo que pretende evocar y sobre todo, el contexto del sexo en esta.

—Supongo que sí, que me da pánico porque la gente no entiende que lo que está en el libro no necesariamente es lo que tú haces, o cómo vives, o sientes.

—Sí, por eso tienes que mandar a la mierda a todo el mundo y escribir para ti —dije con una sonrisa y Camila comenzó a reír—. Lo que tus personajes hacen no tiene por qué ser una expresión tácita de ti, por algo escribimos ficción, no puedes dejar que ese tipo de cosas te pongan un freno para lo que planeas expresar. Tienes que entender que lo que sí es inequívoco dejar presente en todo lo que escribas, independientemente del carácter que tenga, es tu estética, de eso es lo que te tienes que preocupar.

—Odio que tengas razón —dijo acercándose otro pedazo de tarta a los labios, sonriendo de mala gana.

Seguimos hablando un buen rato más de literatura, sobre las entrevistas que había contestado, así como otros asuntos de ese tipo, hasta que nos quedamos sin café y sin tarta.

Conduje a su casa sobre las ocho de la noche, le abrí la puerta del coche y la acompañé hasta su portal. Colocó la llave en la cerradura y tras abrir se giró hacia mí.

—¿Quieres subir? —preguntó mirándome con semblante nervioso.

Solo asentí, me pareció que decir algo era innecesario. Caminé siguiendo su estela que se dirigía al ascensor. Pulsó el botón de llamada y aguardamos, cuando éste llegó a la planta baja, me señaló que entrara primero. Acaté su orden, esperé a que marcara el número de su piso resistiéndome al impulso de dar un paso al frente, asirla por la cintura y encajar mi pelvis contra su glorioso culo que se perfilaba delicioso en la falda de ese vestidito virginal. Sin embargo, fue ella quien se giró hacia mí, mirándome de forma seductora. Se acercó rápido, sin darme más tiempo que para recibir sus labios.

Me empujó contra la pared del ascensor tal como ese día en el hotel cuando le vi por primera vez. La diferencia sustancial con aquella ocasión,

fue que no me resistí a su avance por un tema de consensualidad por su ebriedad. En ese momento la tomé con fuerza, pegándola a mí, dejando que mis manos se descalabraran por la curva de su cadera, apretando su trasero, entretanto notaba cómo abría la boca para dejar que mi lengua le explorara. Sus gemidos se atenuaban porque no le daba oportunidad ni de tomar aire, mis dedos intrépidos comenzaban a levantarle la falda cuando escuchamos un ruido que nos desorientó. Una fingida tos.

Ni siquiera nos percatamos que el ascensor se había detenido, o que se habían abierto las puertas, estábamos muy concentrados sintiéndonos. Una vecina de Camila fue quien nos sacó del ensimismamiento mirándonos de mala gana. Apenada se separó de mí y yo me paré detrás de ella para salir del ascensor y así evitar mostrarle a la señora el bulto en mis pantalones. Mortificada, caminó por el pasillo llevándose las manos a la cara. Cuando llegó a su puerta los dedos le temblaban y no podía colocar la llave en la cerradura. Se la quite prosiguiendo a abrir, haciéndola pasar.

—Solo nos estábamos besando, pudo haber sido peor —insinué gracioso tratando de restarle importancia al asunto. Camila se rio linda, sonrojada, muy pero muy bonita.

—Eres incorregible.

Estábamos en medio de la sala, todo se notaba muy ordenado, muy femenino como ella. Su piso tenía un olor floral y se sentía cálido. Había montoncitos de libros aquí y allá, detalles antiguos como un teléfono en la pared, le pregunté por ello y me dijo que el piso solía ser de su abuela por lo que había conservado muchas de sus cosas *vintage*.

La observé caminar hasta la cocina, agitada, se sirvió un vaso de agua y me percaté de su particular mascota en la encimera de la cocina. Un pez dorado en una pecera redonda que nadaba con placidez.

—¿Le puedo dar de comer? —asintió, así que desmenucé alguna de esas hojuelas deshidratadas de alimento para peces y lo vi abrir la boca engulléndolas—, no te imaginaba con un pez.

—Es bonito, me relaja verlo nadar —dijo mientras yo me lavaba las manos en el fregadero de su cocina para quitarme los restos de comida de los dedos.

Le acaricié la mejilla y le di un beso corto en los labios. Le quité el vaso y me bebí el resto del agua.

—Quiero ver dónde escribes.

—Eso es en mi habitación.

Alcé las cejas libidinoso y ella comenzó a reírse nerviosa negando con la cabeza.

—Ven, es por aquí.

La seguí por el pasillo, concentrado en mirar lo bien que le quedaba esa faldita, el vaivén de sus caderas o sus bonitas pantorrillas. Camila encendió la lámpara de la mesa de noche, una iluminación tenue me mostró que tenía una habitación con una decoración asociada a lo típicamente femenino: muebles blancos, paredes moradas, alfombras, cojines, velas aromáticas, repisas con libros, fotos, cuadros, sombreros, bufandas, todo muy prolijo y perfectamente colocado. Se sentó en su escritorio y fingió teclear como un robot haciéndome sonreír.

—Me gusta tu escritorio —sentencié—, todo es muy bonito aquí, como tú. —Me miró sonrojada y redirigió sus ojos hasta mis pies nerviosa—, parece una buena silla esta. —Aprecié colocando la mano en el espaldar de esta, era de madera maciza, con un brocado tallado en la parte de arriba, sin reposabrazos.

Camila se puso de pie y de nuevo me excitó verla nerviosa mordiéndose los labios. Di un paso hacia ella y le coloqué dos mechones de cabello detrás de las orejas que se le salían de la coleta alta en donde ondeaba su cabello rubio. Mis palmas se ubicaron lado a lado de su rostro en la pared, justo al lado del escritorio, quedándome ahí estático; disfrutando del murmullo musical de su respiración que se iba alterando a cada segundo que trascurría. La miré hondo, surfeando en sus ojos verdes, se notaba que le costaba mantenerme la mirada. Lo que para ella era un gran esfuerzo, en cambio para mí, prologar lo que en unos segundos sería inevitable, se me hizo de lo más estimulante.

—¿Recuerdas que hace meses atrás te dije todo lo que te iba a hacer después que saliéramos y viniéramos a tu piso? —Camila se sonrojó y pestañeó echando el rostro a un lado, en dirección opuesta al mío—, ¿Qué es esto? ¿Una invitación para que te bese el cuello? —pregunté dando un paso hacia delante escuchándola suspirar, soplando aire caliente en su piel—. ¿Recuerdas que te dije que por ti haría una excepción y te besaría despacio? —murmuré en su oído, decidiendo que no le tocaría de inmediato, la tentaría un poco más—. Que te mordería los labios para que los abrieses. Incluso te advertí que me costaría mucho ser delicado, pero que por ti haría el esfuerzo. ¿Lo recuerdas? —dije tomándola de la barbilla para obligarla a mirarme.

Di un paso más, acortando la efímera distancia entre nuestros cuerpos,

empotrándola contra la pared, escuchándola jadear en acto reflejo. Camila posó sus manos sobre mis brazos como si necesitara sostenerse.

—Sí, lo recuerdo —respondió con la voz entrecortada.

—Entonces también recordarás que cuando te pregunté si estabas mojada y te pedí que te tocaras me dijiste que no hacías eso —dije con una sonrisa canalla, acariciándole el muslo sobre la tela del vestido con la punta de los dedos, haciendo que su cuerpo diera un ligero respingo—. Y mírate ahora, deseosa de que siga.

—Tú también estás deseoso de seguir —dijo mordaz haciéndome esbozar una sonrisa licenciosa.

—La diferencia, Caperucita —expliqué tomando su mano llevándola a mi entrepierna—, es que yo nunca he ocultado que me la pones muy, pero muy dura. De que me gusta follarte y comerte el coño o mejor aún, verte con mi polla en la boca. —Dejé su mano ahí y volví a la tarea de subirle el vestido escurriendo la mano entre la falda. Sus muslos estaban calientes, jadeó apenas mis dedos hicieron contacto con sus bragas húmedas—. Mientras que tú, pretendes negar que tu coño se retuerce cuando me tienes cerca.

Mi otra mano viajó a su coleta, le jalé el cabello obligándola a mirarme. Sus ojos crepitaban flamígeros, su semblante era enigmático o más bien contradictorio, justo como me gustaba verla, entre excitada y contenida. Entonces, canalla, levanté la tela de sus bragas y le acaricié los labios húmedos de arriba abajo, dejando resbalar mis dedos una y otra vez entre ellos sin apuros, disfrutando de su rostro crispado, de esos jadeos que buscaba apresar mordiéndose los labios. La asedié, aumentando el ritmo de mis caricias presurosas logrando que fuera inexorable que gimiera.

Le pasé la lengua cargada de saliva por la mejilla, bajando por el cuello. Después de eso la sentí laxa, aún más dispuesta. Mis dedos apretaron su clítoris, acariciándolo con insistencia, logrando que sus jadeos se volvieran una melodía inequívoca. Camila era muy pero que muy sensible, así que me detuve porque no se me antojaba dejar que se corriera tan rápido.

—Ese día, me colgaste después de darte cuenta de que me habías calentado con tus jueguecitos. Te sentiste apenada porque las chicas buenas no hacen esas cosas, ¿verdad? —Asintió con la cabeza levemente. Llevé mis manos a su espalda buscando la cremallera, la bajé despacio y levanté la falda del vestido sacándoselo del cuerpo, dejándolo caer en el escritorio junto a nosotros. Jadeó al sentir la pared fría contra su piel—. Tal parece que no se te da nada bien ser una chica buena cuando estás conmigo —dije para

provocarla, observándola de arriba abajo en un conjunto de lencería blanca de encaje, que la hacía lucir jodidamente deliciosa.

—Ya no quiero ser una chica buena —susurró sorprendiéndome gratamente. Escucharla decir eso me hizo sonreír libidinoso.

—¿No?

—No.

Negó mordiéndose los labios, haciendo que mi pene se hinchara más, si era aquello posible. Llevó las manos a mi cuello desabotonando mi camisa, abriéndola hasta quitármela. Pero eso fue todo, pareció que hasta ahí le llegó el coraje. Bajé los tirantes de su sujetador y enterré la cara en el resquicio de sus pechos pasándole la lengua, succionando la piel de estos, enrojeciendo todo a mi paso mientras ascendía hasta sus labios. Levanté su muslo, encajándolo en mi cadera agachándome levemente para atraerla hacía mí con ambas manos, apretando con absoluta impaciencia su munificente culo, restregándome contra ella: duro y excitado; estimulándome con el roce. Camila jadeó buscándome la boca, me besó enfervorizada, me encantaba sentirla así.

—Sabes, a las chicas buenas se le dan azotes cuando se portan mal, pero a las chicas malas se les dan de premio. Arrodiállate en la silla —dije dando un paso atrás para dejarle espacio—, coloca las manos en el respaldo.

Camila obedeció domeñada. Se veía preciosa solo en ropa interior con los tacones de aguja. Pase el dedo índice por su espalda siguiendo el rastro de su columna vertebral, logrando que ella se moviera temblorosa de ansiedad, jadeando. Me excitó hacerla esperar. Le baje las bragas justo hasta dejar al descubierto su turgente trasero, la obligué a arquearse flexuosa y acaricié su piel nívea llenándome el tacto con su sedosidad. La azoté haciéndola gemir de la impresión. Acaricié la dermis ebúrnea que de inmediato se tiñó de un ligero color rosa.

Otra nalgada y ella jadeó de nuevo incontinente. La sostuve por el cabello, obligándola a tener la cabeza hacia delante, a permanecer arqueada, sinuosa, divina... ¡Joder!

Mis azotes indelicados se multiplicaron, viéndose acompañados cada vez por sus jadeos descontrolados. A Caperucita le ponía aquello y a mí me encantaba ver cómo su munificente culo se sonrosaba bermejo.

Mi mano se deslizó por su vientre, escurriéndose ahí, entre sus muslos. Sus jadeos no se hicieron esperar cuando hundí dos dedos en su coño, haciendo un movimiento de adelante hacia atrás, buscando tentarla y llevarla

hasta un abismo irrefrenable de lujuria. Me gustaba sentirla temblar, mientras me perdía entre la profusa humedad de su coño.

Me abrí los pantalones con la otra mano, sentía mi glande palpitar dolorosamente. Me masturbé dándome alivio por un segundo, para luego posicionar las piernas de lado a lado de la silla en donde aguardaba Caperucita de rodillas por mí. Me agaché situándome entre sus pliegues ardientes.

—¿Me quieres dentro?

—Sí... —dijo asintiendo sin resuello, juntando los labios con desesperación.

La penetré despacio, no quería hacerle daño. La encontré como siempre, acogedora, jodidamente húmeda, haciéndome sentir su excitación. Con cada centímetro que colonizaba su coño se abrazaba a mí, haciéndome respirar salvaje. Hundí los pulgares en sus caderas y la apreté con fuerza contra mí.

—Coñito de vicio, coñito de vicio... Qué buenas estás, Camila. Estás para follarte toda la puta noche.

La penetré en ese instante con fuerza, comenzando un vaivén descontrolado en donde nuestros cuerpos encajaban de forma inequívoca haciendo que su exuberante culo chocara con mi pelvis una y otra vez.

Posicioné una mano en el respaldo de la silla y otra en su cintura para tener mayor estabilidad y me la follé con fuerza. Camila jadeaba descontrolada mientras yo le mordisqueaba la nuca. Su sexo se contraía delicioso a mi alrededor, todo era placer, calor, sus gemidos eran puro gozo. Bajé el ritmo y le abrí el sujetador, haciendo que éste cayera lánguido por sus costados. Pegué mi pecho a su espalda, maximizando el contacto, apreté sus pechos, pellizqué sus pezones haciéndola gritar. Deslicé los dedos por su abdomen, hasta acariciar su monte de venus, encontrándome luego con su clítoris hinchado.

—Vamos a hacer que te corras por ser tan buena —dije a su oído.

Presioné con alevosía, acariciándolo, siguiendo el ritmo de mis penetraciones. La sentí contraerse profusamente, latía desaforada, jadeando escandalosa, jalándome consigo a sus profundidades húmedas. Camila se corrió entre fuertes espasmos aferrándose a la silla conmocionada. Paré separándome de ella, la ayudé a erguirse poniéndose de pie junto a mí, se notaba aturdida, con el rostro contorsionado por el orgasmo. Me lamí los labios y la atraje contra mí besándola, se me antojaba así, con esa sensualidad tan propia suya, con esa carita de querubín malogrado.

Me saqué los zapatos de un puntapié y me terminé de quitar la ropa. Me agaché deslizando su ropa interior que aún pendía de sus muslos, esta cayó entre sus tacones. Me besó el pecho y se fue agachando hasta arrodillarse frente a mí. Como siempre, le tomó un par de segundo tomar coraje para tocarme, sus dedos siempre trémulos me acariciaron despacio, hasta conducirme a su boquita de terciopelo haciéndome proferir un gruñido hondo. Resultaba que Caperucita tenía habilidades orales innatas, me aniquilaba con esa lengua, me embargaba con la tibieza de su aliento cálido, con su profusa saliva. Hacía estragos con cada succión haciéndome zambullir en la más profunda lujuria, porque la expresión de Camila mientras me la chupaba me aumentaba la libido hasta el techo.

Se separó de mí por un segundo, alzando el rostro para mirarme buscando mi validación, el tema era que cuando hacía eso me aniquilaba, me volvía loco. Le follé la boca un ratito a mi gusto, perdido en esa expresión lujuriosa que me regalaba.

—Ven, ahora quiero tu coño otra vez —dije ayudándole a levantarse.

Tomé asiento en la silla y la ayudé a posicionar un muslo a cada lado de mis caderas. Camila se sentó sobre mí, haciéndome entrar muy, pero muy despacio, cuando ganaba un centímetro, subía la pelvis retrayéndose, apartándose, dejándome con ganas. Hasta que para mí fue ineluctable más contacto. La jalé por las caderas, logrando que se empalara de golpe.

—¡Agh! —gritó mirándome molesta.

—No me pongas esa carita que haces que me ponga malo —dije aferrando mis manos a su culo para obligarla a subir y comenzar a balancearse sobre mí.

Jadeó cuando tosco me llevé sus pechos a la boca, mordiendo sus pezones, succionando con desespero. Se aferró a mis hombros buscando apoyo, comenzando un movimiento oscilante sobre mi miembro a su propio ritmo.

—Me gusta cuando tú me follas —dije a su oído. Me miró, pareció que el comentario le excitó porque comenzó a moverse serpentina, rauda, jadeante —. Joder... así, fóllame así, Camila, qué buen coño tienes.

La tomé de las caderas haciendo que sus movimientos fuesen más pronunciados. Me senté más al borde de la silla y dejé caer mi espalda contra el respaldo, haciendo que ella tuviera más espacio para que su pelvis se rozara insistentemente con mi hueso púbico. La animaba a seguir, me tenía a punto sintiéndola apretada, mojándome todo.

Sus uñas se clavaron en mi espalda, en mi pecho, jadeó impetuosa,

pronunciando más sus movimientos sinuosos, arrastrándome con ella que se corría de nuevo, succionándome con su coño divino, joder... El orgasmo me rectó imparable por todo el cuerpo, generándome un estado de abatimiento del que no conseguí salir, sino hasta muchos segundos después, cuando el clímax largo y torturante se terminó de disipar. Ella me abrazó agotada. Nos besamos con la respiración entrecortada, todo había sido muy intenso.

—Vamos a acostarnos —le pedí.

La ayudé a ponerse de pie siguiéndola hasta la cama. Abrió la colcha y me dijo que me recostara que ella ya volvía. Sus sábanas eran suaves y sus almohadas olían a miel. Varios minutos después ella salía del baño en un bata de seda.

—No, no, así no, te quiero ver caminar desnuda en tacones, anda —rogué. Camila enmudecida negó con la cabeza entretanto se sonrojaba como solo ella lo hacía—. Por favor, te quiero ver —dije incorporándome, colocando las manos detrás de mi cabeza para asegurarme una buena visión al estar erguido—. Por favor, Cami —agregué meloso.

Su garganta se movió, de seguro tragó hondo. Se lamió los labios en un gesto para nada estudiado, pero que a mí me calentó un montón, luego se los mordió nerviosa y cerró los ojos negando con la cabeza hasta que volvió a abrirlos. Camila adoptó un semblante de seriedad y se abrió la bata sacándosela por completo, guindándola junto a unas bufandas en la pared. Se enderezó y caminó erguida hacia mí en un contoneo femenino precioso.

—Joder, ¡qué buena estás!

Camila después del sexo siempre se veía radiante, con sonrisita de chica pícara, pero con un cuerpo de mujer de piernas largas y bonitas, caderas anchas, culo de infarto y pechos preciosos, toda ella era hermosa.

Caminó rápido y se sentó presurosa junto a mí cubriéndose con la colcha. Tenía todo el rostro crispado, el cuello, las orejas, todo enrojecido. Se sacó los zapatos y terminó de entrar a la cama, cubriéndose la cara. Buceé en su búsqueda, la manoseé dejando que mis dedos perpetuaran las más impúdicas caricias. La besé con absolutas ganas, lamiendo todo a mi paso.

—¿Otra vez? —preguntó cuándo notó mi erección contra su vientre.

—Sí, para que notes lo que lograste con esa caminata —dije en su oído, abriéndole las piernas, hundiéndome despacio en ella.

—Mmm Bruno... —dijo jadeante abrazándome las caderas con los muslos.

—Me encanta tu coño, sentir cómo me arropas con él —dije mirándola,

obteniendo suspiros en respuesta. Le alcé las caderas con las manos y ella resopló jadeante, sí, así le gustaba más—, ¿notas lo duro que me pones?

—Sí —consiguió decir cerrando los ojos, pero abriendo los labios jadeando sonrosada.

—Dime que te gusta sentirme adentro.

—Me encanta...

No sabía por qué estaba tan hablador esa noche durante el sexo, solo sentía una necesidad de verbalizar las cosas para que se diera cuenta lo mucho que la deseaba. Nos llenamos de besos consonantes, satisfaciendo esa necesidad epidérmica de rozarnos con insistencia, disfrutando de nuevo del acople de nuestros cuerpos. Sintiendo cómo resbalábamos por el sudor y la arritmia que se hacía presente para ambos, ante el estremecimiento de nuestras fibras y el hervor en la sangre, convulsionando de placer.

Permanecemos mucho rato abrazados. Su espalda contra mi pecho, nuestras piernas entrelazadas lánguidas, entretanto mis dedos resbalaban por la piel sedosa de su abdomen. Disfruté de su calor, obviando el dolor que se me presentaba en el abdomen bajo por el esfuerzo. Ambos estábamos agotados.

—Mi mejor amiga se casa en tres semanas —dije de pronto—, me gustaría mucho que me acompañaras... Bueno, espero que podamos durar todo ese tiempo sin pelear.

—No quiero pelear más —dijo girándose hacia mí, besándome con dulzura.

—Camila... —dije tomándola por la barbilla, acariciándole con los dedos la mejilla—. Yo no sé qué es esto, pero te juro que tengo muchas ganas de descubrirlo, solo necesito que me des tiempo para hacerlo —expresé sincero mirándola a los ojos.

Me miró con ternura asintiendo, dándome un beso... y así empezamos.

Capítulo 30

Razones para no odiar a Bruno Ballester

Tres días sin verle y estaba a nada de poder remediar eso. Me había enviado un mensaje hacía quince minutos avisándome que estaba saliendo de Madrid. Diez eternos minutos con todos sus segundos llevaba mordiéndome las uñas impaciente, andando de un sitio a otro en mi casa, ordenando sobre ordenado y aun así no conseguía tranquilizarme.

Estaba por darle de comer a Pepo, mi pez, por sexta vez, cuando el timbre sonó y casi chilló de la emoción si mi mano no hubiera sido tan rápida en taparme la boca. Corrí como tontita, haciendo que mis tacones repiquetearan en las losas del suelo. Pulsé el botón para abrirle la puerta de abajo, sin mirar por la cámara y cuando llegó a mi planta mi sonrisa decayó un poco, pero solo un poco, al ver el gran ramo de rosas rojas que portaba aquel hombre desconocido.

—¿Camila Alcázar?

—Sí.

El señor uniformado de azul y con una sonrisa tirante, —como si odiara su trabajo—, me entregó una carpeta y un bolígrafo para que firmase la entrega. Lo hice y me cedió el ramo para luego largarse sin decir adiós siquiera. Me llevé aquella maravilla hacia mi cocina, mientras olía el delicioso aroma de las rosas.

Las coloqué en la encimera y rebusqué entre las flores hasta encontrar la nota. Me llevé una desilusión al ver que no eran de Bruno, si no de Héctor. Que con toda la buena intención me invitaba a cenar ese fin de semana. Sonreí ante el gesto tan tierno, enterrando la nariz entre los capullos de rosa al mismo tiempo que mi timbre sonaba por segunda vez.

Esa vez sí fue mi Bruno, que con ansias me agarró de las caderas y me besó como si no hubiera mañana. Aquella era su manera de decirme que también me echó de menos. A veces tenía que pestañear más de dos veces seguidas para asegurarme que todo era cierto, que no estaba soñando, que el señor Ballester me estaba besando con aquellas ganas que hacían que me temblara el cuerpo.

—Hola, Caperucita —dijo sonriendo dándome un último piquito.

—Hola, mi lobo feroz —dije con picardía haciendo que él mordiera mi barbilla en respuesta.

Aquello le hacía verdadera gracia y entre risas me dio un azote en el culo

entrando en mi casa. Me pidió un vaso de agua y automáticamente su mirada calló en el ramo de flores que adornaba la barra de mi cocina en cuanto entramos en ésta. No dijo nada, solo se quedó ahí mirándolo, por lo que yo fingí no darme cuenta de nada.

Dio un par de pasos hasta el ramo, mientras yo seguía en mi actuación de servir ese vaso de agua como si fuese la cosa más entretenida del mundo. Me quedé con la botella de agua fría entre las manos, viéndolo buscar con la mirada la nota de quien me lo envió. Cuando la encontró, procedió a leerla y para qué negarlo, disfruté cómo su ceño se fruncía con cada palabra leída.

—Me lo envió Héctor —le dije como si fuera lo más normal del mundo.

La verdad era que me hacía gracia verlo celoso por nada. De sobra sabía que ese hombre no era más que un amigo para mí.

—Sí, te invita a cenar —dijo dando un paso hacia atrás dejando de mirar la nota que pendía entre las rosas.

—Ya lo sé, he leído la nota también.

Le entregué el vaso de agua, pero él lo soltó junto al fregadero sin beber un sorbo. Se fue acercando a mí, apresándome contra el frigorífico. Su mirada ardiente taladraba la mía, su mano posesiva comenzó a arrastrarse por mi muslo derecho sobre mis vaqueros, levantando la camiseta hasta colarse bajo ella y acariciar la piel de mi costado.

Su mano llegó hasta la curva de mi seno pero no llegó a tocarme más allá de ahí. El habla se me cortó, mis ojos se cerraron inconscientemente y un suspiro tembloroso se me escapó de los labios de frustración. Me apreté clavando los dedos de la otra mano en mi trasero, atrayéndome hacia su cuerpo duro, besándome con ímpetu. Su lengua parecía no tener otro objetivo que enroscarse con la mía dejándome desarmada. Cuando se detuvo me miró, su semblante era duro, áspero.

—¿Estás celoso? —pregunté echando la cabeza hacia atrás. No dijo nada, nada en absoluto. Dio un paso atrás, recogió el vaso de agua y se lo bebió completo de un solo trago—. No voy a salir con él, Bruno. No como algo más que un par de amigos.

—Yo no he dicho nada —dijo haciéndose el desentendido.

Y no pude evitar reírme, él estaba celoso, pero no iba admitirlo. Lo agarré del cuello de la camiseta y sin decirle nada más lo besé, mordiendo sus labios, acabando con aquella ridícula no discusión.

—¿Qué te parece esa? Me dijiste que tu vestido era de ese mismo color ¿no? estaríamos conjuntados —dijo hablando sobre una pajarita.

Siquiera le presté demasiada atención a lo que me dijo. Estábamos en el centro comercial de tiendas en el barrio de Salamanca, buscando una camisa y una corbata para la boda de Clara, pero mi atención repetidamente recaía en observar en lo bonitas que se veían nuestras manos unidas en cada reflejo de los escaparates por el que pasábamos. Era tan normal, que parecíamos haberlo estado haciendo durante años. Su mano abarcaba la mía casi tragándosela por completo, su piel bronceada en contraste con la mía, la calidez de esta. Las imperceptibles caricias de su dedo pulgar en el dorso de mi mano... y sobre todo, de lo segura que me hacía sentir ese gesto, era como si me dijera: yo te llevo, yo te cuido.

—¿Me estás escuchando?

Pegué un brinco al darme cuenta de que, una vez más, me había quedado como una estúpida mirando nuestras manos en el reflejo y lo miré al mismo tiempo que me sonrojaba hasta las orejas.

—Sí, solo estoy un poco despistada.

Rodó los ojos divertido y tirando de mí me llevó consigo pasando por más tiendas. Me avisó que entraría a la farmacia, se había quedado sin pasta de dientes.

—¿Te quedas en casa hoy verdad? —dijo tomando un champú de miel como el que yo usaba y un cepillo de dientes.

Me causó gracia ya que yo llevaba un cepillo de dientes de viaje en el bolso y podría usar su champú. Aquel detalle hizo que mi corazón se ensanchara de dicha. Pero recordé algo que me daba mucho fastidio a la vez que me moría de vergüenza por confesarle.

—Bruno... estoy en esos días del mes que yo no... que nosotros no podemos... —me quedé con las palabras al aire, intentando explicarle que mejor no me quedaba con él.

Bruno paró en seco y con el ceño fruncido se posicionó frente a mí, desvié la mirada en cuanto la vergüenza trepó hacia mis mejillas.

—¿Necesitas que compre tampones también?

—No, no, no... solo decía que...

—¿Qué estás insinuando? —dijo interrumpiéndome—. ¿Que solo te invito a mi casa para follar o qué? —Agarró mi barbilla con una mano mientras que con su otro brazo me rodeaba y atraía hacia él—, podemos hacer infinidad de cosas juntos. Ver películas, leer, pedir comida a domicilio, conversar... No

todo es sexo Camila, por Dios, no puedes ser así de lujuriosa —explicó en tono de chiste haciéndome reír—. Me gusta mucho estar contigo.

Y como si no hubiese hecho que mi pecho se encogiese y me dieran ganas de llorar de amor, se giró caminando hacia la caja para pagar. Al salir, tiró de mí hacia una tienda de ropa masculina de marca. No me hizo falta ver el precio para saber que aquella ropa costaría un ojo de la cara, pero ya que la ocasión lo ameritaba no iba a ser yo la que le dijera nada.

—Espero que me hagas un pase de modelo solo para mí —dije coqueta.

—Como guste, señorita Alcázar.

—Vaya, qué honor —dije con gracia haciendo una floritura con las manos.

Nos dirigimos al probador una vez eligió camisas y diferentes corbatas. Yo me quedé en un silloncito blanco a esperar que se pusiera el primer conjunto, en cuanto se abrió la cortina tuve que morderme el labio inferior para no saltar sobre él y devorarlo. Llevaba una camisa blanca con corbata negra sencilla, aun así, estaba para comérselo.

—¿Qué te parece? —preguntó abotonándose uno de los puños de la camisa y se observaba en el espejo tras de mí.

Me crucé de piernas haciendo que sus ojos las devorasen aun estando cubiertas por mi pantalón. Había algo en ese movimiento que lo traía de cabeza, eso o le gustaban en sí.

—Estás guapo, pero me gustaba más la corbata borgoña.

Sonrió y volvió a entrar solo para ponerse la que le dije. Cuando salió de nuevo me levanté hacia él, con cariño le saqué bien el cuello de la camisa y rehíce el nudo de la corbata. Solo por el placer de tener las manos sobre él.

—Está demasiado comestible para su propio bien, señor Ballester.

Sus manos viajaron hacia mis caderas y de un certero jalón me atrajo contra sí con fuerza.

—No me digas eso, Cami, podría hacer que me la chupes en este probador y me daría igual que nos pillasen.

Acaricié su cuello sin dejar de mirarle la boca que se me antojaba de lo más deliciosa. Lo besé y me alejé sentándome en el sofá porque no quería hacer ningún espectáculo delante de la dependienta.

—No, no lo harás. Pruébate la azul quiero ver cómo te queda.

Y con una sonrisa de lo más perversa se dirigió de nuevo al interior del cubículo. No pasó desapercibido para mí el bulto que le presionaba contra la bragueta, cosa que me hizo sonreír bobalicona.

Después de comprar lo que necesitaba para la boda, nos dirigíamos hacia la salida cuando su teléfono sonó en el bolsillo de sus pantalones. Sin soltarme de la mano y sin dejar de andar hacia donde tenía el coche aparcado tomó la llamada y en tono amable saludó a la persona que le hablaba.

—Hola, Jazz.

Mi respiración se atoró. Era una mujer y viendo la familiaridad con la que le hablaba, era bastante conocida por él. Sin poder remediarlo me puse celosa perdida.

—Lo siento, no puedo. Ya... no, ya te lo acabo de decir. Estoy con Camila... —Se quedó escuchando lo que le decía—, sí, esa Camila—. No me pasó desapercibido que ya le había hablado de mí y con ese simple gesto mis celos se esfumaron y mi sonrisa creció en mis labios—. Que te vaya bien, suerte en Paris. Adiós, Jazz.

Colgó el teléfono y caminamos callados hasta que llegamos al coche. Entonces Bruno antes de cerrarme la puerta me besó en los labios, provocando que mis ojos se cerrasen por inercia y todo nerviosismo desapareciese por arte de magia. No hizo falta que explicase lo ocurrido, tampoco lo necesitaba. Me había dejado todo claro sin siquiera mediar palabra.

Esa noche, después de una cena riquísima, nos pusimos a ver la serie de HBO, la cual Osman me había recomendado ver hasta la saciedad. Vestía una camisa de Bruno a modo de pijama y sonriendo como una tonta me arrebujé en su costado. Ahí a su lado empecé a darme cuenta del miedo que me embargaba sentir de la manera que lo hacía. Era como vértigo, como mirar un acantilado sabiendo que iba a caer por voluntad propia. Pero teniendo constancia que sería una de las mejores experiencias de mi vida. Bruno era mi acantilado, me llamaba a tirarme en plancha, sin red, solo con él como seguro.

Decidí no darle más vueltas al asunto y dedicarme a acariciar su brazo a la vez que él pasaba distraídamente sus dedos por mi cabello húmedo, pues había tomado una ducha.

—Espera, ¿no se va a morir, cierto? —dije justo cuando a Ned Stark le ponían de rodillas.

—Tu móvil está sonando —dijo poniendo en pausa la escena.

Agarré el teléfono de encima de la mesa y observé el nombre que parpadeaba en la pantalla. Suspiré con pesar antes de levantarme.

—Es mi madre, dame un segundo.

Caminé hasta la habitación de Bruno y cerrando la puerta contesté. Desde que le conté que había empezado a salir con alguien, me llamaba más seguido de lo normal por las noches, cosa que me molestaba un poco. No necesitaba de su vigilancia.

—¿Sí, mamá?

—Camila ¿dónde estás? He estado llamando a tu casa y no contestas, ¿qué haces tan tarde fuera?

—Mamá... —Empecé a protestar antes que ella siguiera hablando.

—¿Estás con ese muchacho de nuevo?

Y el tono que empleó al hablar de él me cabreó, apreté los dientes por tal de no soltarle una mala contestación.

—Sí —dije simplemente.

—¿Y no te parece que ya va siendo hora de que regreses a tu casa?

—Pero si solo son las diez —dije sin crearme lo que me decía.

—Camila recuerda que, si la vaca da la leche gratis, nadie la compra.

—Mamá por favor —dije exasperada.

—Tú veras... después no vengas llorando cuando te usen y te dejen.

—Si eso llegara a ocurrir, tranquila que no iría a ti llorando. Buenas noches mamá, ya hablamos.

Y sin esperar nada más, colgué profiriendo un gruñido. Me quedé mirando el teléfono sorprendida de mí misma, nunca le había hablado de esa manera. En realidad no quería hacerlo, pero me ponía de los nervios que fuera así. Como si yo siguiese siendo una niña pequeña, en vez de una mujer de veinticinco años. Estaba de mal humor, hablar con ella siempre era así. Diciendo cada frase como si fuera un disco rayado, me las sabía de memoria y las más famosas: «los hombres no quieren a las mujeres facilonas», «tienes que darte a respetar. Tienes que ser una mujer de bien, pura» y siempre remarcando esa última palabra. Para mi madre seguramente yo aún seguía siendo virgen o algo por el estilo y la verdad en todos esos años nunca quise sacarla de su error. Lo prefería así. Y aunque sabía que su pensamiento era retrogrado y en exceso machista, a veces no hacía más que hacer que creciera la duda en mí; siempre estaba ese miedo latente a decepcionarla, a no ser la señorita decente que crio.

«No Camila, no, a la manera de tu madre hiciste las cosas por mucho tiempo y no es como que ninguna de tus relaciones anteriores llegara a algo», pensé.

Me dije que era tiempo de hacer las cosas diferentes, no podía volver a caer en lo mismo de siempre, asustarme, fastidiar a Bruno con mis rollos existenciales e irme a casa a llorar SOLA. No, yo quería estar con él, ser feliz con él. Estaba decidido, seguiría con eso, porque a su lado me sentía dichosa, mientras que sola en casa siendo la niña buena que mi madre y mi abuela querían que fuera solo estaba amargándome. Era tiempo de hacer las cosas por mí y para mí, porque yo quería, porque así lo decidía. Si salían mal, pues que salieran. Algo que aprendería, algo que viviría por mí misma. De errores se aprendía y mientras que no pasase, disfrutaría al máximo.

Salí de la habitación dispuesta a dejar todo aquel mal rollo atrás, sentándome a horcajadas sobre Bruno. Quería besarlo, quería besarlo mucho. Sus labios llenos llenaban mi boca, me encantaba succionárselos uno a uno y luego volver a empezar. Su boca era adictiva para mí, como lo era su tacto, su cuerpo, todo él. Cada uno era el vicio del otro y eso me hizo sonreír a mitad del beso. Bajé hasta su cuello para lamerlo como tanto me gustaba escuchándolo jadear y apretar mis caderas queriendo atravesar mi carne.

—¿Caperucita no vas a ver si matan a Ned Stark?

—Es el protagonista, obvio no lo pueden matar —dije volviéndolo a besar, esta vez subiendo hasta su mandíbula, raspándome con su barba.

—Ay Cami... —dijo riéndose—, no sabes nada de la vida —agregó atrayéndome para besarme en los labios.

—Camila, ¿quieres dejar de mover la maldita pierna? Me estás poniendo de los nervios y como sigas te haré el delineado hasta la oreja.

Alejandra atrapó mi pierna loca entre sus muslos mientras pasaba el *eyeliner* por mi párpado izquierdo.

—¿Qué quieres que haga? Cuando estoy nerviosa tiene vida propia, no puedo pararla.

—Pues como lo haga yo, no podrás andar en tres meses —protestó con ese buen humor que ella tenía siempre.

Sin embargo, eso me hizo sonreír.

—Intentaré mantenerla quieta, ¿Cuánto falta?

—Solo un poco —suspiró rodando los ojos con fastidio. Se giró para coger el pincel y pasarlo por el lagrimal en leves toques. A saber, lo que esa mujer estaba haciéndole a mi cara—, por qué no te entretienes en contarme cómo te va la vida con pene perforado.

Casi me atraganté con mi propia saliva al escucharla llamarlo así y más

viendo sus cejas subir y bajar con picardía. Me ponía de los nervios pensar que en algún momento tendría la indiscreción de soltar semejante sobrenombre delante de Bruno.

—¡No le digas así! —Ella rió y siguió maquillándose como si no le estuviera matando con la mirada—, y si te refieres a cómo me va con Bruno... —La sonrisa de idiota me delató cosa que la hizo resoplar—... ¿Qué?

—No hace falta que me digas nada más, con esa mueca estúpida de encoñada que tienes cada vez que hablas de él, me doy por enterada. Pero yo lo que quiero saber es de cómo folla, que mucho de «lo quiero, lo amo», pero no sueltas nada sexual.

—No voy a contarte eso, eres una cochina, pervertida...

—Sí, lo que sea. Pero tu cutis ha mejorado bastante estos últimos meses.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Dejó de pasar la brochita por mis labios y me miró con las cejas alzadas. Como si mi pregunta hubiera sido de lo más estúpida.

—Vamos a ver, Cami. Se te ve radiante, tu piel, tu rostro, toda tú resplandece. A mí no me engañas, ese hombre te tiene que dar por todos lados y no contento con eso, más de una vez al día.

La miré anonadada, sintiendo cómo un calor sofocante subía por mi cara que seguramente con el colorete ya puesto en mis mejillas parecía una bombilla de navidad encendida.

—¿Pero por qué eres tan...? Tan...

—Dios, no sé ni para qué gasto mi tiempo preguntándote. En algún momento dejarás esa mojigatería y empezarás a hablar de sexo sin tapujos. No es malo decir que Bruno te folla bien, Camila. Soy tu mejor amiga de toda la vida, como tu hermana. ¿A quién si no, le cuentas esas cosas?

Se giró guardando su maquillaje en los distintos maletines que traía consigo y me sentí mal por un segundo. Tenía razón, no podía seguir así, sin poder hablar con naturalidad de algo tan... normal.

—Bueno vale, te contaré.

Se giró con una sonrisa tan grande que casi rompía su cara en dos. La muy... Se estaba haciendo la indignada cuando en realidad sabía que iba claudicar y le diría.

—Lo hace... muy bien ¿contenta? En todas partes de la casa, de todas las posturas posibles y repetimos cuando se requiere repetición. Ya, es lo máximo que podrás sacarme por ahora.

Tragué saliva y desvié la mirada lejos de su cara, estaba avergonzada como también desahogada. Quién iba a decir que hablar de sexo con una amiga y más si era bueno, iba a ser tan...

—Wow... ¿Y dónde coño consigo yo uno de esos?

Solté una carcajada haciendo que ella me siguiera. Estuvimos riendo, tonteando hasta que Bruno llegó a buscarme. Viéndome ya vestida y maquillada un suspiro entreabrió sus labios y si no fuera porque se percató de la presencia de Alejandra a mi espalda seguramente se hubiera abalanzado sobre mí sin importarle arruinar mi maquillaje y peinado.

—Por mí no te cortes, cuñadito, pero como le dañes el maquillaje te enteras de lo que vale un peine—dijo ella con gracia haciendo que Bruno riera.

—No te prometo nada, no sé cuánto podré aguantar —le dijo a mi mejor amiga para luego mirarme de nuevo—. Estás preciosa.

Le sonreí y me acerqué a él para darle un pequeño besito sin casi tocar sus labios. Pero él no contento con eso, me atrajo hacia sí por las caderas y me plantó un beso de película. Haciendo que aleteara mi corazón, si eso fuera posible.

—Esto es mejor que ver una peli porno. Sigán, sigán...

Me alejé de él cuando su mano ya apretaba mi culo con ganas, antes de que hiciéramos una locura. Nos despedimos de Alejandra y aguantándome la risa le di otro beso cuando estuvimos dentro del ascensor. Él miraba mi boca con hambre, sin apartar las manos de mi cintura, apretando y acariciando la zona, como si quisiera ir más allá pero no se lo permitiera.

—Quiero follarte desesperadamente, aquí, subiéndote ese precioso vestido, haciendo a un lado tu ropa interior... —dijo arrastrando las palabras. Mordí mi labio, sin dejar de observar sus ojos oscuros. Siempre se ponía así cuando teníamos varios días sin vernos.

—No harás eso, tenemos una boda a la que asistir. Si te portas bien a lo mejor te dejo besarme más tarde.

—A la mierda la boda...

Reí y golpeé sus manos haciendo que me dejara libre. Salimos del cubículo y suspiré deshaciéndome un poco del calor que sentía. También tenía ganas de que me hiciera todo lo que decía, pero desgraciadamente su mejor amiga me odiaría por hacer que Bruno faltase al enlace.

Al entrar al coche recibí un mensaje de Alejandra: «Me alegra que te estés dando la oportunidad de hacer lo que quieras. Vive tu romance con pene

perforado de acuerdo con tus propias convicciones, no a las de tu madre, que ella ya se casó, hizo su vida como quiso, ahora te toca a ti». Le respondí que la quería mucho y miré a Bruno con cariño.

El trayecto fue tenso debido a mis nervios, pero agradable a la vez. No paraba de mirar lo guapo que se veía en su traje a medida, aquel perfume que inundada el coche me hacía suspirar cada tanto y eso parecía hacerle verdadera gracia. Cuando llegamos a la iglesia de San Manuel y San Benito, me preparé mentalmente para lo que venía. Me iba a enfrentar a sus amigos, seguramente a su hermano y estaba que me moría de miedo. Su mano se posó en la mía justo cuando iba a abrir la puerta así que no tuve más remedio que mirarle.

—¿Estás bien?

—Nerviosa —confesé ganándome un besito en la nariz y una sonrisa comprensiva de su parte.

No dijo nada, solo salió del coche, lo rodeó y me abrió la puerta para ayudarme a salir. Cogidos de la mano, nos dirigimos al tumulto de gente que se aglomeraba en la puerta esperando a que le dejaran pasar para dar comienzo la ceremonia. El novio estaba por allí, lo supe porque su traje negro y la flor blanca en el bolsillo del chaqué lo delataban. También me di cuenta de las miradas de alguna que otra mujer, por lo que inconscientemente me arrebujé en el costado de Bruno y miré hacia delante con la cabeza bien alta.

Bruno me llevó hacia un grupo de chicos y tocó el hombro de uno que iba vestido con un traje azul marino. En cuanto se giró, creo que mi cara se drenó de color. Era su hermano. Lo reconocí de aquella vez en el restaurante y cómo no, de la inoportuna videollamada donde me vio en ropa interior. Su ceño se frunció y una sonrisa tirante me hizo ver que no le agradaba mucho mi presencia.

—Sergio, Bernardo, os presento a Camila —dijo resuelto. Reparé en el chico de pelo castaño y sonrisa engréida que estaba al lado de Sergio —, Camila, éste es mi hermano y un amigo.

—Hombre, la famosa Camila —dijo Sergio dándome un beso en cada mejilla.

Aquel hombre era guapísimo a más no poder, tenía mucha semejanza a Bruno como sus ojos, la nariz y la espalda ancha. Pero el pelo era menos castaño que el de su hermano y menos ondulado. Y algo me decía que era igual o más picaflor que el propio Bruno.

—Sí, la *mina* de la tanga de *Kitty*... —bromeó el otro haciéndome

avergonzar más si cabía.

—Bernardo... —El tono de advertencia de Bruno le hizo alzar las manos en son de paz antes de adelantarse y darme los dos besos reglamentarios.

—Encantada de conocerlos.

Ambos asintieron y Sergio se quedó mirando a su hermano y me pareció sentir cierta desaprobación de su parte hacia mí. Sin embargo, Bruno lo ignoró, me colocó la mano en la espalda y me condujo para saludar a más gente. La novia llegó una vez estuvimos sentados dentro de la iglesia. Estaba preciosa, aquel cabello de fuego contrastaba con el blanco impoluto de su hermoso vestido de corte sirena y el velo larguísimo que le caía sobre la enorme cola de encaje. No me esperé la sonrisa que me dedicó haciéndome devolvérsela.

La ceremonia siguió su curso, los novios dieron el sí quiero y aunque no me tocaban nada, a punto estuve de llorar como una tonta viendo el amor que se profesaban. Me pregunté sin querer, cómo sería verme en su postura. Viéndome vestida de blanco, observando al amor de mi vida decirme aquellas palabras tan bonitas. Deseché la idea cuando vi que era soñar demasiado. Si algo tenía que aprender a partir de entonces, era a dejarme llevar, valorar lo que tenía. Y en ese momento solo quería sentir la mano de Bruno apretando la mía. Lo demás podía esperar.

Capítulo 31

Razones para amar a Bruno Ballester

Tomé un sorbito de agua de la copa que me habían dejado sobre la mesa, tenía la garganta seca de tanto hablar, pero no importaba, estaba tan feliz, que aunque me quedara ronca no pararía. Era más sonrisa que mujer, de eso estaba segura.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con dulzura, destapando mi bolígrafo rosa con incrustaciones de cristales en miniatura.

—Lorena —contestó sin dejar de sonreír y sus manos no pararon de temblar de emoción.

Abrí el libro y estampé mi firma con una linda dedicatoria en la primera página, ella agarró el ejemplar como si llevara un tesoro el cual quisiera proteger con su vida. Apenas era una chica de veinte añitos, con su cabello ondulado, esos ojos chispeantes llenos de ganas de comerse el mundo sin atreverse a dar el paso y esa ingenuidad que tanto me sonaban. La abracé, queriendo darle el apoyo que a mí me hubiera gustado que me dieran. Me había dicho que ella también escribía cuentecitos para niños y que algún día quería verse publicada como yo.

—Todo se consigue luchando y no rindiéndote, hazlo siempre por ti y para ti —le aconsejé haciendo que ella me sonriera más y sus ojos se humedecieran un poco.

La despedí cariñosamente, aprovechando de mirar a mi alrededor los distintos *stands* con otros autores. Todos hacíamos lo mismo, atendíamos a nuestros lectores y firmábamos libros. Miré al frente para recibir a la siguiente lectora, aun había muchas personas en la fila frente a mi mesa. La feria estaba a rebosar. Un guiño de ojo y una sonrisa proveniente de una esquina, me provocó un inmenso regocijo. Le devolví el gesto a mi lobo y seguí firmando cada uno de los ejemplares que me colocaron enfrente, conversando con alegría con todo el que llegaba.

—¿Te apetece ir a tomar una copa después de esto? —me preguntó una compañera escritora, una vez acabó la firma.

—Claro, termino aquí y me reúno con vosotras.

Ella sonrió y se despidió de mí con un amago. Una vez acabé, alguien tiró de mi mano hasta llevarme tras el cartel que habían puesto para el evento. Bruno me sonreía desde su altura y no pude hacer más que ponerme de puntillas y besarlo.

—Voy a ir con las chicas a tomar algo, esta noche nos veremos —le dije peinando su cabello con los dedos.

—Pero yo te quería ya, ahora mismo, en casa y no salir.

Sus manos amasaban mi trasero sin intención de parar de hacerlo.

—Me apetece beber algo con ellas y hablar cosas de mujeres.

Aparté sus zarpas de mi culo y con una sonrisa perversa llevé mi mano a su pecho, arañando la superficie aun teniendo la camiseta de por medio

—Esta noche, lobo feroz... seré toda suya.

—Llevo días sin verte, esta noche no te dejaré en paz...

—Eso justamente es lo que me apetece, que no me dejes en paz —dije con coquetería—. Nos vemos esta noche

Me puse de puntillas una vez más para darle un último beso y me di la vuelta para irme, no sin antes escucharlo decir:

—Feliz aniversario, descarada...

Le guiñé un ojo y me fui, estaba deseando que llegara la noche para poder felicitarlo como me apetecía realmente y no sería con simples palabras. El caminó hasta otro *stand*, conociéndolo los revisaría todos.

A la luz de las velas pude disfrutar del brillo malévolo de sus ojos, de la picardía impresa en su boca que, aunque acostumbraba a verla siempre, aún me hacía desestabilizar. Comíamos con gusto un plato de vieiras con romesco, degustando ese saborcito lejano a almendras y pimientos ñoras, mientras que el vino blanco hacía lo propio en mi paladar. ¿Quién me iba a decir que acabaría apreciando su sabor?

Era un día para celebrar nuestro primer aniversario de novios y aunque podía decir que todo fue un camino de rosas, no siempre fue así. Pero por suerte encontrábamos ese equilibrio, saltando cada obstáculo que se interponía entre nosotros.

—¿Ya te dije que estás preciosa con ese vestido? —dijo de pronto dejando a un lado el tenedor y el cuchillo, dando por terminada su cena.

Sonreí y con total parsimonia limpié mis labios de cualquier resto de salsa. Levanté el pie, una vez me descalcé, hasta encontrar su rodilla y antes de poder seguir con mi exploración su mano agarró mi tobillo parándome.

—Me lo has dicho como diez veces, pero puedes decírmelo todas las que quieras —contesté mirándole a los ojos.

Sonrió perverso y con delicadeza acarició mi empuje y mis dedos haciéndome erizar completa. Estábamos rodeados de personas, cada cual a lo

suyo, mientras que nosotros parecíamos estar solos por completo.

—¿Desde cuándo dejaste de ser una chica buena, Cami?

—Sigo siendo buena —dije protestando haciéndome la ofendida. Quise deshacerme de su agarre, pero no me soltó, en cambio, acercó la planta de mi pie a su entrepierna para hacerme notar que comenzaba a empalmarse.

—No empieces cosas que no podrás acabar en el momento, Caperucita. Aún queda el postre y quiero probar la tarta de chocolate.

En ese momento el camarero se materializó a nuestro lado y aunque quise apartar mi pie de encima del miembro de mi novio, este no me dejó.

—¿Desean postre? —preguntó.

Me sonrojé al pensar lo que estaba pasando bajo el mantel de la mesa, porque el muy desvergonzado estaba moviendo mi pie acariciándose a sí mismo sin ningún pudor, haciéndome sentir cómo se endurecía más.

—Tarta de chocolate —contestó Bruno sin dejar de taladrarme con la mirada.

El camarero me miró esperando una respuesta de mi parte.

—Póngala para llevar—le dije haciendo que Bruno soltara una risotada y el camarero se marchó a hacer lo que le ordené.

—¿Qué hiciste en el bar con las chicas? —preguntó dando el último sorbo a su vino.

Me encogí de hombros y en un despiste aparté mi pie de su entrepierna, estaba empezando a acalorarme de más. Dejé caer la barbilla en mi mano, apoyando el codo en la mesa, queriendo parecer pensativa. Bruno alzó una ceja.

—Cosas de mujeres, te lo dije esta mañana, igual que vosotros habláis de vuestras cosas que en su mayoría son de culos, tetas y coches.

Soltó una risa al aire haciendo que varias personas se voltearan a ver. Se inclinó hacia delante y sentí cómo su mano llegaba a mi rodilla solo cubierta por una fina media y acariciaba la zona con delicadeza.

—Qué poco sabes de la vida... También hablamos de fútbol —dijo sarcástico, pues si algo tenía claro ese lobo era su capacidad de generar conversaciones estimulantes. Procedió a acariciarme de forma ascendente, pero debido a que nos separaba una distancia considerable no pudo ir más allá—. De todas formas, no pretendas que ustedes las mujeres no hacen lo mismo.

—Pues por supuesto, claro que hablamos de hombres y de culos también. —Alcé las cejas sabihonda ganándome un pellizco en juego de su parte.

Una vez el camarero volvió con la tarta en el interior de una bolsita, pagamos y salimos del restaurante para luego andar hacia el coche. Era de noche, el aparcamiento estaba oscuro y solitario, así que no me lo pensé dos veces. Lo apreté contra la puerta del coche y gracias a la altura que me daban mis tacones pude devorar su boca a placer. Automáticamente sus manos viajaron a mi culo, apretándome contra sí con ansias de meterse en mi interior.

—Podrían vernos en cualquier momento... —dijo besando mi barbilla, mordiendo mi cuello, bajando una mano hacia mi muslo y deslizándola hacia arriba arrastrando mi vestido con el movimiento—. Hay cámaras de seguridad... Podrían estar viéndonos ahora mismo cómo nos besamos y metemos mano... —Gemí cuando sus dedos alcanzaron el vértice entre mis piernas, acariciando mi sexo por sobre la tela húmeda de mi ropa interior—. Parece que eso te excita ¿no es así? Lo malo es... —Su mano se fue alejando y protesté al mismo tiempo que su sonrisa se ensanchaba—. Que a mí no me gustaría que ningún hijo de puta vea lo hermosa que luces cuando te corres.

Se apretó unos segundos contra mí, haciéndome sentir el bulto en sus pantalones, para luego darme un azote al mismo tiempo que se alejaba. Abrió mi puerta para que entrara, la cerró una vez estuve dentro y rodeó el coche para montarse en el asiento del conductor. Me quedé mirando al frente unos segundos, intentando recomponerme de toda aquella intensidad que siempre parecía rodearme cuando estaba con ese hombre y tomando una respiración profunda me obligué a tranquilizarme.

Ya de camino a su piso se me hacía insoportable tener las manos lejos de él, por lo que desatándome el cinturón de seguridad, atacué su cuello haciendo que Bruno gruñera. Mi mano juguetona se apoyó en su muslo ascendiendo hasta su ingle para luego volver a su rodilla.

—Mmmm... pero qué manos más grandes tienes... —dije ronroneando cuando la susodicha se posó sobre mi rodilla. Gracias a Dios el coche era automático y no tenía que apartar la mano de mí para cambiar de marchas—, son para tocarme mejor, ¿no?

Bruno inclinó la cabeza y me sonrió provocando una sonrisa de mi parte también. Besó mis labios, volvió la mirada al frente y giró hacia la derecha entrando en su calle.

—¿Y esto tan grande? —pregunté acariciando el bulto de sus pantalones.

—Para ti, Caperucita. Para follarte mejor —dijo con la voz enronquecida sonriendo juguetón.

Aparcó el coche en un hueco libre cerca de su portal y gemí en protesta.

—Y yo que quería probar cómo sería comerte mientras conduces...

Hice un puchero que él se encargó de morder. Echó su asiento hacia atrás, me asió de las caderas y me montó encima de su regazo a horcajadas. Me moví sobre él, deseosa de que me hiciera el amor allí mismo. Nos habíamos llevado un par de días sin vernos, hasta esa mañana en la feria. Lo echaba en falta, sus besos, sus caricias. Todo.

—Cami... tenemos mi cama a menos de veinte metros —dijo apretándome contra sí, abarcando mi nuca para besarme y morderme los labios.

—Te eché de menos —respondí jadeando sacándole la camisa de los pantalones; metiendo las manos por debajo de ésta, disfrutando de la tibieza de su piel y de las caricias que el ligero vello de su pecho me provocaba en las palmas.

—Yo también.

Con cariño besó la punta de mi nariz y dándome un azotito en el trasero me hizo volver a mi asiento. La noche estaba agradable, no hacía tanto calor como días atrás, cuestión que era de agradecer. Llegamos a duras penas a la puerta de su piso, en la cual me empotró besándome sin descanso, mientras maniobraba tras de mí para abrir la puerta. Una vez lo logró, me arrastró al interior dando un puntapié a la puerta para cerrarla. Ni nos paramos para encender la luz, la penumbra nos sumía y parecía no importarnos en absoluto.

Sus manos no se alejaban de mi cuerpo y las mías tampoco del suyo que se entretenían tirando de su pelo, de su ropa, como si mi capacidad para controlar mis impulsos, se hubiese esfumado. Estábamos desesperados por sentirnos, por desnudarnos, devorarnos el uno al otro con ansias; pero el temblor de nuestras manos no nos permitía acabar de desabrochar un botón, bajar una cremallera, al punto que queríamos arrancarnos la ropa. Como si fuese a ser lo último que haríamos en la vida.

Nos tropezamos con el sofá y reí cuando se quejó de dolor. Su palma impactó contra mi nalga derecha en reprimenda. Renqueando llegamos por fin a su habitación, si hubiéramos tardado un segundo más habríamos acabado haciéndolo en pleno pasillo. Y no era de extrañar. Las ganas nos consumían toda capacidad de raciocinio, de pensar nada más allá.

Me separé de él a la fuerza y con una sonrisa juguetona procedí a quitarme los tacones. Bruno acabó de desabrochar su camisa blanca y la lanzó de cualquier manera al suelo. Paso que daba hacia atrás, él lo daba hacia delante.

Con picardía vislumbrándose en sus bonitos ojos.

—¿Dónde está mi regalo de aniversario? —preguntó mirándome de arriba abajo con claro deseo grabado en sus pupilas dilatadas.

Me hice la desentendida, jugueteando con el escote de mi vestido. Pasando el dedo por el borde, haciendo que sus ojos siguieran el camino con hambre.

—Pues... lo cierto es que... lo llevo puesto. Tendrás que desenvolverme para verlo.

—No perdamos el tiempo entonces, Caperucita —dijo sonriendo de lado, encendiendo la luz de la mesa de noche.

En dos segundos me tenía apresada contra sus brazos, aupándome por un instante haciéndome chillar del susto.

Dejándome de pie de nuevo, empezó a tirar de mi vestido. Sin apartar los ojos de los míos ni un ápice, procedió a desenvolverme tan lento que creí que no acabaría de desnudarme nunca. La yema de sus dedos parecía detenerse en cada centímetro recorrido de la piel de mis muslos en ascendente. La prenda salió por fin, siendo cuando su mirada me barrió de arriba abajo con apreciación.

Llevaba un conjunto de lencería nueva, donde la braguita roja de encaje se sujetaba por delicados lacitos a los extremos, al igual que el sujetador a juego, al frente. Así que, con un suave tirón a ambos lados, la braguita podría desaparecer en menos de dos segundos.

—Espera —dije cuando sentí que se aproximaría—, cierra los ojos un segundo.

Me apresuré a tomar mi bolso, sacando una cápita roja, colocándomela con rapidez sobre los hombros. Con gracia me coloqué la suave capucha sobre mi cabeza.

—¿Listo para comerme mejor...? —dije llevando mi mano a la boca, mordiendo mi nudillo con picardía.

La cara de Bruno era todo un poema, no supe si se había quedado quieto de la impresión o estaba a punto de lanzarse sobre mí y devorarme.

—Jo-der...

Pero al contrario de lo que pensé que haría, ya que gracias al pronunciado bulto de sus pantalones pude apreciar que le costaba contenerse, se arrodilló frente a mí. Acarició mis pantorrillas, mi abdomen; dándome cortos besitos de una cadera a otra haciéndome jadear.

Sus dedos tiraron del lazo de uno de los extremos, dejándolo colgando. Besó esa porción de piel expuesta, lamió con deleite, cerrando los ojos; como

si se estuviese comiendo un verdadero manjar de los dioses.

—No sabes lo deliciosa que estás... Me encantas, me matas... —dijo hundiendo la nariz entre el vértice de mis muslos, respirando hondo; oliéndome. Mis manos encontraron su cabeza, mis dedos supieron cómo enredarse entre las hebras de su cabello y tiré de él queriendo que me diera alivio.

Sentí su sonrisa allí a la vez que sacaba la lengua y la pasaba por encima del encaje.

—Bruno... —Gemí bajando la vista hacia él.

Sus ojos estaban sobre mi rostro, mientras que su lengua seguía lamiendo mi intimidad y sin poder remediarlo mis mejillas se calentaron por completo. Daba igual el tiempo que llevaba con él, las veces que hiciéramos el amor, siempre habría ese pudor, esa... Sensación que me hacía cerrar los muslos ante la intensidad de esa mirada oscura.

Salió de entre mis piernas y despacio se fue irguiendo hasta posicionarse frente a mi cara. Verlo con los labios húmedos por mí, provocaba que mi interior se retorciera y algo pulsara entre mis piernas. Me hacía morder mis labios aguantando las ganas de devorarlo a él en su lugar.

De un tirón deshizo el débil lazo que faltaba para que la prenda empapada cayera. Mientras su boca succionaba la mía en un beso intenso, sus dedos encontraron el camino hacia mi sexo. Acariciando mis labios sin profundizar. Aquello era una cosa que disfrutaba sobremanera: que me tuviera deseosa porque me tocara más.

—Amo mi regalo... —susurró acariciándome el clítoris tan suavemente que creí morir allí mismo.

—Más... quiero más —supliqué llevando mis manos hasta entonces inertes a mis costados, hacia sus mejillas; atrayéndolo hacia mi boca.

Me dio lo que quería, sus dedos me torturaron, acariciando, pellizcando, todo lo que hizo falta para tenerme al límite de mi cordura. Pero de pronto apartó la mano de entre mis muslos, haciéndome protestar.

—¡Eres mi puto vicio, joder! —dijo antes de levantarme hasta hacerme enrollar las piernas en torno a sus caderas. Llevándome después hacia la cama dejándome caer sobre la colcha.

Con premura intenté desabrochar sus pantalones. Bruno se quitó los zapatos de un puntapié y con esfuerzo los calcetines. Con las manos temblando le recorrí el pecho desnudo. Su piel caliente estuvo en contacto con la mía de inmediato cuando ya no quedaba prenda alguna en su cuerpo,

provocando que ambos exhaláramos un suspiro de satisfacción. Abrí las piernas, recibéndolo, gimiendo como loca al sentirlo tan duro presionando mi sexo.

Recibí gustosa cada beso apasionado que me dio con más ganas que el anterior, sus manos deshicieron la lazada del sujetador abriéndolo en dos. Acarició cada palmo de mis piernas con una mano mientras que con la otra veneró mis pechos con auténtica devoción. Dejándome tibia, ardiendo, mientras trascurrían los segundos. Me volví a sonrojar como una estúpida cuando miré hacia donde se dirigía entre besitos y como siempre a él pareció divertirse sobremanera.

—Ahí está mi Caperucita vergonzosa otra vez... —dijo risueño lamiendo mi sexo de abajo arriba para luego morder el monte de venus haciéndome soltar un chillido.

Su barba de pocos días raspaba la delicada piel, era una sensación sobrecogedora, no sabía si quejarme o pedirle que siguiera toda la noche. Su lengua se arremolinó en mi clítoris hinchado y grité sin poder remediarlo. Mi espalda se arqueó, mis manos se hicieron puños apretando la colcha con todas mis fuerzas. Me estaba matando y no había mejor forma de morir sin duda. No me dejó acabar, para no variar, reí por no llorar como una idiota.

Volvió a mi altura con una sonrisilla engreída y antes de que pudiera apresarme las manos por encima de mi cabeza para que no lo golpease por malvado, lo empujé y lo acosté en el colchón haciéndolo soltar una risa corta.

—Se supone que eres mi regalo, deberías dejarme hacer lo que quiera contigo.

—Pues este regalo es diferente... —dije besándolo para luego ponerme de espaldas en su regazo, dándole una buena visión de mi trasero desde atrás.

Acomodé bien la capa roja sobre mi cabeza y en un vaivén me moví sobre él, mojándolo con la humedad que emanaba de mi sexo. Bruno se tensó, su respiración empezó a volverse irregular y con una sonrisa agarré su miembro y poco a poco fui bajando sobre él. De mis labios brotó un débil gemido. Ya habíamos probado esa postura antes y a él parecía volverle loco. Sus manos abarcaron mis glúteos, manoseándome, apretándome, ayudándome a moverme a la velocidad que él necesitaba.

—¡Oh Dios! —gemí sin pudor alguno.

Me dejé caer sobre él. Sentí el pecho de Bruno bajo mi espalda, sus manos amasaron mis pechos, pellizcando mis pezones; tirando de ellos hasta casi provocarme dolor. Abrí los ojos justo en el momento para darme cuenta de

nuestro reflejo en el espejo que estaba frente a nosotros. El muy sinvergüenza lo había movido, estaba segura. Pero no pudo importarme menos.

Vernos así: unidos me gustaba mucho, sobre todo notar sus ojos velados por la excitación, mi piel enrojecida... sus manos bronceadas haciendo contraste con mi piel blanca. Y cómo no, la delicada capa roja que aún llevaba puesta, con delicados lacitos colgando entre mis pechos. Aquella imagen quedaría tan grabada en mi memoria que no sabía si sería bueno para mi salud. Dimos nombre a un nuevo cuento, en el que éramos los protagonistas.

Me incorporé y seguí moviéndome sobre él hasta que mi cuerpo se tensó a la vez que un grito brotó de mi boca en cuanto alcancé el orgasmo. Pero no me dejó coger aire cuando salió de mí, me dio la vuelta colocándome de rodillas encima del colchón, las manos en el cabecero y desde atrás me penetró con fuerza y facilidad. Sentía mis piernas mojadas por mi orgasmo, mi piel perlada de sudor ante el esfuerzo. Y ese olor... aquella inconfundible fragancia que nos envolvía una vez nos amábamos de aquella manera tan visceral y perfecta.

Nuestra unión siempre fue más fuerte que todas aquellas discusiones, de todas las peleas que tuvimos o pudiéramos tener. Siempre nos quedaría amarnos de esa forma.

Su mano se estrelló contra mi culo, una, dos, tres veces. Jadeé, no podía hacer más que quedarme quieta y disfrutar de toda aquella intensidad que pareció acaparar todo espacio a nuestro alrededor. No existían las paredes, las ventanas. Todo era aire, brisa, universo, calidez y... sensaciones inexplicables que no necesitaban esclarecimiento.

A los pocos segundos escuché cómo Bruno llegó al orgasmo, el sonido inconfundible y familiar de aquel gemido bronco, aquella voz ronca diciendo mi nombre entre jadeos inconexos me sacó del letargo en el que me encontraba por su culpa.

Caímos exhaustos, yo boca abajo y él a mi lado boca arriba. Me costaba respirar, no encontraba suficiente oxígeno para llevar a mis pulmones. Me sentí morir y vivir a la vez. Sonreí al ser consciente una vez más de que esa era la sensación Bruno.

Solo con él podía ser capaz de vivir y morir. Al mismo tiempo que me ponía de los nervios, me hacía parecer un flan gelatinoso con ojos en forma de corazón. Podía hacer que me replanteara todo lo vivido anteriormente, entendiendo que con él fue cuando empecé realmente a llevar la vida que

quería y no la que otros me imponían.

—Me entró hambre voy por mi tarta —anunció haciéndome reír.

Me levanté de la cama con cuidado, me aseo en el baño despojándome de la capa y cuando salí completamente desnuda, vi a mi Bruno comer con auténtico deleite su porción de tarta de tres chocolates que parecía encantarle, al contrario de mí que no me gustaba mucho el chocolate. Llevaba las gafas puestas, la sábana por las caderas, las piernas flexionadas y un libro en la mano que tenía libre.

Mordí mi labio sin poder evitar pensar una vez más, lo guapo que era y la suerte que tenía de tenerlo. También me reproché el no saber ver eso antes, el no comprender lo que me estaba perdiendo todo ese tiempo que estuvimos separados. Pero entonces también fui consciente de que, si no hubiera sido por eso, no estaríamos así de bien. Tenía que aprender a echarlo de menos. Ser menos caprichosa, menos testaruda, más valiente, más entregada. Un conjunto de características que gracias a ese lobo feroz con aires de grandeza había aprendido.

Me senté en la cama, deslizándome bajo la sábana a su lado. La visión de aquel hombre casi desnudo, hizo que me ardiera el cuerpo de nuevo. No me cansaba de observarlo, de comérmelo con los ojos, notando su manía de fruncir el ceño al leer algo que le interesaba; el tamborileo de sus dedos en cualquier superficie que encontrase. La concentración dibujada en su rostro. Bruno me gustaba hablando o en silencio, pero sobre todo me gustaba jadeando dentro de mí. Suspiré, parecía una adolescente tonta emocionada por el chico guapo de la clase. Así que tras besar su hombro y que él me sonriera al mismo tiempo que se llevaba una cucharada de chocolate a la boca, me incliné hacia la mesilla tomando un libro que compré hacía poco y que olvidé en su piso la semana pasada.

La verdad era que el principio pareció engancharme. Era romance clásico, de esas historias de antes, antiguas. Donde el recato a ojos de la gente y la infidelidad a escondidas estaban a la luz del día. Leí un par de páginas cuando resoplé dándome por vencida.

—No sé para qué demonios me compré este libro.

—Tras leer la sinopsis te dije que no tenía buena pinta —dijo divertido, soltando su libro a un lado y el plato vacío encima de su mesilla.

—Recuérdame leer el nuevo libro que editó Osman, dice que es muy bueno.

—Ok... Espera tengo uno aquí que de seguro te gustará.

Abrió un cajón de su mesa de noche y sacó un paquete envuelto en papel rojo mate. Fruncí el ceño y lo agarré cuando él me lo tendió.

—Seguro te enamoras del escritor —dijo con pomposidad haciéndome reír.

Rasgué el envoltorio y vi la portada donde abajo rezaba el nombre del autor: Bruno Ballester. Entrecerré los ojos en su dirección. No podía creer que su ego fuera tan grande como para regalarme uno de sus libros. Él rió y me pellizcó la punta de la nariz.

—Es mi nuevo libro, tienes el primer ejemplar en tus manos antes que llegue a librerías. Ahora pasa la página.

Abrí los ojos de par en par y en efecto reparé en el título de la novela. De la cual estuve leyendo cada borrador que él me dio. Quedé impresionada por la calidad y belleza de la portada, de la fuente utilizada para el título. Era la misma historia que comenzó a escribir cuando nos conocimos, esa que me llamó para leerme un par de párrafos desestabilizándome, no iba sobre nosotros, aunque los personajes tuvieran alguna de nuestras características. Con el tiempo le cambió el nombre a la chica, llamándola Carla, dijo que no le gustaba tener que escribir Camila al lado del nombre de otro hombre. Abrí la primera página y vi la dedicatoria en bolígrafo de su puño y letra:

Para mi Caperucita.

Solté un «Ohhh» algodónoso y antes de que me lo comiese a besos, me indicó que pasara una página más. Lo hice sin rechistar y ahí sí que se paró todo a mi alrededor. En aquella página en color crudo, había cuatro palabras impresas.

Para Camila, te amo.

Mi labio tembló, mis ojos se humedecieron y mi corazón pareció dejar de latir. O por el contrario latía tan fuerte y rápido que siquiera lo notaba. Bruno me había dicho decenas de veces que me amaba, aun podía recordar la felicidad que me embargó la primera vez que lo hizo, pero aquello era otra cosa. Una muy diferente.

Estaba dejando al descubierto sus sentimientos por mí hacia todo el mundo. Todos sus lectores sabrían que me amaba. Y aquello fue la mejor prueba de amor que nadie pudiese tener. De un salto me subí encima de mi novio besando sus labios, degustando el sabor de mis lágrimas.

—Te amo —dije haciéndolo sonreír.

—Yo más.

Y entonces en ese momento comprendí, que daba igual todo lo que

vivimos. Que, si volviésemos atrás, él me atraería de nuevo y que todas las razones que pude llegar a tener para odiarlo, se convirtieron en los motivos que me hicieron caer irremediablemente enamorada de él.

Fin



Agradecimientos

Alex Divaro

A mis padres.

A mis hermanos.

A Ger, mi amore, por todo su apoyo.

A Estefanía, por su paciencia infinita.

A Marian, por siempre estar a pesar de la distancia.

A Getulio, por darme empuje.

A Gustavo, a pesar de todo.

A Juan José, por su ayuda.

A Bel Arenas, por su hermosa ilustración.

A Claudia Cogollo, por crear ese grupo de Facebook que me saca tantas sonrisas. Gracias a todas las lectoras que participan en él.

A todos mis amigos incondicionalmente.

A todos mis colegas escritores, en especial a Diana, Karen, Andrea y Alexa.

A mis lectoras y lectores. Gracias por el impulso constante que me dan para escribir, de lo contrario mis historias no habrían abandonado la seguridad de mi computadora. Gracias por sus mensajes, comentarios y por su ayuda infinita. Sin ustedes nada sería igual.

Fanny Ramírez

A mi gordo, por estar ahí cuando lo he necesitado.

A mi Alex, por no rendirte conmigo, por quererme tanto como te quiero yo.

A mi abuelo, que siempre me recibía como su escritora favorita, su princesita, te amo estés donde estés.

A mi abuela, por enseñarme que jamás hay que rendirse aunque el mundo se venga abajo a tu alrededor.

A mi familia.

A mi Priscila, que hace que la tristeza nunca me alcance con solo una de sus locuras.

A mis chiquichuelas: Marcia, Merchi, Xime, Leidis, Prici, Javiera.

A los lectores que tanto apoyo nos han dado y a ti, nuevo lector.

Puedes pasarte por el tablero que hemos creado para la novela en Pinterest: <https://pin.it/t4jabhbt5zya4f>

Ahí encontraras imágenes de personas que se parecen a los personajes que imaginamos, así como lugares y momentos.

También creamos una lista de canciones en Youtube y Spotify por si te apetece escuchar algo de la música que creemos tiene algo en común con la historia.

<https://youtu.be/Bz2F-VXB7DA>

<https://open.spotify.com/user/alexdivaro/playlist/36lAslaLPy7WUel88b61l1si=OcBC55i2QfCgztuqOlqTwg>

Muchas gracias por leer Razones para Odiar a Bruno Ballester.

Si te ha gustado la historia, por favor, déjanos una reseña con tu opinión.

Redes sociales Alex Divaro.

Instagram: @alexdivaro

Twitter: @alexdivaro

Facebook: <https://www.facebook.com/groups/AlexDivaroBooks/>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/17901719.Alex_Divaro

Redes sociales Fanny Ramírez

Instagram: @Tfanny's

Facebook: Fanny Ramírez

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/16492970.Fanny_Ram_rez